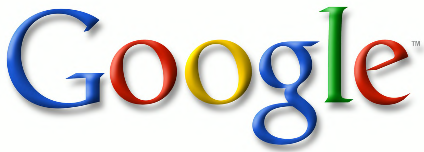


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

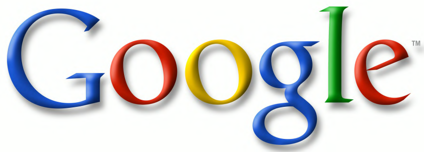
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 8404.10.12

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION



THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII



Recuerdos de la Guerra del Paraguay

Campaña de Corrientes

y de

Río Grande

por

José Ignacio Garmendia

1ª EDICIÓN — CON CUATRO PLANOS

BUENOS AIRES

154359 — Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser

SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1904





CAMPAÑA DE CORRIENTES

Y DE

RÍO GRANDE

CAMPAÑA DE CORRIENTES

Y DE

RÍO GRANDE

0

Recuerdos de la Guerra del Paraguay.

Campaña de Corrientes

y de

Río Grande

por

José Ignacio Garmendia

CON CUATRO PLANOS



BUENOS AIRES

154359 — Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser

SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1904

SA Cusch.10.12
Feb. 24, 1921
HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD HAY
26-112
14

Á LA

Junta de Historia y Numismática

JOSÉ IGNACIO GARMENDIA

dedica este libro

como homenaje de alta consideración

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Correspondencia sobre la Guerra del Paraguay á los diarios « La Tribuna », « Inválido » y « Patria ».
Proyecto de Ordenanza sobre el servicio de campaña para los ejércitos de la República Argentina.
Ordenanza sobre las Plazas de Guerra y Guarnición.
Escuela Práctica para la Infantería en Campaña.
Preceptos tácticos.
Delitos y penas.
Asaltos de Plewna.
Recuerdos de la Guerra del Paraguay.
Campaña de Piquisiri.
Campaña de Humaytá.
Estudio históricos y militares sobre las Campañas de Aníbal.
Juicio crítico sobre la Guerra del Transvaal.
Campaña de Corrientes y de Río Grande.
Cartera de un soldado.
Cuentos de tropa.

INÉDITAS

Escritos militares.
Bocetos sobre la marcha — (Pequeñas Biografias).
Combates de los Corrales.
Maniobras sobre el Talar de Pacheco.
Apuntes sobre los trabajos de la comisión argentina de límites con el Brasil.

OBRAS CONSULTADAS

Guerra del Paraguay, JOURDAN. Edición de 1871.
" " " " " " 1870.
Historia de las campañas de Uruguay, Matto Groso y Paraguay, JOURDAN. Edición 1894.
Historia de la guerra del Brasil con el Uruguay y Paraguay, PEREIRA DE ACOSTA.
Historia de la triple alianza contra el Paraguay, SCHNEIDER (con anotaciones de Paranhos).
Monografías históricas, JUAN SILVANO GODOY.
Castas íntimas de Caxías, doctor E. ZEBALLOS.
Cuadros históricos de la guerra del Paraguay por el teniente coronel PINHEYRO GUIMARAENS.
Cuatro siglos de actividad marítima, BARÓN DE JACEGUAY.
Memoria sobre el Paso de Humaytá, BARTOLOMÉ MITRE.
Historia Naval Brasilera, TEOTONIO MEIRELLES DA SILVA.
Declaración y memoria de RESQUÍN.
Rendición de la Uruguayana por el teniente coronel AUGUSTO FAUSTO DE SOUSA.
La guerra del Paraguay, NABUCO.
Historia de la guerra del Paraguay, THOMPSON.
Siete años de aventuras en el Paraguay, MASTERMAN.
Historia de la guerra del Paraguay, FIX.
Invasión paraguaya á San Borja, Canónigo CAY.
Fragmentos históricos y monografías, MONTENEGRO.
Órdenes generales del ejército brasilero.
Relato de los generales ARREDONDO, LUIS M. CAMPOS, VIEJOBUENO, DUARTE (paraguayo), y de los coroneles MEANA, SALVAÑACH (oriental), CÁRDENAS, CASARES, del doctor JULIO HERRERA Y OBES y mayores GRENÍ, DARDO ROCHA, JOSÉ A. LAGOS.
Parte de los generales PAUNERO, FLORES, HORNOS, almirante TAMANDARÉ, BARROSO y MURATURE, coronel CONESA, teniente coronel brasilero CABRITA y del mayor PINTO PACA.
Carta del mayor paraguayo LEGUIZAMÓN.
Carta del general FLORES, al general MITRE de 2 de septiembre de 1865 y además las numerosas piezas importantes que figuran en el Apéndice.

PLANOS

Plano catastral de Corrientes por SÁNCHEZ.
Atlas de JOURDÁN.
Planos de la obra de SCHNEIDER.
Planos de CHODASSEWICHS.

ÍNDICE

LA IDEA DE LÓPEZ

PRELIMINARES DE LA CAMPAÑA

ASALTO DE CORRIENTES

BATALLA NAVAL DEL RIACHUELO

PASAJE DE MERCEDES Y DE CUEVAS

YATAY

URUGUAYANA

COMBATES PRELIMINARES DEL PASAJE DEL RÍO PARANÁ

APÉNDICE

Buenos Aires, Enero 13 de 1904.

Señor general don José Ignacio Garmendia.

Mi estimado general y amigo: He tenido el agrado de leer con la debida atención los nuevos capítulos inéditos con que Vd. encabeza sus interesantes narraciones sobre la campaña del Paraguay. Ellas constituyen un complemento necesario de su obra, en que se establecen los antecedentes de la guerra y determinan sus preliminares, así como los recursos de los beligerantes y los planes con que fué iniciada, que sirven para dar unidad al conjunto de su trabajo.

Las narraciones y los episodios que Vd. ha publicado hasta el presente sobre esa campaña, forman un todo, que relacionados entre sí, comprenden todos los acontecimientos capitales del asunto, en el vasto teatro de operaciones en que se desenvolvieron sucesivamente.

La campaña de Corrientes y Río Grande, que comprende Yatay, Uruguayana y Riachuelo, que dió por resultado el rechazo de la invasión paraguaya; el pasaje del Paraná, que inició la invasión al territorio paraguayo; la doble campaña de Humaitá y de Pisiquirí, que sucesivamente aniquiló el poder militar del Paraguay, y los combates más notables que se sucedieron, todo ha sido narrado por Vd. con verdad en páginas animadas, con gran acopio de datos y documentos, que asignan á su trabajo un mérito de información original, como actor y testigo presencial de los sucesos.

Pero el mérito principal de su obra, y al que yo doy más importancia, es su valor como documento técnico, que á la vez de narrar los acontecimientos con método y claridad profesional, traza con precisión las líneas estratégicas y describe, y estudia las combinaciones tácticas, que sugieren lecciones de aplicación para la historia y la ciencia militar, mostrando que el autor domina el asunto de que trata.

Así, ha cabido á Vd. como á uno de los guerreros del Paraguay, que formó en las filas de la guardia nacional, desde el principio hasta el fin de la campaña, el honor de ilustrarla con la pluma y con la espada, y también con el pincel del aficionado á

las bellas artes, realzando las glorias de sus compañeros de armas y de nuestros aliados del Brasil y de la República del Uruguay.

Felicitando á Vd. por la terminación de su noble tarea, me es grato suscribirme de Vd. como siempre su compañero de armas y afmo. amigo.

Bartolomé Mitre.

ADVERTENCIA

Cada día se siente más en los cultores de la historia patria la necesidad de conocer en su mayor amplitud la campaña del Paraguay que representa el acontecimiento militar y político de estos tiempos, de mayor resonancia en la América del Sud.

Esta guerra, tan desacreditada en su tiempo, tanto por sus enemigos políticos como por algunos de sus mismos actores, que en su modo de ser apasionado ó impulsados por la vanidad incurable, criticaban acerbamente la acción directriz del mando en jefe y como consecuencia, sus múltiples y difíciles operaciones, sin tener la clarovidencia de los acontecimientos, sin estar en sus secretos, sin comprender sus móviles, ni estudiar los obstáculos imprevistos, insuperables, algunas veces, qu en relación á los esfuerzos se presentaban á

cada momento, esta guerra, decíamos, clásica y por eso mismo embarazosa y retardada, por haberse en ella resuelto casi todos problemas técnicos del arte militar, y tenaz por su larga duración en que un pueblo valeroso y constante defiende su territorio hasta sucumbir heroicamente en la demanda, es y será de profunda enseñanza, no solo como el esfuerzo mayor del patriotismo, sino también por su especialidad á causa de lo dificultoso é ignoto del teatro donde tiene lugar y para demostrar con un ejemplo reciente la verdad de nuestro aserto que estriba en el impedimento que llevan en sí esa clase de guerra, no habrá más que considerar con ánimo sereno é investigador la reciente lucha que ha concluído con la prepotencia de los boers en Sud-Africa, en la cual durante su desarrollo, 400.000 soldados ingleses de primer orden (1) han sido tenidos en jaque, durante casi tres años, por grupos de campesinos, que aunque bien armados, carecían de disciplina y de organización, debiendo sus ventajas á la modalidad topográfica del territorio, porque encaramados en sus agrestes rocas, no hicieron otra cosa que defenderlas con ahinco y astucia, demostrando

(1) Datos del informe oficial del ministerio de la guerra de Inglaterra.

así que nada ha modificado el sistema sencillo de batir ejércitos de línea con ciudadanos trepados en la montaña, guarneciendo inaccesibles fortalezas naturales ó haciendo la guerra de recursos ó de partidarios, sistema bélico americano, del cual es Saravia un excelente maestro.

Así, considerada la guerra del Paraguay, bajo el doble aspecto de su naturaleza especial y de su duración, representa un magno esfuerzo y un progreso no alcanzado hasta ese momento por ninguna nación sud-americana, y si hubo errores en aquella lucha tan pertinaz de pueblos hermanos, tendremos que tener en cuenta la impenetrabilidad del país donde se hacía, cuyos enigmas topográficos eran indescifrables, á veces, como la tenacidad de la resistencia; y que esos mismos errores, son una grandiosa lección, empírica, pues no existe, aunque dolorosa, experiencia más útil que la que ha costado sacrificios, en razón que el discípulo de esa cátedra experimental no olvidará jamás el momento crítico porque ha pasado, y cuando aleccionado expone prácticamente el caso, lo hace con precisión y acierto buscando en la serenidad del cálculo y el estudio de los hechos pasados el factor indispensable.

Desde el principio de la lucha del Paraguay se hace notar, como compensación á la falta de preparación para la guerra de las naciones aliadas, la actividad por ellas desplegadas en tan críticas circunstancias, y las juiciosas y enérgicas disposiciones para improvisar ejércitos y material bélico con que contrarrestar la violenta y repentina invasión paraguaya, que traída con sorpresa por fuertes masas de tropas, toman la ofensiva y alcanzan la supremacía desde el primer momento, adueñándose rápidamente de una parte de las indefensas provincias de Matto-Grosso, Corrientes y Río Grande, que tuvieron que soportar el yugo aturdidas en esa momentánea situación.

En todo este período se puede ver con satisfacción el empeño y modo racional con que se reconcentran ó se distribuyen las fuerzas de la alianza y un método perfectamente calculado en sus diversas disposiciones para parar los formidables golpes del adversario con que amenaza á esas provincias del territorio de los aliados, obteniendo al principio grandes ventajas por el número, hasta que al fin ese temible vencedor es hábilmente detenido y en seguida destruído, merced á hábiles maniobras que concluyen con el ejército paraguayo del Uruguay, obligando después á un

retroceso rápido que equivale á una derrota, al que tan duramente dominara una parte de la margen derecha del Paraná.

Fué preciso una hábil y serena dirección para obtener este resultado, inspirándose en un plan verdaderamente militar, improvisando y modificándolo muchas veces á causa del desarrollo de los sucesos; pues surgían con frecuencia circunstancias extraordinarias, como ser la sublevación de Toledo y Basualdo y la invasión paraguaya á Río Grande.

Por nuestra parte, hemos de tratar este libro de la historia de la Guerra del Paraguay con toda la verdad posible y con una imparcialidad que alcance en su recto juicio á todos, hemos desechado siempre la pasión, porque además de ser *mala consejera,* nos llevaría á la inexactitud histórica y á justas rectificaciones.

Como comprobación de lo que aquí exponemos, no habrá sino que estudiar, casi en su conjunto, las obras y documentos consultados en los cuales hemos meditado diversos acontecimientos de esta guerra, obras y documentos que pertenecen á ilustres personajes, muchos de ellos actores en la contienda, personajes en las letras, en la diploma-

cia, en el clero, y en la milicia. Solo así se podrá apreciar la justicia de esta aseveración; es todo lo más completo que hasta ahora se ha escrito, desplegando allí un lujo de talento investigador que ha de hacer respetar en lo posible á esta historia.

En este sentido hemos seguido un camino muy distinto al de algunos escritores militares brasileños, en cuyas páginas se trasluce antipatías á sus antiguos aliados, efecto de vanaglorias heridas y sobre todo, donde se presenta esta crítica más injusta y apasionada es cuando discuten la personalidad bélica del generalísimo argentino, llegando hasta desconocer sus talentos militares, haciendo así deslucir lo más hermoso que puede y debe presentar un libro de esta índole: el juicio recto de los acontecimientos y de los hombres.

Sin embargo haremos una salvedad en favor de ilustres escritores como el vizconde de Río Branco, Barón de Jaceguay, y Nabuco, que han investigado la historia para enaltecerla, y no para hacer de ella un panfleto.

De manera que nada nos apartará de ese camino, ni aun los apasionados juicios de nuestros

antiguos aliados, demostrando con esta actitud que este libro ha sido inspirado por el espíritu noble de la alianza y por el respeto y justa admiración que nos inspira el intrépido vencido adversario, espíritu que fué el que orientó por la vía crucis de los mayores sacrificios á tres naciones abnegadas para salvar de la más torpe tiranía á una comarca hermana.

JOSÉ I. GARMENDIA.

CAMPAÑA

DE

CORRIENTES Y DE RÍO GRANDE



Antecedentes de la guerra[1]

CAPÍTULO I

La dictadura del Paraguay. — El pueblo paraguayo. — Carácter del Mariscal López. — Antecedentes de la guerra. — López la provoca sin previa declaración de guerra. — Asalto en plena paz al vapor brasileño «Marqués de Olinda». — Declaración de la guerra al Brasil. — Convocatoria del Congreso paraguayo. — Aprueba todos los actos de López y le vota subsidios para la guerra y honores personales. — Declaración de la guerra á la República Argentina. — Asalto á los vapores argentinos «25 de Mayo» y «Gualeguay». — Ocupación de Corrientes por el general Robles.

La constante y bárbara dictadura de Francia y de López en el Paraguay, como un castillo feudal artero de antiguos tiempos, que se levanta á la orilla del camino interceptando la corriente civilizadora que va al

---

(1) Principia con la invasión del ejército paraguayo á la República Argentina y á la provincia de Río Grande, y concluye con la toma de la Uruguayana, la retirada del ejército paraguayo de la provincia de Corrientes, y los combates preliminares del pasaje del río Paraná.

norte, sombrío, enigmático, velado por el obscurantismo de la tiranía, había cerrado sus puertas de hierro al extranjero y sólo muy vagamente se sospechaba la topografía de aquella nación, su población y su riqueza. Condensada por la obediencia pasiva de un sistema de gobierno absoluto, en un volumen estrecho, único en la América; secuestrada por sus déspotas desde época lejana á las instituciones que rigen para los pueblos libres y á los rápidos adelantos de las comarcas limítrofes; escondida en el recodo de dos gigantescas vías fluviales, casi inabordable entre las sombras de sus inmensas selvas vírgenes, donde el rugido felino hace la noche inquieta, selvas de añosos y colosales árboles que habían sido algunos testigos de la braveza de la conquista, exuberantes de aromática vegetación; paisaje deslumbrante de belleza clásica, salpicada de inmensos esteros de exhalaciones palúdicas y regado por correntosos ríos que alimentan fieras anfibias; elevado al cielo en la región norte por pintorescas y escabrosas montañas que esconden en sus pétreas entrañas incalculables tesoros, montañas que barniza con diversos matices un sol canicular; todo eso de tan grandiosa y melancólica perspectiva al mismo tiempo, y tan simétricamente ordenado como para servir de valla defensiva, le daba á ese suelo privilegiado un aspecto de topografía inexpugnable, ruda, agreste y solitaria, hecha á propósito, con el divino arte de la creación para una heroica resistencia, como si de antemano hubiese sido marcado en esa tierra guaraní ese monumental contemporáneo acontecimiento histórico á que vamos á referirnos. Viril país era ese, poblado por una raza

que lleva en sus venas la sangre valiente y pertinaz de los conquistadores españoles, cuyos ilustres apellidos no degeneraron en la guerra y la astuta y brava del indio, formando así un tipo de remarcable estructura que poseía en alto grado las condiciones de las naciones guerreras; porque era sobrio en demasía, hasta vivir en la desoladora miseria, valiente, temerario, hasta asaltar acorazados con canoas, tenaz y constante hasta mantener la guerra durante cinco años, como un ejemplo muy raro en la historia; patriota abnegado, hasta el último sacrificio y pobre sin necesidades; esclavo sin sentirlo por su fanatismo nacional, y excitado admirablemente en la fibra de su independencia; pudiera muy bien decirse, investigando las causas de la prolongada resistencia de aquella intrépida nación, que por su sistema de educación especial y de población, constituía un pueblo acampado, adiestrado en las armas, endurecido á la fatiga y al sufrimiento, y pronto á lanzarse á la lucha al ímpetu del delirio de las grandezas del más ilustre y del más terrible de sus déspotas.

Francisco Solano López, joven vigoroso, inteligente, con un carácter inquebrantable, con la mente enardecida por las ideas de la más loca ambición, deslumbrado por el esplendor de las monarquías europeas, de las cuales por algún tiempo había sido su inapercibido huésped, no podía aceptar el papel obscuro y pasivo á que estaba sometido, siguiendo las tradiciones de los gobernantes del Paraguay, no podía aceptar sin menoscabo de su indomable orgullo, la efímera aunque tran-

quila representación de Señor Feudal de una pequeña nación de aldeas, sin brillo histórico contemporáneo, y sin un rol político predominante entre los países limítrofes; y estudiando su personalidad, distinguimos que de militar sólo poseía una decisión indomable y las pretensiones que fomenta la inexperiencia en espíritus fuertes: no era estadista ni político, y obedeciendo irreflexivo á un impulso fatal de su corazón vigoroso, pretendió hacer brillar su nombre por la guerra y ser el poderoso árbitro de las cuestiones internacionales del Plata, y sin otra consideración, inexperto, se lanzó en pos de la política beligerante, sin recordar ni meditar los sabios consejos de su padre que, como un legado de prudencia, le dejó al morir. (1)

Será necesario por lo menos suponer, en el mejor de los casos, que impulsado por compromisos que no se cumplieron y halagado el Mariscal López por la situación revolucionaria de las repúblicas del Plata, y disponiendo á su antojo de un numeroso ejército que lo constituía una poderosa fracción de aquel país fértil en valientes; ejército, por otra parte, cimentado en bases sólidas, como son el patriotismo de la ciega masa que obedece á una idea grande y abnegada, y la obediencia pasiva más absoluta que se pueda imaginar, núcleo de soldados autómatas en el tumulto de la batalla,

(1) Se ha dicho que le recomendó la paz con sus vecinos y que tratara de evitar siempre la guerra. Más tarde López revela sus malos instintos; entonces se observa que el desequilibrio de sus nobles facultades es completo. El despecho que en él producen los reveses, acrecienta su cólera, y, tomando por terrible base de su poder al terror, hace que sus crímenes sean innumerables.

insensibles al sufrimiento como un cuero de Anta, constantes como muy pocos y de un espíritu inexpugnable; con este ejército, de moral admirable, decíamos, se lanzó á la guerra sin haber completado ni perfeccionado su organización definitiva, ni sus armamentos, ni repleto sus almacenes de reserva de todo lo que era necesario para poder arrostrar las largas y penosas contingencias de una prolongada contienda, provocada contra tres naciones fuertes y orgullosas de su valer.

El Paraguay se encontraba tan escaso de ciertos artículos de guerra al comenzar la lucha, que tuvo que asaltar á Matto Grosso, Río Grande y Corrientes para procurarse mayor material bélico del que disponía, provisiones en pie y medios de movilidad, y en lo demás era lo mismo ; porque al principio de la guerra ya faltaron los artículos de mayor necesidad.

Sobre todo, era de caballos su más grande pobreza, por haberlos en ese tiempo diezmado una terrible epidemia, cuando recién se preparaba para la guerra.

López había suprimido todo progreso intelectual: al escarnecer los más nobles sentimientos del pueblo paraguayo, dió rienda suelta á las pasiones más crueles que pueden ennegrecer á un gobernante. Los espías y los delatores recordaron los tiempos de Tiberio. El servilismo alcanzó el más alto grado, Reprimió, con los más rudos castigos, el más inocente asomo de independencia. El terror invadió la familia hasta llegar la desconfianza á herir los sentimientos más ín-

timos del hogar, y todo este conjunto de miseria tenía por base un egoísmo impudente. Se creía como Napoleón, con relación á la Francia, que él era más necesario. al Paraguay que el Paraguay á él.

Solo, movido nerviosamente por su desmedida ambición y por el soberano desprecio que tenía por sus vecinos, se veía López secuestrado por sí mismo de todo sentido racional. Símbolo atávico de lo arbitrario, lo dominaba una fe ciega en su infalibilidad; decidido, confiaba en sus audacias, que al comienzo presentaban las ventajas que proporciona la sorpresa, pero el fin era desastroso. Encastillado en una idea fija, dominante, como la monomanía de un loco, en su mente sombría, todo lo abarcaba y lo amoldaba á su imperioso concepto, solucionando siempre el problema á su sabor y antojo, sin consejeros, por su natural desconfianza ó porque los desestimaba, salvo muy rara excepción, ó porque la insuficiencia fuera incapaz de darlos con un criterio acertado; por otra parte, el halago de la gloria militar en sus subalternos, la excitación del patriotismo, la conquista en perspectiva de ricas y populosas comarcas, los sueños de apoteosis de gloria ó el pavor de la tiranía que hería continuamente á los hombres que le servían de ilustre séquito, amordazaba á la opinión independiente, á la meditación que engendra la prudencia ó la audacia, á la madura reflexión y al cálculo, factor principal de la guerra; porque tal era la sumisión al poder absoluto que alcanzaba hasta el sigilo del espíritu; se tenía miedo hasta de pensar: de manera que en este cuadro ne-

buloso de sombrío porvenir, desaparecía la exposición clara y razonada de la evidencia. Así, pues, efímera se traslucía ante tal desenfreno de ambición el elemento pensante, reflexivo y timorato al mismo tiempo, y al ocultarle la verdad, que fácilmente se adivinaba en el cómputo y estudio de las diversas combinaciones y situaciones que pudieran sobrevenir, lo dejaba libre, halagado por las brillantes soluciones de sus sueños de gloria y feroz altivez: sospechábase el negro abismo que él no veía á sus pies, pero tal era el temor de contradecirle que nadie se atrevía á señalar, ni remotamente, el peligro en perspectiva.

Por más que se quiera buscar otra causa de la guerra del Paraguay, encontraremos siempre que la principal estriba en los impulsos orgánicos del Mariscal López, cuyo carácter despótico y altanero se manifiesta en la política de expansión que de improviso lo asalta, tan diferente á la que se habían ajustado sus antecesores que á fuer de ser egoístas mandatarios, comprendiendo las ventajas del sistema de reclusión política, fueron siempre pacíficos gobernantes y mantuvieron la paz con sus vecinos, pues por conveniencia propia aislaron al Paraguay, rompiendo el contacto con las comarcas del Plata que vivían en continua insurrección contra sus tiranos.

Las causas económicas ó políticas que creen algunos i ustres escritores argentinos que provocaron la gue- r a, como el impuesto á la yerba-mate, que consti- t ía el artículo de mayor exportación en el Paraguay,

ó la política argentino-brasileña en los sucesos de la República del Uruguay, no hubieran arrastrado á los dictadores anteriores al Mariscal López á un rompimiento tan brusco; estamos seguro de ello.

Y como un testimonio más que puede probar la intención del Mariscal López de prepararse para la guerra, está la paz armada que sostenía, agotando todos los recursos del gobierno del Paraguay en adquirir material y armamentos, mucho antes que se hubiese puesto sobre el tapete la cuestión de la República Oriental con el Brasil. Mas cuando en esa época el Paraguay mantenía una paz octaviana con todos sus vecinos.

Así esta guerra, estudiada bajo su verdadero punto de vista, debe considerarse como una guerra personal del dictador paraguayo, idea fatal que nace en su cerebro alimentada por su absolutismo al que se doblegan todas las voluntades, sin haber sentido nunca las energías de la oposición que sirven de contrapeso á los actos del gobierno; y la prueba más acabada de lo que aquí exponemos, está en haber obcecado, preferido la casi total destrucción de su país al acto patriota y abnegado de una dimisión honrosa. Y para demostrar con sombríos caracteres esa fatal é ingénita tenacidad en sus propósitos, á los que cruel sacrificó los más sagrados deberes, no hay sino recordar que hizo fusilar á sus hermanos, á sus ministros, á sus mejores generales, parientes y amigos, al obispo, á los ciudadanos más distinguidos de la Asunción, á inocentes matronas y dar de azotes á su madre, sólo por haberle indicado, esta infeliz señora, haciéndose

intérprete de las inculpables víctimas, la conveniencia que habría para el Paraguay, en vista de la imposibilidad de la resistencia á los ejércitos aliados, de hacer la paz y de que abandonase por algún tiempo el gobierno de su patria, (1) y fué tan abrumante el desenlace de aquel personalismo fatal que al concluir la guerra solo quedaban como gloriosos vestigios de aquel hermoso ejército de 150.000 hombres de 15 á 60 años, reclutado durante los 5 años que duró la lucha, insignificantes y extenuados grupos como los

(1) Cuando la escuadra brasileña subió hasta la Asunción, alarmó este hecho tanto á los principales vecinos de aquel pueblo, entre los cuales estaban los hermanos de López, el Ministro Berges y otros, que se reunieron y deliberaron sobre la grave situación que se presentaría en el caso en que López y el ejército paraguayo hubiese sucumbido, y se atrevieron hasta pensar en el gobierno que lo debía reemplazar, así animados por un santo patriotismo, fueron más lejos. suponiendo que aún subsistiera López, hasta hacerle rogar por su madre, que en vista de la inútil resistencia que hacía el Paraguay y de su destrucción irremediable, que abandonase el gobierno por algún tiempo é hiciera la paz. Esta súplica era intima, con las lágrimas en los ojos, súplica de madre acongojada que solo piensa en el bienestar de su hijo. Pérfidamente, López encontró perfectamente arreglado el proceder de los notables, como por ironía. los denominaba, y desde ese momento el odio más profundo dictó la sentencia de esos incautos, sobre todo, la de su hermano Benigno con quien tuvo un altercado no sospechando, éste que en el corazón de López prosperaba desde ese momento la idea del fratricidio. Una vez que López tuvo pleno conocimiento de este asunto mandó venir á todos los peticionantes y los hizo fusilar en San Fernando. (Exposición del capitán Goiburo. Apuntes sobre la conspiración de 1868 por Manuel Avila, «Revista del Instituto Paraguayo» N° 17 y 23). La madre del dictador estuvo complicada en el proceso de la revolución (así se denominó esta farsa trágica) es en esa circunstancia que el fiscal de esa causa fué autorizado para castigarla *hasta con dos cintarazos*.

Será oportuno hacer notar que todos los datos que existen sobre el desenvolvimiento del terror durante la guerra, proceden de documentos fehacientes que figuran como informes, declaraciones y procesos, todos paraguayos y todos contestes.

arrogantes veteranos de la leyenda patria. Esto es en cuanto al ejército, pues con respecto á la población de aquel desgraciado país, el dato es aun más desconsolador. La ruina ocasionada por las emigraciones en masa; ese éxodo terrible decretado por el dictador en el propio territorio donde el hambre y las epidemias asolaron aquella potente vitalidad, es enorme: de una población que en 1864 tenía 1.200.000 [1] almas, quedó reducida al fin de la guerra á 14.000 varones y 148.000 mujeres. A esto habrá que agregar la casi total destrucción de la fortuna privada en el Paraguay y la de las comarcas asaltadas por sus ejércitos, los 500.000.000 de pesos que costó esta guerra á los aliados y sus 100.000 víctimas ocasionadas por la lucha y las enfermedades.

No, por cierto, fueron los aliados causantes de tan terrible cataclismo.



Descuidada en demasía fué la primera educación del Mariscal López. Incompletos sus estudios, sin base profunda de hombre de estado, sin método ni orden en sus conocimientos que á fuer de ligeros eran superficiales, adquiridos á vuelo de pájaro en el trato social

(1) Francisco Wisner de Mogensterns, «Revista Instituto Paraguayo».

del gran mundo europeo y en el roce del superior absoluto con el inferior, no en aquel que no degrada ni baja el nivel del hombre moral en la escala de la noble carrera del mando, sino ese otro humillante que hace de un ser racional una cosa, un instrumento de todos los caprichos y de todas las pasiones del que impera; era, por consecuencia Francisco Solano López, un tipo singular que sobresaldrá sobre todos los déspotas de la América. Exento de la sabia experiencia, apresuró con la actividad de su impaciencia de joven mandón, un acontecimiento tan grave que requería una meditación detenida, porque una guerra irreflexiva en la que se juega al azar el porvenir de una nación, será siempre un fracaso, y es por eso que una gran parte del éxito de una campaña estriba en la preparación que es el primer acopio de la victoria; porque la guerra, no solamente se hace con el hombre, sino con la idea, con el cálculo que reune en justa proporción todos los elementos que lo mantienen, lo confortan, lo arman, lo conducen y lo dirigen, y por fin cuando todo se ha previsto, le señalan con seguridad el objetivo: la victoria.

Es verdad que los mejores cálculos suelen fallar, debido á la intromisión de circuntancias extraordinarias en los acontecimientos; pero puede tomarse como axioma general que una campaña bien preparada tendrá mil veces más probabilidades de éxito que otra sin preparación alguna.

López, seguro del triunfo de su mala causa, creyó que la audacia llevada en alas de la sorpresa sería su ariete incontrastable; porque sabía que ninguna de las

naciones á quienes iba á provocar estaba preparada para la guerra y que ni remotamente sospechaban tal acontecimiento, pero olvidaba que aquel malicioso ímpetu de Marte obedece con ventaja solo á cabezas privilegiadas.

Y á la verdad que es muy exacta la observación del ilustre escritor brasileño señor Nabuco, que dice así: «El hecho es que en esta guerra no hubo profetas, ni videntes. No lo fueron ni el Emperador, ni Paranhos, ni Pimenta Bueno, ni Mitre, ni Urquiza para no hablar sino de aquellos que conocían el Paraguay; los únicos que parecen haber adivinado á López II fueron los blancos de Montevideo. Los que conocieron á López antes de ser presidente, fueron los más sorprendidos; hasta entonces fué López una perfecta incógnita».

Resuelto ya este caudillo á la homérica aventura, creyendo de buena fe, contar con la insurrección de los pueblos del Plata, tomó como pretexto en su desahogo natural la invasión brasileña al Estado Oriental, contribuyendo en parte á su ruptura con la Argentina su susceptibilidad cesárea, agriada de antemano por los sueltos ridículamente injuriosos de la prensa bonaerense, que tanto á él como á Madama Lynch, les hacía representar un papel de sainete.

Esta enérgica mujer que ejerció cierta influencia fascinadora sobre López y le acompañó fiel sin desmayar un momento en su prolongada vía crucis, hasta sus últimos instantes, y que ha jugado un papel tan

preponderante en su trágica existencia, nos narraba un día el efecto terrible que hacía en el ánimo del dictador paraguayo los artículos de algunos diarios de Buenos Aires, hasta tal punto, que pocos días antes de la declaración de la guerra, recibió algunos periódicos de aquel centro y no pudiendo soportar ya las invectivas estampadas en los famosos impresos juveniles, llorando se postró de rodillas y se los presentó, diciéndole: — Vea señor Mariscal lo que esos diarios dicen de V. E. y de mi humilde persona.— La faz del dictador se puso sombría, tomó nerviosamente los periódicos y pasó rápida la vista por los párrafos indicados que se referían á él, los dejó á un lado y guardó silencio.

Al otro día, ordenó el asalto vandálico á los vapores argentinos en Corrientes y la invasión á esta provincia por el ejército de Robles.

Estos actos, contrarios al derecho de gentes, fueron tanto más vituperables, cuando encerraban en sí una alevosía contra una nación amiga que lo que menos pensaba era en provocar guerra alguna y mucho menos contra el Paraguay, aunque existía en el pueblo argentino, después de la batalla de Caseros, cierta simpatía por el Brasil.

Una potencia hace la guerra cuando está bien preparada y le conviene, ó cuando es agredida alevosamente, no en otro caso: así, en todo tiempo el derecho y la justicia estará de parte de las naciones aliadas.

*

Desde tiempo atrás no eran muy cordiales las relaciones entre el Paraguay y el Brasil y siempre estas dos naciones se miraban con malos ojos, conservando latentes los resabios del odio colonial de portugueses y españoles, y si es verdad que el avance de los lusitanos se había detenido hacía tiempo, quedaba la prevención que hacía irreconciliables hasta cierto punto á los descendientes de aquellas naciones europeas.

El primer conflicto serio surgió á causa de haber López I dado, sin causa justificada los pasaportes al Ministro Plenipotenciario brasileño señor Leal, acusándolo en una nota bastante agria, de dedicarse á la intriga y á la impostura en odio al Supremo Gobierno del Paraguay y levantar atroces calumnias sobre él. Como debe suponerse, la base de este enérgico y raro procedimiento, no debía ser otro que algunos chismes de palaciegos ó la ligera indiscreción del Ministro brasileño exagerada por la cortesana adulación.

Como el conflicto se encontraba en camino de asumir proporciones graves hasta el punto de degenerar en un *casus belli*, el Brasil, celoso de su dignidad, incontinente alistó una fuerte escuadra y poniéndola á las órdenes del Almirante Pedro Ferreyra, la dirigió àl Paraguay en demanda de una satisfacción por la ofensa gratuita del Dictador paraguayo.

El Almirante Pedro Ferreyra, no solo iba como jefe de la escuadra sino que también asumía el puesto de Ministro Plenipotenciario, con el fin, si el caso era

oportuno, de encontrar los medios diplomáticos que dejaran á salvo la honra del Brasil, exigiendo, como es de suponerse, una satisfacción en toda regla, y en caso de negativa recurrir á la fuerza; [1] temperamento que siempre justificaría la actitud del Brasil antes de romper bruscamente las hostilidades.

Entre tanto López con una insolencia meditada, sin importarle un bledo la actitud de la escuadra brasileña, se opuso en ese momento á que remontase el río Paraguay, quebrantando así el tratado de 1850, que estipulaba la libre navegación del río Paraguay por parte del Brasil.

Así, pues, la escuadra arribó á las Tres Bocas y de allí no pasó, negándose además la satisfacción que con tanta justicia exigía el Plenipotenciario brasileño.

Esta misión fué un verdadero fracaso y aunque el Almirante Ferreyra expuso las razones que tuvo para encaminarla por las vías pacíficas, fué considerado como un desastre diplomático por el gabinete de San Cristóbal, que se negó á ratificar lo convenido por su representante.

Más tarde el ilustre Ministro Paranhos, en Abril de 1856, firmó con su colega paraguayo, el señor Berges, un tratado de amistad, navegación y comercio donde se estipulaba el libre tránsito fluvial.

---

(1) Según el ilustre escritor Nabuco, «las instrucciones de nuestro Negociador y Almirante, escribió después Paranhos, autorizaba para ciertos casos un procedimiento enérgico».

Una vez ratificado este tratado por ambas partes, López trató astutamente de anularlo formulando reglamentos fiscales, que á las claras entorpecían la libre navegación del río, sometiendo á cada momento á los buques á un registro incómodo y humillante.

Este proceder era el fruto de la política secular de aislamiento del Paraguay, pues suponía el dictador paraguayo que para la defensa de su nación, encerrada entre grandes arterias fluviales, necesitaba tener el dominio absoluto de la navegación de los ríos; pero debía considerar que ni el Brasil ni las naciones del Plata podían someterse á la fiscalización injustificada, y en caso de continuar ese sistema sobrevendría la intervención armada, ó mejor dicho, la guerra con las naciones perjudicadas.

Por fin esta controversia concluyó con el tratado de 12 de Febrero de 1858, firmado por Francisco Solano López y Paranhos, que permitió la libre navegación por los ríos Paraguay y Paraná á los buques de guerra de ambas naciones.

Sin embargo, las reclamaciones del Brasil continuaban por las pequeñas arbitrariedades que continuamente cometían las autoridades paraguayas del tránsito, contra los buques de esa nación que navegaban los ríos Paraguay y Paraná, encontrándose en el mismo caso la República Argentina á causa del carácter imperioso de los capitanes de los buques paraguayos, que parecía que tenían la consigna de provocar de

continuo pequeños conflictos, previniendo de este modo el ánimo de sus vecinos.

Dada la índole del carácter de los gobernantes del Paraguay y el espíritu de su política exclusivista, á pesar de todos los tratados, se preveía que se faltaría á su cumplimiento, mientras existiese la fortaleza de Humaytá que era un obstáculo á la navegación del río Paraguay al norte de su embocadura, pudiendo cerrar, por consecuencia, en un momento dado la vía fluvial á Matto Grosso.

El Paraguay, por su parte, buscando un argumento que contrabalancease las reclamaciones brasileñas, protestaba por la ubicación del fuerte Coimbra. Esta pretensión era tanto más injusta, porque estando este baluarte fuera del límite del territorio Paraguayo, en nada podría perjudicar la soberanía de aquel Estado, agregándose á todo esto la parte más grave que era la cuestión de límites que desde el siglo pasado estaba sobre el tapete de la discusión.

Sin embargo, hasta el fin del reinado de López I todo se reducía á simples y continuas llamaradas instantáneas, que rápidamente se extinguían después de extensos y astutos alegatos, sin producir serios conflictos, para volver á inflamarse de nuevo por la misma causa, porque aquel prudente, enérgico y perspicaz gobernante, á quien dominaba la obstinación del dominio absoluto de su feudo, nunca tuvo ni remotamente la idea de hacer la guerra á sus vecinos, aunque creía

en la necesidad de mantener la paz armada á su modo, organizando un numeroso ejército que lo componia todo el elemento viril de la nación y proveyendo al Paraguay de un fuerte y abigarrado material bélico, tanto en arsenales como en armamento variado y viejo, y singulares equipos.

La muerte de aquel segundo dictador del Paraguay trajo un cambio completo en su política, surgiendo por derecho hereditario el Mariscal don Francisco Solano López, quien había heredado todo el poder meditado del despotismo, y grandes condiciones de mando.

El sesgo que desde el primer momento sigue la política internacional de la cancillería de la Asunción, nos hará prever los funestos resultados que se manifiestan como la consecuencia lógica de la inexperiencia de un joven potentado.

El primer blanco de sus tiros políticos secretos, fué la República Argentina, pues clandestinamente pretendió por el pacto de la Asunción, una alianza con el Brasil en plena paz, contra aquella nación por la cual se entregaba al Paraguay el Chaco y extensos territorios y la navegación de los ríos. (1) Esta incitación diplomática tan desleal, especie de tanteo artero donde ya se demostraba los propósitos del Mariscal López, fué rechazada con altura por el Brasil, pero siguiendo los rumbos de su ambición desordenada en-

(1) Nabuco—«La Guerra del Paraguay».

contró más tarde un pretexto en la intervención del general Flores en el Estado Oriental para llevar á cabo la realización de sus sueños de gloria.

El punto de partida de esta cuestión es la invasión de aquel general á la República Oriental en el año 1863, que si es verdad, que fué contra un excelente gobierno, hay que recordar que el partido colorado, hasta cierto punto usaba de su derecho en desagravio del horroroso asesinato de Quinteros, acaecido en años anteriores.

Mientras que esta insurrección ganaba terreno, el Brasil, á principios del año 1864, instigado por las repetidas quejas del anciano brigadier Netto, inoportunamente entablaba una reclamación por daños y perjuicios, á consecuencia de asesinatos y torturas perpetradas por orientales en súbditos de aquella nación, decimos inoportunamente considerando la situación grave en que se encontraba el gobierno oriental en esa época, y en tal situación jamás sería justificada la declaración de guerra al gobierno de Montevideo.

El general López, que seguía con interés estos sucesos, y que esperaba tener pronto sus armamentos para intervenir, decidido al fin á echar su espada en la balanza, dió su primer paso diplomático pasando una nota al gobierno argentino, haciéndole cargos por el auxilio clandestino prestado al general Flores, y no limitándose solo á este punto, también pedía ex-

plicaciones sobre la fortificación de Martín García, aunque las excusaba sobre la fortaleza de Humaytá. Sobre este asunto hubo un cambio de notas, sin arribar al resultado que deseaba López.

No sastisfecho el Brasil por las explicaciones dadas por el gobierno oriental, concentró una fuerte división sobre su frontera, y en Julio de 1864 inició un movimiento de avance sobre el Estado Oriental, pero al pisar los límites de esta República detúvolo y entabló negociaciones con el general Flores, que dieron por resultado un perfecto acuerdo en la invasión que se proyectaba.

En un principio este movimiento, por parte del Brasil, se redujo á una bélica maniobra que tenía sin duda, dos objetos: apoyar con ostentación demostrativa de fuerzas el *ultimátum* del Ministro Saraiva, ó en caso de no responder á los reclamos, y no dar la cumplida satisfacción exigida, invadir al Estado Oriental, combinando entonces sus movimientos con los del general Flores, cuyas operaciones obedecerían á un plan acordado entre ambos ejércitos aliados para derrocar al gobierno de Montevideo.

El *ultimátum* del Ministro Saraiva estaba concebido en términos enérgicos, dando un plazo perentorio de seis días y en caso de negativa amenazaba con la represalia.

Viéndose en situación tan difícil el gobierno oriental recurrió, por intermedio de su Ministro en la Asun-

ción, al Mariscal López. pidiendo con razón su intervención en estos asuntos, pues no le quedaba otro recurso ante la gravedad de los acontecimientos.

Hubo un cambio de notas cuya maliciosa publicación, por parte de la cancillería paraguaya, puso de manifiesto las intenciones hostiles del gobierno oriental hacia la República Argentina, concluyendo la última nota contestación paraguaya, diciendo « que su gobierno no creía conveniente intervenir con escuadra ni con ejército en el Río de la Plata como lo proponía el gobierno oriental; pero que siendo esencialmente necesario al bienestar del Paraguay el equilibrio del Río de la Plata, su gobierno se reservaba el derecho de asegurar este resultado por su acción independiente y propia ».

Contestando así al Ministro oriental, suponemos, que tal vez trataba de ganar tiempo para completar su preparación de guerra.

Si acaso no fuera verdad la suposición de este astuto proceder, resalta á primera vista aparentemente cierta vacilación; porque lo más natural, en el caso de estar decidido á la guerra, era aceptar inmediatamente la alianza que se le ofrecía y lanzarse á la lucha en momentos en que aun se mantenía en el poder el gobierno de Montevideo, luchando contra el general Flores, mientras que los brasileños y los argentinos no estaban aún preparados para contrarrestar su primer impulso.

Sin embargo, cuando tenía lugar este suceso, López, ante la actitud del gobierno oriental, ofreció en el mes de Junio su mediación al gobierno imperial, pero fué desdeñado casi con desprecio, entonces el Ministro Berges dirigió al brasileño en la Asunción, señor Barón de Jaurá (Viana de Lima), una nota en que protestaba de las represalias con que amenazaba el Brasil á la República Oriental en caso de que perentoriamente no diese satisfacción cumplida á sus recientes reclamos.

Ante los términos enérgicos de esta nota, el señor Viana de Lima contestó el 1º de Septiembre, que ninguna consideración contendría al Brasil, cuando se tratase de proteger las vidas é intereses de los brasileños.

Debemos advertir que este Ministro, en cartas privadas manifestaba el mayor desprecio por los recursos militares del Paraguay y desdeñosamente se expresaba con respecto á López, denominando su organización militar, « aparato de verdadera fantasmagoría ».

No tardó Berges en replicar en términos decisivos, en lacónica y enérgica nota, la expresión de una resolución firme.

El 3 del mismo mes le decía al Barón de Jaurá « que si el Brasil se empeñaba en tomar las medidas contra las cuales su gobierno protestaba, se vería en la imperiosa necesidad de hacer efectiva su protesta ».

Mientras tanto el Brasil ya se había entendido con el general Flores é invadía el Estado Oriental. Indudablemente este suceso fué la causa aparente de la guerra que provocaba López: el punto de partida de la ejecución del plan bélico elaborado desde tiempo atrás en su candente fantasía.



El 14 de Noviembre de 1864, rompía López las hostilidades contra el Brasil, perpetrando un acto de verdadera piratería en plena paz.

El vapor mercante brasileño «Marqués de Olinda» [1] que iba en viaje á Matto Grosso conduciendo al Presidente de aquel Estado y algún material de guerra, era apresado y desvalijado de todo lo que conducía, constituyendo prisionero de guerra á aquel funcionario brasileño y á su tripulación. Será por demás agregar que estos desgraciados fueron tratados sin consideración alguna.

En nota circular á los agentes diplomáticos, fechada el 17 de Noviembre, el gabinete de la Asunción declaraba la guerra al Brasil, cinco días después de haber ejecutado á mansalva tal atentado, y como consecuencia lógica de un plan preparado de antemano, una

(1) Este vapor en seguida fué armado en guerra con cuatro cañones é incorporado á la escuadra paraguaya.

división paraguaya invadía de improviso la provincia de Matto Grosso. Con esta operación, estratégicamente el Mariscal López aseguraba su retaguardia al mismo tiempo que, sembrando el terror en aquella infeliz comarca, recogía un abundante botín de guerra.

Se vió entonces ese estado pacífico, repentina y violentamente asaltado en algunos puntos y sufrió todos los rigores de las excursiones bárbaras de remotas épocas, [1] recogiendo la división paraguaya expedicionaria todo el material y pertrechos de guerra que tuvo á mano, el que se encontraba almacenado en el fuerte Coimbra, Curumbá, Alburquerque y otros lugares.

Como se ve, no fué una guerra civilizada la que iniciaba López en esa comarca desolada: era el conjunto de todo lo más bárbaro que se pueda imaginar, el asesinato, la mutilación, el estupro, todo se puso en práctica para aterrorizar esas indefensas poblaciones.

Una vez que López dominó completamente los puntos más importantes del litoral de aquella comarca brasileña, y se pertrechó con todo aquel botín de guerra, se dirigió entonces por nota, en Febrero de 1865, [2] al gobierno argentino, solicitando permiso

(1) Segun relación de Thompson.

(2) En este mismo mes se entregaba Montevideo al general Flores y, por consecuencia, el Brasil desde ese momento ganaba en la cuestión, pues en vez de tener un enemigo contaba con un aliado para la guerra con el Paraguay.

para pasar con su ejército por las Misiones argentinas con el intento de invadir la provincia de Río Grande.



La negativa del permiso que solicitaba el Mariscal López para pasar por territorio argentino con el propósito de invadir á la provincia brasileña de Río Grande, era el temperamento racional y justo, al cual el general Mitre subyugaba su neutral política, y, por otra parte, obedecía esta resolución á un derecho interno que es el de cuidar su propia casa, derecho indiscutible en el de gentes de las naciones civilizadas. Concedido este permiso que implicaba la negación absoluta de la neutralidad, ¿qué habría acontecido? nos hubiéramos visto obligados á otorgar igual concesión á las naciones beligerantes contra el Paraguay, y en seguida se habría transformado el territorio argentino en un campo de Agramante de batallas extranjeras cuyas consecuencias, á no dudarlo, serían funestísimas para la seguridad y el progreso de la provincia de Corrientes. Así creemos, que el general Mitre obró con arreglo á un principio de justicia, al pretender hacer respetar la neutralidad, que era lo que verdaderamente convenía á la República en ese momento, y como nadie, ni remotamente, previó una guerra tan insensata y tan bruscamente provocada, esta fué una verdadera sorpresa para la República Argentina.

Por otra parte, considerando al general Mitre como un hábil y prudente político, no se puede ni pensar,

que en la situación de renacimiento en que se encontraba la República, gozando de una paz que abría las puertas á todos los progresos, se lanzara sin preparación alguna á provocar una contienda que nos costaría tanta sangre y dinero, que si es verdad que se creía que iba á reunir á todos los argentinos á la sombra de su bandera de guerra, y consolidar la unificación de la Nación en una sola alma, no era una razón suficiente para iniciar una lucha injusta cuyas pérdidas se traslucían en un futuro enigmático.

La República Argentina, sorprendida por una guerra inminente en momentos en que se reconstruía su organización nacional, anteriormente tan descalabrada por la guerra civil, estaba muy distante de emprender una empresa de tal magnitud que requería una costosa preparación, presentándose así mismo muy problemática, la solución de acontecimiento tan grave; sobre todo, en esa época en que el progresista y liberal gobierno del general Mitre, trataba de consolidar definitivamente la Nación bajo bases inconmovibles, y cicatrizaba las profundas heridas de las contiendas fratricidas.

Provocada la República Argentina con insolencia y alevosía inaudita por el dictador López, tuvo que aceptar el reto contra sus sentimientos; porque consideraba al Paraguay como una nación hermana á la que estaba vinculada por el mismo origen, por lazos de familia y relaciones internacionales y comerciales, que nunca habían dado lugar, después de la batalla de Caseros, á

ningún conflicto grave. Así debe levantarse toda la responsabilidad con que se ha querido abrumar al general Mitre, denunciándolo como aliado clandestino del Brasil, antes que declarase la guerra el Mariscal López, cuyas consecuencias han sido tan benéficas para el Paraguay, presentando al mismo tiempo una severa lección en la historia, que bien amargamente nos demuestra, hasta qué extremo suelen alcanzar los cruentos sacrificios que habrá siempre que arrostrar, para desarraigar en un pueblo sumiso y valeroso, educado bajo el duro sistema de la obediencia pasiva, una secular tiranía.

Y si estudiamos con calma y sin pasión los hechos que políticamente en esa época atañen al general Mitre, así como los militares de su incumbencia, encontraremos que están fundados en la conveniencia y la razón. Su plan de movilización, es lo mejor que se pudo poner en planta en ese tiempo, en que una guerra sorprendía á la nación, que no estaba preparada para contrarrestarla; y su plan de campaña es un modelo de arte militar como más tarde lo demostraremos, improvisado ante una contienda no prevista.

Deseamos que se nos diga, ¿qué le quedaba que hacer á la República Argentina después del asalto vandálico á los vapores en el puerto de Corrientes, y de la excursión de horda asoladora á las ricas campiñas de esta gloriosa provincia argentina?

La respuesta está en la indignación que ante tan sombrío recuerdo aun vibra en el alma nacional. El

magno ultraje y la desolación á que fueron condenadas Corrientes, Matto Grosso y Río Grande habrá sido perdonado por las naciones aliadas; pero nunca se podrá borrar de las lúgubres páginas de la historia tan bárbaro acontecimiento.

De esta insensata guerra jamás haremos responsable al valeroso pueblo paraguayo, á ese héroe anónimo de una gran epopeya, él no es culpable de la ajena, ni de su propia devastación. Explotado en sus sentimientos nacionales, fanático y entusiasta por el amor á la patria, se lanzó á la lucha candente el corazón de coraje, á esa lucha que él creía que era santa causa, y sucumbió en la demanda como un gran pueblo.



Al mismo tiempo que el Presidente argentino negaba con sobrada razón el permiso solicitado por el Mariscal López, á su vez le pedía explicaciones por la reconcentración de fuerzas paraguayas sobre la frontera argentina.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, el Presidente del Paraguay, con el intento de legalizar aparentemente sus resoluciones y justificar los actos que sobrevinieran como consecuencia de los planes que meditaba, reunió el 15 de Marzo de 1865, por convocatoria extraordinaria hecha el 15 de Febrero, el Congreso paraguayo en la Asunción.

Como en estos tiempos la discusión estaba fuera de costumbre, todo se resolvió en cuatro sesiones en las que sancionó los siguientes proyectos:

1° Autorización para hacer en el extranjero un empréstito de 5.000.000 de libras esterlinas ofreciendo en garantía los bienes fiscales.

2° Facultar á López para nombrar durante la guerra 6 brigadieres y 3 generales de división.

3° Que los diarios imprudentes de Buenos Aires en que se ridiculizaba é insultaba al presidente de la República del Paraguay, fueran quemados por la mano del verdugo en la plaza pública.

Es de advertir que las heridas que la prensa de Buenos Aires infirió á López fueron incurables, no olvidó nunca aquel mandatario en los documentos públicos que en ese tiempo dirigió á sus adversarios, de enrostrar tales ofensas.

4° Igualmente se autorizó al Presidente López para emitir el papel moneda que necesitara durante la guerra.

5° Se le confirió el alto rango de Mariscal con un sueldo de 60.000 $ al año. Contra este insigne y provechoso honor se opuso la natural modestia del dictador, pero al fin abrumado por las exigencias de sus partidarios se vió obligado á aceptar tales distinciones.

6º Además se sostuvo y aprobó con todo el apoyo del Congreso la siguiente manifestación: « que la conducta del general Mitre al negar el tránsito de las tropas paraguayas por territorio argentino, era una declaración de guerra al Paraguay, cuando aquella nación permitió que la escuadra brasileña, remontase sus grandes ríos» olvidando maliciosamente que igual derecho tenía su escuadra en esa época, que fué la primera que había pasado por Martín García. También se aprobaron todos los actos del Poder Ejecutivo contra el Brasil.

Y por último, que considerando la importancia que tenía para la salvación de la patria la preciosa vida del Mariscal López, se le invitaba á que no la expusiera durante la guerra. Al principio combatió con gran energía el Presidente paraguayo esta última resolución del Congreso, pero al fin cedió no pudiendo resistir al empeño salvador de sus compatriotas.

Todo lo que se acaba de transcribir son hechos históricos que no se prestan á la más mínima duda, están anotados y ridiculizados por el historiador Thompson cuya parcialidad hacia el Paraguay es indiscutible, como su injustificable antipatía hacia los brasileños.

Desde ese momento la guerra es un hecho, y como todo creía tener preparado el Mariscal López para iniciar las hostilidades contra la República Argentina, á quien creía la principal causante de la caída del partido blanco de Montevideo, la ponía en práctica

olvidando el propio decoro: como un terrible golpe de masa inesperado, alevoso, que se explica por el propósito de sacar todas las ventajas posibles del tiempo ganado sobre su contendor, y de la pérfida sorpresa llevada al terreno sin vacilaciones, pero también sin justa causa.



El 13 de Abril de 1865, á las 7 de la mañana, los vapores paraguayos *Tacuary, Paraguay*, *Igurey*, *Iporá* y *Marqués de Olinda* á las órdenes del capitán Mesa sorprendían en plena paz y asaltaban con brutal alevosía á los pequeños buques argentinos, *25 de Mayo* y *Gualeguay* que, sin sospechar tal deslealtad, estaban tranquilamente anclados en el puerto de Corrientes.

Fué tan súbito y bárbaro ese ataque que no dió lugar á una resistencia ordenada; porque los marinos argentinos, ni remotamente podían sospechar una tan colosal agresión, inexplicable contra una nación hermana y amiga, ni tampoco una crueldad tan dura como innecesaria contra tripulaciones casi inermes que fueron sacrificadas sin consideración alguna, dando muerte y tomando prisioneras á todas ellas con excepción de 1 guarda marina y 43 marineros, siendo lo más digno de notar, en este acontecimiento, que en seguida de consumar este atentado, sin previa declaración de guerra puesta en conocimiento del gobierno argentino,

como debió preceder á tal enorme crimen, lo que es de rigurosa justicia entre naciones civilizadas, la cancillería paraguaya, en nota que lleva la fecha de 29 de Marzo, declaraba la guerra á la República Argentina, oficio que recién fué recibido en Buenos Aires el 3 de Mayo, es decir, 17 días después de haberse López apropiado de los vapores argentinos é invadido la provincia de Corrientes.

Nada importa que el Congreso paraguayo hubiese declarado la guerra á la República Argentina quince días antes del atentado de Corrientes, si esta comunicación no fué entregada á la cancillería argentina, sinó muchos días después de aquel hecho, cuando ya el general Robles cómodamente había ocupado la capital de la provincia de Corrientes.

Jamás se podrá justificar esta imperial felonía del Mariscal López, pues esa declaración de guerra que tarda más de un mes en llegar á Buenos Aires, después que el atentado á una nación hermana ya ha tenido lugar, es una página contempóranea que nunca convencerá, ni á los más entusiastas admiradores del dictador.

En esta metrópoli cayó esta noticia como una bomba, la sorpresa no tuvo límites, y con razón llegó hasta creerse que el Mariscal López hubiera perdido el juicio, pues no se podía concebir que un pequeño estado que estaba comprometido ya en una guerra contra dos naciones, una de las cuales era un imperio fuerte y rico

arrojase tan insólitamente el guante á una tercera potencia que podía presentar muy cómodamente 50.000 hombres en el tablero de la guerra; siendo de tomarse en consideración, que hasta las primeras causas alegadas por el generalísimo paraguayo habían desaparecido, por haberse regularizado la situación de la República Oriental, subiendo al poder en plena paz el general don Venancio Flores.

Provocada así, tan bruscamente á la guerra, la República Argentina, aceptó complacida el tratado de la Triple Alianza y recién entonces fué discutido y redactado por los tres Ministros de Relaciones Exteriores de las tres naciones beligerantes y aliadas, y no anterior á estos sucesos, como erróneamente se ha dicho, prestando, sin fundamento, una mal querencia que nunca existió, en la República Argentina contra el Paraguay.

Es verdad que existía la recíproca confianza y la amistad entre los gobiernos de las naciones de la alianza, y un instinto de propia conservación los aproximaba, sin que esto importe que hubiese un pacto anterior á pesar de lo que se ha afirmado al tratar de las entrevistas con el general Flores en las Puntas del Rosario ó del protocolo de 22 de Agosto refrendado por Elisalde y Saraiva que estipula solamente el *apoyo mutu y amistoso entre ambos gobiernos en el ajuste de cu ntas de sus respectivas cuestiones con el Estado Oiental*, (Nabuco) y es por estos sagrados móviles qu hemos de ver al general Mitre defendiendo siempr la alianza, en todo momento contra sus encarniza-

dos enemigos. Esta lealtad incorruptible del generalísimo del ejército aliado debe considerarse también como un acto de gran política.

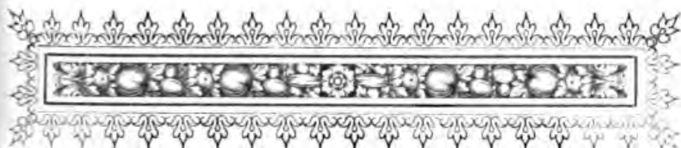
Quince días antes de la firma del tratado el general Robles con un ejército de 25.000 hombres había ocupado una parte del litoral de la provincia de Corrientes.

Mientras que esto sucedía el ejército brasileño, fuerte de 13.181 hombres que había decidido la campaña del Estado Oriental, se encontraba acampado en el cerro de Montevideo á las órdenes del general don Manuel Luis Osorio y á consecuencia de estos sucesos recibió orden de dirigir sus marchas hacia las márgenes del río San Francisco sobre el Uruguay.

Tomó tan de sorpresa la invasión paraguaya á la corte imperial, que los contingentes que se remitían al general Osorio iban tan mal equipados, por el apresuramiento de la marcha, que en nota de 8 de Abril de 1865 el Ministro de la Guerra señor Vizconde de Camanu le dice que, faltando vestuario y equipos á la tropa que se le remite, lo faculta para que la provea de todo lo que necesite.

Vamos un momento á detener nuestro relato para ocuparnos sumariamente del ejército paraguayo y su material de guerra.





El ejército paraguayo

CAPÍTULO II

El ejército paraguayo — Dificultades para conocer su verdadero efectivo — Carencia de documentos oficiales — Su organización y comando.

DESDE principios del año de 1864, empezó el general López los preparativos para la guerra que tenía en perspectiva, y aunque no exista, con excepción de la memoria y declaración del general Resquín y otras contradictorias de oficiales prisioneros, ningún documento emanado del Estado Mayor del Ejército Paraguayo ó del Ministerio de la Guerra, que nos pueda dar la cifra exacta del número de tropas en sus diversas situaciones con que el dictador paraguayo inició la contienda, nos veremos obligados á recurrir al escritor Thompson y á los documentos del general Resquín que, en este sentido, nos parecen razonables. (1)

( ) Masterman le dá 100.000, Goald 100.000, el Coronel Francisco Martínez de 50 á 70.000, el Teniente Coronel Lucas Carrillo dice que en 1864 tenía 56.000, el General Caballero 80.000 y el Coronel Wisner 55.000 soldados en armas.

La actividad desplegada por los elementos movidos por la voluntad del general López, fué digna de elogio y supera á todo lo que se pueda imaginar, para improvisar y movilizar un grande ejército en poco tiempo.

Estos milagros solo se obtienen con el poder absoluto ó un fanático patriotismo. Por lo demás es una utopía creer que por otros móviles se llegue á ese resultado.

En Marzo de 1864, ya se había establecido en Cerro León un vasto campamento militar que alojaba á 30.000 reclutas de 16 á 50 años, cuya instrucción se apresuraba en demasía, demostrando con este propósito la impaciencia de provocar la guerra cuanto antes.

Al mismo tiempo se formaba en la Encarnación otro campamento con 17.000 conscriptos, otro en Humaitá con 10.000, otro en la Asunción con 4000 y otro en la Concepción con 3000, de modo que las fuerzas instruídas y disciplinadas de Marzo á Agosto del mismo año antes referido fueron de 64.000 hombres y agregado á este número 6000 que murieron á consecuencia de enfermedades en este período, le da un efectivo de 70.000 hombres.

En este núcleo de combatientes figuraban 28.000 veteranos que eran la base é instructores de los ejércitos que invadieron á Mato-Grosso, Río Grande y Corrientes.

Al iniciarse la guerra, á causa de las numerosas bajas que ocasionaban las enfermedades, el reclutamiento

había asumido grandes proporciones y podría muy bien decirse que, incluyendo sus pérdidas, alcanzó á 80.000 hombres.

Ahora, como tenemos que recurrir á la muy conocida obra del señor Thompson, que es aquel que ha tratado con más detalles por el lado paraguayo las contingencias de aquella guerra, vamos á tomar íntegra una gran parte del capítulo V, en que trata de aquel ejército y de sus recursos generales. Como se verá por el siguiente relato, su organización consistía en regimientos y en batallones, suprimiendo la brigada y el cuerpo de ejército y formando las divisiones de las tres armas uno ó dos días antes de empeñarlas en combate.

« Las fuerzas del Paraguay, en esta época, consistían en un ejército de cerca de 80.000; la tercera parte de estos formaban la caballería, las otras dos la infantería y la artillería.

Los mejores soldados se escogían para la artillería y la caballería. La caballería estaba dividida en regimientos, y la infantería en batallones; la artillería en escuadrones de artillería ligera y de artillería de plaza.

Cada regimiento de caballería se dividía en cuatro escuadrones, compuesto de 100 hombres cada uno; debían ser mandados por un coronel, un teniente coronel y dos sargentos mayores, etc.; pero en realidad muchos regimientos solo eran mandados por un teniente y raras veces por un oficial de mayor gradua-

ción que un capitán. La causa de esto era la escasez de oficiales superiores, pues López era muy parco en sus promociones. A manera que la guerra se prolongaba, la fuerza de los regimientos disminuía, y no era posible remontarlos del todo. Las dos últimas observaciones son igualmente aplicables á la infantería. Los regimientos de caballería estaban armados con sables, lanzas, y carabinas de chispa.

Las lanzas paraguayas tenían tres yardas de largo y las de los aliados doce pies. La escolta del Presidente se componía de doscientos cincuenta hombres, armados con carabinas rayadas de cargar por la recámara, sistema Turner, el regimiento de dragones de la escolta con carabinas comunes rayadas.

Como los primeros no se batieron hasta los últimos días de la guerra no pudieron ensayar sus armas. La caballería montaba en recado, que es la silla del país, y constituye una buena cama.

No usaban freno y para suplirlo, pasaban una fuerte guasca ó cuerda, que les servía de rienda por dentro de la boca del caballo asegurándola con un nudo. En esta época había en el Paraguay unos cien mil caballos, de los cuales la mitad no habrían podido galopar más de tres millas. Los caballos paraguayos nunca habían sido buenos, á lo que se agrega que últimamente habían sido diezmados por una terrible enfermedad en el espinazo, que generalmente había atacado á los mejores.

Cada batallón de infantería se dividía en seis compañías de cien hombres cada una, llamadas granaderos, 1ª, 2ª, 3ª, 4ª y cazadores.

La compañía de granaderos era compuesta de los hombres más fornidos y altos del batallón, y la de cazadores por los más débiles y bajos. Sin embargo, al principio de la guerra, la mayor parte de los batallones constaban de 800 á 1000 hombres, conteniendo á veces más de seis compañías compuesta cada una de 120 hombres. Tres batallones estaban armados con rifles Witton. Uno de estos, formado por López I, había permanecido constantemente en Humaytá, donde en lugar de raciones se le entregaban tres tiros para que cazaran en los bosques el alimento necesario. En vez de balas usaban cortados para tirar á los patos, esta circunstancia destruyó las rayas de los rifles quedando, por consiguiente, inutilizados.

Tres ó cuatro batallones estaban armados con fusiles fulminantes y los demás con fusiles de chispa, que tenían la marca de las armas de la Torre de Londres.

No llevaban más arma blanca que la bayoneta, para la cual no usaban vaina; porque la conservaban siempre armada.

Solamente el batallón 6 tenía los machetes encontrados en los vapores tomados en Corrientes, porque después de su vuelta de Matto-Grosso hacía el papel de infantería de marina.

Había tres regimientos de artillería volante que constaban de cuatro baterías de seis cañones cada una, otra batería de cañones rayados de acero de á 12, el resto era de todos los tamaños, forma, peso y metal imaginables, variando su calibre entre 2 y 32. La mayor parte de ellos acababan de ser montados en la Asunción.

La artillería de plaza (toda lisa) constaba de 24 cañones de 8 pulgadas de diámetro y de 251 arrobas 5 libras de peso, 2 de 56 muy pesados y como 100 más cuyos calibres variaban entre 24 y 32. De éstos 18 de 8 pulgadas de diámetro, 2 de calibre de 56, y 70 de menor calibre, entre los que había muchos de 12 y de 8, constituían el armamento de las tan temidas baterías de Humaytá.

Las chatas estaban armadas con 6 cañones de 8 pulgadas. La mayor parte de la artillería consistía en cañones de hierro, viejos y carcomidos, probablemente llevados como lastre por algunos buques y comprados por el Paraguay, parecidos á los que sirven de postes en Woolwich.

Los soldados de artillería ligera, además de su propio ejercicio eran adiestrados en el de la caballería, y los de plaza en las maniobras de batallón. El Paraguay contaba con un total de 300 á 400 cañones de todo tamaño.

Su marina consistía en los siguientes pequeños vapores, todos ellos mercantes, excepto el *Anhambay* y el *Tacuarí*, que eran verdaderos buques de guerra.

Tacuary, *Paraguary*, *Igurey*, *Marqués de Olinda* (capturado al Brasil) *Salto Oriental* (capturado á la Argentina). *Iporá, 25 de Mayo, Gualeguay* (capturados en Corrientes). *Igui, Río Blanco, Pirabebe* (antes Bunger), *Iberá* (antes Cavour), *Río Mboteley* (antes Vesuvio), *Salto de Guayra*, *Paraná, Anhambay* (capturado en Matto Groso), *Olimpo*, *Pirá, Guira, Ipanema* (capturado al Brasil). *Argentino Ilying* y el *Pulosk* cuyos nombres paraguayos ignoramos; además, los buques de vela *Rosario, Independencia*, *Aquidaban*, *General López*, *Paraguary* y los lanchones *Humaytá Cerro León* y *Coimbra*.

Estos buques estaban armados con cañones lisos de 4 y 32. El *Pejuí* montaba un cañón rayado de cargar por la culata (calibre 12). Los marinos usaban rifles Witton con bayonetas sables. Ni los rifleros ni los artilleros usaron nunca el punto graduado de sus armas, sino que levantaban sus punterías algunas yardas sobre la altura del blanco según la distancia.

Sin embargo, tiraban mejor que sus enemigos que conocían el uso del punto graduado.

Los medios de trasporte eran lentos, consistiendo en carretas de bueyes. No había, para el trasporte, convoyes especiales, sino que se entregaban á cada jefe las carretas y bueyes que pedía y este sacaba de su tropa los hombres necesarios para su manejo.

El cuerpo médico consistía en un cirujano mayor, tres cirujanos con el rango de capitanes, y un farmacéutico

con el de teniente, todos ellos eran ingleses. Estos tenían bajo sus órdenes muchos practicantes paraguayos, todos enseñados por ellos y por el farmacéutico.

El convoy del hospital era idéntico al que hemos descrito. Las drogas eran ya muy escasas.

Había en los depósitos paraguayos como quinientas toneladas de pólvora y grandes cantidades de balas, bombas, etc.

El traje del soldado, por lo general, consistía en una camisa, calzoncillo y pantalones blancos, camiseta de bayeta grana con vivos blancos y azules, sobre esta camiseta llevaban un cinturón blanco, y no usaban calzado. (1) El gorro paraguayo era el segundo distintivo de su uniforme, el de la infantería era parecido al gorro de cuartel de infantería de la guardia imperial francesa, pero con pico, y eran: ó colorado con vivos negros, ó negros con vivos colorados.

Cuando ya no quedaba paño en el país, este gorro fué sustituído por un kepí de baqueta, que fué una buena invención. La caballería y artillería usaba un alto morrión negro con un penacho, los de la caballería tenían una flor de lis y los de artillería una escarapela tricolor.

(1) En algunos cuerpos se usó el pantalón azul, como se ha podido ver en los prisioneros de la Uruguayana.

Al regimiento de la escolta armado con rifles Turner, le llamaban «Acá-Carayá» ó *cabezas de monos*, porque llevaban un yelmo de cordobán con guarniciones de bronce, en cuya extremidad superior estaba cosida una cola de mono negro. Una larga cola negra de caballo caía desde el yelmo sobre la espalda del soldado. Estos soldados llevaban una túnica punzó y pantalones blancos, y cuando estaban de servicio, botas granaderas. Los dragones de la escolta usaban altos morriones cuadrados, como el resto de la caballería, pero tenía una ancha faja de bronce alrededor de la extremidad superior, por lo cual eran llamados «Acá-verá» ó *cabezas relucientes*.

El soldado paraguayo llevaba en el morrión, peine, dinero, cigarros, fósforos, aguja, hilo, botones, tabaco de mascar y el pañuelo.

Los uniformes de los oficiales y de los marinos eran parecidos á los franceses, pero el petit uniforme, consistía en una camiseta negra con vivos colorados, la que fué reemplazada cuando el paño se hizo escaso por la de los soldados, que tuvieron que pasarse sin ella. Al fin ya no tenían ni esto y el único distintivo del oficial era el kepí y la espada, que nunca abandonaba.

Los paraguayos eran los hombres más respetuosos y obedientes que se puede imaginar. Desde el soldado hasta el general todo el mundo se descubría en presencia de su superior, que nunca contestaba al saludo.

Todo el que llevaba traje militar en el Paraguay era de hecho jefe superior de todo particular, y todos los jueces, etc., tenían que descubrirse en presencia de un alférez. López se resentía de todo insulto hecho á sus oficiales, y durante el reinado de su padre, una señorita dejó de ser invitada por dos años á los bailes, por orden suya, á consecuencia de no haber querido bailar con un oficial.

El paraguayo no se quejaba nunca de una injusticia, y se hallaba enteramente satisfecho con todo lo que determinaba su superior. Si le azotaban, se consolaba diciendo: *¿ Si mi padre no me azota quién me haría este favor?* Todos llamaban á su oficial superior «Mi padre» y á su inferior «Mi hijo». A López le llamaban *taita-guazú* ó el padre grande, le decían también *mita-moroti*, ó el niño blanco, y *carai ó carai-guazú*, que significa gran señor.

El cabo tenía la obligación de no abandonar su vara cuando estaba de servicio. Era el verdugo apaleador y podía dar á cualquier soldado tres palos bajo su propia responsabilidad. A un sargento le era permitido ordenar que un soldado recibiera doce palos, y á un oficial tantos cuantos quisiera.

Por faltas muy graves y por las más insignificantes cometidas en la vanguardia, el jefe de cuerpo no podía castigar al culpable, sino que tenía que ponerle en el cepo y dar parte á López de su falta, el cual sentenciaba. Si era oficial, se le quitaba la espada

y se le arrestaba, hasta que López dispusiera. Los cepos en campaña consistían en atar al individuo por las manos con un lazo, asegurándolo en una estaca y haciendo esta misma operación con los pies, de manera que el paciente se halla igualmente distante de ambas estacas.

Como en el ejército francés, todos los oficiales salían de la tropa. Los jóvenes de buena familia que servían, tenían que dejar su calzado porque no era permitido á ningún soldado llevar zapatos.

Al principio los castigos eran impuestos con arreglo á la ordenanza española, pero últimamente eran del todo arbitrarios. Un artículo de las ordenanzas condena á muerte á todo el que acepte cualquier cosa que pertenezca al enemigo.

Las raciones eran una vaca diaria para 80 hombres y cuando escaseaba la carne, para 200. Sin embargo, esto sucedía raras veces; recibían mensualmente una libra de yerba, un poco de tabaco, sal y maíz cuando había para hacer con él una sopa. Durante la guerra la sal era escasísima, y su falta era la que más se sentía, y ha costado al Paraguay millares de vidas; millares han perecido igualmente por falta de alimentos vegetales, que habían sido la base de su alimentación hasta que entraron al ejército, donde no se comía sino carne cansada y flaca. Los soldados recibían una ración, los oficiales dos, los jefes de campo cuatro y los generales ocho».

Después de haber oído á Thompson expondremos:

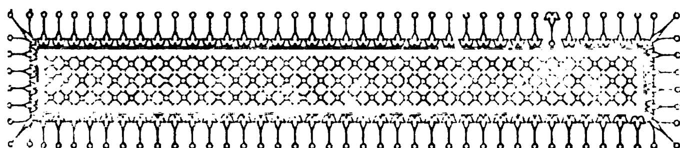
La táctica que regía el ejército paraguayo era la antigua española, aquella pausada, tranquila y majestuosa del fusil de chispa, adoptada solamente para las tropas que estaban armadas con fusiles fulminantes, el manejo arreglado para el ejército argentino.

En nuestro concepto este ejército jamás pudo ser maniobrero, en el verdadero sentido táctico; ni estratégico, porque faltóle una cabeza dirigente medianamente preparada, y es por eso que muchos de sus reveses fueron efecto de esa insuficiencia tan marcada, aunque en su favor tuvo un terreno apropiado para la defensa, la astucia, la sorpresa, la emboscada y una constancia, coraje, y decisión sublime que jamás ha sido superada.

De manera que, reasumiendo lo que se acaba de exponer, tenemos que al provocar el Mariscal López esta guerra que tanta resonancia histórica tendrá, reclutó un ejército de 80.000 hombres con 400 bocas de fuego de diversos calibres y una flota de 19 naves y baterías flotantes con 120 cañones, construyó arsenales, líneas telegráficas y establecimientos metalúrgicos donde se fundían monumentales cañones, proyectiles de toda clase, y otros materiales de guerra que atestiguaban su nerviosa preparación desde algún tiempo atrás, y aunque esta no era completa, en razón que esta clase de preparaciones es la obra paciente de muchos años, cuyo ejemplo nos ha de presentar siempre en este siglo, después de 1814 la Prusia, y la

Francia, desde 1870; y porque la dirección de esta laboriosa y costosa empresa debe estar encomendada á la experiencia, al saber del cálculo y á una perseverancia inquebrantable y no á la impaciencia vertiginosa de un joven ambicioso, sin embargo, se presentaba superior en todo grado á la que tenía el Brasil, la República Argentina y la República Oriental, sobre todo á estas dos últimas que carecían, en gran parte, de todos los elementos materiales para una guerra seria en que tendría á su frente un fuerte ejército enemigo, y puede muy bien decirse, que gracias al poderoso aliado moral, que desde el principio de la guerra se declara en su favor, nos referimos á la incompetencia del dictador paraguayo y á la de sus generales, es que la victoria, desde el primer momento, sonrió á las banderas de la alianza, á pesar de la sorpresa y de las enormes ventajas del número, con que los ejércitos paraguayos iniciaron la contienda.





Ejércitos aliados

CAPÍTULO III

Efectivos y organización de los ejércitos aliados al iniciarse la guerra.

Un distinguido escritor brasileño nos dice, con mucha razón, refiriéndose á la sorpresa de esta guerra: «Que mientras el Paraguay presentaba en liza 80.000 hombres, el Brasil, adormecido en los brazos de la paz, apenas tenia de efectivo un ejército de 16.000 hombres y 21 buques de guerra, á pesar que la ley de presupuesto votada para los años financieros de 1864 y 65, señalaba 18.000 soldados y 24 buques en circunstancias extraordinarias» y aunque esta fuerza no era suficiente para llenar las necesidades militares de tan 'asto imperio, todavía, como mayor deficiencia, presentaba los cuadros incompletos de tan pequeño ejército.

Podríamos muy bien decir que la base del ejército rasileño que invadió el Paraguay fueron las tropas

que aliadas con Flores, marcharon sobre Montevideo, y las que resistieron en Río Grande al ejército paraguayo de Estigarribia.

Así tenemos que en Marzo de 1865, el ejército imperial acampado en los alrededores de Montevideo alcanzó á 13.181 plazas de las tres armas, en cuyo elemento entraban las tropas de línea, guardia nacional y voluntarios de la patria, núcleo de hombres que, con excepción de la tropa de línea, en su mayor conjunto eran reclutas, y aquel de Río Grande que en la misma época y en las mismas condiciones fué remontado á 13.952 soldados y reclutas.

Estas tropas sumaban un total de 27.106 plazas á las que se pueden agregar 3500 hombres que distribuídos en varias provincias del Imperio, una parte de ellas estaban prontos á engrosar las filas del primer cuerpo de ejército que á las órdenes del general Osorio, había sido designado para mandar el ejército que debía invadir el Paraguay.

En 16 de Abril de 1866, en momentos en que los ejércitos aliados se preparaban á forzar el paso del Río Paraná, el ejército brasileño numerosamente aumentado, se encontraba organizado del modo siguiente:

1er Cuerpo á las órdenes del general Osorio destinado á invadir al Paraguay: infantería 17.610, artillería 2.686, caballería 4.347, escuadrón de transportes 269. Total 24.312. En diferentes destinos: en la escuadra 1575,

con el general Flores en la vanguardia 2082. En Montevideo y Corrientes 729, enfermos 4380. Total de destinos 8.866. Suman en todo 33.078 soldados (en esta suma están incluídos 2164 oficiales).

2º Cuerpo á las órdenes del conde de Porto Alegre: infantería 3.136, artillería 580, caballería 5.712. Total 9.535. En diferentes destinos 5864. Suman en todo 15.396.

De manera que estos dos cuerpos de ejército en el momento del pasaje del Río Paraná, alcanzaban á 48.476 hombres, que era la fuerza con que verdaderamente contaba el Brasil en ese tiempo para contrarrestar la invasión paraguaya.

Además, existían en Matto-Grosso y Río Grande 8498 plazas pertenecientes á diferentes armas y en otras provincias del Imperio 6951.

Por este estado se ve que en Abril de 1866 tenía en armas el Imperio 70.209 hombres, siendo casi en su totalidad, con excepción del ejército de línea, reclutas, que iban á hacerse soldados en el fuego, y para su mayor elogio, podemos siempre decir que cupo á los generales Osorio, Porto Alegre y Mena Barreto la gloria de disciplinar, instruir y organizar en la batalla constante, á este gran número de valientes reclutas que un momento más tarde han de inscribir en las páginas pacíficas de la historia del Brasil, la magna epopeya de sus hazañas.

Este núcleo de hombres armados, estaban organizados en la infantería por batallones, brigadas y divisiones

y en la artillería y caballería por escuadrones, regimientos, brigadas y divisiones. Su armamento era el fusil rayado y la carabina fulminante con excepción de algunos regimientos de caballería que fueron dotados de carabinas Spencer: la artillería era rayada, con algunas coheteras á la Congreve, la artillería de posición en el principio de la campaña no existió, pero más tarde fué necesario echar mano de ella para contrarrestar las piezas de 68 con que continuamente nos bombardeaba el enemigo.

La escuadra brasileña, según la memoria presentada en 1865 por el Ministro Jauves Pinto Junior, constaba de tres divisiones:

1ª Fragata *Constitución;* corbeta, *Bahiana*, *Imperial Marinero*, *Doña Januaria;* vapores á helice *San Francisco*, *Pieti Magé.*

2ª Corbeta *Berenice;* brique *Marañón;* buque escuela *Tonelero.*

3ª Brique *Itamoroca;* yates *Río de Contos*, *Cayrú;* vapores de ruedas *Pirayá, Vapera*, hélice *Ibicuí*

Flotillas en el Río Grande del Sud.— Vapores de ruedas, *Cachoera, Hueli, Ituumeose*, *Apa.* En Matto-Grosso.— Vapores de rueda, *Jaurú*, *Curumbá, Alfa, Cuyabá, Paraná.*

Escuadra de operaciones en el Río de la Plata. — Vapores de ruedas: *Amazonas*, *Paraence, Recife,*

Tacuarí, Nicteroy (á hélice) *Yaquitiñona*, *Paranahiba, Belmonte, Maracaño Marín*, *Itajahí*, *Beberibe, Ipuatemi*, *Araguay, Ivahí, Araguary*, *Ipiranga.*

Transportes.—*Pipiriguazu, Iguazú.*

Buques sueltos.— Vapores de rueda: *Yaguarón* y *Tamandahí.*

El personal de todos estos buques ascendía.— Oficiales de diversas clases de embarque 609; plazas de pret y de marineraje 3627. Total: 4226.



Como ya lo hemos expuesto anteriormente, se ve claramente que el Brasil había tenido suficiente tiempo para preparar su ejército y repeler la guerra á que había sido provocado, estando en mejores condiciones que sus aliados, por su repleto tesoro y por el número de sus tropas, pues en su mayor conjunto el ejército imperial reclutado muy lentamente, se componía de ciudadanos armados con el nombre de guardias nacionales y voluntarios de la patria sin instrucción alguna. (1)

Aunque más pobre, la República Argentina, en este sentido hizo grandes sacrificios. En esta misma situación

---

(1) La movilización había sido lenta en razón que el 12 de Noviembre de 1864 el Paraguay declaró la guerra al Brasil y ocho meses después, en Julio de 1865, aun el ejército brasileño no estaba pronto á entrar en campaña. — (PEREIRA D' ACOSTA)

presentaba su ejército á la liza, pues con excepción de los cuerpos de línea, y algunos de guardia nacional que cuidaban la frontera, los de la capital y otros centros urbanos análogos, todo era recluta y tan sin preparación para la guerra que ignoraban hasta las más simples nociones de la escuela del soldado; y al considerar su comportación futura, siempre habría que admirar la formación rápida de ese ejército, la actividad desplegada en la movilización, y los progresos asombrosos de la instrucción, primero, por la facilidad del transporte en las comarcas argentinas á causa de la gran cantidad de medios de movilidad, pues donde no había ferrocarriles existían caballos en abundancia; segundo, por el instinto guerrero y la inteligencia que conmueve patrióticamente al ciudadano, pues parece que todas sus facultades convergen á improvisar ese admirable soldado que ya es viejo conocido en la heroica epopeya patria.

En la memoria de Guerra y Marina del año 1866 se encuentra detallada la organización del ejército contra el Paraguay, presentando un estado demostrativo de todos los cuerpos que componían aquel núcleo de combatientes en 1865, poco tiempo antes de invadir el Paraguay; como también la orden general que se refiere á su organización definitiva.

Vamos, pues, á dar un resumen general del ejército nacional en esa época, compulsando no sólo este documento, sino el estado del 15 de Noviembre, que trae Palleja en su diario.

Las fuerzas de guardia nacional con que contribuyeron las provincias argentinas, fueron las siguientes:

	Hombres.
La Provincia de Buenos Aires, 10 batallones de infantería y 2 regimientos de caballería de G. N.	5.000
Santa Fe, 3 batallones de infantería y un regimiento de caballería G. N.	1.025
Córdoba, 2 batallones G. N.	459
Tucumán, 1 batallón »	300
Mendoza, 1 » »	271
San Luis, 1 » »	195
San Juan, 1 » »	336
Rioja, 1 » »	360
Salta, 1 » »	298
Catamarca 1 » »	282
Corrientes 1 » »	219
La caballería de los generales Cáceres, Hornos, y de los coroneles Paiva, Requera, etc.	4.500
Entre Ríos, 2 batallones, artillería y piquete	751
Suma total	13.996

Los partidarios de los generales Hornos, Cáceres y coroneles Paiva, Requera y otros, es, puede decirse, la primera movilización que forma el primer núcleo de resistencia al enemigo.

Además se le pidió á las provincias del interior 1150 hombres para remontar á una parte del ejército de línea; porque los cuerpos que estaban en la frontera y en la capital de la provincia de Buenos Aires, fueron aumentados con ciudadanos de esta provincia y alguno

que otro contingente de soldados de línea de baja ó contratados en Europa.

La infantería de línea destinada á la guerra del Paraguay constaba de 12 batallones, incluso en estos 3 cuerpos extranjeros.

La artillería se componía de dos brigadas de 4 escuadrones.

La caballería, 2 regimientos de línea, la escolta del Comandante en Jefe, las otras fuerzas ya enumeradas y todos los demás servicios.

Así, pues, según la referida memoria de Guerra y Marina, el ejército preparado para la campaña del Paraguay en Noviembre de 1865, con todos sus Estados Mayores, cuerpos y piquetes, constaba de 8 generales, 241 jefes, 2059 oficiales, 5402 clases, 16.812 soldados que hacen un total de 22.214.

En este estado, Entre Ríos figura con 751 hombres en vez de 5000, que fué el cuerpo de ejército con que debía contribuir á la guerra

En el Diario del general Palleja, se ve un estado que lleva la fecha de 15 de Noviembre, la misma que la orden general dada en la costa del Vatel, organizando el ejército argentino contra el Paraguay que se presenta en la memoria de Guerra y Marina, que anteriormente hemos mencionado. (1)

(1) Más tarde la orden general que lo consigna la trascribimos íntegra.

El estado general del Diario de Palleja, da al ejército argentino :

	Generales	Jefes	Oficiales	Tropa
1er Cuerpo de Ejército.	1	35	348	4554
2º » »	1	32	355	4977
3º » »	1	16	172	1950
Ejército de Corrientes..	2	36	190	3500
» Entre Ríos..	3	75	450	5000
Total..........	8	194	1515	19.981

Lo que da un total general de 21.798 sin contar los no combatientes, con cuyo número alcanzaría á 22.000 hombres.

Como se ve, entre estas dos numeraciones de fuerza existe una diferencia remarcable.

En el primero solo figura el contingente de Entre Ríos con 751 hombres, y á pesar de eso presenta un efectivo el ejército argentino de 22.214 contra el Paraguay y 6600 en las fronteras interiores ; es decir, 28.614 argentinos sobre las armas.

Mientras tanto en el estado del general Palleja, á pesar de incluir los 5000 entrerrianos que no existieron nunca, alcanza á 21.798 combatientes ; suprimiendo aquellos, sólo se elevaría á 16.472 que es el ejército argentino que acampaba en el mes de Marzo en Corrientes antes de invadir el Paraguay.

Por esta orden general anteriormente mencionada, se encuentra suprimido el 3r cuerpo de ejército, pasando el general Gelly y Obes á desempeñar el importante puesto de Jefe de Estado Mayor General del Ejército y el general Emilio Mitre que antes mandaba, según el estado general de Palleja, el 3er cuerpo, á mandar el 2o.

Esta disminución ó alteración de fuerza comprendida entre el 15 de Noviembre y 16 de Abril, se explica por las enfermedades y diversos destinos fuera del campamento y la deserción que es el cáncer de todos los ejércitos en campaña. (1)

La escuadra argentina constaba de los siguientes buques mercantes armados en guerra:

El *Guardia Nacional, Chacabuco, Libertad, Pavón, Buenos Aires, Gualeguaychú, Itapirú,* y otros buques de menor importancia como el *Hércules*, *General Pinto, Caguazú, Constitución* y goleta *Concordia,* que estando en desarme habían sido vendidos. Además el *25 de Mayo* y el *Gualeguay* que fueron tomados por los paraguayos.

(1) Ver en la obra la Dirección de la Guerra, por Von der Gollz, lo que expone sobre la rápida disminución de los ejércitos en campaña, pág. 66. Al ejército brasileño le pasaba otro tanto, pues más tarde le veremos figurar en la batalla de 24 de Mayo, solo con 18.000 hombres, como el argentino con 12.000.

El ejército argentino con todos sus servicios, incluyendo los no combatientes, alcanzaba, en momentos de invadir el Paraguay, á 13.500, lo demás, por diferentes causas, quedó en Corrientes, en Itapirú y otros lugares.

De esta deficiente escuadra mandada por el almirante Muratori, no conocemos otros detalles sino que siempre fué tripulada por un personal animoso que jamás trepidó en cumplir con su deber.

Según el estado general de las fuerzas de la División Oriental, fechado en 15 de Enero de 1865, constaba de 3 generales, 42 jefes, 234 oficiales y 2887 soldados divididos como sigue:

		Generales	Jefes	Oficiales	Soldados
	Comandancia en Jefe: Flores, y Estado Mayor, Suárez......	3	2	33	33
	Escolta de C. F. Flores	—	2	21	244
CABALLERÍA	(General Castro)........	—	3	28	5
	Estado Mayor...........	—	8	10	10
	1er Regimiento G. N......	—	5	25	261
	2° » »	—	8	17	154
	4° » »	—	7	11	279
INFANTERÍA	1a Brigada, Coronel Palleja.	—	1	2	—
	Batallón Florida.........	—	1	27	426
	» 24 de Abril......	—	1	23	747
	2a Bda. T. Coronel Marcelino Castro...........	—	1	2	3
	Batallón Libertad........	—	1	14	252
	» Independencia...	—	1	18	237
	Artillería, 1 escuadrón de artillería ligera.................	—	1	12	198
	Parque Oriental, Capitán González......................	—	—	1	38
	Total..........	3	42	234	2887

Como se ve fué labor ímproba y digna de aplauso la rápida organización de los tres ejércitos aliados, improvisaciones que solo se destacan en esta ardiente tierra americana, tan celosa de su independencia y de su valor. Y con más asombro aun, un momento más tarde vamos á admirar el famoso desempeño de esas brillantes huestes, que en su mayor número eran ciudadanos armados.





La idea de López

CAPÍTULO IV

El plan de López. — Dificultad por falta de documentos fehacientes para penetrar su pensamiento. — Resultado de su plan de guerra. — Planes de campaña. — Lo que se deduce de los acontecimientos que tienen lugar. — Teatro de operaciones. — Errores de plan.

SENSIBLE ha de ser siempre para la historia de la campaña del Paraguay la impenetrabilidad del pensamiento de López en los antecedentes ó preliminares de esta tenaz contienda; sobre todo en aquello que se refiere á su plan completo de guerra y de campaña.

Todos los documentos que acaso pudieran comprobar sucesos extraordinarios, si es que existieron, han desaparecido; muy pocos vestigios quedan de la laboriosa y secreta preparación política de esta guerra, y

solo una memoria estratégica y estadística de la provincia de Corrientes, mandada redactar por orden de López, [1] es el informe de guerra más serio que llegó á nuestro alcance.

Si es que existió lo que sospechamos, el único magno factor de estos acontecimientos lo ha llevado consigo á la tumba, ya no vive aquel que con sobrado conocimiento de los hechos y con documentos fehacientes, podía aclarar extensamente estos sucesos, como otros hombres importantes de su séquito, como Berges, Barrios, Sánchez, Caminos, Palacios, Díaz, etc., ó los emigrados argentinos y orientales que debieron tal vez conocer los arreglos ó negociaciones que se tramaban contra las naciones que más tarde se aliaron para rechazar la invasión del Paraguay.

Este silencio histórico nos pone en el caso de ajustar prácticamente el plan de guerra de López á los sucesos que han tenido lugar, ignorando tal vez, muchas veces, sus verdaderos móviles, y cuando mucho suponiendo proyectos ó intenciones que íntimamente se relacionan con esos acontecimientos que pueden muy bien haber tenido otra causa, ó entorpecimientos que no conocemos.

El enigma se presenta alguna vez indescifrable, sobre todo, cuando consideramos en la parte política esta

(1) Esta memoria nos fué obsequiada por el comandante Herrera, la que á su vez pasó á manos del general Vedia. Hoy debe de estar en el archivo del general don B. Mitre.

declaración de guerra á una monarquía por un infatuado que pretende ser monarca, y que lo más lógico hubiera sido buscar el apoyo de un país que tenía la misma forma de gobierno que él piensa erigir.

El punto más enigmático y el que más nos interesa sería saber á ciencia cierta, si la declaración de guerra de López á la República Argentina ha obedecido á un impulso de odio ó á un arranque de amor propio exagerado, ó á un acto momentáneo de cólera no contenida, ó á un complot de promesas ó secretos trabajos con algunos personajes de Corrientes y Entre Ríos, ó del interior de la República Argentina, que en ese tiempo se señalaban por su rencor profundo á Buenos Aires y al gobierno del general Mitre, ó la necesidad de hacer un acopio de grandes elementos de movilidad y vituallas; porque bien se comprende que la negativa del gobierno argentino para el paso del ejército paraguayo por las Misiones correntinas, no fué sino un pretexto.

Si ha existido lo que anteriormente exponemos, López, y sus confidentes fusilados por su orden ó muertos en el campo de batalla, lo han llevado todo á la tumba como un secreto histórico del que no ha quedado sino una clara sospecha que nos aproxima sin quererlo á la evidencia.

Sin embargo, recordamos que un día su consorte nos afirmaba que las relaciones de López con algunos jefes de cierto prestigio de Corrientes y Entre Ríos, y

personajes políticos de la República Oriental del Uruguay, eran evidentes, y que éstos le habían dado la seguridad que tanto esas provincias como aquella república apoyarían la invasión paraguaya, al mismo tiempo que nos relataba la escena anteriormente descripta referente á los diarios porteños.

Luego, podría muy bien decirse, que las tres causas ligadas por las necesidades de la guerra y el personal orgullo indomable del dictador, han dado vida á este suceso, y á fe que hay para desconfiar un tanto, cuando hemos visto al lado de López orientales y argentinos que, extraviados por sus frenéticas pasiones políticas, no sospecharon el abismo en que se hundían, y creyeron de buena fe que servían una buena causa, sin conjeturar ni remotamente, que pudieran adquirir más tarde por esa acción, el estigma de traidores á la patria, ni menos servidores de un cruel tirano que, á título de tal, los haría perecer en terribles suplicios, castigándoles, decía, por haberle engañado y dado malos consejos.

Ahora desearíamos saber si fueron con solo los consejos con los que cooperaron á la inmortal contienda aquellas desdichadas víctimas de las pasiones políticas, ó si existió algún tratado secreto que determinara claramente, después de la guerra, la situación de esas provincias argentinas y de la República Oriental; porque no comprendemos, ni creeremos jamás, que el extravío de aquellos hombres llegara hasta el punto de aceptar desmembración alguna de sus respectivas na-

ciones para declararse sumisas súbditas de un dictador.

Pero ante esta reflexión, nos preguntamos, ¿ López vencedor, qué precio hubiera pedido para acordar la paz?

Estamos más que seguros que el precio hubiera sido muy crecido.

El orgullo del adalid triunfante, agrandando enormemente las ventajas de la victoria, ¿ á qué condiciones dictara la paz al vencido?

Dado el carácter imperativo y vanidoso de López, el teatro simpático y luminoso en que debutaba ante la América, y la necesidad que sentía de expansiones territoriales, es creíble, de todas maneras, que no habría hecho la guerra para exclamar caballerescamente después de haber superado grandes obstáculos y haber experimentado tan grandes sacrificios : *La victoria no da derecho.* Este es el enigma, el secreto que nadie sabe; pero que se sospecha.

Hemos hecho esta referencia porque el erróneo plan de campaña del Mariscal López tuvo, sin duda, por punto de apoyo un factor problemático á la simple vista, y por consecuencia, en razón de poderosas razones debía de fallar por su base; porque la insurrección de las provincias argentinas y la de la República Oriental, debieron preceder á la invasión para dar seguridad á esta operación, y no la invasión á la insurrección, cuyo

resultado fué el previsto por el patriotismo argentino desde el primer momento, en razón que López en estas cuestiones no recordó la antigua sentencia aquella de *ver y creer*, sobre todo, en un asunto tan grave como es aquel en que le presentaban á dos provincias argentinas impulsadas por odios políticos, prestándose á ser traidores á la patria. Así pues, si López contó con las promesas de algunos hombres extraviados, con la traición de los argentinos, fué terriblemente defraudado en sus esperanzas, y cosechó como consecuencia lógica, grandes pérdidas y reveses, antes que los aliados hubieran pisado el Paraguay.



Al estudiar el plan general de guerra de López, que conocemos por las diversas concentraciones y organización de sus tropas, la manera de coordinar las operaciones de sus ejércitos, y el plan de campaña que lo alcanzamos por los movimientos estratégicos de cada uno de ellos, vamos á preceder este juicio con una ligera exposición de lo que entendemos por un plan, para hacer surgir de relieve los grandes errores cometidos en esta campaña.

El archiduque Carlos en su obra magistral titulada *Los principios de la gran guerra*, nos dice: « La guerra ofensiva bajo cualquier punto de vista es la que más rápidamente alcanza el objetivo deseado ».

Ante todo debemos considerar que si es verdad que el gobierno indica las disposiciones en general que

se han de tomar, ya sean ofensivas ó defensivas, en cambio es el general en jefe á quien incumbe el hacer el estudio concienzudo y detenido de los medios que ha de emplear para alcanzar el objetivo deseado: la derrota del enemigo. Son, pues, el carácter, el talento y todas las nobles aptitudes del general, que convergen á este punto en beneficio de la causa que se defiende. Napoleón nos dice una verdad que, aunque vieja, es gran verdad: «En una campaña lo que no es profundamente meditado, no produce ningún resultado, toda operación es necesaria que sea hecha según un plan y un sistema, la casualidad únicamente no es el factor principal del éxito».

Vial también expone: «Un plan de campaña debe indicar claramente el objetivo de las operaciones y estimar de un modo verdadero, sin exageración alguna, los medios y los recursos de los ejércitos beligerantes, presentando al mismo tiempo una combinación fundada sobre una justa apreciación de las dificultades que se tendrán que superar con las fuerzas de que se dispone.

«También ha de tener por base el perfecto conocimiento de los hombres, de las circunstancias y del país.

«Debiera prever en todos los casos la victoria para no ser sorprendido y poder bien aprovecharla, y los reveses para poder con tiempo parar el golpe. Igualmente deberá preveer todas las maniobras que pueda hacer el enemigo, y poner en juego los medios oportunos para que sean ineficaces.»

Follard, nos dice: «Toda buena deliberación en la guerra depende de una combinación de circunstancias presentes y de aquellas que pueden sobrevenir á las diversas determinaciones que se puedan tomar».

Los planes de campaña son ofensivos ó defensivos: en el primer caso se trata de posesionarse de los puntos principales del teatro de la guerra destruyendo al ejército enemigo; en el segundo hay que proteger esos mismos puntos rechazando al adversario, es claro que las combinaciones de estos dos sistemas son completamente diferentes.

Todos los planes de campaña han de estar cimentados sobre el estudio de tres puntos principales. El Geográfico, el Histórico y el Estratégico. El primero es el estudio del teatro de operaciones, el segundo aquel que se desprende de las campañas que han tenido lugar en ese mismo terreno; el tercero comprende el estudio estadístico del territorio donde se va á operar, para lo que se hace un inventario detallado,—permítasenos la palabra,—de los recursos de ambos beligerantes.

La ofensiva, según el Mariscal Marmont, domina el pensamiento del adversario y un primer combate favorable le da alguna vez un ascendiente que no pierde nunca.

Jomini expone que «La ofensiva le asegura toda la libertad de acción, y de algún modo, le subordina los movimientos de su adversario».

En resumen, un buen plan de operaciones consiste en la clara determinación de tres elementos indispensables. El punto de concentración. La línea de operaciones y el punto de ataque; y para alcanzar su objetivo ha de tener una base de operaciones segura y abundante de todo, y sus líneas de comunicación y de operaciones exentas del peligro de ser interceptadas, de modo que hasta el momento de llegar frente del adversario, haya podido sin riesgo alguno, continuar sus movimientos estratégicos y alcanzar por último el propósito táctico que se persigue.

Ahora, para ajustar á estos principios los planes de ambos beligerantes, ó demostrar los errores que se han cometido, en primer lugar presentaremos á grandes rasgos el teatro de la guerra donde se han desarrollado los sucesos que vamos á exponer. Primero nos ocuparemos de las operaciones y hechos de armas que tuvieron por escenario la provincia de Corrientes, que son aquellos en los que Robles, Resquín y Duarte, por la parte paraguaya, han sido actores sobre los dos extremos del dilatado frente de operaciones de los ejércitos paraguayos, incluyendo en estos la maniobra de Estigarribia sobre la Uruguayana, que es necesario complemento, y aquellas que en igual caso, han sido ejecutadas por el ejército aliado, como la concentración del 1er cuerpo de ejército argentino sobre el Río Paraná, el ataque de Corrientes, los movimientos de las escuadras beligerantes y batalla naval del Riachuelo, la concentración del ejército aliado sobre Concordia, la marcha del general Paunero atravesando la provincia

de Corrientes, las de Duarte y Estigarribia en dirección á Yatay y Uruguayana, y las marchas convergentes del ejército aliado sobre el Paso de la Patria, que han sido otras tantas líneas de operaciones de esta campaña.

Esto es únicamente lo que se relaciona con la provincia de Corrrientes. En seguida, cuando tratemos de la campaña de Humaytá, presentaremos la descripción militar que corresponde al territorio paraguayo comprendido entre los ríos Paraná (Paso de la Patria) y Paraguay, hasta Humaytá y sus alrededores, y el del Chaco frente á Humaytá hasta el Timbó.

Primeramente vamos á dar una idea general de la provincia de Corrientes, que estará muy lejos de asumir la importancia de una memoria, pues si tal fuera nuestra intención utilizaríamos militarmente el hermoso libro sobre Corrientes del señor don Zacarías Sánchez, con que acompaña la carta geográfica de este Estado argentino.



Como inmensa valla limita su confín por el Oeste y el Norte el río Paraná, en una extensión de 724 kilómetros desde el río Guaiquiraró en Entre Ríos hasta el arroyo Itaembé en Misiones; y el Uruguay, al Oeste, que se desliza correntoso por una extensión de 436 kilómetros desde el Chimiray hasta el Mocoretá. Otros ríos de menor importancia cierran el perímetro de la provincia por la parte Sud, como el Guaiquiraró y

sus afluentes Basualdo y Tunas y el Mocoretá, alcanzando estas corrientes de agua una extensión aproximada de 237 kilómetros, y los arroyos Chimiray é Itaembé, que son el deslinde de la provincia de Corrientes con Misiones, (1) de 79 kilómetros; así vemos que el contorno de la provincia alcanza 1707 kilómetros y está rodeada por ríos de mayor ó menor importancia que corren en una extensión de 1476 kilómetros.

La parte Norte de la provincia de Corrientes está formada por una continuación de terrenos bajos y pantanosos, bosques espesísimos y grandes albardones, no encontrándose montañas sino en la región misionera.

No hay sino extender la vista sobre esta región encharcada para darse uno cuenta de las grandes dificultades que tendría que superar un ejército, si tuviera que operar sobre esa parte del territorio.

Esta comarca, militarmente descripta, es un terreno casi inaccesible en una grande extensión, porque á cada paso los movimientos del ejército invasor se verían detenidos por extensos y profundos esteros, bañados, ríos y frondosos bosques, que, á no dudarlo, utilizaría perfectamente el defensor. Ante tales embarazos las líneas de operaciones y comunicación ten-

---

(1) Este deslinde se completa por una recta por terreno firme que ne las nacientes de estos dos arroyos. Su extensión es de 40 kilóetros.

drían que operar por accesos más fáciles, como es el litoral de los ríos Paraná y Uruguay.

La región de la parte Norte del territorio, se puede dividir en dos zonas, la del Paraná y la del Uruguay; es decir, la primera que es la del Oeste, es aquella comprendida entre el Paraná Oeste, Alto Paraná y la Laguna Iberá. Como se ve, estos territorios están separados por la referida laguna que forma el centro inabordable, misterioso y grave, de esta región plana, casi sin declive, que como muy bien expone el doctor Contreras, « son como grandes sábanas de agua en tiempos lluviosos con los nombres de cañadas, bañados, esteros, malezales », así pues, debe militarmente considerarse esta región muy difícil para el avance de las grandes masas de un ejército invasor.

Los principales obstáculos que se presentan á la marcha de un ejército regular en esta región del Oeste, (no siendo por el litoral de los ríos anteriormente mencionados), sería la cañada Ipucú. El gran estero del Riachuelo. La cañada del Toro. La cañada del Desaguadero. La cañada del Fragoso. Los esteros Maloya, San Lorenzo, Santa Lucía, Carambola, Malo, Yaguareté, Guazú, San Joaquín, Tataré, San Nicolás, Agucú y otros que no se describen por no estar en esta región ó ser muy pequeños, además hay que agregar los ríos y arroyos que son innumerables entre los que figuran Riachuelo, Sombrero, Empedrado, San Lorenzo, Santa Lucía, Corrientes y algunos que están más al Sud. La mayor parte de estas

corrientes de agua van al Paraná. Todo este sistema anegadizo se encadena como un enrejado de obstáculos hidrográficos y muchas de esas corrientes de agua están unidas al Iberá.

En la parte oriental de la laguna Iberá se nota la misma configuración de terreno que presenta iguales dificultades para las maniobras de grandes ejércitos. En primer lugar está el río Aguapei que corre entre grandes bañados que toman diversos nombres, como Cacaa-Caray, Siqueira; además de estos está el bañado y arroyo Tevyroynza, el de Santa María, el de la Ayuí y algunas lagunas y arroyos de menor importancia. Una parte de este territorio, es boscoso y presentará siempre dificultades para la guerra regular.

En el centro está el estero del Batel, el del Batelito, los bañados del río Carambola que es continuación del río Corrientes, los esteros del Miriñay y otros más pequeños.

La región del Sud de este estado argentino es ondulado, tiene buenos pastos, espesos bosques y abundantes ganados; su semejanza con el territorio de Entre Ríos se distingue á primera vista; se ve claramente aquí la continuación de la Cuchilla Grande de aquella provincia hasta más allá de las nacientes de los arroyos de Payubre y Curupicay, en cuyo plano termina en descenso progresivo y es, puede muy bien decirse, el centro de la provincia, siendo al mismo tiempo estas alturas la división de aguas de los afluentes del Paraná y

del Uruguay, como también se nota la prolongación de la selva de Montiel que en Corrientes toma el nombre de Payubre.

Los esteros y lagunas son muy escasos y los ríos y arroyos, por rara excepción, profundos. En esta parte del territorio los ejércitos pueden fácilmente maniobrar sin grandes obstáculos, salvo algunas corrientes de agua y bañados, pero todos son impedimentos que se pueden salvar con un buen tren de puentes.

Cuando se le compara á estas hermosas campiñas ricamente pobladas de haciendas con el Norte se ve perfectamente la notable diferencia entre los dos sistemas de terrenos, el uno es un tejido de esteros, ríos, bañados y lagunas; el otro una red de pequeñas colinas y bosques entrecortados por algunas corrientes de agua.

Un ejército que venga del Paraguay tiene que atravesar el río Paraná, ya por el Paso de la Patria, Paso del Ombucito frente á San Cosme (paraguayo), Itatí, Posadas ú otros puntos de menor importancia.

En el primer punto puede ser impedida por la escuadra adversa, siempre que esté crecido el río ó que aquella se compusiera de buques de poco calado, en los demás sucedería lo mismo, aunque en las bajantes los saltos de Apipé y Areguá, situados al Norte de la zona, impiden algunas veces la libre navegación.

Sería siempre muy difícil la marcha de las grandes masas de un ejército regular por el terreno del Norte de la Provincia, pues tendrá éste que ejecutarse en un

suelo encharcado constantemente, y por comarcas difíciles donde solo se transita por pasos precisos los grandes esteros, ríos, bañados y bosques, presentándose á cada momento los impedimentos que ya anteriormente hemos mencionado. Ese sistema hidrográfico es una especie de estrategia defensiva que salva á Corrientes por ese lado de una operación seria sobre el centro de su territorio; pero en cambio los ejércitos pueden perfectamente dirigirse por el litoral de los ríos Paraná y Uruguay, evitando así estos contratiempos.

La ciudad de Corrientes sería siempre el objetivo principal del ejército que invada por el Paso de la Patria, como Posadas sería de aquel que reconcentrando el grueso de sus fuerzas en la villa de la Encarnación, pasara frente á ese punto, viéndose obligado entonces, si intentara ejecutar una marcha de avance hacia el Sud, acercarse á la margen del Uruguay como, más tarde veremos que lo hará Estigarribia, Duarte y Robles en sus respectivos teatros de operaciones.

Estas líneas de operaciones sobre el litoral de los grandes ríos también tiene la ventaja que están en contacto con sus escuadras ó escuadrillas respectivas, en las cuales pueden apoyar sus movimientos y van ocupando centros importantes de poblaciones y dominando á sus flancos ricas comarcas abundantes de ganados y vituallas.



Después de haber tratado á vuelo de pájaro la topografía de la provincia de Corrientes, nos ocuparemos del plan del general López al llevar la guerra al Brasil y á la Argentina.

El Mariscal López al concebir las primeras delineaciones de su plan, señala, en primer término, las líneas de operaciones que han de seguir Barrios en Matto-Grosso, Robles en Corrientes y Estigarribia en Río Grande, pero al momento vacila; entrevé sus errores, detiene las operaciones y retrocede, comprende al fin que su plan gigantesco era un castillo de naipes.

Este plan que solo se presenta á juicio, en presencia de los hechos consumados, según las operaciones de sus lugartenientes, consiste.

1° Invasión á Matto-Grosso. Estratégicamente trataría por medio de esta operación, de resguardar el Paraguay de un ataque sobre la frontera del Norte, y de acopiar todo el material de guerra que existiera en los pueblos brasileños de la costa del río Paraguay, de modo de dejar desarmada á esa comarca, evitando así la invasión brasileña en los momentos más críticos en que estuviese comprometido en la campaña de Corrientes y Río Grande.

2° Invasión á Corrientes. Esta operacion, será ejecutada por 25.000 hombres á las órdenes del general Robles, teniendo por centro de la maniobra ó base de operaciones á Humaytá, se detiene en Goya

en los preliminares del movimiento, se puede decir, que de esta campaña, no saca mejor fruto, que la desolación de esa provincia y el aniquilamiento de una parte de su ejército.

3º Invasión á Corrientes y á Río Grande por Estigarribia con un ejército de 12.500 hombres que tiene por instrucciones, según las memorias del general Resquín, pero nunca declaró tal cosa Estigarribia, de reunirse con Robles para continuar la campaña. ¿Con qué objetivo? Ejército que sucumbe íntegro en Uruguayana y Yatay. Puede muy bien decirse que la provincia de Corrientes fué invadida por dos puntos: Robles, que formaba la derecha del extenso frente de operaciones y Duarte la izquierda, la ocuparon dejando el centro libre.

Como se ve, el plan de López está marcado en estas tres operaciones: la primera la encontramos perfectamente justificada; la segunda, si acaso él tenía por objetivo principal á Buenos Aires, contando con la sublevación de Corrientes y Entre Ríos, desastrosamente fué engañado, nunca pudo ser ese ejército que por sí solo se aniquilaba rápidamente, una suficiente potencia para tan arriesgada empresa, más cuando la escuadra brasileña era un obstáculo insuperable. En cuanto á la parte política su error fué más grande aun, porque las provincias argentinas jamás hubieran respondido á sus designios; de manera que después de la derrota de su escuadra pudo dar su plan por fracasado; y al referirnos á su escuadra es porque debió

ser uno de los más importantes puntos de apoyo de las operaciones paraguayas en la provincia de Corrientes.

El dominio del río Paraná con sus buques ha de considerarse como estratégico, inminentemente necesario, y en caso contrario considerar inútil la invasión de Robles, y, por lo tanto, haberla postergado para mejor ocasión. Por otra parte, era aquella una maniobra naval que en cualquier caso se presentaba dudosa, hasta el punto que más tarde fué vencida la armada paraguaya por la brasileña, lo que dió lugar á que el ejército paraguayo, acosado por todas partes, rápidamente buscara el abrigo en su casi inexpugnable y natural fortaleza.

4° La invasión á Río Grande. Este es el error más digno de crítica que pudo cometer el general López; entrega, á su propia suerte á un ejército paraguayo sin base de operaciones por estar separado por más de 400 kilómetros de su centro, sin fáciles líneas de comunicaciones, y con una de operaciones sin método y al acaso, ni propósito, pues no sabe donde está su objetivo principal, si en la ciudad de Río Grande ó en Montevideo, ó en su reunión con Robles; todo este desempeño fatal era entregar á esa fuerte columna á la boca del lobo, dirigiéndola cándidamente, tan luego al punto donde encontraría mayor núcleo de fuerzas enemigas, pues no debía ignorar que la tormenta empezaba á formarse en Concordia, y que una fuerte columna argentina atravesaba la provincia de Corrientes y como 12.000 brasileños empezaban á agruparse en las

cercanías de Uruguayana á las órdenes del general Porto Alegre, y lo peor de todo eso, es que al frente de esas infelices tropas estaban jefes sin aptitudes para dirigir la más simple maniobra de guerra, incapaces en todo momento de combinar ni dirigir ningún movimiento, valientes y nada más, y tan ignorantes que no comprendían ni la oportunidad de la retirada, ni tenía en su mente la sospecha de una derrota.

Sobre todo, en esas condiciones, Estigarribia jamás se pudo haber reunido á Robles; instrucciones fueron estas de última hora, sin duda, que modificaban el primer plan y hacía inútil la campaña de Río Grande, en la que al fin y al cabo no se iba en pos de un objetivo perfectamente deliberado.

Tal vez el general López quiso aplicar aquel precepto de la guerra, que enseña que los grandes ejércitos deben marchar desunidos y combatir reunidos; pero esto se refiere á que la desunión se hace en pequeñas distancias que, separando las columnas por su propia comodidad, mantengan siempre sobre sus flancos sus líneas de comunicaciones, de modo que en un momento crítico se hace el despliegue estratégico ó táctico sin dejar grandes espacios entre los cuerpos de ejército; pero destacar un ejército separado de su base de operaciones y de otro ejército que opera en otro extremo, interceptado por la gran laguna Iberá y un espacio de 350 á 400 kilómetros, es falta tan enorme que sus consecuencias estaban ya previstas.

Al referirnos al precepto ya admitido sobre las líneas de operaciones en general que atañe á la marcha de las columnas, es de advertir que estas han de ser en lo posible numerosas y poco profundas, con el propósito de hacer lo más rápido el despliegue. Además, no se ha de considerar nunca á las líneas de operaciones como una línea geométrica ó una vía, sino como á una zona de terreno que contiene una red de caminos y vías férreas, aunque es verdad que se designa á la línea de operaciones por el nombre de vía principal.

De modo que el plan completo del general López se desconoce; porque en las simples instrucciones que da á sus lugartenientes les dice que vayan hasta tal punto y que lo esperen, y en seguida les prescribe el retroceso.

Su plan es un plan ofensivo, sin duda, pero antes de ningún suceso de importancia cambia de opinión y da la siguiente orden por telégrafo al general Robles, el 26 de Mayo de 1865, un día después del combate del 25 de Mayo en Corrientes. « Si acaso el general Urquiza apareciese en su persecución tratará Vd. de seguir el mismo movimiento y solo aceptará el combate cuando no pueda evitarlo. Aunque no es necesario el concurso de las fuerzas que Vd. manda para desalojar al enemigo de Corrientes, aunque es lógico pensar que ese golpe de mano sobre aquella ciudad ha de ser en combinación con Cáceres y Reguera que han desaparecido de su frente quizás con ese propósito; pero es conveniente que en tal situación retroceda Vd. con toda la

fuerza de su mando recorriendo la costa izquierda del Santa Lucía y trate de pasarlo en el paso de San Roque ó de Cáceres cuatro leguas más arriba, haciendo recogidas de caballos entre Santa Lucía y el Batel á distancia proporcionada y prudente de la columna, teniendo presente que cuando más lo traiga para acá en pos de sí, más lejos se retira de sus recursos, mientras Vd. se aproximará y podrá reunirse con nosotros».

Ya en este documento se advierte la vacilación que asalta á López en los primeros momentos de la campaña ofensiva que inicia, sin haber tenido lugar los reveses de Río Grande ni aquel tan sangriento de su escuadra. Extraño á su carácter impulsivo, se siente dominado por un vago temor que llega hasta el punto de ordenar el retroceso.

De manera que de un innoto plan solo se conocen los preliminares de la campaña, y el cambio brusco de la ofensiva audaz resuelta, por sorpresa, á la defensiva absoluta en el primer momento. El retroceso implica parapetarse en sus defensas naturales en ese territorio predilecto para esperar á sus enemigos.

Así pues, ya en el comienzo el plan del general López fué un fracaso á causa de ser poco meditado. Efectivamente, si con 25.000 hombres que se diezmaban día por día pretendía llegar hasta Buenos Aires, se engañaba torpemente, y si hubiera alcanzado ese objetivo principal, el retorno habría sido sin un soldado; ni nenos con 12.500 conquistado á Río Grande. Todo

esto implica el desconocimiento más absoluto del escenario adverso donde él se iba á lanzar á la lucha.

Y ante el mal resultado de sus operaciones ofensivas, no valía la pena haber provocado á una guerra injusta á tres naciones pacíficas, para encerrarse en seguida en su territorio y producir el horrible aniquilamiento gradual de su propio país. Si el general López hubiera hecho la paz, retirándose momentáneamente del Paraguay, tal vez hoy estaría en el gobierno y su país sería una nación floreciente.

Y fué tan grande el peligro del ejército de Resquín, que debió su salvación á la bajante del Paraná que impidió que la escuadra brasileña interceptase el pasaje de sus tropas y tal vez, no lo aseguramos, al largo asedio de la Uruguayana y á los grandes temporales que detuvieron durante muchos días la marcha del ejército aliado en Mercedes y en otros puntos, como también á la dificultad que ofrecía el tránsito por 100 kilómetros de terreno encharcado que daba principio en las inmediaciones del río Corrientes y concluía próximo al Rincón de Cevallos, y los pasos de los ríos Corrientes, Santa Lucía, San Lorenzo, Batel y algunos más; de otra manera, decíamos, con el apoyo de la armada imperial del mismo modo que sucumbió el ejército paraguayo del Uruguay, hubiera sido vencido el del Paraná.

Por otra parte hay que considerar que los ejércitos paraguayos extrañando la alimentación á que estaban

acostumbrados se destruían rápidamente, parecían aquellas tropas asaltadas por una epidemia constante.

Robles primero y después Resquín invadieron á Corrientes, con 27.000 hombres [1] y regresaba el último con 14.000 sanos y 5.000 enfermos, los que faltaban habían muerto ó desertado, los que quedaban estaban casi extenuados, semejaban convalecientes de un hospital de animosos veteranos. A Estigarribia le pasó algo más grave, lo perdió todo, y fué tal el aniquilamiento general del ejército de López, que antes de iniciarse la guerra en su propio territorio, ya habían muerto de enfermedades 30.000 reclutas, agregado á estos las bajas por fallecimiento de Corrientes y del Uruguay y rendidos, implicaba una pérdida mayor que la mitad de su ejército.

Además, al comienzo de la lucha, López, no confiando en las disposiciones y aptitudes militares de sus subalternos, personalmente dirigía las operaciones desde la Asunción, primero, y después de Humaytá, constituyendo estos lejanos centros de operaciones un formal embarazo para sus generales, que en demasía incompetentes, debían sobre el terreno subsanar las dificultades que contrariando el imperfecto plan del generalísimo, de improviso se presentaran. Las órdenes que se trasmitían á los tres ejércitos que operaban á distancias tan enormes, atrofiaba el entendimiento

(1) Con la división de Aquino, fuerte de 3.000 hombres, alcanzó e ejército de Resquín á 27.000 hombres.

de los ejecutores que muchas veces no sabían que hacer, esperando todo del acaso y no de las combinaciones del arte; porque casi siempre llegaban tarde las instrucciones que se habían dado á consecuencia de un suceso cualquiera, y las circunstancias habían cambiado, y por consecuencia, era oportuno hacer lo contrario, y he aquí á los pobres ejecutores que se veían en figurillas en una situación tan embarazosa.

Ahora ya se había visto que en muchos casos el Mariscal López no se ha ajustado á los sabios preceptos de la guerra, aquellos que no son absolutos, que prácticamente nos han enseñado los grandes maestros ó lo que se aprende teóricamente en cualquier buen libro de arte militar.

Un general que desde tiempo atrás se preparaba para tan grave suceso, que en la época de los cañones y fusiles rayados, inicia una lucha con viejas piezas de artillería de múltiples calibres y fusiles de chispa, y que resuelto á la guerra ofensiva no organiza una fuerte escuadra, que fuera de duda sea invencible en las regiones del Plata, y que no se alecciona con la mortalidad que ataca á su ejército antes de la contienda, buscando los medios de evitar ese grave contratiempo que estriba en la falta de la alimentación á que ha estado habituado su pueblo, y en el cuidado que necesita el soldado en campaña, y por último, que no almacena con sabia previsión vituallas, pertrechos de guerra, ni los artículos y medicamentos más necesarios con relación á las contingencias de una prolongada campaña, es un neófito en el arte militar y merece todos los reveses que ha sufrido.

Sin embargo, dadas las buenas calidades naturales que adornaban al general López, creemos, que formado en la escuela de la teoría y de la experiencia, al lado de un general ilustre, habría sido también un discípulo que tal vez no hubiera cometido tan grandes errores, aunque siempre queda la duda á causa de su carácter impulsivo y vanidoso en demasía. Tuvo las dos grandes condiciones del que impera: un carácter inquebrantable y una decisión sublime, y muchos de sus planes de ataque y defensa, á pesar de sus grandes errores, traslucen alguna vez el pensamiento del general que desea, aunque imperfectamente, aproximarse á lo exacto; y allí se puede estudiar cuan peligroso es en aquel soberano que manda hombres á la muerte, la absoluta carencia de la experiencia de la guerra.

Sensible será siempre que aquella memorable defensa del Paraguay tan heroica para aquel ejército de niños, de adultos, de viejos y de inválidos de la cual el Mariscal López fué el fuego sagrado, esté manchada con tanto crimen inútil. [1]

Si eso no fuera así ese poema americano no tendría rival.

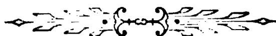
Ahora si en vez de tantos desaciertos, cuando él estaba mejor preparado que sus aliados y tenía á su disposición un poderoso ejército en momento que sus

(1) Saqueos, desolaciones, fusilamientos y torturas ordenados por él, figuran en documentos paraguayos como más tarde se verá.

contendores no podían oponerle ni la tercera parte de esas fuerzas, hubiese él lanzado 60.000 hombres sobre Río Grande y el Estado Oriental, habría presentado otra faz esta guerra. En primer lugar no hubiera tenido efecto la reconcentración del ejército aliado en Concordia. En segundo lugar, el levantamiento del Estado Oriental y la destrucción del cuerpo de ejército de Mena Barreto y después Osorio, habría sido un hecho. En tercer lugar, hubiera sido ahogado el patriotismo de Corrientes y de Entre Ríos y quién sabe qué camino hubiera tomado la guerra. Es posible que hubiera sido entorpecida la reconcentración de los aliados, limitada á esas provincias y á ese estado; por otra parte, la escuadra aliada le hubiese impedido salvar los límites del perímetro invadido.

Debe entenderse que nos referimos al principio del año 1865, en momentos que López nos atacaba por sorpresa con grandes masas.

Su plan no tiene sino un primer empuje y en seguida todo se reduce al saqueo de tres ricas provincias aliadas, cuyos objetos son remitidos al Paraguay.





Preliminares de la campaña

CAPÍTULO V

Efecto producido en Buenos Aires y las demás provincias argentinas por el atentado de Corrientes.—El tratado de la Triple Alianza. — Primera movilización de las fuerzas de Buenos Aires y de las provincias.— Actitud del pueblo y del gobierno.— Robles invade á Corrientes con un ejército de 25.000 hombres; más tarde es reforzado este ejército con la división del mayor Aquino.— El gobernador Lagraña y las autoridades se retiran. — El ministro Berges delegado del general López nombra el triunvirato correntino. — Campamento de Robles en el Riachuelo donde construye una batería sobre la costa del Paraná y algunas obras de defensa. — Empieza la resistencia de las tropas de Cáceres y Reguera. — Su carácter. — Vía crucis del general Paunero.—Principia á organizar el nervio de la resistencia.—Primeros movimientos de la escuadra brasileña.

Volviendo á tomar el hilo de la interrumpida narración, nos colocaremos, mejor dicho, nos plantaremos, retrocediendo al fogoso contacto de nuestra juventud, en medio de aquellas escenas patrióticas, indescriptibles del pueblo de Buenos Aires, producidas por la

inesperada noticia del violento apresamiento, en plena paz, de los vapores argentinos en el puerto de Corrientes.

Como es natural, se sintió herido por sorpresa el sentimiento nacional. En el primer momento, conmovidos, enmudecieron todos los hogares, pero en seguida la reacción majestuosa del patriotismo ultrajado fulminó rayos, y estalló el delirio dc la venganza en todas las clases sociales. El pueblo tumultuario se lanzó á la calle, y es entonces que se oyó como el trueno lejano de un huracán de ánimos enardecidos, el rugido de la multitud pidiendo con imperio providencias decisivas para el inmediato desagravio, ó cual la ola embravecida que va y viene y aumenta su sordo rumor, se sintió la indignación de la masa popular en la plaza pública, en el teatro, en el palacio, en el café, en la cabaña, en todas partes, allí doquier respiraba un pecho argentino. Sobresalía en estas pasiones en efervescencia, la mujer argentina que, como un ángel cívico airado, señalaba con enérgica actitud la cruzada libertadora á los pusilámines que desgraciadamente existen en todos los países.

La juventud susceptible y nerviosa, sobre todo la que con ventaja se había ensayado en las guerras anteriores, y que era una gran parte de la población viril, fué la que se sintió más vivamente impresionada, y desde el primer momento encabezó aquellos tumultos nacionales, fomentando formidable el entusiasmo que enardecía gradualmente á todos los espíritus.

La ofrenda, aunque exigua, no se hizo esperar, y las arcas del tesoro abrieron sus puertas á los diversos donativos de los patriotas.

En las provincias sucedía otro tanto, y hasta cierto punto los partidos adversos debilitados por la anarquía, veían complacidos esta guerra que la consideraban como un lazo de unión entre todos los argentinos, como algo muy glorioso cobijado bajo una misma bandera.

En los hombres serenos del gobierno, allí donde la meditación debe preceder todos sus actos, debió recibirse esta noticia como un asunto de los más graves que desde mucho tiempo atrás habían tenido lugar en tierra argentina, tan luego en circunstancias en que el país gozaba de una paz progresista, reinando en todos los ámbitos de la República las instituciones de la libertad y que rápidamente se reponía de los males causados por la guerra social; y en esa emergencia era para lamentar este acontecimiento que implicaba por sorpresa una nueva guerra que, aunque, de distinto carácter que el de las anteriores, amagaba nuevamente debilitar y detener sus grandes adelantos.

La situación de la nación relativamente era próspera y tranquila, aunque sin dinero para una empresa de tal magnitud, ni preparación militar orgánica. Nunca se había previsto tal sorprendente deslealtad del Mariscal López, mas en el caso crítico en que se encontraba el Paraguay empeñado en una desigual lucha con el

Brasil, y en tal situación era lógico suponer, que no cometería el acto insensato de provocar tan duramente á una nación que indudablemente arrojaría la espada de Breno en la balanza de la guerra, pudiendo muy bien en este caso clasificar á ese atentado como un rudo golpe inesperado asestado por un loco impulsivo.

Ante tan grave suceso, el general Mitre y los hombres que lo rodeaban inspirados por sentimientos elevados, se pusieron á la altura de aquellos momentos de ansiosa expectativa, como son los que en ese caso presentan á una nación que no se encuentra preparada para la guerra.

Empobrecida la República por sus continuas luchas civiles y con exiguas entradas, carecía de los principales elementos bélicos para iniciar una campaña contra un adversario que, en plena paz durante algunos años se había preparado con la paciencia del león que en la sombra acecha; con esa paciencia digna de aplauso en cuanto á la labor material, teniendo por guía un pensamiento premeditado que al fin coronaba sus esfuerzos; y aunque esta preparación era incompleta, faltando en ella la competencia profesional y la experiencia, siempre era una preparación que en un momento dado le hacía disponer de un ejército numeroso y de una escuadra superior á las fuerzas que en el primer período de la guerra presentarían los argentinos, entablando entonces la lucha con ventaja por algún tiempo, señalándose sus operaciones en las desoladas é indefensas campiñas argentinas y brasileñas.

El tesoro un poco menos que exhausto, los almacenes vacíos, el vestuario y el equipo escasísimo, el material bélico y el armamento de esa época insuficiente, la carencia de muchos pertrechos de guerra era casi absoluta; pero todo esto que señalaba un peligro inminente, que invitaba al pánico, será siempre el mayor elogio para aquellos hombres tan notables que de la flaqueza sacaron fuerza tan colosal, hasta el punto que en poco tiempo se allanaron todas las dificultades, y se proveyeron todas las necesidades; de manera, que puede muy bien decirse, que momentos después de esta circunstancia de terrible perplejidad, perfectamente armado, vestido y equipado, se presentaría el ejército que debía entrar en campaña contra el Paraguay, y aquel otro de segunda línea, más pequeño, que en la frontera reemplazaba á los cuerpos regulares que á causa de la guerra habían tenido que abandonar sus acantonamientos, dejando en el primer tiempo expuestas las poblaciones indefensas á las depredaciones de los salvajes, y ese hecho sorprendente sucedió porque desde que se sintió la cruel ofensa, vibraba en aquel ambiente el alma patriótica de los argentinos, dominaba el enérgico carácter, la sublime decisión, la soberana voluntad y se presentaban como un don del cielo las riquezas naturales del país, que surgían como la sublime previsión de la tierra argentina.

El ejemplo fué digno de la patria y de la historia, que ha de honrar estos acontecimientos. En aquellos instantes de dolorosa ansiedad altanera se levantó la República y multiplicó sus fuerzas por su impulso propio.

Empezó el trabajo sin descanso, de día y de noche, parecía aquello los arsenales de Cartago en el último sitio: todo se construía y se refaccionaba á un tiempo, vestuario, equipos, material de guerra, armas, vituallas; continuamente se almacenaban para en seguida expedirlas á sus destinos, y así se veía á toda hora el convoy de los carros cargados de pertrechos de guerra que salían de los almacenes del parque á los embarcaderos; sobre todo de armas y de municiones era el mayor pedido, en razón de que en aquellos tiempos de pobreza franciscana, un soldado en campaña muchas veces tenía que contentarse, por todo equipo y material de guerra, con sus armas y municiones, y como alimento un pedazo de carne y un puñado de sal, todo lo demás era superfluo cuando no lo había, sobresaliendo en ese hombre indómito de guerra, su potencia física inquebrantable, su ánimo fuerte inalterable, y su rara sobriedad, virtudes que eran garantías inestimables contra cualquier evento. Quitad al ciudadano esas cualidades inapreciables y tendréis una nación indefensa.

Mas donde se demostró hasta la evidencia las condiciones guerreras del pueblo argentino [1] y la buena organización de los resortes del gobierno fué, sobre todo, en la facilidad y la rapidez con que se ejecutó la movilización y concentración de las tropas de línea

---

(1) Ya hemos expuesto en otro lugar que el pueblo argentino es guerrero, pero no es militar. Se improvisa bizarro combatiente en cualquier momento, pero es refractario á la vida de cuartel, la enseñanza militar del tiempo de paz para él es una carga abrumadora.

y milicias en los diversos lugares de reunión; puntos iniciales elegidos para dar principio á la campaña que iba á tener lugar; y lo que más ha de llamar la atención es el orden y el método que reinó en estas difíciles circunstancias en que un Aníbal sin entrañas golpeaba las puertas de la gran ciudad Sud-Americana.



Una parte del pueblo en masa acudió á la casa del Presidente argentino, y éste en breves y patrióticas frases, contestando á los discursos de los manifestantes, expuso que ya había llegado el momento de traducir en hechos las proclamas y las manifestaciones, y demostró la necesidad apremiante de iniciar cuanto antes la campaña contra el invasor. Es exacto que dió un corto plazo para la conclusión de la guerra; pero es necesario comprender que era una arenga entusiasta del momento, respondiendo á las calurosas frases de la juventud, y si el general Mitre se equivocó, á todos les sucedió lo mismo; porque nadie sospechaba un López con un carácter tan tenaz y absoluto, con un egoísmo tan inmenso que por su persona había de sacrificar miserablemente á su propio país, ni un pueblo tan enérgico que fuera capaz de una resistencia tan prolongada y tan heroica.

Pudo haberse equivocado el general Mitre puesto que el más grande capitán del universo se equivocó

en las campañas de Rusia, en la de España, en la de 1813 y en la de 1815.

¡Solo Dios es perfecto!



Mientras tanto fueron movilizados 10 batallones de infantería y 2 regimientos de caballería de la guardia nacional de Buenos Aires, y remontados á 300 y 400 plazas los cuerpos de línea que guarnecían su frontera que á marchas forzadas se dirigían á los puntos de embarque, además se decretó la formación en las provincias de 13 batallones y 1 regimiento de caballería como también la organización de 5.000 hombres de caballería que en el primer momento à las órdenes del general Cáceres y de los coroneles Paiva y Reguera, hostilizaban la invasión. El general Urquiza iba á ser nombrado jefe del cuerpo de ejército formado por las tropas de Corrientes, de Entre Ríos y las del general Paunero que, apoyados por la escuadra brasileña, maniobraría contra el ejército de Robles para en seguida invadir al Paraguay por Itapua.

Todas estas tropas representaban 23 batallones y 2 regimientos de caballería de guardias nacionales, 11 batallones, 2 regimientos de artillería, 2 regimientos de caballería de línea; excepción hecha de las fuerzas de Cáceres y de las que el general Urquiza pudo reunir. Más tarde se aumentó este ejército de primera línea con otras unidades. Los cuerpos regulares que tenían

guarnición en las provincias se remontaban rápidamente y en seguida se ponían en marcha á sus nuevos destinos, de manera que con esta asombrosa actividad el ejército argentino puesto en campaña sorprendería á su vez á un enemigo que repentinamente había amortiguado el primer impulso que había dado á sus operaciones en la provincia de Corrientes, y que por otra parte, sintiera los terribles efectos de la guerra de partidarios que con justificada razón se denomina en este país, guerra de montonera, es decir, guerra de grupos combinada con la fatiga sin descanso, la astucia, la sorpresa, la audacia y el coraje llevado hasta el último extremo.

Al describir estos acontecimientos, deseamos que aquellos que no conocen bien la historia de esa época estudien y mediten esos inapreciables anales, para que de ellos se pueda sacar un ejemplo saludable, poniendo de glorioso realce lo que puede un pueblo patriota en tan crítica situación.



El estado de sitio fué decretado al conocerse la fatal noticia, y el general Mitre, en una sentida y elocuente proclama hizo conocer al pueblo lo odioso de la bárbara agresión, agregando que las tropas argentinas no bandonarían las armas hasta que la ofensa fuera ven-ada. Esta pieza oratoria es un documento histórico eno de majestuosa energía y de nobles sentimientos.

Para dar sanción legal á todos los actos que en ese momento tenían lugar, se convocó al Congreso Nacional el 1º de Mayo de 1865 y por unanimidad se sancionó un empréstito de doce millones de fuertes que fué inmediatamente colocado.

El general Mitre, contando con el contingente de Entre Ríos, en su lacónico mensaje recomendaba al general Urquiza, á causa de haber agrupado un mayor número de fuerzas que las que se le había pedido.

Mientras tanto, el general Paunero era nombrado jefe de las primeras tropas de línea que debían operar en Corrientes, tomando como punto inicial el Rincón de Soto.

El nombramiento del general Paunero fué perfectamente bien recibido en el ejército; el discípulo del general Paz era una garantía de éxito ; su ilustración, su prudencia, su valor y su experiencia lo colocaban en primera línea y más tarde hemos de ver cuan justificado era este juicio.

A causa de los sucesos que venimos narrando, el 1º de Mayo, día de la apertura del Congreso, arribaban á Buenos Aires los generales Flores, Urquiza, Osorio, el plenipotenciario brasileño Octaviano, el oriental Carlos de Castro y el almirante Tamandaré. Inmediatamente se ocuparon los ministros de Relaciones Exteriores de redactar el tratado de la Triple Alianza [1]

(1) Véase el apéndice.

el cual, casi sin discusión, quedó sancionado y firmado.

En este mismo día, más tarde, el general Mitre obsequió con un banquete á los generales Flores, Osorio, Urquiza y al almirante Tamandaré. Después de la comida quedó sancionado el plan general de la invasión al territorio paraguayo, teniendo por objetivo á Humaytá. El acta de esta junta de guerra lleva la fecha de 1º de Mayo y es la primera que tuvo lugar entonces. (1)

El tratado de la Triple Alianza fué ventajosísimo para las naciones aliadas, sobre todo para el Brasil, á quien perjudicaba enormemente la neutralidad de la República Argentina, por los grandes obstáculos que se le presentaba á aquella nación para poder llevar con facilidad la guerra al Paraguay; porque en caso de que hubiera existido esa neutralidad para alcanzar el propósito de la guerra, solo disponía de la vía fluvial y esta línea de operaciones y de comunicación era demasiada dilatada hasta las fronteras fluviales de la república enemiga, si se tomaba como base de operaciones á la capital del Imperio, verdadero centro de sus recursos, como muy bien lo dice el distinguido escritor brasileño barón de Yaceguay.

«En causa común con la Argentina esta situación cambiaba completamente; la continuación del territo-

(1) Zeballos cartas íntimas de Caxias.

rio de los beligerantes por sí solo simplificaba la ofensiva contra el Paraguay».

Por otra parte la alianza proporcionaba al ejército brasileño toda clase de recursos sin pensar ni remotamente que pudiera faltar la más mínima especie.

No se podrá jamás negar el desprendimiento del Brasil al aceptar aquel pacto en el que cabe al Presidente argentino el insigne honor de ser nombrado generalímo de los ejércitos aliados, no siendo este el único que recibe, pues debe considerarse como muy grande la aceptación de su plan de guerra y de campaña sin observación alguna por sus colegas, como resultado del estudio concienzudo de una cabeza privilegiada que al primer golpe de vista concibe y lleva á cabo las eximias victorias de las campañas de Corrientes y Uruguayana.

El nombramiento del generalísimo del ejército aliado era lógico. Se necesitaba el hombre cuyo temperamento fuese á prueba de emociones y cuya calma, serenidad, valor é ilustración pudiese dirigir con acierto esa empresa tan difícil, en que empezaban las naciones aliadas por presentar efectivos insuficientes para una guerra en la que el provocador tenía todas las ventajas.



Una vez que el Mariscal López hubo reconcentrado en Humaytá y Villa Encarnación los ejércitos destinados á la invasión de Río Grande y de Corrientes se

decidió, sin esperar mayores preparativos, á poner en ejecución su plan ofensivo. Ya era tiempo, y el rápido éxito momentáneo, antes que dieran comienzo las operaciones de los ejércitos aliados, pasará como un meteoro.

Para seguir la relación cronológica de esta guerra, trataremos en primer lugar de las operaciones del ejército paraguayo que á las órdenes del general Robles invade á Corrientes.

Algún tiempo antes de poner en planta este proyecto, el general Robles recibió del Mariscal López un pliego de instrucciones en que se las daba muy detalladas sobre la organización y distribución de las fuerzas de su mando que reconcentradas en Humaytá, debían maniobrar en la provincia de Corrientes bajo la denominación de Ejército de observación en Corrientes. (1)

Este movimiento se ejecutó con algún apresuramiento en razón de que aun no estaban bien organizadas ni combinadas las tres armas, ni completo los otros servicios, ni convenientemente distribuídos los mandos de las otras unidades.

Cuando el general López creyó que había llegado la hora de declarar la guerra á la República Argentina, o:denó el cruel atentado del puerto de Corrientes; decinos cruel atentado, porque pudo haberse apropiado

(1) En nuestro poder se encuentra un sello que dice: « Estado M yor del Ejército de observaciones en Corrientes ».

de los vapores argentinos sin asesinar á hombres inermes, y á los sobrevivientes, si acaso hubiera habido en ese acto un sentimiento de delicadeza, puesto en libertad inmediatamente.

Al otro día, en los instantes en que ese pueblo se encontraba deslumbrado ante esa actitud tan agresiva é inesperada, Robles con 3000 hombres, conducido por cinco vapores, atraca al puerto de la desarmada ciudad y desembarca altanero como un señor feudal dueño de vidas y haciendas; penetra al pueblo conquistado con la brillantez insolente del triunfador, á tambor batiente y banderas desplegadas, tomando posesión así de aquella capital triste, de puertas cerradas, que doliente, semeja en ese instante un cementerio donde solo se siente el rumor de penas nacionales: la soledad que reinaba allí era más lobrega que la del sepulcro; porque se sentía en el ambiente el silencio humillante de la patria. La planta extranjera ajaba el pabellón nacional. El atrevido descaro de la fuerza bruta iba á burlar y á castigar, tal vez, las sospechas de los más sagrados sentimientos del patriota; aquella vejación era enorme.

Al caer la tarde, esa tarde de pechos oprimidos, en el crepúsculo frío y desolado de aquel día de amargas emociones, ya no flameaba la gloriosa bandera de los argentinos, era otra la que se agitaba trémula, ondulante, á los embates del viento; era otra que por sorpresa había ensangrentado en plena paz el suelo de la patria; y eran otros soldados vestidos de rojo que de

las remotas selvas del Paraguay venían á rendir homenaje á su cruenta enseña, abatiendo y pisando con su pie desnudo y sucio el estandarte de Chacabuco y de Maipú.

En ese mismo día arribaron 800 hombres de caballería, especie de vanguardia ligera de los 25.000 soldados de López, con que más tarde se adueñarían, aunque por poco tiempo, del litoral del Paraná hasta Goya.



Según la aserción del escritor paraguayo Centurión, el Mariscal López no deseando tratar á Corrientes como á un país conquistado, sino como á un aliado, prescindió de establecer una dictadura puramente militar y decretó un gobierno civil que fuese elegido por los principales ciudadanos de aquella ciudad oprimida; para el efecto, remitió instrucciones al general Robles, y envió como director supremo y gobernante al ministro Berges, á quien debiera estar subordinado el general Robles. Aquel arribaba á la ciudad de Corrientes el 16 de Abril, y un día después el general Robles convocaba algunos notables que probablemente concurrirían á la citación, por temor más que por otra causa, y habiéndose propuesto en esa reunión un triunvirato, fueron elegidos los individuos: Gaona, Cáceres y Sil'eira, formando así una junta gubernativa con un coloido argentino con el vil propósito de dar nervio á ı propaganda del invasor, y buscar adeptos á la magna aición.

En honor de la provincia de Corrientes nadie reconoció su autoridad, ni acató sus disposiciones fuera del radio de la dominación del ejército paraguayo, con excepción del comandante de Lomas que, con su pequeño grupo de inconscientes, se plegó al ejército paraguayo.

Centurión expone con su candidez habitual y buena fe paraguaya, que López se presentaba en Corrientes como aliado y defensor de una causa puramente americana, en oposición á la tendencia absorbente del Brasil, y no como conquistador. Vaya con el aliado que no dejó ni los palos de los corrales en pie, y se llevó cautivo á señoras distinguidas y á caballeros que habían permanecido, por decoro propio, sin hacer manifestaciones al nuevo régimen, y en cuanto á las tendencias absorbentes del Brasil, desde Caseros, es una frase de explotación de sentimientos patrios que hasta ahora ha tenido justificación.

Indudablemente López envió al ministro Berges que era un hombre bondadoso y conciliador y un notable paraguayo, para que fuese el director de ese gobierno de traidores, y creyó cándidamente que él podría, con sus virtudes innegables, atraer á los correntinos á su causa, pero como era de esperar, los resultados fueron negativos.

Así este gobierno que la historia debía cubrir con un manto negro, fracasó por completo y vió en vez de adhesiones levantarse en masa toda la provincia

de Corrientes, con una sola idea, con una sola pasión, la venganza correntina, la venganza nacional.



En cuanto cundió en Corrientes la noticia de la toma de los vapores, el gobernador Lagraña y todas las autoridades se retiraron al momento para evitar el placer que daría á sus repentinos enemigos de caer en su poder.

El primer acto de aquel patriota gobernante fué una proclama incendiaria que dirigió al pueblo reflejando con viva elocuencia el oprobio de la invasión é incitando á la provincia para que se levantara en masa y defendiera sus derechos y su independencia hasta el último extremo. Esta proclama profusamente corrió de rancho en rancho y de ramada en ramada, y los corazones correntinos hirvieron de venganza y de coraje. El pueblo se levantó como un solo hombre presentando el primer núcleo de resistencia heroica los bravos jinetes de Cáceres, de Reguera, de Paiva, de Romero, de Azcona y de otros caudillos correntinos que en este momento no recordamos.

Empezó entonces esa guerra inabordable de fatigas y de penurias, de zarpazos de fiera astuta: esa guerra de montoneras tan peculiar de los argentinos, esa guerra que hemos enseñado á los boers y que tantas glorias conquistó en las luchas de la independencia argentina. Empezó el asalto del grupo con su ímpetu

Esta abrumante hostilidad es la espina más incómoda que produce la guerra de recursos, hiere constante, forma la úlcera y agusana la moral del ejército más bien templado. Esas son las tropas ligeras que marchan sin impedimenta, sin tren de puentes, sin parques, sin ambulancias ni estados mayores, ni cañones, ni nada que demuestre el pesado perfeccionamiento de la guerra; los caudalosos ríos los pasan á nado, el sol y la lluvia la soportan sin tiendas de campaña, uno solo arrastrándose hasta el desprevenido real enemigo, arroja allí en una noche el sobresalto. Esta masa nacional, es el nervio duro de la guerra, especie de buenos argentinos que han nacido para hacer flamear la independencia nacional á todos vientos.

Este hermoso pueblo correntino cuya historia está escrita con la sangre de los bravos y de los mártires, este pueblo que nos dió el primer general de la América, al crear la primera resistencia contra las tropas de Robles, da tiempo á que se pueda organizar el ejército aliado y se lleve al terreno estratégico y táctico el meditado plan del general Mitre.

La obra del general Cáceres empieza con fervoroso empeño, es que tiene que echar en la balanza justiciera de la historia la reivindicación de algún error cometido en su juventud, y esta memorable resistencia será la expiación patriótica que lo salvará de la severidad de ese libro que llega sin piedad hasta los más remotos descendientes y lo enaltecerá por tan brillante acción.

El ejército de Robles desde que pisa la provincia de Corrientes siente el efecto del asedio de las montoneras de Cáceres, ve extenuarse sus caballos consumidos por la anemia ó desaparecer por los malones de la montonera; sus hombres caen enfermos y mueren con la rapidez de una epidemia; la abundancia de carne y la falta de vegetales produce el mal. Allí, en ese ejército, la muerte baila la danza macabra.

Robles trata por todos los medios posibles de atraerse á los correntinos, á esos parcos argentinos; empezó por declamarles el estribillo de siempre, aprendido sin duda de los caudillos nacionales, aquello de que eran amigos de los correntinos y que los iban á libertar del despotismo de Buenos Aires, que á los paraguayos no debían considerarlos como conquistadores, sino como buenos aliados. Con rara excepción el silencio respondió á este vulgar palabrerío que era expresado con rara candidez. El general Robles olvidaba que á los corazones correntinos no se les dominaba ni convencía con vanas palabras, era necesario el fierro, acabar con ellos, debió conocer un poco de historia, debió saber que á un pueblo que allá en tiempo de la dictadura se erguiera seis veces defendiendo sus libertades, y que había sido degollado en los campos de batalla y casi aniquilado sin poderlo dominar el vencedor, no se le incita á la traición! ¿Se presentaba como aliado de quiénes? Buscaba adhesiones de traidores, ¡oh! eso en estos tiempos era vil quimera.

A pesar de esta patriótica evidencia los triunviros enviaron el 3 de Mayo una diputación al general Cáce-

res incitándolo á la traición; pero el soberbio adalid correntino contestó al insulto con el silencio. ¡ Oh, ese silencio terrible, sombrío señalaba la horca!

El espíritu público que había reaccionado al momento y comprendido con indignación las pretensiones de López, echó por tierra todos sus trabajos esperando el momento propicio para lanzarse á la resistencia. Esta resistencia en la campaña cada vez fué mejor armada y organizada; se presentó más densa y más terriblemente homogénea, como un aro de fierro circundó el ejército invasor. En la ciudad, la situación era otra. En el silencio triste de la familia inerme que lamenta su debilidad, en esa melancolía de la opresión, se sentían crujir los corazones de despecho, con esa amargura de la esclavitud que ex-abrupto hiere á un pueblo libre, los paraguayos estaban solos, un desierto de afectos los rodeaba: como una desolación del Polo, únicamente caras hipócritas de iras contenidas se veían por las calles: los paraguayos estaban solos, su bandera de lana burda descolorida, flameaba al viento entre un círculo de bayonetas! ¡ Pobre bandera de una nación hermana, improvisada en picota de horror para el oprimido! Especie de gorro de Gesler maldecido á cada instante; y ante esa actitud de un pueblo dominado por la fuerza, debieron comprender los invasores que la revancha estaba aplazada á corto plazo, y que no podrían ir muy lejos á pesar de todas las

(I) Así está estampado en el sello oficial.

dulzuras de tigre con que trataban de atraer y de halagar á un pueblo desarmado, sin sospechar que ellos mismos, cuando pisaran su territorio los aliados, iban á dar un ejemplo que la historia lo tendrá en cuenta.

Mientras tanto las tropas paraguayas del ejército de observación en Corrientes continuaban el pasaje del Alto Paraná por el Paso de la Patria, y tomando el camino de la costa del mismo río se dirigían tranquilamente, sin que nadie los incomodara, al campamento del Riachuelo.

Este lugar está á 15 kilómetros al Sud de Corrientes, lo constituye un terreno alto que forma una gran curva entrante sobre el Paraná, dividida en la entrada por una isla formada por dos brazos del río Riachuelo, afluente del primero. En el terreno que está al Sud, denominado Rincón de Lagraña y Santa Catalina, próximo á la barranca que constituye el lado Sud del ángulo, en esta posición, Robles levantó su real y en el otro terreno que está al Norte que lo limita la margen del brazo derecho del Riachuelo sobre la barraca del Paraná, y próximo á la quinta de Derqui, el teniente coronel Brugues estableció una batería de posición, ejecutando obras de defensa no solo para resguardo de las piezas sino para los tiradores. Como se nota, esta batería en un punto dominante, sobre la barranca de la única vía fluvial por donde puedan navegar las escuadras beligerantes, hace sospechar desde ya el pensamiento preconcebido del Mariscal López de hostili-

zar á la escuadra brasilera, y hasta puede muy bien conjeturarse, el hábil propósito de atraer á su adversario á dar una batalla naval en ese lugar donde pudiera ser apoyada su armada por los cañones y la mosquetería de tierra, plan, que aunque en su ejecución fracasó en una sangrienta derrota, no por eso dejó de tener su mérito; aquel incontestable, de haber tenido lugar la batalla en el punto elegido por el general López para esa memorable acción.

Lo que se acaba de leer demuestra nuestra imparcialidad al juzgar la capacidad militar del Mariscal: ya lo hemos dicho, sus errores provienen únicamente de su falta de preparación militar tanto teórica como experimental, como de su carácter despótico é impulsivo.

El general Robles, al ocupar este punto de concentración de su ejército, dejó en la ciudad de Corrientes dos batallones de infantería el 1° y el 3° fuertes de 750 plazas cada uno, [1] una sección de artillería organizada con tres piezas encontradas en el pueblo y alguna fuerza de caballería. Estos cuerpos representaban una fuerza de 2000 hombres y estaban á las órdenes del mayor don José de C. Martínez, teniendo por 2° el capitán López y el todo incluso los vapores, subordinado al ministro Berges, el delegado apostólico de López. Parece que al elegir este campamento el general Robles lo hacía, según se ha dicho, con la in-

(1) Carta del mayor paraguayo Leguizamón.

tención de esperar allí al ejército aliado, error que no tiene nombre en cuanto al ejército de tierra; porque dejar la gran valla del río Paraná para hacer la guerra defensiva en Corrientes, constituía en la verdadera acepción de la palabra un enorme despropósito, sobre todo, teniendo en cuenta el brillante impulso de su famosa caballería; pero más tarde López cambió de idea y le ordenó el movimiento de avance hacia el Sud. Todas estas órdenes y contraórdenes no eran sino la consecuencia lógica de la carencia de un plan decisivo, fundado en una base experimental, como ya anteriormente lo hemos hecho notar; comienzo amargo del convencimiento de que la guerra no sólo se hace con el número sino con la calidad y con la idea. « Es muy difícil cambiar caballos en medio del río ».



Mientras que se desenvolvían estos sucesos, el 25 de Abril de 1865, el general Paunero se embarcaba en Buenos Aires con destino á la provincia de Corrientes con las primeras tropas que formarían más tarde la base del glorioso 1er cuerpo de ejército argentino. El 2 de Mayo desembarcaba en Bella Vista; pero poco tiempo después, á causa de la aproximación del ejército, de Robles, se embarcaba nuevamente, y escoltado por la escuadra brasileña, iba á tomar tierra en el Rincón de Soto, desde cuyo lugar se ponía al habla con el gobernador Lagraña, que estaba en Bella Vista y con Cáceres que en esas circunstancias se encontraba al

frente de la resistencia. Este oficial siguió el movimiento del general Paunero y como punto de observación, se hizo el campamento en el Paso Platero, tratando así de guardar la línea del río Corrientes que constituye una defensa natural de primer orden, siempre que fueran perfectamente vigilados por la caballería correntina todos sus difíciles pasos situados más al Norte. En tanto que esto sucedía, iban rápidamente arribando las tropas que formarían el 1er cuerpo.

Las divisiones correntinas de Hornos y de Cáceres se armaban, se equipaban, y se organizaban al frente del enemigo, en esa escuela práctica, brutal, que enseña á raciocinar en el peligro, y guerrillando diariamente sin más método que el instinto, se hacían cada día más aguerridas, comprando la sangre fría con sangre de patriotas.

Como se había notado, la situación de las tropas del general Paunero requería, en esos momentos, un servicio activo y lejano de exploración; porque de otro modo un gran peligro la amenazaba, aunque la escuadra brasileña, que era su principal línea de comunicación y aun de operaciones, estaba allí como un fiel aliado pronto á cooperar en los movimientos ofensivos que sobrevinieran, ó á embarcar las tropas argentinas en caso del avance del ejército de Robles, que por su número y poder en ese momento, era invencible.

*

Siempre hemos sido de los primeros en reconocer la bizarría con que se ha batido la escuadra brasileña en la guerra del Paraguay y su brillante abnegación en los momentos críticos de la campaña; pero no podemos menos que narrar ciertos hechos, tomando los datos de plumas brasileñas, pues lo que vamos á transcribir ha sido extractado de la obra de Pereira de Acosta cuyos juicios, aunque se distinguen alguna vez por su severidad é inexactitud respecto á sus aliados, por otra parte, se encuentra en ellos un tinte de imparcialidad y el justo comentario de los hechos con un sano criterio.

En el tema que encabeza aquella obra se lee esta sabia sentencia de Fenelón, que dice: *Le vrai moyen d'eloigner la guerre et de conserver une longue paix, c'est de cultiver les armes.*

Y aquí se encuentra explicado que la historia no solamente es el relato de los acontecimientos, sino una severa lección que enseña á los pueblos á ser dignos y honrados y patriotas, y á precaverse con tiempo y previsión de las grandes catástrofes.

En el segundo tomo, página 116 de la referida obra, leemos el juicio siguiente:

« Todos lamentan que la escuadra brasileña no hubiese tentado contener al ejército paraguayo en la margen derecha del Alto Paraná, cuando desembarazadamente atravesó aquel río á mediados de Abril para

invadir la provincia de Corrientes, estando la tercera división de la escuadra en el Paraná ».

....

«Pudo muy bien el comandante de ocho vapores bien artillados haber destruído las naves paraguayas cuando estaban fondeadas en el puerto de Corrientes, del mismo modo que la escuadra rusa destruyó la turca en el puerto de Sinope en 1854. ¡Qué ventaja inmensa no hubiera resultado de una operación de esta naturaleza para la guerra que comenzaba! »

« La destrucción de aquellos cinco vapores hubiera reducido casi á la nulidad el poder de la marina de guerra paraguaya; debióse haber aprovechado la ocasión de destruir por separado lo que reunido, sería más difícil, porque lo que quedara de la escuadra paraguaya no se hubiese animado á encontrarse con la nuestra, y por consecuencia, no habría tenido lugar la batalla naval del Riachuelo donde perdimos tanta gente ».

Por este estilo es la crítica brasileña que se hace á la escuadra, y á la verdad, su lentitud en el principio de la guerra no está justificada, mas cuando sabemos que lo que la caracteriza después fué su empuje y su valor.

La mayor crítica que se desprende de las páginas citadas, es la lentitud de las primeras operaciones, lo que se prueba con fechas irrecusables, pero hay que

estudiar fríamente las razones que obraron en contra; por nuestra parte seguiremos el estudio cronológico de los hechos.

Con fecha 6 de Abril de 1865, el ministro de marina, Silveira Lobo, dirige al almirante Tamandaré las instrucciones sobre el bloqueo efectivo del Paraguay, ordenándole que remonte el Paraná hasta las Tres Bocas (confluencia de este río y el Paraguay), y el 10 del mismo mes Tamandaré notifica oficialmente este hecho á las Repúblicas del Plata y á los agentes diplomáticos.

Anticipándose al cumplimiento de estas instruciones, la 3ª división de la escuadra brasileña partió de Buenos Aires el 5 de Abril de 1865. Esta unidad naval estaba formada por los buques de guerra corbeta *Independencia,* cañoneras *Araguary*, *Iguatemy* é *Ipiranga*, bajo el mando del capitán de mar y guerra José Segondino Gomensoro, algunos días después se le reunieron otras cuatro cañoneras.

El 16 de Abril llegó al Rosario y el 2 de Mayo á Bella Vista.

Fué entonces que, mientras esta división estaba detenida en el Paraná, tuvo lugar el asalto á los vapores argentinos en Corrientes.

A causa de estos sucesos la escuadra brasileña no pudo estacionarse en las Tres Bocas para cumplir el d creto sobre el bloqueo de los puertos paraguayos, y

por consecuencia, se veía en el caso de ocupar un punto más al Sud donde pudiera vigilar al ejército adversario y cooperar con el argentino á las operaciones que sobrevinieran.

Si acaso hubiese persistido la escudra brasileña en estacionarse en las Tres Bocas después de la invasión de Robles á Corrientes, habríase transformado de bloqueadora en bloqueada, y es por eso que expone el distinguido escritor brasileño, el señor almirante de Jaceguay, que muy cuerdamente el almirante Tamandaré, de acuerdo con el gobierno argentino, modificó las instrucciones primitivas dadas en ese sentido al jefe Gomensoro, limitando el bloqueo á la margen del Paraná en poder del enemigo común.

Como útil refuerzo que puede considerarse, que completaba la organización de la escuadra brasileña, partieron de Buenos Aires el 28 de Abril, para reunirse á la división Gomensoro, los buques de guerra *Amazonas*, *Parnahiba*, *Ivahí* y varios buques de transportes.

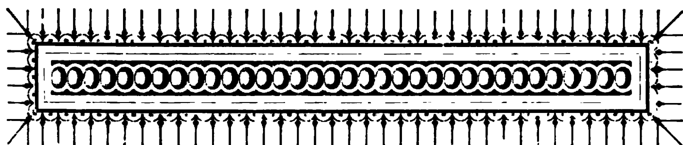
Embarcado en el *Amazonas* iba el jefe de división don Francisco Manuel Barroso, que debería asumir el mando de la escuadra, quedándole subordinado el anterior jefe.

También conducían estos buques á la brigada de infantería del coronel Bruce, destinada á ser fraccio-

nada como infantería de marina en las naves de guerra, reforzando sus guarniciones.

Más tarde nos ocuparemos de la actuación brillante de esta escuadra en la batalla naval del Riachuelo.





Asalto de Corrientes

CAPÍTULO VI

El general Paunero al tener conocimiento de la escasa guarnición de la ciudad de Corrientes se decide á tomarla á viva fuerza. - Causas que motivaron esta resolución.— Descripción del terreno donde fué el combate.— Desembarcan las tropas argentinas en la planicie de la Batería del Naranjal.—Batalla encarnizada y sangrienta por ambas partes.— Toma del Cuartel de la Batería y del puente por los asaltantes.— Los paraguayos son rechazados pero toman nuevas posiciones y siguen la resistencia.— Finaliza la lucha al caer la noche. – Grandes pérdidas por ambas partes.— El general Paunero se posesiona de la ciudad, pero en la noche del 26 se ve obligado á abandonarla. — Desembarco en la Esquina por las tropas argentinas.— Observaciones sobre el asalto de Corrientes.— Consideraciones sobre López.—Plan del general Mitre sobre la campaña de Corrientes.

UNA vez que el general Robles hubo fortificado su campamento del Riachuelo con la intención, tal vez, de cubrir á Corrientes para hacerla su base sucesiva de operaciones, que sin riesgo entonces, hasta la época de la batalla naval del Riachuelo, tenía libre su

línea de comunicaciones con Humaytá y con la Asunción, tanto por la vía fluvial como por la terrestre, trató de ejecutar en seguida un movimiento de avance hacia el Sur, asegurando su línea de comunicaciones con puestos intermedios, con el intento, sin duda, de desbaratar á las tropas del general Paunero ó de continuar las operaciones cuyas instrucciones eran de su particular reserva.

Para llevar á cabo este movimiento, se puso en marcha el día 11 de Mayo y siguiendo el camino de la costa del Paraná, fué tomando posesión de los pueblos intermedios y arribó á Bella Vista el 20 del mismo mes.

Robles debía considerar que las facilidades que ofrecía la línea de operaciones de la costa del río Paraná, que es la que seguía, estaban compensadas con los malos ratos que podía darle el dominio de aquella gran arteria fluvial por la escuadra brasileña, que en cualquier momento estaba en condiciones de interceptar y atacar su línea y su base de operaciones, como lo vamos á ver más tarde.

Se presenta esta marcha sumamente lenta, incómoda y fatigosa; porque el ejército, á pesar de su número y de su poder, es asediado continuamente por las fuerzas de Cáceres, que conservaban con la maestría del instinto, la libre acción de la dispersión y la peligrosa astucia del tigre.

Se demostró entonces la influencia abrumadora de esta clase de guerra y el teniente coronel don José María Aguiar, jefe de la vanguardia del ejército de invasión, un oficial diligente y resuelto, tuvo que sostener innumerables y pequeñas escaramuzas, en combates de avanzada y sobre los flancos del ejército en movimiento, que á cada momento provocaban los correntinos, ya retirándoles los víveres en pie y los medios de movilidad, ya aprovechando la falta de vigilancia para caer de sorpresa sobre las partidas exploradoras.

Se desprende de una comunicación del general Paunero, fechada el 14 de Mayo de 1865 á bordo del *Yaquintinhoña*, á cuatro leguas abajo del Empedrado, que á causa de una marcha simulada de Robles, fué necesario abandonar á Bella Vista, desembarcando más tarde nuevamente en el Rincón de Soto.

Como se ve, el general Paunero, en razón de la debilidad de su división, se veía obligado á esquivar todo encuentro con el grueso del ejército del general Robles, y á sostenerse en continuo movimiento, dando aliento al mismo tiempo á la resistencia.

En esta escaramuza activa y constante de pequeños enjambres de tropas ligeras que oponen una resistencia incómoda al adversario, se va pasando el tiempo que se hace largo y pesado para las tropas invasoras que, con nostalgia bien sentida, extrañan el humilde hogar del naranjal, se va pasando ese tiempo que perfectamente aprovechado por las naciones aliadas, preparan

y organizan sus elementos para entrar fuertes en campaña, algún tiempo más tarde, con un empuje decisivo que no inspire ningún temor.

Situación era esta de expectativa, que incomodaba enormemente al general Paunero y á sus fogosas tropas, ansiosas de medirse cuanto antes con sus contendores; parecía increíble que haciendo ya más de un mes que el extranjero hollaba el territorio nacional, aun no hubiese sentido el choque de la famosa infantería argentina, tan orgullosa de su merecida reputación.

Robles en su marcha sobre Bella Vista, rastreando las tropas de Paunero, está tan seguro de su situación que no se le ocurre, no dominando el río Paraná, que su retaguardia pueda ser interceptada en cualquier punto, y asaltada y tomada su pretendida base de operaciones; mas cuando la ha dejado guarnecida por dos soberbios batallones.

Ensoberbecido el caudillo paraguayo, avanza con la confianza del número, sin notar que disminuye diariamente ese ejército de reclutas en el fuego, y emplea nueve días en hacer una marcha de 115 kilómetros.

Por otra parte, el general Paunero comprende que sus soldados están fatigados de tanto embarque y desembarque por temor de un enemigo que es un temible mito; que este temor desconocido si se arraiga en la atmósfera que lo circunda, puede influir en la moral de sus fuerzas; porque las energías en la guerra se

quiebran repentinamente sin saber por qué, sin causa justificada; el hombre de lucha se mantiene erguido cuando es apuntalado constantemente por el orgullo y la vanidad de su propio valer; un ejército sin espíritu, no es ejército, es montón de hombres.

Sabía bien esto el general Paunero y veía con sentimiento que sus tropas estaban cansadas de no ver cara á cara al enemigo; conocía que la moral podía decaer por el cansancio y las privaciones, en soldados tan altaneros como son los argentinos, que esa virtud eximia de la guerra es el principal factor en la contienda que empieza; concebía al mismo tiempo el efecto que produciría en la opinión de la provincia asolada, la toma de su capital por un empuje heroico, y en el ánimo del ejército paraguayo, esa victoria inesperada á su retaguardia, esa victoria brutal á la bayoneta, sin más arte ni más dirección que el corazón de los bravos, que por sublime instinto, van siempre adelante sedientos de gloria; combate en el que se demostraría la superioridad de la infantería argentina sobre la adversa; y derrota sería esa sorprendente para Robles, pues creyendo que su adversario más temible retrocede, lo siente ex-abrupto sobresu espalda interceptando sus comunicaciones y desmoralizando sus tropas.

Además, esta operación presentaría la ventaja del apoyo incontrastable de la formidable artillería de la escuadra brasileña, que sostendría el desembarco, pulverizando cualquier resistencia por más sólida que se presentase, ó protegiendo el embarco en un caso des-

graciado. Si es verdad que á pesar de estas probabilidades en favor de este arranque nacional, esta maniobra no traería ningún resultado decisivo, ni influiría de ninguna manera en las operaciones de la campaña, porque sería inútil asaltar y tomar á costa de mucha sangre una plaza que no se podría conservar, en cambio, enaltecida la moral de las tropas argentinas en este primer encuentro, en adelante sería un gaje seguro de la victoria.

Como el general Mitre no autorizó ni aprobó esta operación, hemos querido demostrar su verdadero alcance moral, nada más. No obstante haber sido comprado ese resultado con tanta preciosa sangre argentina, se ha de considerar que una victoria, de cualquier modo que sea, siempre es una victoria, aunque sea á lo Pirro: levanta el espíritu y da una firmeza de orgullo á pesar de que éste alguna vez sea insoportable.



En el Rincón de Soto, el general Paunero se embarcó el 19 de Mayo con los siguientes batallones argentinos de línea: 1°, mandado por Roseti; 2°, por Orma; 3°, por Rivas y Legión militar por Charlone; y el 2° y 3° escuadrón de artillería á las órdenes de los mayores Viejobueno y Maldones; nombres espléndidos que no necesitan que les adjudiquemos aureola.

Estas tropas se colocaron en los transportes que debían ser escoltados por los ocho navíos de guerra bra-

sileños que, con su poderosa artillería, protegerían el desembarco ; y así siguieron viaje aguas arriba.

Al día subsiguiente se reunía, á la altura de Goya, el almirante Barroso y asumiendo el mando de la escuadra brasileña, convino con el general Paunero el ataque de Corrientes.

El 24 fondearon los buques del lado del Chaco, en un punto antes de llegar al Riachuelo, fuera del alcance de la batería paraguaya establecida ocultamente en esa posición.

Para el objeto que nos preocupa en este momento, presentaremos á la ligera la perspectiva topográfica del lugar donde ocurrió el combate de Corrientes el 25 de Mayo de 1865.

Sobre una elevada curva saliente de tierra, erizada de algunas puntas que en forma de pequeños promontorios entran en el río Paraná, está edificada, sobre su margen izquierda, la antigua ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, construída por cuadrados regulares que exhiben las calles tiradas á cordel.

Ese fenómeno hidrográfico que le da el nombre de Siete Corrientes, proviene de los afluentes que frente á la ciudad, por la parte del Chaco caen al Paraná, de las aguas de los brazos del Paraguay y las del Paraná mismo que completa el número indicado en su título primitivo, cuyo símbolo armero ostenta el escudo de armas

actual de Corrientes, donde figuran siete puntas de roca significando los pequeños promontorios, á que antes hemos hecho alusión.

En completo desacuerdo se encuentra este moderno blasón con el primitivo, es decir, el legítimo, que le dió en 1588 su ilustre fundador el Adelantado del Río de la Plata don Juan de Torres de Vera y Aragón, donde se destacaba altiva la antigua y gloriosa águila de los Vera apoyando sus garras en dos torres, alusivas á la familia de la madre del Adelantado.

Como se nota, el aspecto hidrográfico en esta parte del río es especial y peligroso para los que no sean buenos nadadores, á causa de los remanses que allí existen.

Al norte de la ciudad desemboca en el Paraná un arroyo que tiene por nombre Arazá [1] formando un zanjón que va en dirección de Noroeste á Sudoeste por espacio de 1 kilómetro 700 metros. A poca distancia de su embocadura, que toma el aspecto de un ángulo entrante, recibe un pequeño afluente que se llama Poncho Verde.

En todas las orillas de estos zanjones se eleva una vegetación exuberante, árboles, arbustos y malezas, que

(1) Hoy este arroyuelo está unido por una zanja de desagüe de 3 kilómetros 600 metros al arroyo Limita, que está más al sur de la Salamanca, con el objeto de dar salida á las aguas pluviales que recogen los pantanos que rodean la ciudad.

pueden muy bien ocultar á los tiradores que quieran servirse de esta valla en el combate, y su caudal de agua sólo es de alguna importancia cuando llueve ó está crecido el Paraná.

Como á 150 metros de la margen del río se levanta, sobre el Arazá, un viejo puente de ladrillo de un solo arco, carcomido y agrietado. Este desfiladero se extiende á poca distancia, tanto como el ancho de la hondonada que forma el arroyuelo.

Por este puente se pasa en seguida á un edificio cuadrado que se denomina el Cuartel de la Batería del Naranjal, que se destaca sobre una planicie elevada que va en descenso hasta la barranca del río. Vetusta y primitiva arquitectura española presenta este caserón de material de ladrillo, que toma el aspecto de un recinto cuadrado, del que una parte son cuadras para tropa con techo de teja y la otra, la que mira al río, un muro corrido con una sola puerta.

Algunos árboles por el lado sur daban sombra á esta construcción.

En la planicie que se extiende hacia el río no existe ningún resguardo, donde pueda abrigarse una fuerza que avanzara sobre este edificio ó el puente.

Como posición militar, este punto no presenta ningún valor táctico ante el poder de los gruesos cañones de la marina ; y en el transcurso del combate que va á

verificarse, anotaremos los errores que á nuestro entender se cometieron por la absoluta falta de instrucción en los paraguayos, y demasiado arrojo en los atacantes.

El puente sobre el Arazá viene en seguida: tampoco tiene importancia alguna ante el fuego de la escuadra, y suponiendo que ésta no existiera y aquél estuviera fuertemente defendido, podría salvarse semejante obstáculo por otros puntos, y ser flanqueado sin necesidad de atacarlo decididamente por el frente.

La construcción del cuartel remonta al año 1820. Fué ordenada por el gobernador Ferrer con el propósito de que le sirviera de maestranza de artillería al mismo tiempo que de cuartel de tropa; ha subsistido hasta hace algunos años que fué derruído, construyéndose en su lugar un paseo.



Amaneció el 25 de Mayo de 1865. Día hermoso de primavera, en el que el sol de la patria iba á dar brillante colorido á uno de los más bizarros episodios de la guerra del Paraguay.

El himno sonoro y vibrante de los argentinos, de emociones solemnes, despertó á muchos que un momento más tarde volverían á dormir el sueño eterno de los bravos, dejando tal vez en la orfandad á los seres más queridos de su existencia, á esos seres que vemos á

cada instante en eterna visión en la bruma de la ausencia, que son pedazos de nuestro propio corazón entristecido.

La alborada, alegre y entusiasta, especie de diana de anticipada victoria, tradujo la impaciencia del combate; los jóvenes y altivos soldados deseaban apresurar los largos instantes para medirse con esos soldados vestidos de rojo que marchaban con indolencia, pero que tenían la reputación de ser sufridos y disciplinados.

Los buques argentinos *Pampero* y *Pavón* tomaron sus remolques y al nacer el sol embanderaron los topes con la enseña brasileña : á este acto de cortesía respondieron nuestros aliados haciendo lo mismo con la argentina.

Eran las 10 a. m., cuando arribó la escuadra frente á la columna, y dejando fondeados del lado del Chaco todos los buques donde venían las tropas argentinas, se adelantó airosa con sus mástiles empavesados y formó en dos líneas de combate frente á la ciudad.

En esta situación se celebró una nueva conferencia entre el almirante Barroso y el general Paunero, resolviendo inmediatamente que algunos vapores fueran en procura de los transportes donde venían las tropas de desembarco, para proceder inmediatamente al ataque de la ciudad.

Toda esta operación era vista con el corazón anhelante por el pueblo de Corrientes, que se había

agrupado en las barrancas del Paraná, y por los paraguayos que indecisos al principio, empezaban á sospechar el sitio por donde se ejecutaría el ataque; por esos soldados de Robles que sombríos y fríos como ingleses, esperaban el asalto para repelerlo con la fuerza, sin que los intimidase el poder de la poderosa armada.

En los buques de la escuadra se había tocado zafarrancho de combate, cada uno estaba en su puesto de honor, la artillería lista para atronar y anonadar la resistencia, y los soldados con sus oficiales á la cabeza, prontos á pisar esa comarca argentina donde por primera vez en esta guerra iba á ser estérilmente regada con sangre de héroes ; decimos estérilmente, porque la importancia de los combates tiene que estar en relación con los resultados de la campaña.

A las dos de la tarde llegaron los buques que conducían los batallones argentinos y se prepararon al desembarco.

El almirante Barroso, para proteger esa operación, había hecho colocar frente al cuartel, en un punto ventajoso, á las cañoras *Itayahí*, *Mearín* y *Araguary*.

Los batallones paraguayos 1º y 3º de infantería que guarnecían el pueblo, al tener la certeza del punto de ataque, marcharon en dirección del Cuartel de la Batería, con el intento de tomar la ofensiva sobre las primeras tropas que pisaran tierra, apoyando al mismo tiempo á las fuerzas que guardaban el edificio.

En este momento se veían claramente desprenderse de los buques las primeras embarcaciones llenas de soldados en medio del más profundo silencio, y adelantándose á todos Charlone con la 6ª compañía de la Legión al mando del capitán Valerga, tocaron los primeros en tierra.

Observado este movimiento en los navíos de la escuadra, puestos en línea para preparar la acción, rompieron un fuego certero sobre el Cuartel de la Batería y sobre el puente.

Aquellos bizarros legionarios con una rapidez admirable, con su jefe y oficiales á la cabeza, saltaron á la playa, desplegando inmediatamente la compañía en tiradores y marcharon hacia adelante; pero al subir la barranca recibieron el nutrido fuego de uno de los batallones paraguayos que hacía un momento había pasado el puente, y que se había posesionado del cuartel; se adivinó entonces claramente que la intención del adversario no era la de dejarse llevar por delante por una compañía y que, desafiando el poder de los cañones de la escuadra, venía con la mayor insolencia á impedir el desembarco.

Charlone, hombre avezado al peligro, aunque impetuoso, trató de ganar tiempo con el propósito de dar el necesario á las demás tropas para que desembarcasen, pues casi simultáneamente iban llegando á tierra.

Así se sostuvo un momento, ejecutando una mosquetería demostrativa como el preludio de una escena más

animada y palpitante; por otra parte, las cañoneras brasileñas arrojaban algunas bombas sobre el cuartel y el puente, tratando de pulverizar la resistencia, y todo hubiera concluído sin mayores pérdidas si la impaciencia de Charlone, anticipándose al momento oportuno, no hubiera hecho cesar este fuego, verdaderamente táctico de la escuadra.

Viendo el bravo jefe de la legión que las pérdidas aumentaban y que ya empezaban á desembarcar otras fuerzas, aunque no eran las suficientes para llevar á cabo la empresa, arremetió con la 6ª compañía y algunos soldados del 1° de línea con el teniente Benavidez á la cabeza contra el cuartel, en momentos en que un batallón paraguayo salvaba el puente, y la fracción que se encontraba adentro del cuartel se preparaba á recibirlo.

Al notar el adversario este asalto temerario, este brioso empuje llevado con tan poca fuerza, pues en ese instante se desplegaban las otras unidades destinadas á esta acción, redoblaron la crepitación de la mosquetería teniendo la ventaja del número.

Charlone, con esa intrepidez que lo distinguió siempre, se lanzó á la puerta del cuartel con la firme resolución de tomar la posición que parecía que en ese instante constituía el fuerte baluarte de los paraguayos; pero allí encontró una resistencia digna de su fama, la lucha al arma blanca se empeñó con estrépito y furor, la 6ª compañía y el pelotón del 1° de línea, ma-

terialmente se habían encajado en el batallón paraguayo que, aunque adueñado del cuartel, combatía una fracción afuera y llegó un instante tan crítico que parecía que ese valeroso grupo estaba irremediablemente perdido.

Los cañones de la escuadra que hubieran decidido la acción casi sin pérdidas para los argentinos, guardaron silencio: de otro modo sus proyectiles arrojados al tumulto, despedazado habrían á amigos y enemigos que, mezclados en cruenta lucha, sólo se distinguían por los uniformes.

El entrevero se hizo general y Charlone fué detenido en su intrépida empresa: herido de un hachazo en la cabeza por un oficial paraguayo que no le iba en zaga, vacila, y está próximo á sucumbir entre las bayonetas adversas que lo circundan, cuando en su defensa acude rápido el sargento Boisnard y veloz como un relámpago de muerte, hunde su machete en el pecho del oficial paraguayo, que cae anonado por el golpe.

El sargento Torres que se lanza ciego de fidelidad en auxilio de su amado jefe, recibe un balazo en un brazo, el cabo Borsini caía con once bayonetazos y el soldado del 1° de línea Miguel Torres con cinco, Cárcano el tambor, el trompa Irigoyen y otros bravos soldados que formaban ese peletón heroico como un muro de abnegación, abroquelan á su intrépido adalid y le salvan dando tiempo á que acudan las tropas de retaguardia. Charlone, bañado en sangre, vociferaba

juramentos como un condenado. ¡Es que la fiera estaba herida!

Como debe suponerse, este episodio apenas duró segundos, de otra manera todo aquel grupo de valerosos soldados, donde se destacaba el capitán Valerga reemplazando á Charlone en mérito y valor, sucumbiera sin remedio ante el número y la firmeza paraguaya; pero rápidamente, en el instante crítico de este trance, vinieron de refuerzo la tres compañías restantes de la Legión, 3ª y 5ª, mandadas por los capitanes Soldani, Casas y Morales, que recientemente desembarcaban, en momentos en que era muerto el 2º jefe de la Legión, el mayor Sagari, tres del 3º de línea á las órdenes de Rivas y Aldecoa, dos del 1º á las de Roseti y Basavilbaso, y dos del 2º á las del capitán Sáenz y todos marcharon casi simultáneamente en grupos al auxilio de la compañía de la Legión tan virilmente comprometida. Puede muy decirse que es toda esta fuerza la única que en el primer momento entabló la acción y concluyó con la resistencia adversa.

Aquella arremetida conducida por Rivas, Roseti, Basavilbaso, Aldecoa, García, Echegaray, Smith, Rafael Bosch, Sáenz, García, Méndez, Benavídez, Fuentes, Morel, Leyría, Cerri, Molina y otros ardorosos oficiales entre gritos desaforados de guerra, reflejaba un tinte bárbaro, armonioso, digno de un pincel argentino que aun no existe; los soldados corrían en grupos desordenados impulsados por el espíritu de cuerpo que les hacía ir más adelante los unos de los otros: era que la

infantería argentina estaba comprometida en el lance de honor y tenía por espectadores al mundo civilizado; y los paraguayos que habían experimentado la pujanza de la 6ª fracción de un cuerpo, se encontraron en el caso de no resistir á esa columna de ataque de 900 esforzados soldados de línea.

En esta circunstancia el adversario, algo desmoralizado por las bombas de la escuadra que antes del choque habían caído al cuartel y sobre el puente, y por esta impetuosa carga á la bayoneta, abandona rápidamente el cuartel por una brecha que existía en el muro de retaguardia, pero son atacados por el capitán don Teodoro García, que penetrando á esa posición, con un grupo de reclutas santafecinos, se lanza sobre ellos, y por los capitanes del 1º Méndez y Etchegaray con algunos soldados de su cuerpo: entonces se arrojan por las puertas y ventanas que miraban al puente, se dispersan en grupos; unos trasponen este desfiladero rápidamente con el propósito de defenderlo en el acceso que enfrenta á la ciudad, otros descienden al arroyo y algunos se esparcen entre los árboles que orlan el Arazá y las casas próximas, y continúan la pelea con un alineamiento mortífero en que la crepitación repetida de la mosquetería mantiene un retumbo continuado como el toque de un tambor.

Entonces, con rudo encarnizamiento se hizo general la batalla en que las tropas argentinas se batían con desventaja, á pecho descubierto, en grupos compactos, desplegados en corto espacio, mientras que el enemigo, en mayor número y en más extenso despliegue, parapetado,

disperso y oculto en un terreno accidentado, infligía á los atacantes grandes pérdidas.

La llave de la posición era el puente, defendido su acceso por pequeño cañón, y conociendo los paraguayos la ventaja que presentaba este punto, se agolparon sobre la entrada que mira á la ciudad y descendieron algunos pelotones al cauce del arroyo y allí se encajaron, como en un lugar defensivo, sirviéndose de él como foso exterior de una obra fortificada.

Durante el fuego demostraban una firmeza inalterable, insensibilidad guaraní indomable, siendo lo más digno de notar que estos bisoños lidiadores que de la guerra no conocían sino la práctica rutinaria de la plaza de armas, peleaban por instinto propio con maravillosa sangre fría, sin dirección; los jefes habían desaparecido; los oficiales muertos ó heridos clareaban de autoridad las filas, combatían por su acción propia, independientes, por su soberana voluntad, azuzándose con ironía recíprocamente, cuando alguno desfallecía; y, sin embargo, su ondulante línea de combate se mantenía con una precisión geométrica. Durante el retroceso, en medio de aquel desorden aparente é inexplicable á la distancia, guardaban, por impulso natural, la consigna del fuego, y el movimiento retrógrado se explicaba por la diferencia de los uniformes de los combatientes. Parecía que por pequeños movimientos retrógrados sucesivos iban ejecutando la retirada, y se veía entonces bien claramente una fila quebrada de blanquecinos humos equidistantes que repen-

tinamente aparecían y desaparecían entre los árboles, en el fondo del verde zanjón del arroyo, sobre el puente, en el enrejado de los cercos de las arboledas de las quintas; en todas partes se veía continuamente á los camisetas rojas que se movían, ya uniéndose, ya dispersándose, pero siempre convergiendo sus fuegos sobre los atacantes.

Nuestros soldados se encontraban separados del adversario por el puente que cual angosto desfiladero, salvaba aérea la hondonada abrupta, ventaja que para los defensores era evidente, resultando por lo contrario, con sombrías probabilidades para los asaltantes que tendrían que poner á prueba todo el coraje argentino para obtener la victoria. Posición era esa que facilitaba al enemigo la oportunidad de tirar á mansalva; é individualmente esos paraguayos lidiaban con astucia y maestría.

No había tiempo que perder, demasiado había transcurrido en ese duelo de valerosos fratricidas. Un minuto de vacilación habría sido un fracaso. Era necesario continuar inmediatamente la corriente impetuosa de ese impulso nacional. Surgía alarmante la premiosa necesidad de acortar cuanto antes, la distancia que separaba á las bayonetas de ambos iracundos contendientes.

En este momento, el general Rivas, que conoce por ·xperiencia propia esta moral sublime, sugestiva, de la uerra, reune apresuradamente las compañías del ba-

tallón 3° de infantería de línea y las demás de los otros cuerpos que allí encuentra á mano, y valeroso, poniéndose á su frente, avanza sobre el puente.



Entonces se oyó el estridor terrible, que empuja á la matanza á punta de bayoneta: ese ruido que penetra el corazón de los bravos como un licor de fuego, el marcial de las cornetas, el retumbo ronco y precipitado de los tambores y la armonía metálica de las charangas descalabradas. Se tocó á la carga y vibró el toque heroico en un ambiente tibio de primavera acariciado por el sol del 25 de Mayo de 1865. Los soldados, entonces, calaron el arma, y guiados por sus jefes y oficiales se arrojaron en tumultuario desorden sobre el puente, pero el enemigo rodobló el fuego, y por un momento se ve tambalear á la columna intrépida. Se detiene, pero no da un paso atrás.

Nuestras pérdidas eran enormes con relación á la fuerza comprometida, apenas estaban empeñados 900 hombres en la refriega y ya existían fuera de combate, 3 jefes, 19 oficiales y 220 individuos de tropa; aquello era una carnicería de bizarros soldados y oficiales, y aun el puente no estaba en poder de los asaltantes. Entre los bravos que habían mordido el polvo se contaban á los jefes Charlone, Sagari, Aldecoa, Soldani, Basavilbaso, Valerga, é Ivanowski y los oficiales Rebución, Pérez, Millán, Morel, los dos Estradas, Beruti,

Boneo, Flores, Grela, Ugalde, Smith, Diez, Sinders, Garay, Paz, Portela y otros distinguidos jóvenes del ejército; todos habían quedado sobre el campo como buenos, sin desmentir la leyenda histórica de su raza, y entre esos bravos caídos, de pie, se veía al joven doctor Félix Amadeo Benítez, ministro del gobernador Lagraña, empuñando un fusil y peleando como un soldado, al diputado nacional doctor Torrent y á otros patriotas ciudadanos que entreverados en el tumulto, iban también briosos en pos de la gloria. ¡Oh, qué sería de las batallas sin el impulso ardoroso de la juventud! Desaparecería todo su brillo olímpico, como un mundo sin sol.

De repente se sintió que los pechos se estremecieron con un sentimiento extraño y grandioso; de nuevo se agitaron los corazones como si quisieran saltar de la vil envoltura humana: algo misterioso, más enormemente grande que el amor propio los echó adelante, y se oyó entonces como un rugido estridente el grito de ¡Viva la patria! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡A la carga! Sugestión inexplicable, imperiosa, sublime, que ahoga á la cobardía antes de nacer; y como descomunal y siniestro alud de la nevada cresta que se desprende produciendo un ruido sordo, rugido de granito, aplastando todo lo que encuentra á su paso, aquel enfurecido montón de hombres con caras congestionadas se lanzó sobre el puente.

Se arrojó sobre el puente la masa apelmazada y compacta, con un solo pensamiento, con una sola pasión,

con un solo furor, diabólico y bárbaro, pisando cadáveres paraguayos y dando bayonetazos á diestra y siniestra.

Fué imposible resistir el impulso de hombres enardecidos por algo que no conocen los que no han sido actores de estas trágicas escenas, y los paraguayos, aun esta vez fueron rechazados; pero tenaces en su empeño, se retiraron prolongando en desorden la resistencia, parapetados en todos los obstáculos naturales y artificiales que encontraban á su paso.

Mientras que esto sucedía, como refuerzo del adversario en retirada, aparecía una guerrilla sobre la izquierda de los asaltantes; pero habiendo llegado oportunamente algunas fuerzas del batallón 9° de infantería brasileña á las órdenes del capitán Pedro Alfonso Ferreyra, que en ausencia del comandante Guimaraens había asumido el mando de toda esa fuerza, desplegó sobre ella y detuvo el movimiento que iniciaba, nada menos que envolver la izquierda de los argentinos.

Al mismo tiempo el teniente 1° de artillería don Tiburcio Ferreyra de Souza, con dos cañones obuseros cooperaba eficazmente al ataque de los argentinos que continuaba con tesón.

La comportación de esos distinguidos oficiales y de las fuerzas que capitaneaban fué digna de elogio.

Forzada la posición del puente á la bayoneta por el 3º de línea y las demás compañías de los otros cuerpos, el espléndido triunfo quedó asegurado; porque se había conquistado el principal objetivo que impedía el cumplimiento de una decisión enérgica por parte del enemigo; sin embargo, el combate, aunque sin el vigor del principio, continuó en las proximidades de esta posición con un aspecto de emboscada; pero el adversario, sin jefes y casi sin oficiales, tal vez agotadas sus municiones, inició definitivamente el retroceso.

Amortiguado el fuego, siguió la lucha sin orden, infligiendo siempre los paraguayos algunas bajas á los asaltantes hasta el último instante del crepúsculo de la tarde, en que se retiraron del todo, al mismo tiempo que los victoriosos batallones ya completos, triunfalmente entraban en Corrientes y vivaqueaban durante la noche en la plaza 25 de Mayo.



Aquella noche patria del 25 de Mayo de 1865, descendiendo lentamente su sombra helada sobre la callada arena del combate, cubriendo bienhechora esa planicie de los muertos donde se evaporan fúnebres miasmas, noche de mortajas legendarias, que cae como el triste epílogo de los trágicos resplandores del día después de una sangrienta y empeñosa batalla, cuya victoria ha sido adquirida á costa de tanta preciosa sangre argentina. ¡Ah esa noche será inolvidable! Será inolvi-

dable; porque esa melancolía eterna está vinculada á la proeza en un día de fecha inmortal.

De un lado el solemne silencio de las víctimas del deber, del otro un cuadro de medias tintas semiobscuro, con sombras vagas que se mueven en medio de la escena que tiene por teatro la plaza de la inolvidable fecha, ese dogma que para los combatientes fué algo sobrenatural que elevó la materia á lo sublime, otra alma diferente de la que llevamos fuera de estos casos. Allí, en este cuadrado de silenciosos edificios, se reconstruye la hazaña del día iluminado á intervalos por la luz cárdena del hogar del soldado, de ese fuego miserable que atizan los actores que sobreviven á la homérica jornada, que es única en los anales de la historia argentina, pues nunca se ha presentado otro 25 de Mayo que haya sido festejadc con mayores sacrificios y magnificencia de gloria nacional.

El bronco repiqueteo de las campanas en la sombra, especie de ciega y loca algazara metálica de la victoria, pregonando á lo lejos el final de la batalla, en esa noche ahumada de vítores y ayes quejumbrosos, mezcla antagónica de miseria humana: el tosco y entrecortado rumor de la briosa soldadesca, ebria de orgullo, envalentonada por la proeza, vibrando en distinto tono en el nocturno ambiente, ese rudo acento que se eleva acariciado por los movimientos en serpenteo de la llama del fogón; misteriosa evocación del mágico del pensamiento donde surge repentino el episodio con su cruento colorido, con ese sabor á fiera humana,

la pelea individual, cuerpo á cuerpo, de grupo á grupo, todo es vivo, palpitante arranque de fibra brutal, impresionante; se ve, se siente que se cruzan los aceros, tintos en caliente sangre, se oye la atroz blasfemia, el último insulto bárbaro de la agonía, el ruido seco del bayonetazo dado con membrudo brazo, el chucho de la muerte, y se mira por fin con ojos de soldado despiadado caer la víctima fulminada por el golpe; parece aquello la resurrección de hazañas crueles mediavales; la aventura del caballero en una algarada de moros en que se corta la cabeza al vencido: todo esto lo cuentan sin sentir su alcurnia esos soldados, pues ellos también son paladines, y su dorado blasón es de grandiosa historia; porque es el blasón de la nación, y de esas chispas de glorias que caen á la leyenda patria como una lluvia de estrellas, surge con honroso elogio el adversario: bravo y sereno, es su digno rival, pues por instinto de bravura ha compartido con ellos la fama de la batalla.... más al fin se reconoce, lamentando la crudeza del combate, que esos paraguayos son nuestros hermanos y un soplo de simpatía acaricia su recuerdo. Para las almas generosas la intrepidez del enemigo es un vínculo de admiración que une los adversos campos.

Turbulentos los soldados se mueven en todas direcciones con esa confianza suprema de los victoriosos. La plaza está preparada para festejar un 25 de Mayo paraguayo: los pabellones de esta nación, que en parte adornan este recinto, caídos se ven, mudos, como presenciando con tristeza esta alegría argentina.

Lo que menos sospecharía el adversario es que este empavesamiento de triunfo se transformara en fiesta de argentinos. Los soldados que los ven los arrancan á tirones y se sirven de ellos como abrigo. ¡La noche no está para trofeos! Los mástiles pintados con los colores antagónicos, que enarbolan esas banderas extranjeras, alimentan los humosos fogones del rudo festín, y la alegría del vivac; en fin, así se pasa la noche sin sobresaltos de enemigos.... ¡Y los heridos! Infelices aquellos que no han sido recogidos. Helada noche los oculta á la mirada compasiva,...... y el rumor lejano de sus gemidos se pierde en ese ruido de soldados.



Esta primera, sangrienta y gloriosa jornada, costó bien cara y demostró que los paraguayos eran bravos y tenaces, y que aunque combatían sin jefes ni oficiales, manifestaban en el fuego, una constancia á toda prueba.

Por otra parte, la causa de los aliados, desamparada de la fortuna hasta ese momento, se rehabilitó por este triunfo, como muy bien observa Schneider.

Fué una sorpresa para los que consideraban á los pacíficos paraguayos incapaces de ser hombres de guerra ; antes de este combate el sentimiento que ellos inspiraban estaba muy lejos de asumir todo aquel que despertó después de esta sangrienta refriega, y á fe que había razón para ello, pues todas sus hazañas

anteriores se habían reducido al asalto de los vapores argentinos y brasileño, y á los desiguales combates de Matto-Grosso y Río Grande, y á las escaramuzas con las guerrillas correntinas.



Las pérdidas argentinas en este encuentro alcanzaron, en muertos: á 1 jefe, 2 oficiales y 69 individuos de tropa; y heridos, á 3 jefes, 19 oficiales y 229 de tropa que hacen un total de 302 hombres fuera de combate: la tercera parte del efectivo, es decir, acción distinguida que merece en cualquier ejército civilizado la condecoración más honrosa. Las prescripciones de la Ordenanza á este respecto, son bien claras. Una tropa que pierde la tercera parte de su efectivo y triunfa de fuerzas superiores, es actor indiscutible de una hazaña.

En cuanto á los paraguayos, sus pérdidas alcanzaron á 400 hombres fuera de combate y 100 prisioneros, y como trofeo dejaron en la arena una bandera, varias cajas de guerra, 250 fusiles y tres cañones.

Según el escritor Centurión, tanto el mayor Martínez como el capitán López, jefes de las fuerzas paraguayas, no asistieron á la acción: el uno quedó en la plaza 25 de Mayo al lado del ministro Berges; el otro con la consigna de avisar los movimientos del enemigo asistió á este episodio encaramado sobre la torre del cabildo; ste injustificable abandono de la dirección del com-

bate hace admirar más la bizarra comportación de las tropas paraguayas que en el último momento de la refriega peleaban casi sin oficiales y sin sargentos por haber sucumbido la mayor parte en el entrevero; como se ve, tal bizarría es muy honrosa para esos soldados, que por primera vez, vigorosos y tenaces, luchaban cuerpo á cuerpo con la infantería de línea argentina.

El general Paunero, al posesionarse de Corrientes, lo hizo con los batallones completos, como ya anteriormente lo hemos expuesto, pues momentos antes de concluir el combate habían desembarcado las compañías que faltaban, y los artilleros sin piezas de los escuadrones de los mayores Viejobueno y Maldones, los que quedaron de servicio en un lugar próximo al desembarcadero, hasta que más tarde, á las once de la noche, marcharon á incorporarse á las fuerzas que estaban en la plaza 25 de Mayo. Así pudo al fin, aquella población lacerada ver, aunque fuera por un momento, triunfante, la bandera nacional y aprovechar la ocasión favorable y segura para la salida de algunas familias, que desde la entrada de las tropas paraguayas se encontraban materialmente prisioneras en sus casas.

Martínez, al retirarse de Corrientes, trató de reorganizar en sus alrededores las destrozadas huestes y reclamó al mismo tiempo de Robles refuerzos. Este se apresuró á enviarle los batallones 13 y 42, el regimiento de caballería 31 y dos escuadrones de artillería del regimiento 9º; fuerzas que venían á marchas forzadas sobre la ciudad.

La situación del general Paunero después de la toma de la ciudad de Corrientes, estaba en más crítica condiciones que antes de ese espléndido triunfo, aparte de las razones de moral que hemos expuesto en otro lugar; era inútil, completamente inútil, toda la sangre derramada, en razón que á pocas jornadas de allí se encontraba Robles con más de 22.000 hombres, con numerosa y superior artillería, pronto á tomar la revancha.

Así debió considerar el general Paunero que su situación era insostenible y, como una deducción lógica de su empresa, al tener conocimiento de la aproximación de las fuerzas enemigas, resolvió abandonar á Corrientes.

En la noche del 26 se puso en marcha dividiendo sus tropas en dos columnas.

Tenebrosa y triste se presentaba esa noche: la obscuridad era completa: se había recomendado el mayor silencio, tomando las medidas del caso, y esa misma disposición precaucional y alarmante durante el transcurso de esta marcha nocturna, fué causa de un pequeño pánico que hirió en parte á las dos columnas, lo que puede muy bien servir de lección práctica á los que mandan fuerzas, ordenan y ejecutan movimientos en la noche, y no toman las excesivas precauciones materiales y morales que e prescriben en un movimiento de esta naturaleza. Una ausa trivial fué el origen del desorden de las co-

lumnas que conocido por el adversario, transformara en inesperado conflicto el brillante éxito de Corrientes.



Este combate, en todo su desempeño, se resiente de la falta de una combinación cualquiera: no fué estratégico; porque al atacar un punto importante de la retaguardia del enemigo, no era con el ánimo de ocuparlo definitivamente, con una idea decisiva, interceptando su línea de operaciones, de comunicación y de retirada, de modo de reducirlo á una situación extrema; en razón que tal pretensión era imposible como se habrá visto; así pues, este combate puede calificarse como un simple golpe de mano seguro.

Tampoco fué táctico; porque ese ataque de frente á lo más fuerte de las posiciones del adversario, no es sino una arremetida de coraje nacional; constituye un combate irreflexivo en el cual se nota completa ausencia de una verdadera idea militar combinada, sin una destructora preparación como era de esperarse. Fué esa una acción confiada á las puntas de las bayonetas de hombres heroicos, cuando todo debió encomendarse, sin peligro alguno, á los potentes cañones de la escuadra que pudieron concluir en un momento con la resistencia del torpe adversario, que incauto, desafiaba su estrago y no guardar silencio, á causa del apresuramiento de nuestros valerosos jefes, que en un momento de entusiasmo habían olvidado la escuela de los grandes generales argentinos.

Ni el puente, ni el cuartel, presentaban la necesidad absoluta del ataque de frente. Si este movimiento hubiera sido inspirado por una idea táctica bien meditada, difícil se presentaría la retirada del adversario. Ninguna posición era más fácil de contornear, que esos puntos tan temibles de frente; sobre todo, en este encuentro, se observa que falta la dirección del general en jefe. El apresuramiento de las primeras tropas que echaron pie á tierra cortó la combinación y, por consecuencia, el cálculo.

En vez de la sucesión de esfuerzo de las reservas que matienen, restablecen el combate, y triunfan por fin, se verificó una acción en conjunto por pelotones, con un brío incontrastable, es verdad; pero á pesar de todos esos errores tan evidentes, hay un sello tal de grandeza en este asalto, que es una de las más hermosas glorias de la guerra del Paraguay.

Una de las preocupaciones de aquellos tiempos, que se encarnaba como un dogma del deber en el excesivo y puntilloso orgullo del valor sin brújula, exhibía, como consecuencia lógica, estos hechos: para tener una buena nota entre las filas del cuerpo, era necesario, en todo trance, en cualquier circunstancia, á todo momento, presentarse como un bravo, abandonando muchas veces un puesto de responsabilidad, y llegaba esta peligrosa exageración de abnegados corazones hasta los médicos principales, que acudían á la primera línea á curar á los heridos entre el silbido de las balas, sin reflexionar por un momento, lo que les sucedería á los

numerosos dolientes que después de un combate pueblan las ambulancias, si en seguida de la sangrienta tragedia en vez de encontrar aquellos que aliviasen su dolor, los vieran sufrientes como ellos, inhabilitados para ejercer su santa y consoladora profesión; estos fanatismos del honor nos hará ver muchos ejemplos en adelante en la guerra del Paraguay, en que por su causa cientos de víctimas han sido sacrificadas.

Podría muy bien decirse que en el principio de la guerra del Paraguay dominaba un sistema heroico, distanciado un tanto del arte de la guerra á causa de lo pequeño del teatro de las luchas anteriores que produjo más héroes que generales.

El sitio de Montevideo, que con justa razón denominó la fama Nueva Troya, no fué en su mayor conjunto sino un combate diario de grupos donde se despliega la valentía indomable de hombres fanatizados por una causa santa, movidos muchas veces por la desesperación.

Dominando este espíritu, trajo por consecuencia, el olvido de la buena escuela, y es por esta causa que hemos visto en la campaña del Paraguay la injusta apreciación que algunos hacían del valor potencial de las reservas, que fueron las que verdaderamente triunfaron en Tuyutí, en el 2 de Mayo, en Lomas Valentinas, en Itororó, y en otros combates. En Tuyutí, deshecha la primera línea de Osorio, acudió este intrépido caudillo con la segunda y tercera, y restableció el combate triunfando con la cuarta.

Derrotada en la derecha argentina la caballería miliciana, como una muralla movible fué en su auxilio la segunda línea y allí quebró el ímpetu de los 5000 jinetes de Resquín que venían por la retaguardia á atacar al ejército brasileño y al argentino.

En la izquierda del ejército argentino, cuando el 6° y el 4° de infantería de línea formados en cuadro se encontraban rodeados por la caballería paraguaya y luchando bizarramente, y cuando el 3° y el 5° de línea, el Correntino y una parte de la artillería se debatían en un serio conflicto, las tropas de reserva restablecieron el combate. Lo mismo pasó en Lomas á la derecha y á la izquierda en ese campo glorioso ; las reservas tuvieron un brillante papel como en Itororó y en otras lides afamadas.

Pues bien, de tal modo dominaban en ciertos espíritus ideas tan erradas en ese tiempo, que cuando se quería significar que un cuerpo no había hecho gran cosa en una batalla, aunque su presencia hubiera influido en el triunfo, los ignorantes, con cierta ironía solían decir : «Estuvo en la reserva», desconociendo que son las que ganan las batallas y que en una línea de combate bien ordenada, las mejores tropas ocupan ese delicado puesto de honor.

Por parte de los paraguayos, su ignorancia amortigua la crítica ; formar en línea de combate ante los caones de la escuadra, nos remonta á la infancia del arte, sobre todo, lo que no se concibe, que aun quedándole

mil hombres á Martínez, no haya seguido, durante la noche del 25 de Mayo, hostilizando á la división argentina ni cuando trató de embarcarse. Todo esto acredita mal servicio de vigilancia y confidencia, y sobre todo, una falta de iniciativa vituperable.



El general Paunero se embarcó con su división en los transportes á vela remolcados por los vapores *Pampero* y *Pavón* y escoltado por la cañonera *Itayahí*, se dirigió aguas abajo y desembarcó primero en Rincón de Zeballos con el propósito de carnear, pues hacía dos días que la tropa no comía, y embarcándose de nuevo vino á tomar tierra el 27 de Mayo en la Esquina, desde donde se dirigió al Paso Platero. En el primer punto se incorporó el teniente coronel Nelson con su escuadrón y en el segundo el batallón San Nicolás.

La escuadra brasileña fondeó frente á la columna, pero algún tiempo después subió hasta las tres bocas.



Amarga sorpresa fué para López el golpe audaz del general Paunero, y sólo entonces se dió cuenta del error que había cometido de provocar á la República Argentina, cuando ya estaba empeñado en una guerra difícil, y su alarma llegó á tal punto, que ya creyó en la inmediata intercepción de la línea de retirada del ejército

de observación de Corrientes, y sin esperar más noticias sobre este hecho de armas, por telegrama de 26 de Mayo, un día después del asalto, le ordenaba á Robles que retrocediera; sin embargo, disimuló la espina y transformó en triunfo la resistencia brava, pero descabellada, de sus soldados que ignorantes de las cosas de la guerra, habían venido con la mayor candidez á desafiar á cuerpo gentil los cañones de la imperial armada; para ratificar este éxito y como mayor recompensa, concedió la medalla de la orden del mérito al mayor Martínez, (1) único responsable de aquella sorprendente derrota.

López, desde este suceso, resuelto con todas sus energías á llevar las cosas hasta el último extremo, se propuso poner en pie de guerra todos los elementos de que disponía el Paraguay para contrarrestar el poder de los aliados.

Empezó la gran leva, secuestrando para el ejército á todo paraguayo en estado de llevar un fusil; chico ó grande, en cualquier situación que estuviera, útil ó inútil para la guerra, en este último caso prestarían servicio en las tropas no combatientes. Como se ve, opondría á los aliados todo el Paraguay en masa. Los arsenales trabajaban de día y de noche y empezó á almacenar en Humaytá todo el magno saqueo de la provincia de Corrientes; porque entonces se dió cuenta que no se había preparado suficientemente: quiso prevenirse entonces

---

(1) Más tarde le hizo fusilar.

para una larga lucha y trató, por todo medio posible, de precaverse contra cualquier evento.

Comprendió al fin el Mariscal López que era ilusoria la invasión á Corrientes mientras no estuviera el ejército de Robles apoyado por la superioridad invencible de su escuadra, la única que evitaría que su línea de retirada pudiera ser cortada, y con el propósito de evitar un tan magno descalabro, trató de aumentar el número de sus buques, armando en guerra algunas baterías flotantes, y se preparó con todos los elementos que encontró á su alcance para dar un golpe decisivo á la armada aliada que confiando en su poder, no sospechaba tal despropósito en su adversario, ignorando que para López no existían imposibles ; este aforismo en Napoleón era dictado por la audacia de su genio, pero en el general paraguayo era efecto de su inexperiencia. No existía en él el buen sentido de la guerra que teóricamente proporciona el resultado de las ventajas del número ó de la maniobra. Su inexperiencia autoritaria le daba la creencia de la infalibilidad de sus monstruosos cálculos, le aconsejaba siempre grandes audacias y fiándolo todo á rudos golpes instantáneos. Del mismo modo que le entrega á un ciego 12.500 hombres con la arriesgada misión de contrarrestar el empuje del gran ejército aliado que se organizaba en Concordia y Río Grande, manda más tarde, con frágiles chalanas, abordar acorazados ó encaja 5000 soldados á las órdenes de su mejor lugarteniente en el centro del poderoso ejército aliado el 2 de Mayo, ó ataca una isla que está defendida por toda la escua-

dra brasileña con caballería tripulando canoas, va ahora dentro de un momento á ordenarle al almirante Mesa que le conduzca la escuadra imperial como quien ordena á un adulto que le traiga á un chiquillo de una oreja.

En tiempo de Jerjes, indudablemente hubiera mandado azotar el mar.



Surgiendo la guerra tan de improviso, en la República Argentina, cualquiera hubiera pensado que la magnitud del rudo acontecimiento pudo deslumbrar con la sorpresa; nada de eso aconteció, sucedió lo contrario; el gobierno al momento se dió cuenta de la situación y la nación se irguió soberana como tocada por una chispa eléctrica, y el general Mitre, la primer cabeza pensante militar de ese tiempo, antes de combinar su plan definitivo de campaña, dispuso las operaciones preliminares en la provincia de Corrientes, la acción enérgica de las milicias de ese estado; pero cuando más tarde tiene la certeza que veintidós días después de la invasión de Robles á Corrientes, Estigarribia con 12.500 paraguayos ha traspuesto el Paraná por Itapúa y pisado el territorio argentino, reconcentrando sus fuerzas en San Carlos, es entonces que redacta con mano firme y espíritu sereno los delineamientos generales de su plan definitivo.

A la altura de aquellos momentos solemnes, como a lo hemos expuesto, se levantaron majestuosas las

naciones aliadas, y es con su poder y con su belicoso espíritu que el general Mitre pudo realizar su hermosa campaña estratégica de Corrientes.

Ante los sucesos militares que se desarrollan en aquella provincia y en la de Río Grande, inspirado el generalísimo de los ejércitos aliados en los sabios preceptos de la guerra, combina su vasto plan modelado con rara perspicacia y habilidad extrema, en los movimientos imprudentes del enemigo.

Esta pieza histórica, que vamos á tratar en términos generales que exhibe con previsión el conocimiento perfecto de los hechos y de los hombres, y que con decisión firme anota las consecuencias que han de originar las operaciones, está fraccionada en dos partes.

La primera trata solamente de la campaña de Corrientes y de Río Grande, es decir, enseña los medios como se ha de operar para batir en detalle á Estigarribia y á Robles, no solamente separados por una larga distancia, sino por un obstáculo insuperable, como es la gran laguna Iberá, libertando así de la dominación paraguaya á esos dos estados : lo que implica la destrucción de 19.000 soldados veteranos que constituían la flor del ejército paraguayo.

En cuanto á la segunda parte, se refiere á la invasión al Paraguay salvando el alto Paraná : plan que más tarde se redactará ante los sucesos que lo inspiraron.

Por ahora solo trataremos de la primera parte.

Como se sabe, Robles invadió á Corrientes y Estigarribia á Río Grande, cometiendo éste más tarde el error de dividir sus fuerzas colocando al Uruguay por medio.

La primera disposición del plan del general Mitre es que los generales Hornos y Cáceres y los demás caudillos correntinos al frente de 5000 soldados de caballería insurreccionen la provincia, y sirviendo de vanguardia al ejército aliado, ejecuten una guerra de montonera, con tal energía y violencia que el enemigo sólo sea dueño del terreno que pise. Esta primera resistencia será apoyada, primero por el cuerpo de ejército del general Paunero, que empezará á organizarse en el Rincón de Soto acampando en el Paso Platero, sobre el río Corrientes y guardando esa línea, cuya unidad á su vez recibirá el refuerzo de las milicias de Entre Ríos á las órdenes del general Urquiza, quien tomará el mando del todo y opondrá un verdadero obstáculo al invasor.

Este plan tiene, por la fuerza de los sucesos, que modificarse. Las sublevaciones de Toledo y Basualdo quitan al general Urquiza el papel que tenía que desempeñar y, por consecuencia, su importancia; desde ese momento ya no se cuenta con el cuerpo de ejército que á sus órdenes debía atacar la extrema izquierda del frente de operaciones del ejército paraguayo.

Mientras tanto, el ejército aliado se reconcentrará y organizará en Concordia, pudiendo desde allí vigilar á

la República Oriental, cuya situación política inspiraba alarmas y recelos; porque se creía que los ánimos no estaban completamente apaciguados.

Una vez reunido el ejército aliado en ese punto, destacará una columna de las tres armas con potente artillería que, á las inmediatas órdenes del general Flores, tratará en lo posible de batir en detalle á la fuerza paraguaya que se dirige al Paso de los Libres y que imprudentemente se ha separado del grueso de su ejército que marcha sobre Uruguayana.

Esta columna será reforzada con el cuerpo de ejército del general Paunero que desde ese momento queda desligada del mando del general Urquiza; esta unidad desde Paso Platero, sobre el río Corrientes, buscará la incorporación de las tropas del general Flores, en un punto antes de llegar á Paso de los Libres.

Ejército será éste que, con algunas milicias correntinas que se le reunirán, formará un total de 9500 hombres.

Batidas las tropas paraguayas que han avanzado sobre Paso de los Libres, el ejército aliado al mando del general Flores, pasará Río Grande y en combinación con las fuerzas brasileñas que hay allí reunidas, concluirá con el grueso de las tropas paraguayas al mando de Estigarribia.

Como complemento de este plan será necesario que la armada brasileña, dominando el Paraná, combine sus

movimientos con los del cuerpo de ejército del general Paunero y coopere en lo posible á las operaciones que se ejecutan tratando, sobre todo, de batir á la armada paraguaya, suceso que hay que esperar en razón de la potencia marítima de las naves aliadas.

En cuanto á la escuadra del Uruguay, apoyará en lo posible todos los movimientos del ejército del general Flores.

Concluída la operación sobre el Uruguay, el ejército aliado se reconcentrará todo en un punto de la provincia de Corrientes y abrirá operaciones sobre el de Robles á fin de batirlo, si es posible, antes que pueda pasar al Alto Paraná.

En combinación con esta operación, la escuadra aliada remontará el Alto Paraná y tratará de impedir el pasaje del ejército de Robles.

Como se verá más tarde, este plan de guerra en el terreno de la acción fué justificado en casi todas sus partes; y es por eso que la campaña de Corrientes presenta un mérito estratégico indiscutible; fué llevada brillantemente á la práctica, á pesar, en un principio, de la sorpresa, de la superioridad numérica del enemigo, y de las largas distancias, pasos de ríos, y malos caminos que tuvo que recorrer el ejército, y puede muy bien decirse que las tropas que llevaron á cabo esta memorable maniobra adquirieron un renombre imperecedero.

Si es verdad que Clausewitz no da mucho mérito á los planes militares en teoría, cuando dice:

«No debe considerarse como una obra maestra un plan de campaña. La gran dificultad de la guerra estriba en su dirección práctica, en permanecer fiel sobre el terreno á las grandes delineaciones del plan trazado de antemano, en mantenerse sereno en medio de las incertidumbres y desfallecimientos que producen el curso de una campaña, y para esto más que un gran talento, lo que se necesita es un buen sentido común sostenido por un gran carácter y una gran fuerza de alma».

Pues bien, creemos que al estudiar la campaña de Corrientes hemos de encontrar en el general Mitre, al general de Clausewitz.

En resumen, el plan del general argentino estaba encerrado en una hábil maniobra.

Robles y Estigarribia, interceptados por el ejército aliado, es la destrucción en detalle de los dos ejércitos, y eso, tal vez, habría acontecido al ejército paraguayo del Paraná, si el sitio de la Uruguayana no detuvieran al ejército aliado tanto tiempo, ó si los grandes temporales y pasajes de ríos no hubieran detenido por muchos días al ejército aliado en su marcha por el centro de la provincia de Corrientes, ó si la escuadra brasileña hubiera tenido agua para remontar aquel río.

Las más hábiles combinaciones de un general experto muchas veces han sido destruídas por la intromisión de circunstancias extraordinarias.

El general Mitre consiguió, en la campaña de Corrientes, lo que no obtuvo el general Alvear en la de Ituzaingó. A pesar de su actividad, este ilustre prócer no pudo batir en detalle, cuando estaban separados por una larga distancia, á Brown y á Bárbacena, con lo que hubiera hecho decisiva esta campaña.





Batalla naval del Riachuelo

PASAJE DE MERCEDES Y DE CUEVAS

A mi distinguido amigo, el señor vicealmirante Barón de Jaceguay.

CAPÍTULO VII

López se prepara á entrar en campaña. — Actividad de los preparativos militares. — Organización de la artillería por el teniente coronel Brugues. — Revista de 15.000 hombres en la Asunción. — Proclama de López. — Abandona la Asunción y constituye su cuartel general en Humaytá. — Se decide á atacar por sorpresa á la escuadra imperial. — Plan de ataque.—Comparación entre ambas escuadras. — Configuración del lugar donde va á tener lugar el combate naval. — Maniobra incompleta de la armada paraguaya.—La escuadra brasileña resueltamente toma la ofensiva. — Combate encarnizado y sangriento. — La *Jequintinhonka* encalla y recibe durante ocho horas el fuego de 50 cañones y contesta bizarramente. — El *Tacuarí*, el *Salto Oriental* y el *Paraguary* intentan abordar al *Araguary*; pero son repelidos. — El *Parnahiba* es abordado por el *Tacuarí*, por el *Salto Oriental* y después por el *Marqués de Olinda*. — Crítica situación de la nave brasileña. — La batalla

está indecisa. — El *Amazonas*, la *Mearín* y la *Belmonte* acuden en auxilio de la *Parnahiba*. — Se declara un incendio en la *Belmonte* y se retira. —El práctico Guastavino—El *Amazonas* decide la acción salvando á la *Parnahiba* y echando á pique al *Jejuí*, al *Salto Oriental* y al *Marqués de Olinda*. — La *Parnahiba* hiende á pique al *Paraguary*. — Retirada de los cuatro vapores paraguayos. — Fin del combate. — Pérdidas por ambas partes. — Consideraciones sobre esta batalla naval. — Pasaje de Mercedes y de Cuevas. — El Almirante Muratori y el coronel Py. — Inacción de la escuadra imperial.

LÓPEZ, aguijoneado por su desastrosa vanidad y persuadido, sin duda, de que su alejamiento del teatro de la guerra producía los resultados negativos que se empezaban á notar en el desenvolvimiento de las operaciones de su plan de campaña, trató de aproximarse á las fronteras de los países invadidos por los más fuertes de sus ejércitos, con el propósito de dar mayor actividad y amplitud á los movimientos, infundiendo al mismo tiempo el mayor respeto y temor á sus subordinados, que la distancia y la ignorancia los hacía indolentes.

En los últimos días que permaneció en la Asunción, se desplegó gran actividad en los preparativos militares y en la instrucción de las tropas.

El teniente coronel Brugues, antiguo discípulo de artillería del de igual clase brasileño Cabrita, había sido encargado de organizar esta arma, y en lo posible, aunque con gran trabajo, por la variedad de sistemas y calibres, consiguió su objeto.

López no quiso abandonar á la Asunción en silencio, y aprovechó de su majestuosa elocuencia para convencer al pueblo de la razón de su causa; pero el pueblo, que á lo lejos veía la negra nube que se iba formando en su perjuicio, guardó silencio: así, su proclama del 2 de Junio cayó en el vacío. Esta alocución está escrita con elevados conceptos, es algo del espíritu napoleónico reflejado en un documento paraguayo. Expone: «Siento la necesidad de participar personalmente de las fatigas de los bravos y leales defensores de la patria», pero no dice de los peligros.

Napoleón, antes de la batalla, amenazaba á sus soldados con exponerse al riesgo inminente, si acaso ellos no llenaban en todas sus partes, el programa de la sangrienta tragedia por él elucubrada; pero esos brillantes actores de tanto hecho remarcable conocían por experiencia propia la inspiración del genio, y los arranques heroicos de su emperador.

En esa proclama López manifiesta la seguridad de que todos los ciudadanos contribuirán incansablemente, en sus respectivas esferas, al éxito de la lucha en que la patria está empeñada.

Jamás el Paraguay desmintió tal aserto; porque esa nación, en aquel tiempo tan desgraciada, vinculada se encontraba en cuerpo y alma á su dictador; se sacrificó durante cinco años, y sucumbió como los héroes de Numancia y de Sagunto.

En los tiempos de los eximios tiranos americanos se hubiera endiosado al anarquista que abnegado, salvara á su país de las cadenas del esclavo; pero como todo en este mundo sale al revés, es que vemos hoy á los mártires del poder víctimas de un fanatismo atroz, sin causas que justifiquen estos crímenes en la sombra, tan bárbaros y repugnantes.

Isabel de Austria, Lincoln, McKinley, Carnot, Humberto I, apóstoles de la virtud y de la libertad, cayeron al golpe de un fanático audaz.

¡Qué santa creencia! ¡Qué solemne fe impulsó esos actos tan tremendos! y, sin embargo, en su mayor parte todos los más feroces tiranos y déspotas de la tierra han muerto tranquilos en su lecho.

López, decíamos, lanzó su proclama en momentos que pasaba revista á un cuerpo de ejército de 15.000 hombres, entre los que figuraba el batallón número 40 formado por lo más distinguido de la Asunción, y mandado por el capitán Díaz, que más tarde sería el eximio general de aquella nación.

Esos jóvenes y hermosos soldados, no sospecharían ni remotamente que ninguno de ellos volvería al tierno hogar de sus padres, y que todos serían devorados por la saña de la guerra.

Llegó el momento de la partida: el 9 de Junio; todo el pueblo de la Asunción estaba en la playa para dar

la despedida al general López: el silencio que rodeaba aquella escena era muy significativo; la voz de las aclamaciones había enmudecido: ni un viva; ni un grito que dijera adiós, que pusiera el corazón en los labios, ni los silenciosos pañuelos que mojados en lágrimas, se agitan por la brisa precursora de la ausencia: nada, todo eso era frío y triste, especie de crepúsculo de cementerio, en cuyo horizonte lejano aparecía en la mente pensadora, la negra fatalidad que hería el porvenir de aquel hombre con ese sombrío vaticinio.

Se embarcó en el *Tacuarí*: únicamente por toda demostración recibió los honores militares de la *Doctorell* que allí se encontraba de estación y los de la tropa paraguaya que había formado á lo largo de la borda de las naves en donde estaba embarcada.

El *Tacuarí* partió escoltado por los vapores *Paraguay*, *Igurey*, *Jejuí*, *Iporá*, *Salto Oriental*, *Río Blanco* y *Paraná*: estas naves iban repletas de tropa y preparadas con todos los pertrechos de guerra necesarios para el próximo combate naval. Así navegando arribó á Humaytá al otro día á la tarde.

Constituída Humaytá en cuartel general del Mariscal López y centro de operaciones de los ejércitos paraguayos, desplegó este incansable trabajador todo el empeño posible para preparar su escuadra á la victoria, reflejada en el audaz propósito de atacar por sorpresa la escuadra imperial que había echado anclas próxima á la costa del Chaco, al norte de la isla de la Pa-

lomera y frente á la columna. Es decir, entre la ciudad de Corrientes y el Riachuelo.

Entre todos los buques de su escuadra, eligió López los mejores por su construcción y marcha para destinarlos al asalto de la brasileña. Tanto sus tripulaciones como sus guarniciones y maquinistas, fueron prolijamente seleccionados, de modo que no se dudara por un momento del éxito.

En esta abigarrada escuadra sólo existían dos naves de guerra que habían sido construídas en Inglaterra para ese objeto, el *Tacuarí* y el *Paraguary*, y conociendo López la inferioridad de su artillería ante la brasileña, agregó á cada navío una chata con una pieza de grueso calibre, especie de bombarderas ó batería flotante que iban remolcadas por los buques de la escuadra, amortiguando, como es consiguiente, la marcha. Esto era algo parecido á los regimientos de caballería miliciana argentina, que en la batalla del 24 de Mayo entraron en combate con caballo de tiro.

Los buques que se prepararon para esta arriesgada empresa fueron los siguientes:

El *Tacuarí* de 421 toneladas, con 6 piezas, servía como nave capitana y lo mandaba el capitán Martínez.

El *Paraguary* (1) de 527 toneladas, 4 piezas, capitán José Alonso.

(1) Este buque hacía pocos meses que había llegado de Inglaterra, donde fué construído y costó libras esterlinas 50.000.

El *Igurey*, 548 toneladas, 5 piezas, capitán Remigio Cabral.

El *Iporá*, 205 toneladas, 4 piezas, capitán Domingo A. Ortiz.

El *Marqués de Olinda*, 300 toneladas, 4 piezas, capitán E. Robles.

El *Jejuí*, 120 toneladas, 2 piezas, capitán don Aniceto López.

El *Salto Oriental*, 250 toneladas, 4 piezas, capitán Alcaraz.

El *Pirabebe*, 20 toneladas, 1 pieza, capitán Pereyra.

Y el *Iberá*, 300 toneladas, 4 piezas, capitán Pedro V. Gil.

Con excepción de los tres últimos buques de sistema á hélice, todos los demás eran de rueda, tripulados por 2000 hombres, y armados por 34 cañones.

Además, formaban parte de la escuadra seis chatas, de las cuales cuatro estaban armadas cada una con una pieza de 80 y las demás con una de á 68.

Especie de flamantes cañoneras ó baterías flotantes, eran estas que carecían de cubierta y sobresalían como 30 centímetros sobre el agua: su capacidad apenas daba suficiente espacio para el cañón que sustentaba y

los artilleros que lo servían: no podían andar sino á remolque. (1)

Esta improvisada y hetereogénea armada estaba á las órdenes del comodoro Mesa, un viejo lobo de agua dulce, teniendo por segundo al capitán Cabral.

Todo el día 10 del mes de Junio fué empleado en los últimos preparativos, y en redactar el plan de López, cuya sencillez resalta en una operación tan atrevida y en parte combinada con astucia.

1° La escuadra paraguaya partirá de Humaytá en la noche del 10 de Junio y graduando su marcha tratará de estar un instante antes de la alborada sobre la escuadra brasileña, por la que pasará de largo á toda máquina, sin hacer fuego, y volviendo en seguida, cada buque paraguayo descargará toda su artillería y la de las chatas sobre el buque contrario que le toque en la acción, tratando de apoderarse de cada uno de ellos por medio del abordaje.

2° Si acaso los brasileños repelieran el ataque, entraría entonces á funcionar la batería oculta de Brugues, emplazada sobre la barranca de la derecha del Riachuelo, compuesta de 22 piezas de campaña, pero sin resguardo.

3° 500 hombres escogidos del batallón número 6 serán distribuídos como guarnición de los buques con

(1) Más adelante cuando narremos el combate de las chatas paraguayas con la escuadra imperial, haremos una descripción completa de esta embarcación.

los cuales se ejecutará el abordaje; y si el caso fuera oportuno, la infantería apostada en las barrancas hará fuego.

Más tarde nos ocuparemos de este plan.

Todo preparado, empezó en la noche del 10 el embarque de la tropa, y López no quiso dejar de proclamar á aquellos que también lo saludaban como á César en el sangriento anfiteatro, y dirigiéndose al comodoro Mesa, con tono firme le dijo:

« Comandante Mesa, id y traedme la escuadra imperial ». Ignoramos qué respondería su almirante; pero cuando se dirigió á los soldados del batallón número 6 y les encomendó que les trajeran algunos prisioneros, aquellos ardorosos guerreros le respondieron como los germanos á Herman: «Para qué queremos prisioneros; los mataremos á todos ». « No, dijo López con tono paternal y satisfecho; es bueno que traigan algunos ». Es decir, que después que el brazo esté cansado de ultimar á hombres inermes, lleven algunos para la ávida exposición de la victoria. ¡ Qué moral evangélica la de esos tiempos ! (1)

(I) No podemos menos que recordar un episodio que nos fué referido cuando la primera guerra de Entre Ríos.

Deseando el general Gelly concluir con el ensañamiento que iba tomando aquella contienda fratricida, llamó un día á los coroneles Taborda y á Polonio Velázquez y les previno que sería muy severo con todo aquel que diera muerte á un prisionero, y les demostró con hermosas razones las ventajas de una guerra humanitaria. Algún tiem-

La escuadra partió y es de suponer que los oficiales paraguayos, cuya ilustración los ponía en el caso de comparar las dos armadas adversas, sólo tendrían la esperanza de la victoria en la sorpresa, y si es verdad que una fuerte batería establecida en la barranca del Riachuelo y la infantería que la auxiliaba, podía cooperar oportunamente en el caso de un fracaso, el valor potencial de los buques de guerra brasileños era indiscutible, y alejaba á mucha distancia la probabilidad de la victoria.

López, al lanzar su escuadra en esta aventura, estaba firmemente convencido de que conseguiría el triunfo por el esfuerzo heroico de sus paraguayos y por la inferioridad personal de sus enemigos, á quienes altamente despreciaba, olvidando la maniobra y la cabeza que siempre dirige la acción, como también que un hombre vale otro hombre cuando lo mueve el patriotismo y la disciplina.

Mientras la armada paraguaya navega lentamente en dirección á las Tres Bocas, vamos á ocuparnos de la escuadra imperial.



---

po después tuvo lugar un combate próximo á Concordia en el que fué actor Taborda, y en seguida de haber dado rienda suelta á sus rencores, tomó algunos prisioneros y se los remitió al general Gelly con un oficio en que le pedía *por lo que más estimara en el mundo que no los hiciera degollar y los destinara al ejército de línea.*

La 2ª y 3ª división de la escuadra brasileña que va á dar batalla á la armada paraguaya estaba á las órdenes del vicealmirante don Francisco Manuel de Barroso, que también era el jefe inmediato de la 2ª; y la 3ª bajo el mando del capitán de mar y tierra don José Secundino de Gomensoro.

El comandante en jefe de esta escuadra tenía su insignia en el *Amazonas,* y en el *Jequintinhonha* el capitán de mar y tierra Gomensoro.

Ahora daremos una relación sucinta de las dimensiones, fuerzas de máquina, número de cañones y guarnición de cada nave brasileña de las que forman las dos divisiones que un momento más tarde las veremos gallardamente combatir en el Riachuelo.

SEGUNDA DIVISIÓN

Fragata *Amazonas* (ruedas), 4 cañones obuseros de 68 de tercera clase, 1 de 68 segunda clase, 1 pieza rayada de 77 sistema Withworth. Fuerza de máquina 300 caballos. Eslora 188 pies. Manga 31. Calado 14. Comandante, capitán de fragata Teotonio de Brito; segundo, capitán teniente Delfín de Carvallo. Comandante de la brigada del ejército destacada en la escuadra, coronel Bruce. Guarnición 149 plazas de la armada incluyendo en ésta á Barroso, 14 oficiales y 313 plazas del ejército pertenecientes al 9 de infantería de línea y al cuerpo de policía de Río de Janeiro, en los que se incluyen 10 oficiales. Total 462 individuos de tropa y 25 oficiales.

Cañonera *Parnahiba,* á hélice, 4 cañones de 32, 4 de 68, 1 de 70 rayado Withworth. Fuerza de máquina 120 caballos. Eslora 164 pies. Manga 24. Calado 9. Comandante capitán, teniente Garcendo de Sá; segundo, teniente 1° Felipe Chaves. Jefe del destacamento del ejército, teniente coronel Silva Guimaraes. Guarnición 141 plazas y 9 oficiales de la armada. 122 de tropa y 8 oficiales del batallón 9 de infantería de línea. Total 263 de tropa y 17 oficiales.

Cañonera *Araguary,* á hélice, dos cañones de 32, 2 de 68. Fuerza de máquina 80 caballos. Eslora 146 pies. Manga 22. Calado $7\ ^{1}/_{2}$. Comandante, teniente 1° A. S. Von Hoonholtz; segundo, teniente 1° Eduardo de Oliveira. Jefe del destacamento del ejército, teniente Silva y Sá. Guarnición 88 plazas, 8 oficiales de la armada, 83 de tropa y 6 oficiales del 9 de infantería de línea. Total 172 de tropa y 14 oficiales.

Cañonera *Mearin,* á hélice, 4 cañones de 32 y 3 de 68. Fuerza de máquina 100 caballos. Eslora 150 pies. Manga 23. Calado $7\ ^{1}/_{2}$. Comandante, teniente 1° Pisis de Miranda. Jefe del destacamento del ejército, capitán A. P. da Cunha. Guarnición 125 plazas 7 oficiales de la armada, 67 y 4 oficiales del cuerpo policial de Río de Janeiro. Total 192 hombres y 11 oficiales.

Cañonera *Iguatemy,* á hélice, 2 cañones de 32 y 3 de 68. Fuerza de máquina 80 caballos. Eslora 145 pies. Manga 22. Calado $7\ ^{1}/_{2}$. Comandante, teniente 1°

Marcelo Coimbra; segundo, teniente 1° Oliveira Pimentel. Jefe del destacamento del ejército J. I. de Brito. Guarnición 96 plazas 6 oficiales de la armada, 177 plazas y 7 oficiales del cuerpo policial de Río de Janeiro. Total 213 y 13 oficiales.

TERCERA DIVISIÓN

Corbeta *Jequintinhonha,* á hélice, 6 cañones de 32, 2 de 68. Fuerza de máquina 130 caballos. Eslora 175 pies. Manga 26. Calado 12 1/2. Comandante, capitán teniente G. G. Pinto; segundo, teniente 1° Lucio de Oliveira. Comandante del destacamento del ejército, mayor Guimaraes Peixoto. Guarnición 120 plazas, 10 oficiales de la armada, 166 de tropa y 5 oficiales del ejército pertenecientes al primer batallón de infantería de línea. Total 286 de tropa y 17 oficiales (en éstos va incluído el jefe Gomensoro).

Corbeta *Beberibe,* á hélice, 6 cañones de 32, 1 de 68 de tercera clase. Fuerza de máquina 130 caballos. Eslora 168 pies. Manga 27. Calado 11. Comandante, capitán teniente Bonifacio de Santa Ana; segundo, teniente 1° E. Pize-Wodewski. Jefe del destacamento del ejército, mayor Souza Braga. Guarnición 178 plazas y 9 oficiales de la armada, 110 del cuerpo de infantería de la provincia del Espíritu Santo y 36 del primer batallón de artillería con 8 oficiales del ejército. Total 324 plazas y 17 oficiales.

Cañonera *Belmonte,* á hélice, 4 cañones de 32, 3 de 68 y 1 rayado de 70 Withworth. Fuerza de máquina

120 caballos. Eslora 168 pies. Manga $24\,^1/_2$. Calado $9\,^1/_2$. Comandante, teniente 1° J. F. de Abreu; segundo, teniente 1° F. Goulard Rollín. Jefe de los destacamentos del ejército, capitán Santos Rocha y teniente de artillería Tiburcio de Sousa. Guarnición 109 plazas y 6 oficiales de la armada, 95 plazas del cuerpo de Policía de Río de Janeiro y del primer batallón de artillería con 3 oficiales. Total 204 de tropa y 9 oficiales.

Cañonera *Ipiranga,* 7 cañones de 30. Fuerza de máquina 70 caballos. Eslora 145 pies. Manga 22. Calado $9\,^1/_2$. Comandante, teniente 1° Alvaro de Carvallo; segundo, teniente 1° J. Cándido do Reis. Jefe del destacamento del ejército, teniente Correa de Andrade. Guarnición 106 plazas, 8 oficiales de la armada, 65 plazas y 4 oficiales del cuerpo de policía de Río de Janeiro. Total 171 de tropa y 12 oficiales.

El número total de piezas de artillería con que estaban armados los nueve buques que componían las dos divisiones de la escuadra imperial, alcanzaban á 59 repartidas así: 3 rayadas de calibre 70; 21 de 68; 28 de 32; 7 de 30. La fuerza total de las máquinas era de 1130 caballos.

La brigada del coronel Bruce proporcionaba la guarnición de la escuadra y se componía de las siguientes unidades: 9° batallón de infantería de Pernambuco, medio batallón de infantería de Río de Janeiro, 12° batallón de voluntarios (antes cuerpo policial de Río de

Janeiro), cuerpo de infantería de guarnición en Espíritu Santo, y un contingente del regimiento de caballería á pie de Río de Janeiro; de manera que á bordo de los nueve navíos, incluyendo jefes y oficiales, había 1113 plazas de marina, de los cuales 79 eran oficiales de la armada y clases anexas, 1174 plazas del ejército, entre los que 66 eran oficiales, alcanzando el todo á un total de 2297 hombres. (1)

La superioridad de la escuadra brasileña sobre la paraguaya se manifestaba de un modo incontestable. A este respecto veamos lo que nos dice el ilustre escritor brasileño, el señor barón de Jaceguay: « De hecho, nuestra escuadra llevaba grande ventaja potencial sobre la paraguaya, ya en la calidad de los navíos, ya en la disciplina y la instrucción del personal. El poder ofensivo y defensivo de nuestros navíos sobre los paraguayos guardaba la misma relación que en otro tiempo existía entre una nave de línea y una fragata ».

« Para el *Amazonas,* el *Beberibe* ó el *Jequintinhonha* la ventaja era aun mayor. Cualquiera de estos tres buques, comparados con los paraguayos, estaba en la proporción de un navío de tres puentes con una corbeta ó un brigue. En la escuadra paraguaya el *Tacuary* era el único navío cuyo valor militar podía ser equiparado al de nuestras cañoneras que entraron en combate ».

(1) Estos datos han sido tomados de las anotaciones de Paranhos á la obra de Schneider.

Ya que conocemos con algún detalle el poder de las escuadras beligerantes, nos ocuparemos del teatro donde va á tener lugar la batalla naval del Riachuelo.



Tenemos dos planos á la vista[1] que nos señalan suficientemente en el río Paraná el punto en frente al Riachuelo donde tuvo lugar la batalla naval; pero encontramos alguna diferencia en la configuración de la superficie de las islas que se levantan en el centro del río: á nuestro juicio es producido por las crecientes ó las bajantes de esa inmensa arteria fluvial, que en ese caso, les presta siempre diferentes formas.

El plano que nos da una idea clara de la batalla es aquel que fué levantado por el comandante de la *Araguary* teniente 1° Von Hoonholtz, y aunque en la configuración de las islas se encuentra marcada diferencia con el plano catastral de la provincia de Corrientes por Sánchez, esto no obsta al claro desenvolvimiento topográfico de los lugares donde tuvo lugar la acción.

Como ya anteriormente demostramos en una pequeña descripción topográfica, la configuración del terreno donde había acampado Robles y establecido la batería de Brugues, sobre ambas márgenes del Ria-

(I) Se publicará al final del capítulo el plano.

chuelo en la barranca del Paraná, nos ocuparemos ahora de la parte hidrográfica del río que fué escenario de tan memorable acontecimiento.

El Paraná, en frente del Riachuelo, está interceptado por un grupo de islas cuya presencia determina la formación de diversos canales. Dos islas principales se levantan allí divididas por un canal navegable de poca agua, que se denomina Boca Chica de la Palomera. La más próxima al Riachuelo se denomina la Palomera y la que está más al Sur isla Cabral.

Desde la embocadura del Riachuelo hasta la margen del Chaco, en línea recta, mide el río 7 kilómetros.

El canal principal corre entre la isla de la Palomera y la tierra firme, se aproxima á la barranca cóncava, en cuyo centro desembocan los dos brazos del Riachuelo, más al Norte, frente á la columna, tiene mucho mayor anchura.

La escuadra brasileña de observación y bloqueadora en estación frente á Corrientes, se componía de 11 naves, faltando dos que estaban destacadas aguas abajo. Anclada del lado del Chaco, su izquierda enfrentaba á la columna y su derecha al ángulo donde se encontraba situado el saladero de Jalapa. Ambos flancos estaban apoyados en dos islas.

Aunque se le ha criticado al almirante Barroso esta posición que transformaba á su escuadra de bloquea-

dora en bloqueada, creo que no hay razón, porque el brioso almirante, teniendo presente el espíritu de iniciativa y el valor de sus subordinados, no debió preocuparse mucho de unos cuantos cañones que jamás ocasionaron ningún daño de importancia á la escuadra, y sobre todo, él cumplía órdenes del almirante Tamandaré.



La escuadra paraguaya, el día 11 de Junio de 1865, arribaba un momento antes de amanecer á las Tres Bocas, cuando se le zafó el tornillo del hélice al *Iberá.*

Ante ese inesperado contratiempo, el comodoro Mesa detuvo la marcha y esperó la refacción de la pieza descompuesta.

Todo empeño fué inútil. Quedó atrás la cañonera inutilizada con su distinguido jefe, el capitán Gil, que lloraba como un niño ante tal desventura; decimos desventura; porque no la hay más grande para un militar de honor que va entrar en batalla y que por un accidente cualquiera, se ve privado de seguir á sus compañeros de armas.

Viendo el almirante Mesa el tiempo perdido y resuelto á seguir adelante, emprendió de nuevo la marcha con mayor velocidad de 12 millas; [1] navegaba

(1) Parte del almirante Barroso.

en línea de fila, en el orden siguiente: *Tacuarí, Igurey, Marqués de Olinda, Salto Oriental, Paraguary, Jejuí, Pirabebe* é *Iporá*. A las ocho y media avistó á la escuadra brasileña.

Las tripulaciones de los buques imperiales, que tranquilamente almorzaban en ese instante, ni remotamente sospechaban lo glorioso que sería el día para sus banderas, y tan es esto cierto, que aunque la armada estaba con los fuegos retirados, se encontraba inmóvil con las anclas en el fondo del río.

Barroso, al tener conocimiento por el vigía de la *Belmonte* de la aproximación del adversario, sin pérdida de tiempo, transmite por señales á su escuadra esta orden del día digna de un bravo:

Avivar los fuegos. Zafarrancho para el combate. Levantar anclas. Atacar al enemigo lo más pronto posible. Vencer al enemigo que la gloria es nuestra. El Brasil espera que cada uno cumplirá con su deber.

La lacónica y heroica frase de Nelson no desmerece en los labios del almirante brasileño.

Aunque apenas hubo tiempo de levantar vapor é izar anclas, no por eso nuestros aliados vacilaron un instante en aceptar el combate en condiciones que podían presentarse muy desfavorables.

*

Son las nueve de la mañana. La escuadra paraguaya, llevando el *Tacuarí* á vanguardia y el *Iporá* á la retaguardia, á toda fuerza de máquina pasa á una distancia de 1600 metros de la escuadra brasileña, y una nube de humo envuelve á las dos escuadras que, en líneas diferentes, se ven separadas por la plácida corriente del río. Retumbo inmenso, cavernoso, homogéneo, como la trepidación del hundimiento de un monte, estremece aquel ambiente de primavera, y se siente á gran distancia la enorme crepitación de ese rudo bombardeo, como el anuncio preliminar de un gran combate.

Los brasileños que en ese momento izan anclas y dan presión al vapor, esperando en tan desiguales condiciones el abordaje, ven con sorpresa pasar de largo, á lo lejos, los buques enemigos en línea de fila, tan cerradas las distancias que parece que se tocan las popas y las proas; pero aquellos que conocen la guerra marítima de agua dulce suponen, con experiencia, que volverán, por ser muy difícil el abordaje, cuando se navega aguas abajo; más esto no acontece: la escuadra enemiga, siguiendo la dirección obligada que le señala el canal, pasa próxima á la Palomera y se dirige oblicuamente á la punta de la barranca de Santa Catalina, y por una simple inversión del orden de marcha que traía, vuelve hacia el Norte, ocupa el paso del Riachuelo en la parte cóncava y tortuosa del canal, formando entonces en línea de combate bajo la protección de los fuegos de la batería de Brugues y las del campamento del general Robles; y estacionada allí,

con las chatas fondeadas, espera á la escuadra imperial.

Esta maniobra contraria á la primera parte del plan de López, solo se explica por haber la claridad del día frustrado la sorpresa, ó por creerse Mesa invencible debajo de los fuegos de los cañones de la batería del Barranco.

Durante este tiempo la escuadra brasileña que no ha cesado de hacer fuego ni un instante, pronta ya para la maniobra, se ha puesto en marcha siguiendo las aguas del astuto adversario.

En aquella escaramuza naval de grueso calibre, la caldera del *Jejuí* fué partida en dos partes por un bala, lo que lo obligó á fondear próximo á la punta de la barranca de Santa Catalina, y otro proyectil cortó el remolque de una batería flotante; por lo demás, las dos escuadras, hasta ese momento están casi intactas. La distancia las había salvado de mayores averías reservándolas para una más esplendente acción.

La escuadra aliada orza á estribor y se dirigió próxima á la orilla derecha de la Palomera y allí tomó la primera posición antes de abordar la armada paraguaya. Sin duda Barroso no quiso arremeter contra el adversario sin entrar en perfectó orden y conocer realmente su situación.

Al continuar el movimiento inicial, la *Belmonte* iba á vanguardia y el *Amazonas* á la retaguardia. La primera, impávida, desafiaba ya el fuego de los cañones

de la escuadra y los de la batería adversa sufriendo notables averías. En esta emergencia la *Jequintinhonha* al enfrentar á esta última hesita un momento, vira aguas arriba [1] y cuando vuelve la proa aguas abajo encalla y desde ese momento es víctima de todo el férreo furor del artillado baluarte de Brugues y de la escuadra paraguaya, que tiran, puede muy bien decirse, en un terreno jalonado á un enorme blanco, contestando á la repentina agresión el airoso navío con remarcable denuedo, á pesar de su desesperada situación.

Las naves que seguían las aguas de la *Jequintinhonha*, no advertidas por una nueva señal del almirante de su intención, imitan la maniobra del *Amazonas* ; en cuanto á la *Belmonte*, ya distanciada al frente, recibe sola los fuegos convergentes de toda la escuadra enemiga.

En este momento la armada imperial pierde su formación de combate. La deficiencia del reglamento de señales en uso entonces, no permite al almirante trasmitir las órdenes con el fin de evitar la confusión que sobreviene. Pasa entonces próximo á las naves que le están más cerca, se pone al habla con ellas y á viva voz les reitera la orden de seguir las aguas de la *Belmonte*.

« Más para que toda la masa perpleja se encaminara en la dirección que urge tomar, emplea el medio sim-

(1) En el parte el jefe del *Jequintinhonha* dice : « Tomamos aguas arriba estando el *Amazonas* y algunos navíos en esa posición ».

bólico más pronto y más eficaz para guiarla, abandona su primer idea de reservar al *Amazonas* para cortar la retirada al enemigo y acomete él mismo al canal mortífero. (1)

Al llegar á la punta de la Barranca de Santa Catalina, la escuadra aliada que sigue las aguas del *Amazonas* orzó á babor y poniendo proas al Norte trató de colocarse frente á los buques paraguayos que, como ya hemos dicho antes, estaban protegidos por la formidable batería y la mosquetería de miles de infantes paraguayos mandados por el mayor Aquino.

Durante toda esta maniobra, el cañón estremece la atmósfera; pero no el corazón de nuestros aliados, que van á demostrar que al lado de los bravos de Corrientes estarán los valerosos del Riachuelo.

Ahora vamos á presenciar un combate de ocho horas, en muchos momentos á tiro de pistola, á boca de jarro; la lucha cuerpo á cuerpo; vamos á presenciar los aplastamientos terribles de navíos triturados, las fauces de los cañones de los buques que se tocan y la matanza sobre el estrecho campo de combate de la artillada cubierta de un buque.



Mientras las naves brasileñas en el tortuoso y peligroso desfiladero se veían obligadas á poner toda su

(1) Barón de Jaceguay.

atención por lo difícil de la maniobra á causa de su mayor calado, en ese momento, habiéndose adelantado algunos de esos buques, quedaron en la retaguardia la *Parnahiba* y más atrás la *Jequintinhonha* encallada; entonces, aprovechando el adversario esta feliz circunstancia, interrumpe el movimiento táctico cortando la línea brasileña y empieza la lucha individual.

Atacada la *Jequintinhonha* en su triste desamparo, se vuelve contra su enemigo como una leona herida condenada á una muerte segura, que aun impone en esa agonía homérica, desplomando terribles zarpazos: repele así dos abordajes de los paraguayos.

El *Araguary* rechazaba al mismo tiempo otro ataque del *Tacuarí*, el del *Salto* y el del *Paraguary*, siguiendo entonces éstos sobre la *Parnahiba* que, gallardamente, entraba en accción en la retaguardia de la línea de fila, ejecutando descargas cerradas por ambas bordas.

Este combate fué veloz y demostró el valor y la serenidad de su comandante Garcendo de Sá, quien al verse atacado por estos tres buques enemigos, eligió al *Paraguary* y descargándole toda su artillería lo embistió con la proa de su buque, y le dió un golpe tan colosal que le abrió un ancho rumbo en el costado y en las calderas que lo obligó á encallar próximo á la isla situada en la embocadura del riachuelo.

Mientras que esto sucedía el *Marqués de Olinda* se aproximó rápido é intentó abordarla; pero fué tam-

bién vigorosamente repelido; pero como en esa lucha había que temer á dos enemigos, poderoso el uno y solapado el otro, aquel que tan valiente hería á la luz del día, y el oculto traidor bajío del estrecho y tortuoso canal que prohibía la amplitud de la maniobra; en momentos en que la nave brasileña se disponía á acometer al *Tacuarí* encalla, se clava en esa emboscada de arena, y es entonces abordada por babor por este buque y por estribor por el *Salto*, como es atacada una fiera que ha caído en la trampa.

El comandante de la *Parnahiba*, con el fin de dar más libertad de movimiento á la artillería y no exponer inútilmente á una parte de la guarnición del buque, sin reflexionar en sus graves consecuencias, había ordenado á ésta que se resguardara debajo de cubierta, lo que dió lugar al episodio que vamos á narrar.

Entonces las guarniciones de línea de los dos buques paraguayos, en tumultuarios grupos saltaron al abordaje, cortando las redes y gritando á la victoria que creían infaliblemente segura, y en un instante fué acuchillada toda la tropa brasileña que estaba á popa, muriendo valerosamente en este episodio el capitán Pedro Alonso y el teniente Feliciano Maia, ambos del 9º batallón de infantería, el guardia marina Greenhalgh defendiendo la bandera, y el gallardo marinero Marcelio Díaz, quien, antes de sucumbir, ultimó á dos adversarios.

En este desigual combate, para mayor desdicha de la infortunada nave, rápidamente el *Marqués de Olinda*

la abordó por la popa y aumentó el número de enemigos que combaten sobre la cubierta. Con la insolencia del valor confiado y la del número, se adueñan de la mayor parte del buque, arrasando todo lo que encuentran á su paso: los pocos brasileños que sobreviven, á las órdenes de los tenientes primeros Pompeyo de Alburquerque Cavalcante y M. P. Pederneira en un extremo de la abordada nave valerosamente luchan por el honor de las armas: graves instantes de angustia son estos que hacen prever un terrible desastre final.

Los paraguayos han arriado la bandera auriverde y la supremacía de la multitud les da el inesperado triunfo que lo aprovechan con ventaja, sin cuartel, á sablazos y á tiros, resbalando muchas veces en la sangre de sus víctimas.

En este momento la situación no puede ser más crítica para la armada brasileña: la batalla está indecisa, á punto de perderse y poniendo en la balanza el poder de la batería de tierra, y el poco calado de los buques paraguayos, puede muy bien suceder que en un momento dado sea á éstos favorable la fortuna, á pesar de la superioridad de los buques imperiales.

El poco fondo del canal es el peor enemigo de nuestros aliados. En tan grave emergencia tres de sus buques se encuentran encallados: la *Jequintinhonha*, la *Belmonte* y la *Parnahiba*; los dos primeros sufriendo sin descanso el fuego de la batería y el de la escuadra enemiga; de modo que solo están disponibles

seis navíos y expuestos á cada momento á varar ó perderse; pero repentinamente todo va á cambiar en aquel estrecho foso de agua.

Aparece primero la imponente silueta azulada del *Amazonas* entre una bruma de humo sofocante, seguido de la *Mearín* y de la *Belmonte* que ha zafado de la varadura, en momentos que alentada por este auxilio subía á cubierta la guarnición oculta de la *Parnahiba*, y empeñaba una nueva lucha tenaz y sangrienta con los victoriosos paraguayos dueños ya de una gran parte del buque.

La *Belmonte*, que sigue al *Amazonas*, se detiene repentinamente: una granada enemiga produce un serio incendio en la cubierta y se ve obligada entonces á parar su máquina.

Empieza á retroceder aguas abajo: el líquido fatal penetra por desmesurados rumbos abiertos por los proyectiles de la escuadra y por los de la batería enemiga, durante el largo duelo que gallardamente ha sustentado. Completamente inutilizada para la maniobra y para el combate, se retira al fin medio inclinada, y forzada á encallar al Sur, próxima á la isla de la Palomera, desaparece del bárbaro escenario.

Cuando el almirante Barroso se dió cuenta de la terrible situación de su escuadra, en que la victoria podía serle infiel, y vió comprometida la jornada si tardaba en socorrer á la *Parnahiba* que acosada por tres buques

enemigos la ahogaban entre sus garras, sintió latir su corazón de ira y recibió con júbilo la brillante inspiración de su automedón [1] el valeroso práctico correntino Guastavino quien encontró en el buen sentido militar, y la decisión á toda prueba del arrogante nauta, la mejor acogida á la idea de atacar á los buques paraguayos con la formidable proa de la hermosa nave capitana.

No había tiempo que perder, era necesario poner en juego cuanto antes todo el poder potencial del robusto navío: más que con los cañones, se presentaba la urgencia de ganar la batalla con la proa del formidable buque almirante, que á guisa de espolón, trituraría todo lo que se pusiera á su alcance, como el gigantesco ariete que demuele, á golpes de maza, la muralla antigua; y la constancia de que aquel relámpago de la victoria surgió de la mente de Guastavino está en el parte del triunfador, que con generoso arranque denomina á su guía fluvial «El rey de los prácticos».

El *Amazonas*, que empezara en buena hora su obra de cíclope, asestando un violento proazo al *Jejuí*, ya medio encallado, lo había tumbado á pique, avanzó en silencio cortando rápido las aguas de la mansa corriente del río, avanzó aumentando de volumen: grande, inmenso, como una montaña que se va á desplomar,

(1) Así se le denomina en la segunda parte de la obra, escrita por el ilustre escritor y valiente marino barón de Jaceguay que tiene por título «Cuatro siglos de actividad marítima». (Portugal y Brasil).

envuelta en nubes de humo de una terrible tempestad humana, avanzó con aquella majestad bárbara de la victoria sin contraste, y rápido arremete sobre el *Marqués de Olinda*, cuya tripulación en angustia sintió la transformación instantánea, helada, que va del ardor de la pelea triunfante al pánico de la derrota: se oyó entonces un estruendo sordo que conmovió todo el buque, como si en su seno estallara un terremoto: un ruido seco espeluznante, producido por el rudo choque sobre el tambor de la rueda de estribor y la máquina del desdichado bajel: crujido enorme de tablas, de vigas y hierro que se quiebran, y estallan las astillas, algo muy grande que se rompe con estrépito, cordajes que se enredan y se cortan zumbando, mástiles que se rompen como débiles ramas secas, velas desgarradas que se sacuden al impulso del viento, gritos desesperados, vociferaciones, lamentos de moribundos, cañones enemigos que se tocan las bocas, hacen fuego y caen con estruendo al ser desmontados, hombres desesperados que se tiran al agua, armas que abren sendas brechas en el cuerpo humano, granadas que explotan con estruendo, músicas desechas que tartamudean acordes metálicos, trémulos y roncos tambores que provocan degüellos, y por fin, el abordaje desenfrenado y aclamaciones delirantes; y el buque adverso, todo desmantelado, queda fuera de combate. ¡Inválido infeliz! como un miserable vencido se le ve humeante, descalabrado, hundido en el desprecio: una cáscara de nuez rota por un martillazo.

Esta escena de magnos estremecimientos se desarro-

lla rápida entre una densa columna de humo y de agua hirviendo que salta por las anchas rasgaduras abiertas en las calderas, sobre la ensangrentada cubierta, quemando á todo lo que se encuentra á su alcance.

La metralla que no da cuartel concluye la obra: convierte en repugnantes despojos lo que aun vive de los tripulantes de la convulsionada nave, entre los que se ve tendido de espaldas, en un charco rojo, al que hace un momento imperaba con orgullo en ese robusto buque: su desgraciado jefe el teniente Robles.

Aquella desolación terrible en medio de vítores, dianas y blasfemias presenta un cuadro que estremecería á cualquiera alma que no fuera la de un soldado.

Concluída la matanza, nadie hace ya caso del *Marqués de Olinda* que ha pagado bien cara la patente paraguaya con su sacrificio á viva fuerza; y el triturado navío se desliza aguas abajo tranquilo, sin hacer sospechar que en su seno lleve el dolor y el infortunio tremolando su solitaria bandera.

Aun no repuesto de la sorpresa que semejante acto temerario causara al *Salto*, sintió éste la furibunda proa del gigante brasileño que hiriéndole en pleno vientre, la echaba á pique.

Al sentir próximo los furores del Hércules de la escuadra imperial que se preparaba á continuar la terrible maniobra, el *Tacuarí*, viéndose perdido, se puso en retirada y desde este momento la sangrienta y costosa victoria se declaró por la armada aliada. Ya era

tiempo que esta egregia recompensa fuera el justo galardón de tanta constancia y valor.

Los pocos paraguayos que aun sobrevivían sobre la cubierta de la *Parnahiba*, ó fueron muertos ó se arrojaron al agua.

Después de tan duro trance, pudo la *Parnahiba* zafar de la varadura por la buena dirección de la máquina, y gobernándose con los estays y la vela latina por tener desmontada la rueda del timón, puso la proa al *Salto* y de un golpe feroz acabó de descalabrarlo.

Mientras que se desarrollaba este episodio, el *Ipiranga* que había resistido valientemente los estragos de los cañones enemigos, sobre cuya cubierta había muerto como bueno su comandante Coimbra, su inmediato reemplazante, numerosos soldados, y marineros, quedando el buque dirigido por el valeroso teniente Gómez; el *Ipiranga*, decíamos, que había echado á pique una de las seis chatas, trató de ultimar al Salto, rompiéndole á cañonazos las calderas, en momento que acudía el *Araguary* y lo dejaba completamente inutilizado.

Tenaces y fríos estos paraguayos, no desmentían su raza: su valeroso empeño fué heroico. Se veía á sus buques encallados, impropios para el combate, con sus tripulaciones diezmadas, y sin embargo, no arriaban la bandera y continuaban la lucha. Así se admiraba al *Paraguary*, con un gran rumbo en un costado, destruí-

das sus calderas por el choque de la *Parnahiba*, vomitando frenéticamente metralla como si estuviera en plena vida en la acción, cual una máquina inconsciente que da la muerte.

Rabioso el *Ipiranga* al sentir los últimos efectos de este último desvencijado amparo enemigo, le da el tiro de gracia disparando algunas andanadas que concluye al momento con la agonía de la resistencia: la bandera paraguaya es arriada por el teniente Cándido dos Reis y una guarnición brasileña se establece á bordo.

La *Jequintinhonha*, desde largas horas abandonada á su cruel destino, encajada completamente en la arena, fué entonces socorrida por el *Ipiranga* y la *Iguatemy;* pero todo fué en vano, la nave quedó clavada allí para constancia de lo costoso que había sido la victoria á nuestros bravos aliados.

Aquel buque, que herido por su mala suerte estuvo expuesto inerte al fuego enemigo desde el principio de la batalla hasta el fin, sufriendo todas las andanadas de la escuadra y las de la batería adversa durante ocho horas, desafiando gallardamente á esa tempestad de fierro á los gritos de ¡ Viva el Emperador! ¡ viva el Brasil! sin vacilar un minuto los soldados de esa nave paralizada, sobresaliendo en esa escena de brillante disciplina su gallardo jefe accidental Lucio de Oliveira: allí donde la bandera de los brasileños flamea con la majestad de su grandeza, y su intrépido práctico el argentino Andrés Motta, es despedazado en su puesto

de combate por una bala de cañón, es donde también se debe buscar una parte de la gloria del Riachuelo.

Puede una unidad de combate, en una batalla, resistir una hora, dos horas, tres horas, la enorme masa de fierro y plomo que arrojan cañones y fusiles; pero un buque que sin resguardo y encallado durante ocho horas soporta el estrago convergente de toda la corriente de acero de más de 50 piezas de artillería, sirviendo de enorme blanco sobre el cual se tira á corta distancia y no desmaya un momento, es el colmo del cumplimiento del deber; solo un dogma grandioso pudo inspirar las almas de los guerreros brasileños que tripulaban la *Jequintinhonha.*

Esto sucedió, porque durante la lucha cuerpo á cuerpo de las dos adversas escuadras, la batería no hizo fuego sobre los buques brasileños, por temor de herir los propios, y entonces todo su fuego convergió sobre la *Jequintinhonha.*

Viendo todo perdido el capitán Cabral, que había reemplazado al capitán Mesa, que estaba mortalmente herido, dió la orden desde el *Tacuarí* de emprender la retirada, y á toda máquina navegó aguas arriba seguido de los vapores *Igurey, Iporá, Pirabebe,* tomando después la retaguardia.

Al notarse este último movimiento de la escuadra paraguaya, se lanzó la *Araguary* en su persecución, seguida de la *Pirabebe.*

La persecución alcanzó hasta la punta de Corrientes. Durante este trayecto el *Araguary* con la pieza de 68 de proa aún hizo estragos en los buques enemigos.

La noche, por fin, cerró este fluvial palenque, en que habían combatido dos valientes adversarios, y las naves perseguidoras regresaron al seno de la escuadra triunfante.

Caía el triste crepúsculo de la tarde cuando guardó silencio la medio desmontada batería de Bruguez. El fuego de la escuadra brasileña le inutilizó 7 piezas, dando muerte á 30 artilleros y á 40 caballos.

Terminado el combate, el almirante Barroso ordenó á la *Ipiranga* y la *Iguatemy* que trataran de sacar de la varadura á la *Jequintinhonha,* pero todo esfuerzos fué en vano.

Al regresar el *Araguary,* ya de noche, de la persecución á los buques paraguayos, se aproximó al *Jequintinhonha*, pero sus esfuerzos fueron también ineficaces, como ya lo habían sido los de los otros buques amigos, más viendo próximo á la costa cuatro baterías flotantes con dos cañones de 68 y dos de 80, se apoderó de ellas completando así los trofeos del combate.

Como aun permanecía flameando al viento la bandera paraguaya en el *Marqués de Olinda*, el *Araguary* le disparó dos tiros de cañón y una descarga cerrada

de fusilería y se aproximó rápido á un costado; entonces subió sobre la cubierta el ingeniero Gibson y á la orden del comandante del buque brasileño arrió la bandera paraguaya (1) que aun tenía vida en aquella desierta nave.

Entonces fué nuevamente abandonada, hasta que al otro día el jefe del mismo buque vencedor tomó cuenta de los prisioneros, y compasivo y generoso, prestándole toda clase de consideraciones, hizo trasladar á su camarote al teniente Robles, casi moribundo, el que no sobrevivió á este rasgo de grandeza de alma.

Sobrevino la noche y todo entró en un lúgubre silencio y una obscuridad completa, interrumpida por los gemidos de los heridos y por el alerta de los centinelas.



La batalla había sido ruda y tenaz; el valeroso empeño desplegado por ambas partes, sin desmayar un momento durante ocho horas de un reñido combate, quedó indiscutiblemente patentado.

No solo fué la superioridad tan discutida de los buques imperiales lo que le dió el triunfo; sino el sentimiento ardoroso de la nación brasileña, encarnada en el corazón

---

(1) Declaración de Gibson en la causa de Robles.

de sus hijos, marineros ó soldados, que en toda circunstancia, con muy raras excepciones, tuvieron la conciencia del cumplimiento del deber hasta la abnegación, y se encontraron mandados y dirigidos por jefes y oficiales que dominados por la solemnidad del mando, estaban á la altura de su difícil misión.

Si esta batalla naval, en vez de haber tenido lugar en un angosto y sinuoso canal de poco fondo, hubiese sido librada en el anchuroso mar, la armada brasileña, por su superioridad en todo sentido, estamos seguros, obtuviera un fácil triunfo casi sin pérdidas. Así, es necesario considerar los grandes obstáculos y desconocidos peligros que tuvieron que afrontar los brasileños en esta acción que sin vacilar, se empeñaba entre buques de madera á vapor, en ciertos instantes á tiro de pistola, y en la que la prepotencia de la artillería de las naves aliadas no obtuvo las ventajas que habría reportado á mayor distancia; presentándose siempre el riesgo de la estrechez y el fondo del canal que, en cualquier circunstancia, pudo decidir la victoria á favor de los paraguayos.

Indudablemente, desesperado el *Amazonas*, en trance tan fatal y aconsejado locamente por la gloria, violó bárbaramente á la victoria, á esa veleidosa que indecisa un momento, trataba de entregarse al adversario, más al fin no pudo resistir tan duro empeño y decidió la jornada.

Hay que convenir también que el renombre de este trágico suceso está ya repartido por la rectitud de la

historia, entre vencedores y vencidos. Es, pues, necesario considerar á la batalla del Riachuelo como una gloria americana.



El brillante éxito de la batalla naval del Riachuelo puede considerarse sin que nadie lo contradiga, como una victoria decisiva, que anonadó para siempre el poder marítimo de López; puede considerarse como una victoria de mayor esfuerzo y sacrificio que las de Yulú, Cavite ó Santiago de Cuba; victoria que por cierto, había costado bien cara á los brasileños, lo que demostraba á lo vivo los grandes contratiempos y serios conflictos que durante ocho horas tuvieron que superar. Sus pérdidas, con relación á su efectivo, eran numerosas; en muertos se contaron: 1 jefe, 7 oficiales y 88 plazas, y en heridos: 13 oficiales, 138 de tropa más 20 extraviados, que hacen un total de 266 bajas, y numerosos contusos.

Además, la *Jequintinhonha* completamente perdida, la *Belmonte* casi inutilizada hasta el punto de estar en un momento próxima á zozobrar, y los demás buques con numerosos y anchos rumbos y desperfectos múltiples.

En cuanto á los paraguayos, según las bajas confesadas por ellos mismos, alcanzaron á 750 hombres fuera de combate, más 4 vapores el *Jejuí,* el *Marqués de Olinda,* el *Salto* y el *Paraguary;* estos tres últimos

con la artillería que montaban, pertrechos de guerra, bagajes, flámulas y banderas, armamentos portátiles, cajas de guerra, instrumentos de música, etc., y 6 chatas, cuatro de las cuales con su correspondiente artillería.

En la batería habían sufrido 30 bajas por muerte y 40 caballos fuera de servicio y 7 piezas desmontadas.

Sin embargo, Mastermann nos dice que las bajas de los paraguayos subieron al doble, lo que creemos una exageración á causa de que una gran parte de todas las tripulaciones de los buques perdidos y las de las chatas se escurrieron á nado, y si fuera exacto este cálculo, resultaría una pérdida de las tres quintas partes del efectivo, lo que sería enorme en razón de que se salvaron cuatro vapores con sus tripulaciones y uno no entró en combate, el *Iberá*.

Imposible fué todo esfuerzo para sacar á flote al *Jequintinhonha*. El día 3 atracaron á su costado la *Mearin* y la *Araguary* y en el momento que empezaba el trabajo de salvamento la batería de Bruguez rompió el fuego, dirigida por él mismo, agujereando más el buque perdido y á los que iban en su socorro, sufriendo todavía algunas bajas los brasileños. Al fin tuvo que abandonarse este trabajo. Ninguno de los vapores paraguayos pudo utilizarse. Ante tal contraste, se imponía su completa destrucción, lo que se ejecutó por medio del fuego. En la noche del 11 fué abandonado el *Salto*: se iba á pique. El *Paraguary* quedó en poder

de una guarnición brasileña hasta el día 14, más, viendo que todo empeño era inútil para ponerlo á flote y poder conducirlo del mismo modo, fué incendiado el mismo día, sucediendo igual cosa con el *Marqués de Olinda* el 17.

Como justo galardón por tan decisiva victoria, el título de Barón de Amazonas cúpole al valiente almirante, y á la nave capitana la insignia de caballero de la orden del crucero: una medalla y otras recompensas bien merecidas se repartieron entre el personal de la armada, y pudieron muy bien las naciones aliadas felicitarse y enorgullecerse de tan hermoso triunfo que despejaba, en el primer momento de la guerra, la más temible incógnita.

En cuanto á López, recompensó con una medalla al 2º regimiento de artillería á caballo.



Antes de concluir este ligero relato de tan memorable batalla, transcribiremos algunos párrafos del ilustre escritor y valiente marino brasileño, el señor barón de Jaceguay, que figuran en la segunda parte de la obra titulada «Cuatro siglos de actividad marítima—Portugal y Brasil» [1]

(1) La segunda parte de esta obra que se refiere á la guerra del Paraguay está escrita por la brillante pluma de nuestro distinguido amigo el señor barón de Jaceguay, el intrépido comandante del *Barroso* en el audaz pasaje de Humaytá, cuyo hermoso talento

« El examen meditado de las consideraciones en que se empeñó la batalla naval del Riachuelo, deja á la crítica histórica desarmada para especular sobre la posibilidad de una victoria más completa, más decisiva, y aun podemos también decir, con mayor felicidad, que la que fué alcanzada por la escuadra brasileña bajo el mando del heroico Barroso en el memorable día del 11 de Junio de 1865.

« La victoria del Riachuelo fué una victoria completa; porque de la escuadra paraguaya, compuesta de 14 naves, solo 4 vapores consiguieron escapar por la fuga, y éstos casi totalmente desmantelados, y todavía, porque el vencedor quedó dueño del campo de batalla, ese campo de batalla que había sido escogido por los paraguayos. Técnicamente fué una victoria decisiva; porque todo el poder naval del Paraguay quedó completamente aniquilado en aquella memorable jornada; y fué una victoria feliz, porque aun en la hipótesis de haber Barroso empeñado la acción con mayor circunspección de la que él empleó en esta circunstancia, concertando previamente con sus comandantes un plan de ataque, el desastre de la varadura de *Jequintinhonka*

---

de escritor está á la par con su notable foja de servicios. Jamás la gloria brasileña ha sido descripta con mayor verdad y esta verdad no da lugar á duda alguna; porque lleva el sello de la imparcialidad, que es lo que le da mayor realce en razón de que la historia, para que sea historia, es necesario que se aleje de la leyenda y de la pasión. Es por eso que Thiers, con su portentoso talento, no pudo hacer de Napoleón un Dios, todo el mundo desconfía de su infalibilidad, y la crítica razonada hizo del capitán del siglo el primer genio de la guerra de todos tiempos; pero con todos los errores y debilidades del ser humano.

pudo haberle acaecido á tres ó cuatro de nuestros navíos de mayor calado y con las mismas funestas consecuencias.

« En efecto, nada más factible que semejante accidente en un canal estrecho, sinuoso y correntoso en que se batían 23 naves, de las cuales 17 en movimiento continuo, todas ellas presentando sus aparejos motores, los de propulsión, y los de gobierno más ó menos expuestos á los proyectiles de la artillería enemiga y nuestros buques teniendo que ser piloteados, en sus evoluciones, por prácticos extranjeros que, en su mayor parte, por primera vez entraban en fuego. (1)

« Situación idéntica fué aquella á la que se encontró Nelson al penetrar al Canal del Sund por el cual iba á emprender su arrojada acometida contra Copenhague: situación que él describe del modo siguiente: « En el Sund experimenté la desgracia de tener que confiar la honra de nuestro país á prácticos que no tenían otro pensamiento sino el de apartar los buques del peligro y economizar sus pequeñas cabezas de las balas ».

« A las 8 de la mañana (momento en que la escuadra inglesa se puso en movimiento) del 2 de Abril, ninguno de los prácticos quiso encargarse de pilotear las naves».

« Felizmente, esto no aconteció en el Riachuelo; todo lo contrario, los prácticos á nuestro servicio portáronse

---

(1) Esto no reza con los prácticos argentinos que, á más de ser aliados, su comportación durante el combate fué brillante, sucumbiendo Andrés Motta, firme en su puesto.

con coraje, y allí, uno de ellos, el correntino Andrés Motta, murió como un bravo en el puente del *Jequintinhonha,* encallado, según la tradición, por haber sido despreciadas sus advertencias. Bernardino Guastavino, otro correntino y práctico del *Amazonas,* mereció que el almirante Barroso, en el parte oficial de la batalla, le diera el calificativo de *Rey de los prácticos,* sustituído en la copia dada á la imprenta por el eufemismo *Jefe de los prácticos* ».

Hermoso, por demás, es este juicio histórico que se hace con justicia de los vaqueanos argentinos, debido al ilustre escritor que más en honra y gloria ha elevado á la escuadra brasileña en la guerra del Paraguay.



El almirante Mesa, al no cumplir al pie de la letra el plan de López, creemos que obró perfectamente, provocando á la escuadra brasileña á que lo siguiera al pie de la batería del Barranco, y obligándola á batirse en el estrecho y sinuoso canal donde los buques paraguayos, con menos calado, podían maniobrar con más amplitud.

Las probabilidades de éxito, siguiendo el plan de López, eran excepcionales, como por ejemplo la varadura de los buques brasileños; de otro modo, la proa del *Amazonas* hubiera decidido de la jornada, porque al poner en ejecución la escuadra paraguaya las disposiciones del dictador, no pudiendo llevarlas á cabo, aco-

metiendo al abordaje, aguas abajo, habría tenido siempre tiempo la armada imperial, mientras bajaban y volvían á subir las naves enemigas, de apercibirse á la lucha.

La habilidad del almirante Mesa es de haber atraído á la escuadra enemiga á una emboscada preparada de antemano con el mayor sigilo. Estos golpes de astucia los hemos de ver muy frecuentes en la guerra del Paraguay.

En cuanto á la escuadra imperial, no hemos encontrado nada que nos diga sobre su servicio avanzado de exploración y vigilancia, y sólo notamos que un centinela perteneciente á uno de los buques de la escuadra anunció la aproximación del enemigo; si esto fuera así, demuestra un gran descuido en ese servicio, pues ha debido tener buques destacados en observación, á tal distancia, que en un caso análogo advirtieran la presencia del adversario, y antes de su arribo se tuviera el suficiente tiempo para prepararse á recibirlo. Para esto hay mil medios conocidos cuya repetición en los escalones de vigilancia pueden hacer llegar el aviso á una gran distancia, ya sea por los semáforos, señales ó el cañón.

En nuestra opinión, el almirante Barroso nunca debió haber aceptado el combate en un canal tan estrecho y de poco fondo, pues á no ser por el *Amazonas,* tal vez la victoria pudo habérsele escapado. En aquel lugar más temible que el enemigo, amenazaban las vara-

duras, y ya que aceptó el combate, creemos que debió haber sido precedido de mayor preparación, de modo de hacer funcionar debidamente su artillería á mayor distancia, sacando todas las ventajas posibles de su superioridad en apuntadores y cañones.

Pero hay que convenir, para honra de Barroso y de su espíritu belicoso, que la victoria del Riachuelo fué obra suya, exclusivamente suya. Ningún consejo de guerra la precedió, todas sus disposiciones preliminares están escritas con señales imperecederas en su orden general del día 11 de Junio de 1865 y en la proa del *Amazonas*.



Durante la batalla, López había oído bien distintamente el cañoneo desde Humaytá y su corazón anhelante esperaba con impaciencia el desenlace de tan sangrienta tragedia.

Aquella larga y fatal noche de espera, en que sus ojos no se cerraron al sueño, pasó al fin, y al amanecer dos guardacostas le anunciaron que se avistaban vapores; pero que no podían distinguir si eran brasileños ó paraguayos. Cundió la alarma; mas al despuntar el sol se vió primero al *Iberá* que venía remolcado y á alguna distancia más, á retaguardia, á los otros vapores.

Espectáculo bien triste presentaba aquella escuadra desmantelada, con sus piezas desmontadas y anchos

rumbos en sus cascos, era aquello una ruina fluvial que se movía buscando el cielo de la patria, y pudo muy bien decir el almirante paraguayo, que *todo se había perdido menos el honor*. Ante la historia, la gloria de los paraguayos quedó incólume; y el anciano Mesa, al desembarcar, casi moribundo, recibió por única salutación, del terrible dictador, la amenaza de fusilarle por cobarde, y ante semejante afrenta el marino pundonoroso no pudo sobrevivir á su glorioso desastre: fué aquella inmolación última el triste epílogo de ese acontecimiento sangriento, en que estuvo por un momento indecisa, la seguridad de los puertos de los pueblos de la alianza.



Mientras la escuadra brasileña, después del combate, reparaba sus averías un poco más al Sur de la isla Cabral, Robles pretendía sacar ventaja de aquella situación interceptando su línea de operaciones y de comunicación, encerrándola al Norte y al Sur con dos formidables baterías.

Para llevar á cabo este plan, quedó en el Riachuelo el teniente coronel Bruguez con el 2º regimiento de artillería á caballo, y el mayor Aquino con el 36 de infantería, de que era jefe, y otros cinco batallones. Más abajo, próximo á Bella Vista, en Mercedes, estableció Robles una batería protegida por los batallones 20, 21 y 23, un escuadrón del 2º de artillería con el capitán Roa.

Estas fueron las primeras posiciones que tomó Robles, con el objeto de bloquear á la escuadra vencedora, haciendo hasta cierto punto inútil todo el poder de la armada aliada. Así pues, se encontraba en la imposibilidad de hacer el bloqueo de los puertos paraguayos y de hostilizar al ejército enemigo que impunemente arrasaba la provincia de Corrientes; y lo peor de todo, es que no había otra cosa que hacer, porque mientras no iniciase operaciones el ejército aliado sobre el ejército de Robles, las cosas tendrían que estar como estaban.

Al tener conocimiento el almirante Barroso de esta emboscada fluvial, y además, no deseando quedar inmóvil por la bajante del río, resolvió cambiar de posición y descender hacia el Sur á tomar otro fondeadero donde estuviera menos expuesto á ser hostilizado.

Resuelto á forzar el pasaje de Mercedes, el 18 de Junio, á las 11 a. m., lo ejecutó, pasando la escuadra brasileña por aquel volcán de fuego sin sufrir pérdidas de consideración.

La famosa batería era dirigida personalmente por Robles y Roa, pero se les escapó el objetivo casi ileso, salvo la lamentable pérdida del bizarro jefe de la *Beteribe,* el comandante Santa Ana, que tan brillante comportación había demostrado en el Riachuelo.

Habiendo salvado este obstáculo, la armada imperial se dirigió al Rincón de Zeballos, donde echó anclas, y más tarde cambió posición, fondeando en el Chimboral.

Lo incómodo para la escuadra brasileña surgía en este choque continuo con este enemigo encubierto que á cada momento le presentaba una estruendosa emboscada, y con el cual los resultados del combate eran efímeros, pues no valía la pena de perder un buque en cambio de desmontar unos cuantos viejos cañones de campaña y de posición y dar muerte á otros tantos artilleros. Así que sintiendo su situación difícil, el almirante Barroso, bien aconsejado por la prudencia, retrocedía cuando se presentaban esos casos.

Robles, que proseguía por su propia iniciativa ó cumplía disposiciones de López, ordenó á Bruguez que se trasladara á Cuevas, y en la parte que enfrenta á lo más estrecho y tortuoso del canal, estableciera una batería de 30 piezas de artillería de calibre de 6, 9, 18 y 32, y rayadas de 12 y 21, algunas coheteras á la Congreve y como 3000 soldados de infantería, mandados por Aquino y Venancio Ortiz, los que esparcidos á lo largo de las barrancas, tratarían de hostilizar los artilleros y tripulaciones que estuvieran sobre la cubierta de los buques.

Para llevar á cabo, con mayor acierto, este plan, el teniente coronel Bruguez tomó las disposiciones siguientes: dividió su artillería en varias baterías, formando gradas de diversas plataformas, ó mejor dicho, explanadas de batería que pudieran desde arriba y desde abajo, hostilizar el pasaje de las naves imperiales. En la primera explanada, á flor de agua, funcionaban 4 cañones: en la segunda, que estaba en una posición un poco más elevada, 14, y en la tercera y cuarta 12 de

grueso calibre, equidistantes unas piezas de otras, de manera que podía muy bien decirse, que eran diferentes explanadas; además, agregando á esto el fuego certero de los infantes y el de algunas coheteras á la Congreve, era de esperar que ante tan periciales disposiciones debía la escuadra imperial sufrir serias pérdidas.

Mientras que se preparaba en el sigilo de la asechanza el escenario mortífero de esta rápida tragedia, á fines de Julio se reunió á la escuadra el transporte *Apa,* conduciendo el 14º batallón de voluntarios de Cachoeira (Bahía), y algunos días después arribó el buque de guerra argentino *Guardia Nacional* con el almirante Murature á bordo.

En este intervalo avanzó el ejército paraguayo, ocupando á Bella Vista, que está un poco más al Sur del Chimboral.

A pesar de esta circunstancia, el almirante Barroso no cambió de fondeadero por tener órdenes terminantes de Tamandaré de permanecer allí, sin antes ponerlo al corriente de lo que pasaba.

Sintiendo el almirante Tamandaré la grave situación de sus naves, que cada día se exponían á un mayor peligro, por estar continuamente bloqueadas, y amenazadas en sus diversas posiciones de ser flanqueadas por adversas baterías que sucesivamente iban aumentando en calibre, en alcance, y en número, presentándose sin control bélico el enemigo que tenía la libertad

de elección de lugares más estratégicos para combatir el pasaje de su armada, que no solamente era hostilizada por los cañones, sino por los mejores rifleros del ejército paraguayo, ordenó su descenso más abajo de Cuevas, en previsión de que podía ser fortificado ese punto, por presentarse allí el canal tortuoso y estrecho, como altas las barrancas que orlan el río.

La nota que contenía esta disposición llegó á la escuadra el 8 de Agosto á la noche, y sin más tardar salió el 10 el almirante Barroso del Chimboral.

Mas, generosamente conmovido, al ver en el más triste desamparo, en el Chaco, á un gran número de familias argentinas emigradas de Bella Vista, se detuvo el 11, á pedido de ellas, para poder ampararlas en su embarque, pues se encontraban desoladas y á merced de los paraguayos, cuyas partidas se avistaban en la costa opuesta.

Por este conducto pudo tener noticia el almirante brasileño de que Cuevas estaba fortificado; y con el fin de comprobar este aviso, envió un bote que siguió por un arroyo que internándose en lo interior de la costa, va á salir debajo de las barrancas de Cuevas. El vapor *Igurey* navegaba á su retaguardia, y tanto el uno como el otro pudieron observar los puntos fortificados que hábilmente los paraguayos ocupaban.

Plenamente convencido el almirante Barroso del gran obstáculo que encontraría su escuadra en el es-

trecho paso de Cuevas, determinó, sin vacilar, forzarlo al momento. Y el día 12 á las 9 y 3 cuartos de la mañana, izó anclas y navegó aguas abajo.

La cañonera *Ivahy*, que había tomado la cabeza de la columna, mientras los otros navíos demoraban un tanto al virar á causa de la estrechez del canal y entraban en línea bizarramente, se aproximó á la mortífera barranca y rompió el fuego. El astuto contendor, deseando ocultar su verdadero poder para mejor oportunidad, respondió lentamente. En esta circunstancia, toda la escuadra había ya entrado en línea.

Se dió la orden, entonces, de ponerse á cubierto guarniciones y tripulaciones, y de pasar á toda máquina.

A la señal del *Amazonas*, la *Ivahy* y la *Itajaty* forzaron el paso seguidas de toda la escuadra.

Este era el mayor peligro que se presentaba después de la batalla del Riachuelo.

Los 30 cañones de Bruguez, las coheteras incendiarias y los 3000 soldados de Aquino y Venancio Ortiz, rompieron un fuego aproximado, intenso y sostenido con un estampido continuado y un choque seco, rápido, de balas de grueso calibre sobre los costados de babor de los buques de madera de los aliados.

Las naves brasileñas y el *Guardia Nacional* contestaron bizarramente, y la lucha de parte á parte fué encarnizada y rápida.

A pesar de navegar los buques á toda fuerza de máquina, siempre permanecieron cada uno veinticinco ó treinta minutos expuestos á los fuegos combinados de la formidable posición, descollando por su insignificancia, como buque de guerra y por su bizarra apostura, el *Guardia Nacional,* nave argentina que por primera vez en esta guerra entraba en el infernal concierto, y pagaba su tributo de preciosa sangre, demostrando que los corazones de la alianza eran corazones de leones.

El almirante argentino, el inolvidable Murature, sobre el puente se le ve en su puesto de honra y de peligro, cuando una bala de fusil hiere al subteniente Urtubey, que esta á su lado, otra da muerte á un timonel y sucesivamente son puestos fuera de combate tres que se reemplazan próximos al almirante, á quien la fortuna lo reserva para que en vida goce de su preclaro nombre; entonces él mismo empuña el roto gobernalle; pero es imposible oir las indicaciones del práctico, á causa del estruendo del combate.

Las escenas que se desarrollan en medio de aquella lluvia de balas son terribles; y alguna realza un tinte bárbaro de grandeza militar que oprime el pecho. En el alcázar de popa hiere mortalmente una bala de cañón á su ayudante el joven guardiamarina Ferrer; y más allá, aquel intrépido coronel Py que era inconmovible como un bloque de granito, siente mojarse en lágrimas sus ojos de leopardo, cuando cae entre sus brazos herido de muerte por otro proyectil de ar-

tillería, su único hijo, su único amor, un niño hirviente de entusiasmo y robusto de vida: el guardiamarina Enrique Py. Ese desgraciado padre, sacando convulso de su alma de soldado una fuerza moral colosal, inmensa, grandiosa, bárbara, continúa, al parecer, impasible en el puesto frío del deber, demostrando el mayor de los heroísmos, demostrando que es exacto cuando dice Alfredo de Vigny: « Yo no conozco nada más grande que el corazón del soldado ».

¡Ah! aquel cuadro terrible de grandeza militar debió rememorar con amarga pena al anciano almirante argentino la horrorosa tragedia que en otro tiempo había enlutado su sano corazón; debió recordarle aquel cuadro bárbaro, sin nombre, en que él resbalaba en la tibia sangre de su inolvidable hijo, el valeroso Alejandro, y caía sobre la cubierta de la nave capitana, salvado así de la descarga de los viles asesinos por este terrible accidente...

Los brasileños, justos apreciadores del mérito, en ese momento no pudieron menos de tributar elogios al microscópico buque argentino, improvisado en petulante nave de guerra, que se batía con la arrogancia de un gigante; aquí también podríamos decir: no hay que mirar el despreciado marco cuando la tela es eximia.

El almirante Murature, dice en su parte: « Hemos sufrido, en nuestro puesto, tres cuartos de hora de fuego á un cuarto de fuerza », debió agregar: y á muy corta distancia.

Es decir, soportó ese cascajo argentino, durante ese tiempo, el fuego de treinta cañones, el de 3000 fusiles y el de algunas coheteras á la Congreve, contestando sólo con 6 piezas de babor. Si este acto no fuera heroico, lo consideraríamos como insensato.

Fueron tan numerosos los impactos en los buques, que sólo el *Amazonas* recibió 40 balas y el *Guardia Nacional* 26, por haberse detenido un momento, no sabemos porqué causa; los demás navíos se encontraron en igual caso, tanto que, según el ilustre Paranhos, puede calcularse que cada nave sufrió una bala de cañón por minuto.

Así pasó la escuadra aliada con naval gallardía, incontestable, y sus pérdidas alcanzaron: los brasileños 21 muertos, 38 heridos. Los argentinos 2 guardiamarinas, 2 de tropa muertos y heridos 1 oficial y 9 de tropa.

Durante el combate la infantería paraguaya y aun la artillería ligera se corrió por los barrancos, y así fué hostilizando á la escuadra aliada hasta cierta distancia.

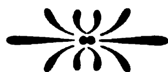
Después de esta acción obligada, la escuadra fué á fondear en el Rincón de Soto, un poco más arriba de Goya. Lugar es este formado por una lonja de tierra que está comprendida entre la margen izquierda del Paraná y el río Santa Lucía.

Los gobiernos aliados aprobaron esta disposición de Tamandaré.

Desde este momento, puede decirse, desaparece momentáneamente la importancia de la escuadra sobre el Paraná: en las regiones ocupadas por el enemigo; se ve, pues, obligada por esta circunstancia, á permanecer en inacción hasta que más tarde coopera eficazmente al avance del ejército aliado sobre el Paso de la Patria.

Estos movimientos retrógrados de la escuadra aliada causaron muy mal efecto en la parte patriotera de los pueblos de la alianza, es decir, en la masa ignorante que no va á la guerra, y exige á cada momento audacias sin criterio y milagrosas victorias. La escuadra aliada hizo lo que militarmente debía hacer. Un río no es un mar.

Ahora volveremos atrás, pues es tiempo que nos ocupemos de la reconcentración de los ejércitos aliados en Concordia y de las operaciones sobre el Uruguay.





Yatay

CAPÍTULO VIII

Organización del 1er. cuerpo de ejército argentino en el campamento de Paso Platero—Personal selecto de que se compone—Reconcentración estratégica del ejército aliado sobre Concordia—Su constitución militar—Organización del cuerpo de tropas que al mando del general Flores debe marchar contra Estigarribia—El general Urquiza y la sublevación de Basualdo—Reconcentración de tropas paraguayas en Villa Encarnación—Organización del ejército paraguayo destinado á Río Grande—Primer campamento sobre el arroyo de Pindapoi Grande—Invasión paraguaya sobre ambas márgenes del río Uruguay—Estigarribia por su propia iniciativa modifica el plan de López—Marcha sobre Santo Tomé—El ejército paraguayo ejecuta el pasaje frente á San Borja por el Paso del Hormiguero y por el Paso San Borja—Pequeña refriega con las tropas brasileñas—Toma de San Borja y saqueo *metódico* de ese pueblo según la expresión de Estigarribia—Documento original—Marcha sobre Ytaquí—Combate de Botuy—Valerosa comportación de los paraguayos—Saco de Ytaquí—Paso sin resistencia del Ybicuí y el Ymbahá—Entrada á Uruguayana, saqueo y depredaciones en esta villa—Marcha de Duarte sobre La Cruz—Arriba á Paso de los Libres y acampa al norte próximo al pueblo—Saqueo de este pueblo—Marcha concéntrica sobre Yatay de las dos columnas de Flores

y Paunero—Penosas jornadas—Junción en Santa Ana—Combates de la Vanguardia—Retirada de los paraguayos—Duarte viendo su terrible situación solicita de Estigarribia refuerzos—Estúpida contestación—Duarte se resuelve á dar la batalla en las más lamentables circunstancias que se pueda imaginar—Flores y Paunero lo atacan por el frente y por el flanco—La potente artillería de los aliados tiene que guardar silencio á causa del avance prematuro del coronel Pallejas—Disgusto del general Flores—Bizarra comportación de la caballería paraguaya, pero al fin es casi exterminada—Completa derrota de los paraguayos—Horrible carnicería—Resultado de la batalla—Observaciones.

Como hemos expuesto anteriormente, la división del general Paunero desembarcó el 27 de Mayo en la Esquina, aumentada con el escuadrón de artillería del teniente coronel Nelson, que se le había unido en el Rincón de Zeballos, el San Nicolás que desembarcaba en ese momento y el batallón 4 de infantería de línea que al mando del teniente coronel Fraga, se le había incorporado frente á Corrientes.

En los últimos días de Junio marcharon estas tropas al Paso Platero, sobre el río Corrientes, que está 5 k. 500 m. al norte de la caída del Paraná Miní y 32 k. 500 al mismo rumbo de la Esquina, y levantaron el real en el campo de García Zúñiga y la Sociedad; estableciéndose cómodamente las fuerzas en el espacio que mira al paso arriba inserto.

Allí se organizó el primer cuerpo de ejército que tan gloriosamente figuraría en la guerra del Paraguay.

Los cuerpos iban llegando sucesivamente, y algunos estuvieron expuestos á caer en poder del enemigo, á causa de no habérseles marcado de antemano un seguro itinerario, como sucedió con las fuerzas del coronel Arredondo, compuestas del 6 de infantería y del 1º de caballería de línea que viniendo de las fronteras de Mendoza y San Luis, desembarcaron en el Rincón de Soto el 1º de Julio, sin conocer la verdadera situación del enemigo, y al ejecutar la marcha sobre el Paso Platero fué con el peligro de tener al grueso del ejército enemigo á tres leguas de distancia, en Cuevas, cuya zona adversa de exploración se extendía hasta más allá del Río Santa Lucía.

Estaba tan desorientado el adversario que permitió esta difícil jornada [1] sobre uno de sus flancos, y pudo entonces el coronel Arredondo arribar sin tropiezo alguno, con sus tropas, al campamento de Paso Platero, en el momento en que nuestras conmemorativas salvas anunciaban el 9 de Julio.

Durante todo este mes quedó organizado el 1er cuerpo de ejército del modo siguiente:

Comandante, general Paunero; jefe de estado mamor y cuartel general, coronel Chenaut.
Jefe del detall, teniente coronel Gordillo.

---

(1) Esta marcha se encuentra en el archivo del autor perfectamente descripta por el coronel Campos, hoy teniente general, y por el que les llevó los caballos para el 1º de caballería, coronel hoy, Dr. Trifón Cárdenas.

1ª División, coronel Rivas.

1ª Brigada, teniente coronel Rosseti.

1º de Infantería de línea, mayor Basavilbaso.

Batallón San Nicolás, teniente coronel Boer, mayor Olleros.

2ª Brigada, teniente coronel Aldecoa.

3 de Infantería de línea, mayor Pagola.

Legión Militar: teniente coronel Charlone, mayor Lezica.

2ª División, coronel Arredondo.

1ª Brigada, teniente coronel Fraga.

Batallón 4 de infantería de línea, mayor Romero.

» 6 » » » D. Luis Mª Campos.

2ª Brigada, teniente coronel Orma.

Batallón 2º de infantería de línea, mayor Borges.

1º de Voluntarios, teniente coronel Giribone.

ARTILLERÍA

2º Escuadrón, mayor Joaquín Viejobueno.

3º » » Maldones.

4º » teniente coronel Nelson. Teniendo por segundo al mayor Yanci.

Este escuadrón era de Santa Fé, estaba formado por milicias.

El total de las piezas de los 3 escuadrones subían á 18 de campaña.

CABALLERÍA

1er Regimiento de caballería de línea, teniente coronel Segovia, mayor Catalán.

División de caballería correntina, general Madariaga.
1er Regimiento, coronel Paiba.
2o » » López.

El total de todas estas fuerzas alcanzaba á 4800 soldados en su mayor parte de línea (1), tropa aguerrida y mandada por excelentes oficiales, todos experimentados en la guerra.

Estas fuerzas así organizadas se preparaban á iniciar sus operaciones sobre el Uruguay, y durante el tiempo que permanecieron en el campamento de Paso Platero, lo emplearon con constancia suma, en perfeccionarse en la instrucción, robustecida siempre por el mejor espíritu y la más severa disciplina.

Mientras dejamos á Robles entregado á un sueño profundo, tal vez intencionadamente indolente, nos trasladaremos al campamento de Concordia, elegido punto de reunión para reconcentrar el grueso del ejército argentino de operaciones, la división oriental y el 1er cuerpo de ejército brasileño.



Una vez resuelta la reconcentración del ejército aliado en Concordia, acudieron los batallones argentinos, durante el mes de Junio, á la cita bélica.

(I) Más tarde se agregaron otras fuerzas entre las que figuraba 1 batallón correntino.

Las primeras tropas que allí se presentaron, fueron las que componían el 1er cuerpo de ejército brasileño á las órdenes del general Osorio, que desembarcaron en Concordia el 24 de Junio, continuando su pasaje hasta el 1º de Julio, y más tarde la 1ª y 2ª división miliciana de Buenos Aires, regimiento San Martín, 9 de infantería de línea, el batallón Santafecino, el Libertad y el 1er escuadrón de artillería de línea pertenecientes al ejército argentino.

Todas las fuerzas argentinas estaban á las órdenes del general Gelly y Obes.

La primer organización que se le dió á este núcleo de tropas, fué la de un cuerpo de ejército compuesto de tres divisiones: 1ª, 2ª y 3ª, mandadas por los coroneles Bustillo, Conesa y Vedia.

Más tarde, el 14 de Agosto, se dió más amplitud á esta organización, cuando se hizo reconocer como jefe de estado mayor general al ministro de guerra y marina, don Juan Andrés Gelly y Obes; es entonces que se formó una nueva división á las órdenes directas del referido general.

La 1ª brigada la formaban los batallones Santa Fe, 9 de infantería de línea, el 1er escuadrón de artillería, y un escuadrón del regimiento San Martín, á las órdenes del coronel don Julio de Vedia; y la 2ª los batallones 3º del 4º regimiento de guardias nacionales de la capital, Legión de voluntarios y el Libertad á las órdenes del coronel don Luis M. Agüero.

Estas brigadas, en la orden del día de la fecha arriba mencionada, se denominan provisionales, lo que quiere decir que son ordenaciones que á medida que aumentan las unidades toman nuevas formaciones.

A causa del continuo arribo al campamento argentino de otros batallones y escuadrones, se presentaba el caso de no poder aún dar al ejército una organización definitiva.

Todo esto tenía lugar por carecer la nación de una verdadera organización militar en tiempo de paz, con sus respectivos comandos y grandes unidades prontos á ponerse en campaña debidamente preparados con todo lo necesario.

Así, en vista de estas razones, no nos ocuparemos ya de estas contínuas modificaciones hasta la completa organización del ejército argentino que, en la orden general dada en la costa del Batel, el 15 de Noviembre de 1865, se hace conocer al ejército.

El 27 de Junio arribaban á Concordia las primeras tropas de la división oriental, compuesta de los batallones Florida, 24 de Abril, Voluntarios garibaldinos, el escuadrón Escolta y un escuadrón de artillería. Inmediatamente pasaron á acampar próximo á Concordia, sobre el Ayuí Chico.

Arrogantes tropas eran estas, mandadas por valerosos jefes, que una larga experiencia acreditaba como gallardos guías en los combates sucesivos.

Los campamentos aliados cada día se animaban con más brillante colorido; se veía claramente que la instrucción adelantaba por el empeño patriótico de aquellos hombres que habían de dar tantos días de gloria á sus respectivas naciones.

El frío era intenso en esa época, y los soldados brasileños del norte del Imperio eran los que más sufrían. La muerte desde el campamento de San Francisco y el Daymán, venía haciendo estragos en sus filas, y el general Osorio se multiplicaba para dar alivio y comodidad á sus enfermos.

En una nota de este ilustre general, fechada en Concordia el día 4 de Julio de 1865, al señor ministro de la guerra del Imperio le da cuenta de las grandes dificultades que ha tenido que superar y del estado epidémico de su ejército.

Mientras tanto, el generalísimo, que desde el 16 de Julio se encontraba en Concordia, observaba detenidamente el imprudente movimiento del ejército de Estigarribia, y cuando tuvo la certeza del fraccionamiento de sus fuerzas, poniendo al río Uruguay por medio, y que esa operación se diseñaba claramente por ambas márgenes de aquella vía fluvial, entonces, de acuerdo con el general Flores, Osorio y Tamandaré, trató de llevar á cabo la parte del plan de campaña que trataba de las operaciones sobre el Uruguay; como conocemos ya sus delineamientos generales, al juzgar por los hechos que han tenido lugar, suponemos que se han de llevar á cabo sus movimientos principales del modo siguiente:

1° El general Flores, con la división oriental, una brigada brasileña y el regimiento San Martín, marchará hacia Paso de los Libres, tomando la costa del Uruguay como línea de operaciones.

2° El general Paunero, desde su campamento de Paso Platero, marchará cubriéndose por el río Corrientes hasta cierta altura, y tomará entonces por línea de operaciones, ya sea la de Mercedes ó la de Curuzú-Cuatiá, según el caso de avance ó de retroceso de la columna paraguaya que viene sobre Paso de los Libres. Esta marcha se hará enmascarada por las fuerzas de Cáceres y Hornos que hostilizarán de cerca á las tropas avanzadas del ejército paraguayo del Paraná, para hacerle creer en lo posible, con esta recrudecencia de la ofensiva, que la vanguardia de la división Paunero toma la ofensiva.

3° Se hace indispensable, para llevar á cabo esta operación, que la columna del general Cáceres hostigue de cerca con todo su poder á las tropas paraguayas que se encuentran destacadas sobre el flanco izquierdo del ejército de Robles, y que las fuerzas del general Paunero vayan siempre cubiertas por la espesa cortina de caballería que á las órdenes del general Madariaga, ha de marchar conjuntamente con el 1er cuerpo de ejército argentino y que esta fuerza avanzada, con el mayor empeño, trate de vigilar y guardar á lo lejos los flancos, vanguardia y retaguardia, siempre á tal distancia, que pueda precaverse por el aviso oportuno que proporcione, de algún avance inesperado del enemigo.

4° Tanto la columna del general Flores como la del general Paunero tratarán de mantener sus comunicaciones por chasques y partidas, que al mismo tiempo que sean de comunicación, ejecuten exploraciones por los puntos de acceso del enemigo, para poder ejecutar con exactitud y sin riesgo la junción en el día y lugar señalado de antemano.

5° Como la distancia de Concordia al Paso de los Libres, por la línea de la costa, es casi la misma que la del Paso Platero á ese punto por la línea de Curuzú-Cuatiá, siendo un poco más distante, pero más viable si fuese por Mercedes, se supone que la reunión puede ejecutarse casi en la misma fecha, y que teniendo en vista que se opera en un país amigo, las comunicaciones no han de ser interrumpidas.

6° Como cooperación de gran valor se dispondrá que cuatro buques adecuados para la navegación del alto Uruguay, sigan el movimiento de la columna del general Flores, siempre que puedan remontar al Salto.

7° Estas maniobras tendrán por base principal de operaciones á Concordia, donde permanecerá en expectativa el grueso del ejército aliado, pronto á cooperar á cualquier operación que sobrevenga, manteniendo constantemente la comunicación con las fuerzas en operaciones por tierra y por agua.

A nuestro entender, teniendo en vista los acontecimientos que dan margen á este relato, estos son los

puntos principales del plan de operaciones sobre la columna de Estigarribia.

Se ha dicho que fué una imprudencia esa operación circunscripta á la marcha estratégica de Flores y Paunero, formando un triángulo cuyo vértice fué Yatay.

Pues bien, no hubo tal error. Primero, porque la columna de Paunero, alejándose del ejército paraguayo del Paraná, que se encontraba sobre Bella Vista cubierto por el río Santa Lucía, estaba fuera de peligro, no solamente por la distancia que mediaba entre los dos adversarios, sino por los obstáculos naturales que retardarían la persecución, si hubiese tenido lugar, como son los ríos Santa Lucía y Corrientes, y otros que ya habían sido salvados por el primer cuerpo de ejército argentino, y podría muy bien decirse que antes, cuando esta fuerza se encontraba más próxima al adversario, tampoco estuvo en riesgo, porque siempre se mantuvo perfectamente sostenido por la escuadra brasileña que constituía su sólido punto de apoyo, su verdadera base de operaciones, que muy acertadamente podría denominarse sucesiva por su fácil movilidad, y los aprovisionamientos de toda especie que proporcionaba el territorio amigo. Segundo, en el caso de que Duarte tratara, de acuerdo con Robles, de interponerse entre Flores y Paunero para batir á este último, hubiera sido vencido mucho antes que Robles lo protegiera, y aun suponiendo la emergencia de que Robles hubiese marchado antes que Paunero sobre el río Uruguay, éste podría haber tomado la línea de operaciones de

Monte Caseros ú otra más segura al sudeste, según las circunstancias, y reuniéndose al grueso del ejército aliado que avisado, indudablemente, marcharía por la costa en auxilio de Flores, quien, también prevenido á tiempo, detendría su marcha ó retrocedería, según el caso, con el propósito de efectuar su junción con el ejército de Concordia que avanzaba en ese sentido y Robles y Duarte hubieran sido batidos irremediablemente, porque en este tiempo el ejército aliado en Concordia ya era respetable. Además, cualquiera de las dos divisiones aliadas eran superiores á las de Duarte, no sólo en número, sino en artillería, que este no tenía ninguna.

Es claro que el caso hubiera sido otro si el Mariscal López hubiera invadido la provincia de Corrientes con todas las fuerzas disponibles del Paraguay, preparadas con algunos años de anticipación. En los primeros tiempo de la invasión nadie le hubiera resistido y habría podido dominar completamente á la provincia de Corrientes, la de Entre Ríos y pasar en seguida de Río Grande á revolucionar al Estado Oriental.

En cuanto á Estigarribia, suponiendo el caso primeramente expuesto con sus 8000 hombres extenuados, le hubiera sido muy difícil moverse de la Uruguayana; porque ya en ese tiempo había una fuerte masa de tropa brasileña que bastaba para entretenerlo; y una vez que intentó salir de aquella plaza tuvo que encerrarse de nuevo.

Por otra parte, dominada la campaña por las tropas correntinas, los aliados conocían diariamente los movimientos que ejecutaba el enemigo por más grande que fuera la distancia, distancia que para salvarla el adversario tenía que superar grandes dificultades, sobre todo por falta de datos y caballos.

Quítesele cierta audacia á las operaciones y estamos seguros que nunca tendrían éxito si fueran ofensivas. Es esa iniciativa sublime de los Alejandro, Aníbal, de los Napoleón y de los San Martín, que una vez que han calculado bien su plan de campaña, se lanzan como un rayo á ponerlo en práctica.

Las líneas de operaciones de los generales Flores y Paunero fueron las únicas que se pudieron escoger en un país en que son enormes las distancias, grandes los obstáculos y en el que la escuela de la exploración se hace por instinto de indio y llega á lo eximio, á lo misterioso.

Siendo el frente de operaciones del enemigo desde el Paraná hasta el Uruguay, para maniobrar sobre uno de sus extremos, derecha ó izquierda, era necesario recorrerla en toda su extensión, ya yendo Paunero sobre Estigarribia, ya marchando el ejército aliado sobre el ejército paraguayo del Paraná, que se escabullirá más tarde por su extrema derecha: el Paso de la Patria.

Para ejecutar esta maniobra había sido necesario seguir múltiples líneas de operaciones algunas de 400 y 500 kilómetros de extensión.

Estas vías estratégicas fueron perfectamente elegidas, no había otras más á propósito y llenaban por el momento su objeto presentando dos condiciones principales, abundancia en pastos, víveres y seguridad; aunque deficiente en parte en la viabilidad por estar una gran extensión del terreno encharcado y la abundancia de arroyos y ríos que tuvo el ejército aliado que salvar.

Lo que se acada de leer respecto á las operaciones estratégicas que tuvieron lugar en el terreno comprendido entre los ríos Corrientes y Uruguay; y aun las suposiciones que se hacen respecto á cosas eventuales, están basadas en cálculos y estudios hechos sobre planos exactísimos y en los brillantes resultados de aquellas eximias operaciones. En cuanto á los casos que se suponen que pudieron presentarse, sabemos perfectamente que nada es absoluto en la guerra, y que la mejor disposición puede ser cambiada en contratiempo por una causa extraordinaria.



El día 15 de Julio el ejército brasileño cambió de campo, abandonando el Ayuí Chico y pasando en dos días el arroyo Yuquerí sobre un puente de balsas construído por el distinguido ingeniero y teniente coronel Carvallo, y acampó sobre la margen izquierda de esa corriente de agua.

Pronto á partir el general Flores, le dijo el general Mitre: « V. E. va á maniobrar con un hermoso ejér-

cito de 9500 hombres, cuyos cuerpos casi todos son de línea y 24 piezas; su potente artillería, (1) mi general, dará cuenta de los imprudentes paraguayos que por ambas márgenes del Uruguay se atreven á desafiar el poder de la alianza. Una vez que se le haya reunido Paunero, podrá fácilmente batir en detalle á las dos columnas enemigas».

El general Flores, con su habitual penetración, le contestó completamente de acuerdo; pues creía, como el general Mitre, que á sus baterías nada resistiría y que sería una victoria conquistada sin sangre.

Hacemos esta cita, porque es necesario que se conozca cual era la idea primordial que por parte del general Flores dominaría en la batalla que él va á dirigir, porque nunca será el responsable de lo que tendrá lugar en Yatay.

Amaneció el 18 de Julio de 1865 y fué elegido este día como buen augurio para iniciar la marcha. Una salva de 21 cañonazos anunció espléndidamente el glorioso aniversario patrio de los orientales.

A las 8 $^1/_2$ a. m. se puso en marcha la división aliada y á poco andar se detuvo y formó en batalla sobre lo alto de una cuchilla próxima al campamento. Algún tiempo después se presentó el general Mitre, y dirigién-

---

(I) Se refiere el general Mitre á toda la artillería (Paunero y Flores).

dose á esos rudos veteranos, les habló en el idioma de los héroes, recordándoles glorias y hazañas, y mostrándoles el camino ineludible de la posteridad.

Refiriéndose el ilustre coronel Pallejas á la elocuencia militar del general Mitre, dice: «Aquella calma inalterable de su carácter va templándose con el fuego de sus palabras por grados y á lo último se eleva á lo sublime y arrebata con sus discursos».

Después de esa hermosa escena partió el general Flores con la división oriental, á la cual le fué agregada, dos días después, la brigada brasileña y el regimiento San Martín. Toda esta fuerza estaba organizada del modo siguiente:

BRIGADA DE INFANTERÍA ORIENTAL

Pallejas	Batallón Florida: Teniente coronel graduado Castro.	1450 plazas.
	Batallón 24 de Abril: Mayor don M. González.	
	Voluntarios de la Libertad: Coronel Bustamante.	
	16 de Voluntarios de la Patria: Coronel Fidelis.	

BRIGADA DE INFANTERÍA BRASILEÑA

Coelho Kelly	Voluntarios Garibaldinos: Mayor Grupi.	1200 plazas.
	5° de línea: Camsao.	
	7° de línea: Comandante Silva Pedra.	
	3 Voluntarios de la Patria: Comandante Rocha Galvao.	

Regimiento de caballería argentina San Martín, 450 plazas, coronel García; mayor Revilla.

2° Escuadrón de artillería ligera 140 plazas, mayor Yanci, con 8 piezas.

2ª Brigada de caballería y la escolta del general Flores 1100 plazas.

Los generales Goyo Suárez y Enrique Castro mandaban la caballería.

El coronel Nicasio Borges la artillería y el coronel Palleja la infantería.

En resumen, esta división se componía de 2440 orientales, 1450 brasileños y 450 argentinos, que hacen un total de 4340 plazas. (1)

La línea de operaciones que tendrá que seguir el general Flores, desde Concordia hasta Paso de los Libres, será: Federación, Monte Caseros, Paso de los Libres, pasando los ríos Mandisoví, Mocoretá, Miriñay y como

(1) Según una detallada exposición que guardamos como un hermoso autógrafo en nuestro archivo perteneciente al doctor don Julio Herrera y Obes, la división oriental alcanzaba á 5680 hombres, descompuesta así: artillería 14 piezas 125 plazas, — infantería 8 batallones 2600 plazas, — caballería 11 regimientos de G. N. y el regimiento escolta 3000 plazas,
Hemos seguido el diario del coronel Pallejas donde presenta estados de la fuerza que actuó en esta campaña, en los cuales, indudablemente, figurarían los pequeños contingentes que en el transcurso de la marcha se incorporaron al grueso de la división oriental.

15 arroyos de menor volumen de agua y multitud de bañados.

Mucha parte de este terreno estaba encharcado por el desborde de los ríos y arroyos; y su extensión, desde el punto inicial hasta la última etapa, alcanzaba á 215 kilómetros, por un camino detestable, lleno de obstáculos y bajo un cielo inclemente.

Mientras dejamos á nuestros aliados recorriendo este trayecto, volvamos á la columna del general Paunero que en seguida, con algunos días de diferencia, se pone en marcha dirigiéndose por la margen izquierda del río Corrientes, hacia el N. E., hasta el Paso de los Mellizos, contramarcha bruscamente á la derecha y toma definitivamente la línea estratégica de Mercedes, río Miriñay y Paso de los Libres.

El avance hasta el Paso de los Mellizos se explica por dos razones: la primera, para hacer creer al enemigo que ha sentado su real en Bella Vista, que se maniobra sobre su flanco izquierdo; y la segunda, para demostrar apoyo á la vanguardia de Cáceres que demuestra dar un golpe á una fuerza de 6000 paraguayos que ha extendido su zona de acción en el terreno comprendido entre los ríos Santa Lucía y Corrientes, á la altura de Lavalle y arroyo Ambrosio, con el objeto de llevar á cabo la más terrible devastación en que todo se destruye y nada se respeta.

★

Mientras tanto el general Urquiza reunía en Basualdo los contingentes con que formaría el cuerpo de ejército que él debía de mandar en campaña contra el Paraguay y con el fin de tener una conferencia con el general Mitre abandonó su campamento el 3 de Julio y se dirigió á Concordia.

A poco de haber abandonado su real, se sublevaron la mayor parte de los contingentes entrerrianos; entonces el vencedor de Caseros se volvió y se vió obligado á licenciar los cuerpos que habían permanecido fieles.

Este triste acontecimiento dió pábulo á la creencia de que había sido instigado por el mismo general; pero conociéndose su patriotismo jamás hemos podido alojar por un momento en nuestro espíritu la duda. La sublevación de Basualdo y más tarde la de Toledo fué obra del localismo entrerriano, pero esto se hizo en tiempo en que el general estaba muy lejos de ser aquel que sostuvo en otra época la más dura severidad en el mantenimiento de la disciplina.

La conferencia tuvo lugar más tarde el 24 de Julio con el general Mitre, el que aprobó en todas sus partes las disposiciones del general Urquiza, quien le prometió una nueva reunión de contingentes en Toledo.

El 24 de Julio fué invitado á una revista que tuvo lugar en su honor, la que fué pasada por el general Osorio, Mitre y él. En esta fiesta formó todo el 1er cuer-

po de ejército brasileño y podíamos también decir casi el 2º argentino.

Por parte de los brasileños se ordenaron en batalla 7143 plazas de infantería, 1412 de caballería y 729 de artillería con 20 piezas de calibre 4 y 12 La Hite, al mando de Osorio y Sampayo.

Los argentinos presentaron 13 batallones de infantería, 1 regimiento de caballería y 1 escuadrón de artillería con 8 piezas con un total de 6000 hombres.

Todas estas tropas que formaban un total de 15.289 hombres, estaban prontos á entrar en campaña y con un magnífico espíritu.

A la vista de los generales maniobraron correctamente y demostraron el empeño con que tan rápidamente se había instruído el ejército aliado.

De manera que en esa fecha presentaba en esa campaña de Corrientes las siguientes fuerzas:

En Concordia............	15.289	hombres
Con Flores..............	4.500	»
Con Paunero.............	4.500	»
Total..............	24.284	hombres (1)

(1) En este total están incluídos los enfermos que no formaron en la revista del 24 de Julio, que tuvo lugar en Concordia, sin contar los que quedaron en el hospital del Salto que alcanzaban á 100 enfermos. Ahora también habría que aumentar los 8000 hombres de Canavarro y del Barón de Jacuy en la Uruguayana y las tropas de Cáceres, Reguera, Hornos, Paiva, etc. y los de la escuadra cuyo estado lo presentaremos más adelante, y las que venían en marcha.

Este ejército, como ya se había visto, ocupa por cuerpos separados los vértices del triángulo estratégico, cuyo vértice norte será Yatay.

Ahora ya es tiempo que, volviendo atrás, nos ocupemos desde el principio de la expedición de Estigarribia, tan fatalmente lanzado en una aventura tan peligrosa y tan descabellada.



Aun antes de declarar la guerra al Brasil, ya entraba en el plan del general López la invasión á Río Grande, y en consecuencia, iba preparando los elementos con que llevaría á cabo esta empresa.

Cuando creyó llegada la oportunidad de hacer efectiva la reconcentración en Villa Encarnación, de las tropas adiestradas en distintos puntos y destinadas á esta empresa, ordenó el 15 de Abril de 1864 al sargento mayor don Pedro Duarte que se trasladase á aquel lugar y organizase un ejército de las tres armas, fuerte de 12.500 hombres, ejecutando con este objeto, el reclutamiento en los departamentos del tránsito, tales como *San Cosme, Bobi, San Pedro, El Paraná, Del Carmen, Encarnación, Jesús* y *Trinidad.*

El 4 de Mayo era la fecha designada para la presentación de los reclutas en las filas, y puede muy bien decirse que sin faltar uno, todos acudieron puntualmente á aquel centro de reunión.

Dado el temperamento sumiso del soldado paraguayo y la disciplina ingénita que lo sostenía, pudo verse en algunos meses perfectamente organizado un núcleo de soldados disciplinados é instruídos; tanto, que era creencia general en el Paraguay que el ejército del Uruguay se componía de una parte de las mejores tropas que López lanzó á la lucha.

Ya en pie de guerra las unidades de este ejército, creyó López que había llegado el momento de hacer maniobrar á su dilatada izquierda, pues que á su derecha le encargaba la misión de posesionarse del sector norte de la provincia de Corrientes que está al oeste del Iberá, y adueñarse de su capital, como la primera maniobra de avance hacia su objetivo.

En consecuencia, ordenó al mayor Duarte, el 16 de Enero de 1865, que pasara el Paraná por Campichuelo con todo su ejército y, eligiendo un buen campo sobre la margen izquierda del arroyo Pindapoy Grande, estableciera su campamento y esperara allí órdenes.

El arroyo Pindapoy Grande es un afluente del Alto Paraná; está cerca de la Candelaria y nace próximo al cerro San José de un arroyo que lleva el mismo nombre.

Este cerro es uno de los que forma la cadena que se denomina la Sierra del Imán, y se desliza aquella corriente de agua entre isletas de bosques por un terreno accidentado cuya floreciente campaña lleva en sí todas las ventajas para un campamento, como tener buen fo-

rraje para el ganado, leña en abundancia y excelente agua, que es todo aquello que más se necesita para el bienestar del soldado.

El pasaje se ejecutó sin ninguna dificultad por grupos de dos mil hombres, usando el tren de puentes paraguayo que consistía en muy cómodas canoas, algunos botes y balsas que eran conducidas en carretas.

Siempre había creído Duarte que él sería el jefe del ejército, en razón que á su actividad y desvelo, se le debía su organización y la instrucción superior de un núcleo de excelentes tropas que iba á presentar el Paraguay, más no tardó en desengañarse con amarga pena, cuando vió arribar á su campamento, el 27 de Abril, al teniente coronel don Antonio de la Cruz Estigarribia con la orden del Mariscal López de hacerse cargo del mando del ejército, nombrando al mismo tiempo al mayor Duarte su segundo y jefe del estado mayor general.

Es claro que esta disposición del general López hirió profundamente al mayor Duarte, más en aquel país y en aquellas circunstancias, la obediencia pasiva no admitía ni asomos de resentimientos, y mucho menos un pronunciamiento cualquiera de despecho.

El nombramiento de comandante en jefe del ejército paraguayo del Uruguay recaído en Estigarribia, fué la xposición más clara del poco conocimiento que López enía de sus hombres.

El dictador no buscaba sino la sumisión, la lealtad y el coraje, y es esa falta de independencia en sus subordinados lo que le ocultaba sus buenas cualidades militares, y la prueba bien pronto la obtuvo por los desaciertos de los jefes de sus extrema derecha é izquierda.



El ejército paraguayo del Uruguay se componía así: Comandante en jefe, teniente coronel don Juan de la Cruz Estigarribia; jefe de estado mayor general y jefe de la vanguardia, sargento mayor don Pedro Duarte.

INFANTERÍA

Batallones N° 14—Capitán Mireles.
» » 15—Capitán Capurno.
» » 16—[1] Teniente Patiño.
» » 17—Capitán Diego Alvarenga.
» » 26—N. N.
» » 28—Teniente Zorrilla.
» » 31—Capitán Juan E. Ibáñez.
» » 32—Capitán Avalos.
» » 33—Capitán José del Rosario Pérez.

Estas fuerzas representaban 7200 hombres.

---

(1) Este batallón no figura en el estado de Pallejas, pero sí en el de Centurión. Puede ser que fuera uno de convalecientes mandado por un alférez que formaba parte de las fuerzas acampadas en Villa Encarnación.

CABALLERÍA

Regimiento 24—N. N.
» 26—Mayor Pedro Duarte.
» 27—Mayor José López.
» 28—Teniente Cabrera.
» 33—Teniente Manuel Coronel.
» 34—Capitán C. Centurión.

Representaban un total de 3000 hombres.

ARTILLERÍA

Un batallón de 120 plazas con 6 piezas de calibre 3 y 5 y un obús de 10 á las órdenes del teniente Ignacio Pereira.

Todas estas piezas eran reliquias históricas de antigua época.

TREN DE PUENTES

1 Cuerpo denominado Vogabantes con 30 canoas sobre ruedas.

1 Convoy de municiones.

1 Convoy de víveres y equipajes donde se conducían los instrumentos de zapa—porque en el ejército paraguayo casi todos los soldados eran hábiles zapadores, y es por eso que siempre admiraremos los 50 kilómetros de profundas trincheras y altos parapetos labrados por ese brillante ejército en Paso de la Pa-

tria, Tuyutí, Paso Pocú, Humaytá, Piquiciry, Peribebuy y otros puntos de menor importancia.

Además, más tarde se agregó un cuerpo de caballería auxiliar compuesto de orientales y correntinos mandados por el coronel Blanco y Orrego [1] y otro de infantería de 400 plazas venido del Paraguay.

La organización y armamento de este cuerpo de tropas es el mismo descripto al principio de esta obra.

Algún tiempo después de pisar el territorio argentino el ejército paraguayo del Uruguay tenía una fuerza efectiva de 12.000 hombres incluyendo en este número al cuerpo auxiliar antes referido que más tarde en Yatay casi íntegro pudo escapar por haber estado, cuando se dió la batalla, guarneciendo á Paso de los Libres.

En el transcurso de la campaña recibió nuevas altas del Paraguay y puede muy bien asegurarse que con los auxiliares, alcanzó ese cuerpo de ejército á 12.500 hombres.

Nunca se vió en esa guerra tropa paraguaya tan excelente á las órdenes de un jefe tan inepto.

Veintidós días después de la toma de Corrientes, el 5 de Mayo de 1865, el ejército paraguayo del Uruguay abandonó las márgenes del Pindapoy Grande y se puso

(1) Este coronel se salvó milagrosamente con 60 hombres en Yatay y más tarde perdió el juicio y murió en Humaytá.

en marcha lleno de vigor y entusiasmo con dirección á la estancia de San Carlos, antiguo establecimiento jesuítico que está en el Rincón de Tororó sobre el camino que va hoy de Posadas á Santo Tomé.

En San Carlos se hizo campamento general, constituyéndose su centro de operaciones. Allí empezó el arrasamiento de esa parte de la provincia de Corrientes, sobre todo en el elemento de movilidad, y es en ese lugar donde se completó todo lo que le faltaba .y se preparó aquel ejército para iniciar su marcha vandálica sobre la rica provincia de Río Grande y la de Corrientes.

Hemos usado de ese vocablo teniendo á la vista los mismos documentos paraguayos, en que López ordena á sus lugartenientes que no tomen prisioneros y saqueen los pueblos indefensos; algo como las órdenes de Atila y la de sus secuaces, aquellos hunos con caras de sátiros que aplastaron por un momento la civilización del occidente.

El oficio que más abajo se transcribe, que es una carta del mayor Duarte al general Robles, figura en la página 204 del primer tomo de la obra de Schneider titulada la Guerra de la Triple Alianza.

Dice así:— « Guaices (1) 5 de Junio de 1865.—Que« rido general: Recibí orden del Mariscal Presidente

(1) Lugar próximo á Santo Tomé, como á 22 kilómetros al Sur; debe ser el espacio comprendido entre dos arroyos afluentes del Uruguay denominados Guay grande y Guay chico.

« para ponerme en comunicación con Vd. para con-
« certar un plan de ataque contra los partidarios de
« Mitre. Es muy mala aquí mi situación, no puedo
« avanzar sin que se me presente el riesgo de ver cor-
« tada mi retirada ó verme cercado como un rebaño
« de cabras. El Mariscal Presidente me ordena que
« arrebate todo el ganado que encuentre á mano y
« que fusile á los prisioneros que caigan en mis manos.»

« A todos los gringos enemigos partidarios de Mitre
« debo perseguir y lo mismo hoy incumbe á Vd. ge-
« neral. Los correntinos son un bando de locos que ni
« saben apreciar la libertad que por nuestro interme-
« dio les ofrece el Mariscal; prefieren ser devotos es-
« clavos de Mitre.»

« Nada más os puede escribir porque está próximo
« el enemigo.—Vuestro amigo y S. S.—PEDRO DUARTE.»

En el diario de la división paraguaya de Estigarribia se lee lo siguiente, en una nota á López, referente al saqueo de Villa de San Borja:

« Después de haber entregado la población al libre
« saqueo en horas marcadas para cada cuerpo, de *con-*
« *formidad con las instrucciones* de V. E.»

En otra el famoso invasor de Río Grande decía: «Pon-
« go en conocimiento de V. E. que he hecho firmar á
« los extranjeros un documento, en que dicen que tan-
« to ellos, como la Iglesia no han recibido ningún per-
« juicio.»

Estos documentos que hoy existen en el archivo del Ministerio de la Guerra del Brasil, se empezaron á publicar el 28 de Noviembre de 1865 en Río Janeiro.

Al iniciar la marcha, desde el campamento de San Carlos, cumpliendo las órdenes del Mariscal López, Estigarribia fraccionó sus tropas en dos cuerpos, el menor, 3200 hombres, se componía de los batallones de infantería, 28 y 16, y uno provisional organizado con los convalecientes de ese ejército que al abandonar el territorio paraguayo, habían quedado en Villa Encarnación, de los regimientos de caballería 26 y 28 y de un grupo de auxiliares orientales á los que más tarde se agregarían algunos correntinos. Todas estas fuerzas á las órdenes del mayor Duarte debían pasar por un lugar próximo á las cabeceras del río Aguapey, que se encuentran al Sur de San Carlos, y alejándose un tanto del río Uruguay, tomar por línea de operaciones el terreno intermedio entre aquel río y el Uruguay y en seguida marchar hacia un lugar cercano al pueblo La Cruz, limitando únicamente sus correría hasta el Aguapey, que puede muy bien decirse, constituía su línea defensiva por su flanco derecho.

Esta marcha había de ser paralela á la que ejecutaría Estigarribia hasta Garruchos, punto designado en las instrucciones del Mariscal para ejecutar el pasaje del Uruguay. Durante todo este trayecto estaba obligado á dar cumplimiento á las muy bárbaras instrucciones que ya conocemos.

Estigarribia, por su parte, en observancia de esas mismas instrucciones, tendría que dirigirse á la costa del Uruguay, costeando la margen derecha del río Chimiray y tratar de pasar el primero por el paso Garruchos y desde ese punto marchar hacia Itaquí, donde establecería su campamento, y destacaría grandes partidas hasta el Ibicuí, esperando allí nuevas instrucciones.

Mientras que Duarte seguía su marcha en la dirección indicada, batiéndose continuamente su vanguardia con las fuerzas de observación del coronel Paiba, que le iban haciendo el vacío, Estigarribia, el 8 de Mayo, desobedeciendo las órdenes claras y terminantes de López se puso en marcha y en vez de dirigirse al Paso de Garruchos para salvar el río Uruguay y en seguida ocupar á Itaquí, tomó por línea de operaciones, siguiendo la costa de ese río á San Carlos, San Alonso, Ombú, Santa María, San Estanislao, Pariopa, Itacua y Santo Tomé con el intento de pasar por el Paso del Hormiguero, frente á San Borja.

Una vez llegado el 9 de Junio á la tarde á Santo Tomé, ordenó la reunión de todas la haciendas tomadas por las partidas destacadas con ese objeto, á fin de establecer allí su primera base de operaciones, reuniendo en ese punto, en grandes corrales que se construyeron al efecto, todo el ganado salteado en la arriada general, y en el pueblo los otros recursos con que habría de continuar la campaña; esa campaña, sin más objetivo definitivo que la depredación y el incendio, porque el general de un ejército de 12.500 hombres que estaba encargado

de llevar á cabo una empresa tan ardua, únicamente tenía instrucciones limitadas sin conocer las proyecciones estratégicas de la campaña, ni siquiera los principios generales del gran plan del Mariscal López, iba pues á un punto designado como un tigre ciego y hambriento, repentinamente desenjaulado, que se encaja en una jauria de mastines bravos que al principio le ladran de lejos para después despedazarlo, nada más.

Ignoramos las razones que Estigarribia daría á López para explicar su falta de cumplimiento estricto á sus instrucciones, pero á consecuencia de este parte recibió, el 28 de Julio de 1865, después de haber pasado el río Ibicuí, por conducto del teniente Guillen, la reprimenda y las siguientes instrucciones:

«Ya que no ha cumplido mis órdenes y ha pasado el Ibicuí, se le ordena nuevamente continúe su marcha hasta la Uruguayana, donde se hará de víveres y en seguida pasará á tomar Alegrete, previniéndole, como antes, no acampar dentro de las poblaciones para evitar así el peligro de ser sitiado por el enemigo.»

Como se ve, no podían ser más irreflexivas estas nuevas instrucciones, ó sea que López ignorara completamente la situación de Río Grande y de los ejércitos aliados.

Pronto veremos á ese infeliz ejército paraguayo, atollado en el escabroso centro de sus numerosos adversarios, sucumbir todo entero sin que cueste casi ningún sacrificio á sus enemigos, sino aquellos memorables,

que por la depredación vandálica, sin piedad, en la propiedad particular, quedan horrorosamente esculpidos en esa lápida eterna que la historia consagra á las guerras bárbaras é injustas.



Mientras que esto sucedía, la provincia de Río Grande trató de contrarrestar con sus recursos propios la invasión paraguaya, de la que en ese primer momento se ignoraba el punto objetivo de sus operaciones.

El general Caldwell, comandante de armas de la provincia de Río Grande, y el general Canavarro, jefe de las fuerzas que guarnecían las fronteras del Uruguay en el Cuareim, pusieron en armas á la comarca, y con ese objeto reunieron en el distrito de San Borja los cuerpos provisorios de caballería números 10, 11, 22, 23 y 28 y el batallón en formación de infantería núm. 3 y como reserva otro batallón igual de guardia nacional. Todas estas tropas alcanzaban á 2500 hombres, pero que nunca estuvieron prontos á formar, á lo sumo, más de 2000 plazas, reclutas en su mayor parte y mal armados.

Con los cuerpos 10, 11, 22 y 23 se formó la primera brigada de la división Canavarro, á las órdenes del coronel Fernández Lima, viejo y bravo guerrero que desde 1816 había asistido á todas las campañas del Brasil incluso la de Caseros, y posteriormente á la del Paraguay hasta 1868. [1]

(1) Falleció en 1875.

Estas fuerzas estaban acampadas á 60 kilómetros al Sur de San Borja, en el Paso de las Piedras. En San Mateo, sobre la barranca del Uruguay, á 25 kilómetros al Norte de San Borja, se estableció el cuerpo provisorio 28 y en la misma población de San Borja el plantel del batallón de reserva, y una compañía y media de guardia nacional en el Paso de San Borja.

El grueso de la división Canavarro estaba acampada á 250 kilómetros al Sur de San Borja. Distancia enorme que racionalmente no se explica, cuando se sabía que la tempestad venía del Norte.

En el momento en que tenía lugar la invasión paraguaya á aquel distrito, hacía ya seis meses de la declaración de la guerra al Brasil y durante todo ese tiempo, según propia declaración de Canavarro, había solicitado armas, municiones, batallones de infantería y otros elementos y parece que no hubiera sido debidamente atendido su pedido, de modo que cuando el ejército paraguayo invade la provincia de Río Grande, se encuentra esta rica comarca casi indefensa, en idénticas circunstancias que lo que se encontraba la provincia de Corrientes; y las pocas fuerzas que la guarnecían, diseminadas en una larga extensión, inadmisible como precepto militar, no podrían evitar el pasaje del río Uruguay; [1] operación que no habría tenido éxito, si una

(1) Al referirnos á las pocas fuerzas que la guarnecían, solo se trata de las tropas mal equipadas ó armadas, porque á estar á un estado de las fuerzas de Río Grande, que tiene por fecha el 13 de Junio

batería de artillería y una brigada de infantería se hubiese opuesto enérgicamente. Así mismo la diseminación de las fuerzas del general Canavarro constituye un error que no se justificará nunca; porque con su división reunida aunque estuviera mal armada, hubiera podido hacer mucho daño al enemigo en el momento del pasaje del río Uruguay, hasta el punto de poderlo impedir, y en caso de no alcanzar este propósito, hostilizar la columna paraguaya de tal modo que su marcha fuera un problema muy difícil.

Con sobrada razón expone el ilustre Nabuco: «Graves censuras contra la administración del Imperio podrían deducirse del estado indefenso de nuestra margen del Uruguay. Era mayor el fundamento de ellas cuanto el gobierno conocía, desde Enero, el proyecto de invasión que se verificó en Junio; ninguna medida eficaz se tomó en esos cinco meses, ni se trazó plan alguno de resistencia para resistir la invasión.»

En Santo Tomé el invasor paraguayo encontró el desierto, todo los habitantes, con excepción de cinco extranjeros y algunas mujeres ancianas, habían huido; tal

---

de 1865, daba: Cuerpos provisorios de caballería 11.078 — Cuerpos permanentes de caballería é infantería 4.184 — Total 15.262.

Esta fuerza fué dividida en dos divisiones, mandando la primera el brigadier honorario David Canavarro y el coronel Barón de Jacuy la segunda.

Estas divisiones estaban fraccionadas en 5 brigadas: dos batallones de línea 2 y 10; dos baterías con 8 piezas y 28 cuerpos de guardia nacional de infantería y caballería.

Desde ya creemos que si estas tropas hubiesen tratado de combatir, Estigarribia no hubiera pasado el Uruguay.

era el temor con que venía precedido el ejército de López; sin embargo que hasta ese momento se había limitado á ejecutar requisiciones de ganado y vehículos

La noticia corrió veloz á San Borja, el pánico exageraba la depredación del adversario, que sin embargo ya empezaba, aunque hasta ese momento, buscaba con fingida moderación prosélitos en la provincia de Corrientes, y con el presentimiento de hechos posteriores las familias abandonaron el 10 á San Borja, que quedó intacta á merced del enemigo, que alegremente cumpliría las instrucciones superiores.

El coronel Fernández Lima, al tener conocimiento de este suceso, acudió rápidamente del Paso de la Piedras con sus cuatro cuerpos provisorios que representaban una fuerza de 1500 hombres en su mayor parte milicias.

Al mismo tiempo el coronel Paiba, en territorio argentino, hostilizaba continuamente los movimientos de los paraguayos y éstos al sentirse solo dueños del terreno que pisaban y ver en la margen brasileña fuerzas que los esperaban, parecían titubear en la elección del punto para el pasaje.

El adversario, con esa habilidad consumada para los ardides de la guerra, fingió, ante las tropas del coronel Paiba, una precipitada retirada; este jefe, que con el coronel Fernández Lima había combinado una pequeña operación sobre una columna enemiga, al tener conoci-

miento de su retirada, licenció por doce días una parte de su brigada y siguió el día 26 con su restante fuerza hacia el Paso de las Piedras. A dos leguas de San Borja tuvo que detener la marcha por haber recibido la noticia que de nuevo aparecían los paraguayos en Santo Tomé, teniendo al mismo tiempo aviso que un cuerpo considerable de fuerzas paraguayas se preparaba en Itaquí á ejecutar el paso del río Uruguay. Ante este último aviso, infelizmente engañado el coronel Lima, siguió para aquel pueblo y se limitó á enviar á San Borja el cuerpo múm. 22.

La retirada disimulada que ejecutaban los paraguayos el día 18, fué causa del engaño del coronel Paiba y, por consecuencia, del de su colega el coronel Fernández Lima; pero aquellos se detuvieron en Tarairi, de donde volvieron y sorprendiendo las fuerzas del jefe correntino las dispersaron, teniendo este que retirarse hasta el Aguapey, completando el engaño del coronel brasileño esa misma fuerza, que al aparecer en Itaquí era tomada por tropas paraguayas.

A consecuencia de estos sucesos, como se ha visto, San Borja quedó casi sin resguardo, pues para impedir el pasaje de 9500 soldados paraguayos, solo disponían del 3er batallón de infantería de guardia nacional, bastante reducido á causa de las licencias, bajo el mando del mayor Rodríguez Ramos, y del titulado batallón de reserva á las órdenes del teniente coronel Ferreyra Guimaraens, que no pasaba de una unidad casi en esqueleto: el cuerpo provisorio de caballería número 22 mandado

por el teniente coronel Tristán de Nóbrega, también muy empequeñecido por las licencias. Este cuerpo estaba acampado á una legua de San Borja y todas estas fuerzas alcanzarían, cuando más á 370 hombres; único elemento de resistencia que en el primer momento estaba destinado para opornerse y rechazar el pasaje de todo un ejército.

Como se ve, era ilusorio pensar en una enérgica oposición y menos en la victoria.

Y esto sucedió, no por falta de tiempo para prepararse, sino tal vez por la indolencia que rodea á las operaciones encomendadas á jefes milicianos sin instrucción, ni experiencia. Hacemos esta pequeña crítica en razón que á nuestro juicio, debieron estar allí todas las fuerzas de la división Canavarro reunidas y las del Barón del Jacuy con su buena artillería y uno ó dos navíos de guerra, y en ese caso estamos seguros que le hubiera sido muy difícil ejecutar la arriesgada operación al ejército de Estigarribia, y si consiguiera pasar valiéndose de los ardides de la guerra que se usan en estas circunstancias, su marcha la conceptuamos desastrosa, rodeada por múltiples enjambres de caballería que no lo habrían dejado dar un paso sin haber encontrado una ruda hostilidad, y el desierto en todos rumbos, como le sucedió al ejército de Robles en Corrientes.

El incendio de Moscou es una lección que debió haber sido imitada por Corrientes y Río Grande y otras comarcas de la tierra.

El comandante Rodríguez Ramos, que era el jefe de la guardia nacional, se encontraba estacionado en el Paso de San Borja, y dió aviso en la mañana del 10, que una prolongada columna de tropas paraguayas seguida de un extenso convoy de carretas que alcanzaba próximamente á una legua de extensión, bajaban de Santo Tomé orillando la margen izquirda del Uruguay, seguida de un crecido número de embarcaciones. Efectivamente, era la mayor parte de la columna de Estigarribia, que se dirigía al Paso del Hormiguero con el intento de pasar el río Uruguay por ese punto.

Enterado de este suceso el teniente coronel Ferreyra Guimaraens, mandó inmediatamente un expreso al teniente coronel Tristán de Nóbrega, que como ya hemos expuesto, se encontraba con el cuerpo 22 de caballería á 5 kilómetros de distancia del pueblo, y al coronel Juan Manuel Mena Barreto, que con el 1er batallón de voluntarios de la ciudad de Río Janeiro se mantenía acampado á 10 kilómetros de allí y al coronel Fernández Lima que se mantenía en el Paso de las Piedras.

No tardó en manifestarse en el terreno de la lucha la intención del adversario.

Se sintió, con pequeños intervalos, el estampido de tres cañonazos: señal era esa para empezar metódicamente el pasaje. Al primer tiro todas las diez y nueve embarcaciones que formaban en ese momento el primitivo tren de puente de Estigarribia cayeron al agua como movidas por un resorte, al segundo fueron inme-

diatamente tripuladas por 25 hombres cada una, y al tercero con una rapidez admirable se pusieron en marcha á fuerza de remo, presentando un espectáculo curioso y atrayente aquella multitud de débiles esquifes, balsas y botes rebasando soldados de uniforme rojo, que iban en el mayor silencio y la más ostensible sangre fría á ejecutar una difícil empresa, cortando difícilmente la rápida corriente del Uruguay, y teniendo aquel hermoso cuadro por fondo la verde arboleda, esa lujuriante vegetación de las espléndidas márgenes del Uruguay.

Estigarribia, con su artillería, estaba pronto á sostener el pasaje.

El mayor Ramos, con su tropa, acudió rápidamente al punto donde el adversario demostraba la intención de tocar tierra y rompió un fuego bien sostenido; mas el adversario cambió de rumbo y subió á lo largo de la costa opuesta; Ramos no comprendió el ardid y se precipitó en la nueva dirección, mientras que otras canoas y botes del adversario atracaban al punto elegido para el desembarco, que hacía un momento había sido fingidamente abandonado.

La lucha empezó con brío por ambas partes, sostenida por la artillería paraguaya que desde el primer momento demostró su valor potencial en esa pelea tan desigual que surgía entre el mayor Ramos, al frente de un puñado de valientes brasileños, y la gruesa fracción de un ejército embarcada en frágiles barcos y confiada á su gruesa fortuna. Por más esfuerzos que hiciera el

digno jefe brasileño, le fué imposible rechazar las múltiples fuerzas enemigas que á cada momento tocaban tierra por distintos puntos.

La situación del mayor Ramos era bien difícil, pero felizmente acudió oportunamente el teniente coronel Tristán de Nóbrega y pudo salvarlo.

Los primeros cuerpos paraguayos que tocaron en tierra fué el batallón núm. 17, mandado por el capitán Diego Alvarenga, fuerte de 800 plazas y dos piezas de artillería, y el regimiento núm. 27 de caballería á las órdenes del mayor López, de 600 plazas, y otras 2 piezas de artillería; el total de estas fuerzas alcanzaba á 1400 hombres.

Al mismo tiempo que esto sucedía en el paso del Hormiguero, un poco más arriba del paso de San Borja desembarcaba el batallón núm. 32 á las órdenes del capitán Avalos y con 750 plazas y el regimiento núm. 28 de caballería mandado por el capitán Centurión, de 520 plazas.

Mientras que había tenido lugar el combate desembarcaron en el mismo paso de San Borja más de 1500 hombres de infantería de los batallones 14 y 15 á las órdenes de los capitanes Saturnino Mereles y Capurro. De manera que en el principio del combate, para resistir á toda esta fuerza, sólo ha tenido el capitán Ramos 130 hombres que oponerles y más tarde, cuando llegó el 22° cuerpo, alcanzó á 370 combatientes.

En estas circunstancias aparecía repentinamente una fuerza paraguaya que en la noche del 9 de Junio había pasado arriba de Santo Tomé, conservándose oculta en el espeso bosque de la costa hasta la mañana del 10 en que marchó á reunirse con el grueso de las tropas que habían desembarcado por el paso del Hormiguero y por el de San Borja.

Combinando tal vez una operación con Estigarribia, se desprendió una columna de esta fuerza con el intento de rodear la villa é impedir la salida de las familias; al mismo tiempo coincidía con este movimiento la llegada del mayor López y el capitán Alvarenga con más de 2000 hombres y 4 cañones que avanzaron con la intención de entrar al pueblo.

Más de improviso se presenta resueltamente con el intento de disputarles el campo, el batallón 1° de voluntarios, que aunque venía muy fatigado por la rápida marcha que había ejecutado, entabló inmediatamente el combate en un punto al Nordeste de este pueblo y detuvo el avance de los paraguayos; pero considerando Mena Barreto que su cuerpo se componía de soldados nuevos y que aumentaban las fuerzas de los paraguayos, se replegó á la villa, tratando de guardar las calles que miran al Norte y la plaza principal, que era por donde se encontraba el adversario, con el fin de proteger la salida de las familias.

El enemigo, á pesar de su gran superioridad numérica, no intentó ningún avance y se replegó á la costa del

río Uruguay, donde estaba ya desembarcada una gran parte de la fuerza.

A tal punto llegó la vacilación ó la excesiva prudencia de Estigarribia, que durante el día del desembarco y el siguiente, no penetraron sus tropas en la villa que se encontraba sin defensores. Felizmente esto dió lugar á que se pusieran en salvo la mayor parte de los habitantes.

Parece que esta disposición la tomó Estigarribia en un consejo de guerra, el cual decidió que no debía avanzar hasta que no estuvieran todas las fuerzas reunidas sobre la margen brasileña.



El pasaje había sido ejecutado con rapidez. El 10 á las 9 de la mañana se tiraba el primer cañonazo, que como ya lo hemos dicho, era la señal para dar comienzo á la operación: á las 11 p. m. una fuerza respetable estaba ya desembarcada á media legua de San Borja, y á no haber sido la repentina presencia del 1er batallón de voluntarios, los paraguayos hubiesen antes del medio día penetrado en la villa.

Las únicas tropas que pasaron el primer día fueron 4000 infantes, 1200 jinetes y 4 piezas de artillería. El 11 pasó el resto de la infantería y en el día posterior lo restante de la caballería, el parque, el convoy y la impedimenta que acompañaba al ejército.

En estos combates perdieron los paraguayos 1 oficial y 100 soldados muertos y 100 heridos. Por parte de los brasileños alcanzaron á 22 muertos y 65 heridos, además todos los bagajes de la guardia nacional.

Resuelto Estigarribia, en primer lugar, á ocupar la villa de San Borja, resolvió entonces hacer allí su entrada el día 12, y según la relación que se hace en la obra ya citada de Schneider, parece que aquel jefe había dado orden de dar muerte á todo ser humano que se encontrara en ese pueblo con excepción de las mujeres jóvenes; y que en camino de dar cumplimiento á tan sanguinario despropósito fué disuadido de llevarlo á cabo por las humanitarias reflexiones y fundamentales razones que lo convencieron de lo contrario, mostrándole la conveniencia que resultaría de no deshonrar tan estúpidamente y tan sin provecho las armas del Paraguay.

El fracaso de este estupendo crimen, que llevado á cabo, hubiera arrojado el más horrible anatema sobre los ejércitos de López, se debió á la influencia civilizadora del teniente coronel y del mayor Salvañach, limitándose el cumplimiento de las reales instrucciones á un saqueo metódico y ordenado, según la frase de Estigarribia.

Al fin se iban á cumplir las promesas que vibran aun en la arenga que López dirigió á sus tropas antes de pasar el Paraná. El autócrata se muestra infalible como Napoleón cuando incitaba á sus ávidos soldados de Italia desde las altas cumbres de los Alpes, á enseñorearse de

aquella hermosa península, el Mariscal les dice: «Ved aquellas florecientes comarcas de vuestros enemigos los brasileños, pues bien os prometo el saqueo de sus ricos pueblos á trueque de la victoria, y agrega, si estáis desnudos, allí os vais á vestir; si tenéis hambre, allí tendréis opíparas comidas en abundancia, y si vais pobres, de allí volveréis ricos.»

El saqueo de San Borja dió comienzo el 12 y concluyó el 22 de Junio. Este acto reprochable está escrito con sombríos colores por el canónigo Gay en su ya citada relación, la cual es transcripta por Schneider con comentarios.

Una gran parte de este botín de hunos fué llevado al Paraguay. (1)

En ese tiempo los oficiales paraguayos hacían correr la especie de que el general Urquiza, á quien ellos consideraban Presidente de la República Argentina, estaba

(1) En el siguiente documento Estigarribia da cuenta al Mariscal de haber saqueado á San Borja.— San Borja, 14 de Junio de 1865.— Viva la República del Paraguay. —Excmo. señor: Después de haber entregado la población al libre saqueo de los soldados en horas determinadas para cada cuerpo, conforme á las instrucciones que V. E. se sirvió darme, recogí algunos géneros que en esta fecha remito al mayor Duarte para que á su vez los envíe á Villa Encarnación, en cuyo punto perfectamente relacionados serán entregados al jefe de la guarnición.

Dios guarde á V. E.

ANTONIO ESTIGARRIBIA.

Esta nota original pertenece al registro oficial paraguayo encontrado en la Uruguayana después de la capitulación.

de acuerdo con Estigarribia para declararse por el Paraguay, cuando llegase el jefe paraguayo á un punto dado, que además marcharían 40.000 paraguayos sobre Uruguayana dividiéndose allí en dos cuerpos de 20.000, uno para operar sobre Montevideo y otro sobre Alegrete.

Todo esto no pasaba de díceres con el fin de demorar la operación, pues el mismo Estigarribia empezaba á ver claro al poner en ejecución su primer plan.

El día 18 el ejército paraguayo ocupaba tres puntos. El Paso de San Borja, esta villa, y el camino que va desde este pueblo á Itaquí, por donde el día 19 se puso en marcha el grueso de este ejército hacia ese pueblo.

Muy apesadumbrado el coronel Fernández recibió la noticia de la toma y saqueo de San Borja, aunque tarde reconoció su error, y tratando de prevenir una situación más difícil para Río Grande, reunió apresuradamente la 1ª y la 4ª brigada con el fin de retirar los recursos al invasor y hostilizarlo en lo posible.

El 22 de Junio partió de San Borja una columna paraguaya de 360 hombres de caballería é infantería á las órdenes del mayor López, pero realmente dirigida por el teniente coronel doctor Juan Pedro Salvañach; [1] este

(1) Este distinguido abogado oriental era al mismo tiempo un excelente militar, muy probado en las guerras civiles del Estado Oriental y puede muy bien decirse que era el alma de las buenas operaciones que hizo Estigarribia, lo mismo que su hermano, el hoy coronel.

mayor López anteriormente había sido enviado por Estigarribia para sorprender al mayor Asunción que andaba en la cercanías del Paso Garruchos. Estas tropas tenían el propósito de incorporarse al grueso del ejército que ya iba en marcha con dirección á Itaquí. El mayor López tuvo conocimiento durante el tránsito, de la situación de las dos brigadas del coronel Fernández que se concentraban sobre el flanco izquierdo del ejército paraguayo, y con el intento de observarlas, eligió el camino de la estancia de la Asunción.

Esta no fué la única razón porque tomó esa vía, sino por no seguir la del ejército donde no encontraría sino el desierto, pues bien sabía el jefe de la fuerza paraguaya que el lugar por donde pasaban sus parciales quedaba también sembrado de sal. Como el teniente coronel Coelho de Sousa con el cuerpo núm. 28, encontrándose en observación en San Mateo sobre la margen izquierda del Uruguay, á una legua del río Camacuá, estaba cortado de las otras fuerzas de la brigada por la creciente del río y por fuerzas paraguayas que iban tomando nuevas posiciones, trató de reunir todos los destacamentos de su fuerza y buscar por el Rincón de la Cruz, que creía libre de enemigos, al coronel Fernández que le indicaba ese lugar, anunciándole que él flanqueaba por la izquierda el adversario.

El día 25 fué sentida la fuerza paraguaya, retirándose en seguida aquel jefe cuyo cuerpo apenas contaba con 100 hombres.

El enemigo trató de perseguirles y tuvo lugar entonces un combate de retaguardia en el lugar denominado Tres Higueras, en el que los brasileños no tuvieron pérdida alguna y la de los paraguayos se limitó á 3 muertos y 2 heridos: fué entonces avisado el coronel Fernández del movimiento y situación del enemigo, que él ignoraba, quien había acampado próximo á la estancia nombrada La Asunción, por ser ese el nombre de su propietario ; y en la mañana del 26 tuvo lugar el combate denominado Botuhy, en un punto cerca del río de este nombre.

Los paraguayos tomaron posición en la margen de un bañado pantanoso, formado por el desagüe del tajamar de la estancia, que había sido construído á orillas de un bosque, limitado al norte por el bañado Botuhy, destacándose á su derecha una altura, á su izquierda la población de la estancia y el tajamar. Esta disposición del adversario encerraba el propósito, si en caso les iba mal, de encajarse en el bañado, donde la caballería brasileña no podía perseguirles, para en seguida asilarse en el bosque.

Las tropas paraguayas del mayor López que van á actuar en este episodio, se componían de las siguientes armas: Infantería, 2 compañías de 100 plazas del batallón Alvarenga; caballería, 2 escuadrones de 80 plazas cada uno, al mando del capitán López.

Esta fuerza tomó posición en los puntos que antes hemos descripto, formando la caballería á la derecha y

la infantería á la izquierda. Estando su frente de batalla entre la altura y el tajamar. A su frente el bañado y á su retaguardia el bosque.

Como se ve, la posición presentaba ventajas para defenderse contra la caballería á causa de la ciénaga del frente.

El coronel Fernández tomó primero posición á cierta distancia sobre una altura con el intento, sin duda, de demostrarles á los paraguayos la superioridad de sus fuerzas.

Una vez llegado el momento de la acción, al toque de *A degüello*, se lanzó el 23° y los carabineros del 22° sobre la derecha del enemigo que es donde éste tenía su caballería, el 11° se arrojó sobre el centro, el 16° tomó colocación frente al ala izquierda del enemigo, demostrando la intención de irse sobre ella, el 22° quedó de reserva de los cuerpos 10° y 11° y el 5° del 23°.

Este cuerpo y los carabineros arremetieron con pujante brío á los gritos de ¡viva el Emperador! y destruyeron, en un abrir y cerrar de ojos, la mayor parte de la caballería paraguaya de la derecha que se dispersó inmediatamente.

El 10°, que mientras tanto, había conseguido colocarse sobre la retaguardia del enemigo, persiguió y lanceó á casi todos los fugitivos.

Mas, como la infantería paraguaya y la caballería que había quedado se sostenían bizarramente haciendo un fuego nutrido, después de una hora de lucha tuvieron que retirarse los cuerpos de la 1ª brigada, llegando entonces, en un momento oportuno, la 4ª brigada.

Por esta causa se suspendieron por algún tiempo las hostilidades, lo que aprovechó oportunamente el adversario para cambiar de posición. Su izquierda y su centro formaron, entonces una especie de cuadro y descendiendo por el declive que iba al bañado, aproximándose á la orilla, formaron allí su nueva línea.

Entonces el coronel Fernández ordenó un ataque general con las dos brigadas reunidas: los paraguayos trataron de resistir, pero viéndose perdidos se entraron en el bañado donde la caballería no les podía seguir. Así mismo el combate continuaba y cuando los brasileños se disponían á emplear todas sus fuerzas y todas sus energías en una final acometida que domara aquella tan tenaz resistencia, el coronel Fernández recibió un aviso anunciándole de que una gruesa columna enemiga avanzaba en auxilio de los paraguayos: y en vez de mandar una descubierta para darse cuenta exacta de la noticia, se retiró y dejó escapar á los paraguayos que rápidos, se refugiaron en el bosque. Así concluyó este combate que el «Semanario de la Asunción» da como una gran victoria, aunque es verdad que siendo

tan poco numerosos los paraguayos, resistieron valientemente contra fuerzas tan numerosas; pero de esto á un triunfo existe una gran distancia. [1]



Mientras dejamos á Estigarribia prosiguiendo su marcha asoladora hacia Itaquí, volvamos los ojos á la división de Duarte, que al mismo tiempo que emprende operaciones hacia el Sud de Santo Tomé, es el encargado de abastecer de ganado á la división que va operando sobre Río Grande [2] como también de remitir al Paraguay todo lo que encuentre á mano, asolando la comarca en que impera, hasta las márgenes del Aguapey y aun más allá.

Como la dirección de la marcha de esta columna es paralela y combinada con la de Estigarribia, al mismo tiempo que subordinada á sus movimientos, toma por línea de operaciones el camino de la costa que va al pueblo de La Cruz, que está ubicado un poco más al Sud de Itaquí, río Uruguay por medio.

Este trayecto no ofrece grandes dificultades, porque la hostilidad de las milicias del coronel Paiva, á causa

(1) A consecuencia de este hecho de armas, fué puesto más tarde en consejo de guerra el jefe de la división brasileña. Este resultado fué debido, tal vez, á la falta de pericia, pues valor sobraba á sus riograndeses.

(2) Relato del general Duarte.

de su exíguo número, en la mayor parte de los casos se circunscribe á pequeñas escaramuzas, lo que no impide que las fuertes partidas paraguayas se apoderen de grandes rodeos de hacienda vacuna, y numerosos caballos de propiedad particular, que son inmediatamente remitidos al Paraguay.

El 6 de Julio, la división Duarte pasó el Aguapey, y siguiendo su marcha hacia el Sud, acampó el 7 próximo á La Cruz, penetrando en esta aldea algunas fuerzas paraguayas.

Duarte extendió sus exploraciones al occidente, hasta más allá del Estero del Guaviraví, más teniendo noticia que en el paso carretero del arroyo de este nombre existían algunas guerrillas avanzadas de las fuerzas del coronel Paiva, dispuso que el teniente Zorrilla, con 200 hombres de caballería, sorprendiese esa tropa, mientras que él en persona con 400 marcharía de reserva por la costa del Uruguay.

El teniente Zorrilla llevó á cabo con éxito su comisión. Sigilosamente tomó el camino de los *Tres Cerros*, y de súbito, á las 6 de la mañana del 21 de Julio, atacó las guardias correntinas que en su mayor parte cayeron prisioneras, dando por resultado que previendo el coronel Paiva un movimiento más serio se retiró inmediatamente.

Acampado el mayor Duarte próximo á la aldea de La Cruz, cumplía las instrucciones de López; mientras que

Estigarribia, el 10 de Julio, proseguía su marcha hacia Uruguayana, desobedeciéndolas.

Entonces Duarte, reflexionando que tenía que subordinar sus movimientos á los de Estigarribia, continuó por la costa argentina la línea de operaciones, paralela á la de aquél, á pesar de contrariar el plan de López, pasando el arroyo Guaviraví el 25 de Julio, después de haber tomado posición de la aldea Yapeyú.

El 1° de Agosto alcanzó hasta el Paso de los Libres, y acampó al Norte de este pueblo, teniendo á su retaguardia el arroyo Yatay, apoyando su izquierda sobre el Uruguay y su derecha sobre el arroyuelo de «La Despedida», en un lugar denominado el Ombucito, contorneado por una curva que en ese punto forma el Yatay.

Mientras tanto Estigarribia entraba el 7 de Julio en Itaquí, donde se ejecutaba igual y bárbaro saqueo al que había tenido lugar en San Borja, agravándolo con la destrucción de casas y cercos que se utilizaban en los fogones. Permaneció diez días en este lugar, perdiendo un tiempo precioso; y el 18 continuaba la marcha, pasando el Ibicuí el 23 de Julio, y el 3 de Agosto el Imbahá, entrando el 5 en la Uruguayana, que también fué sometida á las mismas depredaciones que San Borja é Itaquí: era la consigna que llevaba á cabo la famosa proclama del dictador.

Durante todo ese trayecto, el invasor paraguayo no fué hostilizado, é impunemente pasó ríos cauda-

losos como el Ibicuí, el Imbahá y otros sin que una fuerte división que disponía de artillería le presentase un serio obstáculo.

Igual suceso tenía lugar con la columna de Paiva, aunque ésta se componía de un grupo poco numeroso de milicias correntinas, casi desarmadas y sin ninguna instrucción, lo que demuestra que cuando una nación no está preparada en tiempo de paz para la guerra, teniendo todo en su lugar, de modo que pueda, perfectamente organizadas sus unidades tácticas, entrar inmediatamente en campaña, se ve expuesta á que un invasor cualquiera se enseñoree con toda insolencia de las comarcas que invade, como sucedió á los argentinos y brasileños en los sucesos que narramos.

López, al tener conocimiento de la modificación que Estigarribia había introducido en su plan de campaña é instrucciones, que en su carácter autoritario eran siempre terminantes, ó mejor dicho la falta de cumplimiento á sus órdenes, remitióle por conducto del teniente don Joaquín Guillen nuevas instrucciones en las que le decía: «Ya que Vd. no ha cumplido mis órdenes y ha pasado el Ibicuí, se le ordena nuevamente continúe la marcha hasta la Uruguayana, donde se hará de víveres y en seguida pasará á Alegrete, previniéndole como antes, de no acampar dentro de las poblaciones para evitar así el peligro de ser sitiado por el enemigo.»

Iguales instrucciones del general López recibió el mayor Duarte, con la orden de avanzar hasta Paso de los Libres, y al final de estas nuevas disposiciones les decía á ambos que lo esperaran en esos lugares, porque al frente del ejército de Robles pensaba operar sobre las márgenes del Uruguay.

Como se verá más tarde, todo esto no pasó de un plan imaginario que llevado á cabo en los primeros días de la invasión, habría sin duda, dado otros resultados; pero en estos momentos el adolecía de muy poca consistencia, y las operaciones sobre el Uruguay iban fatalmente á converger á un rápido desastre.

Mientras tanto Estigarribia, contumaz en sus propósitos, desobedecía nuevamente las órdenes de López y se encerraba en la Uruguayana, donde entregaba torpemente á la depredación las casas de los ausentes y proveyéndose de víveres en abundancia, no tuvo respeto por nada ni por nadie. La propiedad privada, como un bien de todo el mundo fué destruída sin reparo ni consideración de ningún género.

De manera que tenemos al ejército de Estigarribia en la última jornada de su etapa asoladora, dividido en dos fracciones, y por consecuencia, teniendo un río caudaloso por medio, donde un vapor brasileño interrumpe el pasaje recíproco de sus dos columnas, está expuesto á ser batido en detalle.

Además, ese desgraciado ejército, se ve rápidamente

disminuído: en la Uruguayana apenas alcanza á 7000 hombres y en Paso de los Libres á 3200 soldados. (1)

Se ve, pues, que sin haber dado aún una batalla sino pequeños combates y escaramuzas, en tres meses ha perdido 2300 soldados veteranos.



Ahora ya es tiempo que volvamos á los generales Flores y Paunero, que se van aproximando al vértice del ángulo estratégico de la reunión.

Como lo hemos expuesto antes, la columna del general Flores partió el 18 de Julio del campamento de Gualeguaycito, próximo á Concordia, pasando el 23 el río Mandisoví, el 27 el Mocoretá y el 7 de Agosto el Miriñay. Al aproximarse á este río, el día 4, el general Flores por primera vez recibió comunicaciones del general Madariaga, jefe de la vanguardia de la división Paunero. Al mismo tiempo arribaba el teniente coronel brasileño don Antonio Cayetano Pereira, que traía una nota del general Caldwell en que anunciaba al general Flores que el ejército paraguayo estaba sobre el Imbahá; y solicitaba al mismo tiempo auxilio para impedir que el adversario penetrase en la Uruguayana.

(1) No se incluyen los auxiliares correntinos y orientales que estaban con Duarte mandados por el coronel Orrego.

El general Flores contestó exponiendo, que dada la proximidad del enemigo á la Uruguayana, se hacía estéril una operación sobre ese punto, más cuando existía otro objetivo de más importancia, como era batir en detalle y fácilmente á Duarte.

El 5 de Agosto, á las 9 de la noche, volvía el emisario de Caldwell con esta oportuna contestación.

Mientras que tienen lugar estos sucesos, el coronel Paiva con sus correntinos seguía observando al enemigo. Este intentó un movimiento sobre él, pero no pasó de una demostración, volviéndose á su real.

Como el día 9 de Agosto las tropas de Madariaga estaban acampadas sobre el arroyo San Joaquín, ordenó este general al coronel Reguera que atacase los puestos avanzados de la columna del mayor Duarte que se encontraban en observación allí próximos.

A las 10 a. m. Reguera con 200 hombres se lanzó sobre los paraguayos, y les lanceó 20 soldados y 2 oficiales.

Este pequeño triunfo fué de un gran efecto para las milicias correntinas que hasta ese momento, debido al mayor número del enemigo, habían tenido que ceder el terreno.

Al fin amaneció el día 13 y tuvo lugar la junción de las dos líneas estratégicas sobre el arroyo Santa Ana, que dista 35 kilómetros del Paso de los Libres.

Después de rudas marchas sobre un terreno pantanoso y encharcado en el que las tropas sufrieron grandes privaciones, con los ríos desbordados y sufriendo la inclemencia de un riguroso invierno, tuvo lugar este grande acontecimiento. Habían concluído con toda felicidad los dos cuerpos de ejército una maniobra digna de todo elogio: el enlace formidable de los dos prolongados costados del ángulo estratégico que daría por resultado á Yatay y Uruguayana.

Pero lo que más asombra en estos extraordinarios sucesos es la indolente impasibilidad de Estigarribia. Recibe el anuncio de su lugarteniente de que un fuerte ejército se le viene encima, que ese ejército se compone, en su mayor conjunto, de tropas veteranas sostenidas por 24 piezas de artillería, le dice que él no podrá resistir con 3200 hombres que no tienen el apoyo de un solo cañón, aquel avance reflexivo: le muestra con colores sombríos su crítica situación y concluye pidiéndole los regimientos de caballería 31 y 33 y dos batallones de infantería, asegurándole la victoria, ó en caso contrario le augura un desastre, porque le será imposible, no sólo contrarrestar el empuje del numeroso ejército enemigo, sino de poder ejecutar en ese caso su retirada.

Además, le agrega que pone á su disposición al alférez Lugo con 18 canoas, que reunidas á las que existían en la Uruguayana podría, en un momento, ejecutar el pasaje. (1)

(1) Relato del general Duarte.

Estigarribia acoge la angustiosa solicitud de Duarte con el mayor desprecio é ironía: crueles sarcasmos vulneraron entonces la reputación de un hombre que meditaba juiciosamente, al querer conjurar una catástrofe inminente; y fué objeto desde ese instante, por esta causa, el previsor militar, de las burlas más crueles del padre Duarte y del séquito que rodeaba y aplaudía al comandante en jefe: burlas que herían su reconocida fama de soldado valiente con los epítetos más denigrantes: vocerío de improperios que al fin inspiró por única respuesta una orden brutal: no para asaltar la victoria con un rasgo épico razonado, sino para hacerla huir como una imbécil, orden y apóstrofe muy digna de quien la pronunciaba. *Dígale al mayor Duarte que si está con el ánimo caído, venga á hacerse cargo de la fuerza de la Uruguayana, que yo iré á librar la batalla* (1) y el mayor Duarte devoró la afrenta y con abnegación sublime se preparó al sacrificio, probándole á su envidioso rival, que él, intrépido al frente de su reducida caballería iniciaría en esta memorable batalla la historia de las hazañas de los jinetes paraguayos tan renombrados después por su valentía.

Inconsciente Estigarribia, obraba según el medio en que había vivido. Esa atmósfera lo había embrutecido. Ni remotamente se daba cuenta de su situación militar: la reflexión era aplastada antes de nacer en su estrecho entendimiento, por su ignorancia ingénita. Mucho de

(1) Relato del general Duarte.

esto tenía la culpa López, por haber imbuído en el ánimo de sus subordinados el más excesivo desprecio por sus enemigos, y la inhabilidad propia con respecto á su superioridad: creía que semejante creencia y convicción sería el factor principal de sus victorias; y ante esta bélica moral enormemente despreciativa, se verá cuán culpable era el que imperaba en los ánimos con tal absolutismo, que alcanzaba hasta la superstición ó fanáticos impulsos creados adrede por la fe religiosa; se verá cuán culpable era por haber arraigado tales ideas en esos temperamentos rudos, corajudos y patriotas, que regidos por una obediencia pasiva abominable y sin criterio propio, los llevaría al terreno con ímpetu irreflexivo; y tan faltos de iniciativa razonable, que por temor de desagradar al director de la guerra, se consideraban incapaces de salvarse de cualquier arriesgada y precaria situación, por otro medio, que no fuera el de la lucha á todo trance.

De otro modo, Estigarribia en el principio de la campaña hubiese combinado con Robles su junción en el centro de la provincia de Corrientes, para emprender operaciones en conjunto con un ejército de grandes proporciones sobre Entre Ríos ó el Uruguay, en momentos en que el aliado se encontraba en condiciones desventajosas, ó al fin, antes de encerrarse en Uruguayana, habría tratado de retirarse y salvar ese hermoso núcleo de tropas que maniobraba sobre esa zona.

Por otra parte, se veía á las claras que Estigarribia detenía toda la iniciativa de su lugarteniente, aguijoneado por pequeñas pasiones ó por otras causas.

Antes del suceso que venimos narrando, Duarte requirió autorización para abordar con canoas el vaporcito *Uruguay* que interceptaba la comunicación entre la Uruguayana y su campamento, que en la noche fondeaba próximo á una isla á media legua del Paso de los Libres, pero Estigarribia negó la autorización sin dar razones. Este rasgo de prudencia es inexplicable ante la orden terminante que trajo la batalla de Yatay. Es que Estigarribia sufría del ofuscamiento que sufren los bravos que carecen de experiencia é instrucción.



Ahora volvamos al ejército de Flores, que dejamos el día 13 en Santa Ana todo reunido. El 15 pasó este arroyo y siguió la marcha chapaleando el barro de cuatro bañados hasta arribar al arroyo San Joaquín, que dista tres leguas de este punto. Este día no se pasó esta corriente de agua por estar muy crecida; solo la caballería lo vadeó y avanzó en exploraciones hasta cierta distancia de las posiciones del adversario, pudiendo observar que sus avanzadas estaban sobre el arroyo Capikicé.

El 16 se pasó el arroyo San Joaquín, y marchó el ejército en cinco columnas paralelas, dos de las cuales eran formadas por la artillería argentina y oriental y tres por la infantería aliada.

Además la caballería guardaba los flancos formando

dos columnas, teniendo por reserva al regimiento argentino 1º de línea.

Este día se avistaron las dos vanguardias á consecuencia de un reconocimiento que con 700 hombres intentó ejecutar personalmente el comandante en jefe de las fuerzas paraguayas. Este movimiento, no siendo ofensivo, no tuvo resultado y todo no pasó de un simple tiroteo, sin embargo, alarmó á la brigada del coronel Pallejas, que pasando el arroyo á las 4 p. m., sin esperar al 1er cuerpo de ejército argentino que lo estaba atravesando en ese momento, marchó veloz en socorro de la vanguardia que escopeteaba á las fuerzas paraguayas que lentamente se replegaban, avanzó rápidamente, quedando las tropas del general Paunero á retaguardia como á 3 kilómetros en razón de que el apresuramiento del coronel Pallejas fué inconsiderado, y si en vez de tratarse de la presencia de un regimiento enemigo se hubiera presentado todo el ejército de Estigarribia, indudablemente el reconocido impulso del valiente caudillo oriental le hubiera, aunque tarde, hecho conocer el error de su emulación.

Se ha dicho que este movimiento tuvo por razón contener el enemigo á cierta distancia para facilitar el pasaje del resto del ejército del general Flores; á la simple vista se destruye este argumento, que á ser exacto, hubiera traído la destrucción en detalle de una fracción del ejército, y bien entendido que aquí se trata del caso en que Estigarribia, con todo su ejército, hubiese atacado á la brigada Pallejas.

En este día, como á una legua al norte del arroyo Capikicé, acampó el ejército dividido en dos fracciones por la distancia antes indicada: tomó sus medidas de alerta para no ser sorprendido en la noche, concluyendo los preparativos para atacar al día siguiente á la división paraguaya; pero antes de describir esta carnicería que en la historia por eufemismo se denomina Batalla del Yatay, haremos un pequeño croquis de ese campo de sangre.



El arroyo de Yatay, afluente del Uruguay, nace en el bañado del mismo nombre y corriendo por una hendidura del terreno entre dos pequeñas alturas que rápidamente se aplanan en algunos lugares, se dirige hacia aquel río en una extensión de 25 kilómetros y desemboca allí á un kilómetro al Este de Paso de los Libres, formando con el Uruguay, en esa parte, un ángulo agudo. Primero corre al Sud-este, en seguida va caracoleando hacia el Este, delineando una gran curva para después volver al Sud-este en forma de un agudo recodo entrante, en seguida vuelve á tomar la figura de otra curva al Este, desembocando al fin en el río Uruguay. A 2 kilómetros y medio al Nor-este del pueblo recibe un pequeño afluente que se denomina Arroyo de la Despedida.

Entre este arroyo, la curva que diseña el Yatay, próximo á su desembocadura en el Uruguay y el pueblo

del Paso de los Libres, se extiende el terreno accidentado que forma en parte un albardón y que se denomina el Ombucito; en este paraje fué que tuvo lugar lo más reñido de la batalla.

Las tropas de Duarte, á vanguardia de su campamento, ocupaban este terreno apoyando su izquierda sobre el Uruguay y la derecha sobre el arroyo Yatay, una parte sobre el valle hondo del Ombucito entre unas quintas y arboledas.

Para mayor seguridad construyeron los paraguayos imperfectos atrincheramientos, compuestos de unos fosos que tenían un metro y tres cuartos de anchura é igual profundidad, sin parapetos, glasis ni declives, donde colocaron sus compañías de cazadores y extendieron su línea en el fondo del valle, defendiendo su frente y sus flancos por esas obras, dejando con la mayor ignorancia las alturas que la dominaban á la artillería enemiga.



Amaneció el día 17 y el rumor alegre de la alborada anunció á las descubiertas paraguayas que había llegado la hora de castigar las depredaciones que se habían cometido en las comarcas argentinas, allí, en esos territorios que en otros tiempos fueron oásis exuberantes de riquezas y que ahora la soledad del desierto anunciaba el paso clamoroso de los hunos del tirano.

Los cuerpos se ataviaron con sus uniformes de parada, con toda la pompa con que se debe presentar un soldado á una fiesta tan solemne como es aquella en que se juega la vida por una gloria, que muchas veces la asalta con arrogante braveza un héroe ignorado. El efecto era imponente, esa coquetería de los intrépidos es la única que tiene disculpa en la vanidad humana; el lujoso uniforme de la patria es el orgullo justo de esos elegantes que presumen en las magnas acciones.

A las 7 ½ a. m. se puso en marcha el ejército con dirección á Paso de los Libres, que distaba 10 kilómetros del arroyo de Capikicé, tomando en columnas paralelas, la misma formación descripta anteriormente. Es decir, en escalones, á causa del apresuramiento del día anterior de la brigada oriental: el ejército dividido en dos cuerpos. Los orientales, á la derecha, mandados por Pallejas formaban el primer escalón. Los argentinos y los brasileños, á la izquierda, bajo las órdenes de Paunero el segundo; y el tercero como reserva general á las órdenes del coronel Matías Rivero.

La vanguardia del general Madariaga había sido reforzada con la división oriental del general Gregorio Suárez.

Las fuerzas avanzadas del enemigo se replegaban lentamente y una legua antes de llegar á la altura del pueblo del Paso de los Libres, se supo recién que el enemigo no lo ocupaba y que desde el 1° de Agosto

se había mantenido en el campamento del Ombucito, media legua al norte de esta población; aquí solamente se encontraban los auxiliares correntinos y orientales que como ya lo hemos demostrado, era escasa fuerza. No deja de sorprender esta ignorancia de la verdadera situación del adversario, que solo se trasluce en el momento en que se vá á dar la batalla.

Cuando el ejército del general Flores llegó á la altura del pueblo, las guerrillas del adversario, fuéronse replegando sobre unas quintas situadas como á media legua al Norte, á la izquierda de aquel lugar.

El ejército hizo alto, y entonces el general en jefe celebró una junta de guerra con los jefes superiores orientales en la que expuso su plan y las órdenes que lo llevarían á cabo, como así mismo la intimación que se le mandaría á Duarte.

En primer lugar dispuso que la acción de la artillería tuviese en esa batalla toda la preponderancia que se debía dar á 24 piezas establecidas en las dos alturas que estaban frente á las posiciones del enemigo, artillería que no podía ser contrabatida por ningún cañón del débil adversario, arrinconado en el fondo del valle y dando la espalda á la curva que forma allí el Yatay y el río Uruguay, de modo que una vez que esos infelices 3200 paraguayos hubieran sido cruelmente ametrallados y desmoralizados por completo, recién la infantería y la caballería entraría en juego.

En ese caso la brigada oriental, desplegando sus batallones en masa, cubierto su frente por tiradores atacaría el centro y la izquierda del adversario, mientras los batallones argentinos y brasileños envolverían su dederecha.

Además, el general Madariaga y el general Suárez con las tropas de la vanguardia, cuando se hubiese entablado la acción, ocuparía una posición ventajosa sobre la izquierda, del otro lado del arroyo Yatay con el propósito de cortar la retirada al adversario derrotado, y por último la caballería oriental y argentina de ambos flancos atacaría á la paraguaya.

Este era el plan del general Flores que en este momento sólo lo ponía en conocimiento de los jefes orientales, en razón de haber quedado atrás la brigada brasileña y el cuerpo del general Paunero.

Enviado el oficial parlamentario con la intimación humanitaria al jefe paraguayo, contestó con la ironía de un soldado de Leónidas: « Dígale usted al general Flores, que no tengo órdenes del superior en ese sentido. »

En esa lacónica frase está identificada la pertinaz defensa del Paraguay. Se baten sin pericia, pero no retroceden ante la muerte que no la temen.

*

La línea roja paraguaya, en orden disperso, se movía entre los árboles de las quintas, en actitud de repliegue sobre las fuerzas que más atrás formaban el cuerpo de batalla. Esa línea presentábase oblicua apoyando su izquierda sobre el Uruguay y extendiéndose á la derecha por la margen del Yatay en dirección al Paso de las Piedras; sobre la extrema izquierda, en escalones, estaban los regimientos de caballería 28 y 26, mandados personalmente el primero por el comandante en jefe mayor Duarte, á cuyo frente iba á pelear como bueno, siguiendo los impulsos de su carácter y disposiciones militares que lo hacían inútil para dirigir como general experimentado un ejército; pero eximio para dar glorias á su patria en cargas memorables.

En la izquierda, desplegado en batalla, formaba el batallón 26. En el centro, en la misma formación, un otro cuerpo de infantería mandado por un alférez. En la derecha, el batallón 28, también en línea desplegada.

La izquierda de esta línea ocupaba lo alto de la cuchilla ó albardón que orla el Yatay y se encuentra próxima al Uruguay, y lo demás un terreno bajo que concluye en bañado que se une al arroyo Yatay. Como este arroyo y el Uruguay estaban desbordados, se veía toda esa parte baja del terreno cubierta de agua.

Aquellos soldados indiferentes al peligro que les anunciaba el retumbo del rodar de los cañones y el pisar de las cabalgaduras de sus adversarios, estaban silenciosos.

Esta línea de combatientes desalmados iban á sucumbir sin rumores desafinados de miserables charangas: habían desaparecido por pobreza de armonía; uno que otro ronco tambor ó corneta chillona alternaban al lado de los jefes que esperaban impasibles aquel ataque, traído tan simétricamente bárbaro por aquellas soberbias columnas en masa; columnas que con sus vivos y lujosos uniformes daban brillante aspecto al cuadro que ya se suponía terrible en el desenlace, haciendo contraste con esos pobres paraguayos, sin calzado y cubiertos con la ropa en girones, atestiguando una vida miserable á la intemperie, soportada con grandes trabajos bajo el yugo de la inclemencia de un terrible invierno, y de una implacable disciplina.

En esta situación no era necesario ser experto en el arte de las batallas para prever el resultado desastroso del plan militar del comandante en jefe del ejército paraguayo del Uruguay.

Obligar á Duarte sin imperiosa necesidad á aceptar, dando la espalda á un río, con 3500 hombres, y sin una pieza de artillería, un combate contra 9500 soldados, en su mayor parte veteranos, y 24 cañones, es algo que se presenta como un ejemplo excepcional en la guerra, que no tiene parangón en la historia; porque si sobra un valor estúpido, falta la malicia que casi siempre suele acompañar á los que padecen de ese mal.

Sobre todo, ¿qué propósito táctico ó estratégico se proponía Estigarribia con ese plan? Absolutamente ninguno.

*

Momentos antes de la batalla, la brigada oriental á las órdenes del coronel Pallejas que en el orden de la marcha forma el primer escalón de la formación táctica elegida para ese momento, recibió la orden personal del general Flores de desplegar por batallones en masa con distancia de despliegue y cumplía esta orden evolucionando correctamente como si se tratara de una maniobra en la plaza de armas ante una inspección de ordenanza. A la derecha formó el Florida, en el centro el 24 de Abril y á la izquierda los voluntarios Garibaldinos.

El frente de los tres cuerpos fué cubierto por el Libertad, desplegado en tiradores, con excepción de un pelotón que con la bandera se colocó á retaguardia del 24 de Abril.

El segundo escalón, ó segunda línea, denominaremos así porque como ya lo hemos expuesto, con el apresuramiento del día anterior había quedado un poco atrás, á la órdenes del general Paunero, que un momento más tarde va á maniobrar como en primera, hizo igual despliegue al iniciar su marcha, teniendo á la derecha á la brigada brasileña bajo el mando del coronel Coelho Kelly. El centro fué ocupado por la primera división argentina al mando del general Rivas, y á la izquierda por la segunda á las del coronel Arredondo. El frente de este grupo de tropas fué cubierto por las respectivas compañías de cazadores de cada cuerpo en orden abierto.

La reserva general ó tercer escalón bajo el mando del coronel Rivero, que estaba compuesta por el batallón 1° de Corrientes [1], el 3er escuadrón de artillería y por el regimiento 1° de caballería de línea, se situó á retaguardia del primer cuerpo de ejército argentino.

En este momento el adversario, á vanguardia de su campamento, extendía su línea hacia su izquierda y como sobre ese costado era imposible maniobrar á causa de su apoyo en un obstáculo insuperable como era el río Uruguay, la línea argentina y brasileña que formaba, como ya se ha expuesto, el segundo escalón, se prolongó hacia su izquierda con el propósito, de estar preparado para envolver rápidamente el flanco derecho del enemigo conjuntamente con el ataque de la brigada oriental á una parte del centro y á la izquierda del enemigo: operación que al parecer se presentaba sumamente fácil, á causa de la enorme desproporción numérica entre ambos adversarios.

Así, pues, debe considerarse esta formación con el orden de batalla del cuerpo de tropas del general Flores en la batalla de Yatay.



Cuando el ejército del general Flores arribó por el Sud-oeste frente á Paso de los Libres, se notó clara-

(1) Este batallón, mandado por el comandante Sosa, no figura en la organización que se dió en Paso Platero al cuerpo de ejército del general Paunero, por haberse incorporado después en la marcha.

mente entonces la reconcentración de los tiradores enemigos sobre los fosos de las quintas que estaban situadas á la izquierda del pueblo como á 2500 metros al Norte.

Allí, sobre una altura, se hizo alto y el himno nacional de los orientales conmovió el silencio de muerte de esa soledad de piadosos corazones; parecía que hubiese huído de allí, en ese momento, todo sentimiento por la desgracia ajena, pues no se pensaba sino en herir ó dar muerte al adversario. Aprovechó este momento el general en jefe para dictar las últimas disposiciones, ordenando ante todo la preparación del ataque por medio de la artillería de los aliados, como también le indicó al coronel Pallejas que esperase á las fuerzas argentinas y brasileñas para iniciar el ataque, después que toda la artillería hubiese hecho pedazos á la división enemiga.

Al tratar de cumplir esa orden el general Borges, jefe de aquella arma, cuando empezaba el despliegue de las baterías orientales, se vió repentinamente detenido en la evolución por algún accidente del terreno, que como obstáculo que se presentaba de improviso, impidió la maniobra; notado este contratiempo por el general Paunero, le ordenó al mayor Maldones que con sus baterías á todo galope avanzara por la derecha del escuadrón oriental y evitando los fosos, entrase en línea.

La orden fué estrictamente cumplida, desplegando en batería, sin tropiezo, y á una distancia de 500 metros rompió el fuego sobre los paraguayos, haciendo en sus filas terribles estragos; igual maniobra se ejecutaba

con las piezas del teniente coronel Nelson, produciendo el mismo efecto.

En tanto que esto tenía lugar, el general Flores se dirigía hacia el general Paunero para darle sus instrucciones, cuando se detuvo al oir repentinamente la mosquetería de los batallones orientales, y deteniéndose malhumorado, exclamó con impaciencia: «¡Ah, Pallejas, siempre Pallejas!» y se volvió á dirigir la batalla entablada antes de tiempo por este jefe.

Mientras tanto, ¿que había sucedido?

Impaciente el intrépido Pallejas, olvidando las disposiciones del general Flores, sofocado por la emulación, sin esperar los efectos desastrosos para los paraguayos y sin peligro para los aliados de la artillería, que con su sola acción hubiera ganado la batalla sin pérdida alguna, se lanzó al ataque impulsado por un amor propio exagerado que animaba la competencia que surgía en ese momento entre argentinos, brasileños y orientales, á cual iba primero más adelante, para demostrar un coraje brutal sin pericia ni discernimiento, competencia que lastimosamente podría destruir las más hábiles combinaciones de una operación, sin tener en vista juiciosamente los preceptos tácticos que proporcionarían una victoria sin riesgo, siendo esto parecido á lo que ya hemos criticado á los argentinos en el combate de Corrientes. (1)

(1) En el brillante relato del doctor don Julio Herrera y Obes, expone que fué una orden mal interpretada, pues habiéndole ordenado el general Flores al coronel Pallejas una formación táctica, creyó el

Los orientales, en cuanto coronaron la cuchilla, ya distinguieron á pequeña distancia, ocultos hasta entonces por esa altura, á la primera línea del contendor que en orden abierto se mantenían detrás de los fosos.

Los paraguayos, casi á quema ropa, rompieron repentinamente el fuego sobre los atacantes; pero los tiradores del comandante Bustamante [1] contestaron enérgicamente y arremetieron á la bayoneta contra la línea recta de los fosos, y salvando ese obstáculo insignificante, atacaron el centro, partiendo en dos fracciones á la guerrilla adversa, una parte de la cual fué envuelta por el Florida y exterminada. Como por este primer ataque habían sido rechazados los tiradores paraguayos, dejaron libre el frente de los batallones que ellos cubrían. Estos cuerpos, bien posesionados y desplegados en batalla, pero sin reserva, contestaron el ataque con una viva mosquetería que produjo sensibles pérdidas en las columnas orientales y en los tiradores del Libertad.

En este momento la caballería paraguaya, teniendo á su frente al mayor Duarte, se lanzaba con denuedo sobre la caballería oriental de nuestra derecha y sableaba valientemente á un escuadrón del Regimiento Escolta, el que introduciendo el desorden en los demás, produjo

valiente caudillo que se le ordenaba avanzara, y ¿cómo podía pensar eso cuando por ese movimiento enmudecía la artillería y dejaba á retaguardia la mitad del ejército?

(I) Batallón Libertad.

su dispersión á pesar del valor desplegado por el coronel Flores que rompió su lanza en el entrevero. [1]

Iguales ventajas obtenían los jinetes paraguayos sobre las demás tropas de caballería oriental, al mando del coronel Pérez que era herido en el entrevero, despejando por un momento esa parte del campo de batalla, hasta el punto que algunos cuerpos de infantería formaron cuadro [2] cuando supusieron que la caballería paraguaya triunfante los atacaría.

Este contraste de una parte de la caballería oriental, había tenido lugar á causa de una errónea formación táctica; pues había sido colocada á vanguardia y retaguardia de un bañado, lo que impidió por el momento la sucesión de esfuerzos. [3]

En esta emergencia, los dispersos de la caballería mezclados con los paraguayos se vinieron sobre el San Nicolás y el 1° de línea, pero formando grupos en guerrilla, despejaron su frente y rompieron el fuego sobre amigos y enemigos.

Esta situación fué momentánea como son siempre en la guerra estas rápidas escenas de la tragedia de la muerte; el general Castro [4] tomando entonces algunos

---

(1) Schneider.

(2) Relato del general Duarte.

(3) Relato del general don Donato Alvarez.

(4) Relato del doctor Herrera y Obes.

regimientos orientales intactos, que no se habían dispersado y el regimiento argentino San Martín, atacó á los paraguayos que en desorden no guardaban su formación, y los rechazó sobre los fuegos de la infantería, donde sufrieron grandes pérdidas.

Cuando los cuerpos orientales se vieron libres de aquel ataque, se lanzaron sobre los batallones paraguayos, al mismo tiempo que los argentinos y los brasileños, concluían el movimiento envolvente sobre su derecha, de modo que en un momento más iba á quedar el adversario completamente encerrado en un hemiciclo mortal, dando la espalda al arroyo Yatay y al río Uruguay, fué entonces que impaciente y ardoroso el coronel Rivero de su papel pasivo, ordenó á las tropas de reserva que él mandaba que tomasen la vanguardia, pasando por el intervalo que existía entre la infantería de los argentinos y la extrema izquierda de la línea de batalla, y solo empujado por su decisión intrépida, sin orden superior, tomó resueltamente la ofensiva sobre el enemigo. (1)

El 1° de caballería de línea con el coronel Segovia á la cabeza, seguido por el batallón 1° de Corrientes, en cuanto encontró campo libre, como una fiera que se escapa de su encierro, se lanzó, enarbolando sus históricas armas, sobre un grueso batallón paraguayo que

(1) En las relaciones del general don Joaquín Viejobueno y del coronel Meana manifiestan la intención del coronel Rivero antes del combate de no tener un puesto pasivo.

en su derecha, en momentos en que se movía en desorden, se reconcentraba sobre un grupo de árboles. Los paraguayos trataron de resistir, entonces se vió que se cruzaron en riña heróica las lanzas y las bayonetas, pero fueron vencidos por el impulso de los caballos aquellos soldados sin brújula que vagaban desorientados, sin objetivo ni formación táctica, y lanceados y sableados en sangriento retroceso llegaron hasta la margen del arroyo, pero allí, apoyados por otra fuerza desesperada y heroica, se rehicieron y rompieron un certero fuego sobre el regimiento argentino, que á pesar de su valentía y reconocida pericia, no pudo seguir adelante á causa de ser el terreno muy pantanoso en el que los caballos se encajaban hasta el encuentro y no podían avanzar sin hundirse en la ciénaga. En esta situación fué forzoso ordenar el repliegue y sufriendo algunas pérdidas, entre ellas la de su intrépido abanderado, el gallardo regimiento tuvo que retroceder dividido en dos fracciones, ostentando siempre un orden digno de elogio; pero no estuvo ocioso, porque en seguida el escuadrón del capitán Maldonado atacó la caballería paraguaya que en ese momento era arremetida por el general Castro y cooperó á su completa derrota.

Nuestra izquierda entonces, que la constituía la 2ª división del coronel Arredondo, que á su frente en ese momento no tenía enemigo [1] porque rebasaba la derecha del adversario, mientras la primera división

---

(1) Relación del general Uriburu.

de Rivas y la brigada brasileña de Kelly avanzaban de frente, cambió de frente á la derecha; y se lanzó á paso de trote sobre ese flanco del adversario, envolviéndolo completamente: á mansalva lo atacó con la mayor vehemencia poniéndolo en completa derrota, en momentos que el batallón 24 de Abril y voluntarios Garibaldinos se encontraban bastante comprometidos á causa de no poder avanzar por lo pantanoso del terreno, soportando impávidos, en esa posición, el terrible fuego de los paraguayos. (1)

Más de 300 prisioneros quedaron en poder de los argentinos y brasileños.

Esta maniobra contribuyó más rápidamente á decidir la batalla, porque mientras los paraguayos recibieron el ataque de frente, y aunque descalabrados por el Florida que se les metió como una cuña, teniendo su caballería triunfante, la victoria no estaba aún completamente decidida.

En tanto que esto sucedía, la caballería paraguaya, como ya hemos expuesto antes, á pesar de su primer ventaja dispersando una parte de la caballería oriental, había sucumbido toda al esfuerzo numérico y astuto de esta misma caballería y la argentina, que abriéndole calle (2) en sus últimas desesperadas cargas, la atacaron por el flanco y haciéndola trizas fué

(1) Relato del doctor Herrera y Obes.

(2) Relato del general Arredondo.

instantáneamente dispersada por completo, cayendo prisionero de la infantería argentina el mayor Duarte después de haber visto con la más profunda pena desaparecer para siempre sus bravos jinetes paraguayos.

Esto había pasado rápidamente, pero los paraguayos de la infantería, mientras vieron que su caballería se sostenía, resistieron con bizarría sin pensar ni remotamente en rendirse, á pesar del gran número de sus enemigos. Un momento antes de estos sucesos, como ya lo hemos expuesto al principio, los batallones orientales se lanzaron sobre los paraguayos, que desplegados en batalla á vanguardia de su campamento, hacían un fuego terrible; pero la infantería de Pallejas, á la bayoneta, los arrolló contra el campamento donde trataron de rehacerse; pero allí fueron nuevamente cargados y aunque en un terrible desorden siguieron combatiendo. Era aquello una ratonera sin escape; la jauria en todas partes, el círculo de fuego cada vez se cerraba más. Fusilamiento atroz, sin tregua ni descanso.

Mientras esto sucedía, la artillería había enmudecido, es decir, las 24 piezas que debían decidir la acción sin derramamiento de sangre por parte de los aliados limitaba su terrible acción á unos cuantos cañonazos, á causa de la famosa competencia aliada que en esos tiempos dominaban sus ejércitos.

Los paraguayos, atacados tan violentamente por los soldados aliados, que empeñosos todos querían tomar

parte en aquella inmolación despiadada, arremetidos por todas partes y ametrallados por los cañones del mayor Viejobueno, que en un momento pudo tomarlos de flanco, una fracción trata de correrse á la izquierda buscando el Paso de las Piedras sobre el Yatay, pero alli encuentran la caballería de Madariaga y Suárez que los acuchilla y los toma prisioneros; otros que se refugian sobre la boca del Yatay, pasan al otro lado del arroyo y siguen peleando, pero también son todos muertos ó prisioneros con excepción de unos 200 que se arrojan al Uruguay y nadando llegaron hasta una isla que está allí próxima.

En este momento de la horrorosa escena estos infortunados paraguayos, rodeados completamente recibían una corona de fuego que los abrumaba.

Desde este instante ya no hubo batalla, sino matanza, se había perdido la formación, en desorden, no se vé sino pequeños grupos que reciben la muerte de pie: fusilados, bayoneteados por la infantería y acuchillados por la caballería oriental, el San Martín y el 1° de línea argentinos y otras fuerzas que se corrían por la margen del Uruguay atacando su izquierda, los paraguayos dispersos ya no atinaban á resistir; sin embargo, uno que otro aun vendía cara su vida: metidos hasta la cintura en la ciénaga que formaba el terreno bajo próximo á la barra del Yatay, donde los cuerpos orientales, hundiéndose en el barro, los perseguían sin piedad, concluyendo por fin el encarnizamiento á las dos y media de la tarde, cuando

el brazo cansado no podía ya dar muerte ó no encuentra á quien darla, aunque el combate verdadero no había durado más que una hora y media.

Era repugnante aquel escenario sangriento extendido sobre un pantano de ceniciento lodo, salpicado por innumerables manchas rojas donde yacían los cadáveres medio insepultos entre el barro, y los heridos esperando la hora de la compasión; porque ya el momento de los salvajes instintos había pasado; y amortiguado ese bárbaro frenesí, recién se recordó entonces la consideración que se les debía á esos valientes paraguayos, abnegadas víctimas de su mala fortuna encarnada fatalmente en la ineptitud del que impera.



Esta batalla fué decisiva para las operaciones de los ejércitos paraguayos, en Corrientes sobre todo, para los que tenían lugar al este de la laguna Iberá y muy particularmente para la columna de Estigarribia, estúpidamente comprometida en la Uruguayana, tanto por las pérdidas materiales como por la influencia perniciosa que ejercería sobre el ánimo de López que veía perfectamente fracasado su plan de campaña. Además, la influencia moral fué de gran trascendencia para esas infelices comarcas que habían sido impunemente devastadas por el invasor. Desde ese momento el poder paraguayo fué efímero, y desapareció el terror que infundían.

Yatay costó á los aliados 340 hombres fuera de combate, personal de primer orden, de los cuales había 6 oficiales y 83 individuos de tropa muertos y 37 oficiales y 257 de tropa heridos.

Entre los heridos se encontraban los coroneles Fidelis, Máximo Gómez, [1] Pérez y Regules y los mayores Tabares, Solano, Olleros, y Bustamante contuso; y muertos, un médico. Aquí tenemos el triste resultado de la preocupación de mostrar el valor en cualquier caso; un médico muerto por no haber estado en el lugar que le señalaba su santa misión, la de curar y aliviar heridas y dolores, tan luego en la división oriental donde era tan escaso el cuerpo de sanidad.

Los paraguayos tuvieron 1700 muertos, 300 heridos y 1200 prisioneros, 4 banderas, 2 fueron enviadas á Buenos Aires y 2 à Montevideo, casi todo el armamento, 8 carros y todo el bagaje.

El efectivo de la fuerza de los paraguayos debió alcanzar, con los correntinos y orientales auxiliares á 3500, de los cuales habían perdido 3200, solo se habían salvado algunas plazas de caballería entre éstas una parte de los auxiliares, pues los que habiéndose arrojado á nado habían pasado á la isla del Uruguay en su mayor parte fueron también tomados.

Después de la batalla, perfectamente atendidos fueron los heridos del enemigo y se dieron por muy fe-

---

(1) Tumbado de un bolazo en la cabeza.

lices al encontrarse en poder de sus adversarios, que aunque en el encarnizamiento de la lucha habían sido un poco crueles, durante ese frenesí bárbaro é instintivo de la batalla, se admiraban después al sentir la piedad de los aliados, que no daban muerte á los prisioneros como lo había ordenado el Mariscal López á Estigarribia, cuya orden era conocida por todo el ejército paraguayo y hasta repugnada por algunos de sus jefes.



La crítica de esta batalla es tan clara, y circunscrita á determinados puntos que no se escapa á la observación más simple.

Por la parte de los aliados la marcha y junción estratégica de Flores y Paunero, recorriendo ambos, por líneas de operaciones convergentes, un trayecto de 480 kilómetros, salvando serios obstáculos como ríos caudalosos y grandes extensiones de terreno encharcado, asumiendo el cálculo proyecciones matemáticas, alcanzando aquellas jornadas de invierno, á pesar de tantos contratiempos, hasta la más estricta puntualidad en la magna cita de esas dos dilatadísimas líneas de convergencia bélica, todo esto es digno de admiración, del mismo modo que las disposiciones tomadas antes de la batalla por el general Flores; pero todo desaparece con menoscabo del sublime arte cuando da comienzo el combate sin la preparación terrible de la artillería, la que solo bastaba para decidir el triunfo en favor de los aliados, triunfo que cuesta el sacrificio de 350 hombres

inútilmente arrojados á la muerte por el amor propio exagerado y sin criterio de jefes que no comprendían que la batalla más espléndida es aquella que se gana sin derramamiento de sangre por parte del triunfador y sin arrostrar ningún peligro; ese ímpetu ardoroso, irreflexivo, que más tarde nos sacrificó con grande sentimiento del ejército aliado al héroe, á quien en este momento por veneración al arte criticamos, y que fué causa del ataque prematuro en la batalla de Yatay, lo veremos en adelante ponerse alguna vez en práctica como norma de combate, tanto por argentinos como por orientales y brasileños: era mal de la época.

Ya en Corrientes había sucedido lo mismo, costando aquella victoria de cruzados, la tercera parte de los combatientes, y sumando las pérdidas que pudieron economizarse en Corrientes y en Yatay, nos dará un batallón de 650 plazas, flor de tropa veterana, que les era muy difícil reemplazar en esa circunstancia á los aliados, decimos difícil, porque la mayor parte del ejército aliado en el comienzo de la guerra se componía de soldados bisoños.

Conociendo históricamente la responsabilidad que asumía el coronel Pallejas, al anticiparse al momento oportuno del comienzo de la batalla, expone que al ordenarle el general Flores que formase sus batallones en columna y cubriese su frente con tiradores, él entendió que debía atacar. No se puede creer eso en un militar de la ilustración y experiencia de aquel jefe. Una orden preliminar de formación de combate nunca se po-

dría confundir con la orden de ataque, que en consonancia táctica con otros movimientos del campo de batalla, solo se da en momentos solemnes, más cuando, tan á las claras, la artillería no había principiado á preparar ese avance formidable, y el general Flores se había alejado á retaguardia á dar sus instrucciones á Paunero. Por otra parte, la exclamación de este egregio caudillo demuestra á las claras su desagrado.

Así, tanto el coronel argentino Rivero, abandonando la reserva para batirse en primera línea, como el jefe oriental que asume esta crítica, pudieron ser paladines de lucha, pero no estuvieron á la altura de su misión. No hay que culparlos, era moda de esos tiempos.

Volviendo á Yatay, hiere el alma aquel cruento desenlace; porque funcionando la artillería en todo su furor, los paraguayos, rodeados por 9500 hombres de los cuales 4000 eran de caballería, y dando la espalda á una corriente de agua, después de los primeros efectos desastrosos de la artillería, hubieran tenido que rendirse, y de no hacerlo, la responsabilidad de su sacrificio inútil no pesaría jamás sobre los aliados.

Ante la historia, Estigarribia es brutalmente responsable de aquel suceso tan inexplicable: él condena á ese núcleo de valientes paraguayos á morir, vendiendo cara su vida, con esa orden de estilo bárbaro, ni remotamente asume el caso de una táctica y prudente retirada, en vista de un desastre positivo que se anuncia lejano con un cálculo atroz, para que él, después de representar una inhumana tragedia de sangre con infelices

prisioneros, que hace degollar sobre la eminencia de un collado, destruyendo horrorosamente una comarca rica, floreciente y feliz, se rinda ridículamente habiendo antes en ese miserable escenario representado el papel de un ampuloso Leónidas, olvidando imponer enérgicamente siquiera los honores de la guerra, rechazando por lo menos un asalto. Oh! todo eso es sencillamente la tragedia de un comediante.

Y lo más digno de notar es que Estigarribia había probado ser un hombre excesivamente valeroso y capaz, en este sentido, de cualquier exceso. (1)

La crítica sobre Duarte es inoportuna, se clavó allí por *orden superior*, é hiriendo la sátira su amor propio nacional se le obligó á pelear, y peleó desesperadamente haciendo todos los esfuerzos imaginables para salvar el honor de las armas paraguayas. Cuando él vió que iba á ser rodeado cubrió su espalda con el arroyo Yatay, no podía, en su caso de táctica ruda, hacer otra cosa; le ordenaron que se clavara allí para morir y así lo hizo; sin embargo, debió mantener una reserva y pudo haber podido dar á la fortificación que lo amparaba más perfectos abrigos y más resistentes parapetos que los que empleó, tiempo tuvo de sobra; pero era neófito en la guerra. No es arte para los ignorantes.

Así consideramos que la gloria del Yatay está en la maniobra estratégica que conduce á esa fácil victoria,

(1) Relación del entonces mayor Salvañach (hoy coronel).

debida en parte á la ineptitud del jefe de las fuerzas del Uruguay y no al esfuerzo de 9500 soldados de primer orden, con 24 cañones, contra los 3200 paraguayos, sin ninguna fuerza de artillería, y en el sacrificio de aquel grupo de paraguayos, que entrando por primera vez en fuego, reciben la muerte y la dan firmes en sus puestos como viejos legionarios, sobre todo su caballería que demostró ser de mejor calidad que su infantería. [2]

Estigarribia, autor de este orden de cosas y responsable absoluto del desastre, ante Flores y Paunero fué un chambón jugador de la guerra, ni en sueños pudo vislumbrar la esperanza de la victoria.

Sin embargo, si él con todas sus fuerzas, en los primeros días de Agosto, que es cuando estaba libre su acción de maniobra y en la época que tuvo conocimiento de la aproximación de Flores y Paunero, hubiese pasado el Uruguay y dado la batalla con un ejército de 10.000 hombres, tal vez, el resultado hubiera sido problemático, teniendo en vista la actitud de los aliados que acabamos de describir; porque si es verdad que en infantería y en artillería estos se presentaban superiores en número y calidad, en caballería y en paciencia sucedía todo lo contrario; mas cuando la imperfección de las armas de aquella época favorecía el empuje brioso de la caballería paraguaya, ya siendo en número y calidad en su mayor parte de primer orden, en razón de que estaba constituída por tropas veteranas; [1] en cuan-

(1) Relación del general Duarte.

(2) Con excepción del 1er Regimiento de caballería de línea argentino y algún otro oriental, todo lo demás eran tropas nuevas.

to á la impaciencia de sus contrarios, es probable que de ella hubieran los paraguayos sacado alguna ventaja.

Mas nuestra crítica más seria recae sobre el destino que se le dió á una parte de los soldados prisioneros.

Hay algo de bárbaro y deprimente en ese acto inaudito; obligar á un soldado á que haga fuego contra su bandera es un hecho sin ejemplo; y aunque fuera voluntario, jamás se debió recibir en las filas de los aliados á un ser tan vil que por su propia voluntad se presta á ese infame papel, formando al lado de los que acababan de derramar á torrentes la sangre de sus compatriotas en una guerra extranjera.

El coronel Pallejas, en su bien escrito diario, escribe con sentida pluma: « 51 prisioneros han sido destinados al cuerpo; pobre de mi querida bandera confiada á semejante gente.... » Frase es esta de lapidaria estructura que no se borrará jamás.

En otra parte agrega: ....—« hasta repugna el dar armas á estos pobres hombres para que peleen contra su pabellón nacional y claven las bayonetas en el pecho de sus propios hermanos ».

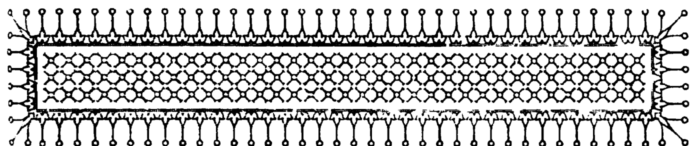
Este hecho inhumano no tiene disculpa, y la rectitud de la historia no debe silenciar ni disculpar hechos tan execrables.

Sin embargo, debemos de hacer una excepción con la legión paraguaya. Este cuerpo libertador se formó

en Buenos Aires con el propósito de militar en las filas del ejército aliado. En su seno se albergaron todos los expatriados y perseguidos por la sangrienta dictadura del Paraguay, haciendo flamear en el batallón sagrado la bandera redentora de su patria. Como se ve, pues, el caso es muy distinto.

Ahora trataremos de la operación sobre la Uruguayana.





Uruguayana

CAPÍTULO IX

Después de Yatay.—Intimación de los aliados á Estigarribia.—Arrogante contestación de éste redactada por el padre Duarte.—El general Flores apresura el paso del río Uruguay.—Estigarribia intenta una salida y comete el error de encerrarse de nuevo el mismo día en la Uruguayana.—División de la opinión de los jefes de la plaza.—Comisión del general Castro.—Organización del asedio y sectores importantes.—Efectivo del ejército aliado sitiador.—Controversia sobre la preeminencia del mando y sobre las operaciones militares contra la plaza sitiada.—Junta de guerra del 2 de Septiembre.—Sesión borrascosa.—Se resuelve pasar á Estigarribia la segunda intimación.—Enérgica contestación.—Comentarios sobre este documento.—Tamandaré en vista de esta crítica situación, resuelve ir en procura del general Mitre.—Estigarribia solicita la salida de la plaza de la Uruguayana de las bocas inútiles.—Misión del coronel Iturburo y del comandante Decoud.—Conmovedora entrevista entre estos jefes y Estigarribia.—Torpeza ejercida con las familias arrojadas de la plaza.—El general Mitre acude con algunas tropas de infantería.—Continúa la controversia del mando.—Arribo del Emperador.—Recibimiento entusiasta.—Resuelve la cuestión.—Opiniones de Nabuco sobre este incidente.—Situación lamentable de Estigarribia.—Plan de ataque redactado por el general Mitre.—Aprobación por el general Barón de Porto Alegre.—Ultima intimación.--Rendición de la plaza.—Observaciones.

La noticia del desastre de Yatay cundió rápida en todos los ámbitos de las naciones aliadas, como una explosión de venganza satisfecha.

Los pacíficos habitantes que más habían sufrido aquella desolación andante, esas familias aterrorizadas por la degradación y el asesinato que sin piedad se ejecutaba en todas las clases sociales, respiraron entonces, y se irguieron las víctimas de un momento antes, soberbias é iracundas, recordando la saña de aquel bárbaro que se llamó Estigarribia, y de aquella humillación tan cruel pasaron á una loca alegría que afianzaba la moral del triunfo, olvidando en seguida todos los atropellos y pasados sufrimientos, hasta de pedir cuenta de los crímenes de la invasión, poniendo entonces en contrapeso los actos de la barbarie con el buen trato que se daba á los prisioneros irresponsables.

El general Mitre, plenamente satisfecho de los primeros resultados de su plan de guerra, se dirigió al general Flores, indicándole la necesidad de activar la operación sobre la Uruguayana; porque sin destruir completamente las fuerzas paraguayas de Río Grande, era imposible ejecutar el movimiento estratégico sobre la derecha del ejército invasor de la provincia de Corrientes, suponiendo, como es natural, que noticiado el dictador paraguayo del descalabro de su izquierda, trataría de evacuar completamente la comarca dominada. Otra cosa no podía hacer, pues ya era tarde para acudir con su derecha á proteger su descalabrada izquierda.

Así, pues, no había tiempo que perder, de manera que mientras se cercaba á la Uruguayana, se aprontaba al ejército de Concordia á emprender operaciones sobre el centro de la provincia de Corrientes, tomando por objetivo á Mercedes y Curuzú-Cuatiá, donde se reconcentrarían también, por marchas convergentes, las tropas que hubiesen concluído la operación sobre la Uruguayana.

Como se ve, todo obedecía á un plan sencillo, metódico en su conjunto y meditado en sus detalles, que era llevado á cabo con una precisión admirable, lo que como es natural, presentaba la resultante de un cálculo justo.

Persistimos en estas demostraciones; porque es oportuno poner de relieve tales operaciones y éxitos concluyentes, con el propósito de poder combatir con verdades irrefutables á los detractores de la guerra del Paraguay, cuyas críticas han sido siempre apasionadas, sin tener alguna vez la más ligera noción práctica de ciertos hechos de aquella difícil contienda, hoy plenamente justificada su demora con el ejemplo que nos ha presentado la guerra anglo-boer.

Comprendiendo el general Flores el efecto moral y material que debió haber producido en Estigarribia la derrota de Yatay, aquel contraste irreparable que le privaba de una tercera parte de sus mejores tropas, y de ese inmenso almacén de víveres y base de operaciones que constituía la rica comarca argentina, hizo com-

parecer ante su presencia al teniente Zorrilla, uno de los oficiales paraguayos prisioneros de Yatay, y entregándole un oficio que tenía la fecha del 19 de Agosto, le ordenó que lo condujese al jefe de las fuerzas paraguayas de Río Grande.

Además de este documento, los generales Canevarro y Caldwell dirigieron, por nota separada, otras proposiciones al caudillo paraguayo, en cuyos oficios manifestaban, aunque en diferentes términos, las mismas proposiciones del general Flores.

Esas notas estaban apoyadas en indiscutibles razonamientos, invocando los sentimientos humanitarios de los aliados á fin de evitar un derramamiento de sangre inútil, haciéndole ver al mismo tiempo al jefe paraguayo, la inutilidad de la resistencia después de la batalla de Yatay, ante las numerosas fuerzas que bloquearían y asaltarían la plaza. La nota del general Flores había sido escrita en estilo enérgico, cuyo laconismo revelaba la seguridad en el triunfo y la pluma de su distinguido secretario el doctor don Julio Herrera y Obes.

La nota decía así:

El Presidente de la República Oriental
y general
en jefe de su ejército.

Cuartel general en marcha, 19 de Agosto de 1865.

En el deseo de evitar la efusión de sangre que V. S. inútilmente va á hacer derramar, pues que está completamente perdido, dirijo ésta á V. S. para hacerle sa-

ber que en este momento me estoy preparando para hacer pasar mi ejército que consta de 8000 infantes con 40 piezas de artillería y 4000 hombres de caballería, con la resolución de irlo á batir. Por esta razón le propongo se rinda prisionero con su ejército, ofreciéndole, bajo mi palabra de honor, todas las garantías que V. S. puede desear para su persona, jefes, oficiales y tropa que serán tratados como amigos.

Los aliados no hacen la guerra á los paraguayos, sino al tirano López que los gobierna y los trata como á esclavos, nuestro propósito es darle libertad é instituciones, nombrándoles un gobierno por libre elección. Recuerde comandante Estigarribia que si fueran obtenidos esos resultados V. S. puede ser uno de esos hombres de la República paraguaya, salvando sus compatriotas de la muerte y de la ruina. V. S. entiéndase conmigo y tenga fe que no lo engaño, porque no soy político y le hablo con la franqueza de un soldado. No esté engañado. El general Mitre sigue de cerca al ejército paraguayo con más de 36.000 hombres, y V. S. no tiene quien lo salve. No demore en aceptar el único medio de salvación que tiene.

Dios guarde á V. S. muchos años.

VENANCIO FLORES.

Nota: espero hoy mismo la respuesta. (1)

---

(1) No habiendo podido conseguir el original, hemos tenido que traducir este documento del portugués.

El parlamentario fué muy bien recibido por Estigarribia: la adversidad empezaba á modificar aquel cruel carácter, contrariando de un modo absoluto las sanguinarias órdenes de López; y en seguida de tristes expansiones donde entrarían, por cierto, los episodios de la sangrienta derrota de Yatay, un día después fué despachado con una contestación negativa, escrita en estilo patriótico y enérgico, dirigida por nota separada á los generales Flores, Caldwell y Canavarro.

La redacción era del padre Duarte, vigilante consejero é inspirador de los desaciertos de Estigarribia: especie de temible convencional del terror, destacado en su ejército, como la sombra de López con sotana.

La nota al caudillo oriental decía así:

Cuartel general en marcha, 20 de Agosto de 1865.

VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY

Señor general en jefe, brigadier don Venancio Flores:

Ayer de noche, bastante tarde, recibí la carta fechada de ese mismo día, la que me fué entregada por el teniente prisionero de guerra don José Zorrilla, quien entregará á V. E. mi respuesta.

Leí con la mayor atención la precitada nota, á fin de responder como un militar de honor á quien el supremo gobierno de su patria le ha confiado un puesto delicado.

En consecuencia, debo declarar á V. E., que como militar, como paraguayo y como soldado que defiende la causa de las instituciones é independecia de su patria, rechazo la propuesta de V. E. por cuanto mi gobierno está firmemente resuelto á pugnar por sus derechos, y á mantener la integridad y el equilibrio de los estados del Plata, aun admitiendo, como V. E. lo declara en la nota que contesto, estar yo perdido y no deber esperar protección de los ejércitos del Paraguay, mi honra y la obediencia que debo al supremo gobierno de mi patria me prescriben el deber de preferir la muerte á entregar las armas que nos confió S. E. el señor presidente de la República para que yo defienda los derechos de tan noble causa contra un enemigo extranjero.

Los jefes, oficiales y soldados de esta división que mando, son del mismo parecer y están todos dispuestos á sucumbir en el campo de batalla antes que aceptar una proposición que deshonraría y llenaría de eterna infamia el nombre del soldado paraguayo.

Contento con la posición modesta que ocupo en mi patria, no quiero honores ni glorias con agravios para mi patria, y en provecho de algunos desleales paraguayos consagrados al provecho de la conquista extranjera.

Como yo, toda la división bajo mis órdenes, desea con ansia el momento de probar á V. E. que el solda-

do paraguayo no cuenta el número de sus enemigos, ni con ellos transige cuando defiende caros y nobles intereses. (1)

Dios guarde á V. E. muchos años.

ANTONIO ESTIGARRIBIA.

Cuando se piensa en la situación de Estigarribia y el estado en que debía estar su ánimo en esos momentos, se conjetura, que al rechazar la intimación sin entrar siquiera en negociaciones, que en su espíritu y en el de sus compañeros existía el plan de poder abandonar la plaza y ejecutar una retirada á estilo de la de Jenofonte ; sin descontar, por cierto, por nuestra parte, de ese proyecto verdaderamente militar, la gran dosis de indolencia tropical que en esa emergencia embargaba sus actos.

Meditando su situación debió ver que no tenía otro camino, después de la derrota de Yatay, que fuera honroso y pericial, sino abandonar la Uruguayana intentando, por cualquier medio, una retirada enérgica ; ó morir heroicamente entre las ruinas de la desolada villa, pero él no tenía la culpa de haber saltado, sin hechos que lo motiven, de sargento á general.

Estigarribia, si persistía en clavarse en la Uruguayana, no demostraba que obedeciera á un plan cimentado en

(1) No teniendo á la vista el original, lo hemos tenido que traducir del portugués.

un buen principio militar; porque, si acaso contaba con el auxilio del ejército del Paraná, necesitaba éste mayor tiempo para arribar á la costa del Uruguay que el que precisaba la plaza para rendirse, cuyo recinto mal fortificado, cada vez sería bloqueado con mayores fuerzas. Así, todo era en vano, estaba encerrado en este círculo de fierro, ó rendirse ó retirarse. Mas al referirnos á este prudente movimiento es sobrentendido que debió tener lugar inmediatamente después de Yatay, pues con anterioridad ya hemos dado nuestro dictamen sobre lo que debió hacer, no digo un general, sino cualquier soldado que hubiera tenido la más pequeña dosis de la experiencia de la guerra.

Parece que al fin se sintió el jefe paraguayo iluminado por una buena inspiración y trató, como veremos en seguida, en abandonar la plaza; pero, como siempre este movimiento no obedeció á un plan determinado.

Cuando Estigarribia se cercioró positivamente del gran error que había cometido y se reconoció metido en un atolladero sin salida, tentó, el 19 de Agosto, el mismo día que recibía la primera intimación, es decir, dos días después de la derrota de Duarte, una salida, pero fué infructuosa por su falta de acción enérgica en la operación que intentaba.

Al efecto quemó toda la impedimenta que no podía conducir: como despedida de bárbaro hizo lo mismo con algunas casas, y aligerado su ejército en lo posible emprendió la operación por el camino de Itaquí, con-

duciendo algunas carretas y ganado. Apenas había caminado 2500 metros cuando se vió su marcha interceptada por la división Canavarro que le cerraba el paso y lo obligaba, con esa sola actitud, sin tentar la suerte de una batalla, á encerrarse de nuevo en la Uruguayana el mismo día á la tarde. (1) El combate que por esta causa tuvo lugar fué sin importancia alguna, simplemente se redujo á unos cuantos cañonazos y á un pequeño tiroteo entre las partidas de la vanguardia.

Por esta maniobra retrógrada confesaba Estigarribia su impotencia y su ineptitud, y el absurdo militar que había cometido dividiendo sus fuerzas; pero más error que todo eso, constituía la falta de energía para perforar la línea de Canavarro, que casi en su totalidad estaba organizada con milicias de caballería, que hasta ese momento no se habían podido medir con sus paraguayos. Estigarribia era un hombre intrépido, á no dudarlo, pero después del desastre de Yatay se había vuelto tímido ante las responsabilidades. Si no se encontraba fuerte con su excelente división de las tres armas para batir á la miliciana división de Canavarro, (2) ¿ cómo lo estaría para combatir al ejército triunfante del general Flores unido á esa división y á otras fuerzas brasileñas que se iban reuniendo, y que pronto cercarían ese desgraciado pueblo á quien el cruel invasor había tratado tan mal ?

(1) Según las memorias de Centurión, Canavarro esquivó el combate; si así fuera, ¿ por qué no continuó Estigarribia su retirada ?

(2) En ella solo existían 3 cuerpos de línea.

Al regresar Estigarribia á la Uruguayana, sin tentar en campo abierto perforar la columna de Canavarro, como más arriba hemos expuesto, demostraba su falta de pericia, y que desconocía por completo las draconianas y justicieras leyes de la guerra que con tanto acierto rigen para esos casos, en que se prevee la debilidad del hombre, leyes que castigan con la pena de muerte al que se rinde en campo raso; porque no se concibe que pueda faltar un supremo arranque á un corazón heroico en esos momentos, como no le faltó á Osmán Pachá en el sitio de Plewna. Así la situación que asumía el jefe paraguayo pudiera muy bien equipararse con aquella, para la cual es inexorable la justicia militar. El caudillo paraguayo encerrándose de nuevo en la Uruguayana, donde debería ser cercado más tarde por más de 17.500 hombres, amenazado por una artillería irresistible, y obligado, por consecuencia de su mala dirección y propia debilidad á rendirse más tarde, sin haber por lo menos rechazado un asalto, está en ese caso; humillando así el pendón paraguayo, que solo fué pendón de valientes en la guerra del Paraguay.

Estigarribia volvió hambriento y abatido á guarecerse en la Uruguayana, sin haber sido hostilizado por las tropas brasileñas: sin duda obedecían al plan de arrinconarlo en aquella plaza para rendirlo á discreción. Una vez allí convocó una junta de guerra cuyas opiniones se encontraron bien pronto divididas. Unos opinaban que debía embarcarse burlando en una noche obscura la vigilancia de la escuadrilla brasileña, y desembarcar al sud de Restauración, donde no existían fuerzas alia-

das, para desde allí atravesar la provincia de Corrientes dejando á la derecha la laguna Iberá y á gran distancia la izquierda del ejército aliado de Concordia, consiguiendo, con esta audaz operación, poder ejecutar su junción con el ejército de Resquín. Contra este dictamen se oponía el de los orientales que pretendían el avance sobre su territorio con el fin de sublevar el partido blanco. No sabemos cual de estos dos proyectos halagaría á Estigarribia ; más tarde, como lo veremos enseguida, empezó á aglomerar elementos para pasar el Uruguay ; pero notando al fin que esa operación sería imposible, porque las cañoneras brasileñas lo impedirían, como las fuerzas del general Flores que lo acechaban del otro lado del río, se circunscribió entonces á perfeccionar sus atrincheramientos construyendo abatidas de árboles, al mismo tiempo que arrasaba muchos edificios en contorno de la plaza para despejar completamente el campo de tiro. Preparación era esta que acusaba el proyecto de una enérgica resistencia.

Este mismo día á la tarde, había arribado frente á la Uruguayana el general Marqués de Souza, entonces barón de Porto Alegre, y asumía inmediatamente el mando en jefe de todas las tropas brasileñas en operaciones en la provincia de Río Grande.

El hambre y el desaliento, cundió muy pronto en las filas de aquellos infelices paraguayos, restos de ese hermoso ejército de 12.500 hombres, de los que apenas quedaban en pie 7000 extenuados, concluídos por las

enfermedades causadas por los excesos de los alimentos á que sus estómagos no estaban acostumbrados, y heridos moralmente por la casi exterminación de la columna de Duarte, cuyo acto sangriento había acontecido en su presencia; con el corazón palpitante distinguieron aquel fusilamiento en masa; así pues, ese grupo de soldados con hambre y dolorido, estaba pronto destinado á desaparecer por las enfermedades; [1] ó á rendirse, para lo que solo se esperaba el momento oportuno.



Ya totalmente abatido el dominio paraguayo sobre la margen argentina del Uruguay, era necesario, para completar aquella obra salvadora, limpiar el territorio correntino comprendido entre el Iberá y la Candelaria de los destacamentos paraguayos que llevaban á ejecución la más horrible depredación de la fortuna privada, pues continuamente pasaban al Paraguay inmensos trozos de hacienda vacuna y cuanto caballo encontraban á mano; al efecto, el general Flores, después de preparar todos los elementos con que debía emprender operaciones sobre Uruguayana, ordenó al general Castro que el 30 de Agosto, con una fuerte columna de 1500 jinetes, después que él hubiese pasado el Uruguay, marchase hasta el pueblo de La Cruz y al mismo tiempo que se situaba allí de observación

---

(1) Había día que morían 15 y 20 soldados.

atacase los destacamentos enemigos que por esos lugares merodeaban; prolongando su radio de acción hasta la costa del Alto Paraná, manteniéndose en esa actitud hasta que se resolviera el problema final de la campaña de Río Grande.



Ya todo preparado, dió comienzo el día 21 de Agosto el pasaje del río Uruguay por la infantería y la artillería del ejército del general Flores, durando esta operación hasta el 30, en cuya fecha los aliados ya cercaron la plaza. A pesar que en el día del pasaje habían llegado los vapores *Tacuary*, *Tramandhay* y dos chatas al mando del capitán de fragata Lomba, además de la *Uruguay* que desde tiempo atrás estaba allí, esta operación presentó dificultades por estar el terreno todo encharcado por la gran creciente del río que tenía entonces un ancho de 1500 metros. A consecuencia de tal inconveniente, se veía obligada la tropa á caminar largos espacios con el agua á la cintura.

Indudablemente sin el auxilio de los vapores y de las chatas, el pasaje hubiera demorado mucho tiempo, salvo el caso de haberse construído grandes balsas ó buscado otros elementos para ejecutar esta operación más rápidamente.

El primer acordonamiento del cerco fué el siguiente:

Por el río Uruguay los vapores de guerra brasileños *Tacuary*, *Tramandahy*, *Unión*, *11 de Junio* y dos

chatas mantenían el sitio de aquella villa, haciendo el servicio de vigilancia por ese lado canoas y botes de la escuadra, como también algunos de los vapores.

Este sector del cerco de la Uruguayana comprendía la parte del río que corre de N. E. á S. E. en cuyo centro, sobre la margen izquierda del Uruguay, está situada la villa.

Por tierra ocupaba el sector del E. la división de Canavarro que se formaba de 4 brigadas de infantería y de caballería. El sector del S. las 2 divisiones del barón de Jacuy, organizada con 4 brigadas de caballería. El sector del N. estaba vigilado por las dos divisiones aliadas, las que se encontraban acampadas en la margen izquierda del río Imbahá, casi á retaguardia de la división Canavarro.

Más tarde aumentaron el efectivo de las tropas del cuerpo de sitio otras tropas, y cambiaron las posiciones como se verá en el plano.

La Uruguayana presentaba la figura de un polígono irregular, situada en parte en una pequeña altura; pero dominada también al N., S., E. y O. por otras alturas que estaban divididas al S. E. por depresiones del terreno que alcanzaban en parte al interior del recinto fortificado, cuyo contorno encerraba veinte manzanas en su mayor parte poco pobladas. (1)

(1) Véase el plano.

Esta villa se encontraba rodeada por una miserable trinchera construída en tierra, presentando redientes en algunos puntos, defendida por un débil parapeto y un foso poco profundo, defensa tan insignificante que no resistiría el más débil choque de una columna de ataque de aquellos tiempos. (1)

A causa del suelo pedregoso el revestimiento de los parapetos eran de madera y de otros materiales. (2)

Así, pues, debióse considerar á la Uruguayana de ese tiempo como una villa abierta, sin defensas naturales ni artificiales de algún valor, (3) guarnecida por 7000 hombres extenuados y 6 malas piezas de artillería: tropa famélica era aquella, consumida por las enfermedades, restos dolientes y desmoralizados de aquel hermoso ejército que relampagueando bríos abandonó la tierra natal tan querida, para venir en pos de una quimera.

Como se ve, en estas condiciones era imposible la resistencia contra un ejército que en pocos días más iba á remontarse al triple de la guarnición, con 54 cañones, ejército envalentonado no sólo por su poder numérico, que se aumentaría á cada momento, sino también por su moral robustecida por la victoria.

---

(1) Ver el plano.

(2) Pallejas.

(3) Ver el plano.

El siguiente estado nos dará en detalle las fuerzas que sitiaban á la Uruguayana.

Con los batallones 11 de línea y 4 de Voluntarios brasileños, el batallón argentino Santa Fe y dos compañía de Zuavos de Bahía que en los días 10 y 12 de Septiembre arribaron á Uruguayana en los vapores *11 de Junio* y *Unión*, alcanzaban las fuerzas efectivas de los aliados, al final del asedio de aquella villa, á 17.598 hombres, según comprobación de varios estados de las tropas aliadas.

El 23 de Agosto el general barón de Porto Alegre organizó su cuerpo de ejército en cuatro divisiones.

La 1ª, que ya existía, al mando del brigadier Canavarro.

La 2ª á las órdenes del coronel Barón de Jacuy.

La 3ª, á las del brigadier José Gomes Portinho, división que estaba organizada con las fuerzas de guardia nacional de Cachoeira, Cruz Alta, Paso Fundo y Santa María da Boca do Monte.

Y la 4ª, compuesta de dos brigadas, bajo el mando del coronel José Joaquín Gonzalves Fontes.

La composición de estas tropas era del modo siguiente:

Ejército brasileño — Barón de Porto Alegre

INFANTERÍA

Batallones de línea: 2°, 5°, 7°, 10 y 11.
Batallones de Voluntarios de la Patria.
De la ciudad de Río Janeiro: 1° y 4°.
De la provincia de Río Janeiro: 5°.
De la provincia de Bahía: 3°.
Compañías de Zuavos (Bahía): 2.
Voluntarios extranjeros: 16°.
Batallones G. N. de S. Borja: 1°, 2° y 3°.
Total: 4150 hombres repartidos en 13 batallones y 2 compañías.

CABALLERÍA

1ª División de G. N., general Canavarro: (4 brigadas), 5000 hombres.

2ª División de G. N., coronel barón Jacuy: (4 brigadas) 3000 hombres.

Total de las dos divisiones divididas en 8 brigadas: 8000 hombres. (1)

ARTILLERÍA

1 escuadrón con 120 hombres y 10 bocas de fuego.

(1) De esta fuerza 2123 hombres fueron armados como infantería, haciendo un total en infantería, como se verá más adelante, de 6273 hombres.

Ejército del general Flores

ARGENTINOS

PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO

General: Paunero — Jefe de Estado Mayor: Coronel Chenaut

JEFES DE DIVISIÓN	JEFES DE BRIGADA	CUERPOS	JEFES DE CUERPO	JEFES	OFICIALES	TROPA
		Cuartel General y Estado Mayor		II	10	47
	Brigada de Artillería Gral. Vedia	2º Escuadrón	Cte. Viejobueno...	I	8	130
		4º id	Id. Nelson........	I	7	103
		3º id	Id Maldones.....	I	9	103
1ª División Cnel. Rivas.	1ª Brigada Comandante Rosetti	Bat. 1º Línea	Id. Rosetti........	2	25	273
		Id. San Nicolás	Id. Boer..........	I	32	412
	2ª Brigada Comandante Orma	Bat. 2 Línea	Id. Orma.........	2	26	251
		Legión Voluntarios	Id. Giribone	I	18	259
2ª División Cnel. Arredondo	3ª Brigada Comandante Charlone	Id. Militar	Id. Charlone	2	23	313
		Bat. 3 Línea	Id. Pagola	2	14	214
	4ª Brigada Comandante Fraga	Id. 4 id.	Id. Fraga..	2	21	234
		Id. 6 id.	Id. L. M. Campos	2	22	240
	5ª Brigada Coronel Rivero.	Id. Santa Fe	Coronel Avalos ..	2	10	430
		Id. Corrientes	Mayor Sosa......	I	21	195
		Regimient. San Martin	Coronel García...	—	—	300
			Total de argentinos.........	31	266	3504

DIVISION ORIENTAL

		JEFES	JEFES	OFICIALES	TROPA
Coronel Borjes	Escuadrón de Artillería Ligera—8 piezas: 2 rayadas, 2 de á 6 y 4 de á 9..............	Mayor Jancy.......	I	7	I24
	Piquete Escolta..... ...	—	—	—	50
Coronel Pallejas	Batallón Florida..... .	Coronel Castro.....	2	29	460
	Id. 24 de Abril.	Mayor Gonzáles....	I	22	360
	Voluntarios Garibaldinos Brasileros	Mayor Gruppi......	I	17	291
	Batallón Libertad......	Cte. Bustamante ...	I	15	I48
		Total de orientales.........	6	90	I433

DIVISIÓN BRASILEÑA

12ª Brigada brasileña Coronel Kelly	3º de Voluntarios da Patria................	Cte. Rocha Galvao.	—	—	397
	5º de Infantería de Línea..................	Mayor Sousa Camisao..............	—	—	342
	7º de Infantería de Línea	Mayor Silva Pedra.	—	—	368
		Total de brasileños (I)......	—	—	1107

Total de las tropas del ejército del general Flores: 6425.

La fuerza naval á las órdenes del almirante Tamandaré tenía su insignia en el vapor *11 de Junio* y constaba, además de los vapores *Tacuary, Tramandahy*, *Unión*, *Uruguay* y dos lanchones, el *San Juan* y el *Garibaldi*, en todo 5 vapores y 2 lanchones. Estos buques estaban armados con 12 cañones de grueso calibre y tres de menor.

Reasumiendo el total completo de estas tropas, alcanzaba la fueza á 17.598, no contando en este número al personal de la escuadrilla.

En tierra existían 42 cañones y en los navíos brasileños 15, en todo 57 piezas, de las que pertenecían: 23 á los brasileños, contando con las de su escuadrilla, 16 á los argentinos y 8 á los orientales.

(I) Estas fuerzas ya incluídas en el estado de las tropas brasileñas, y descontada más adelante del total general, se incluyen aquí simplemente como unidades pertenecientes al ejército del general Flores.

La fuerza aliada que cercaba á la Uruguayana estaba descompuesta así:

Brasileños, 12.270.
Argentinos, 3.801.
Orientales, 1.527.

Este es el estudio más exacto que hemos podido hacer de los diversos estados de fuerza de esas tropas.

En este estado no están representados los 69 hombres del cuartel general del general Mitre.

Además, venían en marcha desde la provincia de Río Grande sobre la Uruguayana 15 batallones de voluntarios brasileños, fuerza que alcanzaba á 8000 hombres. Como se ve, el arribo diario de nuevas fuerzas brasileñas al campamento ó la disminución por bajas hacía variar continuamente la relación numérica de los estados, lo que explica su constante diferencia de un día para otro.



El general Flores después de la batalla del Yatay, prosiguiendo el plan de operaciones del general Mitre, acordado en la junta de guerra que tuvo lugar en Concordia creyó, con justa razón, que como el sitio y asalto de Uruguayana era una consecuencia forzosa de las operaciones que acababan de tener lugar en la margen derecha del Uruguay, que él debía continuar con el

mando de las tropas que emprenderían operaciones sobre la Uruguayana, pretendiendo, como general experimentado, que el ataque á ese punto fortificado podía considerarse como una persecución á los restos del ejército paraguayo que había invadido á Río Grande, y que por principios fundamentales de la guerra, no era razonable quebrantar la unidad del mando.

Manteniendo este orden de ideas, el caudillo oriental, á los pocos días de ocupar el sector de sitio que él había elegido sobre la plaza, ordenó al barón de Porto Alegre que avanzase con sus tropas sobre un punto determinado de la línea de circunvalación que estrechaba el cerco. Este general no cumplió la orden, alegando que el mando de las tropas aliadas le incumbía, pues bien claramente estaba tal disposición estipulada en el tratado de la triple alianza.

Esta desinteligencia que tan exabrupto se presentaba en momentos solemnes, entre varias causas, tenía el disgusto producido en el ánimo de los jefes brasileños por la alocución del 25 de Agosto del general Flores, en que se proclamaba desde ya, el vencedor de la Uruguayana; como también estaba fundada en el artículo tercero del tratado de la triple alianza; cláusula que después de designar el mando en el jefe del ejército aliado en los territorios de las repúblicas Argentina y Paraguay y el de las respectivas naciones, continúa así: « Sin embargo de que las altas partes contratantes han convenido en no cambiar el campo de las operaciones de la guerra, con todo, con el objeto de res-

guardar los derechos soberanos de las tres naciones, han convenido desde ahora en el principio de la reciprocidad del mando en jefe, cuando las operaciones hubieran de hacerse en territorio oriental y brasileño».

No sólo surgió esta controversia en cuanto á la preeminencia del mando, sino otra de igual importancia que se suscitaba por la diferencia de apreciaciones, en cuanto á las operaciones sobre la Uruguayana.

El general Flores y el general Paunero, viendo que no había tiempo que perder, deseaban el ataque inmediato previo un bombardeo de artillería durante uno, dos ó tres días si fuese necesario, á fin de aterrorizar con la potente artillería de los aliados, que en ese caso era incontrastable, para emprender en seguida, sin demora, la segunda operación que se imponía lógicamente: el avance sobre el flanco derecho del ejército de Resquín que aun se mantenía en las inmediaciones de Bella Vista, y que en su marcha retrógrada al Paraguay presentaría ese flanco al ejército aliado. Porto Alegre y Tamandaré, por su parte, no eran de este dictamen; creían que debían aplazar el asalto, porque consideraban que la infantería aliada frente á la Uruguayana era insuficiente para esta operación, y que tal maniobra habría de ejecutarse con más numerosas tropas, para lo que habría que esperar otras fuerzas que debían venir de la ciudad de Porto Alegre.

Semejante debate, con más vehemencia se suscitó en la conferencia que se realizó el 2 de Septiembre con

el propósito de enviar una intimación á Estigarribia. En este consejo de guerra el general Flores estuvo un poco violento y llegó hasta la amenaza de regresar con su ejército á la otra margen del Uruguay.

Después de un fuerte altercado en el que los generales brasileños se manifestaron firmes, sin ceder á las pretensiones del vencedor de Yatay, olvidando todos por un momento la alta misión de la alianza, se serenaron, reflexionando, sin duda, el error que cometían, y desapareció repentinamente esa animosidad inexplicable, concluyendo amigablemente aquella junta bélica que presagiaba una ruidosa tormenta.

Tamandaré, palpando la gravedad de la situación, á pesar de esta tranquilidad aparente, pues sentíase á la opinión dividida en dos campos diametralmente opuestos, resolvió dirigirse á Concordia para poner en conocimiento del general Mitre lo que pasaba, solicitando al mismo tiempo más infantería y anunciándole al mismo tiempo el próximo arribo del Emperador.

La misión de Tamandaré era apremiante, se imponía la presencia del general Mitre ó la del Emperador, para calmar los ánimos agitados por latente intranquilidad, pues se suponía equivocadamente que el general Porto Alegre cedería ante la presencia del generalísimo de la triple alianza.

Mientras tenían lugar estos sucesos transcurría un tiempo precioso que el adversario aprovechaba en

mejorar sus atrincheramientos, mas cuando la hostilidad á la plaza había cesado.

Los cañones habían enmudecido, estaban fuera del alcance de la zona peligrosa hasta la cual aun los aliados no habían avanzado, retardando el estrechamiento del cerco la famosa querella de la preeminencia, y el ojo atento de los sitiadores de la avanzada se limitaba á observar el trabajo incesante, especie de hormigueo paraguayo en el recinto de la infortunada villa.

Se veía claramente que la reyerta internacional del mando había preocupado de tal modo los ánimos, que todo lo absorbía. Situación semejante era aquella á la del campo griego frente á Troya en sus momentos aciagos: Agamenón y Aquiles en formidable altercado y los troyanos astutos sacando ventajas de tan rara emergencia.



Como al fin se pusieran de acuerdo los generales aliados que actuaban en la junta de guerra del 2 de Septiembre, para pasar una intimación al jefe de las fuerzas paraguayas sitiadas en la Uruguayana, se le dirigió la siguiente nota:

Los representantes del ejército aliado que suscriben — Cuartel General frente á la Uruguayana, Septiembre 2 de 1865.

Al señor Comandante en jefe del ejército paraguayo en operaciones sobre la costa del Uruguay, coronel don Antonio Estigarribia :

Los abajo firmados, representantes del ejército aliado de vanguardia, cumplen un alto deber dirigiéndose á V. E. con el objeto que esta nota expresa, esperando confiadamente que V. E. prestará á la consecución de él la cooperación que su posición y deberes le imponen.

Antes de romper las hostilidades para que estamos prontos sobre el pueblo de la Uruguayana, ocupado por las fuerzas de su mando, no dejaríamos llenadas debidamente las prescripciones más sagradas de la civilización y humanidad, si no le hiciéramos presente su sincero deseo de evitar las grandes é inútiles desgracias que ocasionaría la resolución de sostenerse en esa plaza en que V. E. ha estado hasta el presente.

Al aceptar la guerra que el presidente del Paraguay declaró gratuitamente á las naciones aliadas, nuestros respectivos gobiernos la han aceptado en nombre de su honor ofendido y de los principios de libertad y justicia que profesan, resueltas á hacerla con el vigor de que son capaces, sujetándose siempre á las reglas salvadoras de moderación que la hacen menos dura, observadas por todos los pueblos cultos de la tierra. No es, pues, señor coronel, una guerra de exterminio la

que llevamos al presidente del Paraguay, como lo prueba la existencia de los numerosos prisioneros, jefes, oficiales y soldados tomados en el combate del 17 del pasado, que no cesan de bendecir la marcada generosidad de los vencedores, de quienes no han recibido la más ligera demostración capaz de agravar su condición de vencidos.

Animados de estos sentimientos, no queremos ser en lo más mínimo responsables del sacrificio de los soldados que obedecen á V. E., sacrificio tan estéril en la situación que la suerte de la guerra les ha deparado, como inhumano también; porque solo es permitido combatir cuando existe alguna probabilidad de triunfo ó cuando alguna ventaja puede asegurarse á la causa que se defiende.

V. E. se encuentra, á juicio de los abajo firmados, en un caso extremo, en el cual solo puede esperarle un fin desgraciado, si persistiese en defender la causa de su patria, como aparenta creerlo, sino tan sólo á un hombre que la tiene oprimida y no puede nunca proporcionarle otros bienes que el predominio absoluto de una voluntad despótica y el atraso sin término del pueblo.

Esta es una de las razones porque nuestros respectivos gobiernos no miren al pueblo paraguayo como su verdadero enemigo en esta guerra, sino al gobierno absoluto que lo despotiza y que ha extraviado y arrastrado á la guerra incalificable que ha provocado, y

esta es también una razón poderosa que aumenta la responsabilidad de V. E. siempre que insista en defenderse en esa plaza contra el ataque que le llevaremos apoyados en veinte mil hombres y cincuenta piezas de artillería, sin contar los numerosos refuerzos que vienen sucesivamente llegando.

En virtud de las consideraciones expuestas y de haber llegado á conocimiento de los que suscriben, que individuos de la guarnición de esa plaza han significado á individuos de este ejército su deseo de conocer por escrito las bases del arreglo que propondríamos á los sitiados, hemos confeccionado las del adjunto pliego, firmadas también por nosotros y que acompañamos para su conocimiento.

V. E. advertirá que le ofrecemos las condiciones más honrosas que se acostumbra á conceder entre las naciones civilizadas; pero debe persuadirse que este proceder de nuestra parte, es una prueba más de los sentimientos que nos animan respecto de los ciudadanos paraguayos á quienes no podemos confundir jamás con su gobierno.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Firmado: *Venancio Flores — Vizconde de Tamandaré — Barón de Porto Alegre — Wenceslao Paunero.*

Es copia.

BASES DEL CONVENIO

Los representantes del ejército aliado de vanguardia, brigadier general don Venancio Flores, gobernador Provisorio de la República Oriental del Uruguay y comandante en jefe del ejército aliado de vanguardia; vice almirante vizconde de Tamandaré, comandante en jefe de las fuerzas navales del Brasil en el Río de la Plata; teniente general barón de Porto Alegre, comandante en jefe del ejército de operaciones en esta provincia, y general don Wenceslao Paunero, comandante en jefe del 1er cuerpo de ejército argentino, interesados en evitar el inútil derramamiento de sangre, vista la situación precaria en que se encuentran las fuerzas paraguayas que ocupan el pueblo brasileño de Uruguayana, contando con que el comandante en jefe de dichas fuerzas estará á la altura de los serios deberes que sobre él gravitan respecto á la salvación de las numerosas vidas de sus soldados, que sólo tendría el derecho de exponer como militar en el caso de que alguna probabilidad de éxito (que no puede esperar) le asistiese, han accedido en nombre de los derechos de la humanidad, ofrecer al señor coronel don Antonio Estigarribia, comandante en jefe del antedicho ejército paraguayo, las siguientes condiciones para la entrega de la plaza:

1° El jefe principal, oficiales y demás empleados de distinción del referido ejército paraguayo, saldrán con todos los honores de la guerra, llevando sus espadas; y podrán trasladarse al punto que fuera de su

agrado, siendo la obligación de los que suscriben suministrarles los auxilios necesarios al efecto.

2º Si eligiesen, para su residencia, algún punto del territorio de las naciones aliadas, será obligación de los gobiernos de ellas atender á la subsistencia de los expresados jefes y oficiales paraguayos durante la guerra hasta su terminación.

3º Todos los individuos de tropa, de sargento abajo inclusive, quedarán prisioneros de guerra, bajo la condición de que serán respetados en sus vidas y alimentados y vestidos debidamente durante el período de la guerra de cuenta de los mismos gobiernos.

4º Las armas y demás pertrechos bélicos pertenecientes al Ejército paraguayo serán igualmente entregados á disposición del ejército aliado.

Firmado : *V. Flores — V. de Tamandaré — B. de Porto Alegre — Wenceslao Paunero.*

El día 5 Estigarribia contestó en los siguientes términos :

A los señores representantes del ejército aliado de vanguardia :

El abajo firmado, comandante en jefe de la división paraguaya en operaciones sobre el río Uruguay, cumple con el deber de contestar la nota que VV. EE.

le han dirigido con fecha 2 del corriente, acompañándole las bases de un convenio.

Antes de entrar en lo principal de las notas de VV. EE., séame permitido rechazar, con la decencia y altura propias del soldado de honor, todos aquellos conceptos contenidos en la precitada nota, en demasía injuriosos al supremo gobierno del abajo firmado. Ellos, con perdón de VV. EE., colocan á la referida nota al nivel de los diarios de Buenos Aires, que desde algunos años á esta parte no han hecho otra cosa, no han tenido otro oficio que denigrar grosera y severamente al gobierno de la República del Paraguay, lanzando al propio tiempo rudas calumnias contra el mismo pueblo, que las ha contestado labrando su felicidad doméstica por medio del honroso trabajo y cifrando su mayor felicidad en el mantenimiento de la paz interna, base fundamental de la preponderancia de una nación.

Si VV. EE. se manifiestan tan celosos por dar la libertad al pueblo paraguayo, según sus mismas expresiones, ¿por qué no han principiado por libertar á los infelices negros del Brasil, que componen la mayor parte de sus habitantes y que gimen en la más dura y espantosa esclavitud, para enriquecer y dejar vagar en el ocio á unos cuantos centenares de los grandes del Imperio? ¿Desde cuando acá se llama esclavo á un pueblo que elige por su libre y espontánea voluntad el gobierno que preside sus destinos? Sin duda alguna, desde que el Brasil se ha iniciado en los asuntos del Plata con ánimo marcado de someter y esclavizar á las

repúblicas hermanas del Paraguay y al mismo Paraguay quizá, si no hubiese un gobierno patriótico y previsor.

VV. EE. me han de permitir estas disgresiones, puesto que las han provocado insultando en su nota al gobierno de mi patria.

No estoy conforme con VV. EE. en que el militar de honor y el verdadero patriota debe limitarse á combatir solamente cuando tenga probabilidades de vencer.

Abran VV. EE. la historia y en ese gran libro de la humanidad aprenderán que los mayores capitanes que aun el mundo recuerda con orgullo, ni contaron el número de sus enemigos, ni los elementos de que disponían, sino que vencían ó morían en nombre de la patria. Recuenden VV. EE. que Leónidas, con 300 espartanos, guardando el paso de la Termópilas, no quería oir las proposiciones del rey de Persia, y que cuando uno de sus soldados le dijo que sus enemigos eran tan numerosos que obscurecían el sol cuando disparaban sus flechas, contesto: « Mejor, pelearemos á la sombra ». Como el capitán espartano, no puedo oir proposiciones del enemigo, porque he sido mandado junto con mis compañeros á pelear en defensa de los derechos del Paraguay, y como su soldado debo contestar á VV. EE., cuando me hacen la enumeración de las fuerzas que vienen y de la artillería de que disponen: « tanto mejor, el humo de los cañones nos hará sombra ».

Si la suerte nos depara una tumba en este pueblo de Uruguayana, nuestros conciudadanos conservarán el recuerdo de los paraguayos que mueren peleando por la causa de su patria, que mientras vivieron no vendieron al enemigo la sagrada enseña de la libertad de su nación.

Dios guarde á VV. EE.

Antonio Estigarribia.

Al leer este arranque enérgico de un corazón patriota, conociendo el carácter tenaz y valiente de la nación paraguaya, nadie se permitió dudar del heroísmo de la defensa y de la firme resolución de Estigarribia de enterrarse entre las ruinas de la plaza, y como también pudo suponerse que habiendo llegado á su conocimiento la contienda internacional de los generales aliados, ésta daba alientos al casi tumbado invasor que se debatía inseguro sin saber que hacer, entre un montón de escombros é inmundicias.

A pesar de esa energía, reflejada en su nota contestación, por el padre Duarte, como se verá en el transcurso de las operaciones, todo fué defraudado, Estigarribia se sentía inerme, su inteligencia atrofiada daba lástima, inerte moralmente, sin ideas y sin propósitos: rudo y temerario en la batalla, estaba ciego, ni siquiera la nostalgia de la patria le había hecho vislumbrar en momento oportuno, su única salvación. Su audacia y su energía que en otro momento únicamente vibraban ante el grupo valeroso de bizarros

jinetes, que el desenfrenado conducía á la carga, [1] ya no le aconsejaba uno de esos arranques que en su ánimo eran ingénitos; uno de esos arranques que salvan el honor de un ejército.

Iluso, no entendía de operaciones de la guerra magna. Impávido, su corazón estaba quieto ante las grandes y abrumantes responsabilidades que ya están grabadas en el mármol de la posteridad, como una sentencia inapelable. No pensaba nada en estos momentos, para él era lo mismo la retirada que la rendición, su cuerpo indolente por relajamiento orgánico necesitaba reposo, sólo quería dormir tranquilo y hasta parecía que se había olvidado de López; su faz airada ya no le producía efecto alguno.

Duarte, galvanizando por momentos su espíritu indolente, le hacía firmar la nota que se acaba de transcribir, y al no cumplirse más tarde lo que en ella tan solemnemente se ajustaba á un proceder heroico, revelaba simplemente una fanfarronada estéril.



(1) El coronel Salvagnac nos decía un día que él había presenciado actos de valor temerarios producidos por Estigarribia, pero en cambio era un inepto consumado, sin ninguna aptitud para la dirección de la guerra y que gracias á su intervención amistosa había detenido más de una vez el cumplimiento de sus crueles órdenes.

Este distinguido jefe oriental tuvo un cargo especial de su gobierno como correo militar cerca del Mariscal López y su conducta está perfectamente explicada, por haber servido á su gobierno y á su partido que era enemigo del Brasil.

Las generosas proposiciones que encierra la nota del 2 de Septiembre y que ha sido vituperada por el señor vizconde de Río Branco, cuando dice « que no las merecía Estigarribia por los horribles crímenes que cometió en pueblos inermes », [1] tenía por punto de partida un principio militar de tan alta importancia para los sucesos que se desarrollaban, que encerraba en sí nada menos que la casi probable destrucción del ejército paraguayo del Paraná.

Así debemos, pues, suponer, que al tratar los generales aliados de obtener rápidamente por medio de esas proposiciones generosas la rendición de la Uruguayana, llevaban á cabo el desarrollo del plan de campaña del general Mitre, cuyo cálculo justo presentaba por base la economía de tiempo; es decir, aniquilar prontamente la izquierda de López (Estigarribia), para acudir lo más pronto posible sobre su derecha (Resquín), con el propósito de batirla antes que pudiera evacuar la provincia de Corrientes, ejecutando de este modo la segunda operación estratégica, como ya se ha expuesto anteriormente, contra el ejército paraguayo del Paraná.

Encarando así la cuestión, bajo este punto de vista, están encuadradas las proposiciones de los generales aliados bajo un verdadero y perspicaz plan de guerra, porque en ese mes perdido frente á la Uruguayana,

---

(1) « La Convención de 20 de Febrero explicada á la luz de los debates del senado y los sucesos de la Uruguayana ».

estuvo la solución favorable para el ejército de Resquín del problema estratégico del Paraná, porque ese ejército estaba completamente desmontado, y eran caballería y caballos lo que sobraban á los aliados; y puede muy bien asegurarse que Estigarribia, sin propósito deliberado tal vez, demorando un mes el sometimiento de la Uruguayana, salvó, probablemente, de un verdadero descalabro al ejército de Resquín.

De manera que al estudiar militarmente estas proposiciones tan generosas, que vitupera con criterio nacional, y en tal carácter con mucha razón el vizconde de Río Branco, se comprende á primera vista que fueron aguijoneados por el instinto de la guerra, por ese instinto que domina con ventaja á los que son experimentados en la vida militar, que preveía con cálculo justo que en la demora del cerco estribaba la retirada sin riesgo del ejército paraguayo del Paraná, pues bien sabemos que esas consideraciones tan generosas no las merecía en ese caso el bárbaro invasor de Río Grande, y hay que disculpar al ilustre diplomático y guerrero, cuando pierde su sangre fría é indignado lanza su anatema patricio sobre Estigarribia, recordando con datos precisos é irrefutables, el asesinato, el estupro, la destrucción de la propiedad privada, la desolación de florecientes ciudades y campiñas, cuyos moradores vivían tranquilos y felices en medio de la abundancia y el bienestar.

El canónigo Gay, al concluir su libro sobre la invasión paraguaya en Río Grande, dice así: « Invasión su-

mamente perjudicial para las villas de San Borja, Itaquí y Uruguayana y en general para todos los habitantes de la frontera del Uruguay que en gran parte quedaron reducidos á la miseria.»



A pesar de la arrogancia de Estigarribia, manifiesta en documentos anteriores, viéndose cada vez en circunstancias más apremiantes, el 8 de Septiembre, solicitó en nombre de la humanidad, de los generales aliados, que permitieran la salida de la plaza á las familias allí encerradas, y se creyó entonces que este proceder era el principio de la apertura de negociaciones, que forzosamente, ante el imponente aparato de hombres y cañones, traería la rendición.

Habiendo accedido á esta solicitud, los generales aliados comisionaron para llevar la respuesta al coronel Iturburo y al comandante Decoud, oficiales de la *Legión Paraguaya Liberal:* cuerpo de emigrados que había sido organizado en Buenos Aires y servía en el ejército argentino con la promesa de enarbolar la bandera de su nación, significando este hecho que parecía anómalo, que la guerra se llevaba contra la tiranía del general López y no contra el pueblo paraguayo.

Estos distinguidos jefes, al presentarse ante Estigarribia, recibieron multiplicadas muestras de aprecio, no solo de él, sino de sus subordinados, y queriendo el lugarteniente de López significar al coronel Iturburo

cuán distante estaba en cumplir las instrucciones sanguinarias de su jefe, le dió un fuerte abrazo cuya demostración era de un buen presagio.

El coronel Iturburo le demostró en un lenguaje persuasivo, con razones irrefutables, su crítica situación, le hizo ver que su resistencia sería efímera. Le recordó la patria querida; que el derramamiento de sangre que él provocaría caería sobre su cabeza con la terrible responsabilidad que señala la historia para estos casos, ante el esfuerzo de 20.000 hombres y 50 piezas de artillería; que solo con la potencia de esta última arma tendrían suficiente esfuerzo los aliados para concluir cuanto antes ese sitio que se prolongaba ya demasiado, y que por consecuencia, había agotado la piadosa paciencia del ejército aliado; con sombrío colorido puso de relieve esa patria esclava á la que se le abrían las puertas de la libertad, que con excepción del Paraguay, gozaban todas las naciones civilizadas del mundo, de esa libertad, encadenada desde tantos años atrás por los abominados déspotas de aquella tierra tan hermosa; y le aseguró, por último, que el ejército aliado y la Legión Paraguaya combatían la inícua tiranía del general López y que la guerra no era contra el pueblo paraguayo á quien iban á redimir. Le demostró, además, los progresos de las naciones constituídas bajo la base de la justicia y del derecho, que eran regidas por una constitución y no por el capricho de un déspota sanguinario, señor de vidas y haciendas; y que á causa de ese estancamiento retrógrado que detenía todos los progresos y la inmigración, el Paraguay

con sus inmensas riquezas estaba condenado á una anemia terrible, llevando perpetuamente la cadena al pie. «Mira, agregó el comandante Decoud, nosotros los paraguayos que venimos en el ejército argentino á redimir á nuestra amada patria, no somos traidores, traidor es ese abominable tirano de López; porque es refractario á todo sentimiento humano y liberal, su egoísmo bárbaro sólo quiere hacer de nuestro país una manada de esclavos y una inquisición de tormentos.

Estigarribia, encerrado en un silencio solemne, se sentía cada vez más emocionado conforme oía la frase persuasiva y enérgica de sus compatriotas; era la primera vez que se revelaba en él la idea sublime de la patria y recién en el fondo de su alma ingenua, vislumbraba como una nebulosa, grande, inmensa, un sentimiento nacional que él no conocía, empezaba á comprender que la nación no era el poder absoluto de un hombre, sino aquella hermosa y rica, libre de cadenas y torturas, que marcharía rápida á un porvenir grandioso cuando fuera regida por las instituciones que rigen para los pueblos civilizados; al fin conmovido Estigarribia, abrazó fuertemente á los jefes parlamentarios y rompiendo el silencio santo de su alma, ese silencio que por primera vez le había revelado un mundo nuevo, les dijo en guaraní, haciendo ver que su vacilación lo traicionaba: «Compañeros, yo les contestaré más tarde, tengo que consultar á los míos *cuyas opiniones están divididas*».

Como se ve, ya aquí Estigarribia admite otra opinión que la suya: temperamento raro, que surge inu-

sitado en su sistema; y es nuestra creencia que los persuasivos razonamientos del coronel Iturburo y del comandante Decoud tuvieron poderosa influencia y fueron causa apremiante de la decisión que más tarde tomó al entregar la plaza.[1]

Le habían hablado de la verdadera patria, no la de los tiranos sino de aquella excelsa, grandiosa, que sólo prospera cuando se planta en ella el fecundo árbol de la libertad.



Como consecuencia de esta negociación, el día 11 de Septiembre á la noche, en medio de un tiempo borrascoso, en que caía la lluvia á torrentes, fueron expulsadas las familias brasileñas y extranjeras de la Uruguayana, en número de ciento y tantas personas y si es verdad que habían sido respetadas mientras permanecieron en la Uruguayana, apenas salieron de las trincheras fueron asaltadas en el radio de las guardias avanzadas paraguayas y quitándoles sus mejores ropas, se ensañó la soldadesca con distinguidas damas que no sólo dejaron en poder de esos bárbaros cuanto llevaban, sino algo más grande que atesora la mujer honrada: el honor.

Una señora distinguida, llegó á confesar que había sido víctima de la lascivia del padre Duarte.

---

(1) Igual opinión tiene el coronel Salvañach.

Esta señora aterrorizada y aterida de frío y vergüenza, narraba al vizconde de Río Branco los horrores que había presenciado; decía que vió azotar mujeres, saquear las casas de las personas más distinguidas y otros horrores, que parece increíble que se cometieran contra personas inermes en un país civilizado. (1)

Dudando de la verdad de estos asertos, recurrimos al señor coronel Salvañach y nos dijo que él presenció el fusilamiento de un anciano portugués y le aseguraron que la hija fué en seguida violada por Estigarribia, que todo cuanto se diga á este respecto es exacto, y que los jefes orientales existentes en el ejército, habían evitado muchas veces actos de torpeza semejantes y recordaba cuando su hermano indignado impidió el asalto á la casa del coronel Saraví, argentino, padre de nuestro estimable comandante Pastor Saraví.

No se puede menos que responsabilizar á Estigarribia de estos actos tan reprobados. La acusación es justa cuando se considera la hora elegida para la expulsión de las familias. Una noche tempestuosa en la que caía el agua á torrentes y sin una escolta que les sirviera de salvaguardia, demuestra hasta la evidencia el propósito de una acción execrable.

---

(1) Pallejas y el vizconde de Río Branco traen numerosos detalles sobre estos hechos.

A primera vista se observa la premeditación del crimen; de día se hubieran abstenido de cometer acciones tan torpes.

Este delito es un nuevo ejemplo de horror que tras de sí, como una leyenda abominable, dejarán esos hombres sin corazón, que harán caer sobre sus cabezas toda la responsabilidad de aquella desolación de hunos. Sin embargo, fué más compasivo Atila cuando escuchó la santa palabra del patriarca León, y ese corazón se sintió conmovido en medio de la borrachera, del incendio, del crimen y de la devastación.

*

En conocimiento de la controversia del mando el general Mitre, al recibir la visita del almirante Tamandaré, le interrogó así:—«¿Cómo seré recibido en territorio brasileño?» — «Como general en jefe de los ejércitos aliados», contestó el almirante.—«En tal caso voy, replicó el generalísimo». En consecuencia dejó en Concordia el ejército aliado á la órdenes del general Osorio y el argentino á las de su jefe de estado mayor el general don Juan Andrés Gelly y Obes, y embarcándose en compañía del almirante Tamandaré y cuatro ayudantes en el vapor brasileño *11 de Junio*, siguió con destino á la Uruguayana.

El batallón brasileño 4° de Voluntarios de la Patria y el argentino Santa Fe pertenecientes al ejército aliado, acampados á inmediaciones de Concordia, se

embarcaron también en los vapores *11 de Junio* é *Iniciador*.

En Federación se encontraba el batallón 11 de infantería de línea brasileño que fué embarcado en los mismos vapores.

El 10 arribaba el generalísimo de la triple alianza al campamento aliado que mantenía el cerco frente á la Uruguayana, y era recibido con vehemente cordialidad por el barón de Porto Alegre y demás generales y jefes brasileños, sintiendo personalmente el respeto y simpatía que le demostraban á cada momento.

Inmediatamente, por los generales Flores y Paunero, fué enterado de la anterior controversia entre el primero y Porto Alegre y de la última y agria discusión que tuvo lugar en la junta de guerra del 2 de Septiembre; pero el general Mitre, con su tacto especial, había hecho ya su composición de lugar. Así, en su entrevista con Porto Alegre, ni se dió por entendido de este asunto, sabiendo que al día siguiente vendría el Emperador, y con su presencia, siempre que asumiese el mando, estaría resuelta la cuestión.

Tenía razón el general argentino, porque el presidente de un estado no podía ni debía ponerse á las órdenes de otro que no estuviese en el mismo caso, aunque se encontrase en territorio brasileño, mas cuando esa nación tenía un Emperador que venía en viaje á fin de tomar parte en las operaciones militares que se desarrollaban frente á la Uruguayana.

El ilustre anotador de Schneider desmiente la frase aquella del emperador: «Asumo el mando y lo delego en el general Mitre» que transcriben los anotadores de Thompson; en nuestro concepto, conociendo su origen serio, sobrada razón tendrían cuando la han dado á la estampa.

Veamos como tacha de inexacta esta versión el señor vizconde de Río Branco:

« El Emperador, por la ley fundamental del Estado, es inviolable y sagrado, y no está sujeto á responsabilidad alguna; no podía, por lo tanto, mandar ejércitos y delegar comandos ».

Todo esto puede ser cierto, pero también lo que es exacto y exactísimo es que la frase aquella tan desmentida por el eximio diplomático brasileño, fué lanzada oportunamente por el Emperador y recogida por el general Mitre, y si queremos encontrar la clave de esa resolución, que sin duda Porto Alegre la había olvidado, hay que buscarla en la perspicacia y buen sentido del Emperador; allí está visible el sablazo al nudo gordiano.

Además, es exacto que el ministro Ferraz, que acompañaba al Emperador, declaró al general Mitre que la constitución del Imperio prohibía al Emperador el mando personal de sus ejércitos; pero que á pesar de esto, asumiría el mando si el presidente argentino hacía cuestión, lo cual sucedió como lo expondremos más adelante.

Véase lo que más abajo expone el imparcial Nabuco en previsión de un caso semejante:

« Sin embargo, Ferraz envió el 5 de Julio al gobernador de Río Grande el siguiente aviso confidencial: *El general Osorio mandará siempre en jefe el ejército que opera en las márgenes del Plata ó del Uruguay contra los paraguayos. El comandante de armas ó cualquiera otro de las fuerzas de esa provincia, en su calidad de jefe de las fuerzas de reserva (conviene repetirlo para evitar dudas), prestará á dicho general en jefe cuantos auxilios puedan y él solicite, y en caso de necesidad ambas fuerzas operarán combinadamente dentro de la provincia si ésta fuese invadida, ó fuera de ella; pero en este caso el general Mitre, en conformidad con el tratado de la triple alianza, asumirá el mando de todas las fuerzas aliadas; y si á consecuencia de la invasión de esa provincia los ejércitos aliados entrasen en la jurisdicción de Vd., también ejercerá el mando el general Mitre.* Este aviso, habida cuenta de las palabras que van subrayadas, debe interpretarse del siguiente modo según Ferraz: el general Mitre sólo podía ejercer el mando por virtud de dicho artículo 3°, fuera de nuestro territorio; pero el gobierno imperial *abrirá la mano* en el caso de que aquel prosiguiese dentro de nuestras fronteras, cruzadas en persecución del enemigo, el desarrollo de un plan estratégico. Es claro que el gobierno esperaba la reciprocidad en el caso contrario, á tenor de dicho artículo ».

« Explícase bien el generoso proceder del Brasil.

Según el Tratado de Alianza, el jefe del ejército brasileño, Osorio, debía hallarse á las órdenes de Mitre, menos en el caso de hacerse la guerra en nuestro territorio ó en el Oriental. Teniendo Mitre un plan para batir al ejército paraguayo, como por ejemplo, el que dió por resultado el combate del Yatay, el hacer que la dirección de las operaciones pasase de un general á otro, según éstas se verificasen del lado de acá ó del lado de allá del Uruguay, equivalía á sacrificar el interés principal de la derrota del enemigo al secundario de satisfacer una susceptibilidad. Compréndese la intransigencia de Jaquitinhonha al escribir : « Quién pensara que la Triple Alianza había de hacerse pàra defensa de nuestra soberanía é integridad ! Si hubo quien lo pensara, ante Dios declaro que no fuí yo y que no lo sospeché siquiera. Si lo hubiera pensado, hace mucho que me hubiera levantado á protestar en nombre de la soberanía y dignidad nacional ». Era natural que un patriotismo celoso de su decoro se resistiese á la idea de deber servicio de tal magnitud á Mitre ó á Flores y que exigiese que solo brasileños defendiesen á Río Grande y Matto-Grosso, así como sólo los argentinos habían de defender las provincias de Corrientes, Entre Ríos y Buenos Aires. No fué ese, sin embargo, el procedimiento de la alianza. El ejército y la escuadra del Brasil debían cooperar á la expulsión del ejército y escuadra paraguayos, y por hallarse empeñados en esta empresa no bastaban á defender, del pequeño ejército invasor, el territorio de Río Grande. Puesto que las tropas brasileñas ayudaban á las argentinas á defender el territorio de la República, la reciprocidad,

base de la honra y de la dignidad internacionales, exigía que las tropas argentinas ayudasen á las brasileñas á defender el del Imperio; y siendo así, las cuestiones que pudieran derivarse de la nacionalidad del territorio, debían subordinarse á la ejecución del plan estratégico. De no ser de esta suerte, debía haber dos mandos para el mismo ejército de operaciones en ambas orillas del Uruguay, y por tanto, dos planes estratégicos. Lo principal era el fin militar. Es probable que Ferraz pensara autorizar el mando de Mitre sólo por el tiempo que durara la persecución del enemigo, y que guardara esta deferencia á su categoría de jefe de Estado, incompatible con la de subordinado de la del gobernador militar (comandante de armas) de Río Grande. En rigor, el mando de tropas brasileñas en territorio brasileño debía ser brasileño; pero también hubiera sido mejor no necesitar tropas extranjeras para rechazar de nuestro territorio á los invasores, y por eso es más de lamentar el no haber defendido el paso del Uruguay. ».

« Mas, para juzgar el acto de Ferraz, es preciso no olvidar la fecha: Río Grande aun no había sido invadido y muchos no creían posible la invasión. El aviso tiene en su favor la circunstancia atenuante de haberse dado en vista de una hipótesis tenida por inverosímil, y también la de hallarse junto á la misma línea fronteriza la parte de nuestro territorio á que aquel se refería ».

« No pensó Ferraz, al expedir el aviso, que tal dispensa de lo tratado, hecha en un supuesto tan remoto

que parecía absurdo, había de crearle tantas dificultades en Uruguayana. El hecho es que Mitre llegó á este punto traído por Tamandaré y deseoso de celebrar una entrevista con el Emperador. La concesión de Ferraz debió llegar á su noticia antes de partir. Ferraz no había pensado en una situación como la que surgía ante él en Uruguayana en aquel momento, esto es, en la reunión dentro de territorio brasileño, de los jefes de las tres naciones aliadas. Apenas llegado, Mitre pretende, en la reunión de generales, hacerse cargo del mando en jefe, alegando que viene con el ejército de Yatay en persecución del enemigo, ejecutando el plan concertado desde el principio de la campaña con Osorio, á quien dejara en Concordia el mando en jefe. Porto Alegre se resiste á obedecer las órdenes de Mitre dentro del territorio brasileño, invocando para ello la cláusula de reciprocidad del tratado de 1° de Mayo. Con el tacto y buen sentido en él habitual, Mitre no insiste en recabar la concesión hecha á su favor, teniendo también en cuenta la próxima llegada del Emperador á Uruguayana ».

Como se ve, estas dos opiniones [1] son de un valor tal que esta cuestión es materia ya juzgada. La sutil inteligencia del buen sentido del ministro de la guerra Ferraz, de atemano había previsto el caso y la tenaz susceptibilidad del barón de Porto Alegre en sostenerse firme en sus propósitos en tales circunstancias, hasta cierto punto carecía de fundamento práctico,

(1) La de Ferraz y Nabuco.

sacrificando todo á un amor propio exagerado; porque si es verdad que la interpretación del artículo 3º del tratado de la Triple Alianza le podía dar en ciertos casos el derecho que alegaba, las necesidades del momento y el propio ejemplo que presentaba el ejército aliado en territorio argentino mandado por Osorio y aquel que había maniobrado en el mismo territorio sobre Yatay bajo las órdenes de Flores, le demostraba que ante las magnas responsabilidades de la alianza, estas nimiedades y escrúpulos de mando debían ser puestas á un lado; y tan independiente, á causa de la distancia, era el mando que ejercía el general Osorio sobre el ejército aliado en territorio argentino, que pudo haber dado una batalla bajo su sola responsabilidad.



Viendo que este suceso asumía un carácter grave, resolvieron esperar al Emperador cuyo próximo arribo se anunciaba.

El 11 de Septiembre llegaba al campamento de la Uruguayana el augusto monarca.

Su presencia fué saludada con las múltiples ovaciones del ejército aliado, que formado de parada, le hizo los honores.

La sencillez del regio dignatario se traslucía en todos sus actos y se veía claramente que su ilustre séquito

participaba de los mismos hábitos, lo que hacía más soportable esa altivez aristocrática; porque no hay nada que más se aproxime al ridículo y que hiera la susceptibilidad humana, que esa vana ostentación de superioridad con que se revisten, por derecho propio, ciertos seres predilectos de la fortuna.

Aquel monarca filósofo cuya vida la había consagrado al estudio, á la beneficencia y al progreso de su país, quiso demostrar en su reciente viaje que también á él le alcanzaban las fatigas de la jornada. Viajaba á caballo una gran parte del camino, como un simple jinete de su ejército, encaramado en su *chapeada* montura riograndense, sufriendo intencionalmente privaciones y amargas impaciencias de monarca celoso de sus deberes, demostrando prácticamente á su real séquito que alguna vez hay que descender de un golpe del trono para conocer por experiencia propia los sufrimientos del pueblo, de ese pueblo, héroe anónimo casi siempre en los grandes hechos de la vida individual del soldado; de ese pueblo, carne de metralla, que paga tan generosamente á los reyes y á los emperadores.

Así obligaba á los que lo acompañaban á experimentar esa vida de burgués pobre, aunque en la real comitiva se distinguieran sus yernos; el mariscal de ejército Gastón de Orleans, conde d'Eu, el almirante duque de Saxe (I) y el ministro de la guerra Ferraz y los

(I) Tanto el Emperador como los príncipes vestían á estilo riograndense, sombrero bajo de alas anchas, poncho, montura con herrajes de plata, lazo y boleadoras, siendo los príncipes muy aficionados á ensayar estas armas americanas.

generales marqués de Caxias, Cabral, Beaurepaine, Rohan de Lamare y otros de menor rango.

El trayecto de este viaje imperial duró desde el 18 de Julio hasta el 11 de Septiembre, que arribó al campamento aliado.

La presencia de este monarca tan liberal, que solo discernía títulos de nobleza á los méritos personales—pero no á los herederos, siendo estos títulos recompensas de grandes servicios al país,—fué un acontecimiento que llenó de regocijo á las tropas imperiales y de verdadera satisfacción á sus aliados, pues su feliz arribo vino á resolver el problema de la preeminencia del mando que tan agitado tenía los ánimos.

El recibimiento que los generales Mitre y Flores y demás altas jerarquías del ejército hicieron al Emperador, fué muy afectuoso y se sentía verdadero agrado al verle que venía á compartir los azares de la lucha.

El 12 tuvo lugar una junta de guerra con el propósito de tratar sobre el plan de ataque á la Uruguayana. En esta junta de guerra estaban presentes los generales Mitre, Flores, el ministro de la guerra del Brasil Ferraz, el general barón de Porto Alegre y el almirante Tamandaré. Antes que todo, surgió la cuestión si el Emperador podía ó no asumir el mando de las tropas, pues el general Mitre establecía esta disyuntiva: «O mando yo, ó el Emperador», pues en caso de no mandar el Emperador, no haría cuestión de su persona y se re-

tiraría, dejando los batallones de infantería y la artillería sin los cuales sería imposible el éxito del asalto. Fué entonces que Tamandaré, en son de broma, dijo que para eso estaba él para impedir el pasaje. En vista de la afirmación del general argentino, el ministro Ferraz exclamó. «Si el Excmo. señor general Mitre exige que el Emperador asuma el mando del ejército, así se hará». «Yo no exijo, replicó el general Mitre; porque sé perfectamente que en este caso puede, constitucionalmente el Emperador, como general en jefe, tomar el mando del ejército. Me bastará que él me diga que asume la representación del mando para reconocerlo como tal».

Quedando así arreglada la cuestión, en seguida se trató del plan de ataque, y viendo el general Mitre que la diversidad de opiniones hacía difícil entenderse, se ofreció á redactar el plan, lo que inmediatamente fué aceptado por la junta.

Una vez que el Emperador fué enterado de la seria desinteligencia que dividía en dos bandos de ideas diametralmente opuestas á aquel campo de Marte, asumió el mando y en dos palabras resolvió la cuestión.

Dirigiéndose al general Mitre, le dijo en portugués: *Eu mando, V. E. fará,* que equivalía á delegar la autoridad dirigente del asedio en el generalísimo del ejército aliado.

Esta declaración tan terminante y tan sabia fué dicha en presencia de una rueda de generales brasileños,

como para que los adalides de aquella brillante reunión conocieran á fondo sus propósitos.

Una vez zanjada, por la prudente resolución del Emperador la enojosa cuestión de la preeminencia del mando, que pudo alcanzar en un momento dado hasta afectar la solidez de la alianza, el general Mitre tomó con su autoridad profesional la dirección del asedio, hasta ese instante sin base técnica bastante, y descuidada.

Habiendo tenido lugar el día 13, á bordo del *11 de Junio* donde estaba hospedado el general Mitre, la visita del Emperador acompañado del ministro Ferraz, del vizconde Tamandaré, del barón de Porto Alegre y del general Flores, se notó desde el primer momento en la conversación que tuvo lugar, que el augusto monarca no quería recurrir á los medios extremos, deseando, ante todo, evitar el bombardeo que implicaba la destrucción de una población brasileña.

En este modo de pensar disentía de todos los militares que veían en la prolongación del asedio la salvación del ejército paraguayo del Paraná y la mayor destrucción de la Uruguayana. Como en esta visita sólo se trató de estos asuntos muy superficialmente, se acordó, sin embargo, hacer nuevos reconocimientos, y en consecuencia de este propósito se trasbordaron en seguida al vapor *Tacuary* con el intento de ejecutar una exploración aguas abajo sobre las posiciones y fortificaciones de la Uruguayana. Esta primera

operación duró dos horas y el buque donde se albergaba tan ilustre comitiva se mantuvo al alcance de los fuegos de la plaza.

En estas pequeñas, pero importantes exploraciones, el alto dignatario del Brasil más de una vez se engolfó en la zona peligrosa, increpando con frases enérgicas y elocuentes á los que querían impedir que se expusiera á una certera bala de fusil. Les dijo que por lo menos él podía aspirar á la gloria del último soldado brasileño: ocupo un lugar digno de mi persona. Ya anteriormente había dicho á los que trataban de persuadirlo de que no fuera á la Uruguayana: «Si no puedo ir como Emperador, abdicaré é iré como voluntario de la patria». Cuando en el Brasil se levante su estatua magna, en su pedestal se han de esculpir estas palabras.

Estigarribia, mientras tanto, cada día más alarmado en tan grave situación, dirigió una nota el 13 de Septiembre al general Mitre, donde solicitaba proposiciones más magnánimas que las que le habían ofrecido el 2 de ese mismo mes, para tratar sobre la rendición de la plaza. El general Mitre obrando muy sensatamente, dejó esta nota sin contestación.

Los trabajos de reconocimientos y de informaciones secretas duraron varios días, hasta el momento que se vió que estaba perfectamente estudiado el terreno que circundaba la villa, y esta misma, por sus obras exteriores y por los planos que de antemano existían; fué

entonces que el generalísimo de la triple alianza formuló el siguiente plan de ataque, que como ya anteriormente lo hemos hecho notar, fué autorizado por sus egregios colegas.

PLAN DE ATAQUE Á LA CIUDAD DE URUGUAYANA

El ataque de la ciudad de Uruguayana debe considerarse bajo dos puntos de vista:

1° Fuerza, resistencia y toma del recinto exterior fortificado.

2° Fuerza y resistencia de los edificios y accidentes del terreno interior del recinto fortificado, es decir, edificios, etc., etc.

A estas dos consideraciones primordiales debe subordinarse el plan de ataque.



Militarmente considerada la mayor extensión del recinto fortificado por los sitiados, es insostenible ante los fuegos de nuestra artillería y puede ser, en consecuencia, ocupado por nuestras fuerzas de infantería, calculando sobre la base de que la superioridad de nuestra artillería hace que sea suficiente un número de tropas aproximadamente el duplo de las de los sitiados para vencer al enemigo dentro de sus líneas.

Por lo tanto, calculando que el enemigo tenga siete mil hombres dentro de la plaza, deben bastar diez mil

hombres para tomarla haciendo jugar convenientemente nuestra artillería en combinación con la de la escuadrilla del río.



La fortificación de los paraguayos en Uruguayana debe considerarse como un campo atrincherado en su recinto exterior, cuyo núcleo lo constituyen edificios y accidentes del terreno que hacen posible y fácil una resistencia que equivalen á la fuerza de una segunda línea interior.

Si los paraguayos, comprendiendo esto y poniéndose en el caso de que deben y pueden perder la línea de fortificaciones, tienen un plan de combate ó de defensa en el núcleo de las líneas de fortificación, entonces la posición de estas líneas no importaría otra cosa que ir á buscar el combate en posiciones ventajosas de antemano escogidas y estudiadas por el enemigo. Pero felizmente parece que el plan de la resistencia del enemigo en la Uruguayana está vinculado á la resistencia sobre las mismas trincheras. Sin embargo, el plan de ataque debe prestarse en los dos casos, ya sea el de la resistencia sobre las mismas trincheras ya sea el de la resistencia ó combate cuerpo á cuerpo dentro de las calles y edificios comprendidos en las líneas fortificadas.



La línea de fortificación del enemigo en la Uruguayana es igualmente vulnerable por cualquiera de sus puntos y principalmente por sus flancos, á inmediaciones del río, lo que ellos parecen haber comprendido al sacar dos especies de bastiones que flanquean los aproches de la línea fortificada por esos dos puntos.

Parecería que la prudencia aconsejara emprender el asalto por uno ó por ambos puntos extremos ó flancos, pero meditándolo bien se ve, que en el caso de emprender dos ataques por puntos opuestos, tendrían que ser necesariamente aislados, neutralizando los fuegos de la marina, y que en el caso de hacer un ataque falso y otro verdadero, daría por resultado, aun en el supuesto de apoderarse completamente del punto atacado, de aglomerar toda la resistencia de los sitiados en un solo punto en que se harían fuerte sin conseguir distraer ó dividir sus fuerzas como lo aconsejan las reglas militares.

Por lo tanto, la prudencia y el cálculo aconsejan atacar al enemigo por los dos puntos en que aparentemente se presenta más fuerte.

1° Porque así se pueden llevar dos ataques simultáneos que se apoyen mutuamente.

2° Porque de este modo se impide el que puedan reforzarse en uno ó en otro punto.

3° Porque tomando uno de los dos puntos fuertes

de la resistencia la defensa tiene necesariamente que desmoralizarse.

4° Porque conseguida una ventaja decisiva sobre la misma línea se debilita la defensa en el núcleo de la resistencia, es decir, en el interior de la ciudad.



En consecuencia de todo lo expuesto, los puntos objetivos del ataque deben ser:

1° La Iglesia nueva, á nuestra izquierda.

2° El punto llamado de Goyo Suárez, á nuestra derecha.

No solo porque estos son los dos puntos aparentemente más fuertes del enemigo y que una vez tomados hacen más difícil toda resistencia, sino porque son dos ángulos salientes de su fortificación que deben considerarse como ángulos muertos en ella, y sobre los cuales puede obrar eficazmente nuestra artillería.



Respecto al modo de obrar sobre esos puntos con las fuerzas de línea, se hablará más adelante, contrayéndome, por lo pronto, á manifestar el modo como la artillería de la marina debe obrar sobre ella.

Examinando las fortificaciones en la Uruguayana desde el río, presenta una porción de enfiladas ventajosas para nuestra artillería desde el agua; ventajas aparentes que no deben sacrificarse á la combinación del plan general de ataque.

La artillería de la marina debe considerarse como concurrente y no como decisiva del triunfo.

Por lo tanto, los fuegos de la artillería de marina deben sacrificar las enfiladas á la concurrencia eficaz que deben prestar á los fuegos del asalto de tierra.

En consecuencia, su posición á la derecha, ó á la izquierda de la línea asaltante, según sea el punto que se elija para el asalto, debiendo cruzar sus fuegos á vanguardia con nuestra artillería de tierra, tanto para no causar daño á nuestras tropas en ella, cuanto para obrar más eficaz y activamente en el sentido de estrechar á los sitiados en el punto en que deben sucumbir.

Así, pues, suponiendo que nuestra paralela de ataque se apoye sobre la posición del cementerio, como eje ó centro, é incline su derecha sobre el río, la posición de la escuadrilla debe ser á la derecha de nuestra línea á inmediaciones de la boca del arroyo del Sauce, batiendo por la espalda la posición de Goyo Suárez donde el enemigo mantiene una fuerte guarnición de dos batallones y extendiendo sus fuerzas hasta las líneas, que por el flanco izquierdo nuestro y derecho de ellas, se liga con la Iglesia nueva.

Para el efecto deberán combinarse planes de señales que pueden hacerse con banderolas puestas en la boca de un fusil, con una pequeña asta, á la manera de los guías generales, ó por un telégrafo que se establecería al efecto.



Establecido lo que queda dicho, la línea de los sitiadores debe formarse sobre la planicie que deja á su espalda el arroyo del Sauce, tomando por eje de ella la posición avanzada del cementerio.

El cementerio debe convertirse en un reducto y sobre esa base deben establecerse las baterías que cañoneen las posiciones de la Iglesia y de Goyo Suárez en combinación con las fuerzas de marina.

Los fuegos de la artillería convenientemente dirigidos tanto por la parte de tierra como por la del río, deben dar por resultado el desalojo inmediato de las líneas de defensa y en caso que el enemigo se empeñe en sostenerlas, el que sus baterías sean desmontadas y una gran parte de su guarnición sacrificada.

En ambos casos se debe estar preparado respecto del modo de ejecutar el asalto de las líneas, para posesionarse de la plaza y vencer en ella al enemigo.



Para conseguir el objeto indicado debe dividirse la artillería :

1° En baterías de posición.

2° En baterías de reserva que avancen oportunamente.

Las baterías de reserva deberán ser las piezas más ligeras, atalajadas con buenos caballos, de modo que puedan moverse rápidamente.

Las baterías de posición deberán ser las piezas rayadas, los obuses de 6 pulgadas y los cañones de á 8.

Las baterías de reserva deberán ser las piezas de á 6 y los obuses de á 12.



Desalojado el enemigo de la línea de fortificación, es decir, del parapeto de tierra cubierto con un foso que parece dispuesto á sostener, todo el secreto del éxito de la jornada consistirá en hacer servir esas mismas fortificaciones á las tropas que van á asaltar.

Esto puede conseguirse del modo siguiente :

Desalojado el enemigo, por los fuegos de nuestra artillería y de nuestra línea de tiradores de sus líneas, ó imposibilitado de sostenerse en ellas, nuestras baterías de reserva deben avanzar al gran galope quedando en

su puesto las baterías de posición. Aquéllas (las baterías de reserva) avanzarán en tal disposición hasta la inmediación del foso del enemigo, hasta cubrirse con el parapeto y poder hacer fuergo sobre el interior de la plaza á la menor distancia posible.

Bajo los fuegos de nuestras baterías de reserva, una vez colocados á vanguardia de las baterías de posición sobre las inmediaciones de la línea enemiga, deberán avanzar á paso de trote nuestras columnas de ataque y precipitarse resueltamente en el foso para desde allí dominar la cresta del parapeto y hacer fuego á mampuesta sobre el enemigo reconcentrado en la plaza.



Después de obrar convenientemente nuestras baterías de posición, cañoneando la plaza, es indispensable, para que el éxito corone la operación anteriormente indicada, que ella sea precedida por la hostilidad de una línea de cazadores, extendida alrededor de las líneas de fortificaciones, no debiendo bajar esta línea de tiradores de menos de ochocientos á mil hombres; la guerrilla con armas de precisión, tanto para hacer fuego sobre los enemigos que cubran el recinto, como sobre los artilleros que sirvan sus piezas.

Esta línea de tiradores puede avanzar cubierta por una línea de cestones ó gabiones que llenos de tierra, será fácil hacer rodar y establecer como una trinchera en el punto más conveniente.



Sobre la base de esta línea de tiradores puede efectuarse oportunamente el avance de las baterías ligeras de reserva, así como el asalto de las columnas de infantería destinadas al ataque.

Para penetrar dentro de las líneas, puede hacerse uso de diversos medios, ya sea la agilidad del soldado, ya colmando los fosos con los mismos cestones ó con faginas preparadas al efecto, ya con tablones con barrotes á manera de escala, pero el medio más eficaz de posesionarse del foso y del parapeto del enemigo será el de llevar unas pequeñas escalas de la altura poco más ó menos del foso de la línea, para que una vez posesionadas las columnas de ataque del mencionado foso, puedan plantarlas contra la escarpa de él, pudiendo por ellas los infantes dominar desde allí la cresta del parapeto, haciendo fuego sobre el enemigo, que es indudable que en tal ocasión reconcentre su defensa en las casas inmediatas al interior de la línea.



Según lo expuesto, la primera parte del ataque debe consistir:

1° En el cañoneo efectuado por las baterías de posición en combinación con las de la marina.

2° En el avance de la línea de tiradores y de las baterías ligeras de reserva hasta las inmediaciones de la línea de fortificación enemiga.

3º En el avance de la columna de ataque de infantería hasta apoderarse del foso y parapeto enemigo, haciéndole venir contra el muro sitiado.

La última y cuarta parte de la operación consistirá en posesionarse del interior de la ciudad y vencer al enemigo en ella.

Esto no puede conseguirse sino por un combate cuerpo á cuerpo llevado metódicamente.

Para el efecto, cada batallón deberá ir provisto de las suficientes herramientas de zapa, y especialmente de hachas, picos y barretas para ir apoderándose de las manzanas más inmediatas á las líneas.

Una vez posesionado de una manzana, se debe procurar fortificarla, abriendo aspilleras en su circuito, y estableciendo fáciles comunicaciones en su interior, prefiriendo para esto último el centro de las manzanas que no pueden ser enfiladas por la artillería que el enemigo salve de sus líneas, y así sucesivamente de manzana en manzana, aislar al enemigo hasta darle el último golpe.



Para el éxito de este ataque, debe tenerse muy presente que conviene mucho no empeñarse igualmente en los dos ataques antes indicados sobre las posiciones salientes del enemigo, y que conviene, por lo

tanto, que las fuerzas que combaten una de las dos posiciones, se convierta en cabeza de columna de ataque y que allí se reconcentren todas las fuerzas posibles, á menos que ventajas de otro orden, no aconsejen obrar de distinta manera.

Por lo tanto, una de las banderas aliadas puesta en lo alto de los parapetos del enemigo y suficientemente sostenida por una columna de ataque que pueda mantener la posición, será la señal de reunión en el punto indicado, á cuyo efecto deberán previamente ponerse de acuerdo los generales ó jefes encargados del ataque.



Siendo conveniente desmontar la mayor parte posible de caballería, con arma de fuego, debe procederse en el concepto de que las columnas de caballería desmontada sirvan de reserva y sucesivamente vayan guarneciendo ó manteniendo las manzanas ó edificios que las columnas de ataque conquisten á fuego y bayoneta.

Igualmente debe precaverse el caso de las salidas del enemigo fuera de trincheras, para lo cual debe tenerse siempre prontas tres columnas de caballería montada, de quinientos hombres por lo menos cada una de ellas, las que se situarán á los flancos y al centro de la línea ó paralela de los sitiadores.

Por último, debe preveerse el caso y los medios para que una vez empeñado el combate en el interior de la ciudad puedan penetrar á ella piezas de artillería ligera que enfilen las calles y destacamentos de caballería montada que los recorran al gran galope impidiendo, por la rapidez de sus movimientos, que el enemigo en sus repliegues se guarnezca en los puntos inmediatos.



Este plan de ataque rigurosamente ejecutado con unidad de acción y salvo inconvenientes accidentales que puedan surgir, debe dar por resultado, según mi opinión, la posesión de la plaza de Uruguayana en dos días de combate ó tres á lo mas.

Frente á Uruguayana, Septiembre 16 de 1865.

Firmado : BARTOLOMÉ MITRE.



Una vez puestas en limpio las copias que debían dirigirse á los diferentes comandantes de los ejércitos aliados, el general Mitre las remitió el mismo dia acompañadas de un plano donde estaban perfectamente demostrados los puntos de ataque y la colocación de las fuerzas de primera línea y reserva.

El general barón de Porto Alegre, al aceptar en todos sus términos el plan redactado por el general Mitre, contestó el siguiente oficio :

Cuartel general del comando en jefe del ejército de operaciones en esta Provincia.

Campamento frente á la Uruguayana, Septiembre 17 de 1865.

Ilustrísimo y Excmo. Señor :

Tuve la satisfacción de recibir ayer noche el plan hábilmente trazado por V. E. de las operaciones de las fuerzas aliadas, y estando sus bases de acuerdo con lo que fué ajustado en nuestras conferencias y sus detalles conforme con mi pensamiento, nada tengo que oponer ni aumentar ; pero conviene, lo que no escapará á la superior inteligencia de V. E., que haya de nuevo una conferencia para que pueda ser útil y convenientemente aplicado el mismo plan.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar á V. E. las seguridades de mi alta consideración y distinguida estima.

BARÓN DE PORTO ALEGRE.

A. S. E. el señor general don Bartolomé Mitre.

*

Como se ve, este plan estaba perfectamente ajustado á los antiguos principios que regían para llevar el ataque contra un recinto fortificado, cuya debilidad se presentaba manifiesta ante el poder de los cañones de la escuadrilla y de las baterías de tierra; así, solo nos limitaremos á decir que con la superioridad de la artillería de los sitiadores, habría en más ó menos tiempo suficiente potencia balística para aterrorizar y vencer la resistencia de los defensores sin derramar, tal vez, una gota de sangre por parte de las tropas del asedio; pero cuando estudiamos á fondo esta memoria militar que es un documento digno de la pluma del que lo redactó, claro, sencillo y práctico, al mismo tiempo, creemos se ha querido preveer en él todos los casos, inclusive aquel en que se empeñara tan tenaz la resistencia hasta el punto que soportara el adversario el rudo bombardeo de 50 piezas de artillería y tratase de demorar todavía algún tiempo el asedio, demora que perjudicaría visiblemente las operaciones que se emprendiesen sobre la zona del Paraná.

Los puntos elegidos para el ataque estaban perfectamente encuadrados en el plan:

1° La plaza Goyo Suárez está al N. O., en la extremidad de la fortificación del recinto: por ese lado presenta un sector sin fuegos que puede favorecer el asalto.

2° La Iglesia nueva ó Matriz en el límite sud de la población, casi en el centro de la línea fortificada de

ese sector, se prestaba ventajosamente á ser batida desde la altura del cementerio y las colinas que se deslizan suavemente en dirección á la línea del acordonamiento, por las 31 piezas colocadas allí en posiciones ventajosas [1] como también por los cañones de la escuadrilla que no solamente podría ser fuerza concurrente sino decisiva según el caso.

3º En el caso que la artillería hubiera conseguido el efecto deseado, tendría la infantería que lanzarse al asalto, preparando este avance que le es peculiar, con los cazadores de la línea de batalla que llegarían á la trinchera precediendo á las columnas de ataque, y con sus certeros tiros desmoralizarían al defensor, ya bastante quebrantado por los fuegos de la artillería, y asaltando con aquellas columnas la posición fortificada del adversario, vendría, entonces, la lucha cuerpo á cuerpo.



En otro tiempo, se consideraba el asalto á una aldea rodeada por una línea fortificada y bien defendida, como una operación muy difícil y se observaba como precepto casi invariable de no proceder á un ataque regular, sin haber antes producido el incendio de la población, ó haber ejecutado sobre uno de sus flancos ó su retaguardia un movimiento envolvente; empleando únicamente el incendio cuando la posesión de la aldea no presentaba alguna utilidad.

(1) Ver el plano.

También se aconsejaba entonces, sobre todo, la sorpresa y en el caso forzoso que hubiera sido necesario proceder al ataque regular, habría que ejecutarlo con fuerzas suficientes, y bajo la dirección de un plan estudiado y bien meditado de antemano, evitando de emplear numerosas fuerzas á la vez, con el fin de evitar desórdenes y sacrificios inútiles de hombres.

Del mismo modo se procedía á la preparación del ataque por medio de la artillería, reduciendo al silencio las baterías del defensor establecidas en el acordonamiento fortificado, ú obligándolas á retirarse, haciendo en seguida preceder al ataque de los tiradores con fuegos de metralla.

Los sostenes y reservas del cordón de tiradores debían, en el avance, formar una sola línea, y así mezclados en el momento decisivo, lanzarse hacia adelante para dar impulso al ataque formidable de las columnas de retaguardia.

En seguida se lanzaban las columnas asaltantes, sobre entendido, que este acto se ejecutaba cuando la artillería del ataque había hecho guardar silencio á la de la defensa.

Estos preceptos regían entonces, y como hoy, los hemos visto poner en práctica, aunque con probabilidades distintas por el adelanto de las armas.

Por ejemplo, los ingleses, aunque con grandes pérdidas, han tomado en la guerra de Sud-Africa fuertes po-

siciones á punta de bayoneta y en otras han sido rechazados á causa de ser los obtáculos insuperables.

La enseñanza en la guerra no obedece nunca en la práctica á principios absolutos, los teorizadores se llevarían un buen chasco en la aplicación de teorías en el terreno, ejemplos prácticos nos hacen desconfiar mucho de las recetas para conseguir victorias. La batalla de San Ignacio no hubiera sido obtenida tan brillantemente, sino se inspira el general Arredondo en una paradoja militar sugerida por el coronel don Luis M. Campos, paradoja que en los principios bélicos de aquella época era inadmisible; y aun hoy para llevarla á cabo se necesitaría una calma estóica y un ojo de águila. Hacer cargar en batalla al 6 de línea en un campo llano que se prestaba admirablemente á la maniobra de la caballería, en un campo dominado por la enemiga, orgullosa y vencedora, que había tomado la supremacía sobre la nuestra, era algo inconcebible. Los militares que hacen la guerra á compás con Jomini á cuestas se indignarían ante tal despropósito, y solo la victoria enmudece la crítica. Esa audacia de un intrépido dió el triunfo inesperado salvando así á la República de una situación tremenda. (1)

(1) La historia de este suceso aun está en la bruma, ni el general Paunero ni el general Arredondo han explidado claramente la falta de concurrencia al campo de batalla ó á otro punto, de las fuerzas nacionales que mandaba el primero. El problema no resuelto es el siguiente: O el general Arredondo á la vista de un gran ejército que se le viene encima debió buscar la incorporación del general Paunero ó á no poderlo haber hecho, este general debió

Pero ese acto fué un chispazo del espíritu militar del coronel Campos, perfectamente comprendido por el general Arredondo que era quien tenía toda la responsabilidad, de aquella situación tan crítica. Así este oficial inspirado por su instinto guerrero aceptó este plan; en ese caso su cálculo fué justo aunque, contra las reglas de la guerra de esos tiempos, y lo que aquí dió buen resultado, en la batalla del 24 de Mayo fué un fracaso; nos referimos al momento desgraciado en que sucumbió el 3 de infantería de línea, intrépido batallón que en su vida militar había inscripto en su bandera gloriosos hechos, probando, con este episodio, la instabilidad de las cosas humanas: la sombra confundiéndose siempre con la brillante luz de la gloria. ¡Ah! es necesario recordar siempre que el verdadero valor no consiste sino en la previsión del peligro y en pensar antes lo que se ha de hacer.

Así como lo hemos expuesto anteriormente, nada es absoluto en la guerra, salvo ciertos principios inalterables, lo demás lo traza la cabeza y el corazón del que manda. La chispa del genio no estalla sino en los momentos supremos y es por eso que esas revelaciones son tan raras á causa de su misteriosa excepcionalidad.

El plan de ataque contra la Uruguayana estaba encerrado en los límites de la victoria, era obra del ge-

---

marchar sobre la división de Arredondo comprometida en San Ignacio. La distancia entre ambas columnas era de 10 kilómetros. Este es el punto en debate.

neral Mitre á quien reputamos el mejor general americano de ese tiempo, tomando ese concepto en su verdadero valor: « Que el mejor general es aquel que comete menos errores », de otro modo ese elogio le haría mal.



La situación en que se encontraba Estigarribia era cada día más afligente, los víveres iban escaseando de una manera alarmante por su consumo sin medida, el ganado del convoy y los caballos de los regimientos puestos á contribución no daban abasto y disminuían rápidamente. Por otra parte, las enfermedades contagiosas en aquella atmósfera putrefacta, devoraban día á día la guarnición; el pánico, aplastando espíritus fuertes; la muerte, tocando continuamente llamaba para el viaje sin vuelta, anunciando el dolor y la desesperación reflejada en aquel hacinamiento de soldados extenuados, desmoralizados, y familias aterrorizadas. Tristeza incalculable dominaba la escena, especie de sentimiento unánime de rendición á todo trance, donde se sentía con pesar profundo la atracción, la lúgubre fascinación del cementerio que desmenuzaba las energías y borraba con vértigo brutal las visiones del heroísmo, de esa gloria abnegada militar que hace tan grande al corazón del soldado.

En esta triste situación las tropas paraguayas se desgranaban rápidamente y abandonando la plaza, pasaban la línea tránsfugas desesperados y mujeres deshonradas

que venían á presentarse á los aliados implorando compasión, y tal era la disminución de los últimos grupos de la invasión, que en esos momentos esas fuerzas habían quedado reducidas por la muerte y las deserciones á 6000 hombres escasos.

Se supo el 15 de Septiembre por un tránsfuga paraguayo, que en la noche intentaría Estigarribia abandonar la plaza y pasar el Uruguay con el propósito de tratar de retirarse al Paraguay.

Por los preparativos parecía que su resolución era firme, toda su tropa estaba empleada en la armazón de balsas, canoas, chalanas, angadas, aprovechando la madera que encontraban á mano como los utensilios de más escasa importancia. La necesidad aguzaba el ingenio utilizando con habilidad toda clase de objetos que flotasen sobre el agua. Algunas de esas construcciones eran muy originales. Pallejas dice haber visto una balsa asentada sobre damajuanas vacías, alquitranadas y bien tapadas con tirantillos y tablas, algunas angadas hechas de armarios, baños, pipas y otros materiales.

Este proyecto, al parecer, halagaba á todos y Estigarribia parecía, al fin, firmemente decidido á imitar á Osman Pachá en Plewna, tratando de escaparse por una tangente excesivamente peligrosa; pero honorable y gloriosa.

Galvanizado aquel hombre inerte por un instante, demostraba al fin un rasgo de carácter que lo iba á enal-

tecer ante la historia, cualquiera que fuera el resultado de la atrevida operación.

Los aliados, conocedores del proyecto, tomaron todas las medidas del caso, pero fueron frustrados en sus esperanzas. Estigarribia volvió á quedarse dormido sobre sus terribles responsabilidades. Estaba petrificado por la peor inercia que puede endurecer el corazón de un soldado. Se sentía poseído de una pereza tan abrumante, que entre raudales de luz de gloria, le impedía ser héroe! Infeliz! Era un intrépido atado en la picota de la cobardía de la que inconsciente no se daba cuenta.

Por otra parte, creemos con sobrada razón, que el banquillo en el que más tarde pagó Robles su ingenua vanidad é inaudita petulancia, lo esperaba. López jamás le hubiese perdonado el fracaso de su expedición, á pesar que este infeliz lugarteniente no había hecho otra cosa, con relación al movimiento inicial de Duarte, que cumplir las órdenes terminantes de su dictador, aunque siempre sea responsable de no haber apoyado en Yatay á aquel jefe con todas sus fuerzas ó haberle ordenado á tiempo una táctica retirada.



Se aproximaba ya, por fin, el desenlace de la sangrienta tragedia de Río Grande, el turno libertador le iba á tocar ahora á esta desgraciada provincia y hay que suponer la ansiedad inmensa de esa infeliz Uruguayana ahogada por el tratamiento bárbaro de sus opre-

sores, al distinguir á lo lejos los preparativos del asalto. Con qué júbilo no verían los habitantes desde sus escondrijos la revista de todo el brillante ejército sitiador que el día 16 y 17 pasaba el Emperador rodeado de los generales aliados, y oirían palpitantes los vítores extruendoso de aquella formidable y sombría masa de combatientes, especie de furias vengadoras con uniforme que amenazaban con el condigno castigo á los terribles invasores.

La música con sus entonaciones metálicas modulando himnos solemnes, las guerreras marchas dando tensión y vigor al organismo, conmoviendo las fibras del hombre de pelea, los alaridos del entusiasmo, especie de estrepitoso saludo al César en la hora magna, todo eso tan significativo como escena preliminar de la destrucción del hombre ; esas diversas vibraciones de la guerra confundidas en un inmenso y desafinado ruido extraño, mezcla de charangas y alaridos que subía y bajaba en el tono, debieron estremecer á los que esperaban en terrible silencio aquella avalancha de destructoras máquinas, unas animadas por la hirviente sangre del odio, otras por la mecánica de la guerra; pero aun el momento no era oportuno, había que esperar dos días en esa lúgubre ansiedad.

El día 17 tuvo lugar la última junta de guerra y en ella se trató de la colocación de las tropas frente á los diversos puntos de ataque, así como del emplazamiento de la artillería y cohetes á la Congreve que deberían, como es de práctica, preparar el ataque, señalando ade-

más el día 18 á las 6 de la mañana para estar prontos para el combate.

La fuerza presente del ejército sitiador que debía atacar la plaza contaba en ese día 17.346 [1] hombres divididos así: brasileños 12.393, argentinos 3733, orientales 1220.

Amaneció el día 18 de Septiembre. El alegre rumor de los soldados de la alianza llegaría á la villa silenciosa semejando un trueno lejano de amenaza que anuncia la tormenta. Esa alegría en el campo aliado parecía presagio de lúgubre venganza. Estigarribia sabía que los horrores de la invasión clamaban la vindicta de un pueblo sobre quien había caído todas las calamidades de la guerra; sabía que él era causante de todo y que por agradar á López él había descendido todos los grados del crimen; que se le iba á pedir cuenta de la sangre y de las lágrimas de las víctimas inermes á quien él y sus seides había inmolado, á quienes había sacrificado hollando todas las consideraciones que se deben al honor de las mujeres, á la vida, á la dignidad de los hombres y á la propiedad privada; en esta circunstancia su ánimo no debía estar tranquilo; porque más tarde, al ver los preparativos de las tropas aliadas envueltas en el solemne silencio que oprimía en aquella fría maniobra, debió sentir que había ya llegado el

(1) La diferencia que se nota con el estado que hemos presentado al principio es á causa de las bajas por deserción, muertes y enfermedades como también por otras causas.

momento en que lo obligaban forzosamente á pelear dignamente por su bandera y á morir por sus crímenes.

Ya todo pronto, los cuerpos cargados con sus faginas y escalas de asalto, alineadas en columnas paralelas con distancias de despliegue: las compañías de cazadores al frente en guerrilla: así, envestirían la villa formando en semicírculo en el siguiente orden de ataque:

Los brasileños á la derecha debían arremeter al sector Goyo Suárez. Los argentinos ocupando el centro avanzarían sobre la plaza Santa Ana y los orientales en la izquierda sobre la Matriz (iglesia nueva), la escuadra concurriría con el fuego de sus piezas por la parte N. y N. O. La caballería riograndense, manteniéndose de reserva, estaría pronta para apoyar el asalto contra los diversos puntos que se acaban de señalar ó á otros cuya resistencia no se hubiese previsto.

Antes de dar principio al bombardeo que se haría con las 50 piezas de artillería del ejército de tierra y las de la escuadra, resolvieron los aliados pasar la última intimación dando el término perentorio de dos horas para la rendición á discreción.

Todo el ejército ya en sus puestos de combate, incluso el Emperador que ocupaba el centro, á cuyo punto también habían concurrido los generales Mitre y Flores con sus estados mayores, el Capitán Cruz Brillante, condujo como parlamentario al jefe de la plaza el documento que en seguida se expone:

Cuartel General del comando en jefe del ejército, frente á la trinchera de Uruguayana, á 18 de Septiembre de 1865.

La promulgación del riguroso sitio en que se hallan las fuerzas que están bajo el mando de V. S. deberá haberlo convencido de que sentimientos puramente humanitarios retiene á los ejércitos aliados en operaciones en esta provincia ante el punto del territorio que V. S. ocupa.

Estos sentimientos que nos animan y que siempre nos dominaron, cualquiera que sea el resultado de la guerra á que fuimos provocados por vuestro gobierno, me obligan á decir á V. S. que semejante posición y estado de cosas debe tener un fin; así, en nombre del Emperador y de los generales aliados anuncio á V. S. que dentro del plazo de dos horas nuestras operaciones van á dar comienzo.

Prevengo á V. S. que cualquier proposición que hiciere que no sea la de rendir sus tropas sin condiciones, no será aceptada en razón de que anteriormente V. S. rechazó las más honrosas que le fueron ofrecidas por las tropas aliadas.

Dios guarde á V. S.

Barón de Porto Alegre,
Teniente general.

Al señor coronel don Antonio Estigarribia, comandante en jefe de la división paraguaya en operaciones sobre el río Uruguay, sitiada en Uruguayana.

Inmediatamente respondió Estigarribia en los siguientes términos:

« El comandante en jefe de la división paraguaya ofrece rendir la guarnición de la plaza de la Uruguayana bajo las siguientes condiciones:

1° El comandante de las fuerzas paraguayas entregará la división de su mando desde sargento inclusive, guardando los ejércitos aliados para con ellos todas las reglas que las leyes de la guerra prescriben para con los prisioneros.

2° Los jefes, oficiales y empleados de distinción saldrán de la plaza con sus armas y bagajes, pudiendo elegir el punto á donde quieran dirigirse; debiendo el ejército aliado mantenerlos y vestirlos mientras dure la presente guerra si eligieran otro punto que el Paraguay, debiendo ser de su cuenta, si prefiriesen dirigirse á este último punto.

3° Los jefes y oficiales orientales que están en esta guarnición al servicio del Paraguay quedan prisioneros de guerra del Imperio, guardándoles todas las consideraciones á que tengan derecho.»

Estando ya pronto el ejército para marchar al asalto y los generales á caballo, en esta misma posición deliberaron y resolvieron que el ministro de la guerra Ferraz, acompañado por el jefe de estado mayor, general Caldwell y por dos oficiales penetrasen á la villa y llevasen la siguiente respuesta. Eran las 11 y 50 minutos a. m.

«Los generales aliados conceden y admiten la primera y tercera condición sin restricción alguna. En cuanto á la segunda la admiten con las siguientes restricciones. Los oficiales de cualquiera categoría se rendirán, no pudiendo salir de la plaza con armas, siendoles permitido escoger para su residencia cualquier lugar que no pertenezca al territorio del Paraguay».

Uruguayana, 18 de Septiembre de 1865, á las 2 y media de la tarde.

Por los jefes aliados el ministro de la guerra del Imperio del Brasil.

ANGEL MONIZ DA SILVA FERRAZ.

Estigarribia ya demasiado convencido de su triste situación y deseando cuanto antes abandonar la plaza, accedió inmediatamente á los razonamientos enérgicos del ministro de la guerra Ferraz y aceptó de lleno las restricciones estipuladas por los representantes de la alianza. La nota contestación fué entregada por él al ilustre parlamentario, y decía así:

«Comando de la división paraguaya sitiada en Uruguayana, 18 de Septiembre de 1865.—El abajo firmado acepta la proposición de S. E. el señor ministro de la guerra y desea únicamente que S. M. el Emperador del Brasil sea la mejor garantía de esta capitulación; á él y á V. E. me entrego prisionero de guerra con la guarnición, sometiéndome á las condiciones prescriptas por V. E. El abajo firmado espera que V. E. procederá á ajustar con él la manera como se ha de efectuar el desarme y entrega de la guarnición».

ANTONIO DE LA CRUZ ESTIGARRIBIA.

Inmediatamente se arregló que los oficiales saldrían del recinto de la plaza con sus espadas para entregarlas después y que la guarnición abandonaría la plaza sin armas, y que los diversos pertrechos y materiales de guerra se depositarían en determinados puntos de la plaza.

Mucho antes de tener lugar estos sucesos, una parte de la caballería miliciana riograndesa, en el más completo desorden, se había lanzado á los accesos de la plaza y sacaba á la grupa numerosos niños paraguayos, hasta el punto que fué necesario mandar algunos batallones para evitar este asalto de prisioneros, que hambrientos y alegres de verse libres, seguían á los jinetes brasileños con gran placer.

De este modo abandonaron la villa, antes de la capitulación, más de 300 paraguayos, la mayor parte jóvenes, y se esparcieron entre los regimientos riograndenses llenando hasta el exceso su anhelado hartazgo de cuanta comida encontraban á mano, siendo curioso verlos instalados en los fogones, como en su propia casa, contentos y decidores, narrando las peripecias del sitio.

A las cuatro de la tarde empezó el desfile de los cuerpos paraguayos que componían la guarnición de la Uruguayana.

Sucesivamente fueron saliendo los prisioneros de sus respectivas trincheras. Al frente, en semicírculo,

simétricamente formadas las tropas aliadas, miraban con curiosidad aquella tan triste escena. Oprimía esa atmósfera nauseabunda un silencio glacial, sólo interrumpido por el chasquido seco del paso en el barro.

La guarnición había quedado reducida á 5545 y estaba repartida del modo siguiente:

	Plazas
Cuartel general, Estado mayor y cuerpo de Sanidad....	20
INFANTERÍA	
Batallón Nº 14, comandante Saturnino Meireles	700
» » 15, capitán Ignacio Campurno...	610
» » 17, » Diego Alvarenga......	754
» » 31, » Juan B. Ibáñez........	440
» » 32, » Avalos...............	680
» » 33, » José del Rosario Pérez..	676
Total...........	3880
CABALLERÍA	
Regimiento 27, mayor José López............	440
» 28, capitán Centurión.............	475
» 33, » Manuel A. Coronel....	485
ARTILLERÍA	
Escuadrón de artillería, teniente Ignacio Pereira.	115
Vogabantes.............................	70
Parque, impedimenta..................	80
Total...........	5545

Además quedaron prisioneros 59 jefes y oficiales, y como trofeo tomaron los aliados 7 banderas, 3690 fusiles de chispa de 17 adarmes, 540 sables, 3700 correajes, 231.000 cartuchos, 19 carretas, 1 carretilla, canoas y otros objetos.

A esto había quedado reducido el material de guerra del ejército paraguayo del Uruguay, del cual no se había salvado ni un solo hombre.



Salieron los cuerpos por el flanco sin armas, sin sentir su situación; porque el alcohol perturbaba sus sentidos [1] hasta el punto que caminaban tambaleándose, hamacando sus cuerpos descuidados bajo el peso de sus enormes é hinchadas maletas que parecían preñadas con los despojos de los pueblos asaltados por esa horda inconsciente. Con excepción de la gorra de cuartel ó el morrión de cuero de la caballería y algunas camisetas rojas, todo el traje que vestían se reducía á variados chiripás, camisas y calzoncillos nuevos, que anunciaban á primera vista la flamante depredación. Aquellos trajes abigarrados, de tan ridículo aspecto, no hacían sospechar que actuando en acción bélica, hubieran dignamente representado á Marte.

Sin embargo, creemos que habiéndose justificado siempre el valor paraguayo habría cumplido con su

(1) Pallejas expone en su diario que estaban borrachos á caerse.

deber, pero hay que convenir que un soldado vestido de chiripá y en mangas de camisa, desdice de la uniformidad y majestad del uniforme, infunde menos respeto al contendor: á primera vista se supone que se va á combatir con hombres que no son soldados, y ya esta preocupación es una ventaja para uno de los dos combatientes.

El Emperador con los generales aliados y sus estados mayores presenciaban el desfile. Estigarribia fué el primero que entregó su espada al ministro de la guerra Ferraz, éste se la pasó al Emperador, quien muy galantemente le hizo el presente de ese trofeo sin gloria, recordándole su distinguida actuación en estos sucesos.

Iban siempre saliendo aquellos grupos sombríos de hombres color de bronce florentino, impávidos, con sus caras demacradas y cabellos desgreñados, mudos, los ojos sin brillo, amarillentos, enramados y vidriosos; sin animación sus rostros, parecían esas caras de pómulos salientes, petrificadas por la insensibilidad, sin nervios, sin la animación que nunca faltó al guerrero; aunque fuera en el más duro trance: adormecidos por la fatiga se movían apenas sin llevar la cadencia del paso: se veía bien que el hambre, el insomnio y la miseria con su séquito de inmundicias y sufrimientos, habían debilitado esos soldados hasta dar á su mayor número un tipo abyecto, á esos soldados arrancados tan injustamente de sus hogares; más dignos de otra escena más heroicamente trágica en representación de

su patria. En aquel momento esos infelices rendidos hacían olvidar que habían sido los terribles ejecutantes de las órdenes de Estigarribia : oprimido los corazones aliados, enmudecían los rencores ante tan colosal infortunio.

En su mayor parte la tropa que pertenecía á la caballería estaba formada por mocetones de elevada estatura y correctas proporciones : delgados y bien plantados, muchos de ellos eran blancos : se distinguían al momento que los trabajos y las miserias los habían reducido á un estado lamentable, parecían convalecientes arrojados de un asilo.

Pasaron al fin por las horcas caudinas de la alianza aquellas últimas reliquias del ejército paraguayo del Uruguay, y el Emperador que presenciaba el desfile recibió la primera bandera, la que con su habitual galantería nacional se la pasó al general Mitre, [1] como diciéndole V. E. debe recibir el primer trofeo de esta tan grande victoria que es el desenlace feliz de su brillante plan de guerra; porque Uruguayana fué la solución del primer problema estratégico de la campaña del Paraguay que se inició en Corrientes y en Río Grande, bajo la inspiración del generalísimo de la triple alianza, quien tuvo la felicidad de tener á sus órdenes generales orientales, brasileños y argentinos, que con perspicacia suma y talento militar reconocido, interpretaron en el terreno en todas sus partes esa teoría de la guerra

(1) Otra bandera fué entregada al general Flores.

que en esa rara emergencia había sido fundada en cálculos tan exactos.

Antes de abandonar la guarnición la plaza, el Emperador le preguntó al general Mitre cuál era el cuerpo designado para guarnecer á la Uruguayana. El interpelado le respondió: En una ciudad brasileña sólo deben entrar cuerpos brasileños. V. M. designará aquel que debe allí concurrir.

El Emperador que no había tenido la intención de provocar esa respuesta se ruborizó, y ordenó que penetrasen á la villa dos cuerpos brasileños, el 2 de línea y el 1° de voluntarios.

En todo momento, el Emperador, demostró su corazón magnánimo, recomendando enérgicamente el buen trato á los prisioneros, y enviando los médicos del ejército brasileño para asistir á los enfermos de los hospitales paraguayos.

A las 6 p. m. concluyó el desfile y los prisioneros fueron colocados en un gran cuadro formado por dos batallones brasileños y más tarde se hizo la repartición en los ejércitos aliados. Un momentos antes el Emperador penetró con su estado mayor á la villa, y recorriendo á caballo algunas calles volvió á salir.

El cuadro de desolación que se presentó á sus ojos debió herir las fibras de su pecho en lo más íntimo.

Todo allí en esa infortunada villa había sido destruído por un móvil salvaje y rastrero: se veía en ese ne-

gro panorama de la guerra el instinto rabioso del asolamiento. Ostensiblemente aquella humeante ruina era el más verídico testimonio del paso de esa horda de vándalos: nada había sido respetado, ni siquiera los instrumentos de música conservados para recreo de la vida del soldado. Se veían espléndidos pianos y ricos muebles de sala que hechos pedazos á golpes de hacha, habían servido para alimentar los fogones de aquella soldadesca inconsciente.

Los huesos pelados y los residuos del rancho de la tropa se confundían con las astillas de las piezas de los ricos mobiliarios á medio quemar, habiéndoles primero arrancado á los sofás y sillones las espléndidas telas de damasco que los cubrían. Parecía aquella escena conmovedora remontarse á los asaltos de tiempos remotos en que después de incendiar las ciudades, ultimar á los defensores, se hacían esclavos á los habitantes y se castigaba el heroísmo de la defensa con la muerte, la esclavitud, y la deshonra.

Aquí en la Uruguayana se palpaba con tristeza la ausencia de toda noción de civilización moderna, desgraciadamente desterrada de las doctrinas sangrientas con que López sugestionaba á sus legiones, de ese hombre terrible que había hecho comprender á sus soldados que sus enemigos debían morir, y sus propiedades, ya que no podían ser confiscadas, arrasadas. (1)

---

(1) Pallejas dice haber visto cadáveres de brasileños insepultos y mutilados en un sitio próximo á la plaza.

Como un testimonio digno de ser oído, transcribimos más abajo el relato de un testigo presencial, el teniente coronel brasileño don Augusto Fausto de Sousa. Dice así:

«Todos los edificios estaban más ó menos arruinados, las puertas, marcos, ventanas y tablazón habían sido arrancados de quicio para ser empleados en la construcción de las trincheras y de las balsas, los muebles destruídos y quemados como leña; en todas partes se notaba el cuño innoble del espíritu de destrucción. En muchas casas que aun guardaban vestigios de antiguo tratamiento y lujo, veíanse los techos ennegrecidos por los fogones que se encendían en el pavimento, y se distinguían esparcidos por el suelo pedazos de espejos y de objetos de porcelana, teclas de piano, pies torneados de muebles de lujo, fragmentos de retratos y grabados, copas y lozas partidas, siendo muy curioso que solo una especie de vasos mereciese escapar de este desastre, en razón del uso particular á que se le había destinado, los *orinales,* que eran encontrados enteros y con restos de comida, demostrando su utilización como soperas. Por toda la ciudad se sentía un olor fétido que se exhalaba de los lugares donde estuvieron acampados los paraguayos, los cuales presentaban la apariencia de inmundos chiqueros, donde se veían caballos insepultos en estado de putrefacción, del mismo modo que cada casa era un foco de emanaciones deletéreas y como el más alto grado de perversidad, (dicen que ejecutado por orden del padre Duarte) se había arrojado á los aljibes ó pozos de las

casas, perros y gatos muertos, cueros en descomposición, etc. »

Cualquiera diría que todo esto que aquí exponemos es una exageración, pero incólumes los testimonios son en demasía terribles y verídicos para que se pueda dudar de tales atentados.

El recuerdo sombrío de los crímenes cometidos por el ejército de Estigarribia en Río Grande se mantiene vivo como una leyenda de horror que han de enseñar las madres á sus pequeñuelos, como las damas romanas cuando recordaban, después de Cannes, la terrible presencia de Aníbal.



El entusiasmo que estalló á causa de este gran éxito bélico, tanto por ver coronada una victoria de tal importancia estratégica, como por no haber costado una gota de sangre, fué inmenso, primeramente se traduzco en ardorosas proclamas dirigidas á los diversos ejércitos aliados donde se demostraba en algunas, con vivos colores, los actos vandálicos del vencido, y en seguida, en una improvisada capilla que fué erigida al lado del real del Emperador, se celebró un solemne *Te-Deum* en acción de gracia de tan fausto acontecimiento.

Siguió á la fiesta religiosa un real almuerzo con que el Emperador obsequió á los generales Mitre y

Flores y á otros de las fuerzas aliadas. La más amplia cordialidad reinó durante la comida, en medio de las más gratas expansiones, parecía que cada vez se afianzaban más los vínculos sagrados de la alianza.

Más tarde, la satisfacción fué completa para el Emperador, al anunciársele el 23 de Septiembre otra victoria no menos espléndida é importante,[1] la reanudación de las relaciones que desde algún tiempo estaban interrumpidas entre la Inglaterra y el Brasil.

En aquel día recibió en audiencia imperial al ministro de Inglaterra. La entrevista fué sumamente afable y los discursos apropiados al caso. Entre las naciones sucede lo mismo que entre los individuos, cuando se vuelven á reanudar amistades que algún tiempo han estado interrumpidas, nunca faltan los abrazos y otras manifestaciones, especie de espeso velo que trata á todo trance de ocultar los rencores pasados.



Después de la rendición de la Uruguayana se ordenó demoler las improvisadas fortificaciones, encomendando esta obra á los prisioneros, como era racional, ellos las habían construído, era justo que ellos las destruyesen.

(1) Pereira d'Acosta.

Mientras tanto, los generales aliados, el ministro Ferraz y el almirante Tamandaré tuvieron una nueva junta de guerra en donde se trató de la marcha del ejército aliado, sobre el Paraná, pues no había tiempo que perder, para esto ya anteriormente Osorio con el ejército brasileño y argentino se había puesto en camino y estaba en ese momento sobre Mandisoví Chico.

Además, se trató en esta conferencia del pasaje del río Paraná por la extrema derecha del frente de operaciones del ejército paraguayo ó de su línea defensiva, y de las operaciones que se encomendarían al 2º cuerpo de ejército brasileño á las órdenes del general barón de Porto Alegre y de la 1ª división de caballería, que bajo el comando del general Portinho, maniobraría como unidad independiente; resolviendo que una vez que el 2º cuerpo estuviera organizado y concentrado con sus efectivos completos en San Borja, pasaría el Uruguay por frente á ese punto, y siguiendo su margen derecha tomaría por línea de operaciones Santo Tomé, Itacua, Pariopa, Capilla de San José, San Estanislao, Santa María, Ombú, San Alonso, San Carlos, Santo Tomás, San Borgita, ocupando momentáneamente el fuerte San José y Candelaria.

La misión principal encomendada á este cuerpo de ejército era cubrir las fronteras de Corrientes y Río Grande y amenazar á Itapúa ó sea la izquierda de López. Constituía, pues, un cuerpo de observación, que estuviera en condiciones, si llegaba el caso, de invadir el Paraguay y marchar por el ancho camino que

existe hacia el Tebicuarí para amagar el flanco izquiedo y la retaguardia del ejército paraguayo que sostenía el cuadrilátero.

Más tarde veremos como cambió este primer plan.

El 19 se dió principio al pasaje del río Uruguay por las fuerzas del general Flores, en los vapores, lanchones y demás embarcaciones de la escuadra brasileña, este traslado duró hasta el 24 que lo iniciaron las fuerzas del general Paunero, y recién el 1º de Octubre empezó la marcha en dirección á la Villa de Mercedes, habiendo llegado entonces Osorio á las proximidades de Curuzú-Cuatiá.

El 25 el Emperador se despidió de los generales Mitre y Flores, se embarcó por la mañana en el vapor brasileño *11 de Junio* con el propósito de ir á visitar á los pueblos asolados por la invasión y proporcionarles algunos socorros; pasando en ese tiempo los generales mencionados al territorio argentino.

Así concluyó la sangrienta tragedia de la invasión paraguaya á Río Grande.

Sin embargo del feliz éxito de la campaña, el ejército aliado había sufrido sensibles pérdidas á consecuencia de las enfermedades producidas por la rigurosa estación y la pésima calidad de los alimentos y pudiera muy bien decirse que los muertos é inutilizados por esta causa habían sido tantos como los del adversario.

Así debemos considerar que esta magnífica victoria, aunque sin sangre, costó grandes sacrificios.



Cuanto más se estudian estos sucesos, más claramente se distinguen sus consecuencias, esclavas de una lógica de fierro que aplasta á la ignorancia ingénita, á esa especie de idiotismo militar que enmoheció siempre los resortes más eficaces de la dirección superior de los ejércitos de López.

Cuando las operaciones de una guerra siguen la marcha equivocada que le inspira un mal plan de campaña, de antemano nace el juicio al contacto de la meditación que forzosamente nos lleva á una conclusión basada en buenos razonamientos; así, pues, no se necesita ser un gran capitán para conocer la resultante errónea que ha de presentar el fatal desenlace.

En la campaña de Río Grande hay que estudiar tres puntos principales que atañen únicamente á estos acontecimientos. El primero será referente á la invasión de esa comarca brasileña y la relación que tendrá este suceso con la sublevación de Basualdo y de Toledo en Entre Ríos, y tendremos, que á consecuencia de estos sucesos el generalísimo tuvo que modificar el plan de campaña, pues en vez de ejecutar la marcha ofensiva sobre el centro del prolongado

frente de operaciones del ejército paraguayo fué necesario iniciar la ofensiva contra el ejército de Estigarribia y abrir en seguida las operaciones sobre el Paraná, y no solo se presentaron estas obstrucciones, sino también la amenaza de la sublevación del partido blanco en el Estado Oriental.

El segundo punto sería el estudio de las responsabilidades de los jefes riograndenses ante el avance del ejército de Estigarribia. Esta responsabilidad, que desgraciadamente asumen aquellos militares, según los mismos documentos brasileños, es muy grave, y el anatema allí expuesto es, sin consideración alguno, presentado con los más negros colores, siendo lo más desagradable que todos esos documentos é informes son periciales. Esa invasión jamás debió pisar el suelo brasileño, como se prueba en documentos fehacientes y testimonios de importancia suma: allí se manifiesta con una claridad indiscutible la impericia de los que se improvisan generales.

Estamos seguros que si en vez de un paisano armado al frente de las valerosas y numerosas huestes riograndenses, se hubiera mantenido el intrépido Porto Alegre, Caxias, ú otro buen general brasileño, el territorio de esta nación no hubiera sido vilipendiado.

El tercero; sería el referente al estudio de las operaciones de Estigarribia que nos lleva á meditar sobre todas las consecuencias que en el mando puede traer la ineptitud.

Estigarribia en los primeros momentos de la invasión, antes de Yatay, pudo elegir tres planes de campaña. El primero, el más lógico y el más ventajoso aconsejado muy discretamente por los distinguidos jefes orientales Salvañach, que hubiera privado del contingente oriental á la alianza, habría sido el avance al centro de la campaña del Estado Oriental, para sublevar el partido blanco y de este modo hacer retardar también el avance sobre el Paraná. El segundo. Su junción con Robles y entonces abrir operaciones sobre Entre Ríos y seguir después sobre el Estado Oriental siempre que esto se hubiera ejecutado inmediatamente después de la invasión, como ya lo hemos expuesto en otra parte; es decir, cuando los aliados no tenían ejército capaz de resistir á los 80.000 hombres de López. El tercero. Mucho antes de Yatay interponerse entre Flores y Paunero y tratar de batir en detalle á uno de los dos contendores, se sobreentiende que con todas sus fuerzas; ú optar, en caso desgraciado, por una retirada honrosa ó imprescindible.

Este supino ignorante, nada hizo, nada imaginó, ni á la astucia del tigre le pidió un audaz zarpazo que pudiera salvar á su ejército. Hay que disculparlo, nadie pide peras al olmo. Pero siempre, aunque á costa de su ejército tan estúpidamente sacrificado, puede muy bien decirse que tal vez salvó sin pensarlo el ejército paraguayo del Paraná, deteniendo al aliado mes y medio en la costa del Uruguay.

Ahora la única operación que tal vez pudo realizar, si acaso su inercia habitual no lo hubiera dominado, per-

diendo un mes en detenciones inútiles y depravadas; fué su operación sobre la frontera oriental, vislumbrando las incompletas instrucciones de López que le señalaba por bases sucesivas de operaciones, San Borja, Itaquí, Uruguayana, Alegrete y Santa Ana do Livramento, entonces se entiende que reunido á las fuerzas de Duarte, con todos los grandes elementos de movilidad que hubiera podido sacar de Corrientes, invadido habría por el centro de la frontera el Estado Oriental, sublevando el partido blanco, que ayudado con un ejército de línea 10.000 hombres, indudablemente creyérase invencible, inmovilizando tal vez el ejército de Concordia que habría detenido sus operaciones sobre el Paraná, temiendo el mismo acontecimiento en Entre Ríos, pues la sublevación de Basualdo y Toledo demostraban de un modo alarmante, en apariencia, por lo menos, que el prestigio y la autoridad del general Urquiza había muerto, y que la provincia hacía causa común con López, pues en esa crítica emergencia en que se veían los espíritus exaltados é intransigentes, no se podía suponer otra cosa, cuando ante los avances vandálicos de los ejércitos paraguayos se sublevaban las milicias entrerrianas haciendo manifestaciones contra esta guerra que la República no había provocado, y que sólo recibiera la afrenta de una excursión vandálica.

Como se ve, esta situación fué gravísima y sólo la ineptitud de los generales paraguayos no sacó ventajas de ella.

La enseñanza que dejan los sucesos de la guerra para el militar que estudia y medita son una experien-

cia moral de gran importancia: es una severa lección que nos enseña que en la paz, no solamente es necesario preparar soldados en la práctica que más se acerca á la guerra, sino con mayor empeño generales.

El más grande error paraguayo de la campaña del Paraguay consiste en un punto importante, de tal lógica que es claro, como la luz del día; consiste, decíamos, en que el director de tan inmortal contienda no era militar, y menos una revelación como han sido los jóvenes grandes capitanes.

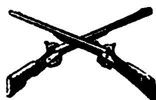
Y aunque López poseía ciertas excelentes condiciones militares, y hubiera tenido las nociones más exactas de la teoría de la guerra, los defectos de su carácter precipitado y autoritario hubiéranle aconsejado sus desaciertos. El principal punto débil de ese carácter de fierro estaba en ésa misma tenacidad sin lógica ni razón, consistía en ser obcecado en sus ideas, en ignorar toda noción del cálculo. Era un espíritu de una desición y energía inquebrantable; pero bárbaro. Infalible ante su conciencia y sombrío cincelador de hechos estupendos en la historia, constituía una personalidad única en aquel teatro terrible que solo fué inspiración de su infernal orgullo. Encarando con una audacia sin límites cualquier situación, desestimó siempre, con soberano desprecio, el consejo y los consejeros.

La resistencia que presentó el ejército paraguayo se debe á la intransigencia y autoridad despótica, ilimitada de López; al temperamento disciplinado, intré-

pido, patriota é insensible del paraguayo, y sobre todo á las grandes dificultades del terreno.

Todo el talento militar de López consistía en tentar golpes ineficaces, halagado por triunfos momentáneos que no eran decisivos y retrogradar sucesivamente detrás de los grandes obstáculos naturales y artificiales de su propia tierra. Su arte militar, resaltaba en un arte ingénito; combinación indígena de algún valer, llevada á cabo por una tenacidad inútil, trágicamente justificada por su estupendo egoísmo personal.

Antes de concluir este capítulo, debemos exponer, que en cuanto á las observaciones y apreciaciones militares que encierran estas últimas páginas, no deben entenderse en absoluto, porque en esta clase de estudio es muy difícil encontrar en la práctica, justa aplicación á esta palabra.





Movimientos sobre las líneas de operaciones

CAPÍTULO X

Después de Uruguayana.—Efecto causado en López por este suceso. —Consideraciones sobre su situación.—Operaciones sobre la margen izquierda del Alto Paraná por las fuerzas de la división del general Castro.—Triunfo de Reguera.—Seguridad completa de la zona al Este del Iberá.—Operaciones al Oeste de esta región, ordenadas por el general Hornos.—Victoria del coronel Romero en Naranjitos.—Despejo de esta zona.—Objetivos de marcha y seguridad de los flancos del ejército aliado.—Concentración por marchas convergentes de las diversas fracciones del ejército aliado sobre Mercedes.—Penosas jornadas del ejército de Concordia y del de vanguardia en su marcha convergente al centro de la provincia de Corrientes.—Excesiva mortalidad en el ejército brasileño.—Detención del ejército aliado á causa de grandes temporales y crecientes de los ríos.—El ejército paraguayo sobre el Paraná, marchas y contramarchas.—Intenciones aparentes de López.—Prisión y proceso de Robles.—Injusta sentencia y muerte.—Pasaje del río Corrientes por el ejército aliado.—Separación del ejército del general Flores.—Su marcha hacia Yaguareté-Corá y San Miguel.—Organización definitiva del ejército argentino.—Notas cambiadas entre los generales López y Mitre sobre la regularización de la guerra.—

Continuación de la marcha del ejército aliado.—Reemplazo de la división Castro por las fuerzas de Paiva y Reguera.—La escuadra brasileña.—Abandono de los paraguayos de la provincia de Corrientes.—Amplia devastación.—Arribo del ejército aliado á la Laguna Brava, San Cosme é Itatí.—Observaciones.

LA rendición de la Uruguayana fué recibida por las naciones aliadas como el principio del próximo final de la guerra del Paraguay, pues tal era la confianza que renacía por los recientes triunfos, y el desprecio que inspiraban esas tropas adversas, tan mal organizadas y peor mandadas, como ridículamente vestidas, que hasta ese momento no habían obtenido otros resultados á pesar de su inmensa superioridad numérica y de su reconocida valentía y las grandes ventajas alcanzadas al principio de la guerra, que ruidosos fracasos, y ante tan elocuentes sucesos se creía esperar una conclusión rápida, porque á nadie se le ocurrió sospechar que la tenacidad de López, contrabatida por sus derrotas, lo llevaría más allá de lo que la razón de la guerra le indicaba.

En esta situación surgía casi convincente el razonamiento, considerando que hasta ese momento, eran importantísimos los resultados obtenidos por las operaciones llevadas á feliz éxito por las armas de los ejércitos aliados.

El asalto á la ciudad de Corrientes en que un puñado de soldados argentinos demuestra la superioridad sobre su adversario más numeroso. La hermo-

sa victoria del Riachuelo, casi exterminando á la escuadra paraguaya y dominando completamente los ríos, que era una de las más importantes líneas de comunicación y de operaciones de los ejércitos aliados, como salvando de bloqueos, bombardeos, é incomunicaciones á los pueblos del Plata y del Brasil. La completa destrucción del cuerpo de ejército de Estigarribia, especie de cuña metida sobre el flanco más vulnerable y propenso á sobresaltos del ejército aliado, serio peligro que lo constituía el Estado Oriental, que á haber sido convulsionado por el partido blanco, probablemente el contacto revolucionario habría conmovido á Entre Ríos á causa de las connivencias políticas que existía entre los adeptos de una misma causa. La completa paralización de las operaciones del ejército paraguayo de observaciones en Corrientes (Resquín), y por último la disminución enorme de más de 30.000 soldados paraguayos, que por enfermedades, habían sucumbido, como ya lo hemos expuesto al comienzo de esta obra, desde que López concentró sus diversos ejércitos en distintos campamentos en ese tiempo, dando como consecuencia todos estos contratiempos el cambio radical de su plan de campaña, que de ofensivo, rápido y audaz, pasaba al defensivo en su propio territorio.

Todas estas operaciones habían resuelto felizmente para los aliados la campaña de la invasión, obligando al adversario á una precipitada retirada, aunque con enorme detrimento para la propiedad privada de las provincias asaltadas.



Al conocer López la rendición de Uruguayana, su cólera no tuvo límites, hasta el punto que ni sus hijos más queridos se atrevían á aproximársele.

La fiera reconcentrando su furor en su negra alma quería, para salvar su enorme responsabilidad, una víctima expiatoria, en él apremiaba la necesidad de infamar á sus ineptos lugartenientes. Fué éste, hasta ese momento, el más recio golpe que venía á rematar los reveses anteriores y no podía achacar á otra causa esos fracasos que sólo eran la consecuencia de sus desacertados planes, fundados en cálculos ligeros, sin consistencia sólida, y en un pésimo sistema de centralización del mando, confiado á hombres más ignorantes que él y sin ninguna experiencia en las cosas de la guerra; y cuando se estudian estos sucesos con la calma y el análisis de Tácito, y se descubre la verdad con toda su horrible desnudez de bárbaro egoísmo, parece increíble que se pueda sacrificar una valerosa nación á los caprichos de un infatuado incorregible que se cree infalible; y lo más original es, que á pesar de todos los martirios del pueblo paraguayo, todavía hoy exista en la masa popular el sugestivo recuerdo de aquel eximio tirano: una especie de Mesías luminoso, como en el pueblo bajo argentino por mucho tiempo después de Caseros la sombra de Rosas acariciaba su esperanza.[1]

---

(1) Algunos días después de la batalla de Caseros, el doctor Gamboa, aquel distinguido argentino y célebre defensor de los Reinafé, que era íntimo amigo de mi padre, estaba de visita en mi casa, en momentos que llamaban á la puerta de calle. En seguida pene-

Estigarribia fué proclamado traidor, vendido á peso de oro á los brasileños. ¡Infeliz judas! condenado calumniosamente á recibir en libras esterlinas el vil precio de una traición que no había cometido, y si es verdad que sus desaciertos fueron causa del desastre; pero en compensación, como lo hemos expuesto antes, el mes y medio que detuvo á los aliados sobre el Uruguay tal vez salvó al ejército paraguayo del Paraná de un desastre, que sin temor de equivocarnos, podríamos denominar seguro.

En los fragmentos que más abajo se transcriben se nota la ira contenida de López, cuyo documento á pesar suyo, lo reviste de cierta serenidad.

« Cuando yo creía que la columna (Estigarribia) había ya alcanzado el punto que le fuera destinado,

---

traron al patio un sargento y cuatro soldados morenos, vestidos con chaqueta, chiripá y gorra de manga de bayeta roja, uniforme que usaban las tropas del ejército de Rosas y de Oribe; su traje estaba casi en harapos: venían de hacer toda la campaña del interior y el sitio de Montevideo, trayéndoles desde allí Urquiza á Caseros. Mi padre, al verlos entrar, salió al patio y les dijo con vehemencia:

—Ya ahora ustedes son libres, ya con la tiranía se habrán concluído sus padecimientos y no habrá quien les condene á estar 14 años tiranizando pueblos y degollando mártires.

El sargento, el más anciano, especie de tipo venerable de sacerdote abisinio con su barba blanca puntiaguda, contestó con gravedad, relampagueando unos ojos feroces, africanos, enramados con arterias de sangre que pugnaran por estallar:

- Nosotros hemos sido esclavos de su suegra la señora Mariquita Lastra, pero quien nos dió libertad fué el Restaurador y si llega el caso hemos de morir fieles á él! Nadie como el amito Rosas; mi amo! Si no nos dan piedras de palo en Caseros, les hubiéramos hecho fuego por la espalda, ó hubiéramos muerto gritando viva Rosas!

Alguna vez pensamos que es exacta la sentencia aquella, aunque parezca una paradoja. Que alguna vez más esfuerzo hay que esperar de la tiranía que de la libertad.

abriéndose el camino al través de todos los obstáculos y conquistando laureles, es cuando recibo la vergonzosa noticia de su rendición en la Uruguayana, sin que le cueste al enemigo ni una sola gota de sangre, atemorizados por algunos millares de enemigos, que á pesar de su número, de la presencia del Emperador del Brasil, del Presidente de la República Argentina y del caudillo de la revolución oriental, nunca se hubieran atrevido á arriesgar un solo ataque contra los nuestros! Estigarribia responderá ante Dios y la patria de este acto único que avergüenza nuestra historia. El estandarte y las armas paraguayas sólo sirven hoy para trofeo del enemigo y para que los ciudadanos que las empuñaban desfilasen inermes como esclavos, haciendo estremecer en sus tumbas á las cenizas de sus mayores. Una catástrofe tan grande como la que os anuncio, exige de todo paraguayo un nuevo esfuerzo y un nuevo brío para lavar la primera mancha hasta hoy lanzada en la bandera y en el nombre paraguayo ». (1)



Anteriormente expusimos que en la margen argentina del Uruguay, había quedado una división de caballería independiente á las órdenes del general Castro con las instrucciones de observar los movimientos del enemigo sobre la Candelaria y sitios adyacentes, batir sus destacamentos, recuperar todo el ganado recon-

(1) No habiendo obtenido el original, ha sido traducido del portugués.

centrado en esos lugares por el adversario para transportarlo al Paraguay, y extender el radio de exploración por el Oeste hasta la margen de la laguna Iberá, estableciendo al mismo tiempo puntos de comunicación con las fuerzas de Cáceres y de Hornos que observaban y hostilizaban las tropas del ejército paraguayo que maniobraba sobre el Paraná, que á su vez se encontraba cubierto por la línea fortificada del río Santa Lucía, el primero sobre el flanco izquierdo de aquel ejército y el segundo maniobrando sobre el centro de la línea del frente de operaciones del adversario, que comprendía el territorio, entre la margen derecha del Iberá y la izquierda del río Paraná.

El general Castro, después de salvar el ejército aliado el río Uruguay con el intento de proceder al sitio de Uruguayana, se estableció primero sobre el pueblo de la Cruz, pasando desde allí á Santo Tomé, de cuyo punto hizo su base de operaciones, manteniendo sus comunicaciones con la Uruguayana y Paso de los Libres.

En las descubiertas que ejecutaban las partidas del coronel Reguera, jefe de la vanguardia de esta división, sobre San Carlos y Candelaria, se pudo observar que en esos lugares se mantenía una división paraguaya con 3 baterías de artillería guardando como 30.000 cabezas de ganado que aun no habían pasado al Paraguay, y que en un sitio próximo á San Carlos, denominado Capón paraguayo, se destacaba una fuerza avanzada de 100 hombres que vigilaba ese acceso; y otras independientes, que merodeaban en la sierra y en la costa en

observación de fuerzas brasileñas que pudieran pasar el Uruguay, y de las tropas del coronel Reguera.

Esta guardia avanzada pertenecía al fuerte destacamento paraguayo que acampaba en San Carlos, no teniendo otra misión, en esa circunstancia, que recoger el ganado para hacerlo pasar al Paraguay y observar los movimientos de las tropas aliadas, pues ya tenían conocimiento de los desastres que habían tenido lugar en ambas márgenes del río Uruguay.

Cuando el coronel Reguera supo positivamente por el capitán Sosa, comandante de las fuerzas avanzadas, que el adversario, el 27 de Septiembre, empezaba su movimiento retrógrado, invulnerable con relación á la partida de este capitán, tanto por su número superior como por presentar 50 soldados de infantería, desprendió en su auxilio mayores fuerzas á las órdenes del mayor Sánchez y del capitán Godoy: entonces con todas estas tropas reunidas este jefe lo atacó resueltamente persiguiéndolo en el espacio de 15 kilómetros, hasta que penetrando en un espeso bosque que está 15 kilómetros de San Carlos, hizo alto, echando pie á tierra y resistió con bizarría.

Entonces el mayor Sánchez no trepidó un instante y ordenó á sus tropas desmontarse; y arremetiendo sable en mano, les produjo 20 muertos, entre los que estaba el oficial que los mandaba, un alférez Crisaldo, teniendo que lamentar, por parte de las fuerzas aliadas, 13 hombres fuera de combate, heridos y muertos á bala

y bayoneta, entre los cuales había dos oficiales heridos, lo que demuestra que la lucha, aunque en pequeña escala, había sido encarnizada.

En estos momentos salieron de San Carlos un pequeño batallón de 200 plazas y un escuadrón de caballería: pero habiendo avanzado el coronel Reguera con todas sus tropas, se retiraron precipitadamente dividiéndose en dos grupos, uno marchando á Santo Tomé y otro á la Candelaria.

Estando en el campamento de San Alonso, el 28 de Septiembre recibió el general Castro la feliz nueva de este triunfo, é inmediatamente se dispuso á maniobrar sobre la Candelaria con el propósito de obligar al enemigo á retirarse con todas sus fuerzas al Paraguay, quedando así desde ese momento completamente despejada de enemigos esa comarca.

El coronel Reguera, después de este suceso, avanzó sobre la Candelaria y llegando en momentos que se retiraba la fuerza que estaba allí, pudo tranquilamente recoger las 30.000 piezas de ganado vacuno y caballar que se encontraban ya en vías de pasar al Paraguay.

Así, como resultado final de estas pequeñas operaciones de la guerra, quedaba completamente libre de enemigos el territorio de la provincia de Corrientes, comprendido entre el Iberá y el Uruguay. De modo que por esos lugares estuvo desde entonces asegurado el flanco del ejército aliado en la marcha que emprendería sobre Mercedes.

Mientras esto sucedía, también las fuerzas del general Hornos obtenían ventàjas decisivas sobre las enemigas, que al Oeste de la laguna Iberá, merodeaban y estaban de observación en el terreno extendido entre el Iberá y el Paraná.

Un destacamento del adversario, fuerte de 810 hombres, á las órdenes de dos traidores, que no los nombramos porque los tránsfugas deshonran la historia, estaba acampada en una buena posición próxima á Concepción [1], denominada Naranjitos, al Oeste del Iberá.

A 2 kilómetros de ese lugar, en un punto nombrado Loma Alta, llegó en la noche el coronel don Félix Romero con su división y se preparó con el mayor sigilo á dar el golpe.

Naranjitos, la posición ocupada por el enemigo, presentaba la configuración de una rinconada formada por dos esteros cuyo acceso lo constituía una especie de desfiladero formado por dos bosques enfrentados entre sí. En aquel punto se había reunido una gran cantidad de hacienda con el intento de hacerla pasar al Paraguay, ó que sirviera para el abastecimiento del ejército paraguayo.

El 21 se puso en marcha el coronel Romero, habiendo antes organizado una columna del modo si-

(1) También se le denomina Yaguareté-Corá.

guiente: El mando del ala derecha le cupo al teniente coronel don Manuel A. Ballejo y el de la izquierda al de igual graduación don Aniceto Monzón.

La vanguardia iba á las órdenes del mayor don Olegario Alemis con una fuerte guerrilla.

Dos kilómetros y medio antes de alcanzar al enemigo, el coronel Romero le ordenó al jefe de la vanguardia que avanzara al galope hasta chocar con él, advirtiéndole que sería apoyada esta maniobra por las dos fuerzas de retaguardia que venían en columna por escuadrones.

Entre alaridos de guerras y enarbolando las picas vengadoras, cayeron los bravos correntinos con un ímpetu desenfrenado sobre sus inexpertos adversarios. El enemigo, medio sorprendido, intentó repeler la carga oponiendo un número de tiradores aturdidos y sin formación; pero éstos ya desmoralizados por el arranque supremo inicial de los atacantes, no alcanzaron á desplegar, y al retroceder los primeros heridos por el pánico, envolvieron en un ciclón de espanto á los grupos del grueso de esa columna de guerrilleros que se dispersó, no únicamente, por el temor de las lanzas leales, sino por el remordimiento de la conciencia, y así fueron perseguidos por las tropas del coronel Romero que á bala, lanza y bola, hicieron una terrible carnicería en aquella tan maldecida columna.

La persecución alcanzó hasta 40 kilómetros de sangrientos surcos.

El enemigo perdió en la refriega tres jefes, varios oficiales y 90 individuos de tropa y 370 prisioneros, entre los cuales había 13 oficiales.

Además, dejó en el campo, 200 lanzas, 70 carabinas, 30 sables, 400 tiros á bala, equipos y 1600 caballos y yeguas aunque inútiles por el momento, varias monturas, carpas y valijas y en una de ellas un estandarte y varias notas dirigidas á la junta gubernativa de Corrientes.

Si en algún combate se demuestra la ignorancia de la guerra, es en éste, donde una fuerza ocupando una fuerte posición por donde sólo se puede penetrar por un desfiladero, se deja sorprender por una columna de caballería, cuando con sólo haber construído una ligera trinchera, ú obstruído el paso con una abatida de árboles, en el único camino que existía entre los dos bosques, y guarnecídola con algunos tiradores, habría evitado la sorpresa y rechazado un ataque de caballería miliciana sin consistencia ni orden.

Los resultados de estas operaciones fué verse completamente despejado el flanco derecho del ejército aliado, que iniciaba su movimiento sobre el ejército paraguayo de observación en el Paraná.

En adelante hemos de ver la seguridad con que se ha de ejecutar esta marcha, impedida solamente por los rigores de la temperatura y los obstáculos naturales del terreno.

Como se habrá notado, estas operaciones perfectamente calculadas, fruto de un plan meditado, dan sus satisfactorios resultados á medida que los sucesos los motivan, y gradualmente vanse solucionando diversos problemas de la guerra.

Ahora nos ocuparemos de la concentración del ejército aliado sobre Mercedes y Curuzú-Cuatiá, logística que hará enmudecer á la crítica.



Al mismo tiempo que se desarrollaban los sucesos de la Uruguayana y se sentía ya pacificada la República Oriental, como desaparecido el temor de una insurrección en Entre Ríos, el ejército aliado de Concordia perfectamente organizado y bastante instruído, se preparaba á ponerse en marcha, de manera que en el momento de rendirse la plaza asediada de Río Grande, se preveía que pudiera estar en las cercanías de Curuzú-Cuatiá, ó próximo á aquélla, según el caso, en razón que todo había sido previsto, hasta la circunstancia casi imposible de que el ejército de Resquín, reforzado por nuevas tropas del Paraguay, pudiera haber marchado en socorro del del Uruguay. Para esa emergencia, aunque remota, se había estipulado que la línea de operaciones sería el camino de la costa del Uruguay al Paso de los Libres: la misma que siguió el general Flores, que ya en otro capítulo hemos descripto.

Este plan era muy lógico, fundado en una razón extratégica del momento, á la cual había que subordinar todos los movimientos, pues á pesar de la situación de inmovilidad en que estaba Resquín, la única operación que se le podía ocurrir á López y la única militar que se presentaba en ese momento con aparente lucidez: era acudir con la velocidad del rayo al socorro de Estigarribia. Por más inoportuno que parezca este plan, de acuerdo con la índole que caracterizaba siempre á las concepciones del mariscal paraguayo, había que estar alerta, en previsión de esos arranques inesperados, tan geniales en su prepotencia de espíritu.

Por otra parte, si es verdad que el ejército aliado se había dividido contando con su calidad y superioridad numérica para caer como un rayo sobre la izquierda de López, no era precepto militar que esta división continuase así, en vista de los fuertes cuerpos de ejército que aún el mariscal mantenía en Corrientes y en el Paraguay.

En la guerra siempre existe un peligro invisible que nunca se prevee suficientemente en un plan. La intromisión de circunstancias extraordinarias. Una paradoja audaz del enemigo, aunque sea desatinada en extremo, puede darle una victoria; porque la casualidad es la ironía de las más brillantes teorías, de los más exactos cálculos: zarpazo abrumador del destino á las más espléndidas concepciones de la guerra.

Así, pues, después de la caída de Uruguayana, cuya posesión era cuestión de días, todo el ejército aliado

se reconcentraría en Mercedes y Curuzú-Cuatiá, para marchar desde allí en procura del paraguayo del Paraná.

El 9 de septiembre iniciaban la marcha las columnas de Concordia que formaban el 1[er] cuerpo de ejército brasileño y el 2° argentino, abandonando las márgenes del arroyo Gualeguaycito. El 10 se encontraba sobre las márgenes del Mandisoví Chico y el 3 de octubre sobre el Mocoretá.

En este punto se supo el desenlace de la Uruguayana y la paralización completa del ejército paraguayo del Paraná, y como ya no había objeto en aproximarse al Paso de los Libres, se apartó del camino de la costa formando una curva al Noroeste, pasando antes el Mocoretá por el puente que en ese tiempo existía y que hoy está próximo al del ferrocarril.

En seguida siguió su itinerario, marcándolo los arroyos y lugares que van á continuación :

Naranjitos, Piedritas, Pilincho, Curupí, Chatú, Culantrillo, Noguera, Esterito, Curuzú-Cuatiá, Sarandí, Vacaria, Cuareim, Aguay, Itapua, arribando el 18 á las proximidades de Mercedes.

Todo este trayecto se hizo en parte sobre un terreno encharcado, salvando arroyos y esteros, y encontrando á cada momento obstáculos y penurias sinnúmero.

Este movimiento tenía por objetivo logístico, que el cuerpo de la vanguardia á las órdenes del general

Flores, los cinco batallones de la división brasileña del coronel José Gonçalvez Fontes, y los tres del coronel Argollo, pudieran coordinar sus jornadas, de manera que pudieran alcanzar casi al mismo tiempo el punto de reunión: es decir, el vértice del ángulo estratégico de estas líneas de operaciones que era Mercedes. El cálculo fué casi matemático, á pesar de los grandes inconvenientes del camino, arribaron los ejércitos en el tiempo previsto al lugar indicado: se repitió aquí con puntualidad resaltante la cita del Yatay.

Ya anteriormente hemos dicho que el 1° de octubre el cuerpo de la vanguardia inició su movimiento desde Paso de los Libres en dirección á Mercedes, siguiéndole con dos días de retardo, el 1er cuerpo de ejército argentino y la división brasileña del general Joaquín José Gonçalvez Fontes, compuesta de los batallones 2°, 6°, 10° y 12° de línea y 1° y 4° de voluntarios que venía detrás. Marchando en seguida el coronel Argollo con los batallones brasileños 17, 24 y 31.

Todas estas fuerzas representaban, inclusa la caballería, como 12.000 hombres, siguiendo próximo á estas tropas el general Mitre con su cuartel general.

El 1° llegó la división Oriental á Capiquicé, el 3 siguió la costa de ese arroyo y acampó á 15 kilómetros de ese lugar, el 4 pasó el San Joaquín, el 6 y el 7 el Miriñay, el 11 el Ibicuí, el 12 el Ombú, el 14 en Puntas del Curupí, el 16 á inmediaciones de Mercedes, el 18 en Villanueva. Es decir, 17 días de marcha para hacer 129 kilómetros.

En momentos que el ejército aliado concluía su movimiento de reconcentración en Mercedes, ya hacía algunos días que el adversario estaba en plena retirada hacia el Paso de la Patria, encontrándose entonces en el Empedrado á 200 kilómetros de Mercedes. Esta localidad estaba á 275 de Corrientes y á 330 del Paso de la Patria. Es decir, nos llevaba 200 kilómetros de ventaja en ese primer momento, cuya distancia, como es natural, se aumentaría con nuestro estacionamiento forzoso y la marcha del adversario; teniendo éste que ejecutar, por consecuencia, jornadas mucho menos extensas y casi sin obstáculos, mientras el ejército aliado encontraba á su frente ríos caudalosos, grandes y formidables pantanos, durante 330 kilómetros de marcha antes de llegar al Paso de la Patria.

Como se ve, teniendo el ejército aliado que pasar los ríos Corrientes, Santa Lucía y arroyos caudalosos como el Batel, Ambrosio, San Lorenzo, Pehuajó, el Empedrado, los dos Sombreros, el Riachuelo y otras pequeñas corrientes de agua y marchar en parte por un terreno detestable, que brotaba agua como un pantano, le era imposible dar alcance al invasor que tras de sí no dejaba sino la desolación y el desierto.

Es increíble los sufrimientos del ejército aliado en estas jornadas y los obstáculos bien mortificantes que presentaban el paso de los ríos y el de los pantanos á causa de las lluvias. Era de sentir estos torrentes desenfrenados que continuaron en Mercedes por tantos días, reventando en un furioso temporal con su séquito

de huracanes, que no dejaba en pie las tiendas de campaña. Los ríos se habían desbordado lo mismo que los esteros y las lagunas; sobre todo el impetuoso Corrientes, que rugía á borbotones arrastrando árboles gigantescos y cadáveres, constituía esa enorme masa de agua uno de los más serios obstáculos en la marcha que se ejecutaba al Paraná.

Los sufrimientos del ejército aliado fueron intensos, y sólo la constancia de aquellas arrogantes huestes pudieron chocar con ventaja contra esa procesión de penurias sin término. El número de enfermos era considerable y la mortalidad excesiva, sobre todo en el ejército brasileño, que durante sus jornadas desde el mes de abril que salió de Montevideo hasta el de octubre que arribó á Mercedes, había perdido 5000 soldados, en seis meses sin tirar un tiro, todo á causa de los grandes trabajos y padecimientos.

La marcha se hacía en un clima detestable y helado; y los hombres del Norte eran aquellos donde se cebaba con más ahinco el terrible flagelo.

Lamentable cuadro presentaban esas valientes tropas entumidas de frío. En cinco meses de campaña tan enorme mortalidad, era para desanimar á un bravo; la tercera parte de su efectivo; sólo los furores del cólera ó de la fiebre amarilla pudieron igualar una tal devastación de la muerte. La miseria llegaba á su colmo, no por falta de víveres sino por su destrucción, todo estaba mojado; todo escaseaba, no por carencia de

dinero, sino de artículos; los vivanderos, las carretas de víveres, todo quedaba atrás empantanado; recordamos que teníamos 60 libras esterlinas en el bolsillo y no había quien nos vendiera un puñado de sal, ni un mendrugo de pan. Vivíamos entre el barro, el agua no cesaba, y así pasamos quince días en la marcha y en el estacionamiento; tiempo cruel, indomable; con la ropa empapada sobre el cuerpo, sólo la juventud podía resistir tanta privación, tanta desesperación, tanta nostalgia.

Aquel cuadro era indescriptible. El sol prisionero de la sombra, sin fulgores; ni aparecía vagamente su silueta de oro empañado, sembraba la tristeza en aquel campo de acero. Era un diluvio, con un ejército por Arca medio náufraga. Los ríos torrentosos inundaban la planicie y sólo se dormía en los albardones.

Hay que leer las sentidas páginas del coronel Pallejas para darse verdadera cuenta de esa triste situación en que se veía morir en número excesivo sus infelices soldados, casi abandonados y exentos de todo recurso. Sus páginas son lágrimas de un rudo soldado que se lamenta en vano; pero que conmueve hasta las corazas que cubren los corazones de los seres insensibles.

Al fin Dios se compadeció de aquel intrépido ejército de abnegados, y una mañana que amaneció entre negras brumas que aun cruelmente mortificaban la esperanza, apareció el sol, fúlgido, brillante en extremo, hirviendo de calor, como encolerizado por haberlo tenido aherrojado las obscuras nubes por tanto tiempo.

Una exclamación unánime, salida de resaltantes pechos, alegría loca, fragorosa, inmensa, estentóreo retumbo bárbaro de los gritos desaforados de 30.000 soldados, saludó al luminar del día que benéfico aparecía al fin para dar término á una situación tan angustiosa y perjudicial, tanto para la salud del ejército, como para la conservación del material de guerra.

Algún tiempo después, una miserable humareda, digna de un avaro, se levantó del real aliado, la leña mojada respiraba apenas con raquíticos chirridos: chisporreteaba con miedo; sudando resina, pero la maña ingénita del soldado y la necesidad apremiante del hombre galvanizó la charamusca, dió hermosa vida y color al espectáculo. Poco á poco, los fogones fueron humeando el campo levantando blanquecinas espirales rectas, y pudo al fin ese hombre de las batallas tomar su mate á gusto, aquel mate delicioso de la miseria, aquel mate de fin de penas que no lo hubiésemos cambiado en ese momento por ninguna sublime ambición satisfecha.



En estas luctuosas y difíciles jornadas los pasos de los ríos se hacían con demasiada lentitud, no existiendo más tren de puentes que uno incompleto que apenas alcanzaban á la mitad del río Corrientes, sobre barcas de goma, improvisado por el ingeniero brasileño comandante Carvallo y balsas sostenidas por canoas ó

pipas vacías, ó alguno que otro bote, pasando las caballadas y el ganado vacuno á nado las impetuosas corrientes que tanto los aniquilaba, costando siempre algunas vidas el pasaje de estas formidables corrientes de agua.

Como se ve, todo esto favorecía al ejército paraguayo del Paraná que impunemente iniciaba su retirada sirviéndole de despiadada y formidable retaguardia el despojo vandálico de la propiedad.

Cien mil cabezas de ganado vacuno y numerosas manadas de yeguas y tropillas de caballos, y un convoy de más de trescientas carretas cargadas con el fruto de los salteos á la propiedad privada, pasaban tranquilamente al Paraguay sin que nadie se opusiera á ese despojo armado. Nunca se vió una ruina mejor calculada, y más bárbaramente llevada á cabo con el lujo más desvergonzado de destrucción, que ese salteo monumental de la provincia de Corrientes por un ejército de una nación hermana, que no tenía ninguna ofensa que vengar de los argentinos.

El consumo del ganado en el ejército aliado era excesivo á causa de la conducción de su artillería, de su impedimenta, y del pesado servicio de su numerosa caballería, dada la inmensa zona de exploración, como también por la peste que aniquilaba rápidamente al ganado venido del sud de Corrientes. El terreno donde en adelante iban á tener lugar las operaciones estaba desierto. El enemigo, como una plaga de langostas,

había arrasado todo en esa extendida planicie situada entre el río Corrientes y Goya al norte. El incendio y la devastación con su séquito de crueldades en todos rumbos. Aquella angustia de familias correntinas conmovía hasta incitará la venganza. ¡Infelices! sumidas en la miseria contemplaban con espanto, con la desesperación del débil, esa desolación de sarracenos que no tenía término. En tétrico silencio contemplaban, ahogando los sollozos de sus pequeños hijos la destrucción de la labor de tantos años, que recordaba la felicidad del hogar desde sus mayores. Parecía que todo conspiraba en esa emergencia contra los libertadores del Paraguay, esos libertadores abnegados que vertiendo á torrentes su sangre generosa, iban en cambio de una gloriosa fama á hundir para siempre la tiranía más feroz que aun se erguía insolente en la América civilizada.

. . . .

Ahora dejaremos por un momento á las huestes de la alianza todas reunidas adorando al sol como un medo, secándose sus ropas, dando nueva organización á las unidades descalabradas y aprontándose para la marcha; mientras tanto vamos á ocuparnos del ejército paraguayo del Paraná.



Ya anteriormente nos hemos referido, aunque someramente al movimiento de avance hasta Goya, ejecutado por el ejército paraguayo de observación al mando

del general Robles, y de la ocupación momentánea de este punto por su vanguardia, arrasando en seguida todo el territorio comprendido entre el río Corrientes y aquella localidad.

El primer contraste que hirió el orgullo de López fué el asalto de Corrientes, donde sus tropas fueron rechazadas por fuerzas argentinas de menor número. Entonces, alarmado aquél por la posesión instantánea de Corrientes, detuvo el movimiento que iniciaba el general Robles al sud y por telegrama de 26 de mayo remitió á este general nuevas instrucciones, ordenándole el retroceso; pero viendo que la maniobra de los argentinos sobre Corrientes era simplemente un golpe de mano, volvió á detener á su ejército con la consigna de devastar la zona comprendida entre San Roque y Bella Vista, tomando por línea defensiva el río Santa Lucía, donde fortificó algunos pasos, lo que mostraba la idea de disputar á su adversario esos puntos importantes; pero á pesar de todas estas operaciones, López se manifiesta indeciso, y todo su plan de campaña, desde el mes de mayo, converge á sacar de la provincia de Corrientes todos los recursos que se encontraran á mano. Desde ese momento no surge de la mente de sus generales ninguna operación que pueda tener alguna importancia, sino llevar estrictamente hasta sus más infimos detalles un plan de salteo que se reduce á simples correrías, que tienen por factor principal el merodeo. Quien estudie al mariscal paraguayo en la vehemencia de su carácter y enérgicas decisiones tan estupendas y sorprendentes en el territorio del Pa-

raguay, ve con sorpresa su vacilante dirección en la guerra, que él personalmente dirige en la campaña de Corrientes; es verdad que allá en el terreno defendía su cueva con la ingénita saña de un patriotismo salvaje y la convicción profunda que caracterizaba su orgullo monumental, y aquí en la tierra correntina la confianza había desaparecido de su espíritu; el pánico invadía su estrella; inhábil, no se le ocurría ningún otro plan; porque le faltaba siempre la esencia militar que anima con inteligencia clara los notables acontecimientos de la guerra.

Así, el temor le asaltó de improviso y la responsabilidad lo ahogó cuando vió fracasados sus proyectos, que sin duda tenían por base la insurrección de Corrientes, la de Entre Ríos y la del Estado Oriental: aunque sobre este punto no existe ningún documento que lo pruebe. Esta suposición no está fundada sino en razonadas conjeturas, fraguadas al calor de los sucesos que tuvieron lugar, en las aspiraciones políticas de los partidos reaccionarios del Río de la Plata, y en un solo documento, que aunque no es testimonio de una alianza, se demuestra en él, el cruel desengaño de una esperanza mal fundada. Ese documento es aquel en el que el Mariscal López se despide de los triunviros con ironía resaltante. Les dice por intermedio de su ministro Berges: «que no habiendo el gobierno paraguayo obtenido el apoyo que había esperado de la provincia de Corrientes, hasta el punto que las fuerzas del triunvirato no habían sido suficientes para mantener libre las comunicaciones entre los ejércitos del Paraguay, se veía

en el caso de retirar sus tropas ofreciendo al mismo tiempo la hospitalidad (1) del Paraguay al triunvirato y á los que quisieran acompañarlos».

En este documento, tan honroso para la provincia de Corrientes, presenta una causa aparente de su indecisión y del estacionamiento tan prolongado de su ejército en la zona anteriormente indicada ; pero su orgullo ofendido por tantos desaciertos que á él solo pertenecían, necesitaba dos víctimas de notoriedad : una se le había escapado en medio de su infernal furor en la capitulación de la Uruguayana, la otra, debía pagar la ineptitud y la ignorancia, no sólo del arbitrario mandón, causa principal de todos los fracasos de la guerra, sino la suya propia, cuya imprudente vanidad residió por algún tiempo con marcada independencia en una bizarra apostura militar, con destellos de arrogancia despreciativa que fué uno de los motivos esenciales de su injusto suplicio : nos referimos al desgraciado general Robles.

Por otra parte, la retirada de las tropas paraguayas constituía la mejor operación que le podía ocurrir en ese momento á un ciudadano armado de una petulancia militar inconcebible, que se había improvisado general.

---

(1) Para tener una idea de esta hospitalidad, es necesario leer las tablas de sangre de Resquín, y á Thompson y á Mastermann, donde se narran las atrocidades de López.

También pudiera suponerse que López tuvo la idea de mantener la guerra en Corrientes, salvando así al Paraguay de ese flagelo: la fortificación de los pasos del río Santa Lucía, la construcción de baterías de posición sobre las costas del Paraná la reconcentración de hacienda y otros indicios indican ese aserto, que resalta á primera vista.

El desastre de Uruguayana puso de manifiesto su debilidad, ordenó la retirada del ejército de Resquín y permitió que impunemente el general Castro primero, y en seguida el barón de Porto Alegre amenazasen su izquierda, hasta colocarse á su retaguardia, dejando sin defensa el territorio correntino comprendido entre el Aguapey y el Uruguay y su propio territorio de Misiones, y ni la línea del Alto Paraná entre los puntos más vulnerables, como son Itapua y el Apipé fué guardado.

Así, en su crítica situación, en que veía disminuir considerablemente su ejército día á día: su posición militar insostenible no le presentaba ninguna salida, al ver sus flancos amenazados, pudiendo la escuadra aliada, que dominaba la línea de operaciones y de comunicación del Alto Paraná, subir de un momento á otro esta arteria fluvial y cortarle la retirada, de manera que no estaba en posición para esperar el choque del ejército aliado, envalentonado con su superioridad númerica y sus recientes victorias, donde había probado que su infantería de línea era invencible; en vista, pues, de estas razones hizo lo que el espíritu de conservación

y su patriotismo le aconsejaban, volver á su patria, y defenderla palmo á palmo hasta morir como un bravo, él y su pueblo heroico.

El ejército paraguayo, en Julio, merodeaba por el Empedrado, manteniendo una inacción digna de vituperio; y estando allí el general Robles, es que fué preso y remitido á Humaytá.

Ahora dejaremos la narración de este suceso al distinguido escritor paraguayo Juan Crisóstomo Centurión, secretario del ministro Berges en Corrientes y testigo presencial de una parte de lo que él narra.

Lo que más abajo se expone con tanta claridad y verdad se encuentra en su obra titulada *Memoria sobre la Guerra del Paraguay.*



« El coronel Resquín quedó en Matto Grosso á la cabeza de la columna á su mando, fué repentinamente llamado á Humaytá. Pocos días después de su llegada fué promovido á Brigadier General, y enviado á Corrientes en carácter de 2º comandante de la división del Sud.

« Robles que había ido hasta Goya sin encontrar enemigos que le hicieran frente, recibió de López, con fecha 26 de Mayo de 1865, instrucciones para retroceder, más ó menos en estos términos.

« Aunque no es necesario el concurso de las fuerzas que usted manda para desalojar al enemigo de Corrientes, aun cuando es lógico pensar que ese golpe de mano sobre aquella ciudad, ha de ser en combinación con Cáceres y Reguera, que han desaparecido de su frente, quizá con ese propósito, pero es conveniente que en tal situación retroceda usted, con toda la fuerza de su mando, recorriendo la costa izquierda de Santa Lucía para pasarlo en el paso de San Roque, ó de Cáceres, cuatro leguas más arriba, haciendo recogida de caballos entre Santa Lucía y el Batel á distancia proporcionada y prudente del grueso de la columna. » [1]

« En dichas instrucciones, López le indicó el itinerario que debía seguir hasta llegar á San Antonio de Mburucuyá ó á Saladas, dejándole en libertad para seguir de cualquiera de esos dos últimos puntos á Corrientes, como hallase más conveniente, en el supuesto de que entre uno y otro no hay sino un día de jornada. Se le recomendó con especialidad que no hiciera marchas forzadas, pero que tampoco perdiera tiempo.

« Robles, en lugar de cumplir esas órdenes, en seguida contestó con fecha 29 de Mayo del mismo año, diciendo que quedaba enterado de ellas y que esperaba segunda orden para su marcha y movimiento, en virtud de haber cambiado ya la circunstancia del acontecimiento del 25 de Mayo en Corrientes ; atendiendo que

(1) Proceso de Robles.

la escuadra había abandonado otra vez la ciudad, manteniéndose por el Riachuelo, según le había informado el señor ministro Berges.

« López, molesto por la falta de cumplimiento de sus órdenes, replicó con fecha 1° de Junio con el siguiente despacho :

« En este momento he recibido su despacho del 29 á las 4 de la tarde, y viendo con sorpresa que esperaba segunda orden para poner en ejecución mis órdenes del 26, y no habiendo dado esa segunda orden, me apresuro á responder.

« El tenor de las disposiciones del 26 no dejaba la libertad de postergar el cumplimiento de ellas, ni se ha dado nueva orden, porque no era necesaria, habiéndose previsto en aquella fecha todo lo que ha sucedido y que ha motivado su resolución. Terminantemente le decía que no era necesaria la fuerza de su mando para desalojar al enemigo de Corrientes, y apuntaba otras consideraciones, con motivo de esa orden, y es así, que el abandono que el enemigo ha hecho bajo el pánico, no era bastante á alterar aquellas instrucciones y por lo mismo no he dado órdenes posteriores ».

Luego más adelante añade :

« El retardo de su movimiento frustra otros planes que debía usted ejecutar en el trayecto que le estaba indicado y sobre los cuales me proponía ordenar lo

conveniente con la noticia de su movimiento. Hoy se hace tarde y tengo que renunciar á las ventajas que debía haber reportado. » [1]

Según se ve, Robles estaba sujeto á obedecer las órdenes de López maquinalmente, puesto que él ignoraba cuál era la causa á que obedecía el nuevo movimiento de retroceso que se le ordenaba, y como tenía un miedo cerval á Urquiza, tal vez haya creído que la idea era evitar un encuentro con este caudillo. Entre otras cosas, Lópèz le previno que si acaso el general Urquiza apareciese en su persecución, tratara de seguir el mismo movimiento y sólo aceptara un combate, cuando no pudiese evitarlo, teniendo presente que cuanto más lo trajese para acá, en pos de sí, más lejos se retiraba de sus recursos, mientras que él (Robles) se aproximaba y hasta podía reunirse con las fuerzas nuestras de retaguardia.

Robles llegó al Empedrado y permaneció allí hasta el 23 de Julio, fecha en que el general Barrios, á la sazón ministro de la guerra, recibió la comisión para ir á prenderlo, en virtud de una orden general ó decreto que ordenaba su arresto.

En cumplimiento de esta triste comisión, se embarcó en el *Igurey* y se trasladó á aquel punto. Así que llegó

(1) Estos documentos obran en el proceso del Brigadier Robles, á foja 265, cuyas copias íntegras se podrán ver en el Apéndice de este tomo.

al campamento, Robles, ignorante de todo, salió de su carpa y se adelantó á saludarlo tendiéndole la mano; pero Barrios, con semblante ingestado, lo rechazó y poniendo la suya en el pecho de aquel, le entregó una carta de López, diciéndole que se enterara de ella. Robles la tomó, la abrió y la leyó, y no bien hubo terminado, se quitó la espada y la entregó á Barrios quien en seguida lo hizo conducir bajo custodia á bordo del *Igurey,* donde lo alojaron en uno de los camarotes, con centinela de vista. Todos sus papeles fueron ocupados, y remitidos á Humaytá, junto con él.

En este campamento fué alojado en una de las piezas de los edificios del Estado Mayor.

Su secretario, el capitán Juan Francisco Valiente, mucho antes de la prisión de Robles, fué llamado á Humaytá, y después de algunos días de permanencia, recibió orden para presentar una exposición del desempeño del cargo que había ejercido al lado de éste. Dicha exposición es bastante minuciosa, y hubiera dejado satisfecho de su conducta á cualquier hombre menos suspicaz que López; pero éste, que había estado al corriente por informes de los ayudantes que mandaba á visitar los cuerpos de la división, por el mayor Paulino Alén, que había reemplazado á Valiente en la secretaría y la jefatura de la mayoría, y por el mayor José D. Díaz,[1] de las irregularidades del proceder de Robles, que desde que puso los

(1) Después general.

pies en Corrientes, se había dado por completo á la crápula, ordenó la ampliación de la mencionada exposición, nombrando al efecto como juez fiscal y secretario respectivamente al coronel de la escolta don Felipe Toledo y al teniente don Manuel Antonio Maciel, hoy teniente coronel.

De esta manera fué iniciado el célebre proceso llamado de Robles, el cual constituye una fuente abundantísima de datos importantes sobre la campaña de Corrientes. No es posible escribir con exactitud sobre dicha campaña, sin tener á la vista el referido proceso, que contiene curiosos é importantísimos documentos originales, que dan luz sobre muchas cosas que han corrido ignoradas para la mayor parte hasta la fecha.

Fueron también reducidos á arresto, al mismo tiempo que Robles, sus ayudantes los subtenientes Manuel Gauna, Esteban Ramos, teniente Mateo Romero y honorario Gaspar Estigarribia, amanuense sargento Ezequiel Duré, soldado José Villalba y el alférez Andrés Maldonado.

El general Barrios, después de reducir á arresto al brigadier Robles de la manera como queda explicado arriba, quedó ejerciendo el mando en jefe de la división del Sud por unos días, al cabo de los cuales, dejando en su lugar al general Resquín, regresó á Humaytá á dar cuenta detallada del cumplimiento de su misión.

A mi juicio, del proceso no resulta ningún hecho concreto que amerite la pena capital á que fueron condenados Robles, su secretario el capitán Valiente, el alférez Gauna y el soldado Villalba.

López, sin duda, ha querido cohonestar con la muerte de aquellos hombres, los desaciertos que ha cometido en la dirección de la campaña de Corrientes, siendo una de las faltas graves contra él, la de no haber asumido, desde el principio, el mando inmediato de aquella división, colocándose á la cabeza de ella.

Robles era de carácter enérgico, pero ignorante é incapaz para mandar con acierto un ejército tan grande, y sin duda la conciencia de estas circunstancias, que abatía su espíritu bajo el peso de una inmensa responsabilidad, lo había obligado á darse á la bebida. Aparte de esto, él no gozaba de libertad para nada, y estaba constituído á obedecer maquinalmente las instrucciones que le trasmitía López, que tenía la loca y absurda pretensión de querer dirigir la campaña de Corrientes desde Humaytá ó desde la Asunción.

Uno de los hechos de acusación, entre varios otros, contra Robles, era el de haber aceptado la correspondencia de uno de los paraguayos traidores que se encontraban en las filas del enemigo, invitándole á rebelarse contra el gobierno de la república é ir á incorporarse con los aliados y venir luego á libertar á la patria.

En este sentido fueron recibidas en la división seis cartas de don Fernando Iturburu [1] tres dirigidas á Robles y tres al comandante Aguiar, jefe de la vanguardia.

Robles contestó la primera diciéndole que cesara de escribirle, amenazando mandar fusilar al portador, cuyo borrador, así como la carta de Iturburu fueron remitidas á López. La última que recibió, envió á éste por conducto del capitán Valiente cuando fué llamado á Humaytá, solicitando venia para contestarla. López, después de algunos días, le observó que ¿por qué no había contestado ya cuando le constaba la ofensa que infería á la dignidad del gobierno y de él mismo? Con esta respuesta ordenó al comandante Alén que redactara la contestación, como lo hizo, la cual fué firmada por él y dirigida á su destino.

El comandante Alén, á su llegada al campamento para reemplazar al capitán Valiente, sin duda por sugestión del mismo López, le observó al general Robles que hubiera sido mucho mejor no aceptar ninguna correspondencia del enemigo, sobre asuntos políticos, que sólo competían al gobierno pero no á ningún jefe militar. Contestó diciendo que él ha dado cuenta de ellas, adjuntando las cartas originales á López.

Como ya había observado antes, el carácter de Robles, desde que pisó en Corrientes, sufrió una mo-

(1) Don Fernando Iturburu, uno de los jefes de la legión paraguaya en el ejército aliado. — *N. de C.*

dificación; su espíritu llegó á adquirir un gran desarrollo en el sentido de la independencia, y parecía dispuesto á sublevarse y sacudir la despótica coyunda de López.

Esta verdad está constatada en varios incidentes entre él y algunos ayudantes de López, su ordenanza el soldado Villalba y el mismo comandante Alén.

Cuando éste se transportó al campamento para hacerse cargo de la secretaría de Robles y mayoría de la división, fué portador de la cinta y estrella de comendador de la Orden Nacional del Mérito con que le había condecorado López, y á su llegada misma, en cumplimiento de tan hermosa comisión, fué á presentar dicho distintivo á Robles.

Mas éste, como en tono de duda le preguntó:

—«¿A mí...?»

Alén le respondió:

—«Si señor: alargándole la mano al mismo tiempo para entregarle la cinta de la condecoración, pero Robles, sin tomarla de la mano, le replicó en voz alta y airada con estas palabras:

—«Yo no merezco; que se dé á mi hermano, él si lo merece!...»

Entonces, Alén le hizo algunas reflexiones, azorado de la actitud enérgica y altamente inconveniente que

asumía el general, diciéndole que no sería propio negarse á recibir aquella desmostración de aprecio y estimación que le hacía el Mariscal, aparte de que las condecoraciones no se daban á los muertos sino á los vivos, aludiendo al hecho de la muerte de su hermano Ezequiel Robles, en el combate de Riachuelo.

El general sin dar el brazo á torcer, alzó aun más la voz, repitiendo :

— « ¡No...! ya he dicho que no quiero, que se dé á mi hermano!!... »

Alén para concluir con aquella escena que escandalizaba á cuantos se encontraban por ahí cerca, puso la cinta sobre la mesa y se retiró, dejando al general en una actitud pensativa. Como media hora después, le volvió á llamar, reconviniéndole por haber salido fuera de la carpa sin previa venia de él, previniéndole que otra vez no lo volviera á hacer. En seguida le ordenó que sentara á redartar el parte oficial para el Mariscal. Así lo hizo Alén, dejando el borrador al sargento Duré para que se lo leyera al general cuando volviese á entrar, porque en aquel momento se encontraba fuera de la carpa.

En efecto, así que entró, Duré se lo leyó, y cuando oyó la expresión de gratitud que Alén creyó deber consignar con motivo de la condecoración, se puso colérico, y lo hizo llamar inmediatamente. En cuanto se presentó Alén, Robles le apostrofó diciéndole :

— « ¿ No le he ordenado que no pusiera esto, no le he dicho que no lo merecía y que se diera á mi hermano?... »

Alén le contestó :

—« Señor, había creído que el rechazo de V. S. no fuese formal y sólo efecto de su excesiva modestia, y si fuéramos á consignar en la nota tal cual como V. S. quiere, eso importaría una reprobación al gobierno de la república, lo que no sería propio de parte de un subalterno. Entonces Robles irguiendo la cabeza y en tono áspero dijo :

— « ¡ Bueno, si no le gusta que me fusile ? »

Sin embargo, parece que más tarde se calmó el hombre, y entrando en razón, mandó copiar en limpio la nota sin alterar nada, y la firmó.

Por la noche llamó á su ordenanza, el soldado Villalba, y le dijo :

—« Toma esa cinta y llévala á guardar por ahí !

« ¿Qué vale esa porquería, para qué sirve eso ? Cree acaso que á mí me va á halagar con semejante bagatela. Yo lo que quiero son vestuarios para vestir á esos pobres soldados que están tiritando de frío !

« ¿ Qué importa que se pierda un hombre? y al fin y al postre no nos faltan armas! . . . »

Cuando llegó al campamento, en asuntos de servicio, el ayudante de López, capitán Blas Rojas, fué á saludar al general Robles. Este en seguida le dijo que extrañaba que hasta ese momento el Mariscal no le hubiera enviado todavía los vestuarios que había pedido hacía tiempo. Rojas trato de calmarlo, diciéndole que tal vez al Mariscal se le habría pasado en medio de sus numerosas atenciones; que si quería él (Rojas) podría recordarle su pedido, ó tal vez sea más conveniente que repitiera su solicitud.

El general le contestó :

— «No! no quiero que le diga nada, ni tampoco voy á solicitarlo de nuevo ; que mande cuando quiera ».

En el proceso se le ha hecho severos cargos sobre todos estos puntos ; pero él se concretaba en su contestación á manifestar, que no se acordaba ó que no estaría en el momento en su juicio, ó que los habría dicho estando bajo la influencia de la bebida (porque bebía *cognac* todos los días desde que amanecía hasta que anochecía); que hacía esta confesión en obsequio de la verdad solamente, puesto que bien sabía él que, en lo militar, no le servía de ninguna excusa.

Otra ocasión recibió la orden para que marchase á ocupar la línea del San Lorenzo, previniéndole que dejara á Bruguez, que se hallaba en Cuevas, dos batallones de infantería, dos regimientos de caballería y algunos cañones.

Esta orden puso á Robles en *candela,* quejándose de que se le debilitaba su división en los momentos en que el enemigo, uniendo sus diversas partidas, podría presentársele en frente con un ejercito de 16.000 hombres. « Está bien, dijo, ahora voy á dar orden de una vez que se esparzan todos los cuerpos de la división á diferentes puntos. Así estaremos mejor ».

Realmente, no tenía objeto aquella disposición de López, separando de la división de Robles los cuerpos mencionados, toda vez que Bruguez, que se hallaba sobre la barranca, no corría peligro alguno de ser atacado por tierra; pero tampoco Robles estaba justificado en su exasperación contra aquella orden, desde que las fuerzas de su mando eran más que suficientes para destruir á las partidas enemigas á su frente, ya unidas ó ya separadas.

Robles era adusto y repulsivo y trataba á las gentes de su mando con un despotismo que rayaba en crueldad, circunstancia que llegó á acarrearle la odiosidad de todo el mundo. Sin embargo, á pesar de estos defectos personales y las faltas en que hubiese incurrido en el cumplimiento de sus deberes en el comando de la división del Sud, por su categoría y los muchos años de servicio prestados al país, merecía que fuese tratado con más consideración é indulgencia, sometiendo su causa al juicio de un consejo de guerra y dándole un defensor, en lugar de ser juzgado sumariamente, como lo ha sido.

López, por otra parte, hubiera hecho un acto de magnanimidad, perdonándole la vida, así como á los demás que murieron con él, víctimas de tan cruel determinación.

A fin de los que me lean tengan una idea concreta sobre los cargos fulminados contra Robles y los demás militares, los cuales sirvieron de fundamento á la sentencia de muerte que pronunció López contra él, su secretario, ayudante y ordenanza, voy á permitirme transcribirla aquí. Sentencia con *resultancias* pero sin *considerandos* ni citas legales que la justifiquen.

Cuartel general
en el Paso de la Patria.

Enero 6 de 1886.

« Visto el sumario: y resultando que el brigadier ciudadano Wenceslao Robles á faltado á los deberes de su alta posición y á la confianza del gobierno desde el primer día que pisó el territorio enemigo hasta su separación del mando de la división de operaciones del Sud, privando á la patria de las ventajas que esa poderosa columna debió prestarle en la presente lucha, esterilizando la ocupación de la provincia de Corrientes, ó imposibilitando las operaciones ulteriores solamente porque alejándose del recto sendero del patriotismo y del honor militar, no ha cumplido las órdenes é instrucciones que han debido regular su conducta, y no

ha hecho más que contrariarlas en detrimento del honor del soldado, del lustre de las armas nacionales y en gravísimo perjuicio de la causa de la Patria, y en provecho sólo del enemigo, á quien en vez de perseguir y destruir, no ha hecho sino darle tiempo y fuerza moral para organizarse y crear los elementos de que carecía al principio de la guerra, aceptando la correspondencia de un traidor que, desde las filas enemigas, le hacía proposiciones de traición para volver contra su propia Patria las armas que para su defensa había confiado á la división de su mando, sin que rechazara abierta y enérgicamente tan infame propuesta como cuadraba á su honor y elevada jerarquía para no equivocar la confianza de sus subordinados, y alimentar la esperanza del enemigo como en el caso ha sucedido; añadiendo á todo esto el tratamiento arbitrario, humillante y opresivo que ha dado desde el primer oficial hasta el último soldado que en esta campaña ha caído bajo su mando, tratando de destruir el ardor y espíritu marcial de las fuerzas nacionales por vejámenes é insultos continuados é inmotivados, mientras les privaba la ocasión de escarmentar al enemigo y afirmar el crédito de la división, les prohibía hacerlo cuando esa ocasión se presentaba, para después acusar con altanería de amilanados y de ninguna esperanza los virtuosos soldados á quienes acababa de imponer el duro sacrificio de una campaña estéril, pero llena de abnegación y de sufrimientos, ni siquiera ver sus armas respetadas, y para ir con su insubordinación y atrevimiento hasta calumniar é insultar á gritos al gobierno, felicitándose de su reprobación y desafiando á fusilarle, porque ofuscado con el su-

frimiento y la subordinación que las tropas nacionales le guardaban por respeto á ese mismo gobierno que provocaba y al honor de la Patria, creyó tener para todo imperio absoluto sobre esos ciudadanos y poder hacerlo impunemente: y resultando también que el capitán de infantería Juan Francisco Valiente, nombrado secretario del brigadier Robles, desde el principio de la campaña y encargado de la mayoría de la división, poco tiempo después, no ha hecho sino ocultar los criminales extravíos de su jefe, de cuyo pleno é inmediato conocimiento jamás pudo estar ajeno por el doble carácter que investía cerca de su persona y por la confianza especial que le merecía por lo mismo que le secundaba, no habiendo servido en un puesto de semejante confianza y distinción, sino para autorizar la directa infracción de sus órdenes, y cooperar á los fines de su jefe, el brigadier Robles, cuyas falsas participaciones redactaba guardando sobre ellas la más absoluta reserva y manifestándose todavía mezquino en el proceso, lo mismo que el ayudante subteniente Manuel Gauna, que contrastando con todos los testigos que deponen en esta causa, se ha traído á elogiar los servicios, méritos y virtudes del brigadier Robles, reagravando su culpabilidad, profanando su juramento, descendiendo de su carácter de oficial y envileciendo su honor; y el soldado José Villalba que, con tenacidad pretendió ocultar muchos actos criminales que importaban el complemento de la causa de dicho brigadier: Condeno al brigadier Wencelao Robles, al capitán Juan Francisco Valiente, al alférez Manuel Gauna y al soldado José Villalba á ser pasados por las armas. Y aunque,

á excepción del alférez Esteban Ramos, ayudante del mismo brigadier, los también ayudantes teniente Mateo Romero y honorario Gaspar Estigarribia y subteniente Andrés Maldonado y Julián Escobar y amanuence el sargento Ezequiel Duré, debian tener conocimiento como han tenido de los procedimientos criminales del general, á cuyas inmediatas órdenes servían, no han llenado el deber de denunciarlo por sí ó por otro; póngase en libertad al citado alférez Ramos y destínanse á los demás nombrados á servir al mando de otros oficiales y póngase también en libertad á los demás individuos detenidos por esta causa, bajo severo apercibimiento, haciendo de fiscal el coronel de caballería ciudadano Bernardino Deniz, por ausencia del que ha entendido en la substanciación de la causa; y no debiendo pasar inapercibida la suma indiferencia y culpable silencio que han guardado los jefes y oficiales, cuyas reclamaciones corren desde foja 156 hasta 246, á excecpción de los tenientes coroneles Alén y Díaz, sobre las graves causas que cada uno ha revelado tardíamente; y cuyo silencio los hace acreedores á demostraciones más severas, el brigadier Resquín los hará comparecer y amonestar seriamente, particularizándose con el teniente coronel ciudadano José María Aguiar, á quien más que á otros cabía el deber de no silenciar faltas tan trascendentales, por la posición de jefe de la caballería, que componía la mitad del efectivo de la división, y á quien, por lo mismo, tocaba más directamente velar sobre el lustre de las armas y el honor de los que las llevaban á su inmediato mando, haciendo entender á todos de que una reincidencia será

juzgada como ocultación maliciosa y sujeta á las penas de las Ordenanzas». (1)

LÓPEZ.

Silvestre Aveiro.
Escribano del gobierno.

Aunque nos hemos anticipado al final de esta tragedia que tuvo lugar algunos meses después de los hechos que venimos narrando, nuestro deseo es dejar comprobada la inocencia del general Robles, presentando su juicio sumario sin tribunal que lo juzgue ni defensor que lo ampare, y por lo tanto su injusta muerte.

El único tribunal que condena y deshonra al general Robles y á sus desgraciados colegas de desgracia es la voluntad única, arbitraria, del general López; este hombre fatal, erigiéndose en soberano consejo de guerra, dice: «Yo condeno», para hacer comprender á ese desgraciado ejército, que la única ley que existe para juzgarlo, es el arranque draconiano de ese hombre cruel, que para disculpar su ignorancia militar y el despilfarro que hace de la vida y de la sangre de su pueblo y de su ejército, derrama injustamente la de sus fieles servidores.

Conociendo el carácter de López, hay que convenir que la verdadera causa que motivó el fusilamiento del general Robles fué el imprudente desprecio que de-

(1) Copia exacta sacada del proceso de Robles.

mostró este general por la condecoración que aquel le remitía y el fracaso del plan de guerra, pues el Mariscal necesitaba acusar á otro de sus desaciertos. Todo lo demás que se ha inventado sobre la reputación de este infortunado militar, es una calumnia.



El ministro de la guerra, general Barrios, después de la prisión de Robles, permaneció algunos días al frente del ejército paraguayo sin tomar ninguna resolución referente á operaciones militares, y en seguida, transmitiendo el mando al general Resquín, regresó á Humaytá á darle cuenta al Mariscal López del desempeño de su comisión : especie de chispa eléctrica que fulminaba de un golpe todo un mundo de vanidad y orgullo.

Aunque la inspección del regio comisionado fué rápida, sin embargo, pudo darse cuenta de la verdadera situación del ejército paraguayo, con referencia al enemigo ; y, vislumbró en su paralización su completo fracaso : estacionamiento que entre otras causas, provenía de la carencia de medios de movilidad, y de los recelos que asaltarían al ánimo del generalísimo paraguayo, en el caso ineludible que tuviese que admitir una batalla campal provocada por el ejército aliado, al que consideraba en esos momentos en mejores condiciones que el suyo propio.

Cuando se considera los reveces sufridos por las huestes de López, se nota que este supremo director

de la guerra, que tan injustamente la había provocado, empezaba á desconfiar de sus lugartenientes, y tener poca fe en su arte directriz.

Muy caro le iba costando el aprendizaje de tan amarga experiencia.

En esta época fué que reforzó el ejército del Paraná con la división del comandante Aquino, cuando éste se encontraba en Quevedo. Este brillante oficial, que más tarde en territorio paraguayo tuvo una bizarra comportación, hasta que tocándole su turno fatal, ineludible á causa del continuo batallar, sucumbió al rigor de las heridas que recibiera intrépidamente en la refriega del Boquerón ; antes de su infausta muerte fué ascendido á coronel.

A cualquiera se le ocurriría que este magnífico refuerzo con que se inoculaba nuevo vigor al ejército de Corrientes, era con objeto de llevar á cabo las operaciones de un otro plan de campaña, concertado á la vista de la cruel experiencia que encerraban los sucesos pasados ; porque para retirarse un cuerpo de tropas que estaba seguro del éxito de ese movimiento á causa de la distancia y los sérios obstáculos que lo separaba del ejército aliado, como de la bajante del Paraná que impedía que subiera la escuadra brasileña, no era menester un tal refuerzo que iba á aumentar las dificultades de su aprovisionamiento ya hecho con alguna dificultad, y de su locomoción.

Desde el mes de julio hasta los primeros días del de octubre, en que el ejército paraguayo inició su reti-

rada,[1] permaneció en la inacción, guardando simplemente su línea del Santa Lucía entre San Roque y Bella Vista, y no hizo otro movimiento que arrasar la zona que ocupaba, extendiendo en lo posible su frente de desolación, hasta al caso extremo y bárbaro de incendiar multitud de poblaciones, corrales, cercos, como los vehículos que no podía conducir, y abatir todo el ganado que fatigado se encontraba en la imposibilidad de caminar. Aquello no era un ejército, era una horda, que con el pretexto de dejar el desierto al ejército aliado, devastaba todo inicuamente.[2]

Cuando Resquín pulsó su verdadera situación y comprendió que ante el poder de los ejércitos aliados sería efímera su resistencia, y previó que dominando la escuadra brasileña el río Paraná, estaba expuesto á ser interceptado su movimiento retrógrado; por instinto propio se sintió clarovidente : se sintió pusilámine para arrostrar tan grave responsabilidad y escribió al Mariscal López, manifestándole que no se encontraba con las aptitudes necesarias para dirigir las operaciones, y que conociendo perfectamente su

(1) Según los «Datos Históricos sobre la Guerra del Paraguay» por el jefe de estado mayor del ejército paraguayo general don Isidoro Resquín, el decreto del Mariscal López, ordenando la evacuación de la provincia de Corrientes por el ejército paraguayo, lleva fecha de 3 de octubre de 1865.

(2) Es necesario leer á Thompson, escritor parcial en favor de los paraguayos, para darse cuenta de la devastación de la provincia de Corrientes por el ejército de López.

propia insuficiencia, le rogaba que él, en circunstancias tan graves se pusiese al frente del ejército.

López contestó, que pronto iría á tomar el mando del ejército con un refuerzo de 25.000 hombres, y todos los recursos necesarios para concluir rápidamente la campaña.

Esta vana promesa, del mismo modo que aquella hecha al inepto Estigarribia, no fué cumplida, ni remotamente pensada ni calculada.

Mientras tanto, en los primeros días de octubre, como dejamos expuesto, el ejército paraguayo en número de 27.000 hombres, [1] continuó su retirada: el 12 se encontraba sobre el arroyo González á una legua del Empedrado. La marcha se hacía lenta á causa del inmenso botín que conducía, como también por la carencia de medios de movilidad, hasta el punto que á una parte de la artillería se le había suministrado una dotación de hombres para su arrastre.

Cáceres por su parte, hostilizaba con sus guerrillas esta retirada, y el continuo tiroteo anunciaba su presencia en todas partes y á toda hora.

Antes de iniciar su retirada el ministro Berges, al mismo tiempo que dirigía á los triunviros la nota antes expuesta, pasaba al cuerpo diplomático una circular

(1) Resquín.

en la que declaraba que el Paraguay había hecho la guerra en Corrientes de la manera más civilizada, evitando cuanto era posible sus males, y agregaba que si alguno de sus connacionales hubiera sido perjudicado, después de la guerra sería indemnizado.

En los primeros días de octubre la legación paraguaya con el ministro Berges se embarcaba para Humaytá.

Mientras estuvo este excelente funcionario paraguayo en la ciudad de Corrientes, nadie fué perseguido ni perjudicado en sus intereses por su indicación; salvo el cumplimiento de las órdenes de López que siempre eran arbitrarias, como aquella de remitir presas á Humaytá seis señoras por sospechar que tenían correspondencia con el enemigo, y otras personas que también fueron cautivadas y de las cuales jamás se supo su paradero.

Resquín, teniendo en el puerto de Corrientes algunos transportes, y vapores para su remolque, había dejado allí hasta el último momento una fuerza que propiamente constituía su retaguardia, la que se embarcó el 23 de octubre, ocupando Cáceres la ciudad el 25, entre grandes demostraciones de júbilo de la población, que llegaron al colmo cuando se presentó allí la escuadrilla brasileña.

A fines de octubre, sin que nadie lo impidiera, salvó el ejército paraguayo el Paraná por el Puerto Corrales, quedando de este lado el comandante Díaz con 3000

hombres y seis cañones, cuidando que se embarcaran los despojos del vandálico botín que tan cruelmente adjudicaba la miseria á una de las zonas más ricas de la provincia de Corrientes.

Cáceres sabedor de esta situación solicitó del almirante Barrozo, el 3 de Noviembre, que hiciera subir algunos buques para impedir el paso de esta fuerza.

Una escuadrilla al mando del capitán de fragata Alvín, compuesta de las cañoneras *Belmonte*, con la insignia del jefe, *Araguay*, *Itayahí*, *Mearin*, el vapor argentino *Libertad* y el aviso *Victoria*, remontó el Paraná hasta las Tres Bocas; pero desde allí regresó á Corrientes sin haber podido hostilizar á las tropas paraguayas por haber pasado ya todo el ejército, además de los inconvenientes que presentaba en parte la falta de agua.



La escuadra brasileña después del combate de Cuevas (12 de Agosto) permaneció dos meses en el Rincón de Soto, reparando sus numerosas averías, al mismo tiempo que mantenía el bloqueo de las posiciones ocupadas por el enemigo, todas estas disposiciones eran en cumplimiento de órdenes de Tamandaré, quien al dirigirse á la Uruguayana, no reforzó á las dos divisiones mandadas por Barrozo con parte de la escuadra brasileña que aun se mantenía inactiva en el Río de la Plata. (1)

(1) Pereira da Costa.

Cuando Resquín cargaba en el *Perabebe* y otro vapor muy rápido, la artillería establecida en Cuevas, los buques brasileños estuvieron en la inacción, á causa de ignorar este hecho, como también por la bajante del río Paraná.

Y esto de la bajante es exacto, porque en el mes de noviembre permanecieron algún tiempo 14 buques varados en el Paraná, que conducían 5000 soldados brasileños.

Al ocupar la ciudad de Corrientes las fuerzas de Cáceres y la escuadra brasileña, el primer cuidado del almirante Barrozo fué solicitar un práctico para el alto Paraná, no encontrando sino á un paraguayo que no inspiraba confianza; así los buques brasileños se encontraban en una situación difícil tanto por la falta de agua, como por la de prácticos para poder navegar ese río tan difícil.



Antes de abandonar á Mercedes é iniciar las jornadas sobre el Noroeste, resolvieron los generales aliados que el ejército argentino y brasileño tomase por línea de operaciones el camino que va al Rincón de Cevallos, que está sobre la costa del Paraná, para ponerse en comunicación directa con la escuadra y servirse de ella como línea de comunicación y base sucesiva de operaciones, siguiendo después por el camino de la costa hasta el Paso de la Patria, debiendo el general Flores,

después de pasar el río Corrientes, marchar al Norte entre los ríos Batel y Corrientes en dirección á Yaguareté Corá y San Miguel, y desde allí alcanzar la margen izquierda del alto Paraná y costeándolo en seguida hasta el Paso de la Patria, ejecutar la junción con sus aliados. Para esto debía unirse el general Castro, quien siguiendo desde la Tranquera de Loreto el itinerario de la costa, seguirían la marcha unidos, habiendo sido reemplazada interinamente la fuerza de este general por las divisiones de los coroneles Paiva y Reguera en su puesto de observación de ese y otros lugares.

Como entonces se creía que se llevaría á cabo el plan protocolizado en la Uruguayana referente á la invasión por la extrema izquierda de la línea defensiva paraguaya (Itapua), se le había ordenado al coronel Paiva que se pusiera á las órdenes del general Barón de Porto Alegre, á fin de prestar con su división el servicio de vanguardia.

Pasaron algunos días mientras descansaba el ganado y se preparaban los elementos para pasar el río Corrientes, cuyos pasos ya estaban indicados: el Lucero para el ejército brasileño, y aguas arriba el Nuevo para los argentinos y orientales.

El general Osorio destacó entonces 3000 brasileños para componer el camino que atravesando la selva de Payubre que va al Paso Lucero, al mismo tiempo que una parte del ejército argentino se movía el día 3 de noviembre en dirección al Paso Nuevo.

El teniente coronel Carvallo del cuerpo de ingenieros brasileños, estaba encargado de ingeniarse y completar el tren de puentes, què se reducía á la construcción de balsas y un puente sobre barcas de goma que solo alcanzaba á la mitad del río. Por parte del ejército argentino tenía el cuerpo de zapadores que constaba de dos compañías, una de zapadores á las órdenes del capitán Melchor Romero y la otra de zapadores y balseros dirigidas por el capitán Roibon, un soldado patriota y decidor, corazón enérgico é infatigable, obrero que no lo olvidará la historia en aquellos memorables trabajos, que del mismo modo improvisaba balsas, maromas, ó ligeros puentes, con los que salvaría magnos obstáculos el ejército argentino y oriental, como cuartetas de un estilo macarrónico que hacían sospechar del equilibrio de sus facultades.

El día 6 marcha Osorio, y Flores lo hizo el 7, de manera que todo el ejército se iba aproximando al torrentoso río.

Para alcanzar á aquella corriente de agua tuvo el ejército aliado que atravesar la Selva negra, como denomina Pallejas al bosque sombrío de Payubre, donde hubo que pagar tributo de sangre al señor felino de esos parajes, los argentinos muy á pesar suyo dejaron dos soldados en las garras de un tigre, el cual después se salvó astuto de una batida de inexpertos.

Después de cruzar una parte del sombrío bosque, el ejército se empantanó en un extenso balsar como de dos

leguas, que puede decirse que era el terrible anuncio de aquellas tristes jornadas que más tarde sobrevendrían, chapoteando siempre el agua de esos prolongados pantanos, marchas que tuvieron lugar después de pasar el río Corrientes, nos referimos á los bañados del Batel.

El ejército argentino pasó el río Corrientes por los pasos indicados del 9 al 10, tomando la vanguardia los generales Paunero y Hornos, el oriental el 16 y el brasileño el 12 al 15, habiendo desgraciadamente tenido lugar diversos accidentes lamentables que costaron la vida á muchos soldados.

Se continuó la marcha siempre con grandes dificultades, hundiéndose la tropa en la ciénaga, caminando sin cesar sobre el agua, durmiendo sobre algunos pequeños albardones que se encontraban en tan incómodo camino. Así alcanzó al Batel el grueso del ejército y lo pasó del 18 al 20, retardando siempre algunos días aquella enorme impedimenta que conducía todo lo necesario para el ejército en un territorio que estaba casi desierto.

En la costa de Batel se detuvo el ejército para preparar los elementos del pasaje y esperar todo el convoy, que por los malos caminos siempre quedaba rezagado, y fué allí que con fecha 15 de Noviembre se dió la definitiva organización al ejército argentino, que venía fraccionado, la infantería en tres cuerpos de ejército, bastante débiles, y como se verá más

adelante, se hicieron dos excelentes, pasando el jefe del antiguo segundo cuerpo que era el general Gelly y Obes, á desempeñar el puesto de jefe del Estado Mayor.

Organización del ejército

ORDEN DEL DÍA

Costa de Batel, noviembre 15 de 1865.

El ejército argentino en campaña, en operaciones contra el Paraguay, queda organizado en cuatro cuerpos de ejército, del modo siguiente:

Art. 1° La infantería y artillería del ejército argentino en campaña, se dividirá en dos cuerpos, y será mandado cada uno de ellos por un general comandante en jefe.

Cada cuerpo de ejército se dividirá en brigadas y divisiones, teniendo cada una de ellas su respectivo estado mayor divisionario.

Constará cada brigada de dos batallones por lo menos, y cada división de cuatro ó más batallones, con su respectivo detall cada división.

Además, cada cuerpo de ejército tendrá adscripto á su servicio un regimiento de caballería de línea.

Art. 2° La organización del primer cuerpo de ejército será como sigue:

PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO

Comandante en jefe, general don Wenceslao Paunero. Jefe de estado mayor, coronel don Indalecio Chenaut.

Primera división

Jefe, coronel don Ignacio Rivas.

1ª brigada, batallón 1º de línea, comandante Roseti; batallón San Nicolás, comandante Boer; jefe comandante don Manuel Roseti.

2ª brigada, batallón 3º de línea, comandante Aldecoa; Legión Militar, comandante Lezica; jefe, comandante don Juan B. Charlone.

Segunda división

Jefe, coronel don José Miguel Arredondo.

3ª brigada, batallón 4º de línea, comandante Fraga; batallón 6º de línea, mayor Campos; jefe, teniente coronel don Carlos Lezica.

4ª brigada, 1ª legión voluntarios, coronel Susini; 2ª legión voluntarios, comandante Giriboni; jefe, coronel don A. Susini.

Tercera división

Jefe, coronel don Matías Rivero.

5ª brigada, batallón Corrientes nº 1, comandante Sosa; batallón Libertad nº 2 de Santa Fe, coronel Esquivel; jefe, coronel don Ramón Esquivel.

6ª brigada, batallón general Paz 3° de Santa Fe, comandante don Fidel Paz; batallón de San Juan, comandante Giuffra; jefe, comandante don Rómulo Giuffra.

Cuarta división

Jefe, coronel don Segundo Roca.

7ª brigada, batallón Santafecino nº 1, coronel Avalos; batallón 5° de línea, comandante Victorica; jefe, coronel don José M. Avalos.

8ª brigada, batallón 7° de línea comandante Casanova; batallón Tucumán; jefe, don Juan A. Casanova.

Brigada de artillería

Jefe, comandante don Leopoldo Nelson.

2° escuadrón de artillería ligera, comandante Viejo Bueno.

4° escuadrón de Santa Fe, comandante Nelson.

Caballería

Jefe, comandante don Ignacio Segovia.

Regimiento 1° de caballería de línea.

Queda adscripto además al servicio de este cuerpo de ejército:

1° la escolta del comandante en jefe; 2° una partida de baqueanos; 3ª una repartición del hospital militar á cargo del cirujano principal doctor don Capoulicán

Molina; 4° un parque especial, con su respectivo personal á cargo del comandante don Doroteo González Videla; 5° una compañía de zapadores y balseros á cargo del capitán Roibon; 6° maestranza.

Art. 3°—La organización del 2° cuerpo de ejército será como sigue:

SEGUNDO CUERPO DE EJÉRCITO

Comandante en jefe, general don Emilio Mitre.

Jefe del Estado Mayor, coronel don Pablo Díaz.

Primera división, Buenos Aires

Jefe, coronel don José María Bustillos.

Jefe del detall, sargento mayor don Francisco González.

1ª brigada, batallón 1° del 1° de guardia nacional, comandante Cobo; batallón 1° del 3° de guardia nacional, comandante Urien; jefe, comandante don Carlos Urien.

2ª brigada, batallón 3° del 4° de guardia nacional, comandante Morales; batallón 2° del 4° de guardia nacional, comandante Amadeo; jefe, comandante don José M. Morales.

Segunda división, Buenos Aires

Jefe, coronel don Emilio Conesa.

Jefe del detall, coronel don Pedro J. Agüero.

3ª brigada, batallón 2° de campaña, coronel Arenas; batallón 4° de campaña, comandante Obligado; jefe, coronel don Martín Arenas.

4ª brigada, batallón 3° de campaña, comandante Serrano; batallón 5° de campaña, comandante Keen; jefe, coronel don Pedro J. Agüero.

Tercera división (del interior)

Jefe, coronel don Cesáreo Domínguez.

5ª brigada, batallón Córdoba n° 1, coronel Domínguez; batallón Pringles de San Luis, comandante Cabot; jefe, comandante don José M. Cabot.

6ª brigada, batallón Mendoza, comandante Morillo; batallón 2° Córdoba, comandante Olmos; jefe comandante Morillo.

Cuarta división

Bajo el mando inmediato del comandante en jefe del 2° cuerpo.

2° jefe y encargado del detall, coronel don José L. Agüero.

7ª brigada, batallón 2° de línea, comandante Orma; batallón 1° del 3° de Buenos Aires, comandante Mateo Martínez; jefe comandante don Adolfo Orma.

8ª brigada, batallón 9 de línea, comandante Calvete; batallón 12 de línea, comandante Ayala; jefe, comandante don Benjamín Calvete.

Brigada de artillería

Jefe, comandante don Federico Mitre.

1er escuadrón de artillería ligera, comandante Mitre.

3er escuadrón de artillería ligera, comandante Maldones.

Caballería

Jefe, comandante don Emilio Vidal.

Regimiento Nº 3º de caballería de línea.

Quedan adscriptos al servicio de este cuerpo de ejército las mismas reparticiones que se determinan para el 1º, estando la repartición del hospital militar á cargo del cirujano principal doctor don Joaquín Díaz de Bedoya y la compañía de zapadores y pontoneros á cargo del capitán don José Melchor Romero.

Art. 4º El coronel don Julio de Vedia mandará como jefe superior las dos brigadas de artillería adscriptas al 1º y 2º cuerpo de ejército, las que reunidas formaron una división que servirá treinta y tres piezas de artillería, de las cuales dieciséis irán con el 1er cuerpo de ejército y diecisiete con el 2º cuerpo, incluyendo en estas las baterías rayadas.

Art. 5º Los batallones Nos 1º y 2º de Santiago, así como los de Salta, Jujuy, Catamarca y la Rioja, que no se hallan comprendidos en este plan de organización, serán oportunamente incluídos en él, así que lleguen al ejército de operaciones.

Art. 6° El 1° y 2° cuerpos de ejército, organizados del modo que queda ordenado, quedan reunidos bajo las inmediatas ordenes del general en jefe del ejército, siendo su segundo jefe el ministro de la guerra, jefe del estado mayor general don Juan A. Gelly y Obes, quedando adscriptos al cuartel general y estado mayor general los cuerpos y reparticiones siguientes:

1° Regimiento *Escolta*, comandante don Pedro C. Díaz.

2° Regimiento *General Lavalle*, comandante don Pantaleón Sotelo.

3° Regimiento *Blandengues de Belgrano*, comandante don Faustino J. Arámbulo.

4° *Voluntarios de Santa Fe*, coronel don Juan A. Fernández.

5° *Legión paraguaya*, coronel don Fernando Iturburo.

6° Comisaría de guerra, comandante don Adriano Rossi.

7° Parque y maestranza general, coronel don Alvaro J. de Alzogaray.

8° Batallón zapadores, comandante Romero.

9° Escuadrón de guías, comandante don Juan Martínez.

Art. 7° El contingente de caballería de la provincia de Corrientes que hasta el presente ha formado parte del 1er cuerpo de ejército, conservará su actual organización en dos grandes divisiones, bajo la denominación de *Cuerpo de vanguardia* á las órdenes del general don Manuel Hornos, como 2° jefe que era del 1er cuerpo de ejército, mandando la 1a división de vanguardia el general don Nicanor Cáceres y la 2a el mismo general Hornos.

Cada una de las divisiones de vanguardia conservará su estado mayor divisorio, siendo jefe de estado mayor de ese cuerpo de ejército, el coronel don José J. Baltar. La división de observación del Alto Uruguay y Paraná, compuesta de las divisiones del coronel don Simón Paiva, y del de igual clase don Isidro Reguera, formarán como hasta el presente un cuerpo separado, continuando bajo el mando del primero, quien se entenderá directamente con el general en jefe y jefe del estado mayor del ejército.

Art. 8° El contingente de la provincia de Entre Ríos formará otro cuerpo de ejército bajo la denominación de *Cuerpo de ejército de Entre Ríos,* entrando en su composición las tres armas, á saber: la fuerza de caballería de la misma provincia, los batallones Nos 1° y 2° de Entre Ríos y una batería de artillería, servida por un escuadrón al mando del coronel don Simón Santa Cruz, quedando todo bajo la dirección del capitán general don Justo J. de Urquiza y jefe de estado mayor el coronel don Benjamín Victorica, quienes se

entenderán según los casos con el general en jefe del ejército, ó jefe de estado mayor general. (1)

Art. 9º Los contingentes de caballería de la provincia de Entre Ríos y Corrientes, se dividirán por escuadrones, regimientos, brigadas y divisiones formando cada dos regimientos una brigada y dos ó más brigadas una división, estando cada división al mando de un general ó de un coronel en su defecto.

Art. 10. Comuníquese á quienes corresponda y dése en la orden general del ejército.

MITRE.

EJÉRCITO BRASILEÑO

1 Batallón de ingenieros.

1 Regimiento de artillería á caballo.

2 Batallones de artillería á pie.

4 Brigadas de caballería que constaban de 13 cuerpos.

6 Brigadas de infantería que constaban de 20 batallones.

---

(1) Este cuerpo nunca se organizó y sólo ingresaron al ejército dos batallones y una batería. Este fué el único contingente que dió la provincia de Entre Ríos.

1 Escuadrón transportes.

Total: 94 jefes, 957 oficiales, 12.606 soldados.

Además había otros destacamentos en diversos puntos fuera del radio del ejército como también la fuerza de infantería destacada á bordo de la escuadra imperial que constaba de 13 jefes, 171 oficiales, 3032 soldados, y la brigada del coronel Valenza compuesta de 11 jefes, 75 oficiales y 900 de tropa, de manera que el ejército imperial con todas esas fuerzas constaba de un general, 118 jefes, 1203 oficiales, 16.588 soldados.

EJÉRCITO ORIENTAL

1 Escuadrón de artillería ligera.

6 Regimientos de caballería.

8 Batallones de infantería, que hacía un total de tres generales, 42 jefes, 378 oficiales, 5160 soldados.

Resumen de la fuerza presente del ejército aliado en la costa del Batel

	Generales.	Jefes.	Oficiales.	Soldados.
Ejército oriental.. ..	3	42	378	5.160
Ejército argentino....	5	120	1.065	14 981
Ejército imperial.....	1	94	957	12.606
Total......	9	256	2.400	32 747

En el momento que se hacía este estado, estaban arribando á Corrientes para el ejército imperial 5000

hombres, detenidos á causa de haber encallado 14 vapores que los conducían por el río Paraná y el cuerpo de tropas del general Argollo, que se encontraba en marcha, como también empezaba á reconcentrarse sobre San Borja las tropas que debían componer el 2º cuerpo de ejército del barón de Porto Alegre.

Lo mismo sucedía en el ejército argentino, venían en camino los batallones de infantería, Tucumán, Catamarca, 1º y 2º de Santiago, Salta, Jujuy, Rioja, Pringles, 2 batallones de infantería y un escuadrón de artillería de la provincia de Entre Ríos y otros.

Ahora continuaremos la marcha del ejército aliado.

El ejército argentino y brasileño guardando cierta distancia continuaron su camino pasando el río Santa Lucía en los días 24 al 27 marchando en seguida al Rincón de Cevallos, mientras tanto, la columna del general Flores seguía su línea de operaciones sobre Yaguareté-Corá y San Miguel, chapaleando grandes bañados y sufriendo toda clase de incomodidades y aflicciones, sobre todo al dejar su camino jaloneado por los cadáveres de sus pobres soldados. Hay que leer el relato sencillo y amargo del ilustre general Pallejas para darnos cuenta de estas marchas y lo que fué esta campaña de Corrientes. Ejemplos serán siempre, estos grandes obstáculos que de improviso intervienen en el desarrollo de un plan de guerra para demostrar la inmensa diferencia que existe muchas veces entre la teoría y la práctica.

Dejaremos por un momento al ejército del general Flores para tratar del cambio de notas entre el mariscal López y el general Mitre.



Nueve navíos de la escuadra brasileña se encontraban fondeados frente á Corrientes cuando el 23 de Noviembre, en momentos que el ejército aliado se encontraba á 20 leguas de ese punto, después del medio día se presentó un vapor paraguayo, con bandera de parlamento y se detuvo á cierta distancia esperando su comandante que le fueran á recibir.

Inmediatamente salieron á su encuentro, las cañoneras brasileñas *Ivahy* primero y en seguida *Araguary* y el vapor argentino *Libertad*.

El vapor paraguayo era el *Piraguará* y al ejecutar una falsa maniobra encalló; entonces se le aproximó el *Ivahy* y trasladó á su bordo la guarnición del buque enemigo que constaba de 27 hombres y el oficial parlamentario, que aunque decía que venía en tal comisión no comprobó en el primer momento su misión, por cuya causa se le exigió su espada y fué constituído prisionero de guerra con la fuerza que venía á sus órdenes.

Una vez que el vapor paraguayo safó de su varadura se le hizo seguir hasta un punto próximo á la escuadra, y recién allí entregó el oficio de López que conducía para el general Mitre.

En el mismo día se remitía á su destino la nota. El general Mitre se encontraba entonces próximo á Bellavista; y ordenaba que al siguiente fuese puesto en libre franquía el vapor paraguayo, y se le permitiese regresar á Humaytá.

La nota del Mariscal López decía así :

Cuartel general en Humaytá, noviembre 21 de 1865.

A S. E. el presidente de la República Argentina, brigadier general don Bartolomé Mitre, general en jefe del ejército aliado de la misma República, de la del Uruguay y del imperio del Brasil.

« Como á general en jefe de los ejércitos aliados en guerra con esta República, tengo el honor de dirigir á V. E. la presente.

« En la imperiosa necesidad en que algunas veces se hallan los pueblos y sus gobiernos de dirimir entre sí por las armas las cuestiones que afectan sus intereses vitales, la guerra ha estallado entre esta República y los Estados cuyos ejércitos V. E. manda en jefe.

« En tales casos, es de uso general y práctico entre las naciones civilizadas atenuar los males de la guerra por leyes propias, despojándola de los actos de crueldad y barbarie que, deshonrando la humanidad, estigmatizan con una mancha indeleble á los jefes que las ordenan, autorizan, protegen ó toleran, y yo lo había esperado de V. E. y sus aliados.

« Así penetrado y en la conciencia de estos deberes, uno de mis primeros cuidados, fué ordenar la observancia de toda la consideración con que los prisioneros, de cualquier clase que sean, fuesen tratados y mantenidos con respecto á sus graduaciones, y en efecto, han disfrutado de las comodidades posibles y hasta la libertad compatible con su posición y conducta.

« El gobierno de la República ha dispensado la más sana y amplia protección, no solamente á los ciudadanos argentinos, brasileños y orientales que se hallaban en su territorio ó que los sucesos de la guerra habían colocado bajo el poder de sus armas, sino que ha extendido esta protección á los mismos prisioneros de guerra.

« La estricta disciplina de los ejércitos paraguayos en el territorio argentino y las poblaciones brasileñas así lo comprueban, y aun las familias y los intereses de los individuos que se hallaban en armas contra la República, han sido respetados en sus personas y propiedades.

V. E., entre tanto, iniciaba la guerra con exceso y atrocidades, como la prisión del agente de la República en Buenos Aires, ciudadano Félix Egusquiza, la orden de prisión y consiguiente persecución del ciudadano José Rufo Caminos, cónsul general de la República cerca del gobierno de V. E., y de su hijo don José Félix, que tuvieron que asilarse á la bandera amiga de S. M. Británica; la secuestración y confisca-

ción de los bienes públicos y particulares de aquellos ciudadanos, ya sea en poder de ellos mismos ó en depósito en los bancos; la prisión del ciudadano Cipriano Ayala, simple portador de pliegos; el violento arranque de las armas nacionales del consulado de la República, para ser arrastradas por las calles; el público fusilamiento de la efigie del presidente de la República y el consiguiente arrojo que de esa efigie y del escudo nacional se hizo al río Paraná, en pública expectación, en el puerto de la ciudad del Rosario; el asesinato atroz cometido por el general Cáceres en el pueblo de Saladas, con el subteniente Marcelino Ayala, que, habiendo caído herido en su poder, no se prestó á llevar su espada contra sus compañeros, y el bárbaro tratamiento con que ese mismo general acabó los días del también herido alférez ciudadano Faustino Ferreyra, en Bella Vista; la bárbara crueldad con que han sido pasados á cuchillo los heridos del combate de Yatay, y el envío del desertor paraguayo, Juan González, con especial y positiva comisión de asesinarme, no han sido bastante á hacer cambiar la firme resolución de no acompañar á V. E. en actos tan bárbaros y atroces, ni pensé jamás que pudiera encontrarse nuevos medios de crímenes para enriquecer las atrocidades é infamias que por tanto tiempo han flagelado y deshonrado ante el mundo las perpetuas guerras intestinas del Río de la Plata.

« Quise todavía esperar que en la primera guerra internacional como ésta, V. E. sabría hacer comprender á sus subordinados que un prisionero de guerra no

deja de ser un ciudadano de su patria, cristiano, y que como rendido deja de ser enemigo, ya que no supo hacer respetar de otro modo los derechos de la guerra, y que los prisioneros serían por lo menos respetados en su triste condición y sus derechos de tal, como lo son ampliamente en esta República los prisioneros del ejército aliado.

« Pero es con la más profunda pena que tengo que renunciar á estas esperanzas ante la denuncia de acciones todavía más ilegales como atroces é infames que se cometen con los paraguayos que han tenido la fatal suerte de caer prisioneros en poder del ejército aliado.

« Tantos los prisioneros hechos en varios encuentros de ambas fuerzas como notablemente los de Yatay y los rendidos de la Uruguayana, V. E. ha obligado á empuñar las armas contra su patria, aumentando por millares con sus personas el efectivo de su ejército, haciéndoles traidores para privarles de sus derechos de ciudadanía y quitarles la más remota esperanza de volver al seno de su patria y su familia, sea por un canje de prisioneros ó por cualquier otra transacción, y aquellos que han querido resistirse á destruir su patria con sus brazos, han sido inmediata y cruelmente inmolados.

« Los que no han participado de tan inicua suerte han servido para fines no menos inhumanos y repugnantes, pues que en su mayor parte han sido llevados y reducidos á la esclavitud en el Brasil, y los que se

prestaban menos por el color de su cutis para ser vendidos, han sido enviados al Estado Oriental y las provincias argentinas de regalo, como entes curiosos y sujetos á la servidumbre.

« Este desprecio, no ya de las leyes de la guerra sino de la humanidad, esta coacción tan bárbara como infame, que coloca á los prisioneros paraguayos entre la muerte y la esclavitud, es el primer ejemplo que conozco en la historia de las guerras, y es á V. E., al Emperador del Brasil y al actual mandatario de la República Oriental, sus aliados, á quienes cabe el baldón de producir y ejecutar tanto horror.

« El gobierno paraguayo, por ninguno de sus actos, ya sea antes ó después de la guerra, ha provocado tanta atrocidad. Los ciudadanos argentinos, brasileños y orientales han tenido toda la libertad de retirarse con sus haberes y fortuna de la República y del territorio argentino, ocupado por sus ejércitos, ó de permanecer en ellos conforme les conviniere.

« Mi gobierno así respetaba las estipulaciones convenidas de los pactos internacionales para el caso de una guerra, sin tener en cuenta que esos pactos hubiesen inspirado, considerando sólo esos principios como de interés permanente, de humanidad y de honor nacional. Jamás olvidó tampoco el decoro de su propia dignidad, la consideración que debe á todo gobierno y al jefe del estado, aunque en actual guerra, para tolerar insultos al emblema de la patria de los

aliados, ó el fusilamiento del de V. E. ó el de sus aliados, en efigie, y mucho menos podía acompañarles como medio de guerra en el empleo de algún tránsfuga argentino, oriental ó brasileño, para asesinarlos en sus campamentos. La opinión pública y la historia juzgarán severamente esos actos.

« Las potencias aliadas, pues, no traen una guerra como lo determinan los usos y las leyes de las naciones civilizadas, sino una guerra de exterminio y horrores, autorizando y valiéndose de los medios atroces que van denunciados y que la conciencia pública marcará en todo tiempo como infames.

« Traída la guerra por V. E. y sus aliados en el terreno en que aparece, *concio* (1) de mis deberes y de la obligación que tengo en el mando supremo de los ejércitos de la república, haré de mi parte que V. E. cese en esos actos que mi propia dignidad no me permite dejar continuar y al efecto, invito á V. E., en nombre de la humanidad y del decoro de los mismos aliados, á abandonar ese carácter de barbarie de la guerra, á poner los prisioneros de guerra paraguayos en el goce de sus derechos de prisioneros, ya estén en armas, esclavizados en el Brasil, ó reducidos á servidumbre en las repúblicas Argentina y Oriental, á no proseguir á ningún acto de atrocidad, previniendo á V. E. que su falta de contestación, la continuación de los prisioneros en el servicio de las armas

(1) Esta palabra no trae el diccionario, y es una invención de López, y significa : *consciente*.

contra su patria diseminados en el ejército aliado ó en cuerpos especiales, la *aparición de la bandera paraguaya* en las filas de su mando ó una nueva atrocidad con los prisioneros, me han de dispensar de toda la consideración y miramientos que hasta aquí he sabido tener, y aunque con repugnancia, los ciudadanos argentinos, brasileños y orientales, ya sean prisioneros de guerra ó no, en el territorio de la república, ó en los que sus armas llegasen á ocupar, responderán con sus personas, vidas y propiedades á la más rigorosa represalia.

« Esperando la contestación de V. E. en el perentorio término de treinta días, en que será entregada en el Paso de la Patria.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

FRANCISCO S. LÓPEZ».

El general Mitre no se dejó esperar y contestó al general López con la siguiente nota:

El Presidente de la República Argentina y general en jefe de los ejércitos aliados.

«Cuartel general frente á Bella Vista, noviembre 25 de 1865.

«*Al Excmo. señor Presidente de la República del Paraguay, mariscal don Francisco S. López.*

« He recibido la nota que como á general en jefe de los ejércitos aliados me dirige V. E. desde su cuartel general en Humaytá con fecha 20 del corriente, en que

después de referirse á hechos que supone en desacuerdo con las leyes de la guerra perpetrados por los ejércitos aliados sobre los prisioneros paraguayos en el combate de Yatay y rendición de la Uruguayana, así como otros que V. E. señala, me invita á la observación de aquellas leyes, significándome su disposición á usar de represalia en caso contrario.

« Impuesto de la citada nota de V. E. es de mi deber manifestarle en respuesta que todos los hechos que V. E. señala en ella con graves cargos contra los sentimientos de humanidad y de dignidad propia, de parte de los ejércitos aliados contra los paraguayos en armas que han caído rendidos al esfuerzo de sus armas, son totalmente falsos unos, y desfigurados otros, quizá debido todo á apasionados y supuestos informes transmitidos á V. E., y es sensible que un momento de reflexión no haya patentizado á su ánimo la falsedad de esos informes.

« Colocado el gobierno de mi patria, así como los del Imperio del Brasil y República Oriental, en el imperioso deber de salir á la defensa de su honor, de su dignidad y de la integridad de su territorio, alevosamente atacados por V. E. de una manera inusitada entre países civilizados, asaltadas en plena paz sus fortificaciones de tierra y buques de su armada, sin previa declaración de guerra, lo que da el carácter de piráticas á tales agresiones, y teniendo que ocurrir á salvar de la muerte y de la depredación más bárbara de las vidas y propiedades de sus nacionales respectivos,

tanto en las provincias imperiales de Matto Grosso y de Río Grande, como en esta argentina de Corrientes, han procurado hacer esta defensa con estricta sujeción á las prescripciones del derecho en los casos de guerra internacional. Y así lo han hecho no sólo por deber y por honor, sino tambien porque habiendo mirado con indignación y repugnancia las violencias y crímenes de todo género cometidos por las fuerzas de V. E. en los pueblos y demás territorios brasileño y argentino, que han tenido la desgracia de ocupar aunque haya sido momentáneamente, no podían incurrir en el delito que reprochaban, ni podían ni debían presentar ante el mundo civilizado y cristiano otro ejemplo que el que están acostumbrados á dar con sus ejércitos, que tenían y tienen la noble misión de vindicar el honor nacional y no la de saquear los pueblos indefensos y las propiedades particulares como lo han hecho las fuerzas de V. E., desde que por ambas riberas del Uruguay pisaron tierra argentina y brasileña hasta los pueblos de Uruguayana y Paso de los libres á que alcanzaron, dejando todos esos pueblos y sus campiñas completamente arrasadas, habiéndose transportado gran parte del robo á disposición de V. E., en el Paraguay, y por su orden, según consta en el libro copiador de las comunicaciones que dirigía á V. E. el comandante Estigarribia, jefe de esas fuerzas paraguayas, cuyo libro original existe en poder del Exmo. gobierno del Brasil, mientras el que V. E. lanzó sobre esta provincia de Corrientes y que alcanzó hasta el paso de Santa Lucía, ha cometido todavía hechos más atroces aún arrebatando violentamente todos los ganados de millares de

establecimientos de campo, incendiando las habitaciones y dejando sin techo ni abrigo á miles de familias de la extensa campaña que han asolado, llevando su inhumanidad, ó más bien dicho, la de V. E., cuya orden se invocó para el efecto, hasta la barbarie de arrancar de sus casas y conducir prisioneros al Paraguay las inocentes esposas y tiernos niños de jefes patriotas y valientes pertenecientes al ejército argentino, que habían permanecido en puntos ocupados por fuerzas de V. E., creyéndole capaz de observar esas mismas prescripciones que hoy invoca á favor de paraguayos prisioneros, habiendo derecho á dudar de la sinceridad de ellos en quien las ha desconocido como V. E. lo ha hecho, hasta en las mujeres y en los niños. Todos estos actos que son de pública y evidente notoriedad, serán una ignominia perdurable para quienes los han ordenado ó autorizado ó consentido y en consecuencia V. E. tendrá que responder siempre, no sólo ante los pueblos aliados que le hacen hoy la guerra, sino ante el mundo todo que ha sido unánime en alzar un grito de execración contra ellas.

«Terminados los combates por el triunfo de los aliados, los heridos y prisioneros que salvaron del conflicto han sido los primeros recibidos y tratados en los hospitales del ejército, á la par de los mismos heridos pertenecientes al ejército aliado ; y podrían aun decir, que han sido aún más favoredidos en su asistencia por la compasión y simpatía que naturalmente inspiran tanto por el estado de desnudez y desamparo en que se hallaban, cuanto porque no podían mirar

en ellos sino unos desgraciados, víctimas de un mal aconsejado gobernante que los lanzaba á la muerte en una guerra tan inmotivada como injusta, provocada por una voluntad caprichosa y arbitraria. Así es que, lejos de obligar á los prisioneros á engrosar violentamente las filas de los ejércitos aliados ó de tratarles con rigor, han sido tratados todos ellos, no solo con humanidad, sino con benevolencia, habiendo muchos de ellos sido puestos en completa libertad, trasladado á otros á las poblaciones en considerable número y destinado una parte á servicios pasivos en los ejércitos aliados; especialmente en los hospitales de sangre en que han curado á sus mismos compañeros. Es cierto que muchos de ellos han ingresado en las filas de los ejércitos aliados; pero ha sido por voluntad propia y por haberlo así solicitado, gracia que no se les debía negar cuando sus paisanos los paraguayos emigrados en el territorio de las naciones aliadas habían pedido espontáneamente armas en calidad de tales, y se les había reconocido este derecho.

«Estos son los principales cargos que se contienen en la nota de V. E. Basta lo expuesto, no sólo para desvanecerlos, sino para hacer recaer sobre quien corresponde la inmensa responsabilidad de los hechos de barbarie que por desgracia han ocurrido en la presente guerra. Podría hacerlos del mismo modo con los otros hechos aislados de que V. E. se ocupa; pero es tan notoria la falsedad de unos y la inexactitud de otros que sería excusado entrar á refutarlos, y sobre todo hallándonos en guerra abierta, y debiendo las

armas decidir en la cuestión, V. E. comprende bien que no es ésta la oportunidad de las recriminaciones, y que no podría dejar de entrar en ese terreno si debiese contestar á estos otros cargos de V. E. Agregaré para terminar, que no acierto á comprender cómo puede haber dado cabida á la especie del desertor paraguayo Juan González, si es que tal desertor ha existido; siendo sensible que por honor mismo del puesto en que V. E. se ha colocado en esa república, haya dejado consignado en una nota seria y bajo su firma el temor del puñal dirigido alevosamente por la mano de un general argentino. Declaro á V. E. que no lo creo capaz de atentar de semejante manera contra mi vida ni contra la de ninguna de los otros generales de los ejércitos aliados, porque acostumbrado siempre á hacer este honor á los jefes enemigos contra los cuales he tenido que combatir, me es forzoso hacérselo también á V. E.

« En consecuencia de lo expuesto y en prevención de los desafueros á que pueda lanzarse V. E. y que me hace presentir el espíritu de la nota á que contesto, declaro á V. E. formalmente, en cuanto me corresponde como general en jefe de los ejércitos aliados, que la salvaguardia de la vida de los argentinos, brasileños y orientales de que V. E. haya podido apoderarse por la casualidad ó la traición — y no en lucha abierta y leal, en la que todavía no ha tenido V. E. la fortuna de apoderarse ni de un solo soldado — y las propiedades de aquellos mismos que están á su alcance, que cualquier acto que V. E. ó autoridades por sus órdenes puedan cometer con violación de los principios reconocidos que son leyes de los pueblos cultos, además de

las satisfacciones á que hubiese lugar en oportunidad, V. E. será responsable, personalmente con sujeción á las mismas reglas que invoca y establece. Si á pesar de esto V. E. emplease medios en desacuerdo con los regulares reconocidos en la guerra, V. E. se habrá colocado deliberadamente fuera de la práctica y del amparo de la ley de las naciones y dará autorización á los poderes aliados á obrar según V. E. lo insinúa, pues quedará manifiesto el propósito deliberado de hacer más crueles los males de la guerra que las naciones aliadas han procurado aminorar en cuanto les ha sido posible; en cuya resolución persevero y perseveran, siendo su ánimo firme y tranquilo no dejar las armas de la mano hasta tener plena y completa reparación de sus agravios, fiando su vindicación, después de la bondad de Dios, al poder de sus armas y no á venganzas innobles y cobardes ejercidas contra hombres inermes é indefensos y contra mujeres y niños inocentes.

«Tal es la única contestación que me es dado ofrecer á V. E., todo sin perjuicio de las resoluciones que en vista de la nota de V. E. tomen los gobiernos de la triple alianza, á quienes doy, con esta fecha, conocimiento, así de ella como de esta contestación.

«Dios guarde á V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.»

Un día después de recibida por el general Mitre la nota del Mariscal López la contestaba. Como se ve,

nó se hizo esperar la espléndida redacción de tan importante documento.

Una cañonera italiana condujo á remolque hasta Humaytá al escaler parlamentario argentino, volviendo en seguida sin novedad.

En estos casos es grande el deseo de ser cortéses, los beligerantes se miman al extremo, todo son demostraciones de estima y alto aprecio.

Cuando el Mariscal López sintió que la tormenta que él había tan desatinadamente provocado se aproximaba, y vió el espectáculo terrible que le presentaba la destrucción de las mitad de su ejército, el fracaso completo de su plan de invasión, la ineptitud comprobada de sus lugartenientes para dirigir tácticamente cualquier fracción de tropas, y la más amplia negación de sus mismas condiciones militares, como los terribles resultados de su acción vandálica, obedeciendo sus órdenes, como las invasiones á Matto Grosso, Corrientes y Río Grande, todo lo que está comprobado por hechos y por documentos, donde ordena á Estigarribia que no dejase con vida un prisionero y saquease los pueblos remitiendo al Paraguay el botín; sintió, decíamos, que era necesario anticiparse á las justas recriminaciones, que más tarde caerían sobre su reputación y sobre su conciencia, y fué entonces que recogiendo algunos informes, muchos de ellos no comprobados, dirigió la nota al general Mitre.

A la simple lectura de esa nota, se ve que busca con hechos, en su mayor parte inexactos, la compensación

á los crímenes ordenados por él, y solamente puede tener razón en el destino que se les dió á los prisioneros paraguayos en el ejército oriental, que aunque fueron recibidos por su propia voluntad, no era bastante este requisito para ser embanderados contra su patria, cuando un momento antes habían jurado fidelidad al Mariscal López y habían peleado por él con entusiasmo y valentía.

Como el ejército oriental era independiente en su régimen privado, el general Mitre no es responsable de estos actos, mas cuando este suceso pasaba en momentos de su ausencia.

Como se habrá visto, la nota del generalísimo del ejército aliado es un documento digno de su pluma; hay allí una serena indignación, que como un rayo olímpico, cae sobre el tirano y lo anonada.

Era curioso ver á López solicitar la regularización de la guerra y amenazando con las represalias después de haber incitado á Estigarribia á la devastación y al asesinato, dando lugar estas órdenes á todas clases de atentados: él, que había violado todas las leyes de la guerra.

¡Oh manes de los que sucumbieron en aquella guerra; parece que os siento estremecer en vuestras tumbas! sois víctimas sacrificadas, no de un ejército, no, más que eso: sois el conjunto supliciado de un pueblo, de una nación.

Mucho más terrible que un cataclismo seísmico, fué aquel colosal, inmenso de la tiranía.

López, en el furor de su despecho, adulado por su misma crueldad, buscó un pretexto para desencadenar su ira y lo hizo con esa magnificencia de barbarie que nunca en él fué desmentida.

Thompson, refiriéndose á este asunto, expone: «Tres días antes que López enviara su nota á Mitre amenazándole con represalias, las anticipó, haciendo traer engrillados á Humaytá á todos los connacionales de los aliados residentes en el país, reduciéndolos á una dura prisión. Más tarde fueron expuestos al bombardeo constante de los encorazados sobre Humaytá, y finalmente todos, excepto uno que escapó por milagro, fueron fusilados ó muertos en el tormento.»



Después de algunos días de descanso en el Rincón de Cevallos, el ejército aliado, en los que pudo aprovisionarse de todo lo que le era necesario, siguio su marcha al Norte, paralelo á la escuadra, por la costa del Paraná, tomando la primera línea, esta vez el ejército brasileño, separado por la distancia que era necesario á dos grandes núcleos de tropa que tienen que tener un espacio para poder subsistir y dar pasto á su ganado.

En ese trayecto salvó los arroyos caudalosos San Ambrosio, San Lorenzo y Pedro González.

El 7 de Diciembre pasó el ejército brasileño el río Empedrado, siguiéndole el argentino, y salvó del mismo modo el arroyo Cuevas, Mercedes, San Gregorio, Sombrerito y Sombrero.

El 11 de Diciembre llegó al Riachuelo y así continuaron la marcha sin novedad por un excelente terreno, hasta llegar á las proximidades del Paso de la Patria.

Los brasileños acamparon en Laguna Brava, y los argentinos en San Cosme, pasando después á ocupar el campamento de las Ensenadas.

Volveremos ahora al general Flores y sus valientes soldados, cuya constancia fué puesta á prueba.

Después de pasar el río Corrientes continuaron la marcha en dirección á Yaguareté-Corá, donde llegaron el 24 de Noviembre, el 28 á San Miguel, el 23 de Diciembre á Loreto, el 4 se incorporó el general Castro, y desde ese momento este jefe tomó el puesto de la vanguardia, el 8 alcanzó á Barranqueras, siguiendo por el territorio de los villorrios de la costa, San Antonio, San José, La Cruz é Itatí.

El 20, por fin, concluyeron los trabajos de esta enérgica columna, y ocupó un buen campamento en la Ensenada que está como á cinco kilómetros de San Cosme y á diez del Paso de la Patria. Próximo á este lugar estaba acampada la división de caballería del coronel Berón, y próxima, sobre el Paso de la Patria, el general Cáceres con sus tropas.

La marcha de la división oriental entre pantanos infectos, esteros, lagunas y cruzando ríos en medio de continuos temporales, es algo que es preciso experimentar para conocer hasta donde puede alcanzar la constancia en el soldado americano.

Al fin vemos reunido todo el grande ejército aliado sobre el Paso de la Patria, después de sus fatigosas jornadas.



Ahora, para demostrar la extensión de las líneas de operaciones cuyas dificultades ya las hemos palpado, y someramente significado, no hay sino considerar el número de kilómetros que ellos han recorrido :

	kilómetros
Columna invasora de Robles con todas sus radiaciones de marcha	290
Columna invasora de Duarte	289
Columna invasora de Estigarribia	312
Marcha del general Paunero de Paso Platero á Uruguayana.	230
Marcha del general Flores de Ayuí Chico á Uruguayana.	235
Marcha del general Osorio de Concordia á Paso de la Patria.	481
Marcha del general Flores de Uruguayana á Paso de la Patria	516
Marcha del general Paunero de Uruguayana á Paso de la Patria	459
Marcha del 2° cuerpo brasileño de Uruguayana á Paso de la Patria	630
Marcha del coronel Argollo y Fontes de Uruguayana á Paso de la Patria	459

Aun faltan todas las correrías de las divisiones de Castro, Hornos, Cáceres, Paiva y Reguera y otras partidas enemigas.

Cuando se piensa en este inmenso número de kilómetros, que en su mayor parte la infantería lo ha recorrido chapaleando el agua, y soportando los mayores sufrimientos y miserias, uno considera que un ejército extranjero se vería casi imposibilitado para emprender operaciones en un tal teatro de la guerra, á causa de la naturaleza física de los soldados, relativamente más débiles que los americanos para soportar vida tan cruda. Así pensamos que el estudio del desarrollo estratégico, sobre todo, y el táctico que emprenda nuestra juventud, debe hacerse sobre planos de nuestros territorios y dejar tranquilas por un momento las campañas en territorios extranjeros que solo nos servirán para ilustración y para despertar nuevas ideas, pero jamás de aplicación donde no pueden ser exactamente llevadas á la práctica en circunstancias idénticas.



Esta campaña de Corrientes y de Río Grande nos sugiere algunas observaciones, que estudiadas en su esencia primordial, nos conduce á conclusiones sorprendentes, tales como la que presenta el principio de esta guerra, como algo anormal reñido con las buenas prácticas de la guerra.

Cuando López inició la campaña de Corrientes podía disponer aún, á pesar de sus grandes pérdidas, para

llevar á cabo la ejecución de sus obras, de 61.200 hombres prontos á formar distribuídos así:

Matto-Grosso	10.200
Río Grande	12.500
Ejército del Paraná y Humaytá	36 000
Escuadra	2.500
Total	61.200

Además seguía el reclutamiento para reemplazar los hombres que había perdido por enfermedades.

Frente á este formidable núcleo de combatientes, el 1° de Marzo, en el campamento del Daimán, contaba el ejército brasileño con 9465 plazas; el argentino, en diversos puntos de su territorio, con 6500, y el oriental con 3000, por todo unos 19.000 hombres, fuerza que aunque organizada le faltaba algo en su instrucción, pero que todavía pasaría algún tiempo para concentrar un ejército que estuviera en condiciones de contrarrestar al ejército paraguayo é invadir con ventaja su territorio, mientras que aquel podría lanzar inmediatamente 60.000 hombres sobre las comarcas desprevenidas y desamparadas que estaban próximas á su base de operaciones, y á merced de cualquier invasor.

Pues bien, el Paraguay, como se ha visto, con anticipación había organizado un gran ejército, y reconcentrádolo en puntos más ó menos estratégicos de su frontera; tenía, pues, en el primer momento, la ventaja

de la organización, [1] de la movilización y del número; mientras los pequeños núcleos de tropa de sus adversarios se presentaban diseminados en sus diversos territorios, no disponiendo en ese caso, para afrontar la invasión sino de un pequeño efectivo de fuerzas con relación á las de su contendor, y con excepción de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes, fué tan lenta la movilización de las tropas de la alianza que en el mes de Noviembre, en Mercedes, es decir, siete meses después de haber sido invadida la provincia de Corrientes y la de Río Grande, los brasileños, á pesar de sus grandes recursos, apenas presentaban con el general Osorio un cuerpo de tropas, como ya lo hemos expuesto anteriormente, de 13.828 hombres, la mitad milicias; los argentinos 16.173 y los orientales 5.583 en la misma condición, incluyendo en estos últimos la brigada brasileña y los paraguayos enrolados en sus filas, lo que hacía un total, con oficiales, jefes y generales, de 35.411 hombres, incluyendo en estos los no combatientes. Téngase presente que este era el único ejército que podía combatir al avance paraguayo é invadir al Paraguay en esta fecha.

Como se ve, era manifiesta la debilidad de las naciones aliadas, que por lo menos las tres unidades debieron entrar á la liza con 100.000 hombres, lo que indudablemente hubiera sucedido si se encontraran preparados como lo están hoy Chile y la Argentina.

---

(1) Aunque no era completa, estaba siempre en mejores condiciones que la del ejército aliado.

Así, el primer error de las naciones aliadas fué su propia debilidad, y esto lo vemos comprobado con la guerra del Transvaal en la que un grupo de campesinos bien armados, sin seguir más inspiración que sus instintos de gato montés, han detenido un gran ejército de línea, es verdad que estaban sostenidos por tres factores morales muy importantes: el valor, el terreno y el amor á la libertad. Cambiándose los papeles, vemos lo contrario en la campaña del Paraguay, sobre todo al principio, los invadidos presentan mayor ejército que los invasores. (1)

Ante estas consideraciones y estudiando las operaciones del ejército paraguayo, si es que se le puede dar este nombre á los movimientos de los dos extremos de su extenso frente de operaciones, resulta que todo el plan estratégico del generalísimo paraguayo se reduce á tres asaltos vandálicos llevados á cabo en las provincias de Matto Grosso, Corrientes y Río Grande, sin otro propósito aparente que de robar todos los ganados y especies que se encontraban á mano á fin de proveerse de todos los recursos necesarios para continuar la guerra, cuya carencia prematura no había sido prevista.

Ahora, considerando el plan de campaña del general Mitre en la provincia de Corrientes, tendremos siempre que consignar que esa obra revela alta concepción y

(1) En la batalla de Tuyutí los ejércitos aliados eran 32.000 hombres y los paraguayos pudieron presentar mayor número de soldados.

una firmeza en la ejecución digna del ilustre argentino: podría muy bien presentarse como modelo de campaña americana, que la consideramos con mayores dificultades que las europeas. Mas cuando se tiene en vista en estos sucesos las situaciones políticas de Entre Ríos y el Estado Oriental y una parte de la misma Corrientes.

Uruguayana, es una victoria estratégica; Yatay, una combinación matemática y si dejando á un lado toda contemplación, inmediatamente después de pasar el Uruguay el ejército del general Flores, uniendo su artillería á la de los brasileños inclusive la de la escuadrilla, hubiese bombardeado á la Uruguayana, irremediablemente habría caído sin demora de tiempo, porque Estigarribia no tenía para contrarrestar el enorme fuego de los sitiadores sino ocho malas piezas; por consecuencia era asunto concluído.

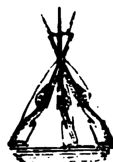
Una vez concluída con esta importante operación, rápidamente los dos ejércitos aliados pudieran haberse reconcentrado en Mercedes, tal vez dado alcance al ejército paraguayo del Paraná que se encontraba diseminado, y concluído con éxito la campaña, ó por lo menos se hubiera apresurado su retirada, evitando aquella extensa y bárbara depredación del último momento, que transformó á una rica, floreciente y vasta comarca en erial desierto donde nunca se podrá olvidar el pasaje de esa horda de sarracenos.

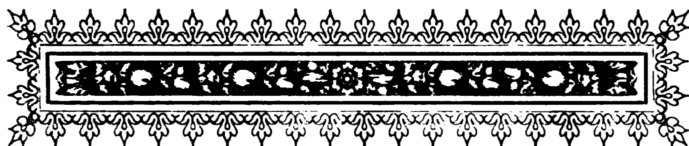
Desgraciadamente, á causa de los motivos que dejamos apuntados y de los grandes obstáculos, todo se

resintió de una demora inevitable, sobre todo para aquel que no conoce los hechos ocurridos. Nos referimos muy particularmente á la marcha concéntrica del ejército aliado sobre Mercedes y en primer término á la del cuerpo del general Flores al Norte, en medio de grandes temporales, cruzando ríos caudalosos, extensos esteros, bañados, lagunas, ciénagas infectas, con el vestuario en harapos y sin calzado, sufriendo sin cesar las incómodas y aun venenosas picaduras de los insectos, soportando aquellos soldados heroicos, constantes, toda clase de sufrimientos y penurias, dejando una procesión de cruces de cementerio en esos pantanos de la muerte. Todo esto es algo que los ejércitos de Europa no conocen, y les sería muy difícil aclimatarse rápidamente á un tal sistema de vida, y como prueba de un tal aserto, diremos que los únicos extranjeros que soportaron esa existencia acerba en las filas del ejército aliado, fueron aquellos que gradualmente se habían acostumbrado á nuestra vida bárbara de campaña; los demás, pálidos, demacrados, se extenuaban y sucumbían devorados por la fiebre, ó pagando tributo á la nostalgia, morían acariciando ese miraje luminoso que el espíritu doliente nos presenta con ahinco desgarrador, donde entre vida y colores vemos medio escondida entre la bruma opresora de la distancia á la patria; otros, convulsionados por la desesperación, se suicidaban.

Así en las campañas americanas lo primero que hay que hacer, es aclimatar soldados para soportar esta vida, tan grande en la constancia y tan heroica en el su-

frimiento, no en las ciudades, donde se presta á todas las comodidades y corrupciones que enervan al que se inicia en la carrera de Marte, sino en el fuego de los trópicos ó en el hielo de los Andes, tratando al mismo tiempo de no forzar los extremos, de manera que el conscripto no se acobarde en los ensayos de su educación físico-militar.





Combates preliminares del pasaje del Río Paraná

CAPÍTULO XI

Descripción general del terreno que ocupó el ejérctio aliado desde Laguna Brava hasta Itatí. — Orden de batalla.—López toma el mando del ejército. — Organización del ejército paraguayo en el Paso de la Patria. — Fortificación de ese campo atrincherado. — Efectivo del ejército paraguayo. — Bocas de fuego.—Fuerte de Itapirú. — Excursiones sobre el territorio aliado. — Combates con las fuerzas avanzadas del ejército argentino. — Configuración del terreno intermedio entre el campamento del ejército aliado y la margen izquierda del Alto Paraná.—Razones que permitieron los pequeños malones del adversario. — Crítica sobre estos sucesos. — Al fin resuelve el general Mitre sorprender al enemigo. — El coronel Conesa con la 2ª división Buenos Aires y dos piezas de artillería es elegido para dirigir esta operación. — Avance de los paraguayos. — Ataque de la infantería y artillería argentina. — Inacción de la caballería. — Retroceso de los paraguayos. — Reciben refuerzos. — Se desaloja el adversario de sus primeras posiciones y se refugia en los bosques de la costa, donde se hacen firmes sostenidos por los cañones de la isla de Itapirú y los 700 hambres del comandante Díaz que arribó en la última faz de la lucha — Combate encarnizado — Se agotan las municiones á los argentinos y tienen que retirarse.

— Los paraguayos pernoctan en territorio argentino. — Observaciones. — Inacción de la escuadra brasileña. — Combate con las chatas. — Desastre del *Tamandaré.* — Ocupación de la isla de Itapirú. — López intenta tomar la isla — Asalto y rechazo de los paraguayos. — Muerte del teniente coronel Cabrita. — Observaciones sobre esta campaña. — Opinión del general Marqués Caxías y el vizconde de Río Branco sobre la duración de la guerra del Paraguay.

El ejército aliado ocupó la lonja de tierra que se extiende desde Laguna Brava hasta Itatí, limitada al Sud por aquella laguna y la cañada de Ipicú que nace de la vertiente del arroyo Desaguadero al Este de la Laguna Brava, y al Norte por el Alto Paraná. El terreno comprendido entre este río y aquella cañada, en muchas partes es bajo, poblado de quebrachales, produciéndose en las alturas buena alfalfa y otros pastos. Las orillas del Alto Paraná se encontraban entonces en su mayor extensión cubiertas por espesas selvas, poblada de tigres, serpientes y hacienda alzada y otras especies de aquella variada fauna. Las huestes de la alianza acamparon en el llano, á alguna distancia de los bosques, para salvarse del peligro de las emboscadas con que amenaza la espesura que se encuentra en las proximidades de un campamento.

Toda la extensión del terreno ocupado por los ejércitos brasileño y argentino, propiamente hablando, alcanzaba á más de 12 kilómetros de frente, abarcando algunas veces mayor extensión á causa del campo de pastaje de su numeroso ganado.

El ejército aliado de la vanguardia se encontraba sobre Itatí, separado un tanto de sus colegas y su frente se extendía hasta 5 kilómetros.

Desde Laguna Brava hasta el Paso de la Patria medían 10 kilómetros de profundidad, término medio, á uno y otro costado del camino que va al Oeste, y desde aquel primer punto á Itatí 60 kilómetros.

Me detengo en estos lugares porque aquí se desarrollaron algunos sucesos notables, anteriores al día en que tuvo lugar la invasión del ejercito aliado al territorio paraguayo.

Acampó aquel ejército, ocupando el brasileño, como ya lo hemos demostrado, los alrededores de la Laguna Brava; el argentino otro punto nombrado Ensenada, en las proximidades de San Cosme, y el oriental ó ejército aliado de vanguardia en las cercanías de Itatí, pudiendo tácticamente establecerse en dos líneas, constituyendo la derecha los orientales, el centro los argentinos, y la izquierda los brasileños.

Puede muy bien decirse que en este lugar se llevó á cabo la definitiva organización del ejército aliado, sobre todo la del brasileño, que á consecuencia de las repetidas bajas, habían quedado algunos de sus cuerpos con sus efectivos muy reducidos.

El movimiento diario del ejército aliado era notable porque al mismo tiempo que se adiestraban las tropas

y arribaban continuamente nuevos contingentes, se preparaban los medios del pasaje construyendo y alquilando en Corrientes y aun en el mismo campamento toda clase de embarcaciones para poder ejecutar lo más rápido esta difícil operación.

Mientras tanto, Cáceres y Hornos hacían el servicio de exploración y de vigilancia sobre el Paso de la Patria, y sus adyacencias, muy particularmente de la posición paraguaya del otro lado del río denominada Batería de Itapirú.

El 25 de Noviembre de 1865 López tomaba el mando del ejército reconcentrado en el campamento de Paso de la Patria, donde había podido reunir 30.000 hombres con 66 cañones de diversos calibres y del mismo modo que el aliado, lo organizaba definitivamente.

Desde ese momento delineó su campamento y construyó fortificaciones que hacían esa posición casi inexpugnable á causa de los grandes esteros y lagunas que lo rodeaban; sobre todo para un asalto improvisado que no hubiera sido preparado anteriormente por trabajos de aproximación, y sostenido enérgicamente por los cañones de la escuadra. No entramos en mayores detalles por haberlos descrito ya aunque someramente en el primer capítulo de la campaña de Humaytá; nos limitaremos, pues, en este caso, á describir la posición de Itapirú que atañe al relato que vamos haciendo.

El punto más importante de las posiciones del enemigo, con relación al Paso de la Patria de la margen ar-

gentina, era la batería de Itapirú, que solitaria como un centinela avanzado, se erguía á su frente, sobre una punta de la península formada por el río Paraguay y Alto Paraná, obra de fortificación era esa, que en tiempo de López I fué construída sobre una base de rocas volcánicas, que surgiendo exabrupto de la margen derecha en forma de promontorio, penetraba en el Alto Paraná tomando la forma de un ángulo saliente de una línea fortificada. Esa pequeña posición se encontraba revestida por un muro de ladrillos, en parte derruido, presentaba diez metros de diámetro en su parte más ancha y 6 de altura sobre el nivel del agua.

Fué artillada con una pieza de 12. Thompson, refiriéndose á esta posición, nos dice: «Si hubiera estado armada con artillería pesada de grueso calibre, tal vez hubiera sido útil, pero en el estado en que se encontraba sólo servía de espantajo á los aliados». Hasta cierto punto, no es del todo exacta esta aseveración, pues á pesar de su debilidad, con referencia á los potentes cañones de la escuadra aliada, su papel fué heroico en el duelo desigual que mantuvo con aquella hasta el momento del pasaje. Es cierto que sus fuegos fueron apagados repetidas veces; pero al soplo ardiente del aire de la patria renacía preponderante, como el inmortal Anteo.

Esta batería presentaba cinco troneras, ocupadas por piezas de campaña; pero al aparecer la escuadra fueron retiradas.

La ventaja de esta posición es que cubría y protegía de cerca la ensenada que en este lugar formaba la península.

Una asta bandera con la paraguaya, que también era telégrafo óptico, completaba el aspecto militar de esta fortificación. [1]

La margen del río, á la derecha del fuerte, es baja, anegadiza y cubierta de bosques; la que va á la izquierda queda cubierta por una isla de 5 kilómetros de extensión de NO. á SE. que se denomina Santa Ana. Entre esta isla y el fuerte se presenta un pequeño islote de piedras, y en frente de ambos, como á 450 metros, otra isla pequeña en parte arenosa y cubierta por raquítica vegetación. Esta pequeña isla ó banco era conocida por los paraguayos por Banco de Itapirú; posteriormente se denominó isla Cabrita á causa del bizarro hecho de armas que sustentó más tarde aquel malogrado jefe.

Además, con el intento de inutilizar el canal que pasa entre la margen derecha del alto Paraná y la isla Carayá, López hizo sumergir dos canoas cargadas con piedras en un punto de esta estrechura, cuya profundidad alcanzaba á 4 metros, pues la general de este río, en otros lugares, era mayor, salvo en las grandes bajantes.

(1) Pereira da Costa.

Cuando el Mariscal, en detalle, reconoció su posición del Paso de la Patria, y vió los grandes obstáculos que los aliados tendrían que superar para llegar hasta el recinto de aquel campo atrincherado, se creyó invicto, olvidando que una poderosa escuadra echaría por tierra sus cálculos.

Desde el primer momento trató de descubrir las posiciones de los aliados, tratando de conocer con exactitud el número de sus tropas, sus recursos y de adivinar sus intenciones; porque siempre se desconfía de lo que el enemigo nos presenta á la vista. Para esto era necesario un servicio de confidencia en toda regla, y pequeños golpes de audacia; salvar el río, volver al territorio argentino, trabar combates á las barbas de un ejército enemigo de 40.000 hombres, saltear alguna estancia, llevarse algún ganado y tomar por último prisioneros para adquirir datos, manteniendo incólume al mismo tiempo con estos audaces avances el espíritu militar paraguayo.

Como el grueso del ejército aliado acampaba á 10 kilómetros de distancia de la costa del alto Paraná, la que solo estaba guardada por las tropas milicianas de caballería de los generales Hornos y Cáceres que formaba el cuerpo de servicio avanzado, proyectó el Mariscal López mandar algunas excursiones con el objeto arriba indicado.

La primera, fuerte de 800 hombres y tres piezas de artillería, desembarcó el 6 de Enero de 1866 en te-

rritorio correntino algunas leguas arriba del Paso de la Patria en dirección á Itatí; pero habiendo husmeado á las fuerzas del ejército aliado de la vanguardia se retiró.

El 12 de Enero, 12 canoas con 150 paraguayos atracaron en la costa argentina y bajaron á tierra; pero no siendo atacados por las guerrillas argentinas que en el primer momento fingían retirarse, para permiterles el libre desembarco, y atraerlos en seguida al interior del país, avanzaron un tanto, siendo durante dos horas hostilizados débilmente por los jinetes argentinos hasta el momento que detenido el movimiento retrógrado, fueron cargados por estas fuerzas obligándoles entonces á embarcarse precipitadamente. En esta escaramuza dejaron algunos muertos y se llevaron varios heridos.

Tres días después, el 15, aparecieron 15 canoas con 250 paraguayos; pero no logrando su objeto; volvieron á embarcarse con la misma precipitación que en las expediciones anteriores.

La confianza que inspiraban esas pequeñas operaciones de la guerra iba aumentando en el ánimo de López, y jamás nos hemos explicado tan constante repetición ante el peligro que presentaba la presencia del ejército aliado; aunque estas operaciones tuvieran por objeto y razón lo que antes ya se ha dicho, y al estudiar este suceso vemos claramente la característica que domina en este momento al dictador paraguayo:

él concibe un proyecto y sin meditar sus consecuencias, lo lleva á cabo obedeciendo simplemente al movimiento impulsivo de su espíritu triunfante; porque cree sinceramente en la inferioridad de sus adversarios con respecto á sus inquebrantables tropas.

El 17 de Enero, 20 canoas con 500 paraguayos, y un lanchón con una cohetera á la Congreve, abandonaron la margen derecha del Alto Paraná, y salvando el río, desembarcaron en Corrales.

La fuerza avanzada de los correntinos que apenas alcanzaban á 300 hombres, se vió en el caso de sustentar un combate desigual con la enemiga compuesta en su mayor parte de buena infantería, á pesar de esto duró la refriega 6 horas, costando á las tropas argentinas 8 muertos y 12 heridos y á los paraguayos igual número más ó menos.

El resultado de la acción tan largo tiempo disputada con bizarría por ambas partes, fué que el adversario tuvo que volver á embarcarse sin obtener lo que deseaba.

Estos movimientos del enemigo provocaron la crítica general de la prensa de las naciones aliadas y aun de sus ejércitos en campaña; porque nadie se explicaba la actitud del general Mitre, y no solo alcanzaba al generalísimo esta censura, sino muy particularmente á la escuadra brasileña que permanecía tranquila en Corrientes, mientras que los paraguayos eran dueños del Alto

Paraná por medio de miserables canoas, cuando uno ó dos buques de los aliados, en esa época, que se encontraba el Alto Paraná algo crecido, podían haber escarmentado estas expediciones.

Por otra parte, se consideraba con razón que era inadmisible que estuviera la escuadra aliada anclada en Corrientes, sin poder dar un paso, por depender directamente del almirante Tamandaré que aun permanecía en Buenos Aires, siendo sus instrucciones terminantes al respecto.

Estos sucesos y nuestra inacción que era inexplicable para aquellos que ignoraban los resortes de la dirección de los ejércitos, hacía que una sorda oposición en la que entraba un poco el cansancio y la política, empezase á minar la disciplina, aunque sin traslucirse ningún acto.

Como se sabe, era casi completa la ignorancia que reinaba sobre la China americana; y el propósito del general Mitre, á nuestro entender, consistía en atraer al interior del país á los pequeños destacamentos que invadian, para tomarles prisioneros y conocer por ellos ciertos detalles absolutamente necesarios para el objetivo que tenía en vista referentes á la enmarañada topografía paraguaya.

A cualquier iluso se le ocurriría que estando acampado próximo al Paso de la Patria un ejército de 40.000 hombres, si se dejaban respirar á los tan débiles desta-

camentos paraguayos que en ese momento pisaban aquel desierto territorio argentino era con el propósito de tenderles una trampa en que indudablemente tendrían que caer; otra cosa no se puede concebir, sino alimentada por una crítica de mala fe muy remarcable, ó por una petulancia militar tan ridícula, que por sí propia se destruye.

López al saborear la impunidad con que tan fácilmente llevaba á cabo sus pequeños reconocimientos ofensivos, preparó uno de mayor importancia; resolvió enviar un fuerte destacamento con el mismo propósito, y poder halagar al mismo tiempo su orgullo nacional, librando un combate de resonancia guerrera, sin meditar en la situación desventajosa con que se empeñarían sus rudos soldados contra las invencibles y numerosas tropas de su adversario.

El día 30 de Enero, 300 hombres del batallón 12, á las órdenes del teniente Prieto, desembarcaron en Corrales y escaramucearon con las guardias avanzadas pertenecientes á la división del general Hornos. Después de algunas horas de combate regresaron al punto de partida y pernoctaron allí. Esta fuerza preliminar del contendor paraguayo se anunciaba como el primer escalón de una operación que en más grande escala iba á tener lugar.

En esa misma noche el Mariscal López, con el propósito de preparar el movimiento que proyectaba, previendo el caso de ser rechazado, hizo colocar en

la isla Itapirú, como protección de las tropas empeñadas que se retiraran, una batería de piezas de calibre de 8 y 12. El mando de toda la expedición, incluso los refuerzos que se mandarían, le cupo al teniente coronel Díaz.

Como fácilmente se comprende, ya era tiempo que se tratara de escarmentar estas insolentes provocaciones del adversario, tanto más que daban pábulo á amargas críticas, que cada día aumentando la murmuración se hacía más mordaz, y hería con desdoro la reputación del ejército argentino; crítica que era necesario contener, que hasta cierto punto, teniendo en cuenta el prestigio de las armas y nuestro carácter nervioso, se presentaban aparentemente razonables, y al mismo tiempo se conseguiría con esta severa lección el objetivo que se proponía el general Mitre.

Con ese próposito hizo venir al gallardo coronel Conesa y le ordenó que con la segunda división Buenos Aires, que se encontraba bajo su mando y una sección de artillería marchase en dirección al Paso de la Patria, y poniéndose á las órdenes del general Hornos, tratase de emboscarse próximo al lugar hasta donde diariamente avanzaban los paraguayos y los atacase por sorpresa, previniéndole que el ataque debía combinarse con las tres armas; pues la caballería en el terreno llano y por la formación habitual que traían los paraguayos en esos avances, debería desempeñar un papel importante.

Para darnos cuenta en lo posible de la configuración topográfica del terreno donde tuvo lugar el combate del 31 de Enero de 1866, ha sido necesario recurrir á uno de sus más distinguidos autores, el doctor don Dardo Rocha, ex-jefe del batallón 5º de la segunda división Buenos Aires, y por los ligeros datos que arrancaba á su reminiscencia histórica, hemos podido reconstituir aproximadamente ese terreno de combate tan glorioso para la intrepidez de los guardias nacionales de la campaña de aquella provincia. Además tenemos en nuestro poder un croquis del Paso de la Patria levantado por el teniente Díaz de Vivar, del Estado Mayor. Este croquis aunque es de fecha reciente está de acuerdo con nuestra descripción topográfica, que más adelante se detalla.

Entre el real del ejército argentino y la margen izquierda del Alto Paraná existía, en ese tiempo, un espacio de terreno que alcanzaba á 10 kilómetros, terreno en una gran parte bajo y descampado, salpicado de isletas de arboleda y espesos bosques y pequeñas lagunas y esteros, y cruzado por dos arroyos, el San Juan y el Pehuajó, este último excesivamente pantanoso.

Partiendo del campamento de la vanguardia, como á un kilómetro, se encontraba el arroyo San Juan que se vadeaba fácilmente por el paso por donde seguía el camino en dirección al puerto ó Paso de la Patria. Una vez salvada esta corriente de agua había que pasar un terreno descubierto hasta alcanzar una línea de

isletas de bosques con intervalos más ó menos espaciosos entre ellas. En seguida se presentaba otro terreno descampado en su mayor parte hasta llegar al arroyo Pehuajó que era algo difícil de pasar á causa de la ciénaga de su fondo. Próximo á este arroyo en la dirección Norte después de salvar un espacio de terreno descubierto se erguían gallardas, otras arboledas, también formando un cordón, y con la misma estructura y paralelas á las anteriores. A continuidad se presentaba entonces un espacio descubierto que en un plano ligeramente inclinado se prolongaba al Norte, donde era detenido por un espeso bosque, que como una barrera de fornidos troncos, se dilataba de Este á Oeste; enmarañada selva que solo presentaba en su centro una estrecha picada por donde pasaba uno de los caminos que se dirigían al Puerto Corrales. Sobre la derecha ó la parte Este, este bosque señalaba con el de la margen del Paraná una ancha vía en forma de recodo por donde se caía á un terreno llano, que orlado por la selva de la costa, alcanzaba hasta el puerto.

Sobre la izquierda ú Oeste de este bosque se veía otra gran vía que también con las selvas laterales de la costa formaba el abra en dirección al puerto. Todo el terreno entre el puerto y el gran bosque de la retaguardia era descubierto.

En el puerto existía una choza y dos viejos corrales, todo esto flanqueado por la arboleda de la costa.

De manera que para penetrar en esta posición había que atravesar por tres vías, dos anchas, la de los costados y una estrecha, verdadera picada ó senda, la del centro. Lo demás del terreno era boscoso en extremo; y lleno de obstáculos.

Como se ve, estudiando estos lugares como terreno de combate, estaba toda la desventaja para el atacante que tenía que marchar sin resguardo en el mayor espacio de un terreno encharcado, y después, sucesivamente ir desalojando al enemigo de espesos bosques; mientras que el contendor, parapetado en su enrejado baluarte, podría creerse invencible, en tanto que el asaltante no hubiera anonadado la defensa con los efectos fulminantes de la artillería, y esta misma accción tal vez no presentara un efecto decisivo por la mucha extensión de la posición, mientras el número de cañones no estuviera en relación con los puntos que atacase.

Más tarde haremos la crítica de este episodio.



La 2ª división de Buenos Aires se componía de contingentes de sus distritos rurales: ciudadanos en casi su totalidad oriundos de esta provincia y algunos de otras, en su especialidad de Santiago del Estero; paisanos fornidos y valerosos, sobrios, estoicos en demasía, resistentes sin flaqueza á las más crueles calamidades, serenos frente al peligro y de alma airada ante la

contrariedad de sus esfuerzos, de espaldas de atletas y piernas «combadas», con músculos de acero por el hábito de estar siempre enhorquetados sobre el caballo; curtidos por la nieve de los crudos inviernos y tostados por el sol de las faenas rurales, especie de estatuas de bronce humano; inquebrantables y altaneros en presencia del terror de la batalla, y de las inclemencias de las estaciones; así hechos á todas las penurias y sobresaltos de la vida, estos ciudadanos argentinos á quienes hoy impropiamente algunos escritores dan la denominación de «gauchos» [1] nietos eran de aquellos lidiadores anónimos de la época magna, enlazados por la tradición de sus mayores al coraje legendario que aun hoy mantienen incólumne como un foco de luz de gloria en la historia de los bravos: á no dudarlo arrancaban de la misma cepa de los granaderos á caballos y con esplendores raros, como sus ilustres abuelos, surgían ingénitos de la masa latente del pueblo para honrar las armas que la nación había confiado á su hercúleo esfuerzo.

La oficialidad de esta hermosa división resaltaba por sus bríos y el entusiasmo patrio que dominaba en sus

(1) Este vocablo siguiendo al Sr. Daireaux parece que tiene su origen de la palabra *chauch* que en árabe significa conductor de ganado: á éstos en algunos lugares de Granada en España en el día, denominan *chauchos*. En Canarias también se denominan á los indígenas *guanch* y es por eso que algunos creen también encontrar allí la etimología del vocablo *gaucho*.

Entre nosotros el *gaucho* es el matrero, cuatrero, peleador nómada, haragán y borracho, nunca el paisano honrado que vive de su trabajo.

corazones. Su espíritu guerrero era ingénito en esta robusta cepa del porvenir. En su conjunto, un poema donde las diversas edades tejerían un momento más tarde su corona de laurel. Conesa, su ilustre jefe, inolvidable guerrero de las pasadas lides, alma honrada, corazón intrépido y compasivo, predilecto de Buenos Aires por su carácter noble y bondadoso. Agüero, el viejo y férreo veterano, con su cara ágria é irónica, especie de máscara repulsiva que ocultaba un excelente carácter firme y alegre, que florecía en el contacto con sus camaradas y una tenacidad calculada en la lucha. Ahora bizarramente con excelso patriotismo iba á reivindicar algún error político de otra época. Martínez de Hoz, caballero en la esencia, en el porte y en el corazón magnánimo; generoso y bravo como la rama más ilustre de su raza. Bayardo del sexo hermoso, guardó siempre cual su propio decoro el santuario del honor de la mujer ; sus hermosos ojos negros relampagueaban arrogancia ; su gallarda figura, de relevante escultura marcial, como la de un cruzado combatiendo por la fe, se erguía altiva á guisa de obelisco de granito, como un centauro sobre su magnífico oscuro corcel chileno, recordándonos en este momento que invocamos su sombra augusta, un cuadro de Regnauld. Serrano, en cuyo pecho generoso se anidó implacable el pundonor para hacerle morir gloriosamente un instante después, sacrificado por una frase inoportuna. Márquez ciudadano soldado, visión esfumada, doliente, que sobre su modesto sarcófago aun resplandece inquieta como una ligera claridad lejana de fuego fátuo recordando severamente cómo se muere por el deber.

Keen, impasible, cuya sangre honrada anglo-sajona lo hizo mirar con desprecio y con inteligencia al peligro. Dardo Rocha, joven entusiasta y ardiente, improvisado soldado, escritor independiente con brillo magistral; y otros valerosos de intelecto claro, como Obligado, Romero (1), Calderón, Ortiz de Rozas, Lagos, Bridly, Monterroso, San Martín, Palacios, Vázquez, Tamini, Santa María, Veiga, García, como también á los que hemos olvidado, á esos para quienes sucumbe el recuerdo ahogado por la indiferencia y el olvido, del mismo modo merecen, como los anteriores, y algunos tal vez más, el panegírico del honor con que la nación premia á sus hijos abnegados.

Aunque incompleta, en pálido conjunto, esta era la constitución orgánica de la masa de la 2ª división de Buenos Aires. Su alta significación histórica aun vive, sí, vive como un antiguo y sublime epitafio de la patria vieja, que cincelado con la punta de la espada, concentra en frases lapidarias una fecha que no ha muerto.

El día del combate del 31 de Enero ó de Pehuajó, como vulgarmente se dice, la segunda división Buenos Aires estaba organizada en la siguiente forma:

Jefe, coronel don Emilio Conesa.

Jefe del detall, coronel don Pedro José Agüero y también jefe de la 4ª brigada.

---

(1) Entre esa pléyade de jóvenes patriotas sobresalía Melchor Romero por sus condiciones simpáticas y caballerescas.

3ª brigada, coronel don Miguel Martínez de Hoz.

2º batallón, sargento mayor graduado don Gerardo Palacios.

3er batallón, sargento mayor don Juan Miguel Serrano.

Capitán encargado de la mayoría, don José Bernabé Márquez.

4ª brigada, coronel don Pedro José Agüero.

4º batallón, teniente coronel don Manuel Obligado.

Capitán encargado de la mayoría, don Ramón Monterroso.

5º batallón, teniente coronel don Carlos Keen.

Sargento mayor, don Dardo Rocha.

Esta división alcanzaba, exceptuando el personal del estado mayor de la división y de las brigadas, á 10 jefes, 128 oficiales y 1450 plazas, habiendo quedado de este número en el campo, entre enfermos y en comisión, 62 hombres.

Además se le agregó el capitán Cárcova con una sección de artillería (2 piezas).

De manera que las tropas que debían combatir al destacamento paraguayo que desembarcase, se componía de una división de las tres armas en la que la caballería entraba en número de 800 jinetes, quedando de reserva, para entrar en combate, lo restante de las fuerzas de esta arma.

El plan de esta operación consistía en que la division, aproximándose al campamento de las fuerzas de la vanguardia, pasaría el arroyo de San Juan y se emboscaría en un lugar á propósito en los bosques que están allí próximos, como á 900 metros al Sud del arroyo Pehuajó, que era el punto hasta donde alcanzaban generalmente las descubiertas de los paraguayos, y esperaría el momento en que este atrevido adversario atraído por los jinetes de la avanzada, cayesen en tan terrible trampa, arremetiéndolos entonces con todo el ímpetu natural que es de práctica en esos casos, produciendo, en ese momento, el pánico repentino que siempre lleva en sí una sorpresa.

Con este objeto el día 31 de Enero de 1866, después de la alborada, mudó de campo la 2ª división Buenos Aires y fué á situarse sobre el terreno inmediato al lugar donde ejecutaba la carneada la vanguardia; sin embargo que la operación no debía ejecutarse ese día, por haber manifestado el coronel Conesa el propósito de efectuarla el día siguiente, previo un reconocimiento prolijo del terreno hasta la costa del Alto Paraná, acompañado por los jefes de división.

Esto era muy lógico, había que tratar de encontrar un punto táctico para emboscar las unidades de la división, teniendo presente, al mismo tiempo, la audacia inaudita con que se arriesgaban los paraguayos al alejarse de la costa.

En ese, mismo día muy temprano, el coronel Conesa, con el general Hornos habían ejecutado un ligero re-

conocimiento sobre el terreno que está á vanguardia del arroyo San Juan.

La mañana del día 31 se presentaba espléndida: una brisa tibia resbalaba murmurante por aquel brillante verde esmalte. Un concierto de trinos se desprendía de los árboles aromáticos que embalsamaban el ambiente, las aves canoras de brillante plumaje saltando inquietas de rama en rama daban alegría y contento á aquel cuadro de hermosa naturaleza correntina: y nadie hubiera sospechado, en ese momento en que las flores silvestres y los tiernos pajarillos de la arboleda entrelazaban sus encantos, que un momento después el trueno del cañón y la bruma plomiza de la pólvora, serviría de mortaja á los intrépidos soldados argentinos que habían pagado con su sacrificio su nombradía.

La división descansaba después de haber hecho un ligero rancho, cuando se sintió el toque de orden que llamaba á los ayudantes de brigada, trasmitiéndoseles entonces la orden de estar prontos á entrar en combate.

A las 11 a. m. abandonó la 2ª división su vivac, y marchó en dirección al paso del arroyo San Juan; se detuvo allí algún tiempo; lo franqueó en seguida con el agua al pecho, colocando sus soldados las cartucheras sobre la cabeza, y ocultándose detrás de los árboles se dirigió al lugar que se le había designado de antemano, ocupando por último tranquilamente la posición, donde cumpliendo órdenes del general Hor-

nos, jefe de toda la fuerza que iba á entrar en combate, debía esperar al enemigo.

Este lugar distaba como 800 metros del arroyo de Pehuajó.

La colocación táctica de la división fué la siguiente:

Oculta detrás de las primeras isletas de bosque de las que formaban en línea después de pasar el arroyo San Juan, se mantuvo allí en columna cerrada en masa, distribuyento sus unidades de combate en esta forma:

La 3ª brigada á las órdenes del coronel Martínez de Hoz, compuesta de los batallones 2° y 3° se situó á retaguardia de la arboleda de la derecha, de manera que despuntando su extremidad Norte, se pudiera encontrar en situación de atacar el flanco izquierdo del enemigo cuando incauto avanzase hasta ese punto.

Sobre la arboleda del centro y la de la izquierda se estableció la 4ª brigada á las órdenes del coronel Agüero, ocupando el batallón 4° el centro, desplegando á su frente una cadena de tiradores á las órdenes del capitán Lucero. El capitán Cárcova sobre su ala derecha con la sección de artillería y á la izquierda cerrando su costado el 5° fuera de la línea formando un martillo.

El plan del coronel Conesa en el primer momento siguiendo la colocación de sus tropas era el siguiente:

Primero: Atraer con las guerrillas correntinas al adversario hasta el lugar de la emboscada. Segundo: Ataque de frente con el 4° batallón. Tercero: Ataque sobre el flanco izquierdo del adversario con los batallones 2° y 3°. Cuarto: Reserva sobre la izquierda por el 5°. Quinto: Apoyo de la artillería al ataque de flanco.

Respecto de la caballería, arma principal en el principio del combate, nada se trasluce en el ataque; decimos arma principal, porque en primer lugar, tenía un terreno descubierto al comienzo de la lucha para maniobrar sobre una tropa desplegada en tiradores, armada con fusiles de chispa en su mayor parte, é interceptada por un arroyo cenagoso. En ese caso y en ese tiempo era arma decisiva.

Ahora vamos á tratar de presentar una exposición, en lo posible exacta, de este hecho de armas, en el que, aunque, se cometieran muchos errores y dió con justicia pábulo á bien razonadas críticas, el valor y la constancia del intrépido personal de la 2ª división Buenos Aires, quedó ileso como su hermosa bandera.

Eran las 12 p. m. cuando se vió bien distintamente una línea de 300 (1) paraguayos bajo el mando del

(1) En esto existen diferentes opiniones, entre las que no se pueden citar por su inexactitud están las del «Semanario», según las cuales siempre las fuerzas paraguayas obtenían victoria con fuerzas muy pequeñas en relación á los aliados.

El coronel Conesa le dá á las fuerzas del teniente Prieto 250 hombres. El comandante Rocha 400. Resquín al todo 400. Centurión á Prieto 250. Thompson á toda la expedición 400. Pero, según relaciones de prisioneros, la fracción de Prieto constaba de 300 hombres.

teniente Prieto desplegados en tiradores con sus fuertes reservas y dos coheteras á la Congreve. Esta línea roja avanzaba con cautela atraída por los jinetes correntinos envueltos en un silencio solemne, demostrando así el cuidado de ocultar ese inmenso secreto de muerte; mientras que los paraguayos seguían dando vivas sin sospechar en ese instante lo que les esperaba.

El adversario sigue avanzando sin preocuparse tal vez de encontrar más ó menos enemigos, está ya á 300 metros de la división porteña, el coronel Conesa, entonces, deseando transmitir la valentía de su corazón de soldado á los guardias nacionales de la 3ª brigada, con frase ardorosa y lacónica, especie de galvanismo de gloria, les recuerda que van á entrar en combate por primera vez y que no olviden que el valor tradicional de las armas argentinas nunca ha sido desmentido; los fieros campesinos enardecidos ya por la presencia audaz del adversario no le dejan concluir, y enarbolando sus relucientes armas lo provocan á que los ponga á prueba, prorrumpen en vivas tumultuarios á la patria, unísonas, grandiosas aclamaciones, donde le arrojan la esencia de su vida como un juramento solemne que sale santificado de lo más profundo del pecho, en ese ambiente de esplendor inconmensurable de la epopeya argentina.

En este momento los paraguayos que han presentido la emboscada, viendo algunos soldados de la derecha del 4º batallón que no estaban completamente ocultos, sienten sobresaltados aquel terrible rumor de

muerte que sale repentino del bosque como el rugido de la fiera hambrienta de carne humana; pudiendo muy bien decirse, que es la amenaza preliminar de una lucha despiadada, y más que todo, advertencia salvadora de su sino. Se detienen entonces, y empiezan su brillante movimiento retrógrado, haciendo funcionar con notable maestría su heterogéneo armamento portátil, y las coheteras inglesas como fuego de artificio. Su serenidad por carácter y disciplina es admirable. Al momento se han dado cuenta de su situación angustiosa. Imperturbables ante la gigantesca masa que se les viene encima no se desmoralizan un solo instante. Aquella férrea obediencia pasiva, fría, sin entusiasmo, es la realización más completa del concepto del mando en el combate. Cobrizos, color café; sus rostros sin nervios, resaltando sus ojos medios dormidos, algo como un antifaz de la inercia que invade al hombre en los países tropicales, parecen embadurnados de cobre antiguo. Delgados, sin carnes, en ellos todo es músculo. Agiles, con sus piernas desnudas hasta las rodillas. Descalzos, con la planta de los pies como cuero de Anta y la ligera camiseta punzó raída que les cubre el hundido abdomen por donde pende el escapulario; especie de amuleto maternal enjaretado en una mugrienta bolsita de cuero, ó pasaporte sagrado para empujar violentamente las puertas empíreas de la bienaventuranza, á donde están seguros de llegar estos fanáticos de la patria, si acaso mueren combatiendo por ella, á la que todo le sacrifican; completando la apostura de este tipo original la gorra de paño azul que cubre hacia atrás la cabeza tonsurada. Fisiológicamente son seres notables en su

género, estos enérgicos representantes de la histórica raza guaraní; así armados y vestidos, presenta su pequeño enjambre de tiradores, una línea ondulante de un colorido uniforme, que rápida se retira, lidiando con una rutina táctica que se ha hecho carne en tan flamantes actores del campo de Marte: cordón de tiradores, por otra parte, es ese bien mandado, con sus reservas proporcionadas y colocadas á la distancia conveniente para acudir en el momento dado á la sucesión de esfuerzos, son un modelo del combatiente por instinto. ¡ Iluminados de la patria! esa sublime sugestión en ellos les da una fuerza colosal.

Inmediatamente que se vió que los paraguayos habían presentido la emboscada y se detienen desconfiados; el coronel Conesa ordena entonces á la 3ª brigada, que corriéndose un poco á la derecha, tratase de envolver el flanco izquierdo del adversario desplegando en orden abierto el 2° batallón y conduciendo el 3° en columna, al mismo tiempo que el capitán Cárcova, con la sección de artillería, avanzaría por el flanco derecho de esta masa de hombres. Mientras tanto el 4° batallón recibía la orden de iniciar el ataque á su frente cubriendo su izquierda con una guerrilla y el 5° seguir escalonado al cuarto.

Este movimiento inicial, fué rápido y nuestros soldados, golpeándose la boca, arremetieron con su coraje acostumbrado á la extensa línea enemiga. Esta entonces rápidamente se retiraba contestando á los fuegos

de nuestra infantería, y á los de la artillería con su armamento variado de diferentes épocas. (1)

Los soldados argentinos les siguen á paso de trote hundiéndose en el terreno encharcado; pero la carrera es desigual; porque hombres medio desnudos y descalzos, andan más rápidos que aquellos que están pesadamente vestidos y calzados con gruesos botines, como poco acostumbrados á correr á causa del hábito del caballo.

Al principio de este hecho de armas cae herido gravemente el valeroso comandante Keen: primera sangre generosa que se derramó en ese día; y lo reemplaza dignamente el mayor Rocha.

La artillería, después que hubo despejado el frente de la 3ª brigada rompió el fuego sobre los paraguayos, que rápidamente se retiraron en dirección al paso del arroyo Pehuajó.

El combate, en este momento, no alcanzando á desarrollar el plan primitivo de los atacantes, se había transformado en un ataque de frente por los batallones 2°, 3° y 4° que corrían detrás de los paraguayos

---

(1) Efectivamente el armamento es variado, pero su mayoría la constituía fusiles de chispa, como era la casi totalidad del armamento del ejército paraguayo. Según la relación del Dr. Dardo Rocha venían armados con fusiles de diversos sistemas entre los que se encontraban rifles Enfield, carabinas Turner de la escolta de López, al lado de los de chispa.

con la lengua afuera, haciendo fuego y recibiéndolo con ardoroso coraje, viendo con sentimiento que ese adversario tan digno de la bravura argentina se escaparía de sus garras, salvo que la caballería que marchaba á los flancos, como reserva intacta, no tratase de cortarles la retirada y sablearlos al alcanzar el paso del arroyo; operación de sencilla táctica que se imponía imperiosamente debido á la inferioridad del adversario, tanto numérica como por su mala situación y la desmoralización, que sin duda, tendría al fin que sobrevenir ante un empuje tan repentino, después de haber sufrido el fuego de los argentinos, el de su artillería y el embate furioso de la caballería: pues así lo creíamos. Todo esto era muy razonable suponer á la vista de los preliminares del combate y de los principios casi invariables de la guerra que rigen para esos casos.

Como se distingue á primera vista, la situación de los paraguayos en este momento no podía ser más crítica.

Estos notables soldados por su indiferencia, por su entereza y por su pequeño número en la situación que arrostraban, no podían ejecutar otra maniobra que la que venían ejecutando; retirarse lo más pronto posible contrarrestando, al mismo tiempo en lo que cabe posible, el fuego de su adversario para salvar el honor de las armas, y darle un tono verdaderamente militar á su movimiento retrógrado.

Como se vé, el ataque de nuestros batallones era irresistible por su número y por su valor, más antes de

llegar al arroyo Pehuajó, en unos bosquecillos que por ahí se encuentran, tuvieron los paraguayos la intención de rehacerse y resistir. Aferrados un instante en los obstáculos con que los favorecía el terreno, rompieron el fuego á pie firme, pero algunos de nuestros soldados se fueron sobre ellos y los arrojaron al arroyo, donde los persiguieron con el agua al pecho y dieron muerte á más de treinta tomándoles algunos prisioneros.

Era de ver el campesino ardor de los milicianos de la división argentina, y más sentían ese impulso sanguinario, cuando mayor era la tenacidad de aquella gallarda resistencia.

Los paraguayos, ante semejante avalancha, pasaron volando el pantanoso obstáculo y se refugiaron en los montes de la costa donde, á salvo del resguardo que presentaba la espesura, se empeñaron en rehacerse otra vez.

En este momento eran las 2 de la tarde y desembarcaba un refuerzo al enemigo de 250 hombres al mando de los tenientes Viveros y Echagüe, y posesionándose del bosque de la orilla del río, que en parte circunda el puerto, trataron de apoyar la defensa que hacía Prieto en todos los puntos de su retirada donde encontraba un abrigo.

Como hemos expuesto anteriormente, una vez que el adversario hubo salvado el arroyo Pehuajó, tomó

posición en las arboledas próximas con el intento de resistir, rompiendo un fuego intenso, y lanzando sus cohetes á la Congreve en distintas figuras albas y curvilíneas, especie de juego mortal de serpentinas.

Nuestros soldados, con grandes dificultades y un monumental esfuerzo de voluntad, pasaron el arroyo y las ciénagas próximas y se lanzaron á la bayoneta sobre la nueva posición del contendor y lo desalojaron.

Como se notará á primera vista, todos estos ataques victoriosos eran á costa de grandes sacrificios inferidos á mansalva por el defensor, que completamente oculto, elegía sus víctimas, y astutamente compensaba nuestra superioridad numérica con la fuerte posición que sucesivamente iba ocupando.

Con esa constancia y agilidad tan digna de elogio, vuelven los paraguayos á ocupar otro punto de ese cruento itinerario; pero no pueden afirmarse en la resistencia, porque conjuntamente con ellos llegan los milicianos porteños y de allí nuevamente son desalojados por el ímpetu natural del avance enérgico; entonces se refugian en los bosques de la costa y se escurren como conejos en la enmarañada selva, enhiestando allí su honrosa enseña como en un último baluarte que desafía sereno á un combate formidable.

Ahora, dentro de un instante, robustecido por los refuerzos de los tenientes Viveros y Echagüe, proseguirán el combate con la mayor energía.

Este es el primer momento de la lucha donde se notan dos grandes virtudes militares en los combatientes, el valor del ataque y la tenacidad inquebrantable y bien dispuesta de la defensa, que palmo á palmo cede el terreno, aprovechando sucesivamente todos los obstáculos que encuentra á mano, los que ha salvado con facilidad por su desenvoltura ágil en esa lucha desigual de 300 hombres con dos coheteras, contra 4 batallones que por un error sin nombre avanza en columna y 2 piezas de artillería; aunque en verdad, el adversario no ha hecho sino retroceder; pero así mismo, es notable su pericia y el conocimiento que demuestra tener del terreno.

Ahora, en el segundo momento del combate y ataque decisivo, van á entrar en juego los refuerzos del enemigo á las órdenes de los tenientes Viveros y Echagüe; y los que más tarde llegarán mandados por el teniente coronel Díaz, que ocuparán los bosques de la costa; los primeros al principio de esta faz de la lucha defenderán los accesos que van á ese punto denominado Picada del Puerto y Paso de la Patria, es decir, las arboledas próximas al camino del Oeste, al del centro y al de la derecha que son los que conducen á la orilla del río.

En esta emergencia los batallones 2°, 3°, 4° y 5° se preparan para el último y sangriento avance, cuyo objetivo es el Puerto y el Paso de la Patria.

Expondremos, que algún tiempo antes de este suceso, al principio del combate, el 5° había oblicuado á

la izquierda de los tres batallones que marchaban al frente, de manera que al pasar más pronto el arroyo Pehuajó por aquel costado, tomó de flanco á los paraguayos é impidió que se rehicieran y atacasen á los batallones que marchaban á su derecha; fué entonces que el 4°, aprovechó esta circunstancia para vadear el arroyo y poder flanquear á los paraguayos que en ese movimiento habían cambiado sobre su flanco derecho la dirección del fuego, de sus guerrillas y de las coheteras. El 5°, llevando á su frente su compañía de cazadores á las órdenes del teniente primero José A. Lagos, siguió adelante con el intento de penetrar por el abra de la izquierda al Paso de la Patria.

Al llevarse á cabo esta maniobra táctica, fué de un espléndido resultado, pues avanzando sobre esa posición venía á flanquear la reservas de las tropas paraguayas que sostenían sobre un frente de batalla la lucha que en ese instante se empeñaba con los tres batallones de la derecha. De manera que al realizar el 5° este movimiento, venciendo serias dificultades, avanzó resueltamente sobre el enemigo, en momentos que entraban en juego los primeros refuerzos de éste.

Todas las ventajas estaban á favor del adversario. El terreno que abarcaba el frente de su posición se encontraba defendido por un lodazal y se extendía en una extensión de 600 metros.

El 5°, aunque un poco desorganizado al cruzar el abra, bizarramente rompió el fuego sobre los paraguayos que ocupaban el bosque.

Entonces el adversario al sentir la crítica circunstancia que le improvisaba ese ataque de flanco, cambió de dirección á sus fuegos y los concentró sobre las compañías del 5°.

Para ejecutar este cambio en su situación táctica, tuvo el adversario que desguarnecer un tanto su frente.

De modo que el ataque del 5° afrontó una fuerte oposición, y lo que hizo más grave su situación es que se encontraba aislado y que sus municiones empezaban á escasear, dando por resultado la disminución del fuego y una debilidad aparente de la que bien pronto se dió cuenta su contendor.

El adversario, distinguiendo solo al batallón 5°, creyó aprovechar tan hermosa oportunidad, y entre bárbaros alaridos se lanzó á la carga, pero aquel intrépido cuerpo previno el embate del audaz contendor, cargándolo á su vez en compacta columna; mientras el teniente Lagos, dando nuevo vigor á sus tiradores, sostenía el empuje con notable sangre fría.

En esta emergencia, los jefes del 4° y del 2° al ver por el momento despejado su frente de enemigos, quienes detrás del pantano les cerraban el paso á los bosques de la costa, hicieron replegar al 1°, la compañía de granaderos á las órdenes del capitán Bridly y al 2°, otra compañía dirigida personalmente por el comandante Martínez de Hoz, jefede la 2ª brigada. Mientras

tanto, el 3er batallón iniciaba su movimiento de avance por el abra de la derecha.

Contenido el embate de los paraguayos volvió el 5° á su posición, pues aislado no se presentaba en condiciones de volver á cargar al adversario que en mayor número y parapetado en el bosque había ocupado una fuerte posición; sin embargo, conociendo el comandante Rocha el efecto moral de la ofensiva, amaga una segunda carga al enemigo, entonces éste se retira al último bosque que está sobre el puerto, más allí se hace fuerte y apoyado por las piezas de la isla empieza á fulminar al 5°, de lo que resultó que este cuerpo, casi sin municiones, pero sin retroceder, tuvo que abrigarse en el bosque del flanco derecho después de haber arrollado á su contendor hasta la arboleda de la costa, en donde un tanto intimidado permaneció sin tentar la más pequeña reacción ofensiva.

Entonces pudo el 5° organizar sus rotas filas y continuar el fuego á cercana distancia, de bosque á bosque, esperando en esta actitud el apoyo de los otros batallones.

Hasta este momento estas eran las primeras fuerzas que habían audazmente pisado la playa y una parte de la tercera compañía del cuarto batallón á las órdenes del alférez don José M. Pizarro que se incorporó al 5° desempeñando un papel brillante de héroe inexperto, por haber salido del bosque y hecho flamear la bandera en medio de un granizo de balas.

No podemos menos aquí que recordar la valiente actitud del comandante Rocha cuyo caballo fué muerto y la honrosa conducta de la brava oficialidad del 5°.

La actitud del 5° en este episodio fué digna de elogio y su digno jefe demostró que la ilustración ayuda al valor muy eficazmente cuando el peligro táctico nos asalta.

Después de este episodio, tratando el coronel Conesa de reorganizar y dar un momento de aliento á la división ordena al 5° que pase á retaguardia á rehacer sus filas.

Algún tiempo después, el coronel Conesa se había dirigido al 3er batallón que iniciaba el movimiento que anteriormente hemos expuesto, y le ordena el ataque á un bosque que defendía el camino de la derecha que conducía al puerto. Se aproximó al bravo mayor Serrano, y con la mejor intención del mundo, creyendo de buena fe transmitirle un vigor y un entusiasmo que no necesitaba el pundonoroso jefe, le lanzó una frase irreflexiva que hacía alusión, aunque indirectamente, á un juicio temerario. La dignidad del intrépido soldado se conmueve: amargamente comprende el móvil que inspira esa alocución que tan vivamente lo roza de soslayo; lo mira pálido, y con un soberbio desdén le dice: «Coronel, yo no necesito proclamas para cumplir con mi deber»; y sin pedir á su noble espíritu un instante de calma, gritó con la última voz de su varonil aliento: ¡Adelante mis bravos soldados! ¡Viva la Patria! y em-

pujado por varonil arrojo se lanzó con su batallón en columna cerrada, como una masa humana, heroica, indescriptible, que corre tras de su negro destino que la conduce á la muerte.

Los soldados, sacudidos por la contaminación de la fuerte emoción de su jefe, sugestionados por esa abnegación desesperada de una alma susceptible, se arrojan hacia adelante haciendo estremecer los bosques con el eco de sus alaridos de guerra: es que sienten la chispa eléctrica del honor herido que en ese momento convulsiona al que tan gloriosamente los conduce á la posteridad; y se dirige él mismo á ese abismo insondable de la muerte, sospechándolo tal vez: avanza ciego á la casi inexpugnable posición del enemigo, que parapetado detrás de los árboles, y disimulado entre las entretejidas ramas, rompe un fuego seguro, intenso, á boca de jarro, y el batallón que se encuentra detenido por la enmarañada selva es acribillado á balazos. Entre las primeras víctimas que honran esa arena inmortal son sus valerosos jefes. Serrano, asaltado de improviso por la agonía del pundonor, herido con dos balas que le horadan el pecho, tambalea moribundo sobre el caballo y cae para no levantarse más. Si hubiera salvado habría querido en ese momento morir de ese modo. Un momento después á Márquez le toca el fatal hado y esas almas que alimentaron corazones tan intrépidos toman su vuelo hacia la gloriosa eternidad. El batallón se detiene desorganizado. El enemigo ha retrocedido al último bosque que está sobre el puerto. Aunque descalabrado el tercio argentino se ha impuesto al adversario.

Este ataque había sido apoyado por el 2° y el 4° formados en columna, el primero sobre el flanco izquierdo del 3° y el segundo sobre el derecho.

Los paraguayos se refugian por último en el bosque que hace un momento hemos indicado y creen la partida perdida si no les vienen refuerzos. Suponen razonablemente, que estando próximo el campamento del ejército argentino, tropas de refuerzo vienen en camino. Además, ignoran la situación de su adversario; solo conocen su temido impulso: pantalla de denuedo con que se cubren las cartucheras vacías.

En esta circunstancia intenta el coronel Conesa un último y desesperado esfuerzo: ordena con todos los batallones el ataque final al bosque de la costa que apoya y flanquea la posición: esa fuerte posición, determinada por el rancho y los corrales que allí se levantan como una derruída empalizada.

Los bravos campesinos y la caballería desmontada del coronel Calvo se lanzan adelante, cruzan como lobos bravíos ese rectángulo descubierto de la muerte, recibiendo el fuego del bosque, del rancho, de los corrales y de la isla. El ataque general se circunscribe entonces solamente al esfuerzo de la infantería: los dos cañones argentinos han enmudecido, han consumido ya sus 30 tiros. En silencio nuestros bravos artilleros ven con dolor que su acción decisiva está paralizada. Taciturnos, congestionados, embadurnados los rostros con el sudor negro de la pólvora están allí

resignados, esperando el momento de emplear sus carabinas y sus machetes.

Nuestros soldados avanzan siempre, sin trepidar un momento, desordenados, confundidos en un enrejado de hombres sin miedo pero aturdidos sobre el embudo descampado del Paso de la Patria: queman sus últimos cartuchos y en su última ilusión intrépida todo lo confían á la bayoneta. ¡Adelante! ¡Adelante! gritan y sin que nadie desfallezca, arremeten, y caen en esa trampa final que se denomina el Paso de la Patria.

El 2° con su jefe ya herido; el 5°, el 3° y el 4° van siempre adelante, vivando á la patria y el eco prolongado de los montes repite ese rumor lejano como un canto feroz nacional que pide venganza por la sangre patricia que empapa la arena. Marchan en columna compacta, especie de guerreros encadenados como los antiguos germanos por un noble sentimiento de abnegación que los hace indiferentes á la muerte. Agrietadas las filas y en desorden, dejando huellas de sangre á cada paso, se lanzan con la cabeza baja calando el arma homicida. Martínez de Hoz, á pesar de su herida va erguido sobre su caballo como un obelisco humano, haciendo destacar su hermosa figura coloreada por la sangre generosa que corre de sus venas, va al frente de su cuerpo y desaloja al enemigo que á su paso se interpone y continúa el enérgico ataque recibiendo su fuego mortífero cuya violencia aumenta al entrar en línea los nuevos adversos refuerzos que están desembarcando. Varía un poco á la izquierda y arremete hasta uno de

los corrales que están próximos á la orilla del río en donde el enemigo se ha atrincherado, como detrás de una empalizada, allí intacto, impacible en apariencia, se detiene un momento, pero los milicianos argentinos los desalojan á bayonetazos; se refugian entonces en la orilla del río y levantan las culatas de sus fusiles en señal de rendición. Martínez de Hoz, piadoso y humano en demasía, trata de contener el fuego de sus soldados; pero en ese momento los simulados rendidos rompen en una descarga sobre el noble protector y sus fieros soldados que por su orden han inmovilizado su furor; es herido entonces por segunda vez y desfallece, desfallece como la enseña gloriosa que se abate cuando guía á la victoria. El capitán Benedicto Rivero al ver á su intrépido jefe inclinarse sobre el caballo, salta sobre la grupa y lo sostiene para que no caiga. Esta escena conmovedora es el alma argentina en acción, allí está su fuego sagrado en todo lo que es grande, sublime. Ahora, imposibilitado el héroe de mantenerse ya sobre su negro bridón se deja retirar casi moribundo: ha dado á la patria el último esfuerzo: todo lo que le podía dar su noble corazón.

Sin embargo la lucha continúa. El 5° con los bravos que aun le quedan, recibe la orden de dirigirse por la izquierda y atacar el rancho que está sobre el Paso de la Patria, donde Rocha los proclama y se lanza á cumplir este nuevo sacrificio, pero el fuego del adversario es intenso y mortífero. El batallón, aunque sin municiones y exhausto de fatiga, avanza valientemente. El 4°, con Obligado á la cabeza, ha penetrado

por la derecha atravesando el fatal camino que conduce al puerto: alcanza la orilla del río y allí bayonetea á algunos enemigos de las canoas, gasta sus últimos cartuchos y llega un momento en que están completamente agotadas todas las municiones de la división.

A pesar de esta grave situación para los argentinos, el adversario, manteniendo su papel defensivo no produce las más pequeña reacción ofensiva, y nuestras fuerzas en el primer momento limitan su movimiento retrógrado á trasponer la altura que forma la barranca de la margen del Paraná, mientrasque el adversario, sostenido por la batería de la isla, en parte se ha refugiado en la orilla del río del cual hace un parapeto; allí se mantiene firme en esa especie de trinchera, haciendo entrar en acción los 700 soldados mandados directamente por el teniente coronel Díaz. En oportunidad táctica estos refuerzos hacen sentir su peso en la balanza de esta tenaz batalla. (1)

Se había hecho todo lo posible; no se podía ir más allá: completamente agotadas las municiones, abrumadas de cansancio nuestras tropas y recibiendo un fuego implacable, á mansalva, de lo enrejado del bosque de la margen del río y barriendo las granadas de las piezas de la isla sus desordenadas filas, que en esa hora

(1) El distinguido escritor paraguayo Silvano Godoy expone, que 20 minutos después de desembarcar el comandante Díaz, el coronel Conesa amenazaba su flanco izquierdo y su retaguadia, lo que quiere decir que esas tropas entraron en combate.

no eran ya sino un muro débil, medio derruído, lleno de agujeros por el efecto del movimiento sin orden de la carga y las vicisitudes sangrientas de una lid tan desigual, tan tercamente disputada; por último, en la imposibilidad de continuar el combate, se ordena la retirada; pero antes, la descalabrada charanga del 5° toca el himno de Lavalle «A la Lid», y los soldados de la división al sentir el heroico canto metálico, prorrumpen en aclamaciones á la patria é ironías al adversario, al que provocan á que salga del bosque donde se guarece. Entonces abandonan la arena las huestes argentinas en el más completo orden: sobreviene el silencio y así con paso cansado van recogiendo sus heridos y sus muertos.

El adversario que ha sido rechazado hasta su última guarida, y que ha comprendido la resolución de sus contendores, se siente dominado por ese valor desgraciado y no se atreve á hostilizar la retirada. Por otra parte se contenta, y con razón, con quedar dueño del bosque.

En esa hora tan triste, el crepúsculo de la tarde baña con su luz incierta el silencioso campo del combate; la noche se aproxima lentamente, palideciendo cárdenas nubes allá en el horizonte, y se vé en lejana perspectiva la inmensa silueta obscura de los bosques circundantes. Todo había enmudecido en esa doliente naturaleza cuya melancolía golpeaba de nuevo las fibras del agitado corazón, ya herido de amarga congoja por tan nefasta jornada; parece que atónita trasmitía á los

seres vivientes, que testigos habían sido de la encarnizada lidia, el silencio sepulcral, íntimo, solemne, del angelus de la tarde, como si quisiera la divina providencia santificar con esa oración del recuerdo de los muertos á los que habían sucumbido en ese rudo entrevero de enterezas nacionales.

Los batallones hicieron alto á cierta distancia, y vino por último la noche con su terrible desamparo para los infelices heridos; los médicos eran insuficientes para restañar tanta sangre argentina que surgía á borbotones de aquellos que habían caído como bravos, soportando sin prorrumpir un gemido, esas operaciones que se hacían al aire libre, apenas con la luz de miserables faroles, que de cuando en cuando se apagaban, es que también agonizaban; y la muerte, acariciando moribundos extraviados entre la espesura, invitaba á un soberbio festín á alguno que otro señor felino de esas selvas.

En el momento de concluir la lucha, arribaba la primera división del primer cuerpo de ejército al mando del coronel Rivas, y acampaba próximo á la segunda división Buenos Aires. En esa hora era imposible volver de nuevo á empeñar el combate. Ya la noche, como un telón negro de un escenario horrible, ocultaba todo á las miradas ávidas.



Nuestras pérdidas fueron sensibles, alcanzaban á 2 jefes muertos, 2 heridos, uno contuso; 5 oficiales

muertos, 21 heridos, 6 contusos; 81 de tropa muertos, 237 heridos, 48 contusos; haciendo un total de 403 hombres fuera de combate; es decir, un espléndido batallón que representaba una pérdida inapreciable por ser ya soldados de medio año de campaña.

Nuestros trofeos fueron algunas armas y prisioneros.

Las pérdidas de los paraguayos debieron, por los muertos que dejaron y por los que condujeron á Itapirú, alcanzar á otro tanto que las de los argentinos, tal vez menos por haberse siempre batido en la defensiva, sobre todo en la segunda faz de la lucha.



El coronel Conesa, cuya valentía en este combate es digna de elogio, cita en su parte como honrosa distinción, á los coroneles Agüero y Calvo; á los tenientes coroneles Muzlera, Serrano, Martínez de Hoz, Keen, Obligado y Rocha; á los mayores Márquez, Badía que también fué herido; al capitán de artillería Cárcova; á los capitanes Piñeiro y Canedo; al subteniente Gay y á sus ayudantes, San Martín, Romero, Ortiz de Rozas y Bredly, y los del coronel Agüero, capitán Avila, teniente Martínez y subteniente Goicochea y agrega el honroso documento al referirse á los demás oficiales de la división, que todos han cumplido con su deber; haciendo al fin una especial recomendación del doctor Manuel Biedma por la asistencia que en el mismo campo de batalla había prodigado á los heridos.

El general Mitre, en homenaje al cuerpo de sanidad, ordenó que en la orden general se citen los nombres de los doctores Biedma, Bedoya, Soler, Durand y de Cassis por su comportación infatigable en la asistencia de los heridos.

En cuanto á la narración que se acaba de leer, en todo lo que hemos podido coordenar, por no haber podido encontrar el croquis que acompañaba al parte del coronel Conesa, y solo ha sido nuestro guía el relato del doctor Rocha, el del ingeniero José A. Lagos, el parte del coronel Conesa y varias correspondencias de ese tiempo.



Cuando se estudia detenidamente este combate, no se puede menos que admirar la audacia, la pericia ingénita, y el valor paciente de los paraguayos, como también la bravura desenfrenada, aunque sin rumbo, de aquellos arrogantes milicianos argentinos que por primera vez oían silbar las balas. [1]

El primer momento se reduce á buscar el medio de hacer caer en una emboscada al adversario que avanza incauto, atraído por los astutos jinetes correntinos.

---

(1) En los partes parciales de los cuerpos figuran la recomendación de los oficiales : pero desgraciadamente no hemos podido obtener estos documentos.

En esta primera faz del combate, por parte de los argentinos, se cometen tres graves errores. Primero: la 2ª división Buenos Aires estando emboscada prorrumpe inoportunamente en aclamaciones que despiertan al adversario que está próximo, y debió suceder así, aunque se ha dicho lo contrario; porque de otro modo no se hubiera aproximado á tan corta distancia. Segundo: la 3ª brigada no consigue envolver el flanco izquierdo del enemigo á causa de su mala colocación. Tercero: la caballería no interceptó la retirada que tenía que ejecutar el contendor salvando un arroyo pantanoso, pues forzosamente tiradores y reservas han debido, al llegar al obstáculo, formar un grupo desordenado: una línea quebrada intensa que se prestaba oportunamente á ser sableada; pues si alguna arma estaba imperiosamente indicada para ejecutar la sorpresa en el principio de la lucha era la caballería, ese era su único papel en ese caso, más desgraciadamente aquí se cambiaron los papeles faltando una experimentada iniciativa.

En la segunda faz del combate se nota. Primero: los ataques en columna cerrada contra espesos bosques donde se encuentran resguardados y casi ocultos los paraguayos. Segundo: la insuficiencia de la artillería es resaltante en demasía, cuando el enemigo desde la isla con más numerosas piezas, contrabate el fuego de los cañones de Cárcova, y arroja la muerte sobre los batallones milicianos que han llegado, aunque en desorden, en el último ataque á la bayoneta, hasta la misma orilla del río. Tercero: el agotamiento

de las municiones de las armas que combaten y la ausencia de algunos carros de repuesto durante seis horas y media de una lucha encarnizada. Cuarto: falta de tropas de reserva que oportunamente hubieran entrado en liza y pudieran haber concluído de una vez ese malhadado hecho de armas, reemplazando á las fatigadas; pues jamás debióse permitir al enemigo que quedase dueño de la posición y pernoctase allí en tierra argentina.

Todos estos errores, que tanto nos aleccionaron en experiencia más adelante, da por resultado que el enemigo refugiado en su escondite, se proclamase vencedor por no haber sido desalojado de su última posición.

Así, continuando el estudio de esta refriega, se ve que en el momento final del combate, nuestros ataques en columna cerrada, con una compañía en orden abierto, son infructuosos; tanto por el orden del avance, como porque se concluyen las municiones de las dos armas que luchan con tanta pertinacia (infantería y artillería) y como no habían llevado un repuesto en previsión de ese caso, sucede algo inaudito: tienen, aunque vencedores, que retirarse y el adversario se queda en su cueva, ahí pernocta, y al otro día al despuntar el alba, se aleja tranquilamente, pasando en frágiles canoas el Paraná, conduciendo la artillería que había establecido en la isla Itapirú sin que nadie se lo impida.

En resumen, estas son las verdaderas fases de este hecho de armas.

Ahora creemos que la artillería argentina debió por lo menos ser aumentada á dos baterías para poder en lo posible arrasar los bosques de la costa, batir sin reposo, con estrépito, la moral del adversario, y contrarrestar el fuego que desde la isla de Itapirú ejecutaban constantemente las piezas del enemigo, como que la caballería estaba en el caso de llevar un ataque á fondo, mientras tuvo lugar la marcha retrógrada de los paraguayos por el terreno descampado, en aquella hermosa oportunidad que se presentó en el momento antes de pasar el Pehuajó. En esta circunstancia no habría salvado uno solo, obedeciendo en ese caso este movimiento á un principio absoluto de la guerra, inalterable. Es necesario recordar que se alejaban en un orden quebrado, que su único objetivo era alcanzar la orilla del río, y que, aunque su sangre fría les hacía continuar la lucha en esta difícil maniobra, ésta por la rapidez desordenada de la retirada y por la agresión violenta de los milicianos argentinos tenía al fin que transformarse en desorden, precipitándose en grupos sin formación al arroyo Pehuajó; pues bien, la caballería pudo prevenirlos y acuchillarlos sin contraste, y no lo hizo; no por falta de iniciativa, sino por carencia de la dirección del combate, cesando completamente su papel después del tiroteo con los paraguayos; y desde ese momento ya no tuvo intervención alguna con excepción de los lanceros del coronel Calvo al intentar desmontados, un amago de carga, el que no

obtuvo resultado; mientras tanto escritores adversos en sus apasionadas relaciones, hacen figurar á la caballería como un personal numeroso que tomó parte en el combate, lo que no es exacto; pues allí sólo se empeñó la infantería y la artillería argentina y al final solo la infantería.

En los preliminares de este suceso la preparación fué deficiente y la previsión casi nula; suponiendo sin duda que el adversario no presentaría mayor fuerza que aquella que mandaba el teniente Prieto Mora; creemos que lo primero que se debió pensar y calcular es que el enemigo iba á combatir refugiado en lo interior del bosque, oculto, y parapetado detrás de los árboles contra nuestras fuerzas que atacarían al descubierto, y que toda columna cerrada que arremetiese el obstáculo, sería maltratada.

Las propiedades tácticas de un bosque varían según la clase de su arboleda, si el bosque no es espeso puede establecerse en él la infantería y parapetarse detrás de los árboles, pero hay un peligro del cual es casi imposible salvarse; este consiste en el estrago de la artillería, pues las granadas estallan en todas direcciones al chocar contra los troncos, y aun contra las ramas de los árboles.

La operación de defenderlo es más difícil, si el bosque es espeso, pero hay que notar que los paraguayos atacados con escasa artillería y acostumbrados á vivir entre espesuras, se escurrían por todas partes y sal-

vaban los obstáculos fácilmente; y sus reservas en el momento del último ataque, las guardaban en la orilla del río, defendidas por la batería de la isla.

Como se ve, faltó á los ataques el arma principal, la artillería, y en tal caso, si esta hubiera actuado en la forma que hemos indicado anteriormente, hubiese desalojado al adversario que tenía la ventaja contra el mayor número de la infantería argentina, el de sus cañones, el resguardo de sus reservas protegidas por esa arma, y la invisibilidad. Sobre todo, cuando se dispone de numerosa artillería que puede ventajosamente contrabatir la del adversario, no hay necesidad, en la mayor parte de los casos, de exponer á las unidades de las otras armas.

Así, si es verdad que al principio, el número de atacantes superaba al del enemigo, en cambio en los últimos momentos de la lucha, estaba este equilibrado en razón de que arribaron fuertes refuerzos paraguayos, y que la caballería argentina no tomó parte en la acción, con excepción de los lanceros desmontados del coronel Calvo.

Los ataques de nuestros soldados á la bayoneta en campo descubierto, sin un cartucho con que sostener el empuje con que había de quebrantar la resistencia, son abnegados y heroicos; sólo por error del mando pudieron ser sacrificados tan estérilmente. La felicidad para las fuerzas argentinas es que en aquel tiempo de las armas imperfectas, se tiraba muy mal, de otra manera nuestras pérdidas hubieran sido excesivas.

Es necesario confesar que con el último refuerzo de 700 hombres que recibieron los paraguayos, que constituía un gran vigor moral y material, estando ya casi agotadas las municiones de los argentinos, y agobiados de cansancio después de seis horas y media de combate, avanzando pesadamente por ciénagas y esteros, y fulminados por la artillería que desde la isla hacía estéril cualquier nuevo movimiento ofensivo, fué necesario retroceder. Así ha de comprenderse que esta última ayuda decidió el combate.

Ahora dada la faz que presenta esta refriega, como en otras, volvemos á repetir, debió ser resuelta por la artillería sin casi sufrir sensibles pérdidas los argentinos. Desgraciadamente ni el general Hornos, ni el coronel Conesa, en el entusiasmo de aquel ataque á fondo, pensaron en precepto tan claro, y únicamente se sintieron asaltados por la preocupación caballeresca de esos tiempos, de ir siempre adelante « cueste lo que cueste », porque el valor era algo que se derrochaba de cualquier modo por la fórmula aquella de que « yo soy un bravo » ; todo lo fiaban equivocadamente al impulso de la columna cerrada, maciza y ruda, obedeciendo es verdad á principios tácticos que entonces se observaban con excesivo desprecio de la vida en el ataque de posiciones, sugestionados sin duda por el ardor de las batallas imperiales napoleónicas, en que las grandes masas todo lo aplastaban y los jefes subalternos todo lo sacrificaban al valor: nuestros valientes olvidaban que el mejor precepto militar es aquel que nace de la inspiración del momento, ese golpe de luz

que ilumina misteriosamente con la claridad de la verdad, una situación difícil. Así los principios de la guerra con muy rara excepción nunca deben ser absolutos para el que posea una chispa de genio guerrero, y por su impresión natural tenga la clarovidencia del suceso que se desarrolla ante sus ojos.

« Un general hábil podría con frecuencia paralizar todos los esfuerzos de su adversario oponiéndole una fracción de tropas menos numerosa que lá que éste dispone, disimulando su debilidad á fuerza de audacia y obligándolo á emprender una operación difícil que le costaría grandes pérdidas. Dado ese caso, entonces podría con número igual obtener la superioridad numérica en el punto en que debiera darse el golpe decisivo, allí donde solo es aprovechable; mientras que el enemigo haya esparcido sus elementos de combate en pequeñas fracciones y en distintos puntos. [1]

Tendremos siempre por el general Hornos y el coronel Conesa el más profundo respeto por su patriotismo abnegado, por su carácter recto y por su intrepidez notoria; pero es necesario reconocer que en su vida militar tan aventurada no pudieron aprender « las lecciones históricas que son las únicas que han podido guiar sus reflexiones ». [2]

El medio militar en que ellos habían actuado como el sitio de Montevideo y las guerras intestinas argentinas,

---

(1) Von der Goltz. — « La Nación Armada ».

(2) Langlois. — « Enseñanzas de dos guerras recientes ».

no fué suficiente escuela para formar generales por el trabajo práctico; necesitaban que en los libros y en otro terreno más vasto, trataran de encontrar lo que les faltaba, como lo hicieron San Martín, Paz y los Mitre.

«Quien desee conocer la guerra, ha dicho el coronel York de Wartenburg, debe ejercitarse en estudiar y comprender á los que la hacen. La clave de la historia militar se encuentra en los cuarteles generales. Su estudio debe reconcentrarse en la actuación de los generales que mandan ejércitos, y en los rasgos esenciales de su carácter para que sea realmente fértil en enseñanzas». [1]

Aquel que prepare soldados, es oportuno que no se aparte de uno de los más importantes objetivos de la guerra. Es necesario que se tenga en vista que no es suficiente poseer excelentes reglamentos para preparar un ejército á la victoria, como muy bien lo dice Langlois. Los reglamentos de maniobras del ejército inglés antes de la guerra anglo-boer eran tan buenos como los de los otros ejércitos europeos, y puntualmente ejercitados al pie de la letra; pero no estaban encadenados por una doctrina general, común.

Por esas razones es que en este episodio también se olvidaron que la artillería constituía el factor principal

---

(1) Napoleón, jefe de ejército.

dela victoria, que el orden abierto era el más apropiado para desarrollar ventajosamente la acción de este combate.

Cualquiera que estudie este hecho de armas, no comprenderá como pueden haberse escapado en el primer momento, los 300 hombres del teniente Prieto, disponiendo de 800 de caballería que se tenían á la mano para interceptarles la retirada, y de cuatro batallones y dos piezas de artillería para desmoralizarlos, ya que no pudieron ejecutar el ataque envolvente sobre su izquierda.

La orden del día del general Mitre, hasta cierto punto, al final, veladamente critica la dirección del combate y explica este nuestro juicio, aunque se ve latente el orgullo del general por mandar semejantes intrépidos ciudadanos soldados.

La orden dice así:

ORDEN DEL DÍA

Ensenada, Febrero 5 de 1866.

El bautismo de sangre y fuego de la segunda división «Buenos Aires» ha sido glorioso y figurará con honor en las páginas de la historia de esta campaña.

Los jefes que la han dirigido en el combate, sus oficiales y tropa que con tanto valor han tomado parte

en él son acreedores á la estimación del ejército y á las consideraciones del pueblo y del gobierno argentino.

Los que han muerto combatiendo gloriosamente el día 31 de Enero en el Paso de la Patria, merecen la corona de la inmortalidad y las bendiciones de sus compañeros de armas.

Pronto se tributará á esas víctimas, sobre el mismo campo de batalla, los honores fúnebres que le son debidos, en presencia de los trofeos conquistados al enemigo, á costa de su generoso sacrificio y de la sangre y esfuerzos de sus demás compañeros.

Mientras tanto, el general en jefe del ejército, al saludar y felicitar á la 2ª división « Buenos Aires », recomienda á todos los que la componen, que en los futuros combates sean menos pródigos de ardor generoso y de su valor fogoso ; porque la verdadera gloria consiste en vencer con el menor sacrificio posible. [1]

MITRE.



Pero lo que más llama la atención y que jamás podrá escapar á la más severa crítica, es esa impune retirada de 850 paraguayos que pasan el río Paraná después de

- - - - -

(1) Es decir, que la artillería sin sacrificios de las otras armas debió haber decidido el combate.

la alborada, tranquilamente, sin sobresalto, en miserables canoas, conduciendo como trofeos algunas cabezas de infortunados guerreros argentinos, y embarcando la artillería que estaba establecida en la isla Itapirú, á tiro de fusil de la costa argentina, sin que se presente un buque de guerra que lo impida, estando anclada la poderosa escuadra brasileña y algunos buques argentinos en Corrientes, habiendo tenido tiempo de sobra para venir, por lo menos algunas de sus naves de menor calado, á impedir esa audacia tan gloriosa del adversario. Decimos tiempo de sobra, porque desde Corrientes al Paso de la Patria media la distancia de 37 kilómetros y por más despacio que anduvieran los navíos, pudieron hacer el trayecto en cuatro horas. El río estaba ya bastante crecido; aunque esta creciente fuera falsa, duró siempre algunos días.

No queremos aquí hacer un cargo á los héroes del Riachuelo, y más tarde á los que fueron los bravos del Paso de la Patria y del Pasaje de Humaytá, no, mil veces no, para ellos conservamos el recuerdo que se consagra á los intrépidos; pero sí, una crítica justa y severa á la errónea concentración del mando en la persona de un almirante que residía en Buenos Aires.

Esta crítica es, como la que imparcialmente hemos hecho á los errores estratégicos y tácticos cometidos en esta jornada por los argentinos, que en vez de ser un modelo de combate, se transformó en un ataque irreflexivo, desordenado, sin existir propiamente una

combinación de las tres armas, dejando todo el peso á la infantería y á la artillería.



La vanidad satisfecha de López no debió tener límites ante los resultados de este sangriento encuentro. Había quedado dueño del campo de batalla en un territorio argentino que estaba inmediato al campamento del formidable ejército aliado.

El arrogante desprecio que sentía por sus adversarios, se agigantó; renació su enorme orgullo con proyecciones fatales, y según su modo imperioso de encarar los sucesos, creyó que los fracasos anteriores eran debidos á la falta de su dirección inmediata en los hechos de la guerra, creía sinceramente que su presencia era el amuleto de la victoria, su mirada inquisitorial y temida hasta el espanto, sugestionaría irremediablemente á sus bravos soldados; y á fe que tenía razón en cuanto al dominio absoluto que ejerció sobre su pueblo. Se puede muy bien decir que se sintió confortado con este suceso y animado siniestramente para hacer una resistencia hasta el último extremo. Hay que confesar que en medio de los horrores de que más tarde es autor, demuestra un carácter firme, tenaz, y de una decisión tan digna de admiración que puesta en el corazón de un humano y esperimentado general, lo hubiera hecho un héroe en la América.



En presencia de este acontecimiento, la opinión de las naciones aliadas que ya exaltada se mantenía en una ansiosa expectativa, fué dominada desde este momento por la oposición prevenida de antemano por la larga duración de la guerra, como por los sucesos anteriores, levantando entonces el grito al cielo y vociferando proclamas contra la guerra. Una crítica despiadada cayó como el hacha fulmínea que hiere de un golpe, atacó, explotando el dolor de las familias bonaerenses que habían perdido tan torpemente sus deudos, tanto al general Mitre como á la escuadra brasileña, y la mayor parte de los diarios se hicieron eco de ese diatriba que sin piedad hiere siempre á los generales desgraciados, á quienes hacen responsables de lo que han y de lo que no han hecho; y llegó el eco de esta implacable y anti-patriótica censura, en algunos diarios de las naciones aliadas, hasta el punto de presentar á los paraguayos como los únicos héroes de la jornada.

Ante una situación tal, el almirante Tamandaré tuvo que dejar á Buenos Aires y acudió al llamado imperioso del generalísimo del ejército aliado, que enérgicamente reclamaba los servicios de la escuadra, en razón que urgía su presencia para ejecutar los estudios y reconocimientos del Alto Paraná y Paraguay con el objeto de reconocer los puntos más apropiados para el desembarque en el territorio enemigo.

*

Como el ejército aliado constantemente no tenía otra preocupación que la invasión al territorio paraguayo, para cuya operación se aglomeraban el mayor número de elementos, y se instruían y disciplinaban los contingentes que continuamente arribaban al campamento, no había ventaja en gastar en luchas estériles esos elementos tan difíciles de reemplazar, que se necesitaban todos reunidos para llevar, con el mayor número posible, la invasión al territorio enemigo. Todo esto era muy razonable, pues solo podía ocurrírsele al Mariscal López estos golpes de audacia inconsiderada en que malgastaba sus mejores soldados, esos veteranos que le sería muy difícil formar de nuevo, y que le harían falta suma en el momento de la invasión de los aliados: especie de sangrías sin tino que á cada momento hacía á su ejército, aunque sabía por experiencia propia que en este juego peligroso, desde el principio de la guerra, había perdido todas las partidas. A cualquier otro general que no fuera López, estos ejemplos de estrategia y táctiva bárbara le hubieran servido de ejemplar escarmiento, de «lecciones históricas que pudieran guiar sus reflexiones».

El general Mitre, juiciosamente, solo autorizó esta clase de combate en los casos en que no se pudiera prescindir de ellos.

López antes del combate de 31 de Enero había pensado en algún movimiento sobre Itatí, porque el 28 de este mes, destacó sobre ese punto un pequeño vapor y algunas canoas que sustentaron un tiroteo con

la guardia de aquel puerto. El 6 de Febrero se avistó á lo lejos al mismo vapor. El 16 se vieron los vapores *25 de Mayo, Gualeguay* y el *Igurey* que conduciendo numerosas tropas, ejecutaban lentamente un prolijo reconocimiento. Regresaron al día siguiente y al enfrentar á Itatí, hicieron cuatro disparos de cañón sobre la población.

A 45 kilómetros del campamento argentino levantaba su real el ejército aliado de vanguardia que en ausencia del general Flores, estaba á las órdenes del general Suárez, componiéndose entonces de 2846 orientales con 6 piezas de artillería, 1500 brasileños, 971 argentinos. — Total 5317.

Cuando el general Suárez observó el movimiento de los buques enemigos, creyó que tal vez esta pequeña operación fuese la preliminar de un desembarque nocturno con mayores fuerzas ; entonces, obrando con la prudencia de un militar experimentado, abandonó su campamento y se retiró como á 18 kilómetros de la población. El general Suárez, con esta operación, trataba de esquivar un combate que podía tener graves consecuencias en razón de que el enemigo, en virtud de la libre navegación del río, tenía la facilidad de aumentar sus refuerzos y empeñar el combate si le convenía, con fuerzas considerables ; mientras que el ejército aliado de la vanguardia estaba á 45 kilómetros del argentino, distancia que en caso de auxilio, este núcleo de combatientes tendría que recorrer por muy malos caminos y por consecuencia, aceptando bata-

lla el general Suárez en tan desventajosas condiciones, se exponía á ser batido en detalle por tropas enormemente superiores, antes que le llegase el socorro.

El general Suárez dió cuenta al general Mitre de lo que pasaba y de las medidas tomadas, conducta que fué plenamente aprobada.

El día 18 se avistaron los mismos cinco vapores, aumentados por el *Pirabebé*; puesto esto en conocimiento del general Mitre, ordenó entonces al general Suárez que se retirase hacia San Cosme, aproximándose al ejército aliado. En la alborada del 19 se puso en marcha con toda la fuerza de la vanguardia y á las 8 a. m. acampó en Enramada Paso.

La expedición paraguaya constaba de 5000 hombres y 2 piezas de artillería. Al medio día desembarcaron dos grandes batallones paraguayos con la artillería y ocuparon á Itatí, completamente abandonado en ese momento por sus habitantes.

El mayor Sánchez con una partida de 40 milicianos correntinos hacía el servicio de observación, y desde el momento que desembarcaron las fuerzas enemigas, fueron hostilizadas en lo posible con una astuta osadía, digna de elogio, causándoles algunas bajas; él por su parte, tuvo solamente un contuso.

Siguiendo la ruda usanza de la invasión paraguaya, Itatí fué saqueada y algunas de sus casas incendiadas,

pasando en seguida el adversario al campamento abandonado del ejército aliado de la vanguardia al que le dieron fuego, y sin duda, no se atrevieron á internarse algo más por temor á una celada y su falta absoluta de caballería. Regresaron á la tarde con un pequeño botín de 40 caballos inservibles y algunos bueyes, después de haber devorado una pequeña majada de ovejas de una pobre mujer, y algunas vacas lecheras de diferentes dueños, llevándose además cuanto travejo viejo encontraban en las chozas de la población y sus alrededores. Al caer la tarde, se embarcaron, retornando á Itapirú donde desembarcaron la tropa que conducían, y el miserable botín arrancado á infelices familias que vivían en la miseria.

Estos vapores continuaron en sus amenazas impunes, cruzaban continuamente el río hasta el 22, en el que el *Gualeguay* quedó en Itapirú y los otros cuatro buques subieron á guarecerse en Humaytá.



Después de estos sucesos, los malones paraguayos se limitaron á simples golpes de mano con pequeñas partidas, con el intento de merodear ó de sorprender algún soldado extraviado ó centinela avanzado, pero todo fué sin conseguir mayor resultado.

El 11 de Febrero mudó el ejército brasileño su campamento y avanzó 15 kilómetros, hasta Talá-Corá donde levantó su real.

Cada vez la opinión pública estaba más agitada, no solo por los recientes sucesos, como por la larga estadía de nuestro ejército sobre las proximidades del Paso de la Patria; y si es verdad que hubo algunos días en los que el Alto Paraná crecía, volvía en seguida á bajar, los que impedía de un modo lamentable que no tuvieran lugar las operaciones cooperativas de la escuadra brasileña, sin cuyo auxilio era totalmente imposible la invasión al territorio paraguayo. Criticando la demora, se ha dicho « que en menos de dos meses se aprontó en Varna y en Constantinopla el material necesario para el pasaje de los ejércitos aliados en Crimea que alcanzaban á 68.000 hombres, conduciendo numerosa artillería, alguna caballería y bagajes, etc. » Pero se olvidan que en Corrientes todo faltaba y que era necesario instruir y disciplinar por lo menos la mitad del ejército, que eran milicias sin instrucción.

Como consecuencia del suceso del 31 de Enero y del llamamiento del general Mitre, el almirante Tamandaré abandonó á Buenos Aires el día 8 con la *Parnahyba* y el *Once de Junio*, arribando á Corrientes el 21 de Febrero y en oficio de 23 de Febrero dirigido al ministro de marina del imperio, expone « que en adelante no pasarán el río Paraná más fuerzas paraguayas, sin que le sea interceptada su retirada. »

Así, es preciso considerar que la única razón que hubo para que no se presentasen algunos buques para interceptar la retirada á los paraguayos, es que la escuadra anclada en Corrientes, como ya lo hemos expuesto

anteriormente, tenía órdenes terminantes del almirante Tamandaré de no emprender ninguna operación sin que él lo dispusiera.

De cualquier modo que se estudie, que se analice el asunto, jamás podrá justificarse esta libre navegación del río por las fuerzas paraguayas.

Volveremos á repetir: fué un error muy grande en la dirección de las fuerzas navales de la alianza este sistema de mando absoluto, sin permitir á la iniciativa su acción inteligente y oportuna; porque es necesario tener en cuenta que las tropas paraguayas permanecieron en el Paso de Patria más de treinta y ocho horas, hasta el momento de la retirada, que tuvo lugar el 1° de Febrero, algún tiempo después de la alborada; y en Itatí se mantuvo tranquilo el fuerte destacamento enemigo diez horas. En la guerra, siempre que sea posible, nunca se ha de dar autoridad moral al adversario. Aunque sea preconcebida la que se le concede, le proporciona siempre una energía y un valor que con menoscabo del que permite, redunda en su perjuicio.

Podríamos muy bien decir, que después de los continuos y magnos desastres de López, estos últimos sucesos dieron nuevo vigor á su ejército, y conociendo él en sus más mínimos detalles la topografía defensiva de su territorio, creyó, hasta cierto punto con razón, equilibrar sus fuerzas con el poder de los ejércitos aliados.

El almirante Tamandaré, que tenía una idea clara de los impulsos de audacia guerrera é irreflexivos arran-

ques del Mariscal López, debió prever estos casos y prevenirlos, ordenando al jefe de la escuadra que anclaba en Corrientes, que vigilase en lo posible el espacio del río que orillaba la margen argentina, en la parte donde continuamente pasaban los paraguayos; y estamos seguros, que si esto hubiera sucedido, habría sido imposible la retirada del adversario en los sucesos que acabamos de narrar, y comprendiendo el ilustre almirante su error, promete en la nota citada, impedir la repetición de estos sucesos, promesa que cumplió con bizarría, no economizando los navíos de la escuadra imperial en los momentos de prueba.

La crítica nunca alcanzó á la escuadra, sino al almirante á cuyas órdenes estaba directamente subordinada.

Anteriormente á estos sucesos, cuando la escuadra brasileña estaba anclada en el Rincón de Soto, tenía orden terminante de no moverse, y solo concluiría esta inacción cuando el ejército aliado se aproximase al río Paraná, á fin de cooperar á las maniobras que iniciase. Indudablemente se podía admitir este criterio absoluto en determinados casos; pero en otros constituía una errónea disposición que fué muy favorable á los paraguayos en varios sucesos, como en el que antes hemos narrado referente al embarque de la artillería pesada paraguaya, que el adversario tranquilamente embarcó en Cuevas, estando á tan corta distancia la escuadra imperial.

En cuanto á la interposición de la armada brasileña cuando el ejército paraguayo invasor de Corrientes se

retiraba salvando el Paraná, es un punto que todavía no se ha dilucidado, y no tenemos otros elementos de consulta y juicio, que los partes brasileños, á los que á fuer de buenos aliados, debemos respetar.

En cuanto á los documentos paraguayos y la narraciones de Thompson y Centurión, y los ampulosos relatos del Semanario, la parcialidad en favor del ejército paraguayo es tan señalada, que no se pueden tomar en cuenta.

Mas, ante todo, hay una verdad que se destaca con evidencia marcada: que el almirante quiso á todo trance conservar intacta su escuadra para las grandes operaciones que indudablemente sobrevendrían con motivo de la invasión al territorio paraguayo.



Como se habrá notado, nuestra crítica, es la crítica imparcial del arte, alcanza á todos, sin excluir á nuestros mismos compatriotas; en esto nos diferenciamos de algunos escritores brasileños que al hablar de la actuación de sus conciudadanos en la guerra del Paraguay, ofuscados por su patriotismo y su inmenso amor propio, no admiten debilidades en su ejército, creen verdaderamente que no cometieron errores, y que sus generales y sus soldados fueron siempre superiores á sus aliados. En estas importunas comparaciones, hechas por la pasión, que es tan mala consejera, dejan, alguna vez, muy mal parados á nuestros generales, haciendo

siempre un parangón distante de la verdad, á su modo, olvidando que al hablar de los hombres venerados de un pueblo, con tan poco respeto, se hiere la susceptibilidad de las naciones amigas.

Estas reflexiones nos han sido sugeridas al leer un artículo extemporáneo é injusto y lleno de animosidad velada, en el *Jornal do Commercio* referente al centenario del marqués de Caxías, donde la víctima inocente sacrificada por apreciaciones íntimas y lijeras de este general, es el generalísimo de la Triple Alianza, tan luego ese ilustre argentino, que es y ha sido el más leal amigo que en la República Argentina ha tenido el Brasil; y ya que en ese diario tan serio, inoportunamente se transcriben varias cartas del general marqués de Caxías á su esposa; y se le hace á este figurar con exagerados méritos que nunca superaron á los de algunos de sus colegas brasileños, no deja de ser sensible que todavía no se levante el velo que cubre tanto secreto histórico en el archivo del general Mitre y saque á luz importantes documentos que pueden probar que los errores que se atribuyen al ilustre argentino, pertenecen á todos los que dirigieron la guerra del Paraguay y en parte muy exclusivamente al señor general de Caxías que, á no dudarlo, fué un intrépido, á quien adornaban excelentes condiciones militares; pero que jamás se destacara como un gran capitán, como una revelación extraordinaria. Los gruesos batallones empujaron su fortuna, y la casi completa postración de un enemigo vencido de antemano, hizo lo demás.



Después de estos sucesos, cesaron los malones á causa de que se establecieron algunas fuerzas en las proximidades del puerto de Corrales que vigilaban la costa, con la consigna de rechazar cualquier desembarque. Entonces tuvo lugar en Corrientes el 25 de Febrero de 1866, una junta de guerra donde concurrieron los generales aliados y el almirante Tamandaré. Allí el generalísimo expuso su plan general al jefe de la escuadra brasileña quien prometió apoyarlo, subiendo el río Paraguay y arrasando á Humaytá sin necesidad de los ejércitos de tierra. También se trató de activar en lo posible la construcción del material del pasaje y de los reconocimientos que tendrían lugar para tratar de encontrar el punto aparente para el desembarque, en razón de que la ignorancia sobre la topografía de detalle paraguaya era casi completa.

En este tiempo todavía existía el plan de la invasión al Paraguay con el 2° cuerpo de ejército brasileño, llevando por vanguardia á la división del coronel Paiva. Aquella unidad estratégica ya con más de 10.000 hombres, probablemente alcanzaría á 14.000, con las tropas correntinas.

Más tarde, no tuvo lugar esta operación á causa de las innumerables pérdidas del ejército invasor, pues desde que principió la guerra hasta después de Curupaytí, había tenido que dar de baja como á 35.000 hombres. Todo esto en esta clase de guerra es lo más natural del mundo. La disminución de los ejércitos en campaña es enorme, y nunca se presenta un ejemplo más

terrible que lo que sucedió en las tropas de López; á mitad de la campaña habia perdido 65.000 hombres.

El tiempo fué pasando; sin que la escuadra en su mayor conjunto, pudiese remontar el Alto Paraná.

Recién el 17 de Marzo, la armada imperial y los buques argentinos pudieron dejar el Puerto de Corrientes y subir hasta las Tres Bocas y Paso de la Patria.

Ahora vamos á presenciar un suceso extraordinario en la guerra, pero que se explica, sin menoscabo del honor de la escuadra brasileña.

Nos referimos á los combates sucesivos de las chatas paraguayas con los acorazados imperiales. Es verdad que ese duelo desigual era entre una miserable chata y algunos potentes encorazados, pero no hay que tener en cuenta el número y poder sino el efecto; puede muy bien suponerse que la escuadra brasileña hacía ejercicio al blanco, probando su nuevo material de artillería; es decir, el tiro era muy peligroso, no se aproximaba ni remotamente al matemático y sereno del polígono, como lo vamos á ver más tarde por el horrible desastre del Tamandaré.

El día 17 de Marzo á las 8 a. m. la escuadra imperial abandonó el puerto de Corrientes con dirección á las Tres Bocas y Paso de la Patria.

Los acorazados que iban á vanguardia eran el *Brasil* y el *Barroso;* este último con la insignia del co-

mandante de la 2ª división, capitán Rodríguez, y las cañoneras *Araguary, Ivahy*, y la *Iguatemy*. Una hora después siguieron el acorazado *Tamandaré*, las cañoneras *Beberibe, Mearín, Ipiranga* y la *Parnahyba* y el aviso *Lindoya*, yendo al lado de estos navíos, el pequeño transporte *Cisne*, que conducía al plenipotenciario del Brasil consejero Octaviano, yendo también á bordo de la *Beberibe* el capitán Albín, comandante de la tercera división.

A las 2 de la tarde remontaron el río el almirante Tamandaré y el vicealmirante Barroso, barón de Amazonas y jefe de escuadra, en el transporte *Apa*, acompañado del acorazado *Bahía*, del transporte *Princesa de Joinville*, que llevaba tropas de desembarco, y del aviso *11 de Junio*, donde se estableció el hospital de sangre de la escuadra. A las 4 de la tarde, estos navíos se reunieron con las divisiones Rodríguez y Albín, que habían fondeado en el espacio que abarca un punto denominado Mbaratá, hasta la punta occidental de la isla Cuiqué.

Ante este movimiento de la escuadra brasileña, el vapor *Gualeguay*, que estaba á cinco millas en un punto de observación frente á Itapirú, trató de conocer sus maniobras y así permaneció hasta el anochecer.

El telégrafo de señales ópticas del fuerte Itapirú anunció á Lopez la llegada de la escuadra imperial. En la mañana del 18, el acorazado *Tamandaré*, adelantóse para reconocer el fuerte y llegó hasta una milla de distancia.

Las cañoneras *Araguary*, *Enrique Martins* y el patacho *Iguazú* se incorporaron el 19 á la escuadra, quedando aún en Corrientes las cañoneras *Magi*, *Belmonte*, *Maracanoa*, *Itajahy*, el pequeño vapor *Iguray* y algunos transportes.

En este mismo día López llegó hasta Itapirú y ordenó que el *Gualeguay* se adelantase. Este buque navegó hasta próximo al puerto Corrales, disparó algunos tarros de metralla sobre unos correntinos que se encontraban en la margen del río, sin causarles mal y regresó en seguida. (1)

López permaneció algún tiempo en silencio, observando con ojo escudriñador la escuadra aliada, arrugando el entrecejo con significativa expresión; tal vez hervía en su corazón una tempestad de odio; ó recordaría, en un caso semejante, á Carlo Magno, cuando por primera vez vió aparecer las naves normandas en la costa de Bretaña y tuvo el amargo presentimiento de la desmembración de su inmenso poderío!

¡Quién sabe qué pensamiento le sugería el gran poder marítimo de los aliados, aquellas arrogantes naves invulnerables al fierro ciclópeo de los horribles combates marítimos! Indudablemente, su espíritu debió estar contristado, una ráfaga de pena inflamaría su remordimiento; porque en seguida se aproximó al

(1) Todos estos datos referentes á la escuadra han sido tomados de las anotaciones del ilustre Río Branco en la obra de Schneider.

cementerio improvisado donde modestamente descansaban al raso, como acampadas entre el silencio elocuente de los héroes, las víctimas del reciente combate del Paso de la Patria, y posternándose humilde ante la tosca cruz que con sus alas sagradas daba sombra á los ignotos muertos, quedó largo tiempo orando: su estado mayor le imitó con reverente actitud, y el cuadro era solemne. Aquel recogimiento al pie de la cruz en la que él iba á crucificar al gran pueblo paraguayo, era el símbolo de una profecía fatal. Ese férreo carácter pedía á Dios para su pobre patria, la fortuna de la guerra, olvidando que la sangre inocente que él había derramado caía ya gota á gota sobre su cabeza, pedía á Dios la victoria; porque hasta ese momento solo el desastre había respondido á sus aspiraciones de déspota libertador, de equilibrista americano, de insensato eximio.

Un furioso temporal se desencadenó el día 20 y por esta causa permaneció fondeada la escuadra brasileña; al día siguiente se puso en movimiento y ancló, extendiendo su línea desde puerto Corrales hasta las Tres Bocas; á su derecha fondeó el *Apa* en cuyo buque estaba el almirante, y á la izquierda de la línea, el acorazado *Barroso* con la insignia de su jefe Rodríguez. El *Tamandaré*, mandado por Maris é Barros, conducía á su bordo al jefe Albín; las cañoneras *Araguary* y *Enrique Martins* con sus comandantes Hoonholtz y Gerónimo Gonzalves, empezaron á sondar el río, alcanzando hasta Punta de Toledo, 12 kilómetros 500 m. arriba del Paso de la Patria. En la *Araguary* se encontraba la

comisión encargada de levantar el plano hidrográfico del Alto Paraná en ese radio, compuesta de los tenientes 1os Silveira da Mota [1] secretario del almirante, Hoonholtz, y Cuña Couto, comandante de esa cañonera y del patacho *Iguazú.*

Ante ese movimiento, el vapor paraguayo *Gualeguay* permaneció quieto con dos chatas, guarnecido por la isla Santa Ana, en un lugar que lo hacía invunerable á los proyectiles enemigos.

Los navíos brasileños hicieron un disparo que alcanzó á herir á un sargento paraguayo que tripulaba una canoa. Estos buques reconocieron todos los canales con excepción de aquel que se encuentra entre la isla Santa Ana y el campamento atrincherado del Paso de la Patria. [2]

Al regresar las naves que formaban esta expedición, el *Araguary* encalló sobre una piedra que se encontraba entre la isla Carayá y la margen izquierda del río, teniendo entonces que permanecer ahí toda la noche la escuadrilla, pero felizmente sin ser hostilizada.

Los paraguayos que observaban todos los movimientos de la escuadra, comprendieron al momento que

---

(1) Hoy vicealmirante barón de Jaceguay, distinguido y bravo brasileño, autor de obras de gran mérito.

(2) En ocasión del conflicto con la cañonera norte-americana *Water Wich* en tiempo de López I, se publicó un plano donde este canal se denominaba *Canal del Campamento.*— (Anotaciones de Paranhos).

no debían quedar en la inacción. El día 22, á las 2 a. m., colocaron una batería volante en las Tres Bocas, que inmediatamente rompió el fuego sobre el *Barroso*, arrojándole 14 proyectiles con tan mala puntería que ninguno le acertó. El *Barroso*, como un gigante despreciativo, permaneció mudo.

En la mañana del mismo día, la cañonera *Mearín* y el aviso *Voluntario de la Patria,* subieron para ayudar á zafar á la *Araguary*.

Los paraguayos tiraban tan mal que al subir estos buques, dispararon 19 cañonazos sin acertar ni uno en el blanco.

Cuando llegaron estos buques á su destino, la *Araguary* ya estaba á flote, lo mismo que el *Tamandaré* que había rozado un poco el pétreo fondo.

Estos accidentes eran frecuentes á causa de que el Alto Paraná es un río difícil de navegar, por el poco fondo y los picachos que allí se encuentran á cada momento, á lo que hay que agregar su fuerte corriente, salvo que los buques fueran de menor calado.

En el puerto de Itapirú, los artilleros paraguayos esperaban con las mechas encendidas el descenso de la escuadrilla que había ejecutado el reconocimiento, y en cuanto enfrentaron los buques á la batería, les arrojaron 8 balas inofensivas, que hizo exclamar á un oficial brasileño : « Si siguen tirando así los paraguayos, gas-

tarán todas sus municiones sin ofendernos ». Esta frase era efecto del momento : más tarde tendría que llorar el Brasil una horrible catástrofe producida por el refinamiento de la puntería, hecho terrible que enlutaría al ejército aliado.

Tuvo lugar el 22 en el *Apa* una junta de guerra á la que asistieron los generales de los ejércitos aliados y el almirante Tamandaré.

En esta junta se resolvió que al día siguiente se haría aguas arriba un reconocimiento y que el 25 de Marzo la escuadra arrasaría las fortificaciones enemigas para preparar el desembarque en territorio paraguayo.

Efectivamente, el 23 tuvo lugar el reconocimiento. Los generales aliados, el almirante y el plenipotenciario Octaviano se embarcaron en el vapor *Cisne* y remontaron el río hasta el paso Yaguarí escoltados por el acorazado *Tamandaré*, la corbeta *Beberibe* y la cañonera *Enrique Martins*, regresando todos á las 4 p. m. (1)

Cuando López comprendió el intento de los aliados, y tal vez su completa ignorancia en cuanto á la parte topográfica de su territorio, pensó que antes de invadir, emplearían algún tiempo en reconocimientos y

(1) En el pasaje del río Paraná, (Campaña de Humaytá), está descrito este suceso.

otros preparativos, el cual él aprovecharía en hostilizarlos, siguiendo su audaz sistema.

Como él por sus errores había perdido la mitad de su ejército y su escuadra, no desmayó por eso, y buscando siempre en el exhibicionismo heroico la compensación á sus continuos fracasos, é iluminado por su arrogante desprecio por sus adversarios, se le ocurrió que una miserable chata con un cañón de 68 podía batirse contra la escuadra acorazada brasileña, es decir, condenaba á un sacrificio seguro á un puñado de intrépidos soldados que más tarde asombrarían al mundo por hecho tan estupendo, y presentaba la ocasión propicia á los cabos de puntería de la marina imperial, para adiestrarlos con el nuevo material de la artillería de los acorazados, de manera que con esta disposición hacía entrar en fuego á sus adversarios, proporcionándoles experiencia práctica á costa de sus valientes soldados.

Antes de entrar en detalles sobre este duelo singular, tomaremos la descripción de una chata que encontramos en Pereira d'Acosta.

« La chata es una lancha excesivamente grande, pues llega á tener hasta 120 pies de eslora. Como su nombre indica, tiene poco puntal, de manera que solo se levanta dos palmos fuera del agua. Todas las chatas son de una construcción excesivamente fuerte y la cubierta, que va de proa á popa, es igualmente sólida. En medio de esta cubierta existe un grande agujero ó

escotilla que es donde se establece la pieza, la cual sobresale de la cubierta de la chata cuando es necesario, para poder hacer fuego desembarazadamente.

« La guarnición carga la pieza casi sin descubrirse y después se oculta lo mejor posible en lo interior de la chata.

« Sin excesiva hipérbole podíamos decir que la chata es un monitor de madera; pero de madera casi tan fuerte como el hierro, tanto por su calidad como por su espesor. La circunstancia de estar á flor de agua, de ocultar su guarnición y de ser de grueso calibre el cañón que siempre usa, hace que la chata sea poco vulnerable. Mas, en cuanto á sus proyectiles, corriendo rectos al nivel del agua, ofenden bastante á cualquier navío de guerra ».

Encontramos un poco exagerada esta descripción en cuanto á la solidez de las chatas y sobre todo á su comparación con un monitor. En la práctica, como se va á ver dentro de un momento, bastaba una bala de cualquier acorazado brasileño, para echar á pique á la más formidable chata que se le opusiera.



Espléndido día se presentaba el 23 de Marzo; numerosos curiosos de uniforme pululaban en ambas márgenes del Alto Paraná; se veía claramente que el movimiento de alguno de los buques de la escuadra im

perial hacía esperar, por lo menos, la hostilidad de los cañones paraguayos y una jornada magnífica de cañonazos.

De repente se vió el pequeño vapor *Gualeguay* salir arrogante detrás de la isla Santa Ana y remolcando una chata, remontó la punta de Itapirú y se detuvo. Al mismo tiempo se vió que una nube espesa de humo envolvió la batería como la reventazón de una colosal mina instantánea. En seguida sus cañones tronaron con retumbos prolongados, y macizas balas de 68, rugiendo terrores, volaron invisibles, rozando el nivel del agua en rebotes repetidos, único surco cristalino, momentáneo, que dejaba de su trayectoría infernal.

La chata mandada por un sargento, de esos sargentos que son la honra de un ejército, llamado Francisco López, y cinco soldados paraguayos de la misma calidad, rompió el fuego á su vez sobre los acorazados brasileños, y envuelta en borbotones blancos de humo, inició ese combate desigual que en la historia de esta guerra se denomina el Combate de las Chatas. (1)

Al sentirse en la escuadra brasileña esta original agresión, audaz y desatinada en demasía, los acorazados *Brasil* y *Bahía* que estaban á mil metros de distancia, recibieron la orden de responder al fuego de

---

(1) Parece que las dos primeras chatas que combatían á la escuadra brasileña desde el 27 de Marzo se denominaban *Cerro León* y *Humaytá*. « Revista del Instituto Paraguayo », año V, Nº 46. — Manuel Avila.

los cañones paraguayos con lentitud, como si se hicieran ejercicios de tiro al blanco, de modo que se corrigiera de tal manera la puntería hasta que la eficacia del disparo quedara fuera de duda.

Los proyectiles se cruzaban, erizando la atmósfera; y á cada desahogo de los bárbaros cañones, atronadoras exclamaciones saludaban el estampido. Después de algunos momentos de esta lucha de truenos y rugidos, un cañón del acorazado *Brasil* acertó una bala en la chata, y entrando en el estrecho grupo de los sirvientes de la pieza, destrozó á la mayor parte é inutilizó el cañón.

Cuando el comandante del *Gualeguay*, teniente Aniceto López, se apercibió del desastre, vino prontamente, tomó la chata á remolque y desapareció detrás de la isla.

A la tarde, cuando regresaba la expedición á que nos hemos referido anteriomente, volvió á aparecer la famosa embarcación paraguaya, mandada entonces por el alférez José Fariña, y remolcada por el mismo vapor fué colocada detrás de la punta de Itapirú, desde cuyo punto rompió el fuego sobre los buques que regresaban, y enseguida sobre los demás de la escuadra, pero con tan mala puntería que ninguna bala acertó.

Este grueso tiroteo duró hasta el anochecer.

El día 24 prosiguió este combate de pólvora atronadora. La chata, ocupando la misma posición que

el día anterior, hizo fuego incesante, pero las naves brasileñas guardaron silencio, un silencio que al final lo aprovecharon los paraguayos haciendo un impacto en la coraza del *Brasil,* que le produjo una depresión de tres centímetros en una de sus chapas, machucando el maderamen interno. Notado esto por el almirante, ordenó que algunos navíos respondieran por intervalos á la agresión del adversario.

Apenas iniciado el fuego por parte de la escuadra brasileña, el *Gualeguay* recibió un proyectil en la proa y otro le atravesó la chimenea, dando lugar estas averías á que inmediatamente se pusiese en retirada, remolcando al mismo tiempo á la chata.

Solemne día se presentó el 25 de Marzo. Para los brasileños, esa fecha nacional conmemora el juramento de la constitución imperial y en su homenaje todos los navíos se mostraron, después del alba, empavesados, y un momento más tarde se sintieron los vivas unísonos y en cadencia de las tripulaciones.

A bordo del buque almirante se daba un banquete al que asistían el ministro Octaviano y su séquito, los comandantes de las divisiones de la escuadra y varios generales; todo corría bullicioso en la más espontánea alegría, los brindis y el champagne desbordaban elocuencia y encendían vivas llamas en el corazón, cuando algún tiempo después, á eso de las 3 p. m., apareció inoportunamente la chata del alférez Fariña, y remontando lentamente la punta de Itapirú, ayudada por

espías, se la colocó en la margen del río casi perpendicular al *Apa*.

Un instante después rompió el fuego sobre las naves brasileñas, que en ese primer momento no respondieron, resguardadas por su omnipotencia y por la arrogancia que les prestaba la inmortal fecha.

Impávida la guarnición de la chata, hacía vomitar al grueso cañón hierro y humo sin cesar: las balas rozaban el casco del embanderado *Apa*, y pasaban sobre la tolda cubierta de tanto animado curioso.

Se veía claramente que por instantes se mejoraba la puntería de aquel punto negro, casi imperceptible, que se anunciaba á cada momento como surgiendo del fondo del río por borbotones de humo y un trueno prolongado. Al fin el 14° tiro tocó en el blanco y penetrando en el pañol de los víveres hizo destrozos de consideración.

Fastidiado un poco el almirante al sentir tanta insolencia en su pigmeo é imperturbable adversario, que todo lo que tenía de diminuto estaba en razón inversa de su homérico coraje, ordenó al acorazado *Tamandaré* y al *Enrique Martins* que avanzasen sobre la chata para auyentarla ó destruirla.

Cuando esto sucedía marcaba el reloj las 4 p. m. Los navíos se adelantaron, sondando el río y al mismo tiempo haciendo fuego, hasta colocarse bajo la batería

del fuerte Itapirú, que con la chata lanzaba proyectiles sin cesar y se sentía claramente los alaridos de desprecio de las valientes guarniciones paraguayas que toreaban á los monumentales monstruos que se aproximaban; pero cuando la guarnición de la chata, que apenas alcanzaba á 6 hombres, distinguió con certeza la tormenta que se venía encima, algo como si un elefante arremetiera violentamente á un cuzco, la encalló y sujetándola con espías á algunos árboles, se refugió en lo interior del bosque. Entonces el jefe Alvín, con intento de abordar la chata, hizo arriar tres botes tripulados por 70 hombres; pero al momento de ponerse en marcha, salieron de la selva un enjambre de tiradores paraguayos que allí estaban ocultos, y dispersos en la playa rompieron un vivo fuego de mosquetería sobre sus tripulaciones, lo que hizo inútil tal empresa.

Ante la imprevista actitud del enemigo, una contraorden hizo suspender la operación, y recogidas las embarcaciones, los navíos brasileños rompieron con la mayor intensidad un fuego de metralla sobre la playa que desalojó al momento de allí al enemigo. Ante un peligro tan eminente corrió éste á refugiarse en un foso que allí próximo había construído.

En esta posición los tiradores paraguayos, en el bosque casi ocultos y parapetados en el foso, continuaban el tiroteo, del mismo modo que la artillería del fuerte de Itapirú su cañoneo incesante, desde cuyo baluarte también se arrojaban cohetes á la Congrève. El *Tamandaré* y el *Enrique Martins* sostenían el fuego con-

tinuo, y aquel duelo tan ruidoso y original duró desde las 4 p. m. hasta las 9 y media de la noche.

A esta hora este combate revestía una perspectiva grandiosa.

Era una tempestad humana insaciable de estragos, de espléndidos terrores, con surcos de rayos en trayectorías rojas que partían la negra obscuridad de la noche y voces lejanas que parecían subterráneas que aclamaban la barbarie.

De repente se vió en el campamento paraguayo una explosión enorme y se sintió un ruido semejante á una descarga de artillería: alguna granada de los buques que bombardeaban había incendiado un depósito de pólvora y producía un fuego de artificio ciclópeo, especie de punto final de una tragedia en que se chocan montañas.

Por fin cesó el combate, que ni la noche lo había detenido en su primer momento; tan encarnizado había sido que hasta daba sed al presentir el cansancio de la jornada.

Cesó aquella tormenta de truenos y rayos humanos y choques monumentales, y el silencio cubrió la escena con sus misterios.

Felizmente, todos estos horrores eran en apariencia algo como una horrible tempestad de truenos que no produce desgracia alguna: la muerte había sido compasiva

en esta jornada: el importe de los disparos y sus rugidos bárbaros no estaban en relación con los estragos. Imponente el aspecto del combate, solo hería la moral, pero los efectos reales eran absolutamente sin importancia: los brasileños solo habían tenido la baja de un marinero herido, la primera víctima de los magnos tiroteos, y según el « Seminario », los paraguayos tuvieron un muerto y dos heridos, lo que no es exacto, pues se vió bien claramente el efecto que las balas y metrallas de los cañones de la escuadra brasileña produjeron pérdidas en la chata y en los tiradores de la playa, y aunque no fueron de consideración, es razonable suponer que serían mayores que las que menciona el « Semanario ».

López, al sentir la honra que le deparaba este tan desigual combate, enardeció más á sus soldados; sobre todo á la masa ignorante que estaba muy lejos de imaginar la verdadera causa de la impotencia de los buques brasileños, pues el único argumento que se tenía en mérito, era la desigualdad manifiesta de los dos contendores, olvidando que el uno, á fuer de ser diminuto, se mantenía invulnerable, lo que hacía muy difícil tocarle.

Tirar al blanco en el mar á puntos casi invisibles, es muy difícil.

En este orden de ideas, ordenó López que continuase la lucha de la chata contra los colosos del adversario.

Durante la noche consiguieron los paraguayos poner á flote aquel monitor moral, especie de Anteo guaraní, esa chata formidable, y prepararla para continuar el combate el día 26.

Eran las 2 p. m. cuando se condujo la chata al mismo lugar que había ocupado en los dos días anteriores. Una vez establecida en esa posición rompió el fuego sobre el navío almirante con tal feliz resultado que le acertaron 3 balas de 68, de las cuales dos chocaron en la caja de la rueda y una en la línea de agua, hiriendo á un marinero. Entonces el almirante ordenó que arremetiesen los acorazados *Tamandaré*, *Bahía* y *Barroso*. En esta maniobra el *Bahía* recibió tres proyectiles: el primero produjo en la coraza tres centímetros de depresión, el segundo le atravesó el castillo de proa y la tercera le inutilizó un mástil.

Al vivo fuego de los acorazados la guarnición de la embarcación paraguaya se lanzó al río y á nado alcanzó la costa; un momento después, un certero tiro dirigido personalmente por el comandante del *Tamandaré*, Maris e Barros, produjo una explosión en la Santa Bárbara de la chata y la hizo volar en pedazos.

Por este día concluyó la jornada, sin ningún otro espectáculo de ese género; pero esto no era sino una corta tregua para volver en seguida á estrenar una nueva escena de tan retumbante colorido.

Anteriormente, en una junta de guerra, se había acordado, que el día 27 el general Flores con los vapores

argentinos *Chacabuco* y *Buenos Aires,* escoltados por el *Enrique Martins,* remontase el Alto Paraná hasta el Paso Itatí y reconociese esos lugares; no nos extendemos en mayores consideraciones, en razón de que en los preliminares del Pasaje del río Paraná hemos ya expuesto todos estos acontecimientos con más abundamiento de detalles, pues aquí solo trataremos de los hechos de armas que tuvieron lugar sobre el Paso de la Patria, antes de la invasión al territorio paraguayo.

A la tarde regresó la expedición sin haber sufrido ninguna hostilidad.

Poco después del medio día, la chata á las órdenes de un excelente artillero, el sargento Moringo, se encontraba abrigada detrás de una punta de piedra que se destacaba del peñon de Itapirú, de manera que apenas era vulnerable la boca de su grueso cañón. Al mismo tiempo el coronel Bruguez iba personalmente á dirigir los fuegos de las piezas del fuerte, lo que anunciaba que esta vez el fuego sería recio y certero.

Se inicio el cañoneo haciendo prolijas punterías por ambas partes: una bala de 68 acertó en la coraza del navío almirante, otras le pasaron muy próximo y al distinguirse como picaban los proyectiles en la mansa corriente del río, levantando blancos borbotones de agua, parecía que enormes pescados jugueteaban en su superficie.

Un momento después de este accidente, se adelantó el jefe Albín con los acorazados *Bahía* y *Tamandaré,*

y no pudiendo atacar la chata á causa de su invisibilidad, arrojaron sobre el fuerte Itapirú un huracán de fierro, produciéndole serios desperfectos en su defectuosa construcción, pues á cada tiro se veía volar por el aire como pequeñas explosiones, piedras y escombros. Este combate continuó así hasta las 4 p. m. sin que los paraguayos cediesen el terreno. Por momentos guardaban silencio, como para tomar mayores bríos; pero volvían á empezar la lucha con la misma entereza de antes. Esos artilleros parecían hechos del mismo duro metal que sus cañones; es difícil que se pueda sobrepasar el ánimo de estos autómatas de la defensa nacional.

Hasta esa hora, á pesar del reñido cambio de proyectiles, solo había sido herido el jefe Albín de un astilletazo poducido por una bala de cañón de la chata, y un marinero del *Tamandaré*.

A las 4 p. m. se dió la orden de retirada á los dos acorazados brasileños, pero como no podían dar vuelta para cumplir esta disposición, á causa de la estrechez del canal, se inició el retroceso navegando hacia atrás. Cuando este último ejecutaba esta maniobra, dos proyectiles dirigidos por el coronel Bruguez con un pequeño intervalo de tiempo, penetraron por la abertura de la casamata de la torre donde se encontraba el jefe del navío Maris é Barros y como cincuenta personas entre oficiales, tropa y marineros.

La primera bala entró por la portañola del frente de la casamata, rompiendo los cables metálicos que la

defendían; y transformándolos en terribles proyectiles, que en unión con el bloque de fiero enfurecido, empezaron á resurtir de un lado á otro de las paredes acorazadas de la casamata abatiendo cabezas y quebrantando huesos.

Aquella escena indescriptible es para ser pintada por un pincel maestro. Esa masa de cincuenta cuerpos humanos, sofocados por una atmósfera candente, moviéndose tambaleantes de un lado al otro, en un vaivén confuso, rodando en torbellino, á impulsos del flujo y reflujo sangriento, devastador, de aquella ráfaga de muerte. Esos cuerpos humanos, decíamos, heridos, macerados, despedazados, aplastados como si una avalancha de proyectiles se desplomase del cielo, era un supremo horror, que solo el delirio de la venganza pudiera imaginar.

Todavía no había cesado del todo esa danza macabra, cuanto otra bala penetra y rebotando nuevo pánico y temores entre los que aun viven, con mayor vigor continúa el terrible trance á que la buena puntería del coronel Bruguez condenaba á los infortunados del *Tamandaré*.

De las cincuentas personas que formaban la masa humana en la cual se había ensañado el furor del destino, treinta y cuatro estaban muertas y heridas; ninguna quedaba en pie. Rodeando al comandante yacían en un gran charco de sangre en esa carnicería histórica, todos terriblemente desfigurados; componían una escena que

hacía partir el corazón del más bravo, sobre todo cuando se escuchaban los lamentos de los moribundos que parecían voces subterráneas de espectros, dolientes gemidos torturantes que escapaban del fondo de esa hecatombe humana, salpicando con la masa encefálica de las víctimas las paredes de ese estrecho antro de la muerte, de vientres que habían estallado brutalmente al impacto de las balas, arrojando los intestinos en todas direcciones, de brazos y piernas descuartizados como si el suplicio antiguo, ejecutado por cuatro fogosos potros, hubiera surgido de nuevo. ¡Oh! todo esto era de una realidad tan espantosa que parecía una exageración de la alterada fantasía que creaban los romances bárbaros de la edad media.

Entre los muertos, terriblemente desfigurados, quedaron el teniente 1° Vasimon, el comisario Acacioli de Vasconcellos, el escribiente Alpoin y siete sirvientes de las piezas y marineros; y heridos el comandante Maris e Barros, á quien la segunda bala le había tronchado una pierna, el teniente 1° Ignacio de Silveyra, los tenientes segundos Víctor de Lamare y Manaes Barreto, el guardia marina Paul Mascareñas, el alférez del 43 de voluntarios Tariño Pinto, un contramaestre y 17 plazas. De estos últimos, entre rudos tormentos, murieron 9 en seguida, entre los cuales se encontraba el valeroso Maris e Barros, que no permitió que le dieran cloroformo cuando se le amputaba la pierna, diciendo con la arrogancia de su valor:—Eso es bueno para mujeres,—y soportó aquella operación con un valor y una sangre fría admirable, fumando un ciga-

rro; y el teniente Silveyra, oficial joven lleno de méritos.

De manera que la excelente puntería del coronel Bruguez fué causa de un verdadero desastre para la escuadra brasileña, que enlutaba su bandera por la pérdida de 19 muertos y 15 heridos, sobre todo la del heroico Maris e Barros que hasta su último momento demostró la más grande serenidad de espíritu y sus últimas palabras fueron llenas de la dignidad de sí mismo: «Hagan decir á mi padre que siempre he respetado su nombre y que muero digno de él.»

Con este suceso concluyó la amarga jornada de ese día, pero al amanecer del día 28, la misma chata colocada en el lugar que ocupaba el día anterior y al mando del impávido sargento Moringo, empezó á tirar sobre los navíos de madera, acertando dos balas en la *Princesa de Joinville*, una en el transporte *Riachuelo* y otra en la cañonera *Parnahyba*.

Inmediatamente entraron en línea el *Bahía* y el *Barroso*, y aproximándose cerca del fuerte de Itapirú, rompieron el fuego contra la chata y ese medio derruído baluarte. A los primeros tiros una bala del *Bahía* inutilizó el cañón de la chata, hiriendo á dos de sus tripulantes. En esta situación, su jefe y el resto de los sirvientes de la pieza abandonaron la embarcación. Un momento después dos balas de los acorazados la echaban á pique; pero no hubo explosión, porque el depósito de municiones estaba en tierra. Entonces, dirigien-

do estas naves sus fuegos contra el fuerte, le hicieron guardar silencio. Este bombardeo duró hasta el anochecer, hora en que se retiraron los buques agresores.

Las pérdidas de los brasileños en este día fueron las siguientes:

El acorazado *Brasil* tuvo fuera de combate dos imperiales marineros que se encontraban fuera de la casamata, uno herido y el otro muerto.

El *Barroso* tuvo seis hombres fuera de combate, golpeados dentro de la casamata por un casco de bala que se quebró contra la portañola. Uno de los heridos, el teniente 1° Muñiz Finsa, que era el segundo de ese navío, recibió dos heridas graves en la frente y el brazo derecho, que le pusieron en peligro de muerte, habiéndole amputado el brazo. Aquel acorazado, entre las averías que recibió, le fué desmontado un cañón Whitworth de 120.

Eran tan excelentes las corazas de los buques brasileños que el *Bahía* sufrió en los días 27 y 28 treinta impactos por balas de calibre 68 que no hicieron mella en su coraza, salvo ligeras depresiones.

En este mismo día, una batería brasileña de piezas rayadas de á 12 y de mortero de 10 pulgadas, bajo la dirección del teniente coronel Carvalho, empezó á bombardear desde la costa argentina el fuerte de Itapirú. (1)

(1) Todos estos datos son tomados de las anotaciones á la obra Schneider, por el ilustre Paranhos.

Viendo López su nueva y original escuadra inutilizada, y aunque tenía la certeza de los resultados negativos del sistema por el cual condenaba á sus excelentes soldados á un sacrificio estéril, así mismo, ordenó que desde Humaytá le trajeran otra chata que allí permanecía con todo el montaje completo, ya preparado para colocar la pieza de la última chata echada á pique el 26 á causa de la explosión producida por un proyectil del *Tamandaré*.

La *Belmonte* que ocupaba una posición que se encontraba al alcance de las balas del fuerte paraguayo, hizo el 29 algunos disparos que inmediatamente fueron contestados por los fuegos de la batería de Itapirú.

Aparecía entre rosados celajes la alborada del día 30, cuando los botes de ronda de la 2ª división de la escuadra, establecidos frente á las Tres Bocas, avistaron una chata que descendía cautelosamente de Humaitá por la margen izquierda del Paraguay. Cuarenta hombres en silencio y agazapados la tripulaban: se deslizaba suavemente por la corriente, produciendo apenas un ligero rumor con su proa; venía remolcada por una canoa que navegaba lentamente.

Inmediatamente, sin mayor peligro, fué abordada y tomada, salvándose los tripulantes á nado que buscaron un refugio en la costa. Las dos embarcaciones cayeron en poder de los brasileños.

Por algunos días cesó este encarnizado combate, que tanto aliento y orgullo proporcionó al Mariscal López.

¿Con qué satisfacción no vería desde su campamento, con su anteojo de larga vista, esta lucha desigual entre sus chatas, aunque siempre descalabradas, y la escuadra imperial acorazada? Esa impávida resistencia, de sus valientes tropas en combates tan desiguales sin cejar un momento, es algo extraordinario. Cualquiera diría, ante tan raro proceder, que él no buscaba el éxito, sino el heroísmo. A la verdad, que quien imperaba sobre tales soldados, podía esperar todos los mayores sacrificios de su obediencia pasiva, heroica, digna de la admiración del mundo.

Mientras tenían lugar estos sucesos, el ejército argentino, abandonando su último campamento de la Ensenadita, se había aproximado á la margen izquierda del Paraná y acampado en una buena posición que ocuparía la izquierda del frente de batalla de los tres ejércitos aliados. Por su parte los brasileños, iniciaban el mismo movimiento el 26, avanzando las divisiones de Argollo y de Sampayo; ocupando estas fuerzas el lugar que señalaría la derecha, dejando un espacio en el centro para el ejército aliado de la vanguardia.

Mas sin embargo, alguna duda debió sobresaltar á López sobre la potencia balística de los cañones de 68 que montaban las chatas, y por consecuencia los del mismo sistema y calibre que defendían á Itapirú, Curupaytí, y Humaytá, con relación á las corazas de la escuadra brasileña; porque en seguida de los primeros combates de las chatas contra la escuadra imperial nombró una

comisión técnica de distinguidos artilleros presidida por el coronel Bruguez, teniendo por vocales al capitán Abértano Lagos y al teniente de marina don Domingo A. Ortiz.

Después de múltiples y serios experimentos con cargas máximas contra planchas del mismo espesor que las de la escuadra imperial, informa esta comisión, exponiendo la inutilidad tanto de los cañones de 68 que montaban las chatas como los de igual sistema y calibre de los que defendían á Itapirú, Curupaytí, y Humaytá, demostrando prácticamente que esta clase de artillería era impotente para perforar las corazas de la escuadra brasileña y aun para producir desperfectos de consideración.

Desde ese momento se convenció López de que sus baterías no impedirían el pasaje de Curupaytí ni de Humaytá. (1)



Como el fuerte de Itapirú era una especie de mosca brava que incomodaba en todo momento, arrostrando con una impavidez remarcable los furores de la escuadra imperial, y de las baterías establecidas en la costa argentina, se resolvió, en una junta de guerra, ocupar la isla del mismo nombre, que se encontraba entonces

(1) Manuel Avila, « Revista del Instituto Paraguayo », año X, número 46.

próxima á este fuerte, á una distancia de 1 kilómetro 100 metros. Pero este propósito no era la única razón que aconsejaba esta operación; también encerraba una estratagema: la oportunidad de hacer sospechar al adversario que el punto elegido por los aliados para ejecutar el pasaje del río Paraná, era el de Itapirú, explicando así la tenacidad con que se bombardeaba ese fuerte.

En vista de ser necesario antes de ocupar la isla, proceder á un prolijo reconocimiento, el 29 de Marzo á la 1.30 a. m., el teniente coronel Carvalho y otros ingenieros, con 80 plazas del batallón 5º de infantería, desembacaron allí y trataron de levantar varios croquis, reconociendo muy detenidamente la posición en toda su extensión.

Siendo favorable el informe de la comisión de ingenieros, se ordenó inmediatamente la ocupación de la isla por las tropas brasileñas.

Esta expedición debería ser mandada por el teniente coronel Villagrán Cabrita, á cuyas inmediatas órdenes se habían puesto 400 plazas del batallón 7º de voluntarios de San Pablo, con su jefe Pinto Paca; 400 del 14 provisional de infantería de línea, compuesto en su mayor parte de guardias nacionales del municipio neutro y de algunos voluntarios del Norte, bajo el mando del mayor Martini; de 100 plazas del batallón de ingenieros, mandadas por el capitán Amorín Becerra; de una batería de cuatro piezas Lahitte, de calibre de á 12;

de otra de cuatro morteros de 0.22 metros, la primera á las órdenes del capitán Monsa y la segunda á las del capitán Tiburcio de Souza, ambas pertenecientes al primer batallón de artillería á pie de Río Janeiro ; de una parte del cuerpo de ingenieros del primer cuerpo de ejército, bajo el mando del teniente coronel don Carlos Carvalho y de los ingenieros, Andrés Rebousas y Bernardino de Sena Madureira, los que, con una fuerza de zapadores, dirigían los trabajos, construyendo dos baterías con sus parapetos, espaldones y explanadas en los sitios señalados por el jefe de la expedición, frente al fuerte de Itapirú y á la costa paraguaya que se extiende á la izquierda de éste.

Este destacamento de tropas elegidas debía cubrirse con trincheras provisionales en el primer momento. Los acorazados *Bahía* y *Tamandaré* y las cañoneras *Enrique Martins* y *Greenhalg* protegerían su transporte y el de su material, tomando posición próximo á la isla.

La isla de Itapirú, que más tarde se denominó isla Cabrita, conmemorando la bizarra comportación de este jefe brasileño, era un banco de arena denominado por los paraguayos Banco de Itapirú, que en las grandes crecientes se cubría de agua, poblada de espesa maleza, donde sobresalía el arbusto sarandí. Su forma era casi oval y su mayor diámetro quedaba paralelo á ambas márgenes del río. Pertenecía al Paraguay por su próxima ubicación, pues estaba á tiro de rifle del fuerte de ese mismo nombre. Se encontraba separada de la

costa argentina por un canal bastante profundo ; y por su depresión notoria con relación al baluarte paraguayo, se presentaba inferior á esa posición á causa de ser dominada con ventaja por sus cañones, y aun con los que se pretendieran colocar en la margen paraguaya que la enfrenta. Así, para que tuviera un verdadero valor táctico este punto, era necesario construir buenas obras de fortificación, para resguardar á las tropas que la ocuparan, y á las baterías que la sustentaran, de los estragos de los gruesos cañones del adversario.

En la noche del 6 de Abril desembarcó allí el teniente coronel Cabrita con sus tropas, y su primera preocupación, como soldado entendido y prudente, fué tratar sólidamente de resguardarse, previniéndose en lo posible contra la furibunda agresión que sin duda, en el día siguiente sufriría por parte de los paraguayos.

Trazó entonces las líneas de las obras que debían ejecutarse para su reparo, y se vió entonces á esos 900 hombres, con un ardor patriótico, en la obscuridad de una noche calurosa, trabajar sin dencanso en la construcción de dos buenas trincheras, desenvolviendo el trazado en el sentido longitudinal de la isla. La de la derecha era un tanto oblicua en dirección á la margen del río, como más aproximada en su extrema derecha de la margen correntina que de la paraguaya, formando en seguida en la izquierda un ángulo obtuso cuyo vértice apuntaba en dirección á Itapirú. La parte de esta trinchera, que viniendo de la derecha precedía al ángulo, estaba guarnecida por el batallón 7° de volunta-

rios y por el 14 de línea. La cortina que sucedía al ángulo estaba sostenida por dos cañones. En la prolongación de este lienzo de muralla artillado, en una dirección paralela á la margen del río, erguíase la trinchera de la izquierda, mucho más cuidadosamente construída que la de la derecha, y amparada por dos cañones y cuatro morteros. La trinchera de la derecha no llegaba al río : existía allí un pequeño espacio exento de fortificación por donde se podía avanzar con facilidad. Entre las trincheras de la derecha y la de la izquierda, se presentaba también una abertura, en el centro de la cual se plantó una astabandera. Otro intervalo peligroso quedó entre la trinchera de la izquierda y el río, sin ninguna obra de arte que la defendiese, ofreciendo este punto débil la mayor facilidad para aquel que quisiese contornear las fortificaciones y penetrar por un flanco. (1)

Como se ve, era vulnerable la posición por sus extremos, centro y retaguardia; pero nadie creyó que estando resguardada por la escuadra brasileña, naciera en López el plan temerario de atacarla.

El 6 de Abril, al amanecer, ya flameaba en esta posición la bandera brasileña, y con esa cortesía irónica de la guerra sin entrañas, se saludaba al baluarte paraguayo con el fuego de los cañones, morteros, y con la mosquetería de los dos batallones.

(1) Algunos de estos datos han sido tomados del artículo del comandante Pinheyro Guimaraes, titulado «Cuadros históricos de la guerra del Paraguay». Este ilustre jefe y doctor fué una figura brillante entre sus camaradas.

También será necesario decir que en los días 25 y 28 los bombardeos de la escuadra habían casi destruído el fuerte paraguayo, é inutilizado tres piezas de 68. Ahora sólo quedaban en batería dos cañones de este calibre, recientemente montados. Estas piezas provenían del *Jequintinhonha*, echado á pique en la batalla naval del Riachuelo, y eran dirigidas por los tenientes de marina Ortiz y Gil; el primero un valiente oficial que en aquel combate tuvo una brillante comportación, mandando el *Iporá* y el segundo también reputado como sereno y buen artillero; además una tercera chata, cuyo mando le fué dado al sargento Moringo.

Al fuego de la isla respondieron las dos piezas de Itapirú y la de la chata, que buscó una posición más ventajosa.

Mientras tanto, el coronel Bruguez trató de colocar otros cañones de 68 en un punto táctico próximo al fuerte.

Como se ve, era muy digna de admirar la enérgica tenacidad que desplegaba por ambas partes ese robusto espíritu americano puesto en escena ante el mundo.

El teniente coronel Cabrita continuaba con el mayor ardor los trabajos, mejorando sus trincheras, dándoles las mayores ventajas posibles contra la posición dominante de su adversario.

Como se recordará, el 5 de Abril remontó el Paraná una expedición á las órdenes del comandante Albín, en

la que iba el general Hornos, y al regresar el día 6, pasando por la guardia paraguaya, dos leguas arriba de Itatí, denominada Lengua Paso, de donde desalojaron el destacamento paraguayo, fué hostilizada por una batería volante de 6 piezas y cohetes á la Congrève que López mandó colocar en la punta Nordeste de la isla Santa Ana, á las órdenes de su ayudante el mayor don Julián Godoy. Los navíos brasileños respondieron al fuego del enemigo, sólo una bala acertó en la *Greenhalg*, sin causarle mayor daño. Una vez que los navíos pasaron, Godoy regresó al Paso de la Patria con los 200 infantes y las 6 piezas que llevaba.

Mientras tanto, el bombardeo continuaba por ambas partes entre la isla y el fuerte de Itapirú, apoyadas las tropas brasileñas por el *Tamandaré* y la cañonera *Mearin*.

Continuó así este combate el día 7, sustentado por los mismos actores del día anterior, sin producirse otra variación en la escena.

Los días 8 y 9 túvo lugar el mismo cuadro sustituyendo á las naves anteriores por la *Ilayohi* y la *Belmonte*, continuando en su puesto el *Tamandaré*.

De la margen paraguaya del río respondían al fuego de los cañones de la isla las piezas de Itapirú, la de la chata y las de dos baterías de artillería ligera á las órdenes del mayor Albarenga y del capitán Hermosa. (1)

(1) Datos tomados de las anotaciones de Paranhos.

La guarnición de la isla se encontraba abrumada de cansancio, en la noche no había pegado sus ojos trabajando en las trincheras, y al amanecer, en cuanto despertó el día, empezó á combatir con los ojos medios dormidos.

Aquellos sufridos soldados eran dignos de todo elogio: fuera necesario sentir el excesivo calor que dominaba en esos días, para darnos una idea de esa labor constante: no se podía exigir más á la potencia física del hombre de guerra.



La ocupación de la isla por las tropas aliadas fué un golpe formidable para el cesáreo orgullo de López, y él, que con miserables chatas había desafiado todo el poder de la escuadra brasileña, es claro que no soportaría que un grupo de adversarios arrostrase impunemente sus iras, casi en territorio paraguayo.

Con el propósito de llevar á cabo un hecho de relevante audacia loca, temeraria, como todas sus concepciones militares, proyectó un golpe de mano, de aquellos que solo una mente calenturienta puede concebir.

Ese plan consistía en el asalto de la isla ocupada por las tropas imperiales, y custodiada y defendida por la formidable escuadra aliada.

Nada puede revelar mayor desconocimiento de los principios de la guerra, de la poca estimación que tenía

por su ejército, y del desprecio enorme que sentía por sus adversarios, que este suceso.

López hizo comparecer ante su presencia á su hombre de confianza, el teniente coronel Díaz; corazón esforzado y capaz de arrostrar cualquier empresa temeraria por más difícil que surgiese; espíritu sereno y tenaz en el combate, enérgica moral que era el reflejo rudo de su impávida conciencia, inspirado en su desempeño por el instinto de la guerra: le hizo venir, decíamos, y poniendo en su conocimiento el plan de guerra, le proporcionó un sólido destacamento, ordenándole que tomase por sorpresa la isla.

Díaz, para cumplir las instrucciones recibidas, trató de elegir sus soldados entre los más decididos, y así tomó cuatro compañías del batallón 9°, reforzadas con gente escogida de otros cuerpos, alcanzando el todo á 480 plazas; cuatro compañías del batallón 3° aumentado con flor de tropa de ciertos batallones, llegando hasta 600 hombres, un escuadrón de caballería de 186 plazas; el total del destacamento alcanzaba á 1266 plazas.

En tres divisiones de 420 hombres fué organizada esta masa de combatientes.

La infantería á las órdenes de los tenientes Leonardo Rivero, teniendo por segundo al teniente Mateo Romero; además, estaban á sus órdenes los tenientes Mariano Bordón y Paulo Cabrera, y la caballería armada de

sables, á la de los subtenientes José de Jesús Martínez y Matías Borjas.

Además de todo esto, el comandante Díaz quedaría con una reserva de 2000 hombres próximo al fuerte de Itapirú.

Las instrucciones eran simplemente de avanzar con cautela sobre la isla y atacar por sorpresa las fortificaciones, no dando tiempo á que se pudiera organizar la defensa, sin preocuparse de tomar prisioneros. En los tiempos de aquellas crueldades paraguayas legendarias, esto era muy común. Parece increíble que un hom-como López, en cuyo ánimo no debía escasear la astucia ingénita, haya podido creer que 50 canoas ó más, tripuladas por 1266 hombres, pudieran escapar á la vigilancia de la línea de los centinelas, á las rondas de los puestos avanzando del destacamento de la isla, y á los de la escuadra.



Obscura se presentaba la noche del día 9 de Abril: la fresca brisa precursora de la madrugada movía suavemente las hojas de los árboles, de cuando en cuando se sentía como un rumor seco el golpear de las manos de los centinelas, y el aullido lejano de algún aguará [1] hambriento, allá en la selva que orla el hermoso río.

(1) Canis juvato. Lobo rojo americano.

La mansa corriente se deslizaba lamiendo la orilla arenosa de la margen paraguaya, allí, amarradas en grandes estacas, se veía una multitud de canoas que esperaban tripulantes. Todos los cuatro ejércitos dormían ese profundo sueño reparador de la proximidad del día. El cansancio diario era un opio inapreciable para esas pobres gentes. Un silencio solemne rodeaba ese pedazo de universo poblado por fratricidas legiones, como dando tregua á los ruidos infernales con que se saludaran al día siguiente los nuevos combatientes. La bóveda celeste sin estrellas, entoldada, estaba espesa de vapores. El lucero, que después de una noche de guardia se ve aparecer con alegría, se había escondido entre nubarrones negros como manchas inmensas movibles de carbón. Próximo al fuerte de Itapirú se iba reuniendo el grupo temerario y sombrío, todas las precauciones habían sido tomadas para evitar el ruido delator; las vainas de los sables abandonadas quedaban sobre la arena de la playa; las bayonetas, bien ajustadas y atadas á las bocas de los fusiles, lo mismo que los paquetes de munición, unos repartidos en el seno, otros, apretados con pequeñitos manojos de paja en las grandes cartucheras; descalzos y enrollados los pantalones hasta media pantorrilla, se deslizaban los paraguayos, mudos, como sombras de una noche de fantasmas, parecía sellada la boca por la disciplina feroz que los domina; no se había proscripto el latido del corazón porque este noble órgano, cumpliendo la consigna del valor sereno, estaba tranquilo, sí, muy tranquilo; se deslizaban esfumando su contorno en las tinieblas de la noche estos autómatas de la insensatez de

un déspota. Así fueron tomando las canoas con un orden admirable, colocándose sin estorbarse con los oficiales y los sargentos á la cabeza; tenían el instinto de la obediencia ciega para morir por su soberano, que para ellos era la encarnación de su patria; tenían el instinto de la sorpresa súbita, ingénita cualidad inapreciable guaraní; algo del tigre de la selva. El hombre se codea siempre con el medio en que vive. Estos paraguayos de ánimo de bronce olían á la espesura donde se alberga la fiera, tan feroz para defender su guarida.

Las canoas velozmente empezaron á navegar hacia la dormida isla cortando la corriente aguas abajo. Eran las 3.30 a. m. cuando abandonaron la playa, unidas en fila, guardando la distancia de manera de alcanzar la tierra todos al mismo tiempo. Van las frágiles embarcaciones como una regata fantástica de sombras; la carrera es hacia la fatalidad.

Al aproximarse, por menor ruido que hicieran y con su enorme bulto, fueron sentidos los paraguayos por los puestos avanzados del batallón 7° de Voluntarios de la Patria, que guarnecen el flanco derecho de la isla. Cabrita, entonces, al presentir el riesgo que lo asalta, hace despertar la tropa que duerme al pie de los pabellones y dispone la defensa de la línea fortificada, confiando el espacio abierto de la izquierda al capitán Tiburcio de Souza y el del centro al teniente Carvalho y las demás fuerzas en los puestos que de antemano guarnecen.

Los paraguayos tocan su objetivo algún tiempo antes de la alborada. Eran las 4 a. m. cuando se lanzaron á tierra algo desorientados por no conocer el plano de la posición fortificada, y menos sus puntos débiles á causa de la obscuridad de la noche. La primera fuerza que saltó de las canoas fué el batallón número 9 mandado por Leonardo Rivero, á cuyas ordenes iban los tenientes Romero, Bordón y Cabrera, y la caballería à las de Mateo Vargas y de José Jesús Martínez; el batallón 3° los siguió un momento después dirigido por el teniente Morel con los oficiales de igual clase, Santiago Arévalo y Ciriaco Vera.

Todas estas fuerzas avanzaron con el mayor sigilo sobre la derecha de la línea brasileña, es decir, sobre la parte mejor guarnecida y menos vulnerable.

Al arremeter resueltos los asaltantes á los puestos avanzados de la derecha, y á la línea de los centinelas, se oye un tiro, en seguida otro y otro, y se ve entonces que los vigilantes escuchas se replegaban sobresaltados á la trinchera; pero disparando sus armas; reciben entonces una lluvia de balas los paraguayos de la línea de fuego de los parapetos; es un arabesco ígneo que se quiebra y ondula como llama de artificio. El toque precipitado de generala se une al mismo tiempo al estruendo del combate.

Los atacantes intentan avanzar cubiertos por la negra espesura. Entonces se siente en toda la línea brasileña el toque de ataque. El grito de ¡ Viva el Para-

guay! responde tremebundo; pero es ahogado en sangre. Nuestros aliados sin abandonar sus trincheras y bien parapetados en ellas, redoblan la intensidad de la mosquetería; bajas las punterías barren la planicie con ráfagas de plomo, especie de mortífero granizo horizontal irresistible, hasta el punto que el enemigo se detiene un tanto desmoralizado, pues en vez de atacar resueltamente la fortificación, hace alto para contestar con débil fusilería al certero de los brasileños, que aumenta con los botes de metralla que salpican la arena segando vidas. Este fuego de las dos armas produce una verdadera carnicería en el enemigo. Aquí se puede aplicar, para los asaltantes, la célebre frase de Souvarouff, al referirse al impulso resuelto de la ofensiva: «La bayoneta es sabia, la bala es loca». En ese instante psicológico, y en esa época no había otra prescripción militar que cumplir.

Desde este primer momento se siente el fracaso de la sorpresa. El arranque del asalto se ha detenido; continúa la mosquetería por ambas partes, con desventaja para el adversario, y de cuando en cuando un metrallazo dirigido por el capitán Monza hace guardar silencio á la fusilería del agresor. En vano intenta un nuevo avance con el batallón 3° que desembarca el último, pero todo es inútil; este torpe movimiento es contrarrestado por la metralla y la intensa mosquetería de las trincheras que lo detiene ante tan bárbaros estragos. El soldado que ve claramente que es un sacrificio estéril pretender asaltar trincheras defendidas por artillería y un casi igual número de tropas á las

del asalto, se detiene. El coraje humano tiene una meta de la cual no se puede pasar. Por otra parte, en la obscuridad de la noche interviene el desorden y se aleja del mando la autoridad. Ese es un combate entre sombras y relámpagos que deslumbran ; pero no iluminan.

En esta inmóvil situación va pasando el tiempo, al fin la alborada con su luz ténue como escudriñando tímida ese lugar terrible, en seguida se anuncia espléndida, como un consuelo enorme para los que defienden la posición; se anuncia espléndida desterrando la obscuridad de lo incierto, de la duda: la claridad del día muestra entonces hasta la evidencia la brutal carnicería que se ha hecho en las tropas del asalto formadas por valerosos soldados, de los cuales no quedan sino pequeños grupos aturdidos, esparcidos, sin orden, sin cabeza, que no infunden ya respeto. Se sintió entonces el himno nacional brasileño como un broncíneo canto que estalla de nuevo el frenesí de la batalla, y cual movidos por un patriótico resorte, saltan los soldados las trincheras como la jauría un cerco que les intercepta la caza inmóvil, se arrojan sudorosos á la bayoneta sobre el montón paraguayo que aun permanece en pie, haciendo atronar los aires con bárbaros gritos de guerra.

Ante este embate formidable el pánico invade á nuestros adversarios; ya no hay voz ni ejemplo que los reanime; sordos á la disciplina, retroceden á la orilla del río y van refugiándose en sus canoas.

Completamente desmoralizados, sin dirección y sin orden, ya no hacen frente los vencidos, uno que otro resiste y vende cara su vida con valor indomable; pero todos caen aislados bajo los golpes de las bayonetas de sus numerosos enemigos, de esos brasileños á quienes tan estúpidamente despreciaban, provocándolos á una lid desigual y proporcionándoles una fecha de gloria.

Las canoas ligeramente sonrosadas por el rojo sol naciente que reemplaza á la aurora, se empiezan á alejar repletas de muertos y heridos, parecen pintadas con sangre en su interior: los pocos soldados sanos que han podido salvar del desastre, reman furiosamente haciendo volar los débiles esquifes para salvarse de la lluvia de balas que aun los persiguen produciendo nuevas víctimas; la fúnebre escuadrilla está en marcha; es un enjambre de fugitivos perseguidos por el espanto, y para colmo de su desdicha, el teniente 1° Francisco Gonzalves, comandante del *Enrique Martins* cuando sintió el rumor del combate de la isla, tocó zafarrancho y mandó encender las calderas, dando cuenta al superior de lo que ocurría; mas, sin esperar órdenes, al aclarar el día, se lanza al canal intermedio entre la isla é Itapirú seguido por la *Greenhalg* y la *Chuí* con el propósito de interceptar la retirada á los diezmados tercios enemigos. Desde ese momento empezó otra especie de matanza; en esta había otro sistema más frío, más atrozmente pintoresco, algo como los suplicios análogos del tiempo del Terror en la Francia revolucionaria. La metralla

hundía las fugitivas canoas, poniendo otras á pique con la acerada proa de los bajeles homicidas, que como una cuña infernal, penetraba y rompía con estrépito la maza de los fugitivos, produciendo una confusión espantosa entre aquellos infelices derrotados y mártires de una causa estrecha. Se veía entonces, una vez náufraga la canoa, al grupo infeliz caer al río produciendo un ruido seco y un pequeño remanso, sumergiéndose los heridos en medio de la mayor desesperación á pesar de sus esfuerzos para conservar la vida, dejando sonrosada el agua á su alrededor y alejarse al mismo tiempo del lugar del siniestro un enrejado de negras cabezas. Como el momento es oportuno, los marinos brasileños juegan al blanco con estos puntos movibles que alguna vez desaparecen y vuelven aparecer más lejos para despistar al adversario, que con una rasante exacta sega nuevas vidas. Así son sacrificados sin defensa alguna; se da muerte con revólver, con rifle, á golpes de espolón, á arponazos, á todo; en cuanto á horrores de la guerra, aquello no deja nada que desear. Aquél espectáculo es espléndidamente bárbaro, vibra entre estampidos incesantes y brumas asfixiantes de pólvora.

Los cañones de Itapirú, ante este horroroso espectáculo, eligen á la cañonera *Enrique Martins* como un excelente blanco, toda la furia de su artillería, á corta distancia, se concentra en la línea flotante del buque infernal que ha sorbido tanta sangre: se bate tan próxima al fuerte, que su valentía admira; al poco rato, herida de muerte por dos certeras balas de 68, tiene que retirarse exhausta, moribunda; porque ya el agua la empieza á

ahogar, se aleja navegando apenas y tiene al fin que embicar en la costa argentina para no irse del todo á pique; lo mismo les sucede á los otros buques que la acompañan. Mientras tanto, el cañoneo continúa, tanto por la artillería paraguaya como por los cañones de la isla y los de la escuadra, más al fin el cansancio impone el silencio. Es una tregua que se da á esta lucha inhumana. Ese silencio es porque están ebrios de sangre y de fatiga, es necesario dormir.

Nunca los aliados serán responsables de estos horrores provocados por el dictador paraguayo.



A los primeros estampidos que interrumpían el silencio de la noche, y los fogonazos que iluminaban la isla, sobresaltados los cuatro ejércitos, despertaron y quedaron suspensos en sus puestos esperando con ansiedad el desenlace de la tragedia que no se veía, pero que se suponía. Las conjeturas dominaban la escena y cada estallido repercutía en el corazón de los camaradas: todos los espíritus estaban pendientes de este suceso extraordinario. Se oían bien distintamente las aclamaciones de los paraguayos; pero al mismo tiempo las cornetas brasileñas tocaban á «Ataque»: aunque era difícil prever el desenlace final, la fe que se tenía en la energía de nuestros aliados y en el auxilio de su escuadra, disminuía el sobresalto, hasta el punto que el batallón brasileño núm. 12, que dormía esa noche en la margen del Paraná para

acudir en un momento dado en socorro de la guarnición de la isla, estaba sobre las armas, pero quieto.

Al fin la claridad del día dió colorido horrible al campo del combate y pudo verse entonces flamear orgullosa la bandera brasileña, y á los paraguayos perseguidos á punta de bayoneta, refugiándose en las canoas; entonces una aclamación unánime saludó la victoria que aun la artillería del adversario disputaba con tenacidad.



Repugnante se presentaba la arena de la lucha; 650 cadáveres enemigos yacían por tierra como testimonio del fuego certero de la defensa y de la saña del vencedor. Además se tomaron 69 prisioneros de los cuales algunos heridos, y entre ellos al segundo jefe de la primera columna, el teniente Juan Mateo Romero, de manera que entre muertos, heridos, y prisioneros aprisionados en la isla, las pérdidas del adversario alcanzaban á 719 plazas; ahora, agregando los que fueron muertos y ahogados por las tripulaciones de los buques imperiales, tendremos por lo menos 1100 bajas entre las cuales había 17 oficiales muertos y 8 heridos, lo que hace suponer que apenas salvarían 166 paraguayos. También se recogieron 700 fusiles y algunos sables. (1)

(1) Es curioso ver la narración del «Semanario». Dice que tomaron la isla y degollaron á todos, pero que en seguida vinieron grandes fuerzas de los aliados y tuvieron que abandonar la isla con pérdida de 200 hombres.

Por parte de los defensores de la isla las pérdidas alcanzaron á 48 muertos y 101 heridos, siendo de estos últimos 6 oficiales.

Los brasileños se batieron bien, lo que queda bien mostrado por sus sensibles pérdidas, siendo la más sentida, después del combate, la del teniente coronel Cabrita, muerto por la certera puntería de su antiguo discípulo el coronel Bruguez. (1)

El hecho pasó así: En seguida de esta jornada el comandante Cabrita se dirigió á una chata que servía de depósito con el intento de tomar algún alimento y redactar el parte. Con él se encontraban el alférez Wolf, el teniente Carneiro da Cunha y el capitán Sampaio, su íntimo amigo, que desde tierra había ido á felicitarlo; los paraguayos seguían bombardeando la isla con todo el furor del despecho que infundía en ellos la reciente derrota. El río había crecido de modo que la chata estaba algo más elevada, de suerte que se la distinguía desde el fuerte enemigo: de repente una bomba arrojada por un cañón de aquella posición arrebató la vida al comandante Cabrita de entre sus compañeros. Sampaio cae redondamente muerto, Wolf y Carneiro da Cunda son gravemente heridos.

Sic transit gloria mundi.



(1) En tiempo de López I solicitó éste del Brasil un instructor de artillería para el Paraguay y el ministro de la guerra le remitió al teniente coronel Cabrita, cuya enseñanza la puso á prueba con sus certeras punterías.

Uno se pierde en conjeturas cuando se piensa en las ventajas que suponía adquirir López con la posesión de la isla defendida por la formidable escuadra brasileña; porque siempre había que sospechar en él un plan, que aunque fuera un desatino, le presentase una ventaja, pero creemos que esto en este caso es imposible y nadie, estamos seguros, atinaría á encontrar la razón de empresa tan disparatada, y si admitimos la victoria y la posición de la isla, sería efímera ante tan inminente peligro, pues habría sido desalojado á cañonazos sin pérdida de tiempo.

En cuanto al valor táctico de la isla y de los trabajos, por sí sola eran sin importancia; esta únicamente la adquiría por la escuadra, pues sus flancos, su centro y su retaguardia presentaban cuatro puntos vulnerables; si el adversario hubiera tenido nociones de ese arte que sólo es astucia, prudencia y valor pensante, no habría atacado sin conocer topográficamente los puntos débiles de las improvisadas fortificaciones.

En este caso, si admitimos el desatinado plan del avance sobre la isla, por lo menos el asalto se hubiera producido en términos tácticos y racionales. Los paraguayos arribaron ciegos y desgraciadamente cuando abrieron los ojos, fué para ver su inútil sacrificio decretado por su tirano. No nos extenderemos en mayores observaciones, porque absurdos de esta índole no necesitan explicación, ni estudio; está tan clara en ellos la evidencia, que las más negadas inteligencias lo comprenden al momento.

Mientras tenían lugar estos sucesos, el general barón de Porto Alegre ya se había puesto en marcha con el segundo cuerpo de ejército brasileño en dirección á la Candelaria, con el intento de invadir el Paraguay por dicho punto.



Con la misma tenacidad continuó por ambas partes el bombardeo. El día 10 la chata del sargento Moringo fué echada á pique del mismo modo que la que servía de depósito en la isla y el vapor *Fedeliz.*

El 11, el 12 y el 13 continuaron las serpentinas de bombas, siendo víctima en este día de una buena puntería el sargento Moringo, pérdida que lamentó mucho López, y así continuaron estos sucesos hasta el pasaje y la invasión al territorio paraguayo.

Como este punto y sus preparativos los hemos detallado en la campaña de Humaytá, nos detenemos para dar por terminada la campaña de Corrientes y de Río Grande.



Ahora vamos simplemente á emitir algunas observaciones sobre esta campaña tan bien llevada á cabo.

Como se ha visto, las naciones aliadas son sorprendidas por la guerra que le declara el Mariscal López

sin estar preparadas y sin sospechar tal agresión, se encuentran exabrupto frente á un formidable ejército enemigo. Los esfuerzos patrióticos allanan todas las terribles dificultades en los pueblos invadidos; la mayor es la movilización y la reconcentración á causa de la falta de un sistema de reclutamiento, y de las distancias; pero á pesar de todo, se organiza una resistencia activa por parte de las tropas irregulares que entretienen al invasor y permiten detrás de esa barrerra enérgica que se le opone, que se improvisen los ejércitos que han de terminar felizmente la campaña de Río Grande y arrojar del territorio argentino al enemigo.

Los que no conocen aquella situación como ya lo hemos expuesto, han criticado la demora de las operaciones, sobresaliendo en esta crítica los brasileños, que sin estudiar los grandes obstáculos del camino, son sugestionados por su impaciencia y su amor propio herido á mérito de ser un general argentino el que los mandaba, como si el general Osorio no hubiese alguna vez tenido á sus órdenes un ejército de esta nacionalidad en el mismo territorio argentino. Sobre todo, la estabilidad sobre el Paso de la Patria fué la crítica más acerba, olvidando que por falta de agua, según lo han dicho ellos mismos, no subió la escuadra hasta fines de Marzo para protejer el desembarco en territorio paraguayo, y que también se necesitaba el tiempo para instruir la mitad de su ejército y del argentino que eran reclutas, y tan hubo razón en esta demora, que en se-

guida que se emprendieron operaciones todo salió bien; pero las grandes dificultades estuvieron en las distancias enormes que se tuvieron que recorrer para reconcentrar los ejércitos, y fué tan lenta esta movilización de tropas, bisoñas en su mayor parte y sin instrucción alguna, que un año después de la guerra el ejército brasileño que conducía Osorio apenas alcanzaba á 13.828 hombres, incluso el cuadro de jefes y oficiales, y si es verdad que otras tropas venían en camino tanto por tierra como por agua y en varios puntos existían otros núcleos de fuerzas, éstas no estaban en la proximidad del grueso de las tropas del enemigo; porque si antes de llegar al Paso de la Patria, cuando estaba en Mercedes el ejército aliado, hubiese tenido que combatir al de Resquín, el brasileño se habría prepresentado con ese número. Todo esto que aquí exponemos aunque en parte se haya dicho en otro lugar, á propósito lo hacemos para demostrar en todo momento la justicia de nuestra causa.

Ahora nos permitiremos evocar la opinión del general duque de Caxías y la del ilustre anotador de la obra de Schneider, el vizconde de Río Branco. Dice este distinguido brasileño:

«La mayor dificultad con que lucharon los aliados durante la guerra, fué la ignorancia completa del territorio enemigo; á este respecto decía con razón, algún tiempo después de la guerra, el glorioso vencedor de Humaytá y Lomas Valentinas». [1]

(1) Véase el discurso pronunciado por el senador duque de Caxías en la sesión de 15 de Julio de 1870.

«Señores: Nada es más fácil después de los hechos consumados, y conocido el terreno y las maniobras del enemigo, que hacer de lejos, con toda calma, á la vista de los partes oficiales, la crítica de las operaciones é indicar planes más ventajosos. No acontece lo mismo al que se encuentra en el teatro de las operaciones, «camina en la obscuridad en país enteramente desconocido henchido de dificultades naturales». Es necesario que los nobles senadores se convenzan que la guerra del Paraguay, desde su principio, fué hecha por tanteos. No existían mapas del país por los cuales nos pudiéramos guiar ni prácticos de confianza. Solo conocíamos el terreno que pisábamos. Era necesario ir haciendo reconocimiento y exploraciones para dar un paso».

Esta opinión es de un gran valor, por ser de quien proviene. Es una gran verdad consignada por la experiencia: advirtiendo que cuando el duque de Caxías tomó el mando del ejército ya se habían allanado, en su mayor parte, todas las grandes dificultades, siendo la principal la casi destrucción del gran ejército paraguayo que actuó tan bizarramente en Tuyutí.

Ahora, como final de esta obra, del mismo modo transcribiremos la opinión del señor vizconde de Río Branco, refutando el cargo de morosidad en las operaciones de los ejércitos aliados en la guerra del Paraguay, que hace Schneider en su ya citada obra:

« Es preciso atender á que los aliados tuvieron que improvisar ejércitos y crear rápidamente elementos de

guerra para poder hacer frente al poder militar de López, siendo también oportuno tener en cuenta las grandes distancias que había que recorrer y los obstáculos que en invierno ofrecía el terreno á los numerosos ejércitos, que tras sí debían conducir todo lo que necesitaban, á causa de la pobreza del territorio que tenían que atravesar.

« A pesar de todo esto, en Junio empezaron á reunirse los ejércitos aliados en las proximidades de Concordia. Era, pues, necesario disciplinar á los reclutas, guardias nacionales y voluntarios. Así mismo el 18 de Julio Flores marchó al Norte y en 18 de Septiembre terminó la campaña del Uruguay.

« En seguida avanzaron los aliados de Concordia y Uruguay sobre Mercedes, en el centro de Corrientes y desde allí al Paso de la Patria ».

Como se ve, es el mismo duque de Caxías y el vizconde de Río Branco que reconocen el justo retardo de las operaciones de la guerra del Paraguay, á causa de obstáculos casi insuperables y de las largas distancias que había que recorrer.

Queda, pues, el general Mitre salvado de uno de los cargos más injustos con que lo han abrumado los escritores brasileños.

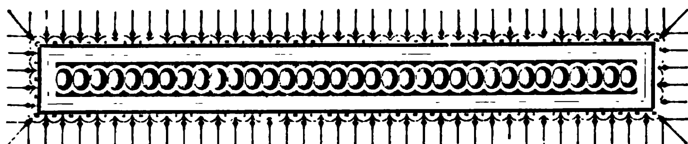
Y siempre será oportuno recordar á nuestros antiguos aliados, que si hubo errores en la guerra del Para-

guay, tan gloriosa para brasileños, argentinos y orientales, les pertenecen en igual parte á todos los que dirigieron aquella contienda y no únicamente al generalísimo, cuyos planes fueron discutidos y aprobados en juntas de guerra, suscritos por los generales aliados, y tan difícil fué aquella guerra para el Imperio del Brasil, que en su transcurso cambiaron 6 generales en jefe y solo concluyó con el exterminio del ejército paraguayo.

Así es bueno que cese ya esa crítica injusta y apasionada y tan inoportuna para robustecer las relaciones cordiales de las naciones que formaron la alianza.

Podríamos continuar estas observaciones, pero serían un resumen de las que al final de cada capítulo de esta obra hemos expuesto ; así dejaremos aquí por concluído nuestro trabajo.





APÉNDICE

Documentos ilustrativos referentes al principio de la guerra del Paraguay provocada por López II. — Tratado secreto de la Triple Alianza.

Misión especial del Brasil.

Buenos Aires, 26 de Enero de 1865.

El abajo firmado, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. el Emperador del Brasil, acreditado en misión especial cerca de la República Argentina, recibió orden para dirigir á S. E. el señor doctor don Rufino de Elizalde, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, el manifiesto que hace objeto á la presente nota.

El gobierno de la República del Paraguay, sorprendiendo la buena fe y la moderación del Brasil, le declaró la guerra, en alianza con el gobierno de Montevideo, y ya llevó sus armas á poblaciones casi indefensas de la provincia de Matto-Grosso.

El gobierno Imperial desea que las potencias amigas puedan apreciar en su imparcial é ilustrado juicio cuánto hay de injusto é inaudito en ese temerario procedimiento de un gobierno con quien el Brasil se esforzaba por cultivar las más benévolas relaciones de vecindad.

La República del Paraguay, señor Ministro, vivía secuestrada del comercio de las otras naciones y amenazada en su existencia por el ex-gobernador Rosas, cuando entre ella y el Brasil se establecieron relaciones de amistad y recíproca confianza. El interés que el gobierno de S. M. tomó por la independencia del pueblo paraguayo, fué reconocido por el propio gobierno de la Asunción y de ello pueden dar testimonio varios gabinetes de Europa y América.

En 1852, aliándose el Brasil al Estado Oriental del Uruguay y á una importante fracción de la República Argentina, contra sus opresores y enemigos del Imperio, los generales Rosas y Oribe, el gobierno imperial convidó luego al del Paraguay para esa cruzada de honor y de interés común, no por la necesidad de su cooperación, sino como garantía del futuro reconocimiento de su independencia por la Nación Argentina. El gobierno paraguayo, sin embargo, obligado por pactos preexistentes entre él y el del Brasil, á tomar parte activa en aquella triple alianza, apenas le prestó una adhesión nominal; se le sustrajo á todas las cargas, reservándose, sin embargo, el derecho de participar de los beneficios que resultasen y efectivamante resultaron, de los esfuerzos del Imperio y de sus aliados.

Abiertos los afluentes del Río de la Plata á la navegación de los ribereños y de todo el mundo civilizado, el gobierno paraguayo fué el primero á utilizarse de la concesión de los aliados, pero por su parte, conservó el Alto Paraguay cerrado á todas las banderas, hasta las del Brasil, de la República Argentina y del Estado Oriental, á las cuales no permitía pasar más allá de la Asunción. Esta denegación del Paraguay no era una simple falta de reciprocidad, era la postergación de principios estipulados entre el Brasil y la República por un tratado solemne, el de 25 de Diciembre de 1850.

La provincia brasileña de Matto-Grosso, que encierra en sí elementos de gran prosperidad, continuó privada de la navegación exterior como antes estuviera la República del Paraguay, no ya por el ominoso poder del gobernador Rosas, sino por la voluntad arbitraria del gobierno de la Asunción. Así permaneció aquella provincia desde 1852 hasta 1856, cuatro largos años después de franqueada la navegación del Plata y de sus afluentes por todos los otros ribereños.

Tan injusto é irritante procedimiento del gobierno paraguayo estuvo á punto de provocar una guerra con el Brasil; éste, sin embargo, la supo evitar por su moderación, no obstante los costosos preparativos que había hecho ya para sostener por las armas su derecho. En 1856 se firmaron en la Corte de Río Janeiro dos convenciones que pusieron término á aquel conflicto.

En una de estas convenciones aplazaba la cuestión de límites, causa principal de la contienda, porque el gobierno paraguayo ya no admitía ninguna de las soluciones que antes propusiera, ni otra, más ventajosa á la República, que entonces le ofrecía el gobierno imperial. La segunda aseguraba á la bandera brasileña el libre tránsito por el río común, con esta restricción, á que el Imperio accedió por amor á la paz, que solo dos buques de guerra podrían pasar las aguas de la República para el territorio brasileño del Alto Paraguay.

Apenas promulgado el referido amigable acuerdo, el gobierno paraguayo lo anuló de hecho, sujetando la navegación común á re-

glamentos que eran la negación de lo estipulado y harían imposible todo comercio exterior con la provincia de Matto-Grosso.

Fácil es conjeturar el efecto que debía producir la nueva provocación en el ánimo del pueblo y del gobierno brasileño. La guerra se hizo una vez más inminente: el Brasil fué obligado á nuevos armamentos; pero todavía en esta emergencia, el Brasil prefirió la paz, y pudo, por su prudencia, evitar decorosamente aquel recurso extremo.

El gobierno imperial propuso y firmó con entera buena fe el acuerdo que se contiene en la convención fluvial de 20 de Febrero de 1858. Esta convención no fué para el Brasil una tregua, á cuya sombra pudiese prepararse con más ventajas para romperla luego que así le conviniese.

No, el gobierno imperial, con la conciencia de sus derechos y cierto del civismo del pueblo brasileño, nunca quiso ver en los excesivos armamentos paraguayos más que el triste resultado de la política meticulosa de ese gobierno y del régimen anormal en que aún permanece la República.

Esperó sinceramente que el tiempo y sus benévolas intenciones determinasen por fin la conversión de aquel gobierno á los dictados de la razón y de la justicia internacional.

En estas disposiciones confiaba el gobierno imperial, cuando le sobrevino el conflicto con el de Montevideo, y se vió con espanto en el Río de la Plata presentarse el gobierno de la Asunción como el más celoso defensor de la independencia de la República Oriental del Uruguay, que nadie seriamente podía juzgar amenazada por el Brasil, por el Brasil que la defendiera contra el poder de Rosas y sin el concurso á que el gobierno paraguayo se obligara en el citado pacto de 25 de Diciembre de 1850.

Después de numerosos actos, por los cuales el gobierno imperial ha dado pruebas inequívocas de su respeto á la independencia de aquel estado limítrofe, cuando el gobierno argentino, que tiene con el del Brasil estipulaciones especiales á ese respecto, hacía justicia á las intenciones de éste, la simple duda por parte del gobierno paraguayo era por sí sola una ofensa inmerecida; pero este gobierno fué más lejos. Erigiéndose en árbitro supremo entre el gobierno imperial y el de la República Oriental, dirigió al primero una notificación amenazadora, que nada menos importaba que coartar al Brasil una parte de sus derechos de soberanía en el conflicto en que se encontraba con el gobierno de Montevideo.

El abajo firmado se refiere aquí á la nota paraguaya, que corre impresa con la fecha 30 de Agosto último, por la cual pretendió el presidente de aquella República ingerirse en la cuestión á que era del todo extraño, so pretexto de peligro para la independencia del Estado Oriental.

El gobierno de la Asunción no definía la naturaleza y alcance de

su amenaza, la envolvió en misteriosa reserva y la hizo dependiente de una cláusa — la ocupación del territorio oriental por fuerzas del Brasil — que no se verificó, y que el gobierno imperial había declarado estar fuera de su intento de medidas coercitivas contra el gobierno de Montevideo.

La respuesta á semejante pretensión y amenaza, no podía ser otra sino la que dió la legación imperial en la Asunción, haciendo sentir al gobierno paraguayo que el Brasil ejercía un derecho inherente á todas las soberanías, y que ninguna consideración podría detenerlo en el justo y honroso empeño de defender su dignidad y proteger las personas y propiedades de los numerosos súbditos brasileños residentes en el Estado Oriental.

La entrada de un ejército brasileño en el territorio de la República del Uruguay, sin que practicase acto alguno de usurpación, sirvió no obstante, de fundamento para que el presidente de la República del Paraguay rompiese sus relaciones de paz con el Brasil. La amenaza de 30 de Agosto último fué alegada como previa y solemne declaración de guerra, para justificar un abuso injustificable de la buena fe internacional con que ese gobierno inició sus hostilidades de guerra contra el Brasil.

El señor Ministro tiene conocimiento de la captura insidiosa del paquete brasileño *Marquez de Olinda*, que navegaba como de costumbre, pacíficamente por el río Paraguay con destino á la provincia de Matto-Grosso y de la prisión aflictiva á que han sido reducidos algunos de los inermes pasajeros de ese vapor, entre los cuales se encuentra un alto funcionario brasileño, que iba á ponerse al frente de la administración de aquella provincia.

El gobierno de la Asunción los consideró como prisioneros de guerra y trató con extrema severidad á pasajeros que simplemente transitaban por las aguas de la República, confiados en el estado de paz en que se encontraban ambos países y á la sombra de un derecho incontrastable.

Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de atentado semejante.

El conflicto del Brasil con el gobierno de Montevideo fué, como se vé, un pretexto y una ocasión, que el gobierno paraguayo aprovechó para llevar á efecto sus proyectos de guerra. Los hechos referidos ponen en toda luz el plan ha mucho tiempo premeditado por ese gobierno y el fin á que se dirige; pero hay otra pueba no menos significativa de sus maléficos intentos. Esta prueba es la expedición militar que envió al territorio de Matto-Grosso contando con la ventaja de la sorpresa en aquella remota provincia brasileña, víctima á esta hora de la devastación y atrocidades que van practicando sus invasores.

En vista de tantos y tales actos de provocación, la responsabilidad de la guerra entre el Brasil y la República del Paraguay pesará

exclusivamente sobre el gobierno de la Asunción. El gobierno imperial repelerá con la fuerza á su agresor, pero salvando con la dignidad del Imperio sus legítimos derechos, no confundirá la nación paraguaya con el gobierno que así la expone á los azares de una guerra injusta y sabrá mantenerse, como beligerante, dentro de los límites que le marcan su propia civilización y sus compromisos internacionales.

El abajo firmado tiene el honor de renovar al señor docotor don Rufino de Elizalde las protestas de su más alta consideración. (1)

JOSÉ MARÍA DA SILVA PARANHOS.

Asunción, Marzo 29 de 1865.

A S. E. el doctor don Rufino de Elizalde, Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

El abajo firmado, Ministro Secretario de Estado de Relaciones Exteriores de la República del Paraguay, tiene el honor de acusar á V. E. recibo de las dos notas que con fecha 9 de Febrero de este año se sirvió dirigirle.

Una de estas notas contesta á la que el abajo firmado tuvo el honor de dirigir á V. E. el 14 de Enero último, solicitando el permiso de tránsito inocente por la provincia de Corrientes, para el ejército que debía operar contra el Imperio del Brasil en su provincia de San Pedro de Río Grande del Sud, en la guerra que infelizmente ha estallado entre ambos y en la cual el gobierno imperial ha obligado al de esta República.

Tan justa y atenciosa solicitud, con las seguridades ofrecidas, hizo esperar al gobierno del abajo firmado que el de la República Argentina se prestaría á ello, tanto más, que nada tenía en sí, que no sea autorizado por el derecho de gentes, aconsejado por la equidad y las relaciones entre ambos gobiernos, así como por la indeclinable necesidad en que se halla la República del Paraguay de combatir al gobierno imperial en su propio territorio para obtener resultados que dispongan al gabinete de San Cristóbal, á oir la voz de la justicia

---

(1) Copiamos textualmente esta circular de la memoria de Relaciones Exteriores del año 1865.

y dar las seguridades necesarias sobre su política futura con respecto á los intereses de esta República, á los de la Oriental del Uruguay y en general á los de todos los estados del Plata.

Pero es con el mayor sentimiento que este gobierno se impuso de la negativa dada á una solicitud agravada con los inconsistentes raciocinios con que el gobierno argentino ha procurado motivar la repulsa de tan justa é indispensable solicitud, y considera este gobierno de tal gravedad este procedimiento, que no puede ya negarse á la convicción y á la evidencia, de que el gobierno argentino al favorecer así al Brasil, patentiza una hostilidad contra el Paraguay, que ni aun tiene el mérito de la franqueza y la lealtad.

Si esto no fuera suficiente para fijar el juicio del gobierno del abajo firmado, el contenido de las dos notas, objeto de esta contestación, y hechos positivos que prueban la injustificable animosidad que el gobierno argentino desde años atrás nutre hacia esta República y su gobierno, ya no le permite hacer la menor ilusión sobre las tendencias de la política del gobierno argentino á su respecto.

Las ponderadas seguridades de neutralidad que el gobierno de V. E. manifiesta en una de sus notas de 9 de Febrero último, con motivo de su negativa de tránsito al ejército paraguayo para la provincia brasileña de San Pedro de Río Grande del Sud, no alucinan ya á nadie, y menos al gobierno del abajo firmado, para merecer la consideración y el crédito que se tributan á las seguridades oficiales de todo gobierno, que respetando la opinión pública, se respete á sí mismo. El gobierno de V. E. por antecedentes desgraciados, y su política con el Estado Oriental, no extrañará que el del Paraguay no las considere como manifestación leal de su política hacia esta República.

Nadie ignora que un general argentino, se introdujo en la República Oriental sin causa ni motivo, ni aun llamado por el partido político á quien decía pertenecer para revolucionar el país y combatir el gobierno leal y la población oriental con elementos brasileños y porteños, reclutados y suministrados por un comité revolucionario oriental que funcionaba con escándalo públicamente en la hoy capital de la Confederación Argentina, bajo la vista y connivencia del gobierno nacional, proceder sobre el que el gobierno de V. E. debe hasta hoy las explicaciones amistosas que le han sido solicitadas por el gobierno del abajo firmado, y que aunque ofrecidas con las más amplias seguridades de una estricta neutralidad en los asuntos orientales por el gobierno de S. E. el general Mitre, no han sido recibidas.

Tan desastroso procedimiento valieron á la dilacerada República Oriental tantas desgracias y manifiestas traiciones; la pérdida de su independencia, y hasta su autonomía, de que no posee ya sino un simulacro. Y esto se debe, señor Ministro, únicamente á la política incalificable del gobierno argentino, que ni tiene la disculpa del provecho é interés propio, reduciéndose á la representación de un

agente brasileño que preparaba al Imperio la víctima de su política de deslealtad y absorción.

Tan funestos resultados pudieron haber esclarecido al gobierno argentino sobre los graves yerros de una política que no tiene nombre, y no podía tener objeto compatible con la política nacional argentina, ni con su lealtad, honor é intereses verdaderos.

Mas, lejos de esto, el gobierno de S. E. el señor general Mitre, no titubeó un instante en proseguir en esa política antiargentina, y ofensiva á la existencia, intereses y honor de la República del Paraguay, no tomándose ni aun el trabajo de recurrir á otros medios, que los empleados para hacer la desgracia de la República Oriental del Uruguay.

Y no es con menor escándalo de la opinión pública y del descrédito de su propia administración que el gobierno del señor general Mitre, consistió y animó la repetición de su farsa inmoral, tolerando que se constituya un nuevo comité revolucionario de traidores paraguayos en número tan diminuto y tan insignificante por sus luces y posición social, que el ridículo de esta inícua representación no podía sino recaer sobre el actual gobierno argentino, que cargaría con las graves consecuencias de este acto desleal, comprobado por el consentimiento de reclutar en Buenos Aires y en territorio argentino, nacionales y extranjeros para la formación de una legión, que unida al ejército del Brasil, deba traer la guerra al Paraguay, franqueándole además los órganos de su prensa oficial para sus elucubraciones criminosas.

Actos tan hostiles contra la paz interna de gobiernos amigos, sin precedente en la historia de los pueblos cultos, constituyen á todos los gobiernos en el deber de usar de medios que los pongan al abrigo de tentativas anárquicas, de un gobierno que desconoce lo que debe á los derechos de las naciones soberanas é independientes, que tanto ha descendido de la posición elevada que es inherente á todo gobierno, hasta servir de foco á los demagogos y revolucionarios que querían conflagar y perturbar el orden legal y la tranquilidad interna de su patria.

Empero el gobierno de V. E. no juzgó todavía suficiente este proceder hostil é ilegal para realizar los fines de su política con el Paraguay: la calumnia y los insultos á la nación y gobierno paraguayo no le detuvieron y los órganos oficiales de la prensa porteña abundan en producciones tan soeces é insultantes que en ningún tiempo la más desenfrenada licencia y abuso de ningún país supo producir.

No se puede dar mayor escarnio que el pasaje que V. E. ofrece, como dice en virtud de tratados existentes, por el tratado fluvial de la República Argentina, que permite al Brasil llevar sus fuerzas navales y terrestres al Paraguay, porque al final del territorio argentino se halla el de ésta, lo que le da la ventaja de atacar la República en la frontera del Norte por la provincia de Matto-Grosso, y por las flu-

viales en el Sud, que es por dos puntos. El Paraguay, al fin de la navegación por el territorio fluvial argentino, no encuentra nada sino el mar, y no el Brasil, y no puede atacar el Imperio sino en el Norte por la provincia de Matto-Grosso que es por un solo lado.

Nadie ignora esto ni menos el gobierno de V. E., que por equidad y en observancia de una estricta neutralidad y reciprocidad, debía, ó conceder el solicitado tránsito inocente por la provincia de Corrientes, al Paraguay y al Brasil, ó negar á éste el uso de su territorio fluvial; visto que dice en su nota : que no hay motivo que haga forzoso é indispensable la concesión del pasaje por territorio argentino, teniendo los beligerantes una extensa y dilatada frontera por donde puedan ejercer sus hostilidades.

¿Qué mayor escarnio que pedir explicaciones en su otra nota de la misma fecha sobre la reunión de las fuerzas paraguayas en la izquierda del Paraná en territorio paraguayo que se permite llamar contestado, moviendo cuestiones de límites, habiendo sido perfectamente instruido de ello por la nota del abajo firmado en que solicitó el pasaje inocente por la provincia de Corrientes?

¿Y qué mayor escarnio que las protestas -- de evitar todo motivo que pueda alterar las relaciones amistosas que pone el más decidido empeño de cultivar y estrechar, como concluye V. E. la nota de esta contestación, y los insultos y calumnias que lanza su prensa oficial á la faz del mundo contra la nación paraguaya y su gobierno?

El conjunto de actos hostiles injustificables para los cuales el Paraguay y su gobierno, en ningún tiempo dieron el más leve motivo ; después de tantas pruebas del más decidido empeño para conservar las más amistosas relaciones con la República Argentina y su gobierno y de la abnegación con que el Paraguay ha soportado las continuas provocaciones para no alterarlas, lo convencen que la actual política del gobierno argentino amenaza los más vitales intereses del Paraguay y de su gobierno.

S. E. el señor presidente de la República, ha ordenado al abajo firmado, de decir á V. E. que en la convicción de que la política del actual gobierno argentino, como lo justifican los hechos consignados es esta nota, es atentatorio á los derechos, intereses, el honor y la dignidad de la nación paraguaya y de su gobierno, le impuso el deber de hacer presente tan grave situación á la nación y que adjunte á V. E. copia legalizada de la resolución del H. C. N. E., que atendiendo y considerando los hechos, declare la guerra al actual gobierno argentino para salvar el honor, la dignidad y los derechos de la República.

Declarada así la guerra, S. E. el señor presidente de la República, protexta solemnemente, que no habiendo el Paraguay jamás dado el más mínimo motivo de agravio á la República Argentina ni á ninguno de sus gobiernos, incluso el actual, responsabiliza á este último exclusivamente, de las consecuencias desgraciadas de una situación contraria á los sentimientos de consideración y de amisto-

so interés que la nación argentina siempre ha merecido á la República del Paraguay y su gobierno.

Aprovecho, etc.... (1)

José Berges.

El Soberano Congreso Nacional —

DECLARA:

Artículo 1° — Apruébase la conducta del P. E. de la Nación para con el Imperio del Brasil, en la emergencia traída por su política amenazadora del equilibrio de los Estados del Plata, y por la ofensa directa inferida al honor de la dignidad de la nación, y usando de las atribuciones del artículo 3°, título 3° de la ley de 13 de Mayo de 1864 autorizándole para continuar en la guerra.

Art. 2° — Declárase la guerra al actual gobierno argentino, hasta que dé las seguridades y satisfacciones debidas á los derechos, á la honra y á la dignidad de la nación paraguaya y su gobierno.

Art. 3° — S. E. el señor presidente de la República hará la paz con uno y otro beligerante, cuando juzgue oportuno, dando cuenta á la Representación Nacional conforme á la ley.

Art. 4° — Comuníquese al P. E. de la Nación.

José Falcón,
Vice-presidente del H. C. N.

Proclama del general Mitre

Compatriotas: En medio de plena paz y con violación de la fe de las naciones, el gobierno del Paraguay nos declara la guerra de hecho, apresando traidoramente á mano armada, en nuestro territorio, dos vapores de la escuadra argentina y haciendo fuego sobre nuestras poblaciones indefensas.

Provocado á la lucha sin haberla buscado, después de haber hecho cuanto decorosamente podía y debía hacer para evitarla, guardando la neutralidad que era la regla de nuestra política, contestaremos

---

(1) Esta nota como todas las que reproducimos, son copiadas de las publicaciones oficiales argentinas ó paraguayas.

la guerra con la guerra y la haremos con toda la energía y todo el poder que corresponde á los gloriosos antecedentes de la nación argentina, deslealmente vulnerada en su honor y atacada en su seguridad.

Conciudadanos: Contando, como cuento, con la virilidad del pueblo argentino y con vuestra incontrastable decisión, el país se ha mantenido hasta hoy en estricto pie de paz, cumpliendo lealmente con sus deberes de neutral, porque estaba seguro que llegado el momento del peligro, todos acudirían sin distinción alguna á ocupar sus puestos en torno de la bandera nacional, resueltos á cumplir con sus deberes sagrados.

Argentinos: Ha llegado el momento. En nombre de la patria y con la autoridad de la ley, os llamo á ocupar vuestros puestos de ciudadanos y de soldados de un pueblo libre, cuyas banderas siempre fueron acompañadas por la justicia y la victoria.

Compatriotas: Puedo ofreceros tranquilamente el triunfo, porque él está en la conciencia de todos los argentinos y lo aseguran de antemano los poderosos elementos de que la nación puede disponer con el auxilio de la providencia y de nuestro valor y patriotismo.

Después de este noble esfuerzo, la paz será más sólida, más gloriosa y más fecunda, y podréis continuar con mayor energía la tarea del progreso en que habeis sido interrumpidos por una agresión tan vandálica como traidora.

Por mi parte, no necesito deciros que cumpliré con los altos deberes que la patria y la constitución me imponen en estas circunstancias; y que confiando en el cielo que proteje la justicia de nuestra causa, y en vuestro generoso patriotismo, no descansaré hasta restituiros la paz que os ha sido traidoramente arrebatada, y dejar vindicado como corresponde el honor de la nación argentina.

Vuestro compatriota y amigo.

BARTOLOMÉ MITRE.

Buenos Aires, Abril 18 de 1865.

Protesta del gobierno paraguayo contra la intervención del Brasil en la Banda Oriental

Asunción, Agosto 30 de 1864.

El abajo firmado, Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores ha recibido orden del Exmo. señor presidente de la República para dirigir á V. E. esta comunicación con el motivo que pasa á exponer.

El abajo firmado ha recibido de S. E. el señor Vázquez Sagestume, Ministro residente de la República Oriental del Uruguay una nota que con fecha 25 de este mes le ha dirigido de orden de su gobierno, acompañando copia de la última correspondencia cambiada entre el gobierno oriental y S. E. el consejero Saravia, Ministro Plenipotenciario de S. M. el emperador del Brasil en misión especial cerca de aquella república, constante de tres notas que se registran bajo las fechas de 4, 9 y 10 del presente mes.

El importante é inesperado contenido de esas comunicaciones ha llamado seriamente la atención del gobierno del abajo firmado por el interés que le inspira el arreglo de las dificultades en que lucha el pueblo oriental, á cuya suerte no le es permitido ser indiferente, y por el mérito que puede tener para este gobierno la apreciación de los motivos que pudiera haber conseguido tan violenta solución.

La moderación y previsión que caracterizan la política del gobierno imperial, autorizan al del Paraguay á esperar una solución diferente en sus reclamaciones con el gobierno oriental, esta confianza era tanto más fundada cuanto que S. E. el señor consejero Saravia y hasta el mismo gabinete imperial al declinar la mediación ofrecida por este gobierno para el arreglo amistoso de esas mismas reclamaciones á solicitud del gobierno oriental, calificaron como sin objeto por el curso amigable de las mencionadas cuestiones.

El gobierno del abajo firmado respeta los derechos que son inherentes á todos los gobiernos para el arreglo de sus diferencias ó reclamaciones, una vez denegada la satisfacción y justicia, sin prescindir del derecho de apreciar por sí el modo de efectuarlo, ó el alcance que puede tener sobre el destino de todos los que tienen intereses legítimos en sus resultados.

La exigencia hecha al gobierno oriental por S. E. el señor consejero Saravia en sus notas de 4 y 10 de este mes, de satisfacer á sus reclamaciones dentro del improrrogable término de seis días, bajo la amenaza de usar represalias, en caso contrario con las fuerzas imperiales de mar y tierra reunidas de antemano sobre las fronteras de la República Oriental y de aumentar la gravedad de las medidas de la actitud asumida, lo que significa una próxima ocupación de alguna parte de aquel territorio, cuando su gobierno no se niega á atender y satisfacer las reclamaciones presentadas como consta de la nota de S. E. el Ministro de Relaciones Exteriores del 9 de este mes.

Este es uno de los casos en que el gobierno del abajo firmado no puede prescindir del derecho que le asiste á apreciar este modo de efectuar la satisfacción de las reclamaciones del gobierno de S. E. porque su alcance puede venir á ejercer consecuencias sobre los intereses legítimos que la República del Paraguay pudiera tener en sus resultados.

Penosa ha sido la impresión que ha dejado en el ánimo del gobierno del abajo firmado la alternativa del *ultimatum* consignado en

la nota de S. E. el señor consejero Saravia de 4 y 10 de este mes al gobierno oriental, exigiéndole un imposible por el obstáculo que pone la situación interna de esa República, y para cuya remoción no han sido bastantes ni el prestigio de S. S. E. E. los señores Thorton, Elizalde y Saravia ni el concurso ni la abnegación del gobierno oriental.

No menos penosa ha sido para el gobierno del abajo firmado la negativa de S. E. el consejero Saravia á la proposición de arbitraje que le fué hecha por parte del gobierno oriental, mucho más cuando este principio había servido de base al gabinete imperial en sus reclamaciones con el gobierno de S. M. B.

El gobierno de la República del Paraguay deplora profundamente que el de S. E. haya creído oportuno separarse en esta ocasión de la política de moderación en que debía confiar, ahora más que nunca, después de su adhesión á las estipulaciones del congreso de París; pero no puede mirar con indiferencia ni menos consentir que en ejecución de la alternativa del *ultimatum* imperial, las fuerzas brasileñas ya sean navales ó terrestres, ocupen parte del territorio de la República Oriental del Uruguay ni temporaria ni permanentemente, y S. E. el señor presidente de la República ha ordenado al abajo firmado declare á V. E., como representante de S. M. el emperador del Brasil: que el gobierno de la República del Paraguay considerará cualquiera ocupación del territorio oriental por fuerzas imperiales por los motivos consagrados en el *ultimatum* del 4 de este mes, intimado al gobierno oriental por el Ministro Plenipotenciario del emperador, en misión especial cerca de aquel gobierno, como atentatorio al equilibrio de los Estados del Plata, que interesa á la República del Paraguay como garantía de su seguridad, paz y prosperidad y que protesta de la manera más solemne contra tal acto, descargándose desde luego de toda la responsabilidad de las ulterioridades de la presente declaración.

Habiendo así cumplido las órdenes Excmo. señor Presidente de la República, el abajo firmado aprovecha esta ocasión para saludar á V. E. con su consideración muy distinguida.

José Berges.

A. S. E. señor César Sauvan Vianna de Lima, Ministro residente de S. M. el emperador del Brasil, etc., etc.

Tratado de la Triple Alianza

Firmado el 1° de Mayo de 1864 entre los Plenipotenciarios del Uruguay, Brasil y la República Argentina, tomado de los papeles presentados á la Cámara de los comunes por orden de S. M. Británica, en cumplimiento de su mensaje de 2 de Marzo.

TEXTO

El gobierno de la República Oriental del Uruguay, el gobierno de S. M. el emperador del Brasil y el gobierno de la República Argentina.

Estos dos últimos, encontrándose actualmente en guerra con el gobierno del Paraguay por haberle sido declarada de hecho por este gobierno, y el primero en estado de hostilidad, y amenazado en su seguridad interna por dicho gobierno, injuriando la República, tratados solemnes, usos internacionales de las naciones civilizadas, y cometiendo actos injustificables después de haber perturbado las relaciones con sus vecinos por los más abusivos y agresivos procedimientos.

Persuadidos que la paz, seguridad y bienestar de sus respectivas naciones es imposible mientras exista el actual gobierno del Paraguay, y que es de una imperiosa necesidad, exigida por los más grandes intereses que aquel gobierno desaparezca, respetando la soberanía, independencia é integridad territorial de la República del Paraguay, han resuelto, con este objeto, celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva; y al efecto han nombrado sus Plenipotenciarios, á saber:

S. E. el gobernador provisorio de la República Oriental á S. E. el Dr. D. Carlos Castro, Ministro de Relaciones Exteriores; S. E el Emperador del Brasil á S. E. el Dr. D. F. Octaviano da Almeida Rosa, consejero diputado á la A. G. L. y oficial de la orden imperial de la Rosa; S. E. el Presidente de la República Argentina, á S. E. el Dr. D. Rufino de Elizalde, su Ministro Secretario de Relaciones Exteriores. Quienes habiendo canjeado sus respectivas credenciales, que encontraron en buena y debida forma, convinieron lo siguiente:

Artículo 1° La República Oriental del Uruguay, S. M. el Emperador del Brasil, y la República Argentina se unen en alianza ofensiva y defensiva en la guerra provocada por el gobierno del Paraguay.

Art. 2° Los aliados concurrirán con todos los medios que pue-

dan disponer por tierra ó por los ríos, según lo crean conveniente.

Art. 3º Las operaciones de la guerra, principiando en el territorio de la República Argentina, ó en una parte del territorio paraguayo lindando con la misma, el mando en jefe y la dirección de las armas aliadas permanecerán confiadas al presidente de la República Argentina, general en jefe de su ejército, brigadier general D. Bartolomé Mitre.

Las fuerzas marítimas de los aliados estarán bajo el inmediato mando del vice almirante, vizconde de Tamandaré, comandante en jefe de la escuadra de S. M. el Emperador del Brasil.

La fuerza de tierra de la República Oriental del Uruguay. una división de las fuerzas argentinas y otra de las fuerzas brasileñas, que serán designadas por sus respectivos jefes superiores, formarán un ejército bajo las órdenes inmediatas del gobernador provisorio de la República Oriental, general D. Venancio Flores.

Las fuerzas de tierra de S. M. el Emperador del Brasil formarán un ejército bajo las inmediatas órdenes de su general en jefe y brigadier Manuel Luis Osorio.

Sin embargo de que las altas partes contratantes han convenido en no cambiar el campo de las operaciones de guerra, con todo, con el objeto de resguardar los derechos soberanos de las tres naciones, han convenido, desde ahora, en el principio, en la reciprocidad del mando en jefe cuando las operaciones hubiesen de hacerse en territorio oriental ó brasileño.

Art. 4º El orden militar interno y la economía de las tropas aliadas dependerá únicamente de sus respectivos jefes.

Los gastos vituarios, municiones de guerra, armas, vestuario, equipos y medios de transporte de las tropas aliadas serán por cuenta de sus respectivos estados.

Art. 5º Las altas partes contratantes se darán mutuamente la asistencia ó elementos que tengan y que las otras requieran en la forma que se estipule sobre el particular.

Art, 6º Los aliados se compromenten solemnemente á no dejar sus armas sino por mutuo acuerdo hasta tanto que hayan concluído con el presente gobierno del Paraguay, ni tratar con el enemigo separadamente, ni firmar ningún tratado de paz, tregua, armisticio ó convención cualquiera para poner fin ó suspender la guerra á menos de haber un perfecto acuerdo de todos.

Art. 7º No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay, sino contra el gobierno, los aliados podrán admitir una legión paraguaya de todos los ciudadanos de esta nación que quieran concurrir á vencer dicho gobierno y la abastecerán con todos los elementos que necesite, en la forma y bajo las condiciones que se establecerán.

Art. 8º Los aliados se obligan además á respetar la independencia, soberanía é integridad territorial del Paraguay. En conse-

cuencia el pueblo paraguayo podrá elegir un gobierno y darse las instituciones que le convengan, no incorporándose ni pretendiendo protectorado á ninguno de los aliados como consecuencia de esta guerra.

Art. 9º La independencia, soberanía é integridad territorial de la República del Paraguay será garantida colectivamente en conformidad con el presente artículo, por las altas partes contratantes, por el período de cinco años.

Art. 10. Queda establecido por las altas partes contratantes que las excepciones, privilegios ó concesiones que puedan obtenerse del gobierno del Paraguay serán comunes y gratuitas, ó á título gratuito, y con la misma compensación, si son condicionales.

Art. 11. Cuando haya desaparecido el gobierno del Paraguay, los aliados procederán á hacer los necesarios arreglos con la autoridad que se constituya para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay, de tal manera que las reglas ó las leyes de aquella República no obstruyan ni embaracen, ni impidan el tránsito ni navegación directa de los buques mercantes ó de guerra de los estados aliados que se dirijan á sus respectivos territorios y dominios que no pertenezcan al Paraguay; y de que tengan las convenientes garantías para la efectividad de los arreglos, bajo la base de tales reglas de policía fluvial, aunque hechas para los dos ríos, así como en el río Uruguay serán establecidas de común acuerdo entre los aliados, y otros estados limítrofes por el término que se estipule sobre esto por los dichos aliados, aceptada la invitación hecha á aquellos.

Art. 12. Los aliados se reservan así mismo concertar las medidas más á propósito con el objeto de garantir la paz con la República del Paraguay después de la caída del presente gobierno.

Art. 13. Los aliados nombran oportunamente los Plenipotenciarios para celebrar los arreglos, convenciones ó tratados que han de hacerse con el gobierno que se estableciese en el Paraguay.

Art. 14. Los aliados exigirán de este gobierno el pago de los gastos de la guerra, que han sido obligados á aceptar, así como la reparación, indemnización de los daños y perjuicios causados á las propiedades públicas y privadas y personas y ciudadanos sin expresa declaración de guerra, y por los daños y perjuicios cometidos subsecuentemente con violación de los principios que rigen las leyes de la guerra. Del mismo modo la República Oriental del Uruguay exigirá una idemnización proporcionada á los daños y perjuicios causados por el gobierno del Paraguay por la guerra en que ha sido forzado á entrar en defensa de su seguridad amenazada por aquel gobierno.

Art. 15. En una convención especial se determinará el modo y forma de liquidación y pago procedente de las mencionadas causas.

Art. 16. Con el objeto de evitar discusiones y guerras que puedan ocasionar las cuestiones sobre límites, queda establecido que los aliados exigirán al gobierno del Paraguay que en el tratado de lí-

mites con sus respectivos gobiernos se guarden las siguientes bases:

1. La República Argentina se dividirá de la República del Paraguay por los ríos Paraná y Paraguay hasta la concurrencia de los límites del Imperio del Brasil, siendo este sobre la margen derecha del río Paraguay, la Bahía Negra.

2. El Imperio del Brasil se dividirá de la República del Paraguay sobre el lado del Paraná, por el primer río más abajo del Salto de las Siete Caídas, el cual según el reciente mapa de Manches, es el Igurei, y de la boca del Igurei siguiendo su curso arriba hasta alcanzar sus vertientes.

3. En el lado de la orilla izquierda del Paraguay por el río Apa, desde su embocadura hasta sus nacientes.

4. En el interior de la cumbre de las Montañas de Masayaca las vertientes al Este pertenecen al Brasil y las del Oeste al Paraguay, trazándose líneas derechas en cuanto sea posible de dicha montaña á las vertientes del Apa y del Igurei.

Art. 17. Los aliados se garanten recíprocamente unos á otros el fiel cumplimiento del arreglos y tratados que se establezcan en el Paraguay, en virtud del cual es convenido sobre el presente tratado de alianza que él siempre permanecerá en plena fuerza y vigor, á fin de que estas estipulaciones sean respetadas y ejecutadas por la República del Paraguay:

1. Con el objeto de obtener este resultado ellos convienen que: en el caso que una de las altas partes contratantes esté imposibilitada para obtener del gobierno del Paraguay el cumplimiento de lo que es convenido, ó que este gobierno pretenda anular las estipulaciones ajustadas con los aliados, las otras emplearán activamente los esfuerzos á fin de que sean respetadas.

2. Si estos esfuerzos fueran inútiles, los aliados concurrirán con todos sus medios á fin de hacer efectiva la ejecución de lo que está estipulado.

Art. 18. Este tratado quedará secreto hasta que el objeto principal de la alianza se haya obtenido.

Art. 19. Las estipulaciones de este tratado que no requieran autorización legislativa para su ratificación, empezarán á tener efecto tan pronto como ellas sean aprobadas por sus respectivos gobiernos, y las otras desde el canje de las ratificaciones, las cuales tendrán lugar dentro del término de 40 días contados desde la fecha de dicho tratado, ó más pronto si fuera posible, haciéndose éstas en la ciudad de Buenos Aires.

En testimonio de lo cual los abajo firmados, Plenipotenciarios de S. E. el gobernador provisorio de la República Oriental del Uruguay, de S. M. el emperador del Brasil y de S. E. el presidente de la Repú-

blica Argentina, en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos este tratado poniéndole nuestros sellos, en la ciudad de Buenos Aires el 1° de Mayo, en el año de Nuestro Señor 1865.

Firmados: CARLOS CASTRO.
F. OCTAVIANO DA ALMEIDA ROSA.
RUFINO DE ELIZALDE.

Protocolo

Sus Excelencias los plenipotenciarios de la República Argentina, de la Republica Oriental del Uruguy, y de S. M. el emperador del Brasil, reunidos en el Ministerio de Relaciones Exteriores, convinieron :

1. En cumplimiento del tratado de alianza de esta fecha, las fortificaciones de Humaitá serán demolidas y que no se permitirá que otras ú otra de aquella naturaleza se levante impidiendo la fiel ejecución del tratado.
2. Que siendo una de las medidas necesarias para garantir la paz con el gobierno que se establezca, no dejarle armas ó elementos de guerra, todos aquellos que se encuentren serán divididos por iguales partes entre los aliados.
3. Que los trofeos y botín que puedan ser tomados al enemigo serán divididos entre los aliados por el que haga la captura.
4. Que los jefes que manden los ejércitos aliados concertarán las medidas para llevar á efecto lo que se estipula.

Y ellos firmaron el presente en Buenos Aires el 1° de Mayo de 1865.

Firmados : CARLOS CASTRO.
RUFINO DE ELIZALDE.
F. OCTAVIANO DA ALMEIDA ROSA. (1)

---

(1) El texto de este tratado es tomado de los diarios.

Toma de los vapores argentinos en el puerto de Corrientes

Corrientes, Abril 13 de 1865.

Al Excmo. señor Ministro de Guerra y Marina, general don Juan Andrés Gelly y Obes.

Participo á V. E. que á las siete y cuarto de la mañana, una escuadrilla paraguaya de cinco de los principales vapores de aquella marina, con numerosas fuerzas de desembarco bajaban por frente de esta capital, regresando pocos momentos después y acometiendo al vapor *25 de Mayo*, surto en este puerto, y tomando una actitud de desembarco.

La actividad con que se hace necesario dirigir ésta y la premura con que deben tomarse las medidas que las circunstancias aconsejan, me hacen terminar ésta sin más detalles, siendo no obstante lo suficiente para que V. E. comprenda la actitud de aquel gobierno, apoderándose de un vapor de guerra nacional, y tal vez intentando algo sobre esta ciudad.

El Excmo. señor Presidente, á cuyo conocimiento espero que llevará V. E. esta nota, dispondrá lo conveniente, quedando por mi parte á cumplir con mi deber y á comunicar cuanto ocurra enseguida.

Dios guarde á V. E.

MANUEL LAGRAÑA.
JUAN JOSÉ CAMELINO.

Ultimo momento. — Los vapores han sido tomados, es decir, el *25 de Mayo* y el *Gualeguay*, y se los llevan. Se dice que ha habido muchos muertos en estos vapores. Los vapores enemigos permanecen en movimiento frente á este puerto.

Parte de la toma de los vapores

El comandante del vapor « Gualeguay ».

Buenos Aires, Abril 21 de 1865.

Al Excmo. señor Ministro de Guerra y Marina, general don Juan Andrés Gelly y Obes.

Tengo el honor de dar cuenta á V. E. de los sucesos ocurridos en la ciudad de Corrientes el 13 del presente.

Como V. E. sabe bien, me hallaba en el puerto, en compostura del

vapor *Gualeguay*, cuyo mando me había sido confiado por el superior gobierno. A las seis y media de la mañana de ese día, el sub-teniente don Ceferino Ramírez, que se hallaba de servicio, me dió parte que por la boca del Riacho Ancho se avistaban cinco vapores, al parecer de guerra, paraguayos. Inmediatamente subí sobre cubierta y ví que esos buques seguían aguas abajo. Una hora después llegaron á la altura del vapor *25 de Mayo*, pasando por su costado como á dos tiros de fusil, haciendo igual operación y á igual distancia por el del buque de mi mando, sin ninguna demostración hostil y siguieron hasta llegar á la punta de San Sebastián, de donde regresaron, habiendo invertido en esta operación quince minutos. El vapor paraguayo *Paraguary*, que llevaba la cabeza de la línea, se puso paralelo con el *25 de Mayo*, haciendo otro tanto con el de mi mando el vapor antes *Marquez de Olinda*. En esta situación fuimos simultáneamente atacados con un vivo fuego de fusilería y algunos disparos de artillería. Este brusco é inesperado ataque, señor Ministro, no me dió lugar para otra cosa que para mandar tomar las armas y contestar, como era de mi deber á esa agresión vandálica con fuegos de fusil y carabina sobre el *Olinda* y á pesar de lo muy escasa de las fuerzas á mis órdenes, han debido causar bastante daño al enemigo por la aglomeración de fuerzas en los vapores que nos atacaban. Como V. E. lo comprenderá muy bien, toda resistencia era inútil; más en cumplimiento de mi deber, resistí hasta donde fué posible, sufriendo por quince minutos un nutridísimo fuego de artillería y fusilería con que el enemigo causó al buque de mi mando averías de consideración y me hirió seis hombres. En este estado y amenazado de un abordaje que causó desorden en la tripulación, resolví abandonar el buque, lo que efectué con el mayor orden, colocando sobre la ribera dos guerrillas con las cuales seguí batiendo al enemigo.

Mientras se hacía por nosotros esto, varios botes se dirigían al *Gualeguay* para apresarlo. El primero de estos se desprendió del *Olinda*, perdió en el ataque al oficial que lo mandaba, por cuya razón tuvo que regresar á su bordo y embarcar otro, el que con los demás llegaron al *Gualeguay*, largaron las cadenas por mano y pusieron una espía que fué llevada al *Olinda*, con la cual lo remolcaron en el acto. Esta operación que duró como 30 minutos no la efectuaron impunemente, pues mientras la ejecutaron fueron vivamente incomodados por nuestros fuegos.

Ya en marcha el vapor *Marquez de Olinda* y por consiguiente fuera del alcance de nuestros tiros, me dirigí á la plaza donde se hallaba el señor coronel Alsina, á quien pedí refuerzos, municiones y una pieza de artillería, todo lo que me fué dado, ordenándome que no hiciera fuego sobre el enemigo, mientras este no hostilizara la plaza.

Pongo también en conocimiento de V. E. que al empezarse esta

desigual pelea, se encontraba á mi lado el señor coronel don Fermín Alsina y mayor don Desiderio Sosa. El primero pasó á la ciudad para llamar al pueblo (como lo efectuó) á las armas; y el segundo fué el primero que inició la resistencia haciendo uso de un revólver y tomando después una tercerola con la que continuó batiéndose.

En esta situación, y habiendo tomado posición conveniente, se me presentó el guardia marina del vapor *25 de Mayo* don N. Castillo, acompañado de dos marineros y un cabo de la guarnición del mismo, haciéndome saber que en el momento de empezar la matanza sobre la cubierta de su buque, por un número inmensamente superior del enemigo, se arrojó al agua junto con el marinero indígena *Veinticinco*, donde ambos fueron heridos, el primero en la cabeza, logrando salvarse á pesar de esto. Estos individuos, así como cuatro marineros que salvaron á nado ninguna noticia dan de la suerte que hayan corrido sus superiores y compañeros. Los mencionados individuos fueron agregados á la guarnición del buque á mi mando, y está á cargo de un oficial, la puse á las inmediatas órdenes del señor coronel Alsina, y á disposición del gobierno de aquella provincia.

Ahora Exmo. señor, solo me resta recomendar á la consideración del superior gobierno, al subteniente C. Ceferino Ramírez, que en este desgraciado suceso ha llenado cumplidamente su deber, así como el condestable Santiago Ortiz, el baqueano José Barrera y muy especialmente el grumete Pedro Romero, que á pesar de no contar más que doce años, se ha distinguido por su decisión y valor.

Dios guarde á V. E.

LINO A. NEVES.

Instrucciones dadas al general Robles por el Mariscal López el 26 de Mayo de 1865 (por telégrafo)

« Poco tiempo después de mi despacho de ayer, el telégrafo del Paso dió cuenta de un largo cañoneo en Corrientes que después se supo era la escuadra enemiga que desembarcaba bajo la protección de sus cañones y se batía con nuestra pequeña guarnición de infantería, que teniendo orden de retirarse, sostuvo su puesto con honor en un combate de tres horas que solo cesó con la oscuridad de la noche, retirándose en orden á los extramuros, donde permanece sitiando al pueblo.

« Para desalojarlos no es necesario el concurso de las fuerzas que V. manda, aun cuando es lógico pensar que ese golpe de mano sobre la ciudad de Corrientes, ha de ser en combinación con Cáceres y Reguera que han desaparecido de su frente, quizá con ese propósito; pero es conveniente que en tal situación retroceda V. con toda las

fuerzas de su mando, recorriendo la costa izquierda del Santa Lucía, ó pasarlo en el paso de San Roque, ó de Cáceres, cuatro leguas más arriba, haciendo recogida de caballos entre el Santa Lucía y el Batel á distancia proporcionada y prudente del grueso de su columna.

« Pasando en San Roque ó Cáceres, se dirigirá sobre Saladas, y de allí para Corrientes, buscando mi incorporación en ese rumbo y persiguiendo al enemigo que llegare á encontrar.

« Podría también, según las noticias que tenga, continuar por la izquierda del Santa Lucía hasta el Paso Gomorro, siete leguas arriba del de Cáceres, ó el Paso Aguirre tres leguas más arriba y dos de San Antonio Alburucuyá; pero estos pasos tienen grandes esteros y quizá sea más útil seguir la costa del Santa Lucía por el costado derecho de su curso pasando en San Roque ó Cáceres, para pasar por San Antonio Alburucuyá, y de allí á Corrientes que tiene 16 leguas.

« Queda V. en libertad de seguir de Saladas á Corrientes ó de San Antonio de Alburucuyá, como halle más conveniente en la suposición de que entre uno y otros caso, no hay sino un día de jornada.

« Yo espero que en este camino traerá bastante movilidad y podrá ir montando la infantería conforme á sus posibilidades.

« No hay necesidad de hacer marcha forzada; pero no debe perderse tiempo.

« Queda entendido que no debe dejar á retaguardia á hombre alguno, con ningún motivo, sino replegarse con todos nuestros hombres.

« Cuidará de hacer entender la utilidad y ventaja de ese movimiento que por sí solo se recomienda.

« Si acaso el general Urquiza apareciese en su persecución, tratará de seguir el mismo movimiento y solo aceptará un combate cuando no pueda evitarlo, teniendo presente de que cuanto más lo traiga para acá, en pos de sí, más lejos se retira de sus recursos, mientras que V. se aproximará y hasta podrá reunirse con nosotros.

« Estas instrucciones son bastantes, para que conformándose con el espíritu de ellas, pueda V. expedirse con toda libertad en todas las ocurrencias ».

Asunción, Mayo 26 de 1865—10 y 1/2 de la noche.

Contestación de Robles al anterior telegrama

Mayo 29 de 1865— (remitido del Paso el 1º de Julio)

« Al cerrar este despacho acabo de recibir por dos chasques del señor Berges que se habían alcanzado por el camino, el supremo despacho de V. E. de las 10 y 1/2 de la noche del 26 y la dúplica de

la misma hora y fecha, y quedándome enterado de todas las órdenes é instrucciones de V. E. para un movimiento de este campo, aun me permito esperar la segunda orden de V. E. para mi marcha por cambiar ya circunstancia del acontecimiento del 25, es decir, atendiendo que la escuadra ha abandonado otra vez la ciudad manteniéndose por el Riachuelo, según informes del señor Berges, y para elevar á la consideración de V. E. las disposiciones que he tomado sobre esas circunstancias conforme dejo manifestado arriba.»

....

....

(firmado) Wenceslao Robles.

López replicó el 1° de Junio con el siguiente despacho:

« En este momento recibo su despacho del 29 á las 4 de la tarde, y viendo con sorpresa que esperaba V. segunda orden para poner en ejecución mis órdenes del 26, y no habiendo dado esa segunda orden me apresuro á responder.

« El tenor de las disposiciones del 26 no dejaba la libertad de postergar el cumplimiento de ellas, ni se ha dado nueva orden, porque no era necesario, habiéndose previsto en aquella fecha, todo lo que ha sucedido y que ha motivado su resolución. Terminantemente decía que no era necesaria la fuerza de su mando para desalojar al enemigo de Corrientes, y apuntaba otras consideraciones como motivos de esa orden y es así que el abandono que el enemigo ha hecho de la ciudad bajo el pánico, no era bastante á alterar aquellas instrucciones y por lo mismo no he dado órdenes posteriores.

« Hubiera sido más militar y conforme á las órdenes mover su campo en el sentido indicado, que tiempo habría para recibir otras órdenes en caso necesario.

« Quiero, sin embargo, esperar que la misma falta de órdenes posteriores le habrá aconsejado á llenar aquellas de que avisa recibo.

« Por sus despachos anteriores que he recibido regularmente, he visto sus disposiciones sobre policía de la costa por regimientos y escuadrones; pero no me he apresurado á decir nada sobre ésta porque encontrándolas buenas como medidas transitorias y de pura correría, quedaban sujetas á la orden del 26.

« Sentí, sí, la necesidad de que hubiera llenado mi orden de entrar á Goya, aunque no haya sido para dar pruebas de moralidad y disciplina; pero me abstuve de repetirlo, después de la orden del 26, porque supuse que llegaría tarde, á pesar de las conveniencias que apuntaba hablando sobre la ocupación de esa ciudad.

« El retardo de su movimiento frustra otros planes que debía V. ejecutar en el trayecto que le estaba indicado y sobre los cuales me

proponía ordenar lo conveniente con la noticia de su movimiento. Hoy se hace tarde y tengo que renunciar á las ventajas que debía haber reportado.

« Si lo que no espero, recibe ésta todavía en Santa Lucía, despachará al comandante Aguiar á Goya á nombrar autoridades y á los fines políticos indicados en la orden respectiva, y que deberá tener en cuenta de que allá no hace falta imprenta, que más útil puede ser en el ejército.

« La escuadra enemiga permanece en las inmediaciones de Corrientes, como le había avisado el ministro Berges.

Cerraré ésta reiterando y confirmando en todas sus partes la citada órden del 26.

Asunción 1º de Junio de 1865 (11 y 1/2 de la noche).

(firmado) López (1)

Acción del 25 de Mayo en Corrientes

El general comandante en jefe
del 1er. cuerpo del ejército nacional.

Corrientes, Mayo 26 de 1865.

Excmo. señor Ministro de Guerra y Marina de la República, general don Juan A. Gelly y Obes.

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., para que tenga á bien elevarlo al del Excmo. señor Presidente, que ayer á las 3 1/2 de la tarde desembarqué en esta ciudad, que se hallaba ocupada por dos mil hombres del enemigo, de las tres armas, y que estoy en posesión de ella desde las siete de la noche, después de haberlo batido y dispersado en todas direcciones.

A la hora indicada dí principio al desembarco de nuestra fuerza por el paraje denominado *La Batería*, donde existe un vasto cuartel que el enemigo ocupaba á la sazón y á cuyo punto acudió con todos sus elementos, en cuanto conoció nuestro propósito de desembarcar allí. El bravo comandante Charlone fué el primero que, desembarcando con dos compañías de la legión de su mando, recibió los fuegos de más de mil quinientos hombres de infantería que se hallaban parapetados en el cuartel referido y les contestó inme-

(1) Está firmado este despacho con la sola inicial L. y la rúbrica.

diatamente, lanzándose con su escasa fuerza sobre ellos y haciéndoles replegarse en desorden. En estos momentos ocurrió el valiente coronel Rivas con dos compañías de su batallón que acababan de desembocar y apoyando vigorosamente al comandante Charlone, cuya crítica posición comprendió en el acto, contribuyó eficazmente á arrollar al enemigo que, espantado de tanta bravura y de los estragos que veía en sus filas, cedió el terreno en completo desorden, pero siempre haciendo fuego. Muy oportuna fué también la cooperación que prestó el comandante Roseti con parte de su batallón, pues llegó al lugar del combate en momentos todavía críticos y se condujo con bravura, como lo hizo también parte del batallón 2° de línea con el capitán Sáenz á la cabeza de la tropa, que pudo desembarcar durante el combate.

El batallón 9° de brasileños tuvo parte en la pelea, contribuyendo poderosamente á dispersar unas guerrillas enemigas que aparecieron más tarde por nuestro costado izquierdo, con la pretensión ostensible de flanquearnos, distinguiéndose el teniente 1° de artillería don Tiburcio Ferreyra da Souza, que con dos cañones obuseros hizo un fuego activísimo sobre el enemigo.

La escuadra brasileña al mando del general don Francisco Manuel Barroso, que tantos servicios tiene ya prestados al ejército, nos auxilió también de una manera muy importante, dirigiendo certeros disparos sobre el cuartel que ocupaba el enemigo y el señor comandante Gomensoro, segundo jefe de la misma, que bajó á tierra en aquellos momentos, prestó también servicios estimables alentando á sus compatriotas y atendiendo á nuestros heridos.

Nuestras pédidas entre muertos y heridos pasan de 150 hombres y las del enemigo se calculan en el triple, pues quedó el campo cubierto con sus cadáveres.

Entre esas pérdidas tenemos las muy sensibles de un mayor y dos oficiales muertos y como veinte de esta clase heridos.

La comportación de todos los jefes, oficiales y tropa que tomaron parte en el combate, ha sido más que brillante, heroica, con particularidad la del señor coronel don Ignacio Rivas y teniente coronel don Juan B. Charlone, habiendo este último recibido un sablazo en la cabeza. Los tenientes coroneles Aldecoa y Pagola merecen una recomendación especial por su bravura como otros jefes y oficiales de quienes haré la mención que merecen en el parte detallado que oportunamente pasaré á V. E.

El gran día de la patria ha sido señalado en su último aniversario con una victoria muy gloriosa, alcanzada por nuestros invencibles batallones, sobre fuerzas ocho veces mayores, la que no ha sido completamente provechosa porque la falta de caballería nos impidió emprender una persecución cualquiera, de modo que solamente hemos podido tomar ochenta prisioneros, tres piezas de cañón, gran cantidad de armamento y una bandera.

Al felicitar á V. E. por este remarcable triunfo de nuestras armas, me es grato ofrecerle la expresión de mi mayor consideración y respeto.

Dios guarde á V. E.

WENCESLAO PAUNERO.

Batalla naval del Riachuelo (Junio 11 de 1865), combate de Cuevas día 13 y de Mercedes 18 de Junio.

PARTES OFICIALES SOBRE LA BATALLA NAVAL DEL RIACHUELO, TOMADOS DEL VOL. IV DE LA COMPILACIÓN DE LAS ORDENES GENERALES DE LA ARMADA, PUBLICADOS POR EL CUARTEL GENERAL DE MARINA.

Parte oficial del comandante de la escuadra brasileña de bloqueo

Comandancia de las 2ª y 3ª divisiones
de la escuadra del Brasil en el Río de la Plata.

A bordo del vapor *Amazonas*, aguas abajo del Riachuelo en Corrientes, á 12 de Junio de 1865.

Illmo. y Excmo. señor Almirante.

No hemos hecho todo lo que deseábamos, pero, hicimos todo cuanto pudimos. El día 11 del corriente mes, domingo de la Santísima Trinidad, fueron tomados por las dos divisiones á mis órdenes, cuatro vapores de guerra paraguayos y seis chatas ó baterías flotantes con piezas calibre 80.

Paso á exponer á V. E. rápidamente lo ocurrido, pues, fatigado como estoy, no me es posible dar desde ya un parte circunstanciado.

Cerca de las 9 de la mañana, á la hora del almuerzo, fuí avisado de que se avistaban vapores paraguayos. Dí inmediatamente la orden de zafa general en toda la división, y de encender fuegos.

Descendieron estos vapores aguas abajo, y con la corriente del río, hacían probablemente 12 millas.

Un cuarto de hora más tarde pasaban frente á nosotros. Eran 8 con 6 chatas ó baterías flotantes á remolque.

Luego, les hicimos el trato que merecieron, y ellos nos contestaron del mismo modo. Llovía de una parte á otra, balas y metrallas. Era una lluvia de respeto.

Siguieron aguas abajo y fueron á colocarse próximo al Riachuelo, un poco al Sud de Corrientes, protegidos por las barrancas ocupadas también por el enemigo.

Como jefe de estas divisiones, me preparé á hacer respetar nuestro pabellón. Tuve que atender á mil circunstancias, y vencer las dificultades que nacieron de nuestro confuso sistema de señales. O debía quedarme estacionario ó descender con la escuadra sobre los vapores paraguayos; más esta última medida podía malograrse, pues, ellos podían subir, dando vuelta por detrás de dos ó tres islas entre las cuales hay un canal de agua escasa.

Resolví, sin embargo, ir á su encuentro aguas abajo, marchando al frente gallardamente el *Belmonte* con su comandante interino Joaquín Francisco de Abreu, en segunda línea los demás buques nuestros, porque no podían acompañar la buena marcha del *Amazonas* á cuyo bordo yo me encontraba.

El enemigo nos esperaba y no emprendió la fuga; pero, nos esperaba debajo de las barrancas, habiendo colocado convenientemente las baterías flotantes y existiendo en la parte alta de dichas barrancas, baterías con 20 á 22 bocas de fuego que los protegían.

Fuera de esto, aquellas bocas de fuego fueron apoyadas por el tiro de más de mil fusiles que hicieron incesante y mortífero fuego sobre nuestras naves, á lo que contestábamos con la mayor voluntad y energía.

En este encuentro con el enemigo encalló infelizmente el *Jequintinhonha* donde el jefe Segundino Gomensoro tenía su insignia.

El reducido ancho del canal en aquel punto no me permitía efectuar las evoluciones con la prontitud deseable, pero, teniendo yo á bordo al práctico Bernardino Guastavino que hace 10 años está al servicio nuestro y al cual puede llamarse el jefe de los prácticos, subí con la firme resolución de acabar de una vez con la escuadra paraguaya, lo que hubiera conseguido si cuatro de sus vapores que estaban más alejados, no se hubieren fugado.

Así, puse proa sobre el primero que más cerca estaba, y lo hice con tal ímpetu que lo inutilicé completamente, abriéndole un gran rumbo de modo que hizo agua y se fué poco después á pique.

Seguí la misma maniobra contra el segundo, que era el *Marquez de Olinda,* y contra el tercero que era el *Salto*, inutilizando á todos. El cuarto vapor, contra el cual acometí, el *Paraguary*, recibió tal rumbo en el costado y calderas que fué á encallar en una isla enfrente, refugiándose en ella su tripulación la que lo abandonó.

En seguida embestí á una de las baterías flotantes la que, con el choque y un tiro certero, se fué inmediatamente á pique.

Todas estas maniobras fueron ejecutadas por el *Amazonas* y bajo el más vivo fuego tanto de la artillería de los buques y chatas, como de las baterías y tiradores de infantería que se encontraban en tierra. Mi intención era destruir de este modo toda la escuadra paraguaya

antes que encallásemos en movimientos de subida y bajada. Mas, los cuatro restantes, viendo sus comandantes mi maniobra y resolución de embestirlos todos, trataban de fugar río arriba.

Concluída esta tarea cerca de las 4 de la tarde, traté de tomar las chatas las cuales fueron abandonadas apenas me acerqué á ellas, saltando al agua el personal que estaba á su bordo, y huyendo á nado á la orilla que estaba próxima.

El *Belmonte* recibió tres rumbos debajo de la línea de flotación y tuvo que encallar para no irse á pique. Ya estoy tomando las primeras providencias necesarias.

Infelizmente el *Jequintinhonha* encalló en un lugar donde la batería de tierra le hizo un vivo fuego que fué contestado. Sólo al ponerse el sol disminuyó el fuego, tal vez por haberse acabado las municiones al enemigo.

Ordené que se ayudara á poner á flote el *Iguatemy*, que el *Ipiranga* permaneciese cerca de un vapor paraguayo. que el *Amazonas* amarrara al lado del *Belmonte* y que el *Meareim* remolcase el *Parnahyba* que ha perdido el timón, para virar hacia la línea donde está la escuadra.

Después de tomadas estas disposiciones, llegó un bote del *Jequintinhonha* con el teniente I° Monte Bastos quien me informó que el comandante Gomensoro necesitaba una cañonera más, pues el *Ipiranga* que tenía que ayudarle, había encallado también y el *Iguatemy* no podía hacer nada por sí solo.

Ordené que siguiera para allí el *Meareim* después de haber bajado de á bordo de este buque el doctor Antunes, médico del *Amazonas* quien fué á prestar sus servicios profesionales.

El *Parnahyba* está con el timón partido.

Cuando este vapor descendía, cuatro de los vapores paraguayos procuraron abordarlo á un tiempo.

Su comandante, el capitan-teniente Aurelio Garcindo Fernándes de Sá, como venía aguas abajo, hizo proa sobre el *Paraguary*, disparándole dos cañonazos con lo que lo inutilizó; de los otros tres vapores enemigos, uno no logró abordar al buque por la gran resistencia que encontró; pero dos, por la popa, pudieron operar de modo que una gran porción de paraguayos ocupaban la tolda del *Parnahyba*. matando nuestra gente que allí se encontraba y que les opuso resistencia, entre ellos el capitán del 9° batallón Pedro Alfonso Ferreira y al guarda marina Greenhalg, que con grande bravura y coraje, defendieron la bandera nacional y murieron en su puesto de honor. Avanzaron entre tanto los refuerzos que habían repelido el abordaje de proa, y castigaron á los paraguayos por la osadía de haber pisado la cubierta de un buque brasileño, pues, todos los que allí se encontraban, fueron batidos y muertos. Antes de este conflicto, una bala venía á partir el timón.

En el *Parnahyba* tuvimos 33 muertos, 28 heridos y 20 extraviados;

estos últimos se supone hayan caído al río en la defensa que hicieron.

Tuvimos en toda la escuadra, entre muertos ó heridos, de 180 á 190 hombres.

Los muertos, oficiales, marineros y soldados serán de 80 á 90.

¿Qué diré á V. E. de los comandantes?

Que todos se han comportado bien y me ayudaron más ó menos como yo lo esperaba.

No hago distinciones, porque entretenido con el deseo de aniquilar la escuadra paraguaya, no pude fiscalizar atentamente cada buque por separado y, á veces, hasta los perdí de vista en las vueltas que da el río.

Con más detención trasmitiré á V. E. las informaciones que me lleguen.

Sé con evidencia, porque siempre se halló conmigo, á mi lado, en su puesto de honor, sobre el puente del vapor *Amazonas,* que su comandante, el capitán de fragata Theotonio Raymundo de Brito, portóse con bravura y sangre fría, dando siempre las órdenes que el caso requería.

Sus oficiales se portaron como era debido, entre ellos el teniente 1º José Antonio López, encargado de la batería de proa.

El coronel Juan Guillermo Bruce, comandante de la brigada, ya conocido por su bravura, me ayudó, dirigiendo las tropas á los lugares que convenían para hostilizar al enemigo.

Tan pronto como reciba los partes de los diversos comandantes los remitiré.

Dios guarde á Vd. Exc.

FRANCISCO MANUEL BARROSO.

Ilmo. y Excmo. señor Vice-almirante vizconde de Tamandaré, comandante en jefe de las fuerzas navales del Brasil en el Río de la Plata.

Combate del Riachuelo

RELACIÓN PARAGUAYA DE GEORGE GIBSON EL DÍA DE LA ACCIÓN, JUNIO 11 DE 1865.

El vapor *Marquez de Olinda* guió la escuadra de vapores paraguayos á la acción, contra la escuadra de vapores brasileños.

El *Marquez* hizo el primero fuego y á su vez recibió varios tiros del enemigo, que mataron, creo, á un hombre é hirieron á otro, ambos en la coliza de proa. Continuamos adelante, pasamos la escuadra

brasileña y anclamos más abajo. El *Tacuary* ancló un poco más abajo que nosotros; yo estaba parado entre la máquina hasta que fuí llamado por el teniente Robles para acompañarle en el bote y dar él una vuelta al buque para ver que daños ha recibido. Encontramos varios agujeros de balas al costado de estribor sobre el nivel del agua y un agujero ovalado bajo la bodega de popa; pero no de mucha consecuencia porque era un poco arriba de la línea de agua.

El carpintero colocó allí un tapón lo mejor que pudo. Entonces el comandante Robles ordenó á su gente dirigiera la lancha á bordo del *Tacuary*, y en el ví varios agujeros de balas en diferentes lugares, y mientras estábamos allí procuré aconsejar al comandante Robles para decir al capitán Meza de echar á pique dos ó tres buques en el canal estrecho del Riachuelo, á fin de cerrar el canal á los buques, de manera que podamos asegurar toda la escuadra brasileña, pero él no lo quiso hacer.

Dejamos otra vez el *Tacuary*, y en nuestra lancha nos dirigimos á nuestro buque. Dije al teniente Robles que creía que podríamos escaparnos de la escuadra andando á toda fuerza y observándola bien; pero él no me contestó; subimos de nuevo á bordo del *Marquez* y ordenó levar ancla, y á mí me pasó la voz de adelante poco á poco, lo que hicimos por algún tiempo, cuando me llamó de la máquina para hablarme y encontré que estaba muy borracho: me preguntó ¿qué era lo mejor que podría hacerse? Y le contesté, me permitiera dar toda fuerza á la máquina y que él cuidara mucho á los buques brasileños.

En aquel momento estábamos parados sobre la cubierta entre la máquina y los tambores de las ruedas; al momento que concluíamos de hablar, un tremendo choque tuvo lugar: un buque brasileño se estrelló contra nuestro tambor de rueda de estribor hacia el lado de la proa y quebró la rueda y la maquinaria y mucha parte del costado del buque, lo que nos dejó enteramente inhabilitados y nos hizo varias descargas de granadas y piñas como también de mosquetería y al mismo tiempo el teniente Robles y yo fuimos golpeados por la viga del tambor de las ruedas y arrojados al otro costado del buque, recibiendo él al mismo tiempo una herida al través del pecho izquierdo y otra en el brazo izquierdo. Le curé las heridas y le hice acostar en el suelo en la cámara. El nunca me habló ni le oí hablar después. Eché entonces una mirada al rededor de la cubierta y no pude ver sino muy poca gente, tal vez como veinte por todo, además de los muertos. Allí estuvimos como hasta las cuatro ó las cinco: la misma tarde nuestro tricolor flameaba todavía al tope del mastelero, cuando un buque brasileño vino á nuestro costado y nos largó dos tiros de cañón y una descarga cerrada de mosquetería.

Salí á la cabecera de la escalera y le pregunté por qué nos hacía fuego viendo que estábamos indefensos. Entonces gritó diciendo: arrea su tricolor y alza la bandera blanca. Lo hice así para salvar

á mis compañeros y á mí mismo porque el buque permanecía allí mientras lo hice. Primero lo hice saber al teniente Robles, pero él no contestó. Viendo esto, los brasileños nos dejaron y no volvimos á verlos hasta el siguiente día, cerca de la misma hora.

En la mañana siguiente, arrojamos al agua todos los muertos por todo catorce ó quince.

El buque estaba desde la mitad dentro del agua.

Nosotros estuvimos esperando viniesen á buscarnos algunas lanchas del gobierno, pero no vinieron.

JUNIO 12 DE 1895

Permanecimos todo el día esperando lleguen algunas lanchas para llevarnos, más ninguna vino.

Entre las 4 ó 5 de la tarde, vino el buque brasileño y se colocó á corta distancia de nosotros, y una de sus lanchas vino á nuestro costado con el capitán, un oficial y dos ingenieros, y vino á bordo teniendo como quince hombres armados por tripuladión. El comandante subió primero; yo le salí al encuentro en la escalera, habló él primero, preguntando quien era yo. Dige que era el ingeniero de á bordo. Entonces me preguntó donde estaba el comandante, le dije que yacía en la cámara casi muerto, si por el momento no lo estaba enteramente. Sus acompañados estaban á bordo, y él vió al comisario, preguntó quien era y le ordenó que le mostrara el comandante Robles; llamó algunos de sus hombres para llevar al teniente Robles en la lancha, lo que hicieron; preguntó por los oficiales, le dije que no había ninguno á bordo; preguntó por todos los enfermos y llevó al comisario y como ocho ó diez heridos; su lancha estaba llena y no podía llevar más. Ordenó que se izara la bandera brasileña, lo que hizo uno de sus hombres.

El nos dijo de considerarnos todos prisioneros y que enviaría otra lancha por nosotro; vió á un prisionero brasileño que teníamos á bordo, preguntó quien era y lo mandó á la lancha. No hizo ninguna pregunta más, ni preguntó sobre armamentos ó municiones, ni por la bandera que fué dejada á bordo.

Bajó en la lancha y se mandó mudar á bordo de su buque y no lo vimos otra vez, hasta las II de la noche, cuando vino muy cerca de nosotros y gritó que se enviara al ingeniero á bordo. Yo respondí que no teníamos lancha y se mandó mudar y no lo he visto después y estuvimos allí hasta las dos de la mañana siguiente; teniendo yo mi contrata con el gobierno del Paraguay en el bolsillo, estaba dispuesto á no servirles hasta tanto durara esa contrata.

JUNIO 13 DE 1865

A las dos de la mañana hicimos correr el cable para que el buque descendiera más abajo para ponernos fuera de la vista del enemi-

go, de manera que podamos bajar en tierra por algun medio, y pensando acercarnos á la costa de Corrientes, pero la corriente nos llevó hacia el Gran Chaco, donde tocamos un banco de arena en donde actualmente se halla el buque.

El buque á este tiempo estaba casi lleno de agua y no teníamos alimento, porque todas las provisiones estaban en la popa bajo el agua. Esperamos todo este día para ver si algunas lanchas venían á socorrernos, pero ninguna vino. Llegó la noche y montamos sobre el toldo de la popa á dormir, estando ya la cubierta inundada de agua, habiendo hundido el buque en la arena y pasando la corriente sobre él. Alzamos á dos hombres lastimados sobre el toldo é hicimos por ellos todo lo que pudimos. Los demás heridos podían andar por sí mismos sin asistencia de nadie.

JUNIO 14 DE 1865

Todavía esperando ver si alguna lancha aparecía, más no vino. Comenzamos á fabricar una balsa y tomamos mucho cuidado para que ningun buque brasileño viniese á encontrarnos haciendo balsas. Concluímos una balsa ese día y la atamos al costado del buque toda la noche.

JUNIO 15 DE 1865

Me puse á trabajar balsas para conducir á los compañeros y á mí mismo á tierra. Hicimos cuatro balsas; pero no fueron suficientes para conducir á todos, y estando por este tiempo el agua hasta las rodillas, no pudimos hacer más. Yo quería que el baqueano me acompañara sobre mi balsa, pero no podía llevar tres, y así me puse sobre otra balsa y le dejé la mía para venir, pero no vino sobre ella con Martínez, viniendo otro hombre sobre la balsa.

Dos balsas bajaron sobre la costa del Chaco. Encontramos una canoa debajo del agua y la desaguamos y nosotros cinco subimos en ella, y procuramos cruzar el río hacia la costa de Corrientes, donde bajamos como á las ocho de la noche y caminamos una larga distancia á lo largo de la alta barranquera, cuando al fin conseguimos subir encima, y hallándonos fatigados nos acostamos á dormir un rato.

A la mañana siguiente, encontramos á un hombre á caballo y nos preguntó á donde íbamos. Le digimos que nos habíamos escapado del *Marquez de Olinda* y que queríamos ir á Corrientes.

El nos dijo que estábamos cerca del general Robles y que nos conduciría allí á caballo, lo que hizo, y al general le conté el desgraciado asunto del *Marquez*. Pareció que tenía mucho sentimiento por su hermano; me dió algún alimento y me envió á caballo á las

carretas del doctor Skinner, y él me dió medicamentos que hicieron cesar la diarrea y después fuí enviado en carreta á Humaitá.

Lo que aquí dejo dicho es la verdad, como mejor puedo recordarla.

Firmado: *George Gibson.*

Es conforme con el texto inglés que he traducido por disposición del señor coronel Toledo, juez fiscal de la causa del brigadier ciudadano Wenceslao Robles.

Campamento general en Humaitá, 10 de Agosto de 1865.

Firmado : *Andrés Maciel* (1)

Prensa de López

Sin comentarios transcribimos más abajo, de la prensa de López, la relación paraguaya de la batalla naval del Riachuelo, y en ella verá el lector el modo inexacto de apreciar los hechos de armas de la guerra del Paraguay.

Batalla naval del Riachuelo

II de Junio de 1865

Fragmentos de un artículo de *La Estrella*, Piribebuy, 13 de Julio de 1868 : (2)

« .... Al fin de la lucha, la escuadra brasileña fué totalmente vencida, y la sagrada enseña nacional de la libertad quedó triunfante el II de Junio de 1865 en el más formidable y extraordinario combate naval de la América del Sud. Perdimos algunos buques; pero alcanzamos una victoria tan espléndida como imposible. El enemigo perdió buques, y perdió todo ....

Era el sol del II de Junio que reflejaba sobre nuestra patria los destellos de nuestra inmortal victoria del Riachuelo. Era el 4° aniversario que celebrábamos de ese triunfo que ha pasmado al mundo, de ese triunfo que habría dado de un solo golpe en tierra con

(1) Este documento se encuentra agregado al proceso de Robles.

(2) Estos son los únicos documentos de origen oficial que López concede á la historia de la guerra del Paraguay.

todo el poder marítimo del Imperio si más exactitud se hubiese desplegado en la realización del plan y cumplimiento de las órdenes de S. E. el señor Mariscal López. (1)

Justificando la previsión del Dictador, continúa *La Estrella*, que según el plan de éste, el almirante Meza debía á las 4 de la madrugada abordar á los buques brasileños, y asegura que si esa orden hubiese sido cumplida con exactitud, habrían sido infaliblemente tomados dichos buques.

Pero el almirante Meza perdió mucho tiempo, pretendiendo reparar las averías que había sufrido en dos vapores paraguayos. El combate, por ese motivo, trabóse cuatro horas y media después de la asignada por López.

De ahí resultó que la victoria fué apenas brillante, sin los resultados que eran de esperarse, esto es, sin la toma de toda la escuadra brasileña.

¿Y quién puede dudar, continúa la misma hoja, que tomada la escuadra enemiga, habría felizmente terminado la guerra?

Cada vez que se refresca en nuestra memoria la idea del Riachuelo: Oh! Meza! exclamamos: *quæ te dementia cæpit!* Un tilde que se pretenda variar en los designios del *Genio*, se abre á los pies del atrevido un abismo! Hombres presumidos, cobardes, ó arrojados, temblad! No pretendais medir con vuestro pequeño brazo lo que es inmensurable á la razón común! En las riberas del Paraná, en ese mismo Riachuelo, que á pesar de la defectuosa comportación del jefe de nuestra escuadra, agregó uno de los primeros y más esplendorosos blasones á las armas nacionales, en ese mismo Riachuelo habríase concluído esta guerra colosal, cuyo nudo gordiano iba á cortarse irremisiblemente, practicando sin titubear las órdenes del Héroe Paraguayo, de ese *Genio* para quien las dificultades no existen y ante cuyas emanaciones luminosas los grandes hombres del siglo, los militares encanecidos, los diplomáticos consumados, las grandes figuras contemporáneas, son pequeñas ... »

Relación del mayor Cárdenas

El 27 de Mayo de 1865 desembarcaron en la Esquina, provincia de Corrientes, algunos cuerpos del 1er cuerpo de ejército á las órdenes del general Paunero de regreso de la toma de Corrientes, hecho que tuvo lugar el 25 del mismo mes. Estos cuerpos era los siguientes:

(1) El nombre del Mariscal López, así como los calificativos de genio, héroe paraguayo, soldado de la patria, etc., aparecen siempre con letra mayúscula.

I° de línea, 3° de línea, Legión militar, 2° de infantería y el 4° de infantería se incorporó á la división el día 26, pues se hallaba embarcado en un vaporcito á las órdenes del comandante Fraga.

En los últimos días de Junio, de la Esquina marchó la división al Paso Platero, sobre el río Corrientes y pasando este río en aquel punto la división el día 2 de Junio campó al otro lado y allí recibió el general Paunero un telegrama del general Arredondo en el cual le daba cuenta que el día I° de Julio había desembarcado en el Rincón de Soto con el batallón 6° de línea y regimiento I° de caballería (éste sin caballos) para seguir la marcha. Estos dos cuerpos quedaron en aquel punto, Rincón de Soto, expuestos á caer en poder de los paraguayos que se encontraban á 3 leguas (en Cuevas) 21.000 hombres á las órdenes del general Robles y se extendían por esa parte hasta el río Santa Lucía.

En esta situación llamó el general Paunero al mayor de caballería don Trifón Cárdenas, coronel hoy, y haciéndole comprender el peligro que corrían los cuerpos 6° de línea y I° de caballería, le ordenó que inmediatamente se pusiera en marcha extraviando camino con fuerzas que puso á su disposición y condujera 500 caballos para el general Arredondo para que hiciera montar aquellas fuerzas y á marchas forzadas se le incorporara en el Paso Platero, pues le hacía comprender el riesgo que corría en ser prisionero de las fuerzas paraguayas. Llegando con la caballada el mayor Cárdenas y con toda felicidad al Rincón de Soto el día 3 de Julio á las II a. m.

El día 5 de Julio se puso en marcha el general Arredondo, pasó el río Santa Lucía bajo una torrencial lluvia y campó esa noche al otro lado del río, pasando aquella noche sin carpas y soportando el agua á cuerpo descubierto, pues no tenía carpas ni tampoco que dar de comer á las fuerzas.

El día 6 á las 10 a. m. se movió de aquel punto el general Arredon do y por caminos extraviados y á marchas forzadas, caminó todo aquel día, el 7, el 8 y el día 9 á la puesta del sol se incorporó á las fuerzas del general Paunero que le esperaba en el Paso Platero para que la artillería hiciera salvas saludando el 9 de Julio.

El mayor Cárdenas fué felicitado por el general Paunero por el desempeño de su comisión, porque si este no toma las precauciones que tomó para llegar volando con la caballada para el general Arredondo, éste seguramente cae prisionero de las fuerzas paraguayas.

Acción del Yatay

El presidente de la República y general en jefe
del ejército aliado.

Cuartel general, Concordia, Agosto 21 de 1865.

*Al Excmo. señor Vice presidente de la República,
coronel doctor don Marcos Paz.*

Tengo el honor de adjuntar originales el parte que me pasa el Excmo. señor gobernador del Estado Orienral y general en jefe de la vanguardia del ejército aliado, brigadier general don Venancio Flores, y el anexo del general Wenceslao Paunero, comandante en jefe del 1er cuerpo de ejército argentino, por los cuales se impondrá el gobierno del completo triunfo obtenido sobre la columna paraguaya que invadía nuestro territorio por la margen derecha del Uruguay, la cual ha sido totalmente destruida, quedando en el campo toda ella ó muerta ó prisionera, exceptuando apenas diez hombres para ir á llevar la noticia de su derrota.

Remito igualmente á V. E. dos de las cuatro banderas tomadas al enemigo en el campo de batalla, trofeos gloriosos de esta jornada, quedando en este cuartel general el jefe superior de la columna enemiga, tomado prisionero en medio del fuego por las fuerzas argentinas, ante quienes rindió su espada.

Felicitando al pueblo oriental por la parte distinguida que en este triunfo ha cabido á su ilustre jefe el Excmo. señor general Flores, así como á sus valientes tropas, á la vez que al Imperio del Brasil y á la República Argentina, cuyos bizarros jefes, oficiales y soldados presentes en el campo, han cumplido gloriosamente con su deber, felicito en general al pueblo argentino por esta victoria común á las naciones aliadas, y en particular al gobierno argentino por la parte notable que en él ha tocado á las tropas nacionales, y á su general don Wenceslao Paunero, recomendando á su particular consideración á todos sin excepción ninguna, pues todos son igualmente dignos de ella, según los partes que se me han dirigido.

Dios guarde á V. E.

BARTOLOMÉ MITRE

Cuartel general Paso de los Libres, Agosto 18 de 1865.

Al Excmo. señor presidente don Bartolomé Mitre, general en jefe de los ejércitos aliados.

Ayer á las diez y media de la mañana, después de penosísimas marchas para nuestros beneméritos soldados de infantería, por las copiosas lluvias, en que los campos estaban llenos de agua, llegamos al frente del ejército enemigo, que no bajaba de tres mil hombres, más bien más que menos.

Quedando en poder del ejército de vanguardia 1200 prisioneros y su jefe Duarte, con 1700 cadáveres, cuatro banderas, armamento, municiones, ocho carretas, y sus caballos flacos y más de trescientos heridos.

El ejército de vanguardia había tenido doscientos cincuenta hombres fuera de combate entre muertos y heridos. No ha sido posible, Excmo. señor general, evitar el derramamiento de sangre; los enemigos han combatido como bárbaros. Tal es el fanatismo y barbarie que les ha imprimido el déspota López y sus antecesores tiranos; no hay poder humano que los haga rendir y prefieren la muerte cierta antes que rendirse.

El primer cuerpo del ejército argentino á las órdenes del señor general Paunero; la brigada 12 del ejército brasileño al mando de su comandante don Joaquín R. Cuello Quelly; los orientales y la división correntina al mando del general don Juan Madariaga, todos sus jefes, oficiales y soldados, han llenado su deber, combatiendo como valientes y yendo mucho más allá de lo que podía exigírseles como soldados.

Por lo tanto, llenando un deber de justicia y de distinción para los que combaten por la patria, los recomiendo á la consideración de V. E.

Estos son, Excmo. señor general, los trofeos que os ofrece el ejército de vanguardia que habeis confiado á mis inmediatas órdenes y que me ha cabido el honor de mandarlo en un día de gloria para la patria de los gobiernos aliados.

Lleno el último deber del ejército de vanguardia, como su general, y es felicitando á V. E. y á todos los que componen ese grande ejército, por el triunfo del 17 del corriente en los campos del Yatay, el que es de esperar sea seguido de otros mayores.

Dios guarde á V. E. muchos años.

VENANCIO FLORES.

Comandante en jefe del 1er. cuerpo
del ejército nacional.

Campo de batalla en la costa Yatay, Agosto 17 de 1865.

Al Excmo. señor gobernador provisorio del Estado Oriental del Uruguay, brigadier general don Venancio Flores.

Va á tener el infrascripto el honor de dar cuenta á V. E. de la participación que en el combate de este día ha tenido la infantería y artillería de este ejército aliado, que al aproximarse el enemigo se sirvió V. E. disponer que mandase inmediatamente el infrascripto.

Habiendo formado todas las fuerzas del mando del infrascripto en columna de ataque, para verificarlo sobre el grueso del enemigo, marché hacia él en ese orden, cuando asegurado personalmente V. E. de que eran exactos los partes que se le habían dado, de no ascender á más de tres mil hombres las fuerzas paraguayas, se sirvió disponer que se adelantase más rápidamente la brigada de infantería oriental protegida por una batería, la que realizándolo así y al coronar la cuchilla que ocultaba al enemigo, fué recibida por todos sus fuegos, que sufrió y contestó con el mayor vigor, hasta hacerlo retroceder.

En tales momentos llegó á paso de carrera la división argentina y la brigada brasileña, cayendo en masa sobre la fuerza contraria, que retrocedió en desorden, pero haciendo un vivo fuego y dando cargas de caballería sin quererse rendir, ni aun cuando fué estrechado sobre el arroyo Yatay, á consecuencia de lo que han tenido lugar lamentables pérdidas, de las que dará el infrascripto cuenta á V. E. en el parte detallado.

Por su parte el enemigo, y aunque no es posible en este momento al infrascripto dar los detalles consiguientes, ha sido completamente destruído, dejando en el campo más de mil muertos, todas sus armas y demás despojos, y como mil quinientos prisioneros, incluso el jefe de toda la fuerza, el de un batallón y cuatro banderas que se hallan en poder de las armas aliadas.

No le es posible al infrascripto, hacer mención especial de ninguno de los cuerpos que han tenido parte en esta corta pero recia lucha, porque así como sus jefes y oficiales, rivalizaban en ardor y entusiasmo, como V. E. ha tenido ocasión de presenciarlo, junto con los demás incidentes del combate.

Felicitando á V. E. por este nuevo triunfo de las armas aliadas, le es grato al infrascripto ofrecer á V. E. las seguridades de su más distinguida consideración.

W. Paunero.

*

Carta del doctor don Julio Herrera y Obes, secretario del general Flores, donde narra la batalla de Yatay. (1)

Buenos Aires, Septiembre de 1901.

Señor general don José Ignacio Garmendia.

Presente.

Mi estimado general y amigo:

Tuve el agrado de recibir la atenta carta de V. del 21 del pasado, pidiéndome algunos datos sobre la batalla del Yatay, librada contra los paraguayos, en Corrientes, el 17 de Agosto de 1865.

Fácil y agradable me será complacer á V.

Conservo vivas mis impresiones de la campaña del Paraguay que hice al lado del general don Venancio Flores, siendo yo entonces muy joven.

No he olvidado sobre todo ni un detalle sobre la batalla del Yatay, como que fué esa la primera acción de guerra á que asistía y los recuerdos de esa clase acentuados por las emociones violentas de una batalla son de los que no se borran nunca de la memoria. Así mismo no he querido contestar las preguntas de V., sin tenèr á la vista, algunos apuntes de la guerra del Paraguay que tenía en Montevideo, siendo esta la causa de la demora en mi respuesta, por lo cual le pido á V. disculpa.

La batalla del Yatay ha sido presentada hasta ahora por todos los que sobre ella han escrito, como un hecho de armas de escaso mérito militar para los aliados. Fúndase esta apreciación en que el ejército de vanguardia á las órdenes del general don Venancio Flores se componía de 11.000 hombres de las tres armas con 46 piezas de artillería, y la columna paraguaya á las órdenes del mayor Duarte no pasaba de 3.500 hombres. Racionalmente entonces aquella fuerza enemiga, aislada y estrechada contra el Uruguay, debió caer toda prisionera sin pelear ó por lo menos sin ofrecer gran dificultad para destruirla. Y entre tanto se libró una reñida batalla en la que los aliados tuvieron 300 bajas entre muertos y heridos.

El error de este juicio consiste en tomar en cuenta las fuerzas que componían los ejércitos beligerantes y no las que tomaron parte en la acción. En realidad el ejército paraguayo que operaba sobre el Uruguay y del cual formaba parte la columna de Duarte, se compo-

(1) Como se habrá visto, esta relación, tan llena de interés y de mérito difiere en cuanto al número de fuerzas y cañones, con los estados y relaciones que hemos consultado.

nía de 10.000 hombres de las tres armas. Uruguay por medio estaba el ejército á las órdenes del coronel paraguayo Estigarribia, que pudo y debió venir en auxilio de la columna de Duarte, y el no hacerlo fué un error militar que decidió de la batalla. Circunstancias análogas, fueron causa también de que solamente una parte del ejército aliado de vanguardia tomase parte en la pelea.

En efecto: debido á una orden mal dada y acaso también á un sentimiento mal entendido de estímulo militar, la batalla de Yatay fué librada en condiciones desventajosas para los aliados. No solamente no se hizo uso de la artillería, sino que las únicas tropas que, puede decirse, combatieron contra los paraguayos fueron las del ejército oriental, superiores en número de caballería á la enemiga pero muy inferior en infantería que fué el alma de la acción.

La infantería paraguaya constaba de 2800 hombres colocados en posiciones naturalmente fuertes y la infantería oriental que atacó y destrozó aquella fuerza poniéndola en derrota no pasaba de 1500 hombres.

El por qué se libró la batalla en esas condiciones lo explicaré en el curso de este relato; pero el error ó la culpa del jefe responsable de ese hecho no rebaja el valor ni desvirtúa la gloria de los soldados que alcanzaron la victoria, peleando en posiciones desventajosas y contra doble número de enemigos.

El general Flores, al frente del ejército oriental, salió de su campamento de *Gualeguaycito* en Entre Ríos el 18 de Julio de 1865. Llevaba el general el propósito resuelto de ir al encuentro y batir al ejército paraguayo que operaba sobre ambas márgenes del Uruguay el cual después de haber asolado la provincia argentina de Corrientes y la brasileña de Río Grande del Sud, amenazaba invadir la República Oriental sobre la frontera de la cual se encontraba ya.

El ejército paraguayo se componía entonces de 14.000 hombres de las tres armas. El ejército aliado de vanguardia cuando estuvieron concentradas todas las fuerzas que lo habían de componer ascendería á 11.000 hombres de las tres armas.

Por el momento el general Flores solamente llevaba bajo sus órdenes las siguientes fuerzas:

Artillería.— 1 regimiento con 14 piezas de 4, 6 y 9 y un personal de 110 hombres de tropa. (1)

Infantería.— 4 batallones con un efectivo de 1170 hombres.

Caballería.— 11 regimientos de GG. NN. con un efectivo de 2700 hombres y más el regimiento escolta de 300 plazas. En todo 3000 plazas. A los dos días de marcha se incoporaron al ejército oriental el regimiento de caballería argentina « General San Martín »

(1) Nunca en esta campaña tuvo la división oriental más de 8 piezas. Mal podrían 14 cañones ser servidos por 110 hombres.

con 400 plazas y una brigada de infantería brasileña (4 batallones) con un efectivo de 1000.

Formando así este cuerpo de ejército un total de 5680 hombres.

El día 18 de Agosto llegó el ejército oriental al Miriñay, en Corrientes, y allí se le incorporó el primer cuerpo del ejército argentino á órdenes del general Paunero con las siguientes fuerzas:

Artillería.— Una brigada con 32 piezas de á 8 y 9 y un personal de 350 hombres de tropa. (1)

Infantería.— 10 batallones con un efectivo de 2800 hombres de tropa.

Caballería.— Regimiento 1° de línea con 400 plazas. División correntina 2000 hombres de GG. NN.

Total de tropa 5150 hombres.

Los dos cuerpos de ejército formaban un total de 11.000 hombres que era menos de lo que se le suponía al ejército paraguayo, cuya vanguardia estaba sobre el arroyo Capi Quisi á pocas leguas del río Miriñay.

El 16 de Agosto llegó el ejército aliado al Capi Quisi que encontró desbordado, pero con el paso libre, pues el enemigo se había alejado de allí, sin saberse por qué. En seguída se dió principio al pasaje del ejército en previsión de un ataque posible.

El ejército oriental fué el primero en vadear el arroyo, y apenas estuvo del otro lado llegó un parte de las fuerzas correntinas que estaban en observación de los paraguayos avisando que estos venían en marcha y se hallaban á poco más de una legua de distancia.

El general Flores resolvió salir al encuentro del enemigo para detenerlo y dar lugar á que el resto del ejército efectuara el pasaje del Capi Quisi.

A distancia de una legua avistamos á los paraguayos, quienes al vernos se detuvieron, y en vez de seguir su marcha de avance, se alejaron por donde habían venido. Sin duda creyeron que tenían al frente todo el ejército de vanguardia, era lo que el general Flores había calculado y su estrategia le dió el resultado deseado.

El ejército oriental permaneció formado en sus posiciones donde pernoctó.

Me he detenido en estos detalles porque ellos explican el por qué el ejército oriental se encontraba en la mañana de la batalla distanciado más de una legua del resto de las fuerzas aliadas, hecho que fué causa determinante de lo que sucedió después.

El 17 al amanecer se movió el ejército oriental en busca del enemigo que se sabía nos esperaba en las inmediaciones de la costa del Uruguay. Los batallones de infantería vestían de parada. El «Florida»

(1) La artillería argentina contando con el escuadrón de Nelson solo alcanzó á 16 piezas.

con morrión de paño grana y vivos amarillos, levita azul con vivos verdes y charreteras amarillas, pantalón de paño grana y polainas blancas. El «24 de Abril» con su uniforme oscuro de cazadores, chaquetilla azul con vivos y charreteras verdes, bombacha azul y pantorrilleras blancas. El «Voluntarios Garibaldinos» con su tradicional camiseta roja con vivos negros y bombacha azul. El «Libertad» con boinas rojas, camiseta punzó y bombacha de brin blanco. La artillería de azul con vivos y charreteras punzó.

Este detalle del uniforme puede parecer nimio y no lo es: el uniforme que dá al soldado el sentimiento del espíritu de cuerpo parece que lo dignifica á sus propios ojos por el respeto que inspira á los que los contemplan.

Dejamos el pueblo Paso de los Libres á la derecha sobre la costa del Uruguay y al cabo de una hora de marcha avistamos al enemigo que nos esperaba formado en sus posiciones que había elegido y fortificado para recibir nuestro ataque.

Del primer golpe de vista pudo comprobarse que la columna de Duarte no había recibido refuerzos de Uruguayana. No tenía artillería y toda su tropa no alcanzaba á 4000 hombres en su mayor parte de infantería.

La topografía del terreno la conoce V. bien.

El arroyo Yatay que en épocas normales es un hilo de agua que corre entre barrancos estaba en esa ocasión desbordado y correntoso á causa de las grandes lluvias caídas en esos días. A unos 1000 metros de su boca, en el Uruguay, el arroyo forma una curva pronunciada que circunda un espacio de terreno semicircular conocido con el nombre de *Ombucito*. El extremo izquierdo de esa curva terminaba en una gran laguna formada por las aguas del Uruguay comprendidas con las del Yatay. El extremo derecho remataba en los cercados de unas quintas que llegaban hasta la barranca del rio y estaban en su mayor parte inundadas. El *Ombucito* es un trozo de la cuchilla levantado en el centro con caídas de plano inclinado á los costados. La única parte seca de ese campo era la loma de la cuchilla, todo lo demás estaba anegado formando un gran bañado que había que cruzar con el barro al tobillo.

Los paraguayos habían tendido su línea de batalla sobre el *albardón*; línea sencilla de dos filas sin más reservas que la faja de agua de 200 metros de ancho del Yatay contra la cual apoyaban su espalda. El flanco derecho estaba cubierto por los cercados de las quintas; el flanco izquierdo por la caballería (500 hombres) y por la laguna del Uruguay; el frente cubierto por tiradores ocultos entre zanjas.

El ejército oriental llegó á 500 metros de la línea paraguaya sin disparar un tiro, pues sus guerrillas nos contemplaban, inmóviles y silenciosas metidos en aquellos fosos que bien pronto iban á ser para ellos verdaderas fosas.

Estábamos tan cerca del enemigo, que no solo podíamos contar su número sino detallar su vestimenta original y primitiva. Sus altos y duros morriones de suela cruda invulnerables al filo de los sables de nuestra caballería; sus camisetas de bayeta punzó que se destacaban como manchas de sangre sobre el fondo verde del campo; su jerga á listas blancas y azules envueltas y atadas á la cintura cubriéndoles las piernas hasta las rodillas como el pollerón de los Highlanders escoceses. Toda la tropa de pierna y pie descalzo.

Aquella vestimenta extraña empezó por inspirar poco respeto á nuestros soldados que veían en ese hecho una manifestación de inferioridad militar.

El general Flores reconoció con su anteojo las posiciones enemigas y se dió cuenta en el acto de que aquella fuerza estaba vencida y prisionera antes de pelear. Las posiciones eran fuertes para la defensa, pero eran una verdadera ratonera.

Al frente de la línea enemiga, en sus dos extremos, el terreno formaba dos alturas apropiadas para colocar la artillería. El general formó el plan de colocar en la última de la extrema derecha la artillería oriental y en la extrema izquierda la artillería argentina y desde allí cañonear á los paraguayos hasta obligarlos á rendirse.

La infantería á las órdenes inmediatas del coronel Pallejas recibió orden de desplegar por batallones en masa, formando á la derecha el «Florida», al centro el «24 de Abril» y á la izquierda el «Voluntarios Garibaldinos».

El batallón «Libertad» del coronel Bustamante, cubría la línea desplegada en tiradores.

La caballería escalonada por regimientos cubría la derecha de la línea.

La brigada de infantería brasileña destinada á formar la reserva, marchaba media legua á retaguardia.

Un poco más atrás, pero oblicuando á la izquierda, venía el primer cuerpo de ejército argentino que debía entrar en la lucha por ese lado, para combinar las fuerzas de su artillería con las de la oriental.

El general Flores puso la artillería oriental bajo las órdenes del general Borges, le señaló la posición que debía ocupar sobre la derecha y tomadas estas disposiciones se dirigió al encuentro de las fuerzas del general Paunero, para darles la colocación y las órdenes del caso. Apenas había andado unos mil metros cuando se oyó el fragor de las descargas y del fuego graneado de la infantería paraguaya. El general Flores se detuvo, se volvió inquieto y vió con sorpresa y enojo que los batallones orientales formados en columnas paralelas avanzaban á paso de trote y á la bayoneta sobre los paraguayos. ¡Ah! Pallejas! Pallejas! exclamó en tono de reproche.

Pero en ese momento el batallón «Florida», penetraba como una cuña en la línea enemiga y la trozaba en dos desquiciándola.—Ya

ca ....yeron esos maulas!—gritó con júbilo el general, y picando el caballo partió á escape á tomar la dirección de la batalla reducida desde entonces á perseguir y rendir dispersos.

¿Qué había sucedido y por qué se había precipitado la batalla, frustrando los planes del general Flores?

Una orden mal dada y peor interpretada.

El general Flores dió orden al coronel Pallejas, que desplegara por batallones, pero omitió decirle que debía permanecer firme en ese orden de formación. El coronel Pallejas, según lo declara en su «Diario de la campaña del Paraguay», entendió que aquel despliegue al frente del enemigo comprendía la orden de atacar las posiciones paraguayas y en consecuencia ordenó al general Bustamante que con su batallón desalojara á las guerrillas paraguayas de las zanjas en que estaban ocultas. La orden fué cumplida con denuedo y rapidez y el frente de la línea enemiga fué descubierto. La infantería paraguaya era doble en número que la oriental, pero por la extensión y la debilidad de su línea no podía resistir una carga á la bayoneta de nuestros batallones en columnas. El coronel Pallejas, militar de genio y soldado aguerrido, vió la derrota fácil y segura del enemigo y no pudo dominar el anhelo impaciente de alcanzar la victoria con las solas fuerzas á sus órdenes y dió la orden y la señal del ataque!...

La caballería paraguaya, intentó contener el avance de nuestra infantería, y saliendo de sus posiciones, trajo una impetuosa carga sobre nuestro flanco derecho. Pero allí se estrelló con la I^a división de caballería, á órdenes del general Enrique Castro, que le salió al encuentro. En el choque, los paraguayos consiguieron doblar á uno de nuestros regimientos de GG. NN., pero reforzado éste por otros regimientos se restableció el combate, trabándose una lucha encarnizada cuerpo á cuerpo y con toda clase de armas. El coronel Máximo Pérez, jefe de la división de Soriano, fué herido de un balazo en la cabeza.

Abrumados por el número los paraguayos tuvieron que ceder, siendo arrollados y sableados hasta el borde del Yatay, cuyas aguas sirvieron de refugio á los que pudieron atravesarlo á nado y de tumba á los que arrebatados por la corriente perecieron ahogados.

El batallón «Florida» había trozado en dos la línea paraguaya arrollando el trozo de la extrema izquierda sobre la laguna del Uruguay.

Los batallones «24 de Abril» y «Voluntarios Garibaldinos» no pudieron avanzar con la misma velocidad que el «Florida» á causa de lo pantanoso del terreno que les tocó cruzar. En su marcha dificultosa soportaron impávidos el fuego graneado vivísimo y casi á quema ropa de los paraguayos, pero luego que pisaron terreno firme penetraron á su vez á la línea enemiga rompiéndola en tres

pedazos. El trozo más grande de esa línea, que era el de la extrema derecha (unos 500 hombres) logró restablecer la formación y peleaba con orden relativo, causando mucho daño con su fuego de flanco al « Voluntarios Garibaldinos ». Pero en ese momento llegaron á paso de trote los batallones argentinos que arrollaron y dispersaron aquel último núcleo de resistencia seria.

Los paraguayos diseminados por todo el campo, peleaban con bravura indomable en pelotones y hasta en grupos aislados de cuatro y de dos hombres que preferían morir antes que rendirse. Aquella resistencia insensata, aunque heroica, fué pronto dominada con el concurso de la acción enérgica de la caballería.

En ese combate con los infantes paraguayos, que no obstante su dispersión se defendieron desesperadamente, se distinguieron el I° de caballería de línea argentino y el regimiento escolta del general Flores y el regimiento GG. NN. argentino « General San Martín ».

Acosados, perseguidos, acorralados como fieras sobre el Yatay, fusilados por la infantería, acuchillados por la caballería, los paraguayos tuvieron al fin que rendirse, pues ni esperanza de salvación les daba la travesía á nado del arroyo, porque del otro lado se encontraba la división del general Suárez que aprisionaba á los fugitivos, á medida que salían á la orilla.

La batalla estaba terminada, tres horas después de empezada. Toda la columna paraguaya, inclusive su jefe el mayor Duarte, se hallaba prisionera después de haber dejado 1900 muertos y 1200 prisioneros de los cuales 300 heridos sobre el campo.

La legión auxiliar de correntinos y orientales que acompañaba á los paraguayos, creo que no tomó parte en la batalla. Esa fuerza, según se dijo, era la que guarnecía el pueblo Paso de los Libres y habiendo sido cortada por el avance del ejército aliado se dispersó, pasando su mayor parte á Uruguayana.

En cuanto al coronel oriental Orrego, se dijo que había muerto en la batalla, pero el hecho no pudo ser comprobado.

La influencia moral de la victoria del Yatay, fué muy superior á sus resultados materiales. Las legiones paraguayas que habían asolado las provincias de Corrientes y de Río Grande, habían adquirido un prestigio fantástico de invencibles en la imaginación del pueblo. La batalla de Yatay destruyó aquella fábula, poniendo en evidencia la superioridad incontrastable que en el arte de la guerra tiene la organización militar sobre el valor personal y hasta sobre el número. Yatay dejó demostrado que los paraguayos con su heroísmo legendario no podían combatir fuera de trincheras con los soldados del ejército aliado. Aquella primera victoria de nuestras armas, quebrantó la moral del enemigo, preparando la rendición de Uruguayana. Después de esa capitulación los soldados de la alianza llevaron la seguridad de la victoria que no los abandonó nunca en la conciencia de su superioridad militar.

En ese concepto fué acaso, un bien que los paraguayos en vez de haber sido aplastados en Yatay por la superioridad numérica y el poder de la artillería, fueran vencidos como lo fueron por fuerzas de infantería superiores á las de ellos y en un combate cuerpo á cuerpo y al arma blanca.

No tengo pretensión de hacer una narrativa técnico-militar y sí únicamente un relato histórico perfectamente exacto é imparcial.

Le estrecha la mano su affmo. amigo.

Firmado: JULIO HERRERA Y OBES.

Parte de la toma de Uruguayana

Dentro de la Uruguayana, Septiembre 18 de 1865.

Al Excmo. señor Vice-presidente de la República, doctor don Marcos Paz.

Mi estimado amigo:

Ayer fué rendida por las armas aliadas la plaza de Uruguayana, entregándose á discreción toda su guarnición, compuesta de más de 6000 hombres, siendo los trofeos de esta victoria incruenta 5 cañones, 9 banderas y más de 5000 fusiles, como 1300 lanzas con sus banderolas de colores paraguayos, tercerolas, correajes, cajas de guerra y demás equipos, y además una escuadrilla de canoas y balsas con que intentaban evadirse de la suerte que les esperaba.

Felicito á las naciones aliadas, al pueblo argentino y á V. E. por este importante triunfo, que augura la feliz y gloriosa terminación de nuestra campaña.

El general don Juan Madariaga, que ha sido mi ayudante general de campo en esta jornada, presentará á V. E. una bandera paraguaya perteneciente á uno de los batallones rendidos.

Habiéndose estipulado que la guarnición saldría de las trincheras desarmada y sin los honores de la guerra, con sus jefes y oficiales desarmados á la cabeza; un abanderado que salía con la bandera, fué despojado de ella á su salida por el general Cabral, ayudante de campo de S. M. el emperador del Brasil. El emperador la tomó y la pasó á mis manos, yo la acepté en nombre del pueblo argentino, en memoria del día de ayer, en que cerca de 7000 hombres desfilaron rendidos ante el soberano y los representantes de la soberanía

de los pueblos aliados. Ofrezco ese trofeo á mi patria, como doblemente precioso y memorable.

La tropa del enemigo será dividida entre los aliados en iguales partes, con arreglo á las estipulaciones anteriores.

El general Madariaga, portador de ésta, dará á V. E. más detalles.

Oportunamente se dará cuenta de este hecho al Ministro de la Guerra, así como la relación de los trofeos que toquen á la República Argentina.

En tal ocasión tendré la satisfacción de declarar la caballerosidad con que se han portado nuestros nobles aliados del Brasil, queriendo cedernos mayor número de trofeos, especialmente artillería, honor que hemos declinado, aceptando tanto el general Flores como yo, una sola pieza de artillería.—Un abrazo de felicitación á V. y á todos los amigos.

B. MITRE.

Nota sobre los trofeos tomados en Uruguayana

El general en jefe del ejército aliado.

Cuartel general, Uruguayana, Septiembre 20 de 1865.

Al Excmo. señor Vice-presidente de la República, doctor don Marcos Paz.

Tengo el honor de acompañar á V. E. en copias autorizadas, los documentos relativos á la entrega de la plaza de la Uruguayana y rendición de la columna paraguaya, que á las órdenes del comandante Estigarribia se había atrincherado en dicha plaza.

Este hecho de la más alta importancia para los estados aliados, que han visto desaparecer una columna enemiga de más de 6000 hombres sin que les haya costado ni una gota de sangre, y que debe ser fecundo en resultados gloriosos para las mismas armas aliadas en el curso de esta lucha á que fueron incesantemente provocados por el gobernante paraguayo, tuvo lugar, como ya lo he comunicado á V. E., el 18 del corriente, á la aproximación de las columnas de ataque del ejército aliado, y á presencia de su majestad el emperador del Brasil, que había tomado su puesto de honor al frente del ejército: hallándose el Excmo. señor general don Venancio Flores á la cabeza del ejército oriental, S. E. el teniente general marqués barón de Porto Alegre, al mando del ejército brasileño y teniendo el inmediato mando del Ier cuerpo del ejército argentino el general don Wenceslao Paunero.

Reitero á V. E., lo mismo que al pueblo argentino, mis cordiales felicitaciones por un acontecimiento de tanta magnitud é importancia,

mientras tengo la oportunidad de enviar á V. E. los trofeos de una victoria tanto más plausible, cuanto que no ha costado lágrimas ni sangre.

Dios guarde á V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

El gobernador provisorio de la República Oriental del Uruguay y general en jefe del ejército de vanguardia.

Cuartel general, Ibajá, Septiembre 2 de 1865.

Excmo. señor Presidente y general en jefe de los ejércitos aliados, brigadier general don Bartolomé Mitre.

Hasta este momento estamos á dos leguas de la Uruguayana sitiando al enemigo con caballería, el que se fortifica con zanjas y parapetos cada día más.

La fuerza paraguaya, según los datos que tengo, podrán ser cinco mil infantes y dos mil jinetes, esto es lo más seis piezas de artillería de calibre cuatro y seis.

Las fuerzas de ambos ejércitos aliados constarán de siete mil infantes y de nueve á diez mil ginetes, con cuarenta y una piezas de artillería. Además tres vapores y cuatro chatas con cañones, dos de ellos de á treinta.

Hemos tenido dos días de conferencias con el señor vizconde de Tamandaré, el señor barón de Porto Alegre, general en jefe del ejército en operaciones en la provincia de Río Grande. Les propuse que ambos ejércitos marchasen sobre el enemigo para tomar posiciones las más ventajosas que hubiesen para colocar nuestra artillería y hacerle una intimación preventiva de veinte y cuatro horas para que se entregasen en ese término: dándoles al comandante en jefe y demás jefes y oficiales todas las garantías que las adjuntas bases y nota de remisión que incluyo á V. E. para su conocimiento lo harán saber, los que serán enviados mañana al campo enemigo.

Como no hemos podido arribar á un acuerdo decisivo, lo pongo en conocimiento de V. E. para que se digne darme sus órdenes sobre lo que debo hacer.

Mi opinión era que después de la intimación preventiva de veinte y cuatro horas de término, se les cañonease uno, dos ó tres días ó más si fuese necesario para hacerles sentir el poder de nuestra poderosa artillería. Se ha creído no obstante, que nuestras fuerzas no eran suficientes para llevar á cabo tal operación.

El señor vizconde de Tamandaré con tal motivo ha resuelto bajar hasta el cuartel general y piensa volver trayendo una brigada de in-

fantería para realizar el ataque sobre el pueblo de la Uruguayana.

El señor jefe político coronel don Atoneatildo Saldaña entregará á V. E. esta nota dándole otros detalles particulares.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Firmado: VENANCIO FLORES.

Nota de los aliados á Estigarribia

COPIA

Cuartel general del comando en jefe del ejército,
de las trincheras de la Uruguayana.

18 de Septiembre de 1865.

La prolongación del riguroso sitio en que se hallan las fuerzas bajo el mando de V. S., deberá por cierto haberlo convencido de que sentimientos meramente humanitarios retienen los ejércitos aliados en operaciones en esta provincia, delante del punto del territorio que V. E. ocupa. Estos sentimientos que nos animan y que siempre nos dominaron, cualquiera que fuere el resultado de la guerra á que somos llevados por vuestro gobierno, me obligan á representar á V. S. que semejante posición y estado de cosas debe tener un resultado; y en nombre del emperador y los jefes aliados, anuncio á V. S. que dentro del plazo de dos horas van á comenzar nuestras operaciones. Toda proposición que V. S. hiciere que no sea la de rendirse las fuerzas de su mando, sin condiciones, no será aceptada, visto que V. S. repelió las más honrosas que le fueron ofrecidas por las fuerzas aliadas. Cualquiera que sea, sin embargo, en resolución, debe V. S. esperar de nuestra generosidad el tratamiento de acuerdo con las reglas admitidas por las naciones civilizadas.—Firmado: Barón de *Porto Alegre*.—Al señor coronel Antonio Estigarribia, comandante en jefe de la división paraguaya sitiada en la Uruguayana.

Conforme.

MIGUEL PEREYRA.
M. MEYRELLES.

Es copia.

José M. La Fuente,
Secretario de S. E. el general en jefe.

Nota de Estigarribia

COPIA

El comandante en jefe de la división paraguaya, ofrece rendir la guarnición de la Uruguayana, bajo las condiciones siguientes:

1° El comandante de la fuerza paraguaya entregará la división de su comando desde sargento inclusive abajo, guardando los ejércitos aliados para con ellos, todas las reglas que las leyes de la guerra prescriben para con los prisioneros.

2° Los jefes, oficiales y empleados de distinción saldrán de la plaza con sus armas y demás bagajes, pudiendo elegir el punto á donde quieran dirigirse, debiendo el ejército aliado mantenerlos y vestirlos mientras dure la presente guerra, si eligieren otro punto que el Paraguay, debiendo ser de su cuenta, si prefiriesen á este último punto dirigirlos.

3° Los jefes y oficiales orientales que están en esta guarnición al servicio del Paraguay, quedarán prisioneros de guerra del imperio, guardándoseles todas las consideraciones á que sean acreedores.

Sitio de la Uruguayana, Septiembre 18 de 1865.

Firmado:

ANTONIO ESTIGARRIBIA.

Es copia.

José M. La Fuente,
Secretario de S. E. el general en jefe.

Nota del Ministro Ferraz

COPIA

Mi querido general:

En cumplimiento de la misión que tuve de aproximarme á las trincheras, busqué al jefe Estigarribia, entré en el recinto de las mismas y dí la siguiente respuesta verbal, que á petición del mismo jefe, reduje á escrito:

« Por parte de los jefes de las fuerzas aliadas, en respuesta á las « proposiciones hechas á los mismos jefes, declaran que la 1ª y 3ª « son aceptadas sin restricción alguna. En cuanto á la 2ª acéptanla « con la siguiente restricción: los oficiales entregarán sus armas

« y tendrán el derecho de elegir un lugar para su residencia, menos « en territorio del Paraguay ».

Firmé por parte de los jefes aliados.

Después de media hora de demora, me dió un oficial oriental, Salvañach, la respuesta que comuniqué á V. E. y á los jefes aliados y le contesté: que en nombre de V. E., en el mío propio que represento al gobierno imperial, y en el de los jefes aliados, en nombre de quienes igualmente hablaba, les daba todas las garantías y seguridades, para la ejecución de las proposiciones aceptadas. Es cuanto ocurrió.—De V. E. amigo affmo. y S. S.

18 de Septiembre de 1865.

Firmado:

ANGEL MUNIZ DA SILVA FERRAZ.

Es copia.

José M. La Fuente,
Secretario de S. E. el general en jefe.

COPIA

Los generales aliados conceden y admiten la 1ª y 3ª condiciones sin restricción alguna. En cuanto á la 2ª, la admiten con las siguientes restricciones: 1° Los oficiales de cualquier categoría se rendirán, no pudiendo salir de la plaza con armas, siéndoles libre escoger para su residencia cualquier lugar que no pertenezca al territorio del Paraguay.

Uruguayana, 18 de Septiembre de 1865, 2 1/2 de la tarde.

Por los jefes aliados, el ministro de la guerra del imperio del Brasil.

MUNIZ DA SILVA FERRAZ.

Conforme:

ANTONIO CARLOS C. DE MELLO ANDRADE.

Es copia:

José M. La Fuente,
Secretario de S. E. el general en jefe.

Combate del 31 de Enero en el Paso de la Patria

El presidente de la República y general del ejército.

Cuartel general Ensenada, Febrero 1º de 1866.

Al Excmo. señor ministro interino de guerra y marina, general don Julián Martínez.

Tengo el honor de poner en manos de V. el adjunto parte que me dirige el jefe del estado mayor general, para que se sirva elevarlo al conocimiento de S. E. el señor vice presidente de la República.

El extreno de la « segunda división Buenos Aires », que por la primera vez entraba al fuego, lo mismo que la mayor parte de sus oficiales, ha sido brillante, y aunque su generoso ardor en la pelea le haya hecho experimentar sensibles pérdidas y esto haya sido también la causa de que la victoria no fuese más completa, y la destrucción del enemigo total, debo recomendarla á la consideración del pueblo y del gobierno.

Dios guarde á V. E.

BARTOLOMÉ MITRE.

El jefe de estado mayor general.

Ensenada, Febrero 1º de 1866.

Al Exmo. señor Presidente de la República, general en jefe de los ejércitos aliados.

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que á consecuencia de haber venido el enemigo hasta el «Pehuajó» el día de antes de ayer y del suceso de armas de que instruye el adjunto parte del señor general Hornos, se envió á la vanguardia, según la orden de V. E. á la 2ª división « Buenos Aires » al mando del coronel Conesa y una sección de artillería.

Reforzada así la vanguardia, el enemigo volvió ayer á presentarse en igual número de fuerzas sobre el «Pehuajó» trayendo una cohetera. Hostilizado vivamente por las guerrillas de caballería, por los flancos, la infantería á las órdenes del coronel Conesa los atacó vigorosamente por el frente. arrollándolos completamente y persiguiéndolos activamente hasta el mismo «Paso de la Patria», sin embargo de que la circunstancia de tener que pasar dos arroyos con el agua á la cintura y un ancho estero inundado, hizo que esta persecución no fuese

tan eficaz como debería, y solo se tomase un corto número de prisioneros, á lo que se agrega que lo montuoso del desfiladero que había que seguir favorecía la retirada del enemigo.

En el «Paso de la Patria» el enemigo trató de hacerse fuerte protegido por una reserva de la costa y por la artillería que tenía colocada en el islote que domina ambas costas á medio tiro de cañón, á la vez que un número considerable de canoas se dispuso á reforzarlo. Sin embargo de esto, la infantería penetró al espeso bosque que cubre la costa en la extensión de una legua, cerrada por dos grandes esteros á nado, pasando por las picadas practicables y atacando vigorosamente al enemigo por el flanco, cortando su línea en dos, á punto que muchas canoas fueron abandonadas aguas abajo y otras huyeron con pocos hombres á la ribera opuesta, salvándose algunos á nado.

El resultado de esta operación hubiese sido completo y la destrucción del enemigo total, si en aquel momento no hubiesen caído heridos dos jefes de batallón y algunos oficiales, lo que debilitó algun tanto el ímpetu del ataque, dando lugar á que el enemigo, protegido por una batería de piezas de á doce y ocho del islote, se rehiciese sobre el impenetrable bosque del costado derecho, donde fué reforzado por un batallón de refresco y desde allí pudiese resistirse, pero dejando en el campo un gran número de muertos y heridos, gran parte de ellos á bayoneta.

Más tarde llegó la 1ª división del 1er cuerpo, al mando del coronel Rivas, que hice mover según la orden de V. E., no siendo poposible según el parte del general Hornos, aprovechar la presencia de este refuerzo por haber llegado la noche.

Esta operación habría sido completa, como lo he dicho á V. E. si por una parte la impaciencia de nuestros soldados por entrar al fuego y la consiguiente falta de reservas compactas, no hubiesen permitido á los restos del enemigo rehacerse sobre el paso, á favor del bosque y de la artillería de la isla, y ser allí reforzados y protegidos por la noche. Sin embargo se computa la pérdida del enemigo en más de doscientos muertos y como cuatrocientos heridos, según los informes que he obtenido, habiéndose tomado nueve prisioneros entre ellos dos oficiales, aunque estas ventajas han sido obtenidas á costa de sensibles pérdidas, habiendo muerto á consecuencia de sus heridas el mayor Serrano y el mayor don Bernabé Marquez en la pelea, hallándose heridos los comandantes Martínez de Hoz y Keen y noventa y seis individuos de tropa que se hallan en los hospitales, á la vez que veinte oficiales de los diversos cuerpos que entraron en pelea, siendo debido este número relativamente considerable de heridos, al ardor generoso de nuestra tropa, que se precipitaba al descubierto sobre el enemigo emboscado, dando el ejemplo los jefes y oficiales, siendo la primera vez que estos batallones entraban al fuego.

Hallándose el coronel Conesa en la vanguardia sobre el paso de la Patria con sus batallones, no he tenido el detalle de muertos; pero según informes no es considerable, siendo la mayor parte de los heridos leves.

El coronel Conesa fué contuso.

Las atenciones del servicio de vanguardia no han permitido al general Hornos pasar el correspondiente parte por escrito, habiéndolo dado verbalmente.

Oportunamente lo pasaré á V. E. con los demás conocimientos.

Dios guarde á V. E.

JUAN A. GELLY Y OBES.

El general en jefe del ejército.

Cuartel general, Ensenadita, Febrero 5 de 1866.

Al general don Manuel Hornos, jefe del cuerpo de ejército de vanguardia.

He tenido la satisfacción de recibir la nota de V. S. fecha de hoy adjuntando el parte detallado del combate del 31 del próximo pasado en Paso de la Patria.

En consecuencia he dispuesto que por la orden general de este día se felicite y salude á la 2ª división «Buenos Aires» por su bizarra comportación en aquella jornada.

Igualmente me es grato manifestar á V. E. lo complacido que estoy de la no menos bizarra comportación de las fuerzas de caballería de Corrientes que concurrieron al combate á la par de la 2ª división «Buenos Aires» y especialmente de los que echaron pie á tierra en el Paso.

En consecuencia hará V. S. saberlo así en la orden general del cuerpo de ejérciro de vanguardia, saludando y felicitando en nombre del ejército á los valientes jefes, oficiales y soldados de caballería de Corrientes que tomaron parte en tan glorioso combate, haciéndose acreedores á la estimación de sus compañeros de armas y á la consideración del pueblo y del gobierno argentino.

Felicito y saludo especialmente á V. S. y al coronel Conesa á quienes ha tocado el honor de dirigir en jefe este notable hecho de armas, que figurará con brillo en las páginas de esta campaña.

Dios guarde á V. S.

BARTOLOMÉ MITRE.

Orden del día

Ensenada, Febrero 5 de 1866.

El bautismo de sangre y fuego de la 2ª división «Buenos Aires» ha sido glorioso y figurará con honor en las páginas de la historia de esta campaña.

Los jefes que la han dirigido en su combate, sus oficiales y tropa que con tanto valor han tomado parte en él, son acreedores á la estimación del ejército y á las consideraciones del pueblo y del gobierno argentino.

Los que han muerto combatiendo gloriosamente el día 31 de Enero en el « Paso de la Patria » merecen la corona de la inmortalidad y las bendiciones de sus compañeros de armas.

Pronto se tributará á esas víctimas sobre el mismo campo de batalla los honores fúnebres que les son debidos, en presencia de los trofeos conquistados al enemigo, á costa de su generoso sacrificio y de la sangre y esfuerzos de sus demás compañeros.

Mientras tanto, el general en jefe del ejército al saludar y felicitar á la 2ª división «Buenos Aires» recomienda á todos los que la componen, que en los futuros combates sean menos pródigos de su ardor generoso y de su valor fogoso, porque la verdadera gloria consiste en vencer con el menor sacrificio posible.

Mitre.

El general en jefe del ejército.

Cuartel general, Ensenada, Febrero 5 de 1866.

Al Excmo. señor Ministro de guerra jefe de E. M. G. del ejército.

Dispondrá V. E. que por la orden general del ejército se haga una mención honrosa de la distinguida comportación del cuerpo médico, que con tanta eficacia como abnegación ha prodigado sus trabajos profesionales á los heridos en el glorioso combate del 31 del próximo pasado en el Paso de la Patria.

Del mismo modo se hará uua mención especial del doctor don Manuel Biedma que prestó á los heridos los primeros cuidados sobre el mismo campo de batalla ; del doctor don Joaquín Díaz de Bedoya, que con infatigable abnegación hizo otro tanto en el hospital del 2º cuerpo de ejército, haciéndose acreedor á la gratitud del

ejército; así como del doctor Soler que en unión con el cirujano Durand de Cassio atendió á las primeras curaciones en el hospital de la vanguardia; siendo los demás que no se designan y que han llenado cumplidamente sus deberes, igualmente dignos de que se publique la lista de sus nombres por la orden general desde la clase de cirujano principal hasta la de practicantes, flebótomo y farmacéutico.

Dios guarde á V. S.

BARTOLOMÉ MITRE.

El jefe de la 2ª división « Buenos Aires ».

Campamento en el arroyo San Juan, Febrero 4 de 1866.

Al señor comandante en jefe del cuerpo de ejército de vanguardia, general don Manuel Hornos.

Es hoy que recién me es posible tener el honor de dirigirme á V. S. para narrarle el rol que ha cabido á la división de mi mando en la jornada del 31 del pasado.

Llegado con la división y dos piezas de artillería á este campo en la mañana de ese día, recibí horas después orden de V. S. de ponerme en marcha, lo que verifiqué en el acto, encaminándome al paso del arroyo San Juan, punto que me había sido designado por V. S. y donde permanecí hasta que me fué ordenado vadearlo, lo que se hizo echándose las municiones á la cabeza, y marchar ocultándose tras los islotes de monte para evitar ser avistado por el enemigo que avanzaba por el lado opuesto con el objeto de atacarlo por el flanco izquierdo. Con este propósito oculté la división en el paraje que V. S. me ordenó, en el cual coloqué la 3ª brigada compuesta de los batallones 2° y 3° al mando del comandante Miguel Martínez de Hoz, de manera que pudiese, despuntando la extremidad norte del monte, hallarse sobre la izquierda del enemigo; mientras que el batallón 4°, al mando del comandante Manuel Obligado, desplegaba á su frente, protegida su ala izquierda por el 5° batallón á las inmediatas órdenes del comandante Keen, formando ambos la 4ª brigada á las órdenes del coronel Pedro José Agüero.

En esta posición esperé á que el enemigo atraído por nuestras guerrillas de caballería que se retiraban de exprofeso, viniera á colocarse en un punto ventajoso para efectuar los movimientos indicados.

En efecto á las 12 $^1/_2$ el enemigo con una línea de 150 tiradores desplegados en guerrillas, protegida por fuertes reservas á sus flancos más á retaguardia continuaba avanzando. Observé por esta circunstancia que el momento del ataque se aproximaba, pues la línea de tiradores llegó á 300 varas de la posición que ocupábamos, y como estuviese previamente autorizado por V. S. para llevar el ataque cuando lo creyese oportuno, dirigí algunas palabras á la 3ª brigada que debía iniciarlo, teniendo presente que en ese momento iba á probarse por primera vez, la cual á pesar de haberle recomendado el mayor silencio, prorrumpió en entusiastas vivas, que supuse habrían revelado al enemigo nuestra situación. Esta circunstancia como la proximidad del ala izquierda de las fuerzas contrarias y su prolongación á nuestro frente, que hacía presumir fuese descubierta la cabeza de la columna del 4° batallón que estaba algo visible, me indujo á precipitar el ataque para no malograr los efectos decisivos de la inesperada aparición de la infantería.

En consecuencia ordené al capitán Cárcoba, que mandaba la sección de artillería, avanzase por el flanco derecho de la columna formada por la 3ª brigada y luego de haber desfilado los batallones que la componían, variase á la izquierda, penetrando en el abra en que debiera haberlo verificado dicha brigada, si se hubiera llevado á cabo el primitivo plan. La misma brigada al variar á la izquierda sobre el monte, tuvo que marchar á su frente á paso de trote para procurar flanquearlos y tomar la izquierda á la línea enemiga. Ordené al comandante Martínez desplegara la compañía de granaderos del 2° batallón, lo que fué ejecutado inmediatamente rompiendo sobre el enemigo el fuego.

Conjuntamente el 4° batallón, en virtud de órdenes recibidas, se descubrió al frente del enemigo, precedido de una guerrilla al flanco izquierdo y efectuó un pronto despliegue rompiendo inmediatamente sus fuegos, que fueron contestados por los del enemigo, quien hizo disparos de cohetes á la Congrève, al mismo tiempo que el comandante del 5° Carlos Keen, caía gravemente herido al marchar escalonado á la izquierda del 4°, tomando por esta razón el mando del 5° el sargento mayor Dardo Rocha, y las piezas de artillería después de desfilar por su frente la 3ª brigada, rompieron el fuego con buen resultado. Sin embargo de los esfuerzos que hice para tomar la retaguardia, como lo pensé, ví mis esperanzas frustradas por la rapidez con que corría el enemigo, que descalzo y descansado se alejaba velozmente por un terreno totalmente cubierto de esteros y bosques, mientras que nuestros soldados, calzados, caminaban con la mayor dificultad.

Sin embargo de lo inesperado del ataque y de la precipitación con que se retiraban, conservaron siempre buen orden hasta llegar al arroyo Pehuajó, donde favorecidos por los bosques pretendieron resistir por un momento, pero fueron luego empujados por nuestros

soldados hasta arrojarlos al arroyo en completa dispersión, tomándoles cuatro cabos prisioneros y perseguidos de cerca con el agua al pecho. Desde allí se pronunciaron en derrota dirigiéndose á los montes que cubren la costa del Paraná en los puntos denominados *Picada del Puerto* y *Paso de la Patria*. Los muertos hechos al enemigo en esta persecución de legua y cuarto no bajaron de treinta.

Entonces dí orden á los comandantes del 2°, 4° y 5° de cargar al monte y posesionarse de la *Picada del Puerto*.

En efecto, el batallón 5° penetró por el abra A, del lijero croquis que acompaño á V. S., el 2° en dirección á la picada del puerto; el 4° hacia el abra B; y el 3° en dirección á la punta del monte situado á la entrada del *Paso de la Patria* G; donde fué desplegado en batalla, yendo todos con su guerrilla á vanguardia y llegados á las puntas ya mencionadas desalojaron al enemigo que se refugió en el monte designado por las letras D, E, F, G; entonces fué cuando V. S. dispuso bajase una pieza de artillería á la playa de la Picada y se situase en la punta I de la misma, y asestase sus tiros sobre la punta del monte D. El 2°, que en el ataque á la Picada del Puerto, había quedado algo desorganizado, dispuse se replegase al punto J y rehiciese sus compañías, enviando dos de ellas á formar á la derecha del 3° para reforzarlo, pues este se hallaba amagado á su frente. Entre tanto el batallón 5°, que cargaba por la playa de la letra K, desorganizado por el paso que había hecho por el desfiladero, penetró al monte de la derecha poniéndose en aptitud de hacer fuego sobre el enemigo y reorganizarse, engrosando sus filas debilitadas, como se ha dicho, por el pasaje del estrecho desfiladero, á la vez que se ponían á cubierto de los fuegos de artillería que hacía incesantemente el enemigo desde la isla.

El 4° por el mismo monte se colocó al frente del enemigo en la letra D, rompiendo el fuego. La guerrilla colocada al frente del 3° sostenía vivo fuego, hasta que el enemigo que tenía á su frente, avanzando desde el monte y atacado por este, hizo se replegase á la izquierda de su batallón; entonces ordené al comandante Serrano y á las dos compañías del 2° rompieran el fuego graneado con la *prevención* de que los comandantes de mitad fueran llamados hilera por hilera cuando debían ejecutarlo, y pidiéndoles lo hicieran como si estuvieran en ejercicio, de lo que resultó un fuego tan admirablemente nutrido que á los cinco minutos temí se iban á agotar las pocas municiones que le quedaban y mandé suspenderlo, pues felizmente los enemigos vacilaban en su ataque y fueron cargados por la guerrilla, haciendo que nuevamente se refugiasen al monte. El fuego en general continuado desde las doce y media en que empezó el combate hasta que casi agotadas las municiones el 5° salió del monte á reorganizarse por el desfiladero B. El 4° efectuó igual movimiento corriéndose á su derecha y fué á situarse á retaguardia del

3°, dejando una guerrilla dentro del monte, que á la vez que tiroteaba lentamente observaba al enemigo. En esta situación y cerciorado perfectamente que el enemigo aumentaba sus fuerzas dentro del monte (D, E, F, G, H,) extendiéndose á nuestra derecha hasta unas diez cuadras próximamente, resolví fortalecer este costado, á cuyo efecto di orden al 2° que permanecía en el punto J. de marchar á la derecha, situándose en M. No obstante el estrago hecho al enemigo, los constantes refuerzos que recibía de la isla, lo mantenían, no solo fuerte por su número, sino por la ventajosa posición que ocupaba, como antes queda referido. En tanto que nuestras fuerzas extenuadas de fatiga, faltas de munición, tanto de fusil como de artillería, que había agotado los noventa tiros de que iba dotada, se encontraba á su pesar imposibilitada de desalojar al enemigo del monte haciendo uso de sus fuegos.

Mandé entonces al mayor S. Martín dar cuenta á V. S. de la posición en que nos encontrábamos y á hacerle presente que era entonces de opinión de llevar á cabo el ataque que momentos antes V. S. me había indicado, esperanzado por mi parte en la protección pedida, que suponía llegaría oportunamente. V. S. se presentó en ese momento y siempre estuvo de acuerdo en su primera idea.

En su consecuencia, me dirigí en voz alta al sargento mayor don Juan M. Serrano, comandante del 3er batallón delante de su tropa y le dije, que á él le estaba destinado sellar la gloria de la jornada llevando sus bayonetas hasta el mismo Paso de la Patria, y anuncié en seguida al batallón el peligro de este nuevo ataque, *previniendo* á los soldados que iban á sufrir un fuego de frente y de flanco, pero que dos batallones marchaban en su protección, y concluí pidiéndoles que el que cayese en la cruzada vivase á la patria. Inmediatamente el tercer batallón formó en columna cerrada sobre su compañía de granaderos y fué conducido audazmente á la carga por su bravo é infortunado comandante.

El 2° y 4°, que habían formado igualmente en columna, apoyando el ataque del 3° dirigiéndose á los puntos que habían sido designados, es decir, el cuarto al flanco derecho del tercero y el segundo á su izquierda, siguiendo las líneas trazadas en el croquis.

A los comandantes Martínez de Hoz y Obligado, les dí personalmente la orden de cargar resueltamente á la bayoneta, los que vivando á la tropa y dando el ejemplo á la cabeza de sus soldados, atravesaron el abra que los separaba del monte de la costa, penetrando el comandante Obligado por el monte á la derecha de donde se había dirigido el tercero y el comandante Martínez, variando á su izquierda, atacó por un costado el corralito E, y la parte del monte señalado en el plano con la letra F, ambos bajo un mortífero fuego.

El comandante Martínez desalojó al enemigo que se hallaba allí atrincherado y continuó arrollándolo hasta la orilla del río, donde

fué herido por segunda vez al tratar de contener el fuego de sus soldados, llevado por un sentimiento humanitario, pues suponía rendido á un grupo del enemigo, que levantaban las culatas de sus fusiles, los que les fueron asestados cobardemente al acercarse.

Simultáneamente, con estos movimientos, V. E., que se encontraba sobre la playa del Paraná en el punto X, ordenó al coronel Agüero y mayor Rocha cargasen sobre el rancho D, con los restos del 5°, que no tenía un solo cartucho, como me lo manifestó el coronel Agüero. Entre tanto, notando que el comandante Obligado era atacado por su flanco derecho, me permití ordenar al coronel Calvo hiciese echar pie á tierra á sus lanceros que se hallaban formados en el punto O, y marchase hasta el río.

Llegado este crítico momento de la pelea, en que se encontraban heridos los comandantes Martínez, Serrano y mayor Márquez, recibí aviso del comandante Muslera del mismo regimiento del coronel Calvo, que el enemigo desembarcaba á su derecha en número de quinientos; esta circunstancia, señor, unida á la falta de jefes y oficiales, de los que como un treinta por ciento se hallaban fuera de combate, y á más la de presentarse el enemigo en la cañada frente al monte en el punto H, amenazando nuestra retaguardia, y no esperando ya llegase oportunamente el auxilio pedido por lo avanzado de la hora (las seis y media), dispuse replegarme á organizar las fuerzas sobre el mismo punto de donde partió este último ataque, lo que se hizo con el mejor orden y sin que el enemigo osase asomar del monte, habiendo recogido antes nuestros heridos y cubierto la retaguardia con pequeñas guerrillas, para el caso que los nuevos refuerzos recibidos por el enemigo intentasen hostilizarnos.

Media hora después fué que V. E. me ordenó me retirase á acampar.

Nuestras pérdidas consisten en 2 jefes muertos, 2 heridos, 5 oficiales muertos, 21 heridos y 6 contusos; 81 individuos de tropa muertos, 237 heridos y 48 contusos, según lo demuestran las relaciones nominales adjuntas, calculando las del enemigo en 700, ó más, fuera de combate.

Adjunto igualmente una relación del armamento y otros objetos tomados, entre los que se cuentan varias prendas de los oficiales que murieron.

Antes de terminar, me es imprescindible recomendar á V. S. la pericia de los jefes familiarizados en el arte de la guerra, á la vez que el arrojo y la prudencia con que jefes jóvenes y poco experimentados en ella, han dado exacto cumplimiento á mis órdenes, contribuyendo así al mejor éxito de esta jornada.

Distinguíanse entre los primeros el viejo veterano coronel Pedro José Agüero con el ya mencionado coronel Calvo, y los comandantes Muzlera Serrano, el malogrado mayor Márquez y el capitán de artillería Benigno Cárcova; y formaban en las filas de los se-

gundos, los comandantes Martínez de Hoz, Keen, Obligado y el mayor Dardo Rocha, quien supo siempre conducir sus soldados al combate con valor y aplomo.

Además de los jefes de la división nombrados, debo hacer también mención del joven comandante Juan Cobo, quien se presentó al comandante Martínez en el momento del ataque, contribuyendo poderosamente con su presencia y ejemplo á conducir la tropa; en esos mismos momentos se me presentó el sargento mayor de la 1ª división, N. Bahía, que recibió una herida, como también lo hizo el ayudante del jefe de la misma división, Ignacio Botet, y estuvieron siempre á mi lado el teniente Alvano Piñero, ayudante de V. E., y el sub-teniente del tercer batallón de la cuarta división, Juan Gay, hallándose también presente en el 2º batallón el capitán de la 1ª división N. Canedo.

Mis ayudantes el sargento mayor San Martín, capitán José M. Romero, tenientes Juan Manuel de Rosas, quien recibió una contusión, y Tomás Bredly, impartían mis órdenes con la mayor actividad sin arredrarles el vivo fuego, bajo el cual con frecuencia tenían que cruzar, como lo hicieron también los del coronel Agüero, capitán M. Avila, teniente F. Martínez y sub-teniente Félix Goicolea.

Sería ocupar demasiado la atención de V. E. en hacer mención especial de los oficiales de los batallones, pues sin excepción todos han cumplido dignamente con su deber, limitándome por lo tanto á acompañar una lista nominal de los oficiales que se encontraron sobre el campo de batalla.

La prueba más elocuente que puedo ofrecer á V. S. de la bravura de los soldados de la heroica provincia de Buenos Aires que me ha cabido el honor de mandar, son los cadáveres que V. S., que se presentó en todas partes donde mayor fué el peligro, ha tenido ocasión de ver en los montes, sobre la rivera del Paraná y sobre el mismo terreno que pisaba el enemigo, llegando hasta bayonetear á los que guardaban las canoas, apoderándose de ellas, y que en los momentos del último y más sangriento ataque sobre las posiciones del enemigo, solo contábamos con un número tan reducido de fuerzas, que le aseguro no llegaban á setecientos.

Si esto no fuese bastante, responda la preciosa sangre vertida por los jefes, oficiales y ciudadanos guardias nacionales, con que han regado los inaccesibles bosques de Paso de la Patria.

Dios guarde á V. S.

EMILIO CONESA.

Hago una especial recomendación de la honorable comportación del doctor don Manuel Biedma, que nos acompañó durante todo el combate prestándonos sus valiosos auxilios.

CONESA.

Combate de la isla de Itapirú ó isla de la Redención

(Abril 10 de 1875)

PARTE DEL GENERAL OSORIO, COMANDANTE EN JEFE DEL 1er CUERPO DEL EJÉRCITO IMPERIAL DE OPERACIONES, AL PRESIDENTE MITRE, GENERAL EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS ALIADOS.

Comandante en jefe
del ejército imperial de operaciones
contra el Paraguay.

Cuartel General en el Paso de la Patria, Abril 11 de 1866.

Illmo. y Excmo. Señor:

Tengo el honor de remitir á V. E. para los fines que más convengan, una copia de los apuntes dejados por el finado teniente coronel Juan Carlos de Villagrán Cabrita que tuvo el mando de la guarnición de la isla de Itapirú, desde su ocupación por las fuerzas de este ejército que, en la madrugada de hoy, repelieron el ataque de los paraguayos.

Debo hacer presente que aquella guarnición se compone del batallón 7 de voluntarios, del 14 de línea, de un destacamento del batallón de ingenieros y de otro del 1er batallón de artillería de línea, en todo unos 900 hombres, incluso los oficiales.

El comportamiento de dicha guarnición me satisfizo.

Una desgracia aminoró en gran parte, la satisfacción que tuvimos con este triunfo; me refiero á la muerte del mencionado teniente coronel Cabrita y á la del mayor de estado mayor de artillería Luis Fernández de Sampaio, como también á las graves heridas del alférez Carlos Luis Woolf y del teniente Francisco Antonio Carneiro da Cunha, ambos oficiales del batallón de ingenieros.

Estas muertes fueron causadas por una bomba enemiga que cayó é hizo explosión en la chata en que el teniente coronel redactaba el parte del combate 6 horas después de concluído éste.

El teniente coronel Cabrita avaluaba en 1200 hombres el número de los que atacaron la isla; de estos dejó el enemigo 640 muertos visibles, 46 prisioneros heridos y 16 sin serlo, habiéndose recogido por la escuadra otros muertos y heridos en canoas que, abandonadas, bajaron el río.

Entre los prisioneros se encontraba el capitán Juan Mateo Romero quien, con los demás, fué entregado á bordo de la escuadra. Según declaró el capitán Romero, la infantería enemiga que desem-

barcó en la isla, era escogida de varios batallones paraguayos. Otro prisionero de caballería, declaró que también desembarcaron 186 plazas de esta arma, armados con sable.

Dios guarde á V. E.

MANUEL LUIS OSORIO,
Mariscal de campo.

Illmo. y Excmo. Señor general don Bartolomé Mitre, general en jefe de los ejércitos aliados.

PARTE DEL COMBATE QUE TUVO LUGAR EL 10 DE ABRIL DE 1866, SEGÚN LOS APUNTES DEL TENIENTE CORONEL VILLAGRÁN CABRITA, COMANDANTE DE LA GUARNICIÓN DE LA ISLA.

Illmo. y Excmo. Señor:

No tengo todavía tiempo para dar un parte detallado de los diferentes episodios que precedieron al combate que mucho honra y realza los fueros de la dignidad nacional.

Diré simplemente que eran las 4 a. m. de hoy cuando la isla fué atacada por el enemigo con fuerzas superiores á 1200 hombres, según se pudo constatar, fuerzas que, favorecidas por la obscuridad de la noche, hicieron allí un desembarque y, tratando de envolver nuestra línea fortificada, avanzaron con fuerzas considerables por los flancos.

La lucha duró hasta despuntar el día; sólo entonces el enemigo se convenció de que era inútil cualquier esfuerzo, no obstante las numerosas canoas llenas de tropas, que para reforzar el número de los combatientes, atravesaban el canal que separa la isla del fuerte enemigo.

Al paso que desembarcaba, el enemigo se escondía, lanzándose por entre los matorrales que cubren la isla, y desde allí nos hizo un vivo fuego.

Viendo yo, que de este modo, nuestra fusilería no sacaba grandes ventajas, no pudiendo acertar la puntería, me ví obligado á ordenar una carga á la bayoneta que los rechazó desde allí con grandes estragos para ellos. Por otro lado, viendo la posibilidad de hacer uso de la metralla, puesto que el enemigo se mantuvo á cierta distancia, como que esperaba refuerzos para avanzar después con más seguridad, mandé abrir luego el fuego de artillería en el ángulo derecho de la batería del ala derecha, disparándose dos tiros con la primera pieza respectiva, disparos, cuyo efecto se hizo sentir inmediatamente, cesando casi por completo el fuego enemigo.

Al amanecer trataron de huir algunos de los invasores, siendo aprisionados después por los buques de la escuadra; estaba el campo de batalla cubierto de cadáveres, en la playa había canoas abandonadas y otras descendieron llevadas por la corriente del río, con los cadáveres de los que habían sido muertos dentro de ellas. Contamos en el campo, 640 muertos, fuera de aquellos que muriendo en el agua, fueron llevados por la corriente, sin contar los heridos y prisioneros, cuyo número no puedo precisar todavía.

Tomamos hasta ahora más de 700 fusiles con las correspondientes municiones y gran número de espadas, esperando que el número total suba á mucho más, pues, á cada momento se están encontrando muertos y armamentos en el matorral de la isla.

Entre los prisioneros que se entregaron, hállase el capitán Romero, comandante de los 400 hombres que intentaron invadir el flanco derecho, cayendo muerto, al principio de la acción, el jefe de la fuerza que atacaba el flanco izquierdo.

Nuestras fuerzas, como V. E. sabe, se componen del batallón 14 de infantería, del personal de las bocas de fuego pertenecientes al batallón 1° de artillería á pie, de un destacamento del batallón de ingenieros y del 7° cuerpo de los voluntarios de la patria, alcanzando á un efectivo total de 900 plazas, incluso los oficiales.

Tuvimos fuera de combate á 149 hombres, distribuidos como sigue:

Batallón de ingenieros. — 5 soldados muertos y 1 sargento herido.

Batería de morteros. — 2 soldados muertos, 2 heridos gravemente y 2 levemente.

1ª batería del Batallón de artillería á pie. — Murió el 2° cadete de la 3ª compañía Antonio Joaquín Rodríguez Torres que mucho se distinguió, y fué herido el soldado Francisco José Ferreira.

Batallón 14 de infantería. — Muertos: 1 sargento, 1 sargento 2° (segundo cadete), 1 cabo, 1 anspesada, 1 particular, 1 corneta y 24 soldados. — Heridos: el mayor del batallón José da Cunha Moreira Alves, el capitán Simón Correa Lima, los alféreces Eduardo Pablo dos Santos y José Torres Bandeira, 3 sargentos 1os, 2 forrajeros, 1 primer cadete Manuel Ferreira Rufino, 1 particular Benjamín Pinage, 5 cabos, 1 anspesada y 40 soldados.

7° cuerpo de voluntarios de la patria. — Muertos: 12 plazas. — Heridos: 1 capitán, 1 teniente y 31 soldados.

Aguardo una oportunidad para dar á V. E. noticia detallada sobre la brillante manera como se portó nuestra tropa; entretanto me apresuro desde ya á felicitar á V. E. por este nuevo y señalado triunfo que honra sobremanera á las armas aliadas.

PARTE OFICIAL DEL TENIENTE CORONEL PINTO PACCA
AL GENERAL OSORIO

Campamento de la guarnición de la isla de la Redención,
frente al fuerte de Itapirú.

Abril 10 de 1866.

Illmo. y Excmo. Señor:

Habiendo asumido el mando de la guarnición de la isla de la Redención, frente al fuerte de Itapirú, por haber muerto, hace un momento, su comandante el teniente coronel de estado mayor de artillería Juan Carlos de Villagrán Cabrita quien fué alcanzado por una bala de cañón, tengo el honor de narrar á V. E. el brioso hecho de armas en que intervino dicha guarnición con motivo del combate que tuvo lugar hoy, á las 4 de la madrugada.

A esa hora, habiendo los puestos avanzados del 7° cuerpo de voluntarios de la patria que guarnece el flanco derecho de la referida isla, sentido al enemigo que, en 2 chatas y más de 30 canoas se aproximaba á las barrancas con una velocidad espantosa, rompimos el fuego de fusilería sobre aquel, y no obstante la más pertinaz resistencia, efectuose en diferentes puntos el desembarque, cargando los contrarios sobre dichos puestos avanzados los que, reconocido la imposibilidad de soportar el ímpetu de los agresores con su superioridad numérica, se plegaron, disputando al enemigo todavía el terreno paso por paso.

Al acercarse el adversario á las trincheras, fué recibido en toda la línea del atrincheramiento, ya tendida, por una fusilería unísona y tan bien sostenida, que aquel se mantuvo á una considerable distancia hasta el despuntar del día, momento en que, apercibiéndose de que escaseaban las municiones del mencionado 7° cuerpo de voluntarios, resolví hacer ejecutar una carga á la bayoneta, aun cuando no conocía todavía el efectivo de las fuerzas del agresor, confiado en lo imponente de esta clase de ataque y en la bravura reconocida de nuestros soldados. Haciendo dar el toque de corneta del 7° y después de la carga, al son del himno nacional y de vivas á S. M. y la nación brasileña, vi, con sumo orgullo, como los pelotones, no sólo de este cuerpo, sino también de otros, se precipitaron por sobre las trincheras, en toda la línea, como si fueran movidos por un sólo impulso, cayendo sobre el enemigo á bayoneta calada y llevando á aquel en tropel hasta la margen del río, mientras dejaban tras de sí, un rastro de cadáveres. Los pocos que llegaban hasta la misma orilla, procurando escaparse á nado ó en unas canoas, encontraron la muerte á fierro y fuego ó fueron hechos prisioneros por los buques de nuestra escuadra, de manera que, de toda esta expedición cuyo efectivo

se calcula en más de 1200 hombres, uno sólo llegó hasta la orilla opuesta.

Quedaron en el campo de batalla 642 muertos, fuera de los que, muriendo en el agua ó dentro de las canoas, fueron llevados por la corriente del río; el número de los heridos y prisioneros no puede ser precisado todavía; entre estos últimos, se halla un capitán de apellido Romero quien mandaba los 400 hombres que intentaron invadir el flanco derecho, cayendo por otra parte muerto, al principio de la acción, el jefe de la fuerza que atacaba el flanco izquierdo.

Catorce canoas, llenas de tropa; 700 fusiles con mucha munición en las cartucheras y gran número de espadas se recogieron y siguen recogiéndose de entre el matorral de la isla.

Nuestras fuerzas, como V. E. sabe, se componen del batallón 7° de voluntarios, del 13 de infantería, del personal de las bocas de fuego del batallón 1° de artillería á pie, de un destacamento del batallón de ingenieros, lo que da un efectivo de 900 plazas, incluso los oficiales.

Tuvimos fuera de combate á 153 hombres entre muertos y heridos, como consta en el adjunto cuadro demostrativo por cuerpos.

En todo este combate aprecié bien de cerca el valor y la sangre fría del distinguido comandante del batallón 14, mayor José Martini, y el de los briosos oficiales Antonio Tiburcio Ferreira da Souza, capitán del cuerpo de estado mayor de artillería, comandante de la batería de morteros, Francisco Antonio de Moura, capitán del batallón 1° de artillería á pie, comandante de la batería de cañones de á 12, y Basilio de Amorím Bezerra, capitán-comandante del batallón de ingenieros, durante el impetuoso ataque que los enemigos llevaron á sus trincheras, de las cuales fueron repelidos á fusil y metralla, con grandes perjuicios para ellos,

Lo reñido de este sangriento combate, la cantidad de los enemigos muertos, heridos y hechos prisioneros, y finalmente la completa victoria alcanzada por las armas brasileras, prueban exuberantemente á V. E. que los cuerpos de esta guarnición son dignos de los mayores elogios; aseguro á V. E. que la conducta del 7° batallón de voluntarios que por primera vez entró en un combate, me dejó sumamente orgulloso de su comando.

Cuanto se presente la oportunidad, voy á elevar á V. E. la nómina, por cuerpos, de los oficiales y plazas de pre que más se distinguieron.

Cumplo también con un deber, mencionando á V. E. el bizarro proceder de los vapores de la escuadra *Henrique Martins* y *Greenhalg* los que poco después de empezar el ataque, haciendo crucero cerca de la isla, bastante cerca de tierra, molestaron á fusil y cañón, por el frente, los flancos y la retaguardia, horriblemente á los asaltantes. A estos vapores se debe indudablemente la inacción de una gruesa columna del enemigo que, del lado opuesto, aguardaba el regreso de las canoas para ser transportada á la isla misma.

Terminando este circunstanciado parte, felicito á V. E. por este señalado triunfo de las armas brasileras en territorio enemigo, como un presagio de grandes triunfos que están reservados á las armas aliadas.

Dios guarde á V. E.

FRANCISCO JOAQUÍN PINTO PACCA,
Teniente coronel.

Illmo. y Excmo. Señor mariscal de campo Manuel L. Osorio, comandante en jefe del ejército en operaciones.

Combate en la isla de Itapirú

(Relación paraguaya)

BOLETÍN DEL EJÉRCITO Nº 4 (1)

Paso de la Patria, Abril 10 de 1866.

En la guerra de conquista, de desolación y de muerte que traen al Paraguay el pretencioso Imperio del Brasil y sus aliados, sin más ley que la esclavitud, sin más razón que la codicia, sin más justicia que el ejercicio de sus pretensiones tradicionales de absorber territorios y coartar la libertad y el derecho de pueblos tranquilos y laboriosos, ha creído deprimir y anonadar al Paraguay, borrar su nombre de la carta geográfica, cortar de raíz la flor de su progreso, que hacían brotar con todos sus encantos, y ahogar en el fondo del corazón de todos sus hijos ese espíritu viril, notable, resuelto, emprendedor y entusiasta, que inspiraba serios temores, muy especialmente á los intentos del Imperio, para de ese modo edificar sobre su ruina el Imperio de su poder y la respetabilidad de su nombre: *nombre escarnecido y despreciado por la antipatía natural que inspira esa nación cobarde, presuntuosa, inmoral, esclavizadora é hipócrita, que es la salteadora de los pueblos débiles, la que se complace en hacer derramar lágrimas y sangre, y destruirlos con el derecho de la fuerza, ó la astucia y malignidad de su diplomacia.*

Pero, Dios que vela sobre la justicia y la razón de los pueblos, ha hecho ya en el curso de la guerra que las pretensiones de la

---

(1) De la obra de Schneider — Anotaciones de Paranhos.

alianza no sirvieran sino para arrojar el ridículo sobre ella, permitiendo que la nación á quien creyó pulverizar, se elevase por la revelación de su poder, mostrándose al mundo como la más ardorosa sostenedora de su honor, como un pueblo valiente y decidido que, solo en la arena contra tres Estados, defiende con su propio y más positivo derecho, el bienestar, la paz y el porvenir de los americanos, que tienen interés de ver sostenido en su libertad, progreso y engrandecimiento.

Toda vez que esos ambiciosos, dejando de correr á nuestra vista, resolvieron cruzar sus armas con las nuestras, les hemos mostrado su impotencia ante el temple, la fuerza y el poder que tiene un pueblo brioso y decidido.



Nuestra hoja anterior había consignado uno de esos brillantes hechos de armas con que hemos deprimido al enemigo en medio de todo su ejército por algunos centenares de nuestros infantes (1); la aparición de la presente no es de menos significación, pues viene á anunciar una gloriosa jornada, que acaba de colocar una nueva estrella sobre la frente laureada de los valientes soldados del ejército, que dejan confirmados una vez más su bizarría y heroismo con la invencible pujanza de sus armas, y el crudo escarmiento que el enemigo ha recibido en el centro mismo de sus recursos y de su mayor poder.

Tiempo hace que después de haber dado un paseo por su territorio, de pie y con el arma al hombro, esperando que el enemigo cumpliendo su promesa á los suyos, y su amenaza para nuestra destrucción, venga á probar lo que vale un pueblo libre, valeroso y patriota; perc hasta aquí, á pesar de todo su alarde y presunción, no se ha atrevido á pisar nuestro suelo, y hemos tenido necesidad de transportarnos á su territorio y á sus posiciones toda vez que hemos querido darle el castigo que merece su torpe atentado.

Veinte y cuatro días hace que su fuerza naval ha hecho su aparición y amenaza nuestras costas; creídos estábamos entonces de que no demoraría el pasaje de los ejércitos que cinco meses hace mantienen inactivos en la provincia de Corrientes, pero en todo este largo intervalo, el gran poder naval de la alianza no ha hecho sino arrojar sobre sí el ridículo, haciéndose el juguete de miserables lanchones que burlan su bloqueo y hostilizan sus buques y pasando largos días en bombardear sin resultado alguno, la aban-

(1) El Boletín se refiere al combate de 31 de Enero.

donada fortaleza de Itapirú, que con un solo cañón y algunos infantes impone respeto á la alianza, aterroriza á sus vapores y le pone en la tremenda irresolución de pisar nuestras playas.

Llevando su prurito porque las costas de Itapirú sean abandonadas por nuestros soldados, y visto el efecto absolutamente negativo de su largo y continuado bombardeo efectuado con las piezas de los buques y los morteros que han colocado en el puerto Aranda, resolvió últimamente trasladar sus baterías en el banco fronterizo á Itapirú, de donde á menor distancia creyó hacer más efectivo su propósito.

Los esforzados soldados del ejército, susceptibles del honor nacional, y pretestando tal vez un motivo, con tal de probar sus fuerzas con el enemigo, que es ahora todo su deseo, y toda su esperanza, han pedido de consuno y con instancias para que fuesen enviados á escarmentar á los que se habían atrevido á posesionarse del banco de Itapirú, puesto que no habían de permitir que pisasen impunes el territorio de la República y que como tal debía considerarse ya el lugar de la ocupación.

La simple denominación del lugar del combate, de la posición ocupada por el enemigo, del número de bravos que fueron á lanzar el reto de muerte á sus provocadores y de la naturaleza del combate, recopila todo el elogio que puede hacerse á la resolución, arrojo y valor de nuestros invictos hermanos.

El banco, separado de nuestra costa por un canal de 1500 varas, y por casi igual espacio de la playa enemiga, punto céntrico del movimiento de 40 vapores de guerra, conteniendo muchos cañones y morteros de grueso calibre perfectamente parapetados y guarnecidos por numerosos artilleros é infantes, atrincherados con la mayor precaución ; he ahí el punto, y la posición del enemigo, que ha sido asaltada en la mañana de este día por 4 compañías del batallón 9 y un escuadrón de caballería al mando de los tenientes Pablo Cabrera y Leonardo Riveros los primeros, y el escuadrón al mando de los subtenientes Matías Bargas y José de Jesús Martínez.

Al venir el alba, 29 canoas condujeron á nuestros soldados, que llenos de resolución y alegría, se lanzaron á la lid, ofreciendo todas las ventajas á sus adversarios. Fueron sentidos y hostilizados por la infantería, y tocaron playas en medio de las balas enemigas; esto no desconcertó á nuestros valientes, pues avanzaron en perfecto orden y grande arrojo hasta obligar á la infantería á resguardarse tras de sus trincheras, dejando sus muertos y heridos.

Aquí nuestros soldados sin más parapeto que su propio pecho, sufrieron un fuego mortífero de los reguardados batallones enemigos ; pero, sin arredrarse por la lluvia de balas, y la desproporción del ataque, arremetieron con furia, saltaron el parapeto, se apoderaron de las piezas de cañón y de todas las posiciones ocupadas

por la infantería, y á la bayoneta y sable hicieron una carnicería horrible en las filas enemigas, (1) obligando á los esclavos á dar gritos de misericordia y á pedir de rodillas y con las manos juntas para que les perdonasen la vida. Tan baja y miserable era aquella canalla que arrollados y vencidos lloraban desesperadamente, diciendo que se rendían y que ellos eran paraguayos.

Todo estaba perdido para el enemigo, y así lo comprendieron los buques de la escuadra, que desesperados ya del éxito, comenzaron á tirar bombas y metrallas donde quiera que veían hacerse fuego ayudándonos así á matar á sus compañeros.

El campo del combate quedó cubierto de cadáveres, toda la guarnición del banco, artilleros y batallones de infantería, había caído bajo el empuje de nuestras armas, y nuestros soldados hacían resonar los gritos de victoria, dueños ya del lugar de la acción. En tanto que tenía lugar el encarnizado combate, la escuadra llena de sobresalto, continuaba en movimiento, y mientras algunos buques se dirigían á cortar la retirada á nuestras canoas, otros transportaban infantería y numerosas lanchas cargadas de soldados partían de la costa enemiga á atacar á los nuestros. (2) — Observado esto por el comandante Díaz, que dirigía la operación, y previendo que aquellos valientes, cansados como es natural por el reñidísimo combate que habían sostenido por más de una hora, encontrándose debilitados por muchos heridos y muertos ya en aquel ataque de ejemplar resolución, tuvieran necesidad de refuerzo para hacer la retirada, lanzó otras cuatro compañías del batallón Nº 3 al mando de los tenientes Mateo Morel y Ciriaco Vera, y aunque la comunicación estaba impedida por la escuadra que estaba en movimiento, el Nº 3 pudo llegar á proteger sus hermanos y tomar parte en la dura refriega que dieron á los refuerzos que llegaban continuamente, puesto que la guarnición de la isla se había exterminado á sable y bayoneta. (3)

La interrupción se había previsto y 2 baterías de artillería ligera al mando del mayor Alvarenga y á las inmediatas órdenes del capitán Hermosa, se habían parapetado en la playa para hostilizar á los buques que se aproximaran. Estas baterías rindieron importantes servicios, rechazando por dos veces á los vapores, é inutilizando á tres de ellos, con lo que tuvieron que recurrir á sus encorazados

(1) En este combate, como se ha visto, solo tuvieron los brasileros 48 muertos, 102 heridos y 3 estraviados. En el bombardeo que se siguió después 3 muertos y 1 herido.

(2) Los tres únicos navíos que cortaron la retirada á los paraguayos que estaban en la isla é impidieron el embarque de refuerzos, fueron las cañoneras *Enrique Martins* (2 piezas de 32), *Greenhalg* (2 piezas de 32) y el aviso *Chuy* (1 de 32).

(3) El lector ya sabe que la guarnición de la isla no recibió refuerzo alguno.

para sufrir su fuego y embarazar la comunicación. A pesar de esto sobró ánimo y resolución á nuestra tropa del banco, y la fuerza fresca que llegó primero, de tres batallones, fué recibida con un fuego vivísimo y con la bayoneta, no habiendo podido ésta rechazarla de su posición conquistada sino cuando se ha retirado con sus heridos ante más y más refuerzos á que era humanamente imposible resistir.

Conseguido ya el objeto de la expedición con el tremendo escarmiento de los esclavos que quedaron en el campo cubiertos de polvo y de sangre, y brillantemente cubierto el honor de nuestras armas, se replegaron nuestros bravos, recogiendo sus heridos y teniendo tiempo hasta de traer espadas, gorras de oficiales y otros trofeos, por medio de los vapores enemigos, que no tuvieron el poder de impedirles el paso con sus proyectiles, hicieron su retirada y tocaron nuestra playa.

Nunca hemos sostenido un combate tan desigual en número y elementos. Nuestros soldados hicieron frente por I ½ hora á 3000 brasileños, (1) resistieron á la hostilidad de toda la escuadra, y la oposición inmensa que la naturaleza misma les hacía en aquella posición.

Hemos perdido siete canoas, tenemos muchos heridos y deploramos la muerte de oficiales y soldados. Indispensable es este sacrificio en una lucha de la naturaleza de la que se ha sostenido con todo el honor de nuestras armas, pero esos mártires de su patria, que han sellado con su sangre la santidad de su causa, tienen el premio de la gratitud pública y de la protección de sus familias por el supremo jefe del estado, que sabe premiar la suprema virtud del patriotismo.

No hay punto de comparación entre el daño que hemos recibido y las proporciones de las pérdidas del enemigo. Incalculable es la baja que ha sufrido; algunos jefes y muchísimos oficiales han muerto y soldados por centenares cubren el campo de combate; dos chatas cargadas de gente fueron sumergidas por el cañón de Itapirú, debida una de ellas á la puntería del coronel Bruguez que por allí se hallaba de paseo; tiene tres buques completamente inutilizados, uno echado á pique por la misma bala recogida del enemigo por el subteniente I° de marina Domingo Antonio Ortiz, (2) y el desaliento de sus soldados después de escarmiento tan ejemplar, no viéndose seguros en medio mismo de su mayor poder, debe necesa-

(1) Los 900 hombres que componían la guarnición de la isla por la relación paraguaya son elevados á 3000.

(2) Inexacto, solo fueron echadas á pique, por las balas de los cañones de Itapirú, una lancha á vapor y una chata.

riamente producir el abatimiento moral en aquellos corazones envilecidos.

Aquellos indignos que pedían la vida á nuestros soldados, ya cuando estos desocuparon el campo, en su desesperación y rabia, y como triste expansión de una vergüenza cruel, quedaron allí complaciéndose en fusilar el cadáver de los que quedaron en su poder.

Los cañones de las baterías enemigas han estado en nuestro poder, (1) y si no forman ahora el trofeo del valor de nuestros bravos, deben á su excesivo peso que hicieron imposible arrastrar hasta nuestras canoas. El castigo que hemos dado á la alianza fué terrible; el honor nacional está cubierto, y el soldado paraguayo ha creado un precedente más para la respetabilidad de su nombre.

No hay como acabar de ponderar la serenidad y el arrojo de nuestros soldados. La infantería fué el terror de sus adversarios, y la caballería en su *debut*, no habiendo querido llevar más arma que el sable, tomó la vanguardia y tronzó con su arma las filas enemigas como lo hicieron en un bosque de arbustos, respondiendo con bravura tan ejemplar muy cumplidamente á las esperanzas que teníamos de esa falange robusta y decidida, mereciendo el aplauso general de sus mismos compañeros, los infantes.

La caballería ha llegado con su sable en mano al borde de los fosos para acuchillar á los infantes enemigos que así parapetados hacían un vivo fuego, y si nuestros infantes en vez de detenerse á hacer uso de sus balas contra esos mismos fosos, como ha sucedido con algunos pelotones, hubieran también llegado con sus bayonetas al borde de los fosos á ejemplo de los sableadores, menos pérdidas hubiéramos tenido que lamentar y más inmediatamente hubiera venido el triunfo.

El bravo teniente Rivero, es uno de los que cayeron á causa de no haber llevado sus bayonetas con bastante presteza sobre los atrincheramientos enemigos, cuyos fuegos mandó contestar en vez de llegarle con arma calada en el menor tiempo posible, y es sensible que tan valiente oficial haya expiado con la vida un momento de descuido, como sucede en la guerra.

En la imposibilidad de dar el nombre de todos los héroes de esta memorable jornada, se nos permitirá consignar el de los oficiales que tomaron parte y supieron cumplir con su deber al frente del enemigo.

Estos honorables ciudadanos son:

Sanos. — Tenientes: Mateo Morel y Santiago Arévalo. — Alféreces: Juan Aveiro, Carlos Ricardo, José de Jesús Martínez, José Molinas, Buenaventura Yetura é Ignacio Ortiz.

---

(1) Inexactitudes de este orden eran repetidas en Europa por diarios serios, hasta por la *Revista de Ambos Mundos* y por los corresponsales de la acreditada Agencia de Havas.

Heridos. — Tenientes: Pablo Cabrera, Mariano Bordón y Ciriaco Vera. — Alféreces: Gregorio Villalba, Juan López, José Yegros, Severo Aspillaga, Feliciano Ramírez, Martín Zelada, Miguel Jara, Bautista Camacho, Manuel Bernal, Melitón Taboada, Gregorio Duarte y Pedro Duré.

Muertos. — Tenientes: Leonardo Rivero y Mateo Romero. -- Alféreces: Matías Bargas, Fermín Ríos, Juan Portillo, Benigno Alderete, Pascual Ortiz y Juan Pablo Benítez.

No es posible recoger los hechos especiales y los episodios heróicos que han realizado el mérito incuestionable de nuestros apuestos soldados, porque es difícil poner en balanza tanta resolución y heroismo cuando ellos mismos no saben sino ponderar á todos.

Sin embargo, y bien asentado de que todos los oficiales y soldados se han disputado su valor, nombraremos algunos de la primera clase, como son el teniente Bordón de infantería y alférez Martínez de caballería, que llevando la vanguardia, fueron los primeros en difundir la muerte y el espanto entre sus enemigos.

Los tenientes P. Cabrera y Ciriaco Vera, se distinguieron por su serenidad y arrojo, lo mismo que el teniente Romero y los subtenientes Bargas, Asprillaga y Ríos que se distinguieron particularmente por la animación que supieron inspirar á sus soldados en los momentos supremos.

El subteniente Taboada al mando de 20 sableadores exterminó completamente una guardia de 50 infantes. El de igual clase Pedro Duré, después de haber peleado con notable decisión y bravura, cubierto de heridas y con un muslo roto, salvó una canoa de heridos, bogando acostado en la popa.

El alférez Yeruta concluyó también con otra guardia más numerosa que sus soldados.

Estos son los que han tenido la ocasión de particularizarse. Quisiéramos también recoger los episodios gloriosos de la tropa, pero son tantos, que no es posible hacerlo ahora.

Los detalles y el conjunto de esta brillante acción, arrojan imperecedera gloria sobre el ejército de la República.

Los rasgos de heroismo é intrepidez desplegados por nuestros valientes en el combate de Corrales, ceden su puesto á los que el día 10 han inmortalizado su nombre en estas playas. En Corrales han peleado contra un ejército; en el banco de Itapirú contra ese mismo ejército, toda la escuadra aliada y las aguas del Paraná; entonces no hubo ventajas en la posición de los beligerantes; ahora han ido á asaltar sus baterías y sus trincheras.

El valor de nuestros soldados, su intrepidez, se aumenta y progresa.

Si ha de medirse la importancia de una acción por la bizarría del soldado, por su arrojo que raya en temeridad, por su serenidad é indómita pujanza al frente del enemigo, por el peligro y desventaja

de la posición atacada, la que acaba de cubrir de honor nuestras armas, debe colocarse en primera línea.

Los sacrificios son indispensables para conseguir los grandes resultados; mucho hemos ganado material y moralmente aun cuando tenemos más de 300 heridos (1) y estos fueron los que hicieron la retirada, agotadas sus fuerzas por medio de la escuadra que les hostilizaba con fusilería y arrojaba balas, metrallas y bombas de mano con profusión, sin conseguir así mismo nada contra aquellos indefensos y enfermos.

Cuanta distancia separa el imperialista cobarde del apuesto soldado de la independencia!

La alianza con medio centenar de buques de guerra, no tiene el coraje de pisar nuestras costas, y disputa su desocupación con un bombardeo inútil por largas semanas; nosotros en débiles canoas nos hacemos camino por medio de esa escuadra, y no solamente logramos pisar las posiciones que ocupan sus fuerzas, sino que conseguimos hacerles implorar de rodillas el perdón de las vidas; asaltar sus trincheras y apoderarnos de sus cañones.

La acción del 10 es un brillante preludio de los grandes sucesos que nos esperan y en que quedarán asegurados la independencia de la patria y el bienestar común.

Conocemos al adversario que tenemos que batir, y las disposiciones de esa poderosa falange de la patria aseguran triunfar imperecederos.

Esperemos con fe, pues, nuestra causa, la causa de la justicia y de la verdad no puede perecer; con esperanza porque está confiada la dirección de la guerra á un general patriota, valiente é ilustrado.

Crudo escarmiento ha recibido nuestro adversario en este día, mientras que sus primeros rayos, hicieron brillar sobre la frente de nuestros invictos el sello del heroismo y de la gloria.

Así el Paraguay á quien ha jurado perder, se eleva en alas del valor de sus hijos y sus adversarios reciben el condigno castigo de su temerario empeño.

¡Honor eterno á ese puñado de bravos!

¡Viva el ejército nacional!

¡Loor á su ilustrado jefe!

---

(1) Llamamos la atención del lector sobre el acuerdo que existe entre la narración de Thompson y las noticias del *Semanario*, lo que desvirtúa en mucha parte sus narraciones.

El convenio del 20 de Febrero y la rendición de Uruguayana.

Del folleto publicado en 1865 por el vizconde de Río Blanco con el título *La convención de 20 de Febrero explicada con motivo de los debates del senado y de los sucesos de Uruguayana*. Al reproducir las siguientes páginas, estimamos que no han de dejar de interesar al lector:

. . . .

. . . .

XII

Hemos, al fin, llegado á Uruguayana, invadida por los paraguayos, sitiada por los aliados. Heme aquí, delante del almirante vizconde de Tamandaré y del general Flores, de los cuales, el primero desaprobó, según se dice, la convención del 20 de Febrero, y éste fué uno de sus negociadores y firmantes.

La semejanza de la nueva situación, comparada en sus diversas faces con la de Montevideo, es notable y singularísima. Parecía que la provincia hubiera querido en su alta justicia, proporcionarme una última y más evidente prueba de los errores y pasiones de mis adversarios.

No había argumento que fuese capaz de convencer á los belicosos censores del desenlace de la guerra del Uruguay, y á las opiniones del almirante brasileño, opiniones, sin duda, mal comprendidas ó desfiguradas, eran presentadas como una sanción competente é irrevocable contra mi procedimiento que según el famoso libelo, reducido este á su forma más sintética, pecó por excesiva generosidad para con los vencidos, y por una interposición indebida de la diplomacia entre las espadas de los generales aliados.

Obstruídos así todos los caminos de la razón, la verdad de los hechos y la inocencia de los acusados no encontró por donde pudieran manifestarse á los ojos de sus implacables antagonistas. El raciocinio se tornará impotente; era necesaria una experiencia práctica, como esa que el ilustre senador por Goyaz quisiera que hubiésemos ensayado frente á Montevideo, tratando de obtener una capitulación puramente militar, en la cual aparecieran la bandera blanca y el tambor de los sitiados, los parlamentarios de uno ó de otro lado, todas esas escenas de estos curiosos espectáculos.

Además de las pruebas morales, era necesaria una de esas pruebas materiales, palpables, visibles á nuestros ojos. La providencia nos ha deparado, en fin, en el malogrado convenio del 2 de Se-

tiembre; convenio escrito en presencia de 42 cañones y de 20.000 bayonetas, para ser ofrecido con las más vivas instancias á 5.000 paraguayos, que asolaron tres de nuestras poblaciones fronterizas y al final hicieron alto en la última, apenas cubiertos por despreciables trincheras.

A nuestra superioridad en número y armas; el ultraje hecho á la sociedad brasileña en correrías bárbaras y devastadoras, durante tres meses; el eco torturante de los gemidos que aun resuenan en las soledades del infeliz Matto Grosso; la suerte de nuestros compatriotas cautivos en el territorio del enemigo; la sangre brasileña derramada en las aguas del Paraná; los sacrificios con que aun nos amenaza el contumaz agresor, y finalmente, después de tantos insultos y horrores, la arrogancia de los invasores de S. Borja, Itaquí y Uruguayana, nada de esto obstó para que el almirante vizconde de Tamandaré se mostrase allí generoso, y generoso hasta el extremo.

Ahí está bajo los ojos del lector una nota del convenio que V. E. firmó y mandó ofrecer al coronel Antonio Estigarribia, jefe de las hordas invasoras, con el intento de vengar la violación del territorio patrio sin efusión de sangre, y de salvar las reliquias de la villa de Uruguayana, puesto que en gran parte ya estaba destruída por el fuego y el hierro enemigo. La generosidad del general, en su doble carácter de militar y político, no podía mostrarse más completa, y excede en mucho, todo lo que se dice y se imagina con respecto de la rendición de Montevideo.

La invasión paraguaya se señaló en nuestro territorio por hechos del más brutal vandalismo. No soy yo quien lo dice, lo dicen documentos oficiales, como se verá en lo que paso á extractar.

« Uruguayana, aunque incendiada y saqueada, está en nuestro poder », escribió el ministro de guerra actual en su carta del 18 de Setiembre al diplomático del Brasil en el Río de la Plata.

El barón de Porto Alegre, primer jefe de nuestro ejército en operaciones en la frontera de Río Grande del Sud, proclamaba el 16 de Setiembre: — «Camaradas! Aproxímase el momento en que los *vándalos* que han llevado el *incendio y la desolación* á los habitantes inermes de una y otra margen del Uruguay, deberán expiar *sus nefandos crímenes* ».

La correspondencia del *Jornal do Commercio* de esta corte, escrita desde Buenos Aires el 14 del corriente mes de Octubre é impreso en el N° 295 de aquel diario, nos dice lo siguiente :

« Su majestad visitó la villa de Itaquí en todas direcciones y los campos circunvecinos, á pie. En todas partes los *mismos vestigios de sangre y devastación* que los invasores dejaran en Uruguayana.

« Ahí está en la desolación más triste la familia, cuyo jefe, un viejo portugués.... fué *bárbaramente asesinado* por orden de Estigarribia, el cual no satisfecho con este crimen, aun deshonró

brutalmente á una de las hijas de aquella infeliz, más desgraciada que su padre.

« El general Cabral (uno de los ayudantes de campo de S. M. el emperador) obtuvo de esta desdichada moza el billete de Estigarribia, en que la mandaba llamar á su campamento ».

Del mismo *Jornal* y de la misma fecha y de la correspondencia escrita de Montevideo, donde se lee :

« En la excursión á Itaquí y San Borja, la comitiva de S. M. se horrorizó con los vestigios que encontraron de la barbarie de los salvajes que invadieron esas poblaciones, que, como Uruguayana, sufrieron mucho.

« En Itaquí fué objeto de la más viva compasión, una joven que sirvió de pasto á *la lascivia de los jefes de estos caníbales,* que no contentos con mandar asesinar al padre, honrado portugués que desde muchos años antes vivía allí, le robó la honra de un modo irreparable, porque ni siquiera se puede unir semejante monstruo á la víctima de su brutal concupiscencia».

De acuerdo con estas fúnebres tradiciones, están las que antes de los últimos sucesos nos trasmitieron los diarios riograndenses y aquellos mismos corresponsales del Río de la Plata. Los confirman aun, una carta escrita por el doctor José Cándido Bustamante, digno redactor de la *Tribuna* de Montevideo, ex secretario del general Flores, y uno de los bravos comandantes del ejército oriental en operaciones. Vamos á transcribir esta carta, ya traducida, del *Correio Mercantil* N° 232 :

« Anteayer en la noche (II de Setiembre), á pesar del mal tiempo, fueron expulsadas de Uruguayana las familias allí existentes en número de ciento y tantas personas. Mientras permanecieron dentro de las trincheras no fueron maltratadas, pero desde que llegaron á las guardias paraguayas, muchas de ellas fueron violadas y saqueadas, hasta el punto que llegaron á nuestro campamento completamente desnudas. (1) No se les permitió traer nada.

« *Estuve con una señora de una de las principales familias de Uruguayana*, cuyo nombre no debo revelar, la cual fué víctima de la violencia, y lo que más horroriza, es que esa violencia atroz *fué perpetrada por el padre Duarte*, blasfemo que se titula ministro del altísimo.

«La pobre señora venía aterrada : vió azotar *mujeres,* saquear las casas más respetables de la población, y no se cometieron mayores abusos, gracias á la influencia, poco ó mucha, que allí tienen los orientales que siguen bajo sus banderas, á los cuales en general, los paraguayos van abominando, después de Yatay, porque se creen

(1) El *Diario*, diario del coronel Pallejas, refiere este hecho con otros pormenores.

traicionados por ellos, en vista de que los hicieron creer que eran aliados del Paraguay ».

No es necesario que yo oscurezca aun más el cuadro en que se pintan las fechorías de los invasores que atentaron contra nuestra soberanía y se describan los hechos atroces con los cuales escandalizaron nuestra civilización. Por este lado, Estigarribia y su bando, no pueden sino inspirarnos desprecio y horror. Expondré simplemente que los vándalos vinieron á nuestro territorio, no solo como instrumento de destrucción y de ludibrio, sino también como ejecutores de un tenebroso plan político, que tenía por fin sublevar la parte más ruda de nuestra población y conflagrar la república Oriental, plan que gracias á Dios, fué enteramente frustrado.

Expondré todavía que dos de estos invasores, los orientales Zipitría y Salvañac, fueron los que insultaron la bandera brasileña en las calles de Montevideo, en los últimos días del sitio de esta plaza, y que por lo tanto, habían agravado aquel desacato, de que tanto se habló en esta corte, con nuevas y horrorosas hostilidades que ellos y sus aliados practicaron en el suelo riograndense.

XIII

Tales eran los enemigos que los generales, vizconde de Tamandaré y barón de porto Alegre tenían delante de sí cuando cercaban las débiles trincheras de Uruguayana, y, no obstante, sin hesitar, según parece, un solo momento, juzgaron conveniente para el decoro y las conveniencias políticas del imperio y de sus aliados, proponiendo á los sitiados que se rindiesen, con estas memorables condiciones :

« 1° El jefe principal, oficiales y demás empleados de distinción, *saldrán con todos los honores de la guerra*, llevando sus espadas, y podrán dirigirse á donde les parezca, obligándose los aliados á suministrarles para este fin los auxilios necesarios.

« 2° Escogerán para su residencia el territorio de cualquiera de las naciones aliadas, los gobiernos de estas (todos ó solo el del lugar escogido) estarán obligados á proveer á la subsistencia de los mencionados jefes y oficiales paraguayos hasta la conclusión de la guerra.

« 3° Solo las plazas de prest, desde sargento, permanecerán prisioneras de guerra, bajo la condición expresa de respetar sus vidas y que serán alimentadas y vestidas *debidamente*, mientras dure la guerra, por cuenta de los mismos gobiernos aliados.

« 4° Las armas y demás pertrechos bélicos pertenecientes al ejército paraguayo *serán puestas á disposición* de los ejércitos aliados».

Declinemos del general Flores, nuestro digno aliado y gobernador de la República Oriental, de la responsabilidad de esta propuesta,

ante la opinión pública brasileña. Aun cuando no sea cierto que el vencedor de Yatay opinara por una rendición sin condiciones, y en caso contrario por un ataque inmediato, aduciendo al carácter del enemigo y á la necesidad de no perder tiempo, aun también en territorio brasileño no podía ser ella más exigente.

Aquella propuesta es y debe ser considerada como monumento y expresión de la generosidad espontánea de nuestros generales en jefe.

Ellos las calificaron como « las condiciones más honrosas que se acostumbra conceder entre naciones cultas. » Yo podría, estribando en la autoridad de buenos maestros, solo las califico como *muy ventajosas ó favorables para los sitiados.*

En efecto, la historia y la legislación militar de las naciones cultas no admiten como proceder honroso (disculpen los ilustres generales, cuyo carácter é intenciones respeto) que el jefe de un ejército en campaña ó el comandante de una plaza sitiada, separe su suerte de la de sus subordinados. Este procedimiento degrada y condena á muerte. Tal sería la sentencia de Estigarribia en Francia ó en cualquier otra nación; donde. según las palabras de Napoleón en sus cartas autógrafas de 1809, el militar debe valorar en nada su vida, cuando esta tiene que ser puesta en balanza con su honra.

La propuesta era seguramente *muy seductora,* más no *honrosa.* Y es de lamentar mucho que nuestros generales procurasen darle otro color, acompañándola de consideraciones contra las cuales ellos mismos protestan en sus nobles sentimientos, como dignos representantes que eran del carácter é ilustración del pueblo y del ejército brasileño.

Solo es permitido, decían ellos, combatir cuando existe alguna probabilidad de triunfo ó se puede alcanzar cualquier ventaja para la causa que se defiende. Proposición falsa, proposición injuriosa, que contrasta absolutamente con las máximas de la honra civil y militar consagradas en los códigos de las naciones cultas. Chamilly, Dufay, Martín de Freitas y otros, que la historia venera como tipos de lealdad y de valor, no serían héroes más insensatos y bárbaros, si tales principios prevaleciesen.

Es lícito al militar, inducir aun á los mismos generales, desertar la causa de su gobierno, cuando el enemigo les asegura que este es un tirano y que sus compatriotas viven en la condición de esclavos! No lo creería si no lo viese escrito en cartas impresas y auténticas! Dios mío! Que fuerza superior é irresistible fué esa que llevó á aquellos distinguidos militares á valerse de semejantes argumentos para aplacar el ardor bélico del coronel paraguayo Estigarribia!... El ex-plenipotenciario brasileño, esperaba hacía tiempo, con gran fe, una justificación, pero no la hubiera querido tan dolorosa para su país.

Se honra el enemigo que se ennoblece en la defensa de su causa:

—la seducción en la cual hay un ultraje ó revela miedo. Estigarribia el vándalo, él mismo lo comprendió así y la repelió altivamente. Con tan admirable soberbia se encontró en ese momento, que por aquí todos lo consideraban como un héroe, y su posición parecía á todos más envidiable que la de los generales brasileños!

Poco ventajosas, las condiciones tan instantáneamente ofrecidas, fueron por eso mismo rechazadas. Más, si el arrogante caudillo hubiera querido, él y sus cómplices de infames atentados, se pasearían hoy ufanos por las calles de esta capital, ó por las de París ó de Madrid; donde mejor les hubiese parecido, irían á distraerse á expensas del pueblo brasileño, al cual de otra manera ya habían explotado y cuyo territorio fuera por ellos atrevidamente escogido para teatro de su canibalismo.

Yo tengo, por tanto, razón, y razón de sobra para querer comparar nuestras miserias de ayer con nuestras glorias de hoy; Montevideo con Uruguayana. Y no me será necesario fatigar por mucho tiempo la atención del lector, para hacer resaltar á sus ojos la inmensa diferencia que va de una á otra situación, en vista de aquel procedimiento.

Comparemos sin otro fin, que el reconocimiento de la verdad y una lección tal vez provechosa para el futuro.

En Montevideo no hubo insulto del enemigo que pasase sin plena reparación. Los atentados de Muñoz, que desde entonces hasta hoy ni siquiera fueron mencionados en ningún documento oficial, se encuentran exceptuados de la amnistía concedida á los crímenes políticos. Toda la vocinglería que á este respecto por aquí levantaron y con la cual pusieron contra mí la cólera celeste, no tiene otro fundamento sino la circunstancia de no haber sido designados nominalmente en la convención de paz, aquellos crímenes reales ó supuestos.

El miserable desacato hecho á los colores de nuestra nacionalidad, por medio de una bandera comprada á los mercaderes de Montevideo,—desacato cometido por algunos energúmenos dentro de la plaza sitiada, en mayor auge de su furor y en los últimos arranques de su cólera impotente,—fué castigado con una expatriación temporaria de los autores y reparado con una salva de 21 tiros, dada en honor del pabellón brasileño, por orden solemne del gobierno de la República, que ya entonces era representado por el general Flores.

La quema de los tratados fué condenada por un nuevo decreto que estigmatizó al primero, á riesgo de la colección de las leyes de la República.

A la par de estas satisfacciones, vimos realizado lo que importaba todo para el Brasil en aquel gravísimo conflicto, —le queda al gobierno que nos provocara á la guerra, y que durante ella autorizó ó toleró tales injurias, —la elevación á la presidencia del Estado Oriental al bravo general, nuestro fiel aliado; todas las reclamaciones ori-

ginarias del conflicto y otras de no pequeña monta, satisfechas; la república entera pacificada y prestándonos luego su territorio, sus armas y sus valientes guerreros contra el Paraguay, la más íntima y perfecta alianza con el Imperio.

Por lo que toca á la guarnición de la plaza rendida, no se sometió ella, pero quedó luego á disposición de nuestro aliado; y de hecho en parte, ahí anda peleando contra el enemigo del Imperio.

No quedó como prisionera, porque era oriental, y oriental era también nuestro aliado; pero de ahí resultó un mayor triunfo moral y material para el Brasil, cuya causa es hoy defendida por aquellos mismos con que nos amenazaba el decaído gobierno de Montevideo.

El mismo comandante de la plaza, el general Antonio Díaz, pocas horas después de la capitulación, recibía órdenes del aliado del Imperio. Si alguno de los otros jefes militares no prestaron igual obediencia, fué porque huyeron, avergonzados y recelosos de venganzas pasadas; pero los prófugos no salieron de Montevideo armados, tuvieron que pasar por el gran vejamen de entregar sus armas en las manos de extranjeros que guarnecían los puntos de embarque.

Es cierto que no llevamos, es cierto, en Montevideo nuestro orgullo hasta el punto de frustrar los esfuerzos prudentes y patrióticos del nuevo Presidente, que empezó por un rompimiento formal con la manera exaltada de las dos notabilidades extranjeras que lo secundaran en tan honroso empeño; pero también no fuimos nosotros los brasileños que propusimos y solicitamos la paz, y solo la concedimos en aquellos términos indudablemente dignos y ventajosos para el Imperio y para su ilustre aliado.

La rendición de Uruguayana tal cual la iniciaron nuestros generales Vizconde de Tamandaré y Barón de Porto Alegre, fué propuesta y pedida instantáneamente por los invasores de nuestro territorio, inmediatamente después de una respuesta arrogante que dieron á una intimación hecha por el general Flores en nombre de los aliados.

En esta propuesta, que igualmente fué por ellos despreciada, olvidábamos todas las ofensas al pundonor nacional, todos los horrores, todos los crímenes nefandos del vandálico invasor, según las frases oficiales del Barón de Porto Alegre.

Concedíamos á los jefes y oficiales, que saliesen con los honores de la guerra, y eligiesen el destino que les conviniese, transportándolos á costa de los aliados, á menos que pretendiesen volver al Paraguay.

No nos acordamos entonces de la triste suerte de los brasileños, cautivos en la Asunción. No juzgamos conveniente conservar á los Estigarribia para un cange con aquellos infelices, nuestros compatriotas.

Y, tan generosos para con los autores de nefandos crímenes, mos-

trándonos rigurosos para con sus pasivos instrumentos, los míseros soldados, descendiendo, para tomar la iniciativa de una condición que las leyes militares, califican como traición ó cobardía, cual es la de salvarse los jefes á costa de su guarnición.

¿Qué razones ahora explican y justifican tan favorables concesiones de parte del Brasil á los violadores de los hogares patrios? ¿Acaso las circunstancias eran más difíciles, ó de otra manera, más atendibles en Uruguayana que en Montevideo?

En este segundo punto, teníamos delante de nosotros una ciudad extranjera, la capital de un estado limítrofe que debía ser aliado en la guerra actual, que debe ser siempre amigo del Brasil; de cuyo territorio carecíamos con urgencia para puerto militar, arsenal, depósito, cuartel y hospital de nuestro ejército en operaciones; ciudad, por otra parte, importante por su riqueza y población que representa grandes intereses extranjeros, orientales, brasileños, argentinos y de varias otras naciones.

Había allí contra nosotros, una guarnición fanatizada por los odios y los intereses de la guerra civil; había al lado de esta guarnición un gobierno que habíamos reconocido como legítimo y que también lo era por todas las otras naciones, sin exceptuar la República Argentina.

La ciudad de Paysandú, la primera después de Montevideo y de no pequeña importancia comercial, ya había sido bombardeada y en gran parte reducida á ruinas por los cañones del Brasil.

La prolongación del sitio de Montevideo, ó fué debida al esfuerzo de la resistencia, ó á los embarazos diplomáticos, ó aún, á temporizaciones de nuestra parte, para lo que no faltarían motivos poderosos, daría tiempo á los socorros que se esperaban del Paraguay.

Y, cómo ya se notaba, allí no era el Brasil ó su aliado que proponía al insolente y odioso enemigo que se rindiese: era la autoridad civil y política del campo contrario que venía hacia nosotros para pedirnos la paz, no la paz de una ciudad ó de una frontera, sino la paz entre el Imperio y la República Oriental.

En Montevideo, finalmente, se puso término á una campaña para comenzar luego otra que era urgente y que había de costarnos mucha sangre y dinero, como los hechos lo han demostrado; que había de costarnos sacrificios, sea dicho de paso, mucho mayores que las más razonables previsiones, gracias á los descuidos é incapacidad de unos y el cinismo y voracidad de los otros.

El sitio de Uruguayana, contado desde la acción de Yatay (17 de Agosto), duró un mes y algunas horas del día 18 de Septiembre. ¿Cuánto hubiera durado el de Montevideo, si el 20 de Febrero, no hubiéramos estado aún listos para emprender el ataque?

La generosidad, sin embargo, era allí bastante justificada, porque era una condición forzosa de nuestras futuras relaciones con un pueblo vecino y limítrofe, así como por nuestra próxima campaña

contra el Paraguay, porque era también un deber moral contraído para con las otras naciones y, en especial, para con la República Argentina.

El peligro de la prometida y anunciada expedición paraguaya era en Montevideo, una contingencia probable y mucho de temer; en Uruguayana por el contrario, todos concuerdan en que los estados no podían ya recibir socorro alguno, que estaban irremediablemente perdidos.

En efecto, ¿qué perderían los aliados en aquella coyuntura, si el presidente López moviese fuerzas hacia Uruguayana? Ganarían tiempo y batirían un mayor trozo del ejército enemigo en posición ya conocida y dominada por ellos.

En Uruguayana éramos más fuertes, mucho más fuertes que ante la plaza de Montevideo, moral y materialmente considerado; teníamos allí la fuerza moral de una triple alianza y de varios triunfos; estábamos en nuestro territorio, y el enemigo á gran distancia y enteramente secuestrado del suyo; éramos 20.000 con jefes valientes contra 5 ó 6.000 mal armados, mal atrincherados y peor mandados.

Luego, solo los sentimientos de humanidad hacia nosotros y para el enemigo, á la par de un efecto moral incierto, es que influirían aquí en nuestro ánimo, inclinándonos á tantos excesos de moderación. Mas, si así es, ¿por qué mucho menos moderación sería un olvido del pensador nacional cuando practicaba en Montevideo?

XIV

Acabo de apreciar de por sí y comparativamente la capitulación que los generales brasileños ofrecieron á los enemigos sitiados dentro de las más que débiles trincheras de Uruguayana. Quedan á considerar, los términos y la solemnidad de la solución definitiva que tuvo ese episodio militar en su tercera y última faz.

Para eso, me apresuro á pedir la venia muy respetuosamente á los altos personajes que asistieron por nuestra parte y de parte de los aliados, á tan importante acontecimiento.

La presencia de Su Majestad el Emperador y de los príncipes, sus augustos yernos, en aquel lugar, no toleraría el derecho de examen, aun cuando yo tuviese en vista, no comparar simplemente sino deprimir, lo que está muy lejos de mi pensamiento. El ilustre jefe de la Nación Brasileña, es de los monarcas que saben preferir la verdad cortés y benévola á las lisonjas de bajeza ó de interés, ó al silencio de la traición. Rey constitucional, sabe igualmente que toda la responsabilidad de los hechos de Uruguayana pesa sobre los generales brasileños y sobre el ministro de la guerra, aunque este por ventura, practicase ó aprobase.

El emperador no carece para su gloria, en esta campaña, de

que le encaren la rendición de 5.000 paraguayos asediados completamente por fuerzas muy superiores de tierra y de mar. Para que perdure la memoria de su viaje á la segunda provincia brasileña, invadida por las huestes del presumido dictador, y sea entusiasta el reconocimiento de sus fieles súbditos, tenga Su Majestad los más recomendables títulos, sin hacer el más mínimo caso del supuesto heroísmo de Estigarribia. Hablan por el emperador la nación, los penosos sacrificios y los posibles peligros á que ella se expuso para imprimir, como imprimió, enérgico impulso á la defensa de la provincia, otrora tan heróica y hoy tan vilmente ultrajada.

Las circunstancias del Brasil son supremas, y en coyunturas tan serias, la diferencia ó el miedo es un crimen — casi salgo de la pluma— y el asesino de la patria. El verdadero veneno, el que mata, no en el examen y el debate, sino en el error y la ilusión.

Al César lo que es del César. A los generales y demás agentes responsables, la alabanza y la censura que merecen sus actos, despojados de todas las hipérbolas, que sean oficiosas, ó sean encomiadas, más perjudican de lo que sirven á la causa que los panegiristas tratan de exaltar.

La intervención de los jefes aliados, en aquellos sucesos también no pueden coartar al escritor brasileño su libertad de discusión ; porque ahora como antes, debemos declinar de ellos, delante la opinión pública del Brasil, la responsabilidad de los actos practicados en nuestro territorio.

La provincia de San Pedro de Río Grande del Sud, y con ella todo el Brasil, debe incontestablemente á S. M. el emperador, un revelantísimo servicio, que tal vez solo él en persona pudiese prestar. Con el ejemplo admirable del monarca, despertóse el heroísmo en aquella familia brasileña; todos sus hombres de armas depusieron sus rastreros odios de las rivalidades domésticas, y acudieron esforzados al más sagrado de sus deberes. El bárbaro invasor pudo entonces medir el alcance de su osadía y tuvo que rendirse luego, abatido ante tanta fuerza y tanta majestad.

La provincia repelió la afrenta, y ahora, tranquila y segura dentro de sus fronteras, pudo entonces mandar nuevas legiones de valientes al teatro principal de la guerra.

Hay en esto razón, y razón muy legítima, para que conmemoremos el suceso militar de Uruguayana, el cual se ha dicho, está asociado á la circunstancia rarísima y única del Brasil, de que se hubieron allí encontrado y dado muestras de recíproco aprecio, el emperador y los príncipes consortes de las princesas imperiales, así como los generales Mitre y Flores, presidentes de las dos repúblicas vecinas y aliadas del imperio.

La entrévista de estos personajes, debemos creerlo, no sirvió solo para tomar más espléndido el cuadro de aquel fácil triunfo y

comunicar más vigoroso impulso á la prosecución de la guerra: ese encuentro que parece un hecho providencial, nos promete también que los intereses de la alianza actual, no son un velo lanzado sobre fermentos de una nueva guerra; pero sí, una prenda segura de sincera y perpetua amistad entre los tres estados.

Celébrese, pues, y celébrese con ruido la rendición de Uruguayana; pero por honra del Brasil y de sus aliados, que no se quiera elevar hasta la categoría de una epopeya aquel hecho militar, considerado de por sí.

Éramos allí cuatro contra uno, y teníamos á nuestro frente generales y generalísimos, las primeras notabilidades políticas y los primeros capitanes de la América del Sud. El odioso enemigo, solo tenía para sí la espada y el nombre obscuro de un Estigarribia.

Estábamos dentro de nuestros muros, enteramente sin temor, y él, el invasor cercado por tierra y por agua, ya casi vencido por la molestia y por el hambre.

Alegrémonos con la rendición y redención de Uruguayana, que es sin duda un acontecimiento feliz, un embarazo de menos, y embarazo grande con relación al triste estado de las cosas que determine el repentino viaje del emperador; más, repito, por propio honor de los aliados, no cantemos enfáticamente ese triunfo, no imitemos al épico de *nobile bellum* de que nos habla Horacio, cuando en su arte poético enseña la corta distancia que separa lo sublime de lo ridículo.

Nada se publicó aún, por lo menos, el público de Río de Janeiro no conoce hasta este momento, la orden del día en la cual el noble ministro de la guerra ó el general que comandó nuestras fuerzas en Uruguayana, se haya referido, con el escrúpulo y la gravedad propia del lenguaje oficial, de las circunstancias esenciales de aquel hecho. Los documentos de que me serví y que unidos á otros se exponen en la presente exposición, son los que nos suministran la carta particular del mismo señor ministro de la guerra al enviado extraordinario del Brasil en el Río de la Plata y las correspondencias del *Jornal do Commercio*. Estas tradiciones, entretanto, son fidedignas y dan noticias minuciosas de los sucesos allí ocurridos. Recordémoslas.

El general Flores fué encargado de la importante empresa de buscar y batir la columna paraguaya que acampaba en la margen derecha del Uruguay y que de allí cubría la entrada de Itapuá, servía de centro y protegía á los invasores de nuestra frontera. La idea de aquel plan de los aliados no podía ser más feliz, ni á su ejecución confiada á la espada más valiente ni más diestra. A sus reconocidas cualidades de capitán intrépido, hábil y activísimo, el general Flores reunía un perfecto conocimiento del difícil terreno que iba á atravesar y de aquel en que se proponia resolver el encuentro con el enemigo. No había general brasileño, podemos decirlo, sin falta

para ellos, que conociese la topografía militar de Entre Ríos y Corrientes como nuestro aliado.

Esto por un lado, por otro lado la mala dirección, ó para mejor decir, la falta casi absoluta de dirección al principio de la campaña, tenia desviado casi todo el ejército brasileño del territorio patrio, para hacerle sufrir el riguroso invierno del río de la Plata, mucho antes de poder entrar en campaña, cuando compuesto en gran parte de gente colecticia, carecía de tiempo para depurarse é instruirse.

De aquí resultó lo que debía haberse prevenido, que la provincia brasileña vecina al teatro de la guerra, encontróse sin fuerza suficiente para repeler la invasión de su territorio. Por lo menos, el distinguido comandante de nuestra frontera del Uruguay, el general David Canavaro, así lo juzgaba y así lo había declarado desde Febrero. (Véase el primer discurso).

Era, por tanto, forzoso, además de ser un servicio deseado por su gratitud al Brasil, que el vencedor de Yatay, como se esperaba que lo fuese, y de hecho aconteció, concluída esta empresa, fuese luego á unir sus armas á las nuestras que rodeaban del otro lado el grueso de la expedición paraguaya. Prevista la emergencia, desde que el general Flores emprendiera su gloriosa jornada, fué ella objeto de previo acuerdo y concierto entre los generales de los ejércitos aliados.

El ilustre jefe oriental, que sabe dignamente identificar su causa con la de sus aliados, y conoce por larga excepción el valor del tiempo en operaciones de guerra, fallando económica y militarmente, apénas logró su intento en la margen derecha del Uruguay, trató de pasar á la margen opuesta con todas sus fuerzas, entre las cuales se encontraba una de las más valientes brigadas brasileñas. Entre tanto, dirigió una intimación ó consejo al enemigo común, que en aquel tiempo ya se había circunscripto á la villa de Uruguayana, sin duda con el intento de aprovechar el gran efecto moral de la victoria que retumba en los oídos de los invasores y que tal vez solo por si pudiese llevar á una sumisión que dispensase la unión de los dos cuerpos de ejército aliados.

Esta intimación hecha por el general Flores. es el punto de partida para las reflexiones comparativas que está reclamando el acontecimiento de Uruguayana. No se conoce su tenor, pero la respuesta del coronel Estigarribia, manifiesta bien el sentido en que ella fué concebida.

El general, nuestro aliado, refiriéndose al tremendo desbarato del mayor Duarte, el comandante de la columna paraguaya auxiliar, decía el invasor de la frontera brasileña que le convenía rendirse á merced de los aliados, si no quería tener la misma suerte que aquellos, sus compatriotas y cómplices. La respuesta de Estigarribia ahí está impresa : fué una negativa respetuosa, pero de estudiada altivez.

Siguieron á este hecho varios incidentes, cuya historia no es bien conocida, pero que en todo caso no importan á mi propósito. Lo que sobrevino luego después, é interesa aquí saber, fué la célebre nota intimación del 2 de Septiembre, en la cual los generales brasileños, con los generales Flores y Paunero, ofrecieron á los sitiados las más ventajosas condiciones á que éstos podían aspirar. El efecto que surtió esta tentativa, otro punto igualmente importante para este análisis, también es ya conocido; el enemigo renovó su primer rechazo, excediéndose en su lenguaje arrogante.

Resolvió entonces el almirante vizconde de Tamandaré hacer un rápido viaje por tierra hasta Concordia, de donde volvió con el general Mitre, trayendo éste un contingente de infantería de los ejércitos aliados.

A la llegada del general y presidente argentino, Estigarribia le escribió una carta convidándolo á abrir proposiciones honrosas, si en verdad los aliados deseaban un desenlace incruento de la invasión con que los paraguayos mancharan nuestro suelo. El ilustre y circunspecto jefe argentino dió á tanta audacia, la única respuesta posible, la despreció pura y simplemente.

Cupo después al teniente general barón de Porto alegre, en la mañana del 18 de Septiembre, hacer la tercera intimación de los aliados, y ella fué hecha en términos y de una manera conforme á los estilos militares.

Ya se hallaban entonces en el centro del campamento brasileño y entre los jefes aliados, el emperador y los príncipes, los señores conde d'Eu y duque de Saxe. Se encontraban también presentes allí el ministro de la guerra, el mariscal del ejército marqués de Caxias, el teniente general Cabral, el jefe de la escuadra de Lamare, el brigadier Beaurepiere Rohan y el cirujano mayor doctor Joaquín Cándido Soares de Meirelles, los dos primeros generales como ayudantes de campo de S. M., los otros dos en el mismo carácter cerca de los príncipes y el doctor Meirelles como médico de la casa imperial.

En aquella formal intimación, declaraba el general brasileño, en términos perentorios, que los sitiados debían rendirse á discreción y que si no lo hacían en el término de 2 horas, se verían inmediatamente atacados por las fuerzas aliadas.

Poco antes y conforme al espíritu de aquella resolución, el general barón de Porto Alegre, proclamó á sus tropas con expresiones propias para comunicarles su ardor natural contra el enemigo, si éste se mostrase una vez más obstinado.

La intimación de S. E. fué elevada, como debía ser por uno de sus oficiales de menor grado, el capitán de caballería, Manuel Antonio de la Cruz Brilhante.

La situación parecía, en efecto, solemne. El ejército sitiador con sus numerosos estandartes desplegados ya había avanzado, rodeado

la plaza, asestado sus baterías y tomado posición de ataque á tiro de fusil del enemigo. El emperador y los jefes sus aliados, con todo el brillante estado mayor, estaban al frente, en los lugares de honor que les correspondía. La sumisión inmediata y completa del audaz agresor ó la señal de avanzar, era lo que todos allí esperaban.

Sin embargo el paraguayo, no tomó en serio esta actitud de los aliados; ó tuvo bastante arrojo para despreciarla. Por uno de sus oficiales subalternos mandó, no la simple y pronta sumisión que se le exigiera, sino una contestación con tres condiciones, de las cuales la segunda nada menos, importaba que salieran sus tenientes con armas y bagajes, en una palabra, con los honores de la guerra y para donde quisieran ir!

En cualquier parte del mundo donde los conflictos militares son una cosa seria, aquella respuesta haría cumplir la amenaza del sitiador ó, por lo menos, sería devuelta incontinenti, para que los contumaces, sin más dilemas, se entregasen á discreción.

Así sin embargo, no aconteció en Uruguayana. No aconteció así en Uruguayana, cuando ya los míseros soldados de la guarnición salían en tropel y sin armas de las improvisadas trincheras para presentarse á nuestro ejército!

La nueva propuesta de Estigarribia fué llevada á presencia del emperador y de sus aliados; mereció los honores de un consejo de generales; y lo que es más, y demasiado lisongero para los invasores del territorio riograndense, fué el noble ministro de la guerra quien se encargó de ir á llevar la respuesta y tratar (según las expresiones de la carta de S. E.) en nombre de los jefes aliados.

El designio del señor ministro está manifiesto, quiso con su palabra ilustrada y con el prestigio de su alto cargo, influir decisivamente en el ánimo de los sitiados; pero no por eso la gentileza deja de ser una aberración de aquel ardiente espíritu mititar, que se irritó con la rendición pacífica de Montevideo, un contraste muy sensible con los antecedentes execrables del enemigo, un gran honor, en fin, dispensado al coronel invasor Estigarribia.

Aceptaron, finalmente, los sitiados las últimas generosas condiciones que les concedimos. Diferían de las por ellos propuestas únicamente en que también los oficiales entregarían sus armas, y no podrían regresar al Paraguay.

No consiguieron Estigarribia y toda la categoría de su garboso ejército salir de la plaza *tambor batiente;* pero sí obtuvieron plena libertad individual, con la sola restricción de no poder volver á su país durante la guerra: restricción tan excusada que hasta parece una chanza mordaz, impropia de tan grave situación.

Y á estar á lo que refieren los corresponsales de las gacetas de esta ciudad, y que el *diario oficial* no contestó, el jefe invasor mereció otra notable distinción, que consistió en ser desarmado fuera

de las lineas por el ministro de la guerra del Brasil, y, acto continuo, presentado por S. E. al emperador.

Habían el caudillo y demás instrumentos del *fosado* ó *razzia* paraguayo cometido horrores durante sus atrevidas excursiones; y todos estos crímenes, al contrario de lo que se gritaba en Marzo último contra los del jefe oriental Muñoz, fueron totalmente olvidados; estaban para siempre perdonados.

Allí nadie se acordó de que los orientales Zipitría y Salvañac entraron en el número de aquellos héroes que pisotearon la bandera brasileña en las calles de Montevideo, y les hicieron la voluntad, sin ver que con eso irrogaban ellos un desaire á su propio gobierno, aceptándolos como huéspedes especiales y mimados del Brasil.

Y Estigarribia, como si fuera Abd-el-Kader, y más galante que éste, vió trocar la bárbara cimitarra, por el bastón del *dandy*, y hoy ahí se ostenta atrevido por las calles de la capital del Imperio.

Los sargentos y soldados de la guarnición, quedaron prisioneros, es cierto, y como tales desfilaron, en mísero estado, delante del monarca brasileño, los generales de los ejércitos aliados; pero, seguramente, no es este homenaje forzado de ignorante soldadesca, indignamente entregada por su comandate y oficiales, la que puede satisfacer el pundonor caballeresco de la nación brasileña. Aunque esta última condición no fué propuesta al final, sino solamente adoptada por los aliados.

La rendición y redención de Uruguayana, tornó, lo repito, en un suceso feliz; y no seré yo quien pretenda entibiar los aplausos á que tengan derecho sus factores. Pero es innegable, que en ese memorable hecho lo que más sobresale, es la magnanimidad de los vencedores, los cuales no dudaron en mirar con desprecio las provocaciones, crímenes y torpezas de los vencidos, violentando no poco nuestro amor propio nacional, con el fin manifiesto de conseguir una victoria incruenta y de llevar la desmoralización á las otras filas del agresor, si la noticia hubiera podido romper el cordón sanitario que la previene.

Yo solo noto las diferencias entre este hecho y aquel que le precedió en Montevideo. Comparo, no censuro, ó apenas censuro condicionalmente.

Mas, los implacables adversarios de la primera capitulación, que la reprobaron severamente, porque intervino un ministro, según ellos, solo debían intervenir los generales, porque, en fin, el diplomático se mostrará muy moderado para con los vencidos, estos inexorables y belicosos censores qué dirían ahora?

Dirían acaso, que en Montevideo faltó aquel desfile de los soldados al frente de los vencedores? Pero, cómo podrían orientales desfilar delante de orientales, que tales eran también nuestros aliados? Sería posible hacer esta ostentación de la victoria, cuando ellos tendrían que marchar al día siguiente con nosotros contra el Paraguay?

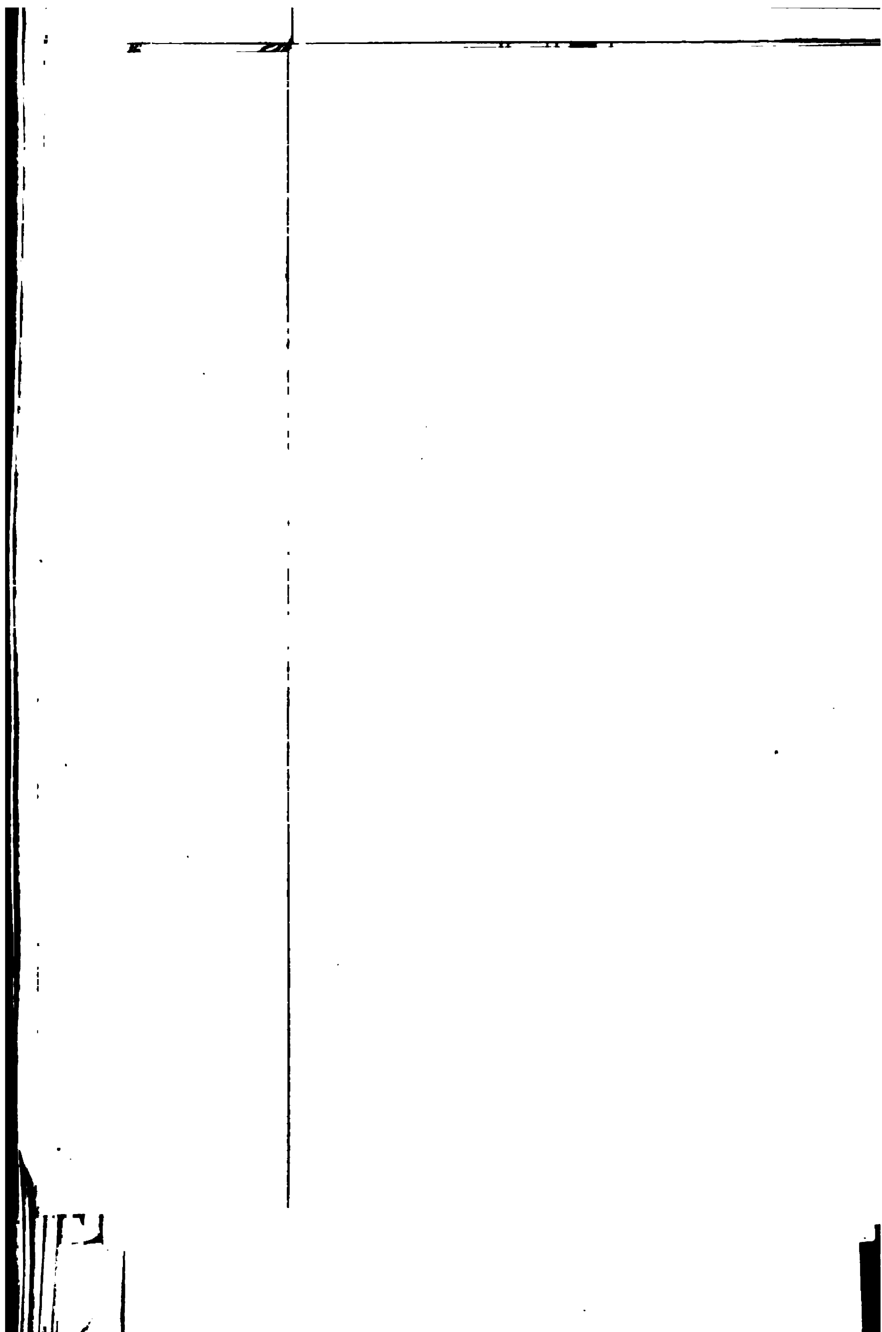
O queriendo ser tenidos en calidad de coherentes *quand même*, los caballeros á quien me refiero, hallarían hoy tan mal de la segunda rendición cuanto dijeron de la primera? Querrán también sostener que hubo allí un gran *pastel?* Que en Uruguayana se equivocaron gravemente, Mitre, Flores, Tamandaré, Porto Alegre y hasta el gobierno imperial representado por su ministro de la guerra? Oh! sería necesario en ese caso levantar muy alto la unión del error y de la justicia.

No, los apasionados censores de la convención de paz de 20 de Febrero, deben hoy cantar la palidonia, en vista de todo lo que cuanto la lealtad del tiempo reveló desde Montevideo hasta los recientes sucesos de Uruguayana. Si nada hicieren, si persistiesen en sus anteriores apreciaciones, sin que al mismo tiempo condenen, si no la convención final, al menos la del 2 de Septiembre, que felizmente se malogró, entonces por su falta se ha tornado mucho más grave; caerán las penas de los pecadores que, según S. Mateo — « *excolantes culicem, camelum autem glutientes* ».

Y esta sentencia bíblica, creerán los desengañados, ha de pasar, porque ante la justicia de Dios se encorvan todos, reyes y súbditos, grandes y pequeños, soberbios y humildes.







AR

ES

erpo
e de
rpo d
866.
eral
re de
nel
....
eral
55 ..
ya d
....
del

utor

CROQUIS

DE

ARCHA DE LOS EJÉRCITOS

ESCALA APROXIMADA 1:1.500.000

LEYENDA

erpo del 10 de Julio al
e de 1865 .... —·—·—·—·—·—·—·—·—·—·—

rpo del 15 de Marzo al
866................ ————————————————

eral Flores del 18 de
re de 1865 .... +—+—+—+—+—+—+—+—+

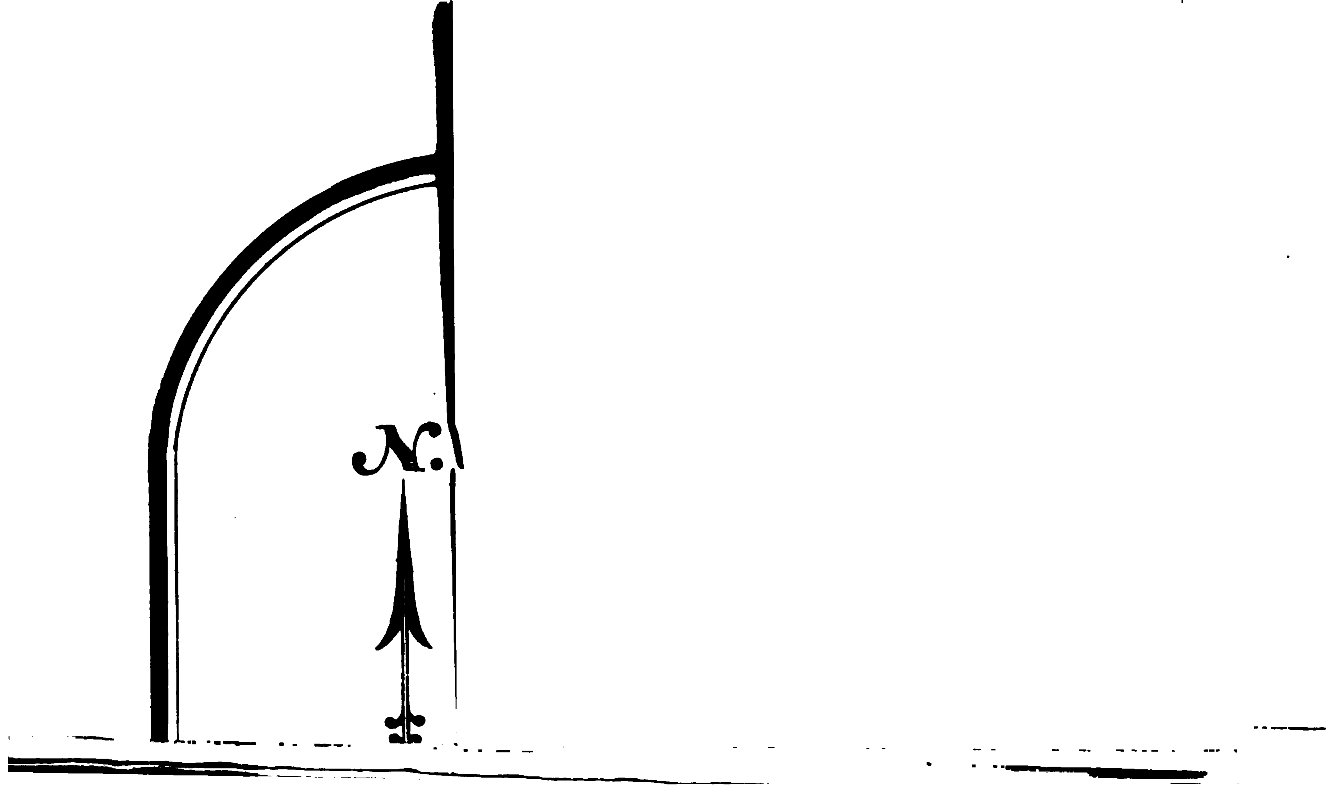
nel Argollo en Octubre
.... ==============================

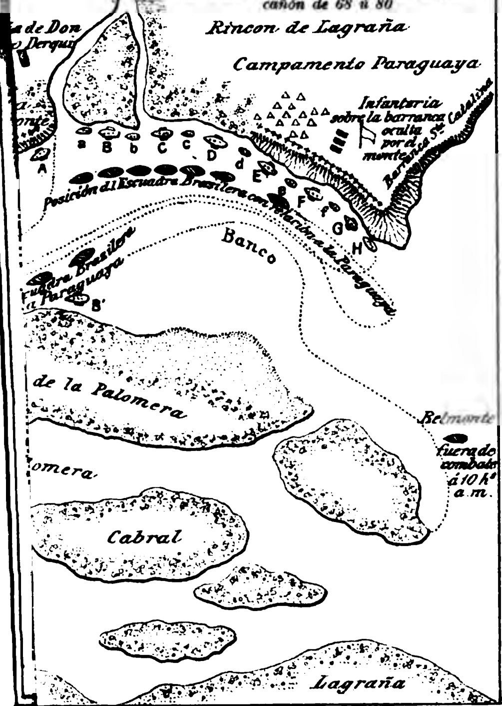
ral Canabarro de Junio
55 .... —··—··—··—··—··—··—··—

ya de Junio á Agosto
.... ++++++++++++++++++++++++

a del General Paunero. —+·—+·—+·—+·—+·—+·—+·—+·—+

utor teniendo por base el Atlas de Jourdan, de 1871


N.



VAPORES PARAGUAYOS
A. Tacuary
B Igurey
C. M. de Olinda
D. Salto Oriental
E. Paraguary
F. Iporá
G. Jejuy
H. Pirabebé
B' Paraguary después de perdido
Las letras minúsculas indican las chatas cada una montando un gran cañón de 68 ú 80
Riachuelo
Rincon de Lagraña
Campamento Paraguaya
Infantería sobre la barranca oculta por el monte
Barranca Sta. Catalina
Posición d. l. Escuadra Brasilera con
Banco
Belmonte
fuera de combate á 10 hs a.m.
de la Palomera
omera
Cabral
Lagraña

This book should be returne
the Library on or before the last d
stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.